

Claudia Barzana

UNA HISTORIA ENTRE BUENOS AIRES Y PARÍS,
ENTRE LAS LUCES Y LAS SOMBRAS DE UNA ÉPOCA
QUE REVOLUCIONÓ AL MUNDO

Ojos grises



VESTALES

Ojos grises

Claudia Barzana

Barzana, Claudia
Ojos grises / Claudia Barzana.
1a ed.-San Martín: Vestales, 2017.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-3863-95-0
1. Novelas. 2. Novelas Románticas. I. Título.
CDD 863

© Editorial Vestales, 2017.
© de esta edición: Editorial Vestales.

info@vestales.com.ar
www.vestales.com.ar

ISBN 978-987-3863-95-0
Primera edición en libro electrónico (epub):
junio de 2018

Todos los derechos reservados.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

*La dicha suprema de la vida es la convicción de que somos amados,
amados por nosotros mismos; mejor dicho, amados a pesar de nosotros.*

Los miserables , Víctor Hugo.

CAPÍTULO 1

La promesa de volver a verlo

Buenos Aires, mayo de 1883.

Una extensa cola de carruajes asomaba en las inmediaciones del Hipódromo de Buenos Aires. Gran parte de los porteños se había hecho presente para disfrutar de uno de los premios que se disputaban sobre las pistas del hipódromo de la ciudad. Los ávidos espectadores habían colmado buena parte de los palcos, sin embargo, en el sector de la tribuna, el cupo estaba cubierto por completo. El interés que despertó semejante convocatoria se debía a que se corría uno de los tres clásicos del año: el Premio Buenos Aires se alzaba junto al Premio Jockey Club y al que se corría en el Hipódromo de Santa Teresa de Lanús, el Premio La Plata, lo que completaba así la Triple Corona que se disputaría esa temporada.

Aún restaba algo de tiempo para el comienzo. A un costado, se había habilitado un sector con mesas para disfrutar del mejor servicio de confitería, a cargo del Hotel de la Paix, de gran prestigio en la ciudad. Allí reunidos y distribuidos en algunas mesas, estaban congregados los hombres de la política y de los negocios, quienes solos o con sus familias pretendían disfrutar del espectáculo hípico.

En un sector más alejado de allí, habían concentrado a las potrancas que serían las protagonistas de esa carrera. Los animales, junto a los jinetes participantes, intentaban dejar a un costado los nervios previos que, de modo recurrente, los asaltaban.

—Debemos ubicarnos —sugirió Octavio Ortiz.

—Pensaba quedarme por aquí; también tenemos una buena perspectiva de la carrera.

—Vamos, Máximo, nunca te he notado tenso, supongo que no será la excepción en tu primera carrera.

—Acabo de estar con Benito y lo noté calmo, imagínate que yo debería estar igual —comentó mientras reía con quien era uno de los más asiduos clientes de su negocio—. Espero que al menos haga una partida digna con

Gala. Por lo que pude ver, hay muy buenas potrancas anotadas.

—Es un buen jinete. Quién diría que luego de tanta insistencia, te has animado a participar.

Para Máximo Uriarte, la compra de caballos era tan solo un pasatiempo. Sin embargo, se había asesorado para realizar una buena adquisición y ahora contaba con una excelente e incipiente caballada. Eso fue lo que lo motivó a participar en la carrera.

—Esta no es mi actividad, es un espectáculo que disfruto ver, nada más.

—Sin embargo, siempre terminás rodeado de mujeres, no sé cómo lo hacés.

Si no, fijate en esta carrera, no siempre quienes corren son potrancas, como en este caso —replicó risueño.

Máximo festejó el comentario. Aunque algunos hombres tuvieran la creencia de que él ocupaba un lugar de privilegio rodeado de las mujeres más hermosas y accesibles de la ciudad, estaban equivocados. A simple vista, parecía que su actividad le permitía disfrutar de la buena vida, rodeado de alcohol y diversión; sin embargo, nadie conocía cómo era en realidad ni que la soledad se había transformado en su gran compañía.

Evitó perderse en esos pensamientos y prefirió continuar con el ánimo festivo que se respiraba allí.

—Cuando entré, saludé a Narciso Martínez de Hoz y a Carlos Pellegrini.

Cruzamos algunas palabras, estaban bastante exultantes con todo esto. Supongo que harán una buena gestión, como cada vez que se proponen algo.

—Te aseguro que, a partir de ahora, el Hipódromo será administrado por el Jockey Club; el desorden que se vivió en casi todas las carreras dejará de existir —aseguró Octavio—. Además, todos quienes participamos de las largas reuniones en el Jockey barajamos distintas posibilidades para saber qué hacer y cómo actuar para darle un mejor marco a todo esto —acotó mientras se hacía a un lado—. Adelante.

Máximo esquivó a algunas personas que pugnaban por ubicarse en su lugar y, sin más demora, logró alcanzar el palco para, desde allí, palpar la carrera. Más de treinta potrancas estaban en la línea de largada, inquietas antes de salir disparadas. El espíritu bravío de algunas las hacía corcovear mientras los jinetes intentaban apaciguarlas, lo que le daba majestuosidad a aquel espectáculo.

Los binoculares de los asistentes estaban dirigidos hacia la fina línea donde estaban ubicadas las potrancas a la espera del momento crucial: la

largada, ese preciso instante que definiría la actuación de los participantes de aquella carrera.

De pronto, la bandera que flameaba en las manos de un empleado descendió con brusquedad para dar lugar al inicio de la carrera. En medio de la algarabía de los espectadores por ver cuál de los caballos tomaba la punta y cuál quedaba relegado sin haber salido siquiera del lugar de partida, hubo algo que a Máximo le robó de modo imprevisto la atención. El perfecto rostro de una joven que se había dado vuelta para seguir la competición con la mirada lo subyugó por completo, tenía hacia tiempo grabado ese rostro en la retina. Los gritos y vítores que alentaban al favorito se incrementaban, pero él no lograba retirar la mirada ni cambiar el foco de atención.

Hubo algo en la joven, quizá la intensidad de la mirada de Máximo o algo más, que la incitó a que de a poco girara la cabeza hacia los palcos de arriba. Los intensos rayos del sol que caían y caldeaban esa fría tarde impedían que pudiera ver bien. De inmediato, se colocó una mano sobre la frente para cubrirse y así identificarlo mejor. Ella tampoco necesitaba de ningún artificio para verlo.

Él notó que ella aún sostenía los binoculares con la otra mano, caídos en desuso, entonces le regaló una sonrisa que solo reservaba para ciertas ocasiones y para una sola mujer: Béatrice Salcedo.

Como en las otras pocas oportunidades en las que la había visto, esos ojos grises volvieron a eclipsarlo. Aún no había podido explicar qué tenía esa joven para lograr abstraerlo de todo y poco le importaba lo que ocurría a su alrededor, menos aún los mil setecientos cincuenta metros de carrera que recorrían los animales en busca de la victoria. La leve inclinación de cabeza que le hizo provocó que Béatrice le dedicara una amplia sonrisa mientras se le iluminaba aún más el rostro. Ese mágico instante perduró hasta que el bullicio y la algarabía se impusieron al conocerse al triunfador de la carrera.

—¡Máximo! ¡Máximo! Parece que conseguir el segundo puesto con *Gala* te ha dejado atónito —comentó Octavio mientras le palmeaba el hombro.

En ese momento, Máximo era el blanco de las miradas de varios de los asistentes que lo habían identificado como el propietario de uno de los animales ganadores, que, hasta la fecha, era desconocido. En medio del alboroto que se vivía, notó que Béatrice descendía del palco de la mano de Nicanor Salcedo, su padre. Máximo supo que no bien él supiera que estaba allí, sacaría a su hija. Sin embargo, gracias al alboroto y al gentío que festejaba el resultado, hubo tiempo para que ella se diera vuelta y le lanzara

una rápida y fugaz mirada de despedida, la que Máximo deseaba desde el preciso instante en que la vio alejarse.

En el viaje de regreso a bordo del carruaje, Béatrice se mantuvo abstraída mientras su padre conversaba sobre lo acontecido en la carrera, sin hacer mención sobre la presencia de Máximo Uriarte. Cuando llegaron, y luego compartir un té, ella fue hacia su habitación.

Con las manos trémulas, buscó el diario que descansaba en el fondo del cajón del secreter que adornaba la habitación. Lo apoyó sobre la superficie de caoba y, con los dedos, comenzó a dar vuelta cada hoja para dejar atrás algunos pasajes lamentables de su vida en París. La revelación de la identidad de su verdadero padre, junto con la muerte de su madre, la habían resquebrajado por dentro. En aquel momento, supo que no contaba con demasiado tiempo para decidir su destino; sin embargo, con el último aliento, su madre la había ayudado a decidir qué hacer, cómo y hacia dónde ir. Con ese legado grabado en el corazón, viajó hasta la ciudad de Buenos Aires para conocer a Nicanor Salcedo, su verdadero padre, e instalarse con él. El tiempo transcurrido en ese nuevo hogar le había permitido reconciliarse con el amor familiar que creía perdido.

Los finos dedos se detuvieron en uno de los primeros pasajes escritos a pocos días de haber llegado a la ciudad y que mantenía guardado en la memoria. Fue aquella ocasión en que lo vio en la casa. Bastaron unos pocos minutos para que le llamara la atención y, tras un simple saludo, quedase impresionada con la presencia de Máximo Uriarte. Luego llegó otro encuentro tan breve como contundente, donde supo que no podría borrarle de la mente.

En medio de aquella vorágine de sentimientos, recuperó la ilusión que creía perdida y, día a día, mantenía latente la esperanza de verlo: necesitaba saber todo sobre el hombre que le había robado el aliento. Habían sido breves los minutos que habían compartido mientras él la saludaba, pero suficientes para asombrarla.

El sordo sonido de las hojas correr se detuvo cuando se deslizó una nota suelta que guardaba con mucho recelo, ya que era su pequeño tesoro. La promesa vertida en esas escuetas frases alimentaba el deseo de verlo y aplacaba la ansiedad de la espera que soportaba el último tiempo. Volvió a leerla: “Sus inquietantes ojos grises aún me tienen embrujado. Espero que

disfrute de este té y ansío que la próxima vez sea yo quien esté sentado frente a usted para poder disfrutar de su compañía. Suyo, M.” Hacía un tiempo atrás, la casualidad había querido que ella entrara junto con una amiga a la confitería Ligure y que allí se encontrara Máximo. Él, al advertir su presencia, no dejó pasar la oportunidad para sorprenderla y le había hecho llegar la nota por medio del mozo junto con una bandeja con té y exquisiteces.

Con los dedos repasó la simple eme mayúscula, la inicial de su nombre, que había esbozado a modo de despedida. Cada tanto, evocaba el encuentro que había tenido con él, tiempo después, en la Exposición Obrera Italiana con motivo de una muestra de arte. Nunca antes había estado cerca de un hombre tan apuesto y cautivador; el efecto que le provocaba con solo mencionar algunas palabras era arrollador. Aún retumbaba como un eco aquella frase que cada vez le resultaba más cercana y con la cual le había prometido no alejarse para evitar que se olvidara de él. Recordar el tono que había utilizado para decirle que quería que fuera suya le erizaba la piel y la sonrojaba.

Esos recuerdos se vieron cristalizados unos días después, cuando la intempestiva aparición de la empleada en la habitación la había alegrado como nunca antes, ya que no lo había hecho para llevarle el desayuno, como siempre lo hacía, sino para entregarle un mensaje de Máximo. Quería verla esa tarde y le aseguraba que ya estaba todo arreglado, que no debía preocuparse por nada. El lugar elegido era la confitería donde Béatrice había recibido aquella nota.

Desde ese mismo instante, no dejó de dar vueltas mientras pensaba qué se pondría. Sin embargo, le rondaba la duda de saber cómo haría para verlo sin que su padre se opusiera. Lo único que sabía era que esa misma tarde Fermín Montero iría a visitar a Nicanor, que, sin dudas, debería relegar el paseo que solían hacer juntos y entonces podría hacerlo ella con Bernarda, la empleada.

Observó el reloj de su padre que conservaba apoyado en la mesa de luz y advirtió que ya era la hora de arreglarse.

Intentó vestirse a pesar del temblor que le corría por todo el cuerpo porque los minutos pasaban y la proximidad del encuentro la colmaba de felicidad. Con el cepillo de nácar se peinó el cabello negro y lo recogió con un broche, luego se soltó varios mechones, que le cayeron sobre los hombros. Se colocó unas gotas de perfume de azahares y volvió a mirarse en el espejo; un rubor delator le cubrió las mejillas y le coloreó la pálida tez, lo que le resaltó aún más los llamativos ojos grises. Rozó el rosario que pendía de uno de los costados del espejo, recuerdo de su madre y, sin esperar más, se

apresuró a salir para encontrarse con Bernarda.

En la sala estaba Nicanor. Acababa de dejar sobre la mesa de arrimo la taza de té y continuaba abstraído con la lectura del periódico *La Nación*, en especial con un artículo que le resultó de interés:

Buenos Aires, la nueva París del Plata

Con el pensamiento progresista y liberal que ha marcado su carrera política, Torcuato de Alvear asume formalmente como intendente de la ciudad de Buenos Aires luego de su gestión como presidente de la Comisión Municipal, que integraba junto a otros miembros y vecinos notables desde hacía dos años.

Miembro de una familia de raigambre patricia, intentará plasmar su espíritu innovador e inquieto en aquellas reformas que propone con tanto ahínco de la mano y con el beneplácito del presidente Julio Argentino Roca. Se le augura que la ciudad se transforme en la gran anfitriona del Plata y que acoja, como corresponde, a la gran cantidad de inmigrantes que arriban hasta aquí junto a la mentada ampliación del puerto de Buenos Aires, que aún está en ciernes. París ha sido y será su musa inspiradora, por lo que mantiene viva la intención de embellecer la ciudad con bulevares y distintos paseos para emular al alsaciano Hausmann con la obra que ha llevado a cabo en París.

Esplendor, progreso y florecimiento le espera a nuestra ciudad en el sincero deseo de transformarse en la nueva París del Plata. Las mejoras y reformas estructurales no solo se refieren a una cuestión estética, sino también a mejorar la higiene. De la mano del reconocido médico e higienista Emilio Coni, propone mejorar la salud de los porteños luego de los períodos de epidemias que asolaron la ciudad y que dieron muerte a tantos ciudadanos.

Se le augura que logre plasmar cada uno de los proyectos en beneficio de todos los porteños.

Cada noticia referida al puerto de Buenos Aires le generaba interés, ya que estaba a cargo de los negocios de Tristán Paz durante su ausencia. Sin dudas, la sola mención de París le llevaba recuerdos que nunca olvidaría, pero desde hacía un tiempo tenía a su hija con él, que era el fiel reflejo de la mujer que más amó en la vida.

El sonido de unos pasos lo sacaron de esos pensamientos y de inmediato levantó la vista para encontrarse con Béatrice.

—Hija, estás hermosa como siempre —comentó al doblar el periódico y dejarlo a un lado—. Lamento no poder acompañarte, pero la imprevista visita del señor Montero me lo impide.

—No te preocupes, tendré la compañía de Bernarda.

—Aún no entiendo tu testarudez al no querer salir con nuestro carruaje.

—Así podremos disfrutar mejor de la tarde, ¿verdad? Béatrice le lanzó una mirada elocuente a la empleada, que intentó eludirla de inmediato para evitar delatarse ante los ojos del patrón. Debía mantener un peligroso silencio y callar la información de hacia dónde se dirigía y con quién se encontraría. Bernarda conocía la importancia que esa cita tenía para la joven lo que no dejaba de preocuparla y angustiarse. Esperaba que todo saliera bien, porque no quería enfrentarse al fuerte temperamento de Nicanor. En verdad nunca lo había visto enojado con su hija, a la que amaba por encima de todo.

—¿Vamos, Bernarda? Ella asintió y la ayudó a colocarse la capa de terciopelo azul que la abrigaría del clima frío y húmedo que se había instalado en la ciudad.

Una bocanada de aire fresco les golpeó el rostro cuando salieron. Caminaron por la estrecha calle adoquinada hasta llegar a la esquina, donde estaba esperando el landó de Máximo, y de inmediato se bajó el cochero para ayudarlas a subir.

—Buenas tardes, señorita, ¿está usted bien? Béatrice asintió y se ubicó en el asiento de cuero frente a la empleada; el bamboleo del coche marcó el inicio de la marcha.

—Bernarda —susurró al tiempo que se incorporaba en el asiento—, no te preocupes, solo debés quedarte con el cochero mientras tomo el té con un antiguo amigo.

—Señorita... —esgrimió asustada.

—De verdad, no hay de qué preocuparse —insistió.

El coche prosiguió su camino hacia la confitería y se detuvo en la puerta.

Cuando llegaron, Máximo se aproximó para abrir la puerta y ayudar a Béatrice a descender. Clavó los ojos en los de ella mientras enredaba los dedos en la delicada mano de la joven.

—Estos días no hice otra cosa que pensar en usted. Necesitaba y quería verla —manifestó al acercarse, tal vez demasiado, a su rostro.

Béatrice no supo qué decir ante la embriagadora sonrisa que le regaló al

tomarla. Él la guio hacia el interior de la confitería que, una vez más, visitaba, aunque en esa oportunidad del brazo de él.

Se dirigieron hasta una mesa ubicada a un costado, donde reinaba la privacidad. Los largos y fuertes dedos de Máximo le rozaron la capa azul para ayudarla a desprendérsela. Béatrice se quedó inmutable cuando sintió a través del sedoso y espeso género el fino roce masculino.

—Me habría gustado pasar a buscarla —le susurró al oído.

—Usted sabe que, si lo hubiera hecho, yo no estaría aquí.

Máximo evitó recordar el enfrentamiento que mantenía desde hacía mucho tiempo con Nicanor; no quiso empañar ese momento al recordar el pasado, que era lo que lo condenaba al repudio. Nunca le había importado lo que el resto pensara de él ni sobre el modo en que actuaba, menos aún sobre la actividad que desarrollaba, pero esa sería la primera vez que se esforzaría en torcer el parecer de alguien, ya que Béatrice estaba de por medio.

—No siempre será así, se lo aseguro.

—Ojalá, aunque... —Déjeme adelantarme y decirle que supongo que no le importan los comentarios sobre mi persona.

—Si fuera así, no estaría aquí a punto de tomar el té con usted.

Máximo recorrió con la mirada el inquietante rostro de Béatrice, repasó los atractivos e insondables ojos grises y la recorrió con descarada atención para luego detenerse en la boca. Suponía que nunca nadie la había rozado siquiera.

Entonces no pudo frenar el impulso de recorrerle la mejilla con el pulgar hasta descender por el contorno de los sensuales labios, sin dejar de sentir el leve temblor que esa caricia le provocaba a la muchacha.

—Lo sé. Por el momento me he conformado con tener de mensajero a Félix, mi cochero, al que ha visto su empleada estos días.

La llegada del té interrumpió el diálogo, que se desarrollaba entre frases y roces sugerentes. El mozo colocó sobre las mesas dos tazas humeantes y una bandeja con masas y budines.

—Espero que esta vez lo disfrute —dijo Máximo y esbozó una sonrisa.

Él no dejaba de observarla, intentaba entender el influjo que Béatrice le había provocado desde el primer instante en que la había visto, recién llegada de la tierra gala y cuando aún no sabía quién era. Desde aquel momento, tenía grabado en la retina ese rostro que no dejaba de perturbarlo. La juventud de Béatrice, sumada a otras cuestiones, habían hecho que tomase ciertos recaudos que nunca antes había tenido con otra mujer, por lo que decidió esperarla e

intentar que los quince años de edad que los separaban fuesen el menor de los obstáculos para estar juntos.

Béatrice estaba embelesada frente al dueño de un rostro tan atractivo como seductor. Las largas pestañas negras que le delineaban los ojos le daban mayor contundencia y profundidad a la mirada. Siempre llevaba el cabello negro peinado hacia atrás, que le caía más allá de la nuca. Suponía que no era una coincidencia que las pocas veces que lo había visto estuviera vestido de color negro, lo que contrastaba con la blancura de los dientes cuando le regalaba alguna sonrisa. Solo una pequeña medalla de oro le pendía del vigoroso y ampuloso pecho.

—¿Cree que luzco acorde para acompañarla en este salón? —Ver el rostro de sorpresa de Béatrice al haberse sentido en falta por haberlo observado con tanta atención bien había valido para Máximo hacer tal comentario—. No se ponga mal, me gusta que me mire —susurró mientras le deslizaba los dedos sobre la tersa mano—. Quiero que conmigo se sienta cómoda, ¿de acuerdo? Béatrice solo contestó con una franca sonrisa, que auguraba los distintos momentos que deberían robarle al destino.

—Supongo que con el tiempo que lleva aquí ya logró habituarse.

—Así es —replicó mientras jugaba con la cucharita de té, que aún estaba intacto—. Si me preguntara cuándo querría regresar a París, dudaría en afirmarle que lo haré en algún momento.

—Supongo que debe de tener valederos motivos para no volver al lugar que por tanto tiempo fue su hogar.

El silencio que se produjo en ese instante no hizo más que confirmar lo que Máximo siempre supo: detrás de ese magnífico rostro había algo más, algo que solo él quería descubrir de boca de Béatrice.

—En este caso, soy yo el que debe viajar.

—¿Adónde? —A París, justamente.

El impacto de la noticia dejó a Béatrice sin palabras por unos minutos.

—¿Hay algún motivo en especial? —preguntó en un ahogado susurro.

—No, debo viajar por negocios y, además, visitar a mi tío, que está instalado allí desde hace un tiempo. Él ha sido una persona importante en mi vida y quien me ha involucrado en las actividades que tengo, aunque ya está fuera del negocio. Por mi parte, no quiero dejar pasar más tiempo sin verlo.

—¿Piensa irse por mucho tiempo? Máximo la observó y notó la expectativa que le generaban sus palabras.

—Mi estadía allí será lo más breve posible. Debo regresar enseguida y

ansío que sea usted quien me espere —dijo y le lanzó una mirada significativa—. No me mire así, le aseguro que si pudiera evitar este viaje, lo haría. Quizá la distancia haga que me extrañe un poco.

—No la creo necesaria para que eso suceda —susurró.

—Béatrice, le aseguro que sería capaz de cualquier cosa por tenerla a mi lado.

—¿En serio? —preguntó con una simpática sonrisa.

—Si fuera por mí, la llevaría conmigo, pero no sería apropiado, ¿verdad? Eso sí, no me tiente, porque aún me queda la alternativa de raptarla —confesó al inclinarse cerca de su oído. Luego se enderezó y agregó sin dejar de mirarla a los ojos—: Así estaría junto a mí y la haría mía.

—No sería capaz —dijo con una carcajada.

—¿Ve? Por eso quiero que en verdad me conozca; le aseguro que sería muy propio de mí hacerlo, aunque puede quedarse tranquila: esta vez no lo haré. Con usted me he propuesto hacer las cosas como es debido; por eso, además de desear verla, quería comentarle sobre mi viaje y decirle que a mi regreso no voy a tener motivo alguno para ausentarme, mi tiempo va a pertenecerle solo a usted.

No fueron solo las palabras dichas, sino también el tono convincente con el que las dijo y la honda y significativa mirada lo que hicieron que Béatrice no pudiera hilar un pensamiento con otro, como tampoco que le brotase de los labios alguna contestación coherente.

—Le pido que tomemos este té, que supongo se le debe de haber enfriado. Hoy es lo único que podremos disfrutar.

Béatrice le sonrió con el franco anhelo de lo que llegaría. Ella nunca creyó que podría tener las perturbadoras sensaciones que le provocaba Máximo con solo hablar. Sus manos no dudaron en tomar la taza y beber de a pequeños sorbos el contenido mientras él le hacía algunas acotaciones, pero no podía borrarse de la mente cada palabra que minutos antes había pronunciado.

—Supongo que no cuenta con mucho tiempo para estar aquí.

—Así es. No querría perturbar a mi padre, ya está bastante molesto porque no he traído el carruaje para este paseo. La visita de un conocido esta tarde le impidió que me acompañase hoy.

—Supongo que ha sido una grata coincidencia, ¿verdad? —lanzó con una mueca cómplice.

—¿Ha tenido que ver con esa visita? —¿Usted qué cree? —La amplia sonrisa de Béatrice lo contagió—. A Fermín Montero lo conozco desde hace

un tiempo y andaba con ganas de tener algunas palabras con su padre; supuse que hoy sería una buena tarde para hacerlo.

—Aún no tengo claro qué fue lo que sucedió entre ustedes.

—No es necesario sacarlo a la luz, aquello sucedió hace mucho tiempo, y yo no soy el mismo.

Desde que Béatrice lo había conocido, no había escuchado más que advertencias sobre Máximo, sobre todo alentadas por su padre. Nadie más que ella conocía el amor sincero que Nicanor le prodigaba; por otro lado, el vínculo sincero que habían forjado en el tiempo que estaba allí le había permitido rearmar una familia. Por ese motivo, ella se dijo que jamás haría algo para contrariarlo. Sin embargo, se cruzó con Máximo y todo se derrumbó. De todos modos, estaba convencida de que sería solo una cuestión de tiempo para que poco a poco todo se arreglara.

—Máximo, ya es la hora de irme —esbozó en un susurro.

Él no la hizo esperar y se levantó de inmediato, se le acercó y agregó: — Me gusta cómo suena mi nombre en sus labios.

Ella alzó la vista hasta alcanzar la de él. No había gesto ni palabra que en ese preciso instante pudieran expresar el latente deseo de estar juntos. Sin dejar de mirarla, Máximo le deslizó la mano por el cuello, le rozó la nuca y se enrolló algunos mechones de cabello entre los dedos. Luego los desplazó hasta tomarle el mentón y acariciarla con la mirada para luego acercarse hasta rozarle los labios con los suyos. Aquel beso casto le provocó una sensación única, especial, diferente, que nunca antes había sentido. Lo asaltó una imperiosa necesidad de resguardarla, protegerla y cuidarla de todo, salvo de él.

—Nos veremos pronto —dijo Béatrice y los ojos anhelantes le hablaron de la promesa de volver a verlo.

—Muy pronto —confirmó Máximo.

Una vez fuera, Máximo esperó a que el carruaje se deslizase por la adoquinada la calle Del Temple hasta perderse en la ciudad y luego caminó unos pocos pasos hasta alcanzar la puerta del burdel El Regocijo.

Aún faltaban algunas horas para que el local brillara con su mayor esplendor.

Sin embargo, la tenue luz que alumbraba el recinto reflejaba destellos dorados y bordó que resaltaban el color de las paredes. Esa atmósfera provocaba el ambiente necesario para que las hermosas mujeres que trabajan allí dieran rienda suelta a las fantasías de los hombres, quienes, con una

notable avidez sexual, concurrían noche tras noche. Dio un vistazo general por el lugar para comprobar que todo estuviera en su lugar, a la espera de que los clientes completasen el paisaje burlesco y festivo de cada jornada.

De unos pocos saltos subió la escalera y entró en la oficina, desde donde manejaba todo lo referente al negocio. Aún le quedaban algunos asuntos pendientes que debía dejar listos antes de marcharse. Se sirvió un vaso de whisky y se sentó para después zambullirse en los problemas que debía atender.

No llegó a desplegar la carpeta que tenía a un costado del escritorio cuando unos golpes en la puerta lo distrajeron.

—Patrón —irrumpió el encargado del burdel—, quiero hablar algunos temas con usted.

—Adelante, servite —dijo al levantar el vaso teñido de color ámbar—, así hablamos y nos ponemos a tono. —Simón Vera se sirvió la bebida y se sentó frente al escritorio, aunque se tomó un tiempo para comenzar a hablar—. Si no te conociera desde hace bastante, creería que estás nervioso.

—Lo que pasa es que no sé si va a gustarle lo que tengo que decirle.

—Adelante.

—Mire, no soy quién para decirle cómo debe moverse, pero lo noto medio distraído y acá las cosas pasan.

—No te entiendo.

—Usted anda de mucho té por ahí, con la cabeza en otra cosa, pero los negocios siguen y creo que, si no nos ponemos a tiro, alguien nos va a pasar por encima.

—Sé más claro.

—Hace unos días, me di una vuelta por la zona sur, como suelo hacer para ver cómo andan las cosas allí. La casona de doña Eulalia Marconi ya dejó de ser lo que era, ahora es un burdel que no tiene nada que envidiarle a este.

—¿Estuviste adentro? —No lo tome como una traición, patrón; quería saber cómo era, y lo que descubrí fue que Rufino Casas está encargado de todo. El muy hijo de puta se debe de haber llevado algunas ideas de acá y, después de un tiempo de descanso, nos viene a hacer competencia.

—¿Qué te pareció el lugar? —Ya le dije, creo que el mal nacido nos va a sacar clientes. Eso sí, por mucho que insistí no quiso decirme quién era el dueño. Supongo que no debe de querer decirlo para evitar tener que enfrentarse con usted. —La carcajada de Máximo interrumpió el tenso clima que se respiraba desde que había empezado la conversación—. ¿No le digo?

Usted está con la cabeza en otra cosa. En cualquier otro momento habría reaccionado de otro modo.

—Simón, durante bastante tiempo me he ganado unos cuantos enemigos, y esos son los que no van a pisar este burdel. La clientela que ya tenemos no dejará de venir; quizás querrán ver qué tal es el otro local, pero volverán.

—Ojalá sea así como lo dice.

—Además, la competencia entre ambos negocios alimentará los deseos de compararlos y eso ayudará a que El Regocijo aumente aún más los clientes.

—Lo noto demasiado seguro de lo que dice.

—Por supuesto, porque aún hay algo que debes saber: yo soy el dueño de El Sosiego —dijo. Simón lo miró perplejo—. No me mires de ese modo, quiero mantener el anonimato sobre la titularidad de ese negocio. Como te imaginarás, motivos me sobran para hacerlo. En principio creo que los que me odian van a querer perjudicarme al ir a la competencia, sin saber que en realidad me benefician.

—¡Pero hubiera empezado por ahí! Si lo viera a Rufino, los aires que se daba conmigo... Ya lo voy a agarrar.

—Olvidate de eso, quiero que todo continúe del mismo modo. Cuanto menos sean las conexiones entre ambos lugares, mejor. Además, hace un tiempo que lo tengo a Tolosa sobre los talones y lo último que quiero es darle algún otro motivo para que merodee por ahí.

—Ese jefe de policía es otro hijo de puta. Patrón, estoy seguro de que usted no estuvo involucrado en los hechos por los que intenta culparlo.

Máximo lo miró sin decir nada, no estaba acostumbrado a que confiaran tanto en él. Desde hacía mucho tiempo se manejaba solo y se encargaba de una serie de responsabilidades que le habían quedado tras la muerte de su padre. Había luchado golpe a golpe para obtener todo lo que poseía, lo que a los ojos de cualquiera era mucho más que a lo que alguien podría aspirar.

El dinero que había hecho le había permitido mezclarse con hombres que ostentaban poder, representado tanto por políticos como por grandes empresarios. Todos ellos concurrían al local para disfrutar de las mujeres, beber alcohol y pasar una noche de fantasía. Allí, detrás de los pecaminosos muros del burdel, todos eran de la misma condición, salvo Máximo. En El Regocijo, quien poseía el poder era él. Dentro de ese reducto se tejían traiciones, se alzaban alianzas y se escuchaban confesiones que no podían salir de ese ámbito. Él había hecho un culto de la discreción, lo que le había permitido alzarse como el mejor en ese tipo de negocios.

—Gracias, Simón, por tu lealtad. Respecto de lo otro, no debés preocuparte.

Si te parece, en mi ausencia podés hacer alguna pequeña reforma dentro sin que altere el normal funcionamiento del negocio. De ese modo, le daremos algo de qué hablar a los que creen que mi local no rinde como es debido. Pensarán que estoy preocupado por la competencia y eso alimentará a que entren más clientes en busca de diversión.

—¡A su salud, patrón! —clamó y levantó el vaso.

Ambos bebieron de un sorbo lo que quedaba del whisky y continuaron con algunos temas que aún no habían logrado resolver.

Béatrice creía haber pasado con corrección el interrogatorio de su padre sobre el paseo junto a Bernarda. No podía culparlo, sabía que velaba por ella como nunca antes lo había hecho por alguien.

Ya en su habitación, y por espacio de una hora, no hizo otra cosa que dar vueltas sin poder conciliar el sueño. Eran muchas las emociones que la invadían y en cada una de ellas estaba Máximo presente; solo anhelaba que perdurasen para siempre. Se levantó de la cama y buscó el sillón ubicado frente a la ventana que daba al patio, que Bernarda cuidaba con suma prolijidad. Se arrebujó con una manta, se cubrió los hombros y se dejó envolver en la noche mientras trataba de no sucumbir al temor a la oscuridad y a los demonios que cada tanto la asaltaban cuando recordaba algunos momentos imborrables que había vivido en su ciudad natal. Poco a poco, un sueño espeso y profundo la sumergió en una inmensa oscuridad.

Aún escuchaba las sordas pisadas en uno de los largos corredores de la amplia finca parisina. Con apenas seis años de edad, a esa hora de la noche, no había conciliado el sueño. Necesitaba mi muñeca de porcelana para hacerlo.

Ese día, nadie se había ocupado de mí. Mi madre hacía dos días que había estado de parto y las atenciones que siempre recibía de ella se habían esfumado.

Sin embargo, estaba feliz de tener un hermano. Ansiaba poder jugar y encontrar algún lugar adecuado en la familia, fuera del amor que siempre me prodigaba mi madre.

Los llantos del bebé se hicieron más audibles y, sin dudarlo, busqué y

busqué de dónde provenía el sonido. A medida que me acercaba a la puerta de una de las habitaciones, los gritos se hicieron más claros acompañados de objetos que se estampaban contra el suelo lo que hacía aumentar el llanto del bebé.

Me quedé con la espalda apoyada en una de las frías paredes del corredor sin saber qué hacer. De pronto, la puerta se abrió y mi padre salió hecho una furia.

No, por favor, que no me vea, pensé, no quería que descargara su ira conmigo.

—¿Qué haces aquí? Fisgona como tu madre —me dijo con odio.

— *Ma poupée, ma poupée* —rogué.

No logré apoyar mis pies en el destemplado y lustroso piso de aquel largo corredor porque él me llevó agarrada de mi larga cabellera hacia un lugar que no quería. No deseaba llorar porque sabía que iba a alterarse aún más. Lo conocía y no era la primera vez que lo hacía, que me castigaba.

Sabía hacia dónde me llevaba y mi cuerpo comenzó a temblar entre el temor y las sacudidas que él me propinaba. Su gorda mano me tiraba con fuerza del cabello hacia el final del pasillo donde había una pequeña escalera, que debí subir hasta alcanzar aquel lúgubre lugar. Sin mediar más que un golpe fuerte en mi cara y un empujón, la puerta que llevaba al altillo se cerró de golpe y quedé encerrada allí. La oscuridad me abrazaba hasta asfixiarme, el temor se había apoderado de mí y el aire se esfumaba poco a poco mientras mis lágrimas caían sin parar en un profundo sollozo. Mi cuerpo no dejaba de sacudirse y de temblar.

Quería gritar hasta desfallecer, pero no podía.

Impulsé mi cuerpo como pude y me acerqué a tientas hasta una pequeña ventana mientras me golpeaba con varios trastos. En aquella siniestra noche, un pequeño haz de luz brilló en medio de la oscuridad.

No sabía hasta cuándo estaría allí. No quería permanecer un minuto, no podía, solo anhelaba mi muñeca. ¿Cuánto más debía esperar? El llanto desgarrador aumentó el miedo que corroía mi interior.

Béatrice escuchó un ahogado alarido y su cuerpo comenzó a convulsionarse, sin darse cuenta hasta unos minutos después de que desde el interior de sus entrañas había emergido aquel grito. Se abrazó muy fuerte, apoyó la cabeza sobre las rodillas y comenzó a llorar hasta quedarse sin lágrimas. Necesitaba expulsar toda la angustia que había acumulado durante tantos años, borrar lo vivido y el fantasma de ese padre adoptivo, que ya no

estaba; su tía Antoinette le había avisado que había muerto.

Ya nada quedaba de aquel lamentable pasado, por eso debía desterrar todo el temor que la había rodeado para darse cuenta de que allí estaba segura y de que todo aquello no eran más que desagradables recuerdos que poco a poco se borrarían para dejar lugar a todo lo bueno que seguro llegaría. Ansiaba y necesitaba saber que así sería.

La noche había desplegado sus alas y cubrió la ciudad con una espesa oscuridad. En medio de la destemplada penumbra, sobre la calle Del Temple, se avizoraba el elegante cartel que indicaba la bienvenida al burdel El Regocijo.

Máximo abandonó la oficina y descendió por la escalera para recorrer por última vez el lugar y saludar a algunos de los clientes. Varias mesas de madera oscura estaban distribuidas junto a las sillas tapizadas de bordó y dorado, en consonancia con la decoración de las paredes e iluminadas por pequeños candelabros ubicados en el centro. El particular almizcle que flotaba en el ambiente se debía a la combinación de alcohol, tabaco y el perfume que envolvía a las mujeres. Muchas de ellas ya estaban en compañía de hombres y algunas copas de alcohol. Desde una de esas mesas, Violeta lo miraba en medio de las caricias que le prodigaba uno de los clientes intercaladas con alguna palabra soez. Sin embargo, no quería distraerse con Máximo, debía preocuparse en hacer el trabajo del mejor modo para mantener su condición de la mejor del burdel.

Eso, al menos a los ojos de Máximo, la diferenciaba del resto, y ella nunca se había contentado con menos.

Al acercarse al bar, Uriarte le pidió al mozo una medida de whisky. Ya había dejado todo arreglado para el viaje y parecía que la noche transcurría bajo control.

—Patrón, quédese tranquilo que todo está en orden —le dijo Simón con amabilidad.

—Ya lo sé.

Él sabía que dejaba el negocio en buenas manos, más allá de que le gustaba tener el control de cada cosa que ocurría allí dentro. Había crecido en ese negocio y respiraba ese aire enrarecido desde hacía mucho tiempo.

—Lo dejo en tus manos.

—Gracias, patrón. —Un pesado silencio sobrevoló en medio de esa conversación más allá de las charlas y del movimiento que se mantenían alrededor—. ¿Fue a verla? Máximo bebió un profundo sorbo y volvió a mirar a Simón.

—Me hice tiempo esta tarde.

—¿Ya se despidió? —Sí, y espero que ella lo haya entendido del mismo modo.

Bebió de un trago el resto del contenido del vaso. Simón guardó silencio, sabía hasta dónde podía hurgar y cuál era el límite para callar en un tema delicado como ese.

—¡Uriarte, a su salud! Apenas se dio vuelta aludido porque supo a quién pertenecía ese vozarrón con aliento a cigarro. Otra noche en la que el jefe de policía había decidido pasar por allí.

—¿Anda con ganas de divertirse, Tolosa? —Por ahora sí, aunque nunca dejo de trabajar. Eso usted debería saberlo.

—Me parece muy bien —dijo y le hizo una sutil seña a una de las mujeres —, porque yo tampoco dejo de hacerlo.

Máximo volvió a mirarlo al tiempo que una de las empleadas se aproximaba para complacer a Tolosa, que abandonó el motivo por el cual había ido y se dejó llevar entre caricias y alcohol. Ya había cumplido con parte de su objetivo: molestar a Máximo Uriarte y recordarle que él siempre lo acecharía. Estaba seguro de que había algo más por descubrir, de que pronto encontraría lo que tanto buscaba.

CAPÍTULO 2

De regresos y partidas

La densa bruma se extendía a lo largo de la costa y se fundía con las turbias aguas del Río de la Plata. Desde el Paseo de Julio, apenas se divisaba la vigorosa estructura de madera que formaba el muelle de pasajeros. Durante todo el día, se habían mantenido prendidas las farolas ubicadas a lo largo del embarcadero para que mejorara la visión; sin embargo, no había sido de gran ayuda. El constante ir y venir de los pasajeros brindaba una imagen fantasmagórica en aquella tarde otoñal. Los changarines y estibadores no daban abasto con las tareas de acarrear a los botes el equipaje de los pasajeros.

Máximo realizó los trámites de embarque en uno de los dos kioscos ubicados a la vera del río y apuró el paso hasta el extremo del muelle para poder ser transbordado hasta el navío.

El vapor *Diolibah* estaba fondeado en la lejana rada, sometido a la severidad de los vientos desatados ese día. Desde allí se alzaba con toda la majestuosidad brindada por el emblema Cyprien Fabre & Compagnie y aguardaba los botes que transportaban a los pasajeros, quienes primero debían sortear ciertas peripecias para poder llegar a bordo. El río revuelto les daba la bienvenida en el transbordo mientras que el agua enlodada les mojaba las prendas que los arropaban, lo que aumentaba el intenso frío de ese día gris. Los marineros operaban de manera efectiva contra las inclemencias del tiempo para ayudar a embarcar a los pasajeros junto con los equipajes.

Máximo dejó que los compañeros de la pequeña embarcación descendieran y prolongó así su permanencia en las turbulentas aguas del río. El grave sonido de la sirena del vapor le dio la bienvenida a bordo: anunció que ya estaban próximos a partir. Una vez que ascendió por la escala, caminó por la cubierta mientras trataba de eludir a la tripulación, que no dejaba de cumplir con las últimas maniobras para levar anclas y zarpar.

Al fin se ubicó en un lugar que contaba con una vista privilegiada. Se corrió hacia un costado y contempló la expectación que tenían los viajeros por

la partida. Con sus guantes de cuero negro se aferró a la baranda del barco para vislumbrar por última vez el perfil de la costa de Buenos Aires, envuelta en un manto grisáceo y misterioso. Todavía no había abandonado la ciudad y ya deseaba estar de regreso; no deseaba dejarla atrás, quería quedarse para buscar a Béatrice y no soltarla más.

Para Clarisa Carreras, abandonar la estancia El Antojito no había sido fácil, ya que tuvo que soportar largas y tediosas discusiones por su deseo de viajar a la ciudad de Buenos Aires. Felipe, su hermano, se había opuesto a semejante decisión. Cómo iba a permitir que su hermana se instalara en la ciudad, cuando apenas acababa de hacerse cargo de la estancia familiar. Sin embargo, la joven estaba convencida de que ese era su destino y le había intentado explicar a su hermano los motivos que tenía para irse. Ella sabía que no era antojadiza la elección, necesitaba colaborar y trabajar con los enfermos. El haber atendido a su padre hasta que murió había terminado de convencerla de lo que en verdad deseaba. Pero el dolor por la pérdida había pasado y creía que ya había llegado el momento que tanto había ansiado.

Quizá lo que terminó de convencer a Felipe fue la culpa que sentía por no haber estado al lado de ella y de sus otras dos hermanas en aquel momento tan decisivo. Los problemas entre él y su padre se habían incrementado en el último tiempo, y ni siquiera la enfermedad había aplacado la situación. No obstante, el deseo de Clarisa había sido tan fuerte que también había apelado a ese argumento para intentar doblegarlo. Si bien le había costado, lo había logrado, pero de todas maneras tuvo que programar el viaje, la estadía y el modo en que encararía el trabajo bajo las precisas instrucciones del hermano varón. Ella sabía que él había organizado todo y tomado las medidas necesarias para que estuviera bien y que nada le ocurriera, por eso y más allá de algunas diferencias, lo amaba.

En todo eso pensaba cuando dirigió la vista hacia la ventana del carruaje, recorrió la pesada cortina y contempló a través del cristal cómo la ciudad de Buenos Aires se abría paso frente a sus ojos. Abrió el bolso de tela que llevaba consigo y extrajo la carta que tanto atesoraba. Se trataba de una recomendación que había escrito su querido hermano para recurrir al conocimiento e influencias de la familia Podestá. Mariano Podestá mantenía vínculos comerciales con Felipe, ya que también era estanciero, y su esposa

Juana pertenecía a la Sociedad de Beneficencia. A través de ella, podría ingresar en algunas de las instituciones que albergaban enfermos, ya que esa entidad administraba gran parte de los hospitales de la ciudad. La necesidad de contar con más personal le había jugado a favor para adelantar el viaje. Sin dudas, esa noticia la había hecho rebosar de felicidad no bien la supo.

—Creo que estamos por llegar —le avisó Ramiro Peña.

—En verdad me da mucha felicidad que al fin llegemos. Deseo agradecerle que me haya acompañado en este viaje.

—Usted sabrá que lo hice porque me lo pidió su hermano. Aunque últimamente no congeniamos, creo que, si él no podía acompañarla, debía hacerlo el otro hombre de la estancia.

Clarisa sonrió al observarlo. Él había trabajado palmo a palmo en el campo con su padre y se había transformado en su persona de confianza. Se había incorporado a la estancia con corta edad y, con el tiempo, se transformó en el administrador. Tenía la misma edad que Felipe, y desde que él se había hecho cargo de la estancia, los conflictos entre ambos eran permanentes. Quizá los celos —o alguna otra rivalidad— eran lo que alimentaba semejante relación.

Ramiro era un hombre tan apuesto como malhumorado. Casi siempre mantenía el entrecejo fruncido, que le opacaba el color avellana de los ojos; sin embargo, había una sola persona que lograba quitarle ese gesto adusto: una de sus hermanas que siempre recurría a él cuando necesitaba algo. En cambio, para Clarisa, lo más cercano que había tenido a Ramiro había sido en ese largo viaje, esas leguas transitadas desde la estancia, ubicada en la provincia de Santa Fe, hasta a la ciudad de Buenos Aires.

—Lo sé, como también sé que detesta la ciudad. Agustina algo me comentó.

Para mí era muy importante venir enseguida y no aguardar hasta que Felipe pudiera venir conmigo. De ser así, aún estaría en la estancia.

Ramiro era un hombre de pocas palabras, así que ella no esperó a que le contestara, solo se mantuvo inquieta hasta llegar a destino.

La noche había caído sobre Buenos Aires en medio de un halo de oscuridad y del sonido de los cascos que reverberaba sobre el adoquinado de las calles ya desiertas. La casona en la que se instalaría por una temporada se encontraba en una de las mejores zonas de la ciudad, según le habían dicho. Para ella, todo era novedoso, pero porque no recordaba la última vez que su familia había visitado Buenos Aires.

—Hemos llegado —anunció Ramiro.

A Clarisa la invadió la emoción e intentaba disimular la inquietud que le provocaba instalarse en un nuevo lugar, lejos de los suyos. Cuando abrió la puerta del carruaje, vio que Nicanor Salcedo la aguardaba en la puerta de la casa junto a Béatrice.

—¡Bienvenida! Adelante —saludó Nicanor con cortesía—. Es una gran alegría contar con la presencia de otro miembro de la familia Carreras.

Felipe lo hacía cada vez que debía instalarse en la ciudad, gracias a los lazos comerciales que lo unían a Tristán Paz, dueño de la casa.

—Muchas gracias, Nicanor. Le agradezco su hospitalidad.

—Ella es mi hija Béatrice —indicó con la mano—. Supongo que tendrán unas cuantas cosas para conversar.

—En estos últimos días he oído hablar de vos —confesó Clarisa con una sonrisa tímida.

—Yo igual —replicó Béatrice y la estrechó en un amistoso abrazo—.

Entremos, así te muestro la casa y tu nueva habitación. Si bien desconocía tus gustos, intenté que quedase lo más linda y acogedora posible —comentó mientras ambas se alejaban por el amplio pasillo que llevaba a las habitaciones.

—Peña, aquí tiene alojamiento si lo desea.

—Muchas gracias, pero prefiero quedarme en un hotel. Voy a estar aquí unos pocos días y luego vuelvo al campo.

—Hombre, quédese a comer algo, el viaje le debe de haber despertado el apetito.

—Un poco, pero prefiero instalarme en el hotel y cenar allí. Cualquier cosa que necesite, estaré en El Argentino.

—Como quiera, y si no vuelvo a verlo, mándele mis saludos a su patrón.

—Serán dados —concluyó al entrar el último bulto de Clarisa y dejarlo a un costado junto al resto del equipaje.

Varios días después de la llegada de Clarisa, el ritmo que había adquirido la casa ayudó a Béatrice a calmar la nostalgia que sentía desde la partida de Máximo. Una tarde, decidió acompañarla a la casa de la familia Podestá para tomar el té.

—¿Te parece bien que use este vestido? —preguntó Clarisa, que había desparramado sobre la amplia cama algunos de los vestidos que había llevado, sin decidirse aún cuál usar—. No suelo usarlos, salvo para algún acontecimiento en el pueblo.

Béatrice observó la grácil figura que tenía enfrente.

—Yo pienso que el azul sería el indicado —dijo con una sonrisa.

—¿Te parece? Pero ¿por qué te reís? —Me río pero no de tu ropa, sino porque no hace mucho tiempo yo me encontraba en tu misma situación, sin saber si me vestía con corrección en una ciudad que desconocía.

—¿Cómo hiciste? —Poco a poco encontré mi lugar.

—Es lo que deseo —replicó mientras trataba de dominar la larga y ondeada caballera.

El color cobrizo le iluminaba la tez poblada de pecas y le resaltaba los amplios y vivaces ojos castaños. No bien desvió la vista del espejo, notó que Béatrice se había esfumado tras la puerta. En el mismo instante en que iba a llamarla, la vio volver con un broche en la mano.

—Es lo que te hace falta —dijo mientras se lo entregaba.

—Gracias, en el campo me dejo suelto el cabello, pero no creo que sea lo conveniente para presentarme frente a la señora Juana Podestá.

—Ahora podemos irnos, si en verdad no deseas caerle mal al retrasarte.

—Vamos, entonces —concordó.

La residencia de los Podestá se encontraba ubicada a pocas cuadras de la casa de las jóvenes, pero, por expresa indicación de Nicanor, se desplazaron en el carruaje que tenían a disposición.

Cuando llegaron, una empleada las esperaba y las hizo pasar. Allí pudieron observar que la suntuosidad de la decoración conjugaba a la perfección con la dueña de casa, como también el despliegue de la vajilla inglesa ubicada en una mesa enfundada en un mantel blanco de hilo.

—Espero que se sientan cómodas.

Con esas palabras, Juana Podestá las recibió y con un leve gesto las invitó a pasar al centro de la estancia.

—Por supuesto —acotó Béatrice ante el silencio de Clarisa. Era evidente que los nervios le habían impedido contestar.

—Les presento a mis amigas —indicó la anfitriona—. La señora Rosario Lamas —dijo y la señaló con la mano, para luego continuar—: Azucena Bosh y Ángela Montero. Por favor, ubíquense. Además de compartir nuestra amistad, trabajamos para la Sociedad de Beneficencia.

—Debe de ser una tarea agobiante —agregó Clarisa en su primera intervención.

—Deja de serlo cuando se pueden plasmar y concretar los proyectos que tenemos en pos de mejorar la salud de los enfermos.

La señora Podestá observó a sus amigas, que batallaban junto a ella en la

Sociedad de Beneficencia desde hacía tantos años. Los vaivenes políticos también las habían alcanzado como institución; no obstante, habían logrado que los profesionales médicos que trabajaban de forma denodada dentro de los muros hospitalarios pudieran introducir reformas en materia de salud e higiene.

Sin embargo, más allá de todas las modificaciones que había sufrido la Sociedad de Beneficencia, volvió a tener el poder que en otros tiempos se había debilitado.

Bajo la presidencia de Julio Argentino Roca, la institución se había nacionalizado y pudo así dejar a un lado las disputas sobre si debía permanecer en la esfera provincial o en la nacional. Eso implicó que se transformase en una entidad asistencial con un gran poder económico, incluso para solventar otras instituciones, lo que permitía abordar la problemática social a las que cada una de ellas se enfocaba. Con la creación del Departamento Nacional de Higiene, las integrantes de la Sociedad de Beneficencia tenían un nuevo organismo con quien combatir las diferencias que surgían en cuanto al manejo de las instituciones hospitalarias. Pero la señora Podestá prefirió que todos los detalles del manejo de la institución quedasen en el recuerdo y evitar hacerlos públicos esa tarde, ya que el motivo para reunirse era otro.

—¿Cómo ha sido instalarse en la gran ciudad? —le preguntó a Clarisa.

—Si bien mi llegada es reciente, instalarme aquí ha sido fácil y agradable gracias a la ayuda de Béatrice.

—Me imagino. Debe de ser complicado dejar atrás a la familia para alojarse en otro lugar.

—Tiene usted razón —concordó Clarisa.

—Querida, supongo que ya te has aclimatado a la ciudad —se interesó la señora Lamas, que no dejaba de contemplar la belleza de la joven francesa.

—Claro que sí, ya hace un tiempo que vivo aquí y estoy muy feliz —respondió Béatrice.

En los distintos acontecimientos sociales no solo se hablaba de política y negocios, también se alimentaban del chismerío sobre las últimas novedades vividas por los porteños. Los comentarios acerca de la existencia de una nueva integrante en la casa que habitaba Nicanor Salcedo habían sorprendido a más de uno. A él se lo conocía por ser un hombre parco que llevaba una vida bastante opaca y deslucida y la aparición de una hija llegada de París había llamado bastante la atención. Sin embargo, el tiempo y la mesurada vida que

habían mantenido silenciaron los mentados rumores de aquel momento. Ahora que la tenían cerca, aunque la ocasión fuera la de conocer a Clarisa, muchas de las damas presentes querían saber más de la joven francesa.

—Sírvanse, por favor —agregó la anfitriona mientras señalaba una fuente de plata llena de masas y budines. Se distrajo al ver aparecer a su hija en la puerta de la sala.

—Mercedes, qué lástima que no puedas quedarte con estas jóvenes a tomar el té.

Las invitadas se detuvieron al ver a la bella hija de la dueña de casa, enfundada en un ampuloso vestido verde que conjugaba a la perfección con la altivez de sus gestos y la mirada distante que le había lanzado a cada una de ellas.

—Buenas tardes —dijo luego de hacer un paneo alrededor de la mesa—, pero me es imposible. Sabes que esta tarde me comprometí para salir de compras con Felisa. Aún no hemos decidido nuestro atuendo para el próximo acontecimiento social que tenemos.

—Claro que sí, te dispenso y espero que te guíe tu buen gusto —dijo la señora Podestá con evidente orgullo.

El sordo sonido de la amplia falda fue lo último que se escuchó cuando Mercedes salió. En la sala, la conversación continuó con algunas intervenciones sin importancia hasta que al fin se habló del motivo de esa invitación.

—Clarisa, hemos encontrado el lugar ideal para que desarrolles tu función. Si bien en un principio tu destino era otro, debimos modificarlo, porque también las necesidades cambiaron.

—¿A qué se refiere? —Me refiero a que el personal es escaso y que hay lugares que son más prioritarios que otros.

—Señora Podestá, usted dirá —replicó Clarisa, un tanto confundida.

—No te preocupes, porque tenés un lugar asignado dentro de una institución hospitalaria, pero en este caso se trata del Hospital de Mujeres Dementes.

Un silencio glacial sobrevoló la mesa.

—Ella habla de locas, de enfermas de la cabeza —agregó Rosario Lamas.

—Eso es llamar las cosas por su nombre —comentó risueña la señora Podestá para tratar de recuperar la amena conversación.

—Lo que importa es colaborar con los enfermos, más allá de la enfermedad que padezcan —intervino la señora Bosh.

La señora Podestá creyó que la incorporación de Clarisa a esa institución sería más difícil, pero se equivocó, ya que vio que la joven no ponía ningún reparo. El hecho de que hubiese vivido en el campo le aseguraba que no conociese en profundidad las instituciones hospitalarias, los conflictos políticos que debían sortear para poder ejecutar alguna modificación y las dificultades a las que día a día se enfrentaban los profesionales que trabajan allí.

—Entonces, en estos días podés visitar el lugar —comentó—. Nosotras ya hemos hablado y dejado las instrucciones para que te reciban como es debido.

Una vez que estés allí y, de acuerdo a las necesidades que tengan, fijarán el horario y los días en los que deberás concurrir.

—Muchas gracias. Les agradezco a todas —dijo y se dirigió a la señora Podestá—, y en especial a usted, que ha gestionado mi incorporación.

—No hay de qué. Espero que te sientas muy feliz de estar allí —agregó con cierta duda al recordar cómo era aquel hospital.

En medio de la conversación sobre las tratativas y la labor que Clarisa iba a realizar, la señora Montero se le acercó a la joven nacida en París para cruzar algunas palabras.

—Béatrice, no sé si tu padre te lo ha comentado... —dijo y se detuvo al observar el rostro de sorpresa de la joven—. Quizás debería esperar a que él lo haga.

—Disculpe, no sé a qué se refiere. Pero no me sorprende que no me haya comentado nada, hemos estado muy ocupados en la organización de la casa para la llegada de Clarisa.

—Bueno, entonces puedo decirte que me haría muy feliz que puedas ayudar a mi hija Carmela con algunas clases de francés.

Béatrice se había imaginado cualquier otro pedido, pero nunca algo que le fuera tan afín. No entendía el motivo por el cual su padre aún no se lo había mencionado, pero entendía que no tenía que pensarlo demasiado.

—Lo hablaré con mi padre, pero, si dependiera de mí, desde ya habría aceptado.

—No me gustaría inmiscuirme en la relación con tu padre. Mi esposo ha ido hace unas semanas a tu casa y, en medio de la conversación, le sugirió esta posibilidad.

La sola mención de ese día le llevó a Béatrice el imborrable recuerdo de Máximo y del té que habían compartido. Recordaba que él había intervenido para que aquel encuentro entre Fermín Montero y su padre se llevara a cabo.

—No se preocupe —insistió la joven.

—Es que mi hija es... —El dubitativo silencio le indicó a Béatrice que aún restaba información por darle—. Ella es un tanto retraída, no muy afecta a la gente, por eso me ha parecido que mediante las clases podría empezar a relacionarse con alguien de un modo más afable que con sus amigas del colegio.

Hemos intentado muchas cosas para revertir esta situación, incluso con clases de piano, pero no han dado resultado. La profesora abandonó el puesto un mes después de haber empezado.

—Me encantaría darle clases de francés.

Béatrice hacía tiempo que deseaba tener alguna otra actividad. Si bien había esperado un cierto tiempo para ubicarse, creía que ya había llegado el momento ideal para hacerlo.

—Entonces lo doy como un hecho —exclamó entusiasmada la señora Montero.

—Por supuesto —recalcó.

El constante murmullo de las mujeres intercedía en la concentración de Santiago Lamas, que estaba en una reunión con el dueño de casa en un escritorio ubicado enfrente al salón donde ellas se encontraban. La puerta de madera había quedado entreabierta, lo que le representaba una absoluta distracción. Se encontraba sentado en un amplio sillón junto a otros dos hombres para tratar algunos temas referidos a un próximo negocio, el cual, a decir verdad, poco le importaba. Había sido convocado con la excusa de acompañar a su madre a tomar el té junto a sus amigas.

Desde donde estaba, pudo ver a las dos jóvenes que se habían levantado para despedirse. Tenía alguna idea del motivo de la reunión de las mujeres, pero estaba claro que no le iban a presentar a ninguna de las dos, no solo por la falta de disposición del dueño de casa para hacerlo, sino porque acababa de escuchar el chasquido de la puerta al cerrarse. Daba por descontado que volvería a cruzarse con alguna de ellas, o quizás con ambas. Si bien habían sido pocos los minutos que había podido observarlas, fueron suficientes para saber que eran muy bellas, cada una en su estilo.

Si el té había concluido, tenía el pretexto perfecto para levantarse de allí y regresar a su casa. Aún tenía unos cuantos compromisos sociales que cumplir en la noche.

Béatrice y Clarisa también decidieron emprender el regreso. El breve trayecto que las separaba de la vivienda no les había permitido intercambiar

las impresiones que ambas tenían de la reunión: estaban perdidas en las ilusiones que les daba comenzar sus nuevas actividades.

Cuando llegaron, Clarisa se fue a la habitación; por su parte, Béatrice buscó a su padre para mantener una breve conversación. Lo encontró en la sala.

—Hija, espero que hayas disfrutado la reunión en la casa de los Podestá.

Supongo que Clarisa también lo ha pasado bien —comentó Nicanor al dejar el periódico a un costado y levantarse del sillón para saludarla.

—Sí, nos han atendido muy bien. Ha sido un magnífico té —dijo y se acomodó en otro de los sillones de la sala.

—¿Qué sucede? —Una de las invitadas era la señora Ángela Montero. Quiso saber si había aceptado la propuesta de darle clases de francés a su hija. ¿Por qué no me lo comentaste? —Hija, no creo que lo necesites. De hacerlo, te quitaría tiempo para hacer otras cosas.

Béatrice le brindó una cálida sonrisa a su padre.

—¿Como por ejemplo no contar con el tiempo necesario para nuestro paseos? —Puede ser —replicó serio.

—En verdad, voy a disfrutar hacerlo. Además, Clarisa también va a estar ocupada algunos días cuando empiece a ir al hospital. Por favor, esto no tiene por qué afectar los paseos en nuestro tiempo libre.

Nicanor supo que su hija tenía razón. Por desgracia, no tenía la receta justa para educarla y a veces creía que cuanto más tiempo estuviera bajo su ala y en su casa, más la protegería del resto. Quería evitar que la lastimasen. Cuánto le faltaba Camille para que le indicase qué hacer y cómo conducirse. Él intentaba mostrarse como un buen padre, pero los miedos y el saber lo que ella había sufrido con su familia anterior lo habían transformado en un hombre más protector del que siempre había sido. Saber que Máximo Uriarte estaba lejos al menos le había dado cierta calma. Aunque ella no se lo hubiera mencionado, sabía que ese hombre la rondaba y eso lo perturbaba más de lo que habría imaginado. Eso mismo lo había constatado cuando concurrieron al hipódromo algunas semanas atrás. Sabía que en algún momento tendría que tomar alguna decisión drástica en ese sentido, pero al menos por el momento todo estaba calmo y así podría acceder a lo que ella tanto anhelaba.

—Entonces solo resta hablar con los Montero para que comiences las clases.

—*Merci, père* —dijo con una sonrisa y se levantó para abrazarlo.

—Sin necesidad de esto —replicó en alusión al gesto de cariño—, te lo

habría permitido igual. Vamos, vamos.

Bajo esa capa de seriedad que siempre lo acompañaba, Nicanor era un hombre fiel y protector. Béatrice se había transformado en el bien máspreciado que tenía, al que cuidaría por encima de todo.

Los rayos del sol se apagaban mientras el atardecer caía sin pausa. Ella sabía que había llegado la hora indicada. Levantó la vista de la tarea de costura que realizaba para observar la pequeña ventana que estaba ubicada al otro lado de la sala. Con las manos estiró la prenda que tenía sobre la mesa y la observó con detenimiento; el bordado le había llevado mucho tiempo, pero había valido la pena. Creía que era una linda y prolija tarea, solo esperaba, no sin cierta ansiedad, que así lo creyese el resto.

La dobló con esmero y la guardó en uno de los cajones que contenía las otras prendas que confeccionaba. Aún no había visto el reloj, pero intuía que había llegado el momento preciso para dejar todo de lado e ir a esperarlo. Se deslizó por uno de los pasillos hasta alcanzar una de las desvencijadas puertas vidriadas que desembocaban en un amplio patio. Las pocas plantas que crecían allí se bamboleaban al compás del viento.

Se arropó con un chal de lana azul mientras la oscuridad se acentuaba y la envolvía una vez más. Su mirada no traslucía resentimiento ni enojo por la tardanza, solo hablaba del anhelo que tenía de verlo. Nunca dejaría de evocar los ojos oscuros de él cuando la miraba ni la tierna expresión del rostro cuando se plantaba frente a ella y menos aún la amplia sonrisa que le brindaba cuando ella le decía algo disparatado. ¿Dónde estaba?, ¿cuándo regresaría?, ¿esa vez iría? Más y más preguntas se le agolpaban en la cabeza. ¿Cuánto más debería esperarlo? A medida que la oscuridad avanzaba, el frío se hacía más notorio; sin embargo, a ella no le importaba, porque solo tenía una cosa que hacer: esperarlo.

El roce de unos dedos la sobresaltó y de inmediato supo de quién se trataba.

—Teresita —susurró Evangelina—, es hora de entrar.

Ella se dio vuelta sin salir del lugar donde estaba y agregó: —Aún no regresó.

—Eso quiere decir que hoy no vendrá.

—¿Estás segura? —Eso creo.

El rostro de Teresa no reflejaba dolor, sino una sentida esperanza de verlo.

—Entonces mañana, tal vez.

—Tal vez.

Ella se dejó atrapar por esas dos últimas palabras, “tal vez”, para continuar con lo que debía hacer. Sin más, se acercó a Evangelina y ambas entraron al recinto para al fin abandonar el desapacible frío exterior. Se dirigieron hasta el amplio comedor donde estaba dispuesta la mesa, pues ya era hora de cenar.

Un día más había transcurrido, una noche más que debía afrontar, junto a tantas otras, con la esperanza de volver a verlo.

Esa mañana, el desayuno tenía un sabor distinto. Junto al té caliente y los panes recién horneados y crujientes que Béatrice y Clarisa untaban con mermelada de naranja, especialidad de Bernarda, no dejaban de hablar sobre lo que les esperaba ese día.

—Debés tener confianza, todo saldrá muy bien —dijo Béatrice.

Clarisa se atragantó con el sorbo de la infusión que acababa de tomar.

—Mirá quién lo dice. Hasta hace unos minutos, te escuché decir que no sabías cómo tomar las palabras de la señora Montero al referirse a su hija —replicó.

—Puede ser —convino luego de saborear otro bocado del pan que tanto le gustaba. Había sabido apreciarlo, aunque fuese diferente al que comía en París—. Y como no me gusta sentirme inquieta, intento que vos tampoco lo estés.

Clarisa la miró, dejó a un lado la taza de té y agregó: —Te aseguro que cuando supe que estaría en esta casa, nunca imaginé que me encontraría con alguien tan especial como vos.

—Gracias. Ahora debemos terminar el desayuno, mi padre te llevará hasta el hospital.

—Sí. Aunque le dije que no se preocupara, me aclaró que desea asegurarse de que llegue bien.

—Él es así.

—Eso te libera a vos cuando te vayas.

—Te equivocás —lanzó con una sonrisa—. La señora Montero me enviará su carruaje para evitar que tenga que ir sola.

—Entonces... —Entonces dejen de darle a la lengua que deben cumplir

con los compromisos por los que tanto han batallado —dijo Nicanor al entrar al comedor.

Hizo un ademán para que se levantaran, estaba apurado ya que debía cumplir con otras diligencias que tenía pendientes luego de llevar a Clarisa al nuevo lugar de trabajo.

Unos minutos después de que ellos salieran rumbo al hospital, llegó el carruaje de los Montero. Béatrice se subió con la ayuda del cochero y recorrió el corto trayecto que la separaba de la casa. Pensó que, dada la cercanía, hablaría con su padre para hacer el recorrido a pie las venideras clases.

Al llegar, no tuvo necesidad de llamar a la puerta, porque de inmediato se abrió y, junto a la empleada, se asomó la señora Montero para darle la bienvenida.

—Béatrice, qué alegría verte —expresó la mujer con sinceridad.

—Muchas gracias.

—Dame el abrigo —sugirió y en el mismo momento en que recibió la capa negra, se la dio a la empleada—. Si te parece bien, te presentaré a Carmela, que te espera en la sala.

Atravesaron un pequeño pasillo que desembocaba en una amplia sala. Los muebles que la decoraban eran de madera oscura, que contrastaban con el blanco de los muros. En el centro había una amplia mesa con sillas tapizadas con un estampado verde y desde el techo pendía una amplia araña con una gran cantidad de lámparas, que brindarían gran luminosidad al momento de encenderlas. A un costado, sentada en una silla de esa ampulosa decoración, se encontraba la niña.

—Carmela, hija, mirá quién vino.

La niña posó la atención en Béatrice, que notó que de nada servían las ínfulas de la madre, pues, a su parecer, Carmela no contaba con la intención de levantarse para saludarla. Se la notaba contrariada y molesta. Para evitar que la situación se fuera de su cauce, Béatrice enfiló hacia donde estaba la niña y la saludó con un beso en la mejilla.

—Hola, Carmela, ¿cómo estás? Sin esperar respuesta, se dio vuelta y se sentó en una silla frente a la niña, que aún tenía las mejillas sonrojadas. Béatrice estaba segura de que la había sorprendido con esa actitud y el sorpresivo saludo.

—Ahora que se conocen, las dejo para que puedan estudiar —dijo con una sonrisa la señora Montero, más esperanzadora que amable—. Béatrice, para lo que necesites, no dudes en llamar a la empleada, ella te dará lo que pidas.

—Muchas gracias.

Una vez que la dueña de casa se retiró, el silencio se apoderó de la sala.

Béatrice observó cómo los ojos expectantes de Carmela la observaban para saber cuál sería su próximo paso mientras que, con una de sus regordetas manos, se tomaba un mechón de la crespada melena, que le caía atada por detrás con un enorme moño.

—Carmela, sabes el motivo por el cual estoy aquí, ¿verdad? Tu madre me pidió que te dé clases de francés. ¿Te gusta el idioma? —Béatrice notó que la niña negaba con la cabeza. Si bien no era la respuesta que esperaba, al menos le había dado una contestación—. Entonces para mí será más estimulante darte estas clases, porque intentaré de todos modos que te guste el idioma. Ahora intentémoslo, *oui ou non?* — *Non*. Sin lugar a dudas, esa nueva tarea le costaría más de lo que había creído.

— *Que diriez-vous si nous essayons á nouveau?* — ¡No quiero volver a intentarlo! Al menos la niña acababa de demostrarle que no estaba tan ajena al idioma, pues había comprendido lo que le había dicho. Una vez más, sobrevino el silencio, y Béatrice se dio cuenta de que de ese modo no iba a lograr su cometido. Recordó cada vez que debía luchar con sus hermanos pequeños cuando se enojaban y se encaprichaban por algo que querían. Carmela era una niña que, de seguro, se comportaba como ellos, por lo que pensó que a su juego la habían llamado.

En principio atrajo la atención de su alumna al dejar a un lado algunas hojas que había sobre la mesa, luego cruzó las manos y la miró fijo sin pestañear. Con cada segundo que pasaba, la intensidad de la mirada se acrecentaba. Carmela se dio cuenta enseguida de lo que hacía la nueva maestra, por lo que le pareció divertido el desafío: ver cuál de las dos era capaz de soportar más tiempo sin pestañear. El rostro de la niña comenzó a cambiar por uno más cálido al darse cuenta de que no podría aguantar más. No bien Béatrice notó que Carmela lanzaría el primer pestañeo, se acercó a ella y le batió las palmas frente al rostro.

La niña lanzó una sonora carcajada ante el impacto que le produjo el palmoteo.

— *Vous avez triché, il est invalide* — lanzó risueña Carmela.

— Claro que vale, yo nunca hago trampa.

La señora Montero no se había retirado a la habitación, ya que pretendía saber cuánto iba a durar Béatrice en la casa. Si bien había abandonado la búsqueda de otra maestra de piano, había insistido con la de francés. Béatrice

no era la primera, pero luego de escuchar la carcajada de su hija, esperaba que le durase un tiempo. Con una sonrisa en el rostro, se fue a continuar con los quehaceres pendientes.

— *Nous allons commencer?* Béatrice no necesitó repetir que pretendía comenzar con la clase, porque, de a poco, Carmela tomó una de las hojas que le había dejado a un costado para anotar lo que su nueva maestra le indicaba.

CAPÍTULO 3

Cuando no todo es lo que parece

El carruaje había atravesado la ciudad y se desplazaba por las calles de la zona sur, según le indicaba Nicanor. Clarisa intentaba que no se le notara en el rostro los nervios que la invadían. El sueño de viajar a la ciudad se le había cumplido y al fin conocería la institución en la que trabajaría como auxiliar, tal como le había informado la señora Podestá.

De a poco, el bamboleo del vehículo disminuyó, lo que indicaba que habían llegado a destino. Ella se aprestó a descender con la ayuda de Nicanor y observó el edificio que tenía frente a los ojos. Le recordó a una casona de estilo español construida en el pueblo, que connotaba muchos años de antigüedad. Los muros insinuaban un color que en algún tiempo había sido blanco y algunas ventanas lucían desvencijadas, lo que contribuía al aspecto un poco lúgubre del lugar.

No se dio cuenta de que se había retrasado al examinar el lugar y que Nicanor ya se encontraba en la puerta de entrada, a punto de ser recibido. Se tomó la falda para evitar trastabillar con la escalerilla del carruaje y se bajó de inmediato mientras miraba de soslayo a Nicanor, que tenía un gesto de extrema seriedad.

Debieron esperar unos minutos hasta ser atendidos.

—Buenos días —saludó Nicanor cuando abrieron la puerta de entrada—. Ella es la señorita Clarisa Carreras.

La empleada del lugar era una mujer rolliza que los miró con cara de pocos amigos. Luego de examinarlos agregó: —La esperan dentro —dijo con sequedad y volvió a mirar a la joven. Se acercó y agregó—: ¿Está segura de que desea trabajar aquí? La apariencia de la joven la había sorprendido. Se la veía una muchacha con una figura grácil y bien vestida para estar en ese lugar.

—A eso he venido.

—Adelante, entonces.

—Yo... —Usted debe retirarse, quien ingresa es la señorita —interrumpió la mujer.

—Más tarde pasaré a buscarte, mucha suerte —le deseó mientras se disponía a irse.

Clarisa no lo hizo esperar y, de inmediato, lo saludó para luego ingresar detrás de la empleada. La recepción era amplia, donde confluían tres pasillos que se abrían en tres sentidos diferentes.

—Primero debe entrevistarse con el doctor a cargo —dijo la mujer luego de detenerse y enfilarse hacia uno de los pasillos.

—Por supuesto.

Esa era otra entrevista que debía pasar, más allá de que el puesto estaba asegurado, según le habían dicho las mujeres de la Sociedad de Beneficencia.

Clarisa no dejaba de observar el lugar a medida que avanzaba. A un costado había una puerta doble que habilitaba el ingreso a un gran patio, donde vio a algunas internas. Evitó detenerse, como le habría gustado, y continuó unos pasos más hasta alcanzar el consultorio del doctor. La empleada entró e inspeccionó el lugar en busca del médico.

—Parece que el doctor no anda por acá. La verdad es que no tengo tiempo de quedarme, tengo mucho trabajo por hacer.

—No se preocupe, lo espero —dijo Clarisa con cortesía.

—Debe de andar de recorrida. Cualquier cosa que necesite, mi nombre es Brígida. Evite salir de aquí hasta que no aparezca el doctor Heredia.

—Vaya tranquila que de aquí no me muevo.

Clarisa observó que el consultorio estaba provisto con lo mínimo y necesario.

Una ventana ubicada a un costado brindaba luminosidad al recinto, que no medía más que su habitación de la estancia en Santa Fe. Se acercó a una mesa donde había varias carpetas ordenadas en una pila a un costado del escritorio. Al otro lado había una revista que le llamó la atención. La tomó y la dio vuelta para leer de qué se trataba, se llamaba *Revista Médica Quirúrgica*. Supuso que podía distraerse mientras esperaba, entonces la abrió con la intención de entrar en tema. Tenía varios artículos escritos por distintos médicos, según detallaba el índice.

—Parece que no quiere perder el tiempo —dijo con brusquedad una voz detrás suyo.

Clarisa se sobresaltó ante aquellas palabras, dejó caer la revista al suelo y, de inmediato, se dio vuelta con las mejillas sonrojadas. Estaba claro que al doctor no le había gustado su actitud.

—Usted debe de ser la señorita Clarisa Carreras —dijo al acercarse y

extenderle la mano—. Yo soy el doctor Justo Heredia.

Ella aún no podía articular palabra, no solo porque estaba impactada por haber sido descubierta con algo ajeno, sino también por la presencia del doctor.

Siempre había imaginado que trataría con un médico entrado en años y no con el hombre que tenía delante. Debió levantar la vista para alcanzarlo. Tenía hombros anchos y destacados, y un rostro que había ayudado a dejarla sin habla. De mandíbula cuadrada y nariz recta, sobre la que se montaba un par de anteojos, se vislumbraba el color verde de sus ojos y el cabello castaño, un tanto ondeado, peinado hacia un costado.

—Señorita Carreras, ¿le sucede algo? —No, disculpe, solo estoy un poco nerviosa.

El doctor Heredia la escrutaba con el convencimiento de que la joven que tenía enfrente se había equivocado de institución. A primera vista, y con la actitud que tenía, no le avizoraba demasiada vida allí dentro. Su delicada figura se conjugaba con el rostro vivaz, poblado de pecas, y el color cobrizo de su ondeada cabellera, que estaba atada con un broche, lo que le otorgaba mayor vitalidad.

—No quise fisgonear —agregó la joven para agacharse a recoger la revista que aún permanecía tirada en el piso—. Aquí tiene —dijo mientras se la entregaba.

De inmediato, se dio cuenta del error que había cometido al extender la mano para dársela, por lo que se dio vuelta para dejarla donde la había encontrado.

—Está bien, no se preocupe. Siéntese, por favor.

El doctor Heredia dio unos pasos y se sentó detrás del escritorio. Clarisa hizo lo propio y juntó las manos por encima de la falda en un gesto de recogimiento, aunque en verdad lo hacía para aquietar el temblor que tenía.

—Aquí —dijo al abrir un cajón y revolver algunos papeles— cuento con la recomendación dada por algunos miembros de la Sociedad de Beneficencia. —Dejó la carta a un lado y levantó la vista para fijarla en ella—. Quizás no le han informado muy bien de qué se trata este lugar y cuál sería su función.

—Estuve con la señora Podestá y me ha informado que necesitan personal en este hospital —dijo de corrido casi sin respirar.

—Ajá —exclamó el doctor Heredia al quitarse los anteojos. Cruzó las manos y las apoyó sobre el mentón—. En principio debería saber que trabajar aquí no es fácil, no siempre es lo que parece. Me refiero a que hay actitudes

de las enfermas que suelen confundir. A veces se manifiestan de un modo y en verdad significa otra cosa. No le pido que sepa interpretarlas, pero sí que mantenga la distancia necesaria para conducirse con corrección. En cuanto a la falta de personal, es como le informaron. Estamos escasos de empleados; supongo que no es una institución que atraiga a la gente a trabajar. —El doctor Heredia aclaró esas cuestiones para ahuyentar a la joven que tenía enfrente. No estaba dispuesto a perder tiempo una vez más con una asistente que en pocos días se iría por la misma puerta por la que entró—. Usted dirá, entonces.

—Le quiero agradecer la información que me ha dado y espero poder cumplir con mi trabajo de la mejor manera posible.

Él dudó al escucharla, estaba claro que la muchacha contaba con una actitud diferente de la que había imaginado. Pero aún le faltaba hacer algo más para probar el temple de Clarisa Carreras.

—Entonces no hay nada más que hablar. Me gustaría llevarla a dar un recorrido por el hospital así se familiariza con el lugar y con las pacientes.

Clarisa no le contestó y de inmediato se levantó de la silla para ser guiada por el médico. Lo primero que vio fue una sala amplia donde había algunas enfermas que deambulaban en círculos en un constante murmullo mientras otras estaban sentadas en algunas de las sillas desplegadas en el recinto. No bien la vieron, las miradas estuvieron centradas en ella. Clarisa las miró sin escrutarlas, suponía que para ellas sería una extraña, alguien fuera de la rutina de la institución. Entró con el doctor mientras él se acercaba a una de ellas, que estaba sentada de espalda a ellos. Clarisa esperó allí y observó cómo el doctor le hablaba, sin recibir respuesta. En medio de esa apacible situación, una estruendosa risotada, similar a un profundo alarido, emergió detrás de ella. Se sobrecogió del susto y, de modo instintivo, se dio vuelta de inmediato. Una enferma estaba con la cara exaltada sin dejar de reírse y la miraba de un modo amenazante. Si había algo que la joven no deseaba, era provocar algún escándalo el primer día, ya bastante tenía con lo que había sucedido en el consultorio del doctor.

Lo primero que se le ocurrió fue imitarla de un modo más moderado, con el fin de no alterarla más de la cuenta. No tenía mucho de qué reírse, pero se dejó llevar. A medida que ella acompañaba esa actitud, la enferma abandonó esa risa y comenzó a hipar; su estado emocional cambió poco a poco hasta que comenzó un profundo y desconsolado llanto. El resto del grupo no se inmutó, porque cada una tenía una particularidad y, según supo después, el de esa

interna era el de proferir gritos de histeria para luego cambiar de la risa a un profundo llanto. Solo una persona no dejó de observarla con rigurosidad, y era el doctor Heredia. Él sabía que esa interna lograba apabullar a cualquiera por los fuertes gritos y risotadas, pero no era peligrosa, por eso había empezado por ese lugar y no por donde estaban las enfermas en estado de letanía permanente. Clarisa evitó el contacto con la interna ante semejante llanto y de a poco dio pasos hacia atrás para alejarse. No pudo retroceder más porque la voz más grave y sensual que había escuchado en la vida le sugirió que salieran para continuar la recorrida. El doctor Heredia evitó hacerle algún comentario acerca de su comportamiento, quería que ella viera todo lo que él consideraba necesario.

—En este sector hay enfermas que son muy tranquilas.

—Doctor, ¿hace cuánto que están internadas? —se interesó Clarisa.

—Hay enfermas que padecen la enfermedad de modo crónico y están aquí desde hace mucho tiempo. En otros casos, la internación es más reciente, pero la cuestión de las enfermas crónicas es más profunda de lo que imagina y prefiero no agobiarla con tanta información de golpe.

—Este sector parece recién pintado.

—Veo que es bastante detallista. Así es, el presupuesto no ha alcanzado para hacerlo en toda el hospital. En verdad, esta parte está recién construida y tiene algunas habitaciones que bastante falta hacían.

—¿Hay más médicos? —Señorita Carreras, ¿piensa buscar a otro profesional para trabajar? —preguntó con fingida sorpresa.

Clarisa se detuvo de golpe; esperaba no haber cometido otra torpeza.

—Disculpe, yo solo... Mi curiosidad pudo más.

—Solo intentaba que nos distrajéramos un poco —dijo para calmarla—. Le aseguro que si en verdad va a quedarse, será necesario dispersarse un poco.

—Entonces... —Hay otros pocos profesionales, pero si decide quedarse, quiero que me asista a mí. El personal que ha ingresado el último tiempo es para cumplir con funciones de mantenimiento y aún no pude encontrar a alguien que pudiera ayudarme con mis pacientes.

—Gracias, doctor.

—Espero que en el futuro todavía me lo agradezca —comentó y lanzó la primera sonrisa—. Espéreme por aquí que debo ver a una paciente.

Clarisa se quedó allí, aunque sabía que quedaba espacio por recorrer. Caminó unos pasos y se asomó a una sala pequeña donde había algunas

internas.

Ninguna se dio por enterada de su presencia; sin embargo, hubo alguien que le llamó la atención: una figura esbelta que lucía un limpio vestido gris y el pelo entrecano sostenido en un rodete bajo. Hasta ese momento evitó reparar en la vestimenta de las internas, que en muchos casos estaba raída y sucia, pero solo con ella tuvo un intercambio de miradas. Parecía sincera, transparente, pero de inmediato recordó los dichos del doctor acerca de que no todo era lo que parecía.

Entonces se dio vuelta para observar al resto, aunque sentía la mirada de aquella mujer fija en ella.

—Ya estoy listo —agregó el doctor al entrar a buscarla—. Continuemos.

Ella, antes de salir, se dio vuelta para echar una última mirada y pudo observar que la mujer continuaba con la mirada puesta en ella.

La primera jornada en el Hospital de Mujeres Dementes había transcurrido sin que Clarisa se diese cuenta. No bien pudo constatar el horario, supo que debía irse de allí. Ambos habían regresado al consultorio del doctor. Ella esperaba parada mientras él hacía algunas notas en unas carpetas.

—Clarisa, por hoy ha sido más que suficiente —dijo al levantar la vista y dejar la pluma a un costado.

—Si usted lo necesita, puedo quedarme —dijo a medias. Se había distraído al mirarlo escribir y no esperaba que se detuviera a hablarle.

—No es necesario, tampoco que venga mañana. Voy a estar unas pocas horas y prefiero que venga el próximo día.

Clarisa se repasó la falda con las manos en un intento por calmar la inquietud que le provocó sentirse otra vez en falta. Tomó el abrigo que había dejado sin que nadie se lo indicara en un perchero ubicado a un costado de la puerta.

—Como usted diga.

El doctor Heredia se levantó para acercarse a saludarla y notó que la joven mantenía sonrojadas las pecosas mejillas.

—Quiero decirle que se ha comportado muy bien este primer día.

—¿Sí? —preguntó ilusionada.

—Claro que sí —concluyó con una nueva sonrisa que la hizo temblar de nuevo—. ¿Sabe cómo salir? —Por supuesto —exclamó para impresionarlo.

El doctor Heredia volvió a su lugar, pero se distrajo al verla irse en sentido contrario al de la puerta de salida. Sin embargo, a los pocos segundos, la vio regresar y pasar por la puerta, esa vez en el sentido correcto. Ella ni

siquiera giró la cabeza para verlo, de hacerlo, lo habría encontrado con una gran sonrisa en el rostro.

Las últimas semanas habían sido para Bernarda un sinfín de contratiempos y apuros. La presencia de Clarisa, junto a la señorita Béatrice, no dejaba de alterar el ritmo normal de la casa. Nicanor le había encargado algunas cuestiones referidas a las jóvenes, pues, de otro modo, le sería imposible cumplir con los compromisos laborales que tenía y que había pospuesto varias veces. Ese día no sería la excepción para la empleada, que iba de un lado a otro en el intento de cumplir todas las demandas.

—Bernarda, trataré de estar en la casa al horario indicado para cumplir con la invitación de los Lamas —informó Nicanor.

—Sí, señor. Yo me ocupo de las muchachas —respondió la mujer, cortés.

—Cómo me gustaría dejar a un lado este compromiso.

Bernarda lo miró y entendió de qué hablaba. Desde que trabajaba allí, notó que Nicanor tenía un comportamiento taciturno, con muy poca actividad social.

El gran cambio lo había vivido a partir de la llegada de Béatrice. Se notaba que él hacía todo para complacerla y una de las cosas que creía conveniente era brindarle una vida social diferente a la que él había llevado durante tanto tiempo.

—Señor, disculpe que me meta, pero no creo que las muchachas tomen a mal no concurrir esta noche e incumplir con la invitación que tienen.

—Lo sé, pero creo que ha llegado el momento de que Béatrice conozca más gente y comience a relacionarse de otro modo.

—Ah, usted quiere decir... —¡Bernarda! Lo único que quiero decir es eso, que comience a relacionarse con otra gente, ni más ni menos que eso.

—Entiendo, señor —agregó la empleada y se sumió en un silencio absoluto.

Cuando la tarde cayó, Bernarda dejó atrás las actividades del día y se dirigió a la habitación de Béatrice. Sobre la cama desplegó un vestido recién planchado para que luciera esa noche. Sin embargo, la joven estaba sentada en el sillón al lado de la ventana sin demasiado ánimo festivo. Un golpe en la puerta distrajo a la empleada, que de inmediato fue a abrir. Era Clarisa.

—Señorita, espero que usted tenga más ganas de concurrir hoy —comentó la mujer—. Fíjese cómo está la señorita Béatrice.

—Bernarda, te aseguro que compartir una velada en compañía de los Podestá tampoco me hace gracia. Ellos también estarán en la casa de los Lamas.

Mercedes Podestá no había dejado un grato recuerdo en ninguna de las dos jóvenes. La actitud altiva y soberbia que tenía contrastaba con su belleza.

—Cada vez entiendo menos lo que sucede en esta casa —se lamentó Bernarda—. Ya vio que le dejé la ropa lista en su habitación, ¿verdad? —Sí, muchas gracias.

—Las dejo. Eso sí, estén listas, porque el señor llegará de un momento a otro y, para estar a tono con ustedes, tampoco anda de ánimo para ir.

Tras cerrar la puerta, Clarisa se sentó en el borde de la cama frente a Béatrice.

—¿Qué sucede? —Nada, solo pensaba —dijo con un dejo de melancolía.

—¿Se puede saber en quién? —En alguien a quien extraño con locura y que desearía que estuviera aquí para disfrutar solo con él esta velada.

—No sabía que estabas enamorada.

—Yo tampoco —comentó con una sonrisa en el rostro—. Él es especial.

—¿Hace mucho que lo conocés? —El suficiente para decirte que no puedo borrarlo de mi corazón —confesó y se adelantó para susurrarle—: Te pido por favor que esto quede entre nosotras.

—Por supuesto. ¿Hay algún motivo especial? —preguntó intrigada.

—Mi padre lo detesta, lo que hace que todo sea más complicado.

—Seguro que, con el tiempo, y una vez que él demuestre la suficiente madurez, todo será distinto.

—Sucede que él ya es un hombre maduro. Creo que eso es lo que lo hace tan fascinante.

—Pero ¿qué edad tiene? —Supongo que debe rondar los treinta.

—Como mi hermano —deslizó Clarisa, que en realidad pensaba más en la edad del doctor Heredia que en la de Felipe. Calculaba que tendrían más o menos la misma—. Yo tengo dieciocho, lo que no sería un problema.

—Lo sé, pero creo que el tema de mi edad es una excusa para ocultar otros asuntos —comentó y se detuvo a mirar a su amiga, que se había ruborizado—.

¿En verdad te referís a la edad de tu hermano? —preguntó con picardía.

La amplia sonrisa de Clarisa y el rostro ruborizado le daban la señal de que hablaba de otra cosa, o, mejor dicho, de otra persona.

—Ahora el interrogatorio me corresponde a mí —exclamó Béatrice—. ¿De quién se trata? El intenso suspiro que lanzó la joven mostró a las claras el

fuerte deseo que le provocaba esa persona.

—Es algo muy reciente, por eso es que estoy tan desorientada. Nunca antes me había sucedido. Fue en el mismo instante en que lo vi; no supe qué hacer ni qué decir. Me he comportado como una verdadera tonta.

—Te entiendo a la perfección, pero ¿de quién se trata? —Del doctor Justo Heredia, el médico que conocí cuando fui el Hospital de Mujeres Dementes. Él se encargó de mostrarme el lugar y es para quien voy a trabajar como asistente.

—El *docteur* Heredia, ¡pero qué bien! —Sí, eso me da la fuerza para volver, deseo verlo. Es en lo único que pienso.

La puerta se abrió de golpe y Bernarda se asomó con los ojos tan abiertos como le era posible en un gesto de asombro que hablaba por sí solo.

—¡No lo puedo creer! Acaba de llegar el señor y ustedes están como las dejé hace un rato. A cambiarse ya, si no quieren que me quede en la calle.

Enseguida, las jóvenes se pusieron de pie y entre portazos, corridas y ropa desparramada por toda la habitación cumplieron con el pedido de Bernarda y se vistieron para la reunión. No bien estuvieron listas, fueron hacia la sala, donde las esperaba Nicanor. Ambas tenían las mejillas ruborizadas, pero no porque se hubieran maquillado, sino por el apuro de estar preparadas a tiempo. Así, los tres partieron en el carruaje hacia la residencia de la familia Lamas.

Como era de esperar, la casa era tan suntuosa como la de la familia Podestá.

La decoración denotaba un gusto exquisito, que realzaba la arquitectura estilo francés del lugar. Al ingresar, observaron que ya eran varios los invitados que estaban en el amplio comedor. Las jóvenes se quedaron a conversar con otras muchachas que acababan de presentarles, mientras los hombres se reunieron en el centro de la sala para hablar de política y negocios.

No solo el temperamento de Nicanor lo llevó a participar con ímpetu de la conversación, el tema que se trataba era el que estaba en boca de todos en aquel momento. Se había desatado una guerra entre las distintas publicaciones de los periódicos que, de un modo u otro, apoyaban o defendían las diferentes posturas de los políticos. Dictar religión en los colegios o brindar una educación laica era el gran dilema del cual ningún porteño estaba exento de opinar con fervor.

—Salcedo, bienvenido —saludó uno.

—Ha llegado en el mejor momento de la discusión —aseveró Tomás Acevedo.

—Por el énfasis de sus dichos, parece que sí —convino Nicanor.

—Supongo que sabrá con el tema que comulgamos —replicó otro invitado y rompió a reír para atemperar el humor de los presentes.

—Si comulgo con sus dichos, será porque está de acuerdo conmigo en que lo mejor es brindar religión en las escuelas.

—Nunca nos pondremos de acuerdo entre católicos y liberales —añadió otro invitado.

—Salcedo, ¿usted también con esa idea arcaica! Que yo sepa, siempre se ha ufano de apoyar al periódico *La Nación*, ahora no me venga con el cuento de que los antirreligiosos estamos inspirados en ideas masónicas — señaló Mariano Podestá.

Salvo los diarios religiosos que se habían creado para defender las ideas católicas y difundirlas entre sus adeptos, el resto de los periódicos criticaba esa postura.

—Querido Podestá, no por eso debo defender a rajatabla la postura editorial de ese diario sobre este tema.

—Pero si hasta el mismísimo Sarmiento se ha dado vuelta. Por tanto tiempo fue propicio de brindar el catecismo en las escuelas y ahora parece haberse olvidado de todo lo que profesó. Al menos lo ha manifestado en *La Nación* en una columna que ha escrito —agregó Fermín Montero.

—Estoy seguro de que el senado en pocas semanas aprobará el plan que contempla el catecismo en las aulas —opinó Salcedo con absoluta convicción.

—Quizás, pero también estoy convencido de que la cámara de diputados le dará una buena batalla cuando llegue el proyecto.

Sin voluntad de calmar los ánimos, los hombres continuaron enfrascados en aquella discusión, que le era por completo ajena al resto de las damas, en especial a las jóvenes que se encontraban a un costado de la sala.

—¡Bienvenidas! —clamó Mercedes Podestá para hacerse notar mientras entraba.

Como era de suponer, Béatrice y Clarisa centraron la atención en ella al creer que se refería a las jóvenes amigas, pero se habían equivocado.

—¡Qué alegría volver a verlas! Felisa y Amanda, que estaban en el mismo círculo que las jóvenes, la estrecharon en un fuerte saludo.

—Oh, ustedes una vez más —dijo despectiva al ver a Clarisa y a Béatrice.

—Así es —le contestó Béatrice, que no estaba con ganas de soportar a la

joven Podestá. Tomó la iniciativa porque sabía que la actitud de Clarisa era bastante contemplativa, ya que se sentía en deuda por la ayuda que le había dado Juana Podestá con el trabajo en el hospital.

—En fin, veo que ya han conocido a mis amigas.

— *C'est comme ça* —reiteró.

Clarisa estuvo a punto de atragantarse con la bebida que ingería en ese momento. Nunca antes había escuchado a Béatrice hablar en francés, solo resonaba la melódica acentuación cuando decía algunas palabras que aún no podía pronunciar con corrección. Su actitud denotaba querer molestar un poco a Mercedes, quien no dejaba de presumir desde que la habían conocido.

—Me enteré de su origen francés, aunque me sorprende que su padre esté aquí.

Mercedes estaba empeñada en resaltar que las muchachas no pertenecían a su círculo y se encargaría de que tampoco lo alcanzaran.

—Soy francesa, como lo era mi madre, y tengo la dicha de que mi padre sea español y viva aquí.

El modo en que lo dijo fue tan contundente que no dejó dudas de lo inútil que sería hurgar en su vida. Mercedes se quedó boquiabierta ante semejante respuesta y sin excusas para seguir con los rumores sobre lo que había sucedido en el pasado.

—¿Me parece a mí o se han quedado sin habla? —lanzó Santiago Lamas, que se acercaba al grupo.

Las jóvenes lo saludaron con efusión, y él se presentó ante Béatrice y Clarisa, como había querido hacer desde hacía varios días. Al estar frente a ellas, supo que no se había equivocado al juzgarlas a la distancia: ambas eran hermosas, aunque la belleza de Béatrice era refinada y a la vez sugestiva.

—Es un gusto conocerlas —exclamó con una gran sonrisa.

—Muchas gracias —replicó Béatrice ante el mutismo de Clarisa, que había fijado la vista en el hombre que se acercaba con un andar confiado y seductor. Se quedó estupefacta al ver que se presentaba ante ellas.

—¡Al fin! —exclamó Mercedes—. Creí que no iba a poder presentarles a mi prometido, el doctor Justo Heredia —dijo con una amplia sonrisa y aires de importancia. Luego se dirigió a él—: A ellas las conocés —sentenció, sin necesidad de aclararle que se refería a Felisa y a Amanda—. Ella es Béatrice, francesa de origen, ¿verdad? —agregó con sarcasmo mientras la señalaba—. Y ella es Clarisa, la empleada a la que mamá ayudó para que entrara al hospital donde trabajás.

Clarisa no salía del estupor de ver al doctor frente a ella y saber que estaba comprometido con la insoportable hija de la señora Podestá. Todas sus ilusiones se derrumbaron en ese preciso instante.

—Clarisa, es un gusto volver a verla —dijo al estrecharle la mano para saludarla.

—Supongo que se deben de haber visto en aquel lugar deprimente.

—Por supuesto —añadió sin dejar de mirarla a los ojos—. Nos hemos conocido en el hospital.

Clarisa temblaba de nervios ante la intimidatoria presencia del doctor Heredia y trataba de poner todo su esfuerzo en que no se le notara lo que le provocaba tenerlo frente a ella, pero sentía que cada minuto que pasaba era peor, no podía comportarse de un modo natural. Al menos pretendía que Mercedes no notase lo que significa para ella esa noticia y el impacto que le había provocado.

—Hola —logró decir con la voz ahogada.

Béatrice creía que debía salir al paso con lo que primero que se le ocurriera si en verdad deseaba ayudarla.

—Esta tarde, Clarisa me comentaba la ardua tarea que tiene por delante dentro del hospital —acotó, en un acto desesperado de sacar a su amiga del atolladero en el que estaba metida.

Clarisa miraba a Béatrice mientras recordaba las confesiones que ambas se habían hecho. No daba crédito a lo que vivía en ese momento.

—Tiene razón, creo que hay que tener paciencia. Poco a poco todo se encaminará de la mejor manera posible —replicó todavía con la mirada fija en los ojos de la joven.

—Espero que usted sepa apreciar no solo las virtudes de los médicos —acotó Santiago mientras apuraba una copa de alcohol.

—Claro que sí —dijo Béatrice sin tener muy claro qué le había querido decir.

—¿Desea una copa? —preguntó con galantería.

—No, gracias.

—Pues entonces me gustaría hablarle de mi actividad y de los negocios que manejo —propuso con una gran sonrisa.

—Por supuesto.

—Acaban de hacer el llamado para ir a cenar —intervino Mercedes—.

Vamos.

—Béatrice —dijo Santiago al tiempo que le ofrecía el brazo para ir juntos

a la mesa—, ¿me haría el honor? —Si me disculpa, querría hablar un momento con mi padre.

Béatrice no necesitó preguntarle a Clarisa cuánto tiempo estaría allí sin romper en llanto, la incomodidad se había instalado en el grupo. A ella no le hacía gracia estar en un lugar donde su amiga no la pasaba nada bien.

—¿Qué sucede, hija? —le preguntó Nicanor al verla.

—Estoy con un poco de jaqueca.

—¿Te sentís mal? —No, solo que anoche no he dormido bien y comencé con un poco de dolor de cabeza. No querría perturbar la velada al pedirte que nos fuéramos.

—De ninguna manera. Por otra parte, a mí no me entusiasma permanecer aquí —concluyó en un susurro.

—Yo me encargo de Clarisa —dijo con alivio.

—Mientras, voy a despedirme de los Lamas.

Una vez más, como en el hospital, Clarisa estaba frente al doctor Heredia. La gente que los rodeaba acababa de irse hacia el comedor en medio de conversaciones banales.

—¿Se siente bien? —preguntó él.

—Sí —respondió con voz ahogada.

—Clarisa, podemos irnos —interrumpió Béatrice—. No me siento muy bien.

Él no dejó ni un minuto de observar el rostro de la joven. Creía reconocer ese gesto que tenía dibujado en el rostro y no necesitaba volver a preguntarle para darse cuenta de que ella no se sentía bien. Se preguntaba si estaba así desde que había llegado o desde que él había parecido.

—La espero mañana. Espero que esté mejor, porque nos espera un día complicado.

—Claro, nos veremos mañana.

En la puerta de entrada se encontraba Nicanor junto a Santiago. En ese instante, Béatrice reparó en la imagen del hombre que pretendía despedirla. Era apuesto, con cabello castaño y ojos negros, y no dejaba de mirarla con una amplia sonrisa en el rostro.

—Lamento su indisposición. Me habría gustado conversar un poco más con usted.

—Será en otro momento —dijo cortés.

—Supongo que no faltará oportunidad —concluyó Santiago y miró a Nicanor.

Luego, los acompañó hasta la salida, donde el carruaje esperaba para llevarlos de regreso.

Fue un viaje muy silencioso. No parecía que habían salido de un lugar festivo, muy por el contrario, a las jóvenes se las veía apagadas, cabizbajas. Como era su costumbre, Nicanor evitó hacer algún comentario, pero no dejaba de observar la situación y notar que quien se encontraba en peor estado no era su hija.

Béatrice se preparó un té; no quería molestar a la empleada, pues ese día ya había tenido bastante trabajo con ellas. Una vez listo, y al notar que todos se habían ido a su habitación, se dirigió hacia el cuarto de Clarisa. Dio unos leves golpes a la puerta y luego ingresó.

—Permiso, creo que te va a venir bien tomar esto —dijo y le mostró el té que le había preparado.

Clarisa estaba tirada en la cama, acurrucada, con la lámpara de la mesita de luz que alumbraba la pena que la aquejaba. Apenas se sentía el leve sollozo que emergía desde lo más profundo de su corazón.

—No llores, por favor —la consoló Béatrice—. Acá te traigo esto, que te va a sentar muy bien.

—Te aseguro que me siento tan pero tan tonta —exclamó con tristeza.

—No deberías.

Con los ojos anegados de lágrimas y la nariz colorada, Clarisa se incorporó para tomar la taza que Béatrice le alcanzaba.

—¿Se habrá dado cuenta? —No sé, pero no dejaba de mirarte.

—No me lo digas, no sé cómo lo voy a enfrentar mañana cuando vaya al hospital —se lamentó.

—Del mismo modo en que lo has hecho cuando lo conociste —dijo para darle ánimo.

Con solo recordarlo, una sonrisa se le asomó en el rostro.

—No cometeré el mismo error, debo mirarlo de otro modo y asumir la realidad. Debí imaginarme que un hombre así ya estaría comprometido.

—No seas tan terminante. Además, recién te conoce.

—¿Qué querés decir? —Que el *docteur* no ha tenido la posibilidad de conocerte todavía.

—Por favor, Béatrice, no sigas. Además, tampoco puedo ponerme de este modo por alguien a quien solo vi dos veces. Te aseguro que, aunque lo piense, no puedo controlarlo. Deberé buscar el modo de conducirme con corrección porque, después del lío que armé para estar aquí y trabajar, no puedo dejar

todo a un lado.

—Exacto.

—Aunque no sé cómo hacerlo —dijo con desesperanza.

—Claro que lo sabés.

Béatrice vio que Clarisa estaba más animada y que tomaba la infusión. Sabía que luego de beberla estaría más tranquila.

—Me queda una duda —dijo Béatrice intrigada.

—¿Cuál? —¿Cómo puede estar con esa bruja? —¡Béatrice! —exclamó y lanzó una risa nerviosa—. Dios, lo que debo parecer al reírme así. Seguro que mi comportamiento se parece al de una paciente que vi en el hospital.

—¿Qué le sucedía? —Se reía de una manera muy exaltada, rara —agregó mientras se sonaba la nariz—. Muchas gracias, Béatrice.

—No hay nada que agradecer, para eso estamos las amigas.

—Sí, pero no sé qué habría hecho si no hubieras intervenido.

—No pienses más en eso. A descansar.

Con esas últimas palabras, Béatrice se dirigió a su habitación. Se cambió y se acostó, pero mantuvo la lámpara prendida mientras la mente le vagaba por París.

Esa vez, no era ella la protagonista en aquella lejana ciudad ni tampoco su familia; tampoco lo eran los recuerdos ni los lugares que le eran tan cercanos ni las tristezas ni las alegrías que cada tanto evocaba y que formaban parte de un pasado ya muy lejano. París era el sitio donde estaba Máximo. En ese instante era su lugar.

Cómo deseaba estar junto a él y recorrer las calles, los puentes, los fabulosos parques que adornaban la ciudad. Ansiaba que Máximo pensara en ella, al menos la mitad del tiempo que ella le dedicaba a él en la mente y en el corazón. París no era solo París, era la ciudad que la había acogido por tanto tiempo, de la que huyó para dejar atrás el pasado y a la que no deseaba regresar. Sin embargo, pensó que, de la mano de él, lo haría, por él sería capaz de cualquier cosa. Con esa sensación de añoranza, cerró los ojos y cayó en un sueño profundo y reparador.

CAPÍTULO 4

La vie est belle

El puerto El Havre lo había recibido luego de una veintena de días de travesía a bordo del *Diolibah*. Máximo se había quedado unos días allí para descansar y disfrutar de la ciudad balnearia en la que se había transformado ese lugar.

A los pocos días ya se encontraba camino a París. A pesar de la insistencia de su tío para que se hospedara con él durante la visita, había decidido alojarse en un hotel. Lo que menos deseaba era molestarlo, pues Ismael Uriarte se había transformado en un hombre entrado en años, con sus mañas, y lo que en verdad Máximo había ido a buscar allí, más allá de disfrutar de la compañía de su tío, era también concretar algunos proyectos comerciales basados en unas ideas que le rondaban en la cabeza. Sin lugar a dudas, París era una fuente de inspiración para el tipo de negocios que él regenteaba.

Sin dudarle, se dirigió hasta la rue de Rivoli para hospedarse en el Grand Hôtel du Louvre. Una amplia y lujosa habitación en el cuarto piso, con vista a la Place du Palais Royal, le garantizaba una excelente ubicación. Apenas si descansó, porque se lanzó a las calles de la ciudad para transitarlas hasta que fuera la hora de cenar con Ismael.

Con la caída del atardecer, se había levantado una refrescante brisa, que apaciguaba el calor del verano europeo. Cotejó el reloj de bolsillo y vio que ya era hora de ir hacia el lugar donde habían concertado la cita. Máximo se desplazó a orillas del Sena hasta alcanzar la rue Quai de la Tournelle, donde se erigía la Tour d'Argent. No bien ingresó, un empleado lo condujo hacia la mesa donde lo esperaba su tío. Al verlo, se levantó de la silla y ambos se fundieron en un añorado abrazo.

—¡Qué alegría verte! —exclamó Ismael con los ojos húmedos.

—Ha pasado mucho tiempo.

—Ya lo creo.

Sin hacer esperar al *maître*, que se había quedado a un lado de la mesa, se sentaron para definir cuál sería el menú que degustarían.

—Buena elección —comentó Máximo al hacer un paneo del lugar y ver cómo los últimos rayos del sol reverberaban en el interior. El mármol, material que preponderaba en la imponente decoración, reflejaba la luz y tornaba de color plata todo el salón.

—Este encuentro postergado ameritaba uno de los mejores restaurantes de la ciudad.

El *maître* los interrumpió una vez más para tomarles el pedido.

—El vino te lo dejo a tu elección —dijo Máximo mientras leía el menú.

Luego agregó—: Para mí, *escalope de turbot au gratin*.

—Para mí, *canard au sang*.

—*Merci, messieurs*.

—Será muy reconocido ese plato, pero desde que me enteré cómo lo preparan, evito comerlo —comentó Máximo al recordar cómo se hacía el pato a la sangre.

Ismael estalló en una carcajada y agregó: —Siempre supe que detrás de ese hombre duro e impasible había un corazón sensible que pocos conocen.

Dicho eso, quien rompió en carcajadas fue Máximo.

—No sé si tomarlo como un halago.

—Claro que lo es. Te aseguro que, en un determinado momento de la vida, eso es algo para tener en cuenta.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? —Porque te permite abrirte a una nueva vida y darte cuenta de que *la vie peut être belle* de la mano de una mujer. ¿O no? —Ismael Uriarte ahora da sermones. *Mon dieu!* —Pues bien, en algún momento deberás plantearte dejar a un lado los negocios que hoy te ocupan y que yo te había sugerido continuar.

—No creo que sea para tanto.

—Sabés que te quiero como a un hijo —sentenció.

—Lo sé —admitió Máximo.

—Vivir de los burdeles te permite llevar una vida fascinante rodeado de bellas mujeres en medio de una gran diversión, además de conocer a personas influyentes. Sé que hoy te has convertido en un hombre con cierto poder, pero todo eso, en algún momento, puede transformarse en una trampa mortal —aconsejó con un tono paternal—. Uno nunca sabe cuándo alguien puede jugarte una mala pasada o hasta el mismo destino quizá lo haga. Sin quererlo, podés perder aquel sueño, si es verdad que en algún momento lo perseguiste.

—¿A qué se debe esa sugerencia? —Uno debe sacar provecho de lo único bueno que te dan los años que es la sabiduría. En cierta instancia de la vida, te

darás cuenta de que el modo en que la llevás no te permitirá formar una familia como Dios manda.

—¿Es lo que te ha ocurrido? —preguntó para cambiar el foco de atención y centrarse en él.

—Podría decirse que sí o quizá necesité dejar todo, instalarme aquí y encontrar a Danièle. Ella me brindó lo que, sin saberlo, había buscado tanto tiempo. Debe de ser una maldición para los Uriarte tener una familia, pero, cuando lo creí todo perdido, ella apareció.

El rostro de Máximo se ensombreció de golpe. Él nunca lo había manifestado de un modo tan claro como acababa de hacerlo su tío. En cierto momento, cuando era más joven, había creído que no poder formar una familia era una suerte de condena que los perseguía.

—No deseo echar a perder la cena con viejos recuerdos, pero lo digo para que lo pienses —dijo Ismael.

—No creas que no lo he hecho —reconoció Máximo.

—No soy quién para juzgar el proceder de tu padre, pero está claro que todo lo que uno hace trae consecuencias.

—Así es, y, lo que es peor, el daño a veces lo cometés sobre la persona que en verdad amás.

Máximo estaba convencido de eso luego de lo que había sucedido en su familia. Sin embargo, no le había quedado otra opción que salir adelante e intentar sostener lo que día a día se derrumbaba. En ese instante no quería pensar en ella, a quien imaginó en medio de un gran sufrimiento, aunque quizás no fuera consciente de todo eso.

—Él ya no está entre nosotros como para saber qué te diría, pero estoy seguro de que mi hermano repetiría estas mismas palabras que te mencioné.

La llegada del *maître* fue providencial para cambiar el eje de la conversación y no ahondar en los problemas y secretos familiares. Ismael creía que era el momento indicado para dejar de hablar de temas pasados, que lo único que podían hacer era dañar a su sobrino, a quien tanto quería.

Los platos fueron servidos de inmediato. Durante los primeros minutos, ambos se dedicaron a comer hundidos en un silencio que permitió hacer un paréntesis en la conversación que habían mantenido.

—Hablame de Danièle.

—No me gustaría acaparar toda la velada al hablar de ella —comentó con un gesto cariñoso—, pero puedo decirte que es una mujer excepcional. Como te dije antes, la conocí aquí en el momento menos esperado.

Ismael se había ido de Buenos Aires un tiempo después de que la ciudad quedara devastada por el brote de fiebre amarilla. Aquel momento también había sido duro para Máximo, que se había enamorado perdidamente de Catalina Paz, la hermana de su mejor amigo Tristán, y que cayó víctima de aquella peste.

Fueron tiempos en los que él no se había conducido con corrección, lo que provocó que se peleara con Tristán y que se ganara el odio de Nicanor Salcedo, la mano derecha de la familia Paz. Nunca habría imaginado que las vueltas del destino harían que se enamorara de la hija de Nicanor y que debiera torcer aquella hostilidad si quería estar con ella.

—Así es, pero cuando llegué aquí, encontré una ciudad destruida. La decisión de Napoleón III de declararle la guerra a Prusia, en la creencia de que conquistar nuevos territorios acabaría con la crisis que se vivía, fue por demás desafortunada —se lamentó—. Eso lo llevó a una pronta derrota y se transformó en el prisionero de sus adversarios, lo que implicó que todo cambiase en París y que las luchas por el poder fuesen constantes. Lo único que logró fue precipitar su caída con un costo altísimo. Un tiempo después, se hizo sentir el grito de los obreros en la proclama de la comuna, donde se rebelaron ante semejantes atropellos. Toda la situación que se vivía era asfixiante. Bajo el gobierno de la comuna, y en pos de defender sus ideales socialistas, fueron tras la defensa de los derechos del obrero y dejaron a un lado cualquier idea capitalista. —Hizo una breve pausa y luego continuó—. En medio de todo aquello, algunos de los edificios que caracterizaban aquel poder centralizado se habían incendiado. La comuna no solo buscó destruir el poder, hasta ese momento construido por la monarquía, sino también combatir el poder espiritual de los sacerdotes. Eso provocó un costo importante para la Iglesia, pues se ejecutó al arzobispo de París, al cura de la Madeleine y a algunos prelados. Con el fin de restablecer la justicia y en nombre de cobrarse algunos delitos del gobierno anterior, la comuna cometió otros peores.

—Y en medio de ese desastre es donde la conociste —intervino Máximo.

—Así es. Claro que, como no podía ser de otra manera, ella representaba parte de aquellos pensamientos que iban en contra de mis ideas capitalistas.

Danièle defendía todo lo que yo detestaba. Sin embargo, las diferencias nos unieron cada vez más y el tiempo poco a poco acomodó todo. Desde hace unos cuantos años, la situación política es otra y París ha renacido, una vez más.

—Con todo lo que me has contado, no pierdo las esperanzas.

Máximo no dudó en evocar a Béatrice y las grandes diferencias que lo separaban de ella. Estaba convencido de que solo sería una cuestión de tiempo y que nada podría ser tan terrible como para que al fin no estuvieran juntos.

—Eso jamás —dijo convencido Ismael.

Ambos rechazaron comer postre y se dedicaron a fumar un puro con una copa del mejor coñac que tenía la casa.

—Ahora contame cómo has encontrado París.

—Como a una mujer en su mejor momento, fantástica.

Ambos estallaron en una carcajada cómplice.

—Ya ni recuerdo cuándo fue la última vez que estuviste aquí.

—Hace unos años, pero estabas de viaje con tu esposa.

—Deberías haberte quedado a esperarme —le dijo con fingido reproche.

—¡Cómo si pudiera dejar todo a un lado! Ismael esperaba que en algún momento de verdad lo hiciera.

—Lo importante es que estás aquí.

—¡A tu salud! —exclamó Máximo mientras levantaba la copa.

—¡Por lo que vendrá! —auguró Ismael.

Ambos bebieron el delicioso néctar y, unos segundos después, Ismael retomó la conversación.

—Máximo, quiero que conozcas a mi mujer. Deseo invitarte al Palais Garnier, o al Théâtre National de l'Opéra, aún los franceses no se han puesto de acuerdo en cómo llamarlo, si por quien lo diseñó o por el objetivo que tuvo al crearse. En fin, a mí me da lo mismo, lo importante es que tiene una suntuosidad increíble; es un lugar que no podés dejar de conocer e imagino que vas a disfrutarlo mucho.

—Por supuesto, ¿cuándo querés que vayamos? —Dentro de dos días.

—Ahí estaré —confirmó con satisfacción.

La velada había llegado a su fin con la promesa de verse en el teatro.

En los días que siguieron, Máximo había evitado desplazarse en un vehículo, ya que necesitaba sentir la ciudad, recorrer las calles y observar a la gente. Creía que esa era la mejor manera de conocer París. Pero la noche de la gala en el Palais Garnier se dio el lujo de ir a bordo de un carruaje para recorrer la avenue de l'Opéra en casi toda su extensión hasta desembocar en el teatro. El avance hacia allí era lento debido a la gran cantidad de vehículos que tenían el mismo destino.

Cuando llegó, se quedó sin aliento al ver el imponente palacio. Las amplias puertas de entrada estaban abiertas para darles la bienvenida a los

parisinos y turistas que se habían congregado allí para disfrutar de una extraordinaria gala de *ballet*. Sin dudas, Ismael no había exagerado en cuanto a la majestuosidad de su construcción. Grandes columnas, junto a lujosas estatuas que representaban deidades griegas, daban un marco impresionante al edificio de estilo neobarroco.

Todo lo que estaba a la vista brillaba en su máximo esplendor. El gran lujo se conjugaba a la perfección con el buen gusto y los invitados a la función no eran la excepción. Las mujeres estaban vestidas con ampulosos trajes de gala, hechos con los más finos encajes y sedas, y adornadas con las mejores joyas. Los hombres, vestidos de estricta etiqueta, las acompañaban en medio de conversaciones banales y atentos al llamado para ubicarse en sus asientos.

—Máximo —lo llamó Ismael al acercarse del brazo de una fina mujer—.

Danièle, él es mi sobrino.

Al verla, Máximo se dio cuenta enseguida de por qué un hombre entrado en años como su tío estaba tan obnubilado por una mujer. También notó el modo en que ella lo miraba, que daba cuenta de la admiración que sentía por ese hombre.

—Es un placer enorme conocerla —dijo e hizo una leve reverencia.

— *Tout le plaisir est pour moi!* —A Danièle le cuesta hablar español, aunque lo entiende a la perfección.

—A mí me sucede lo mismo, pero en sentido inverso.

—Ya podemos entrar, ¿verdad? —preguntó Ismael.

—Por supuesto. Tenías razón con lo que me dijiste sobre este lugar.

—Esperá a ver los palcos. Como imaginarás, cuento con uno.

—Siempre has sido un cultor del *ballet* y de estos lugares tan refinados —concluyó con cierto humor—. Adelante.

Caminaron por el vestíbulo y ante ellos se abrió una gran escalera de mármol revestida con una alfombra color bermellón. A cierta altura, se dividía en dos sentidos, que llevaban hacia los distintos palcos. Una vez dentro, se ubicaron en las butacas de terciopelo color granate, desde donde podían admirar las majestuosas arañas que pendían del techo y alumbraban el dorado de la decoración barroca.

—Máximo, quiero presentarte a un matrimonio amigo —dijo Ismael al levantarse y darse vuelta para saludarlo—. Jean Paul Bourgeos, su esposa Emmanuelle y su hija Gabrielle.

Máximo los saludó con cortesía, no sin antes lanzarle una mirada inquisidora a su tío. No podía creer que le hubiera buscado una compañía para

esa gala.

Unos minutos después, las luces se prendieron y se apagaron repetidamente para anunciar que la función estaba por empezar y que todos debían ubicarse en sus lugares. Luego, el espectáculo comenzó.

Durante el tiempo que duraron los dos primeros actos, Gabrielle no dejó de hacer comentarios sobre la música, la escenografía, la danza que ejecutaban los bailarines y hasta el vestuario que usaban. Si bien la joven contaba con una gran belleza, estaba muy lejos de provocarle algo especial a Máximo, aunque se comportó con cortesía. Luego, las luces se prendieron poco a poco para dar comienzo al primer intervalo.

—Si me disculpan, ya regreso —informó Máximo y salió del palco.

Decidió aguardar el comienzo del tercer acto en el *foyer* junto a otros espectadores que preferían distraerse durante el intervalo. El murmullo crecía a medida que la sala se colmaba. Algunos aprovechaban para comentar lo que habían visto hasta el momento y no dudaban de hacer gala sobre sus conocimientos de *ballet*. Quedaba claro que la mayoría asistía a ese lugar no solo para disfrutar de un fantástico espectáculo, sino también para ser vistos. El estar allí otorgaba cierta dosis de refinamiento.

—Máximo, tomamos algo aquí —anunció Ismael.

—Un buen trago siempre viene bien —dijo y levantó la mano para pedir dos copas de champaña.

—Por supuesto.

—¡Uriarte, qué gusto encontrarlo por aquí! —exclamó un hombre que se acercaba a ellos.

—Manuel Montes, lo mismo digo —dijo Ismael.

Se trataba de un viejo conocido de su tío. Era de origen español y residía en Madrid, pero los viajes a París formaban parte de su rutina de viajes.

—Le presento a Jasmine Fleury.

—Máximo Uriarte —dijo al saludarla y estrecharle la mano—. Es un verdadero placer —concluyó con una sonrisa en los labios.

La mujer le devolvió el saludo sin dejar de mirarlo a los ojos. No podía creer tenerlo enfrente, volver a verlo. La estampa que tenía era aún más cautivante que años atrás, cuando lo había conocido. Sin dudas, resaltaba por encima del resto, porque, a pesar de estar vestido de gala como todos los hombres allí, su porte y el cuerpo vigoroso lo hacían verse mucho más apuesto. El tiempo había acentuado las facciones en ese rostro tan varonil que poseía y el cabello negro lo mantenía peinado hacia atrás, lo que le destacaba

la piel bronceada por el sol.

Nunca creyó que podría volver a encontrarse con él. Estaba segura de que Máximo no la había reconocido cuando fueron presentados, pues ya nada quedaba de aquella joven que él había visto. Ella había hecho todo lo posible por olvidar todo lo vivido y lo había logrado. Desde hacía poco más de dos años, ostentaba el lugar, la posición y el dinero que siempre había ansiado y no ponía reparos en disfrutar de todo lo que se había ganado. Pensó entonces que haberse encontrado con Máximo era el premio mayor que coronaba todo aquello que había vivido. No le importaba en lo más mínimo que él no la recordara, muy por lo contrario, tenía la ventaja de que lo conocía muy bien, le conocía los gustos y el modo en que podría conquistarlo otra vez.

—No sabía que estabas por aquí —comentó Ismael.

—Viajé por una corta temporada. Tenía una excelente excusa para venir —dijo Montes al mirar de soslayo a su acompañante—. Claro que tampoco quería perderme esta gala.

—Me imagino —acotó Ismael con complicidad.

—Además, Jasmine es una gran conocedora del *ballet*.

—Imagino que es la excusa perfecta para asistir a un lugar como este —agregó Máximo.

—Por supuesto. Pero es una verdadera lástima que no podamos disfrutar de la ópera *Les Huguenots* de Meyerbeer —comentó Jasmine—, aunque sea algunos actos, como se ha ofrecido aquí en otras oportunidades.

—Claro, querida —convino Montes—. El amor surgido entre dos personas que se encuentran en situaciones absolutamente adversas y opuestas sin lugar a dudas es un tema que atrae el interés de casi todas las damas presentes, ¿verdad? —Estoy de acuerdo —confirmó Ismael.

Ella no dejaba de observar a Máximo, que se mantenía en una actitud impertérrita. De pronto, los espectadores empezaron a caminar presurosos en distintas direcciones, lo que indicaba el comienzo del nuevo acto.

—Si me disculpan un momento, ya regreso —anunció Máximo, que dejó la copa y fue a buscar otra antes de volver al palco.

El *foyer* había quedado casi vacío cuando Jasmine vio que Máximo se había quedado solo, entonces logró alejarse de su compañero con la excusa de ir al *toilette* y se le acercó. Lo único que deseaba era tener una oportunidad de estar a solas con él.

—Disculpe —dijo mientras se le acercaba por detrás—. Debo apresurarme si no quiero llegar tarde al inicio del tercer acto.

Máximo se dio vuelta de inmediato con una copa de champaña en la mano y le clavó la mirada a la dama de cabello rubio.

—Tiene razón, yo casi he terminado. No debe retrasarse si no quiere molestar a su acompañante.

—Tiene razón —dijo con una sonrisa cautivadora.

Ella se apresuró y caminó unos pocos pasos hasta que cuatro palabras la detuvieron de golpe.

—¡A tu salud, Gina! Máximo levantó la copa en señal de brindis y de un golpe se tomó el líquido que quedaba, inclinó la cabeza y se dispuso a entrar al palco.

Jasmine no había logrado caminar un paso más, pues el cerebro le repetía una y otra vez su antiguo mote. No entendía cómo él había reconocido. El cabello rubio, que dejaba atrás el castaño que supo tener, y la vestimenta elegante le daban una apariencia que no tenía ni una pizca de similitud con la que había tenido en el pasado. Hacía tiempo que lucía prendas finas, los mejores zapatos y costosas joyas, lo que muchas veces provocaba la envidia de otras mujeres. Su belleza y buen gusto causaban estragos, no solo frente a los hombres, sino también entre las mujeres de la alta sociedad. Eso era algo de lo que siempre se regodeaba, pues le encantaba ser el foco de atención y que la admirasen, y disfrutaba ostentar lo que había logrado.

—Jasmine, ¿sucede algo? Montes había salido a buscarla cuando vio que no regresaba.

—Disculpame, solo necesitaba un poco de aire. Creo que tanta gente me ha perturbado.

—Si lo deseas, podemos irnos.

—Claro que no, de ningún modo. Entremos, por favor.

Sin decir más, entraron y se ubicaron en los asientos. Era la primera vez que ella no disfrutaba el *ballet*, porque lo único en que podía pensar era en Máximo.

Luego de darle vueltas al asunto, creyó que quizás había dejado en él un profundo recuerdo como para que la reconociera, más allá de los notorios cambios que había hecho en su apariencia. Su ánimo de a poco cambió y, al terminar la obra, estaba convencida de que esa vez no se le escaparía. No lo iba a permitir.

Mientras tanto, Máximo debió soportar los constantes comentarios de Gabrielle y la mirada de Jasmine clavada en sus ojos. Dio gracias cuando al fin terminó la función. Saludó a todos con cortesía, no sin antes agradecerle a

su tío la invitación, y salió a toda velocidad del teatro para subir al carruaje y regresar al hotel.

La mañana siguiente amaneció bajo un gris ceniciento, que alivianó el calor aplastante de esos días de sol pleno. Había desistido la invitación de reunirse a mitad de mañana con Ismael y Danièle, ya que tenía una reunión con Philippe Beltran, un conocido que poseía locales dedicados al *café concert* y estaba interesado en saber cómo era ese negocio en la ciudad de Buenos Aires, si es que existía. Según Máximo, si había algún momento ideal para invertir en la ciudad, era ese, ya que todo florecía de la mano del progreso.

El punto de encuentro había sido el restaurante Le Procope. Allí, los hombres mantuvieron una larga e interesante reunión para realizar inversiones en ambas ciudades, siempre que se diesen las condiciones favorables para los dos. No era novedad que Máximo siempre había querido expandir su negocio, y París se presentaba con grandes oportunidades para hacerlo. Claro que todo eso llevaría un tiempo, pero acordaron que, en principio, Beltran viajaría a la ciudad de Buenos Aires para conocerla y terminar de concretar el negocio.

La reunión se extendió hasta las primeras horas de la tarde, luego de lo cual Máximo regresó al hotel para descansar un poco. Durante esa semana no dejó de mantener distintos compromisos sociales, que no solo lo habían mantenido ocupado, sino también cansado. No bien alcanzó uno de los ascensores para dirigirse a la habitación, uno de los empleados del hotel lo llamó.

— *Monsieur Uriarte, une femme attend dans le salon. — Merci.* Máximo se dirigió hacia el amplio salón que le había indicado el conserje en busca de la dama que lo esperaba. Al entrar, y en medio de las suntuosas mesas ya dispuestas para la cena, estaba ella, que lo aguardaba con un abanico en la mano y cierto arrebató en el rostro.

— ¡Máximo! — clamó mientras levantaba una mano.

Él se acercó y la saludó con un beso en la mejilla.

— Qué sorpresa verte aquí — dijo confundido.

— Supongo que es una sorpresa agradable — replicó con tono sugerente.

— Por supuesto — comentó al sentarse frente a ella—. Aún no sé cómo tengo que llamarte.

— Como quieras. Podría decirte que he venido hasta aquí a las galerías del Louvre para realizar algunas compras y que de casualidad entré y te encontré, pero no es verdad — dijo con picardía.

— Entonces no lo digas. ¿Cómo supiste dónde estaba? — La noche de la

gala escuché que tu tío se había quejado de que no estabas alojado en su residencia. Te imaginarás que conozco la ciudad como nadie; también tus gustos. Supuse que estarías en uno de los mejores lugares de París y sé que siempre te decantaste por lo excelso —comentó al lanzarle una sonrisa altanera, como si ella estuviera dentro del excelente buen gusto de él—. No era larga la lista para buscar.

—Entonces... —inquirió con curiosidad.

—Prefiero decirte que ansiaba verte para hablar y aclarar algunas cosas.

—Gina, no te sientas obligada a hacerlo. Lo de la gala fue solo un encuentro casual.

—Lo sé, pero quiero hacerlo.

—Adelante, entonces. ¿Algo para tomar? —Ya pedí algo refrescante.

—Está bien.

—Fue bastante el tiempo que transcurrió desde que nos vimos por primera vez. En aquel momento, era alguien que vivía para subsistir del único modo que me era posible, por eso trabajaba en el Bal Mabille.

—Fue allí donde te vi bailar por primera vez, y lo hacías muy bien.

Máximo había ido a ese lugar porque generaba mucho interés en todos los hombres, dado que allí se encontraban las mujeres más bellas de París que bailaban ritmos sugerentes. Estaba ubicado en medio de los Champs-Élysées, un lugar de ensueño. Solo entrar y conocer el lugar provocaba cierta conmoción, ya que la decoración de los distintos sectores se alternaba con diferentes estilos. El que más llamaba la atención era uno que estaba alumbrado con palmeras artificiales de cuyas hojas pendían globos de gas. Varios músicos acompañaban a las bailarinas sobre el escenario en las polcas y el cancán. Ese lugar permitió que surgieran bailarinas de renombre, y Gina era una de las mejores.

—Sí, aunque te aseguro que no me trae nostalgia ni buenos recuerdos aquella época.

—¿Por qué? —No me gustaba lo que hacía —dijo con un tono de tristeza.

—Sin embargo, eras una de las mejores bailarinas del Bal Mabille.

Jasmine no quería regresar a todo aquello, pero, si para Máximo era un buen recuerdo, ella intentaría evocar aquel pasado.

—Gracias, siempre me lo decías, ¿te acordás? —Claro que sí —respondió con una sonrisa.

El *maître* acababa de depositar la copa con la refrescante bebida para ella e interrumpió la conversación algunos segundos.

—Disfruté mucho de tu compañía el tiempo que estuviste aquí. —Máximo evitó contestarle, no quería que ella volviese a confundirse—. Cuando te fuiste, yo trabajé allí un tiempo más, pero la ciudad dejó de ser lo que era para transformarse en un pandemonio. Siempre detesté a mi familia y el modo en que vivían; todo el tiempo lloraban penurias y resaltaban la miseria que los rodeaba, pero nunca hicieron nada para cambiar esa situación. Los odiaba, por eso siempre busqué tener todo lo que me había sido arrebatado de joven, o, mejor dicho, todo lo que ellos nunca me dieron.

—Parece que lo lograste.

No bien la había visto, Máximo se dio cuenta del gusto exquisito de sus prendas junto a los comentarios acertados que hacía sobre temas que nunca antes había sabido.

—Así es. Ahora respondo a tu pregunta original: lo primero que hice fue borrarle el mote de Gina. Todas las bailarinas teníamos uno. A algunas no les importó conservarlo, porque con él subieron a la cumbre de la fama, como le sucedió a Élise Rosita Sergent, que se hacía llamar *la reine Pomaré*.

—Con ese mote de la realeza, supongo que habrá llegado lejos —comentó risueño Máximo.

—Yo elegí otro modo para lograr tener todo lo que tengo.

—Eso veo.

Él no necesitaba que le dijese nada. Ya desde que la había visto en el Palais Garnier, se imaginaba cómo lo había hecho.

—Estuve casada —dijo para despejar dudas, ya que sabía lo que Máximo pensaba.

—¿Sí? —preguntó con sorpresa.

—He enviudado hace un tiempo.

—Por suerte, no se te ve muy triste —comentó con sarcasmo.

—Máximo, no me juzgues.

—No lo hago, solo digo lo que veo.

—Si bien no duró mucho, fue una liberación que muriera. Los años que nos separaban marcaba la diferencia en el trato. Esa vida y su familia ya me tenían muy cansada. Ahora soy viuda y al fin puedo darme los lujos que siempre quise sin tener que soportar maltratos ni darle explicaciones a nadie.

—Si mal no recuerdo, eras Gina Fleury. ¿Te ha quedado el apellido? —*Mon chéri*, de mi difunto esposo solo me he llevado lo que me corresponde de dinero, el resto se lo dejó a los suyos.

—Te noto muy decidida en cuanto a tus objetivos.

—Así es —dijo con altanería.

La elocuente mirada que le dirigió a Máximo no dejaba lugar a dudas sobre su presente anhelo.

—Gina.

—No me digas nada. Quise contarte cómo viví estos últimos años porque con vos todo ha sido, y todavía es, diferente, sos distinto. Cuando partiste, no me fue fácil quedarme acá, sola.

—Lamento no haber sido lo suficientemente claro en ciertas cosas.

—Lo fuiste conmigo. Te repito, sos diferente. Quizás me veas como a alguien sin escrúpulos, y puedo serlo, pero siempre logro lo que deseo.

—Creo que es en lo único en lo que nos parecemos.

Jasmine anhelaba volver a ser su objeto de deseo y no pararía hasta convencerlo de que ella era lo que él tanto había esperado.

—Me gustaría que me cuentes cómo te ha ido en este tiempo —sugirió para cambiar la conversación.

—He trabajado muy duro para tener todo lo que tengo.

—Seguís en el negocio de los burdeles, ¿verdad? —Así es, y me va muy bien. Uno de ellos se llama El Regocijo.

Ella esbozó una sonrisa seductora al escuchar el nombre del lugar que él regenteaba.

— *Mon chéri*, nos parecemos más de lo que creés.

— *Touché* —completó y esbozó una sonrisa.

La conversación se extendió como si el tiempo entre ellos no hubiera transcurrido, como si los años sin verse hubieran quedado a un lado. Para amenizar la charla y atemperar el calor de ese anochecer, pidieron más refrescos.

—Creo que se ha hecho tarde y debo cumplir con otro compromiso —dijo ella luego de un largo tiempo.

—¿Con Montes? —preguntó él con picardía.

—Veo que recordás con quién estaba la noche de la gala.

—Por supuesto, y me apiado de él.

Ambos largaron una carcajada. Ella tomó el abanico cerrado y lo golpeó a él en el musculoso pecho.

—¿Estás celoso? —le dijo en un susurro.

Él observó cómo Jasmine se inclinaba hacia adelante para hacer ostentación del amplio y tentador escote que tenía el vestido que llevaba puesto. Estaba claro que conocía los artilugios necesarios para seducir a un

hombre. Para su desgracia, él trabajaba con mujeres que no hacían otra cosa que eso.

—Gina, no soy celoso.

—Entonces debería tomarlo como una ventaja.

—Depende para quién.

Jasmine se levantó y de inmediato él hizo lo mismo para acompañarla hasta la salida del hotel.

—¿Cómo te vas? —No te preocupes por mí, *mon chéri*. Tengo un carruaje a mi disposición. — Hizo una pausa y lo miró directo a los ojos—. Espero volver a verte.

—Claro que sí.

—¿Cuándo pensás regresar? —Lo antes que pueda.

—¿Tenés asuntos pendientes allí? —Así es, por eso me urge regresar.

Ella sabía hasta dónde preguntar y cuándo detenerse; conocía como nadie a los hombres y Máximo tenía las mismas particularidades que el resto, por eso, evitó continuar con el interrogatorio.

—Fue agradable verte.

—Gracias, Gina.

Él se acercó y le dio un beso en la mejilla en el preciso instante en que ella inclinaba el rostro para besarle la comisura de los labios.

—Hasta pronto —se despidió con un dejo de sensualidad.

Jasmine se fue de allí con un caminar insinuante que no dejaba dudas de lo que buscaba y a quién intentaba seducir. Máximo le lanzó una última mirada y se dio vuelta para ingresar al hotel y echarse a descansar. Había sido una jornada extenuante en todos los sentidos.

Los días siguientes los tuvo tan ocupados como desde el primer día que había llegado a París. Apresuraba las diligencias que debía hacer para poder emprender el regreso a Buenos Aires lo más pronto posible. Pero antes de partir quería visitar algunos lugares que no conocía.

Después de desayunar, se acercó al mostrador de recepción y le preguntó al conserje a qué lugares le recomendaba ir para comprar lo que necesitaba. Con la información que le dio, partió de allí de inmediato. Mientras avanzaba por las calles, aprovechaba para despedirse de la ciudad, pero lo hacía sin melancolía, no tenía deseos de quedarse más tiempo allí, como otras veces.

Entró en una tienda que vendía las mejores prendas y telas de la ciudad. Por fortuna, lo atendió una dependienta que supo interpretar su pedido y le consiguió lo que necesitaba. Cuando estuvo listo, le pidió si podían enviarlo

al hotel. Al ver dónde se hospedaba, no dudaron en mandarle el paquete, lo que le permitió no ir cargado hacia la rue du Faubourg Saint-Honoré, donde se encontraban las mejores tiendas de la ciudad. Máximo tenía muy claro qué era lo que deseaba y haría lo imposible por conseguirlo, por eso entró a la prestigiosa joyería Heurgon. Al verlo entrar, el vendedor supo que estaba frente a un gran cliente al que no le importaba el dinero que costara una pieza, siempre que se cumpliera lo que deseara. Por eso, después de atenderlo, le aseguró que a última hora de ese día le entregaría lo solicitado.

Máximo cumplió con otras diligencias, tomó un almuerzo ligero en el Café de la Paix y por la tarde recorrió el barrio Montmartre, que no hacía mucho se había anexado a la ciudad. Por sus pequeñas callecitas recorrió los burdeles que estaban instalados allí. Sabía que no era una zona muy querida por la población parisina, salvo por los hombres que satisfacían sus bajos deseos, como ocurría en El Regocijo noche tras noche.

El anochecer se apoderaba de París mientras Máximo atravesaba la ciudad rumbo al hotel. Cuando llegó, se dirigió a la conserjería, donde le indicaron que alguien lo esperaba en el salón. Al ingresar allí, vio que Ismael estaba sentado con una copa de coñac en la mano.

—No sabía que vendrías. ¿Hace mucho qué esperás? —No más de media hora. Pero una buena copa de alcohol siempre es buena compañía.

Máximo levantó la mano para pedirle otra al camarero y acompañar a su tío.

—Creía que nos veríamos mañana.

—Danièle también lo esperaba, pero no me sientan bien las despedidas —sentenció—. Mañana prefiero tener un día normal y no pensar en que te vas sin saber cuándo volveremos a vernos.

—Debe de ser una característica de los Uriarte, a mí tampoco me gustan las despedidas, pero a veces no queda otra alternativa.

—Así es. Danièle también va a sentir tu partida. Me ha dicho que desde que llegaste estaba con nuevos bríos, según le entendí —comentó con una sonrisa nostálgica.

—Entonces, aunque sea por ella, debemos hacer algo.

—Máximo, no quiero que pase tanto tiempo hasta un nuevo encuentro, no lo resistiría —dijo casi como un ruego.

—¿Sucede algo? —preguntó preocupado.

—No, solo mañas de un viejo.

—No digas eso, se te ve muy bien, y supongo que Danièle tiene que ver

con eso —comentó con una sonrisa cómplice.

—Por supuesto, ella lo es todo. Pero me gustaría volver a verte.

—Entonces tomémoslo como un trato. Yo debo volver a Buenos Aires porque me han quedado unas cuantas cosas pendientes que debo resolver. Una vez que lo haga, regresaré aquí.

—Te tomo la palabra —exclamó con alegría—. Espero que todo ande bien por allá.

Máximo no iba a explicarle todo lo que debía arreglar cuando llegara a Buenos Aires, pero estaba seguro de que al fin cada cosa encajaría en su lugar.

—Tu padre estaría orgulloso de vos.

Luego de un profundo suspiro, Máximo volvió a mirar a su tío y agregó: —No lo sé, pero me doy cuenta de que de un modo u otro has intentado que me reconcilie con mi pasado y con él en especial.

—Puede ser, pero ¿está mal? —No, solo que a veces es mejor dejar las cosas como están. Levantar el polvo debajo de la alfombra puede ensuciarte demasiado.

—Tal vez, pero solo hay algo que debés tener en cuenta y nunca olvidarte: él, a su manera, los amaba. Nunca habría hecho algo para dañarlos.

—¿Por qué lo decís? —Porque estoy convencido de eso. Pero no hablemos más del pasado, estamos aquí para tomar otra copa de coñac y brindar por tu próximo regreso, ¿verdad? Máximo le lanzó una mirada. Sabía que se había acabado el tiempo de las preguntas y, como Ismael había dicho, era mejor que no se hablara más del pasado.

—¡Por un pronto regreso! —exclamó mientras levantaba la copa para brindar.

Ambos conversaron y brindaron varias veces como si esa fuera una rutina de todos los días, como si la semana entrante también lo harían.

Luego de un buen rato, Ismael tomó valor y se levantó para despedirse.

Ambos se fundieron en un apretado y cariñoso abrazo que, además de denotar cierta nostalgia por la partida, estaba cargado del anhelo de volver a verse.

Máximo subió a la habitación y pidió que le llevaran la cena. Debía armar el equipaje y no podía demorarse demasiado en el restaurante del hotel. Cuando comenzó a desvestirse para darse un baño, tocaron la puerta. Con cierto enojo y así como estaba fue a abrirla.

— *Monsieur Uriarte.*

Máximo vio una vez más al conserje, que llevaba un paquete grande y otro

más pequeño en una suntuosa bolsa. En medio de tanta conversación, se había olvidado de que debían llevarle lo que había comprado ese día.

— *Merci. Attendez s'il vous plaît.* Máximo lo hizo esperar unos minutos para buscar la billetera y entregarle una propina. Luego tomó las bolsas y las dejó sobre uno de los sillones de la sala que antecedió a la habitación. Unos golpes en la puerta volvieron a distraerlo y supuso que era otra vez el conserje que se habría olvidado.

—¡Gina, qué sorpresa! —Parece que no hago otra cosa que sorprenderte —replicó con una gran sonrisa—. ¿Puedo pasar? ¿O estás ocupado? — Adelante, estaba por preparar algunos detalles del viaje.

—¿Pensabas irte sin despedirte? —preguntó ella, acodada en uno de los muebles de estilo que decoraban la estancia.

—Debe de ser que no me gustan las despedidas —replicó mientras se apoyaba sobre la puerta con los brazos cruzados y la miraba de arriba abajo.

Jasmine no dejaba de admirarle el torso desnudo. Entonces la envolvió una embriagadora sensación, como cada vez que estaba cerca de Máximo.

—Sin embargo, a veces es imposible no tenerlas, ¿no creés? —dijo con voz sensual.

—Creo que a veces suele ser un grave error tenerlas.

Jasmine se quedó pensativa mientras contemplaba el sillón que tenía enfrente.

Sin embargo, hubo algo que le dio la certeza de que ese era el momento en que debería demostrarle cuánto lo había extrañado.

—Si así lo pensás, entonces te dejo para que continúes con los preparativos.

Se acercó a la puerta, pero sin ninguna intención de irse de allí hasta no hacer lo que tenía en mente. Entonces, con un movimiento provocativo inclinó el cuerpo hacia él para besarlo.

—Gina, no me provoques, te aseguro que es mejor así —le susurró a pocos centímetros de su oreja.

Ella lo miró; sabía que faltaban solo unos pocos segundos para que se desatara toda la pasión que tenían dentro, por eso no le hizo caso y le acercó la boca para entregarse a un beso profundo y generar en él un sinfín de sensaciones. Ningún hombre se le había resistido jamás, y Máximo no fue la excepción.

No hubo tiempo de buscar un lugar más cómodo. Máximo la tomó en un arrebato de vehemencia y la llevó contra el muro de la habitación, le levantó

la falda del vestido y la alzó. Jasmine le enroscó las piernas alrededor de la cintura y se entregó como hacía mucho tiempo no lo hacía. Él le desabrochó los botones del escote y le besó los pechos de manera salvaje; luego, la embistió de una sola vez. Con cada movimiento de su cuerpo fuerte y musculoso ella sentía que renacía. Máximo estaba nublado de lujuria y ya no podía detenerse, había alcanzado un punto sin retorno. Con las ropas enroscadas y a medio vestir, entre jadeos y espasmos, saciaron aquel momento de arrebatos pasionales. Pero no bien llegó al punto más alto de placer, él supo que jugaba con fuego.

Luego de unos minutos en los que sus cuerpos trataron de recomponerse, Jasmine comenzó a vestirse con movimientos sensuales.

—Espero que a partir de ahora cambies de parecer y consideres que las despedidas tienen un sabor agradable.

—Quizá —concluyó con una tenue sonrisa.

—*Mon chéri*, te noto pensativo. ¿Sucede algo? —Nada en absoluto.

Para ella, lo que había ocurrido entre ambos había sido como lo vivido tiempo atrás cuando habían estado juntos. Sin embargo, se había dado cuenta de que no había sido lo mismo para Máximo. El modo en que la había tomado había sido el mismo, la pasión desatada también, pero él no estaba allí con ella. Estaba segura de que en ese momento él estaba en Buenos Aires y lo confirmó al acercarse y ver sobre uno de los sillones el envoltorio con el lema impreso de una de las joyerías más selectas de París. Si en verdad ella deseaba volver a estar con él, debía dejarle un grato y apasionado momento antes de que partiera.

—Te voy a extrañar —comentó con voz melosa.

—Gina, no quiero que interpretes algo diferente de lo que es. Lo que sucedió entre nosotros no ha sido más que esto, es lo único que podemos tener.

Él siempre había sido sincero, lo que no implicaba que ella debiera serlo con él si buscaba reconquistarlo.

—Lo sé, no debés preocuparte. Me conocés, ¿verdad? Él asintió y sirvió dos copas de champaña. Sin preguntarle si la deseaba, le entregó una y se sentaron en uno de los sillones de la sala.

—¿Cómo se llama? —preguntó Jasmine al ubicarse frente a él.

—No te entiendo —dijo confundido.

—Ella, ¿quién es? —No creo que te deba ninguna explicación. Sabés que estos encuentros han sido obra de la casualidad.

—Claro que lo sé, pero también recuerdo que nos hemos contado algunas

situaciones personales. Supongo que mantenemos la confianza de antes, ¿no?
—No creo que sea de buen gusto hablar de una mujer con otra —dijo para evitar aquella conversación.

Jasmine quería saber quién era la mujer que había logrado ocuparle los pensamientos de ese modo. De una u otra manera, obtendría esa información.

—Pero quizás frente a una amiga no sería tan terrible.

—Te diría que tu grado de persuasión es agudo —comentó mientras tomaba un sorbo de la copa—. Se llama Béatrice, abandonó París para vivir en Buenos Aires hace un tiempo. No creo que haga falta decir más.

—En eso estoy de acuerdo —replicó al apurar de un golpe el resto de la champaña para tratar de disimular el leve temblor que tenía en las manos.

Dejó la copa en la mesa de arrimo y se levantó para irse. Estaba segura de que aunque Máximo detestara las despedidas, esa había tenido un sabor definitivo para él, no tanto de París, sino de ella. Muy por el contrario, para ella era un simple comienzo de todo lo que llegaría, de eso estaba por completo segura.

Las horas que sucedieron a ese furtivo encuentro estuvieron signadas por la vorágine del viaje. Una vez más, El Havre se abrió ante sus ojos, pero esa vez no se quedaría unos días allí, sino que se embarcaría de inmediato para completar el ansiado regreso a la ciudad de Buenos Aires.

CAPÍTULO 5

La quietud de la espera

Siempre que no lloviera o el frío no fuera demasiado intenso, Béatrice tenía permitido ir sola hasta la casa de la familia Montero. Al menos ese permiso lo había logrado de boca de su padre y bajo esas estrictas condiciones. Aunque ya hacía bastante tiempo que vivía allí y creía conocer la ciudad, en cada caminata no dejaba de descubrir nuevos lugares, y eso aún la maravillaba como el primer día. Ese paseo que hacía en soledad era un momento que disfrutaba en plenitud, porque le permitía volar con su imaginación y pensar solo en él. A veces creía que su padre podía leerle la mente, porque esa última temporada sin la presencia de Máximo había adoptado una actitud un tanto taciturna. Por fortuna, la aparición de Clarisa en la casa le había permitido no solo compartir algunas actividades con ella, sino también las confesiones más íntimas.

Solo le quedaban dos cuadras para llegar a destino y apuró los pasos para cruzar la calle. Sin embargo, se detuvo cuando escuchó que alguien la llamaba.

Se dio vuelta y observó como él se le acercaba mientras se quitaba el sombrero y se inclinaba para saludarla. Ya creía que era una característica de su persona, porque en las pocas oportunidades que lo había visto, siempre se conducía con mucha galantería y educación.

—Béatrice, qué gusto encontrarla.

—Santiago, qué sorpresa.

—Y muy agradable, por cierto —dijo con una amplia sonrisa—. ¿Hacia dónde se dirige? —Aquí cerca, voy a la casa de la familia Montero.

—Entonces la acompaño, pensaba pasar por allí más tarde para hablar sobre unos asuntos con el señor Montero, pero puedo adelantarme y hacerlo ahora.

—Como guste —dijo y caminaron en dirección a la casa.

—Debo decirle que me ha dejado con deseos de hablar y volver a verla.

—Le agradezco —expresó con cierta timidez.

—Su padre me comentó que lo de aquella noche, en la fiesta, había sido

una simple indisposición.

Como era su costumbre, Nicanor no le decía nada cuando algún hombre preguntaba por ella, y el comentario de Santiago no había sido la excepción, pero lo entendía. Por él no abrigaba ningún otro sentimiento más que el respeto de saber que era un nuevo conocido de la familia.

—Tiene razón, no ha sido nada de importancia —convino Béatrice.

—Entonces espero tener la posibilidad de que la próxima vez podamos hablar mejor.

—Por supuesto —dijo con cierto nerviosismo—. Hemos llegado.

—Lo tomo como una promesa —le dijo con la mirada fija en la suya.

La puerta se abrió de golpe, lo que le permitió evitar contestarle. No acostumbraba a hacer promesas, menos con alguien que aún no conocía.

En el amplio recibidor los esperaba la empleada, que los condujo a ambos a distintas habitaciones. Él había ido hacia el escritorio del dueño de casa, mientras que ella fue hacia la sala.

—Béatrice, qué alegría verte —exclamó la señora Montero con una gran sonrisa.

Esa recepción tan amable la sorprendió, por lo que creyó que se había equivocado de día para dar la clase.

—Gracias, señora Montero. Debía venir hoy, ¿verdad? —Pensó que quizás su estado de retraimiento por lo que sucedía a su alrededor la había hecho confundirse.

—Así es, solo que la noto un poco rara a Carmela y no ha querido decirme qué le sucede.

—No se preocupe, veré qué puedo hacer.

Al entrar a la sala, lo único que le daba cierta alegría al ambiente eran los rayos de luz que se filtraban por los cristales de la ventana. Carmela no se inmutó cuando la vio sentarse frente a ella.

—Las dejo —dijo la señora Montero y salió de la sala.

—Hola, Carmela, ¿cómo estás? —preguntó Béatrice. No logró que le contestara, pero sí que la mirase. Tenía los ojos nublados por una gran tristeza y las manos inquietas. La observó con detenimiento—. Estás distinta, con el cabello suelto.

—¡Lo detesto! No me gusta tenerlo así, odio mi cabello.

Para Béatrice era solo una cuestión de tiempo para que el cabello encrespado de Carmela se asentara, lo mismo que su cuerpo.

—Entonces no hay por qué tenerlo de ese modo. ¿Me permitís? Béatrice se

quitó el broche que le sujetaba el cabello para colocárselo a ella.

La docilidad que mostró la niña la sorprendió. Luego le dio un beso en la coronilla y retornó al asiento.

—¿Así está mejor? —preguntó con una sonrisa cómplice.

Con los ojos húmedos, Carmela asintió y levantó los dos libros que reposaban en la mesa. De allí extrajo parte de la cinta que usaba como moño, embarrada y manchada. Luego volvió a mirar a Béatrice, que la observó con mirada inquisidora.

—Me empujaron y me caí. Una amiga me deshizo el moño y lo arrojó al lodo.

Béatrice le tomó las manos y se las acarició con ternura. Aún no sabía el motivo por el cual se sentía tan cerca de esa niña de nueve años.

—Quien te hizo eso no es tu amiga.

—Es que no tengo otras. Se burlan de mi cabello crespo y oscuro. Además, dicen que siempre necesito de una profesora para entender las clases.

—Carmela, todo lo que te dicen no es verdad.

—Sí que lo es.

—Si vas a creer lo que te dicen, que sea de las personas que en verdad te quieren. El resto solo va a buscar lastimarte, como lo han hecho esta vez.

Supongo que no debe de ser la única vez que sucedió algo como esto.

—No —contestó con lágrimas en los ojos.

—Alguien que te hace esas cosas es porque quiere dañarte, sin importar cómo tengas el cabello o cómo te vaya en la escuela. A mí también me sucedió.

—Nadie podría criticarte, sos hermosa.

—Ser o no hermosa no tiene ningún valor para aquel que lo único que busca es lastimarte. Siempre habrá algún motivo para que te molesten. La cuestión es no permitir que lo hagan, no debés permitirlo.

El estruendoso ruido de la silla al caerse al suelo alertó a la señora Montero, que de inmediato se acercó hasta la sala. Se mantuvo a un costado de la puerta y observó cómo su hija abrazaba a Béatrice. Ese sería un gesto que nunca olvidaría, porque nunca nadie había tratado a Carmela con ese cariño tan sincero.

— *Carmela, nous avons commencé?* — *Oui*. Para Béatrice había sido una de las mejores clases que había dado, ya que creía haber traspasado el muro levantado por Carmela a base de angustia, desconfianza y dolor, por lo que supuso que a partir de ese momento todo sería distinto.

Cuando finalizó, con el abrigo colgado del brazo y de la mano de la dueña de casa, fue conducida hasta la salida. Sin embargo, hubo algo que le llamó la atención: se escuchaban algunos gritos que llegaban desde el escritorio, pero lo más peculiar fue que el tono de voz provenía de Santiago, alguien que siempre estaba de buen humor y bien dispuesto a todo. De todas maneras, apuró el paso, se despidió de la señora Montero y emprendió la marcha hacia su casa.

Detrás de los muros del Hospital de Mujeres Dementes todo seguía del mismo modo, al menos para las internadas. Sin embargo, Clarisa intentaba mantener con el doctor una actitud similar a la de la primera vez que había estado allí. No obstante, no le había sido posible volver a comportarse del mismo modo, ya que no podía borrarse de la cabeza que él estaba comprometido. El gran esfuerzo que hacía para olvidarse del tema se desvanecía cuando lo tenía cerca.

Clarisa acababa de abandonar la sala a pedido del doctor Heredia para ir a buscar algo al consultorio. Sobre el mueble que estaba junto a una lámpara de gas, había una carpeta, esa misma que en otras oportunidades le había visto al doctor y donde solía hacer anotaciones. Con solo abrirla, vio que en la primera hoja decía:

Desde mi llegada al Hospital de Mujeres Dementes, he intentado diagnosticar las dolencias de algunas de las internadas. En ciertos casos, he estado en total coincidencia con lo anteriormente diagnosticado y pude confirmar las patologías.

En otros casos, tengo discrepancias.

No existen tratamientos médicos que se les hayan aplicado a las pacientes en relación a lo diagnosticado en su oportunidad. Con lo único llamativo que me he encontrado es con la incorporación de algunas actividades recreativas que favorecen a ciertas internas.

En concordancia con lo propuesto por el doctor Lucio Meléndez, se intenta establecer nuevos hábitos y conductas a través de estas actividades. El taller de costura es un lugar de esparcimiento que resulta muy terapéutico para algunas internas. Quienes participan allí conservan un lugar de privilegio dentro de la institución, no por pedido de ellas o de su

familia, sino por una decisión profesional debido al buen comportamiento que presenta cada una de ellas.

Las visitas de las inspectoras de la Sociedad de Beneficencia para conocer el estado de las pacientes resultan imprescindibles, ya que la cantidad de internas supera la capacidad del hospital y toda la ayuda que se brinde es valiosa.

Aún me resta analizar en profundidad cada caso y sus circunstancias particulares. Sin embargo, y de acuerdo a los diagnósticos hechos por el doctor Meléndez, puedo consignar que algunas de las pacientes de esta institución padecen ciertos trastornos como: Melancolía simple: evidenciada en dos pacientes. Una ha tenido múltiples tentativas de suicidio. Ver nota acerca de A. P. y de M. C.

Locura impulsiva o manía aguda: se han registrado algunos casos. Ver nota acerca de O. C.

Melancolía con estupor: se le ha diagnosticado a tres pacientes que están internadas desde hace mucho tiempo. Ver nota acerca de J. I., de I. S. y de S. C.

Hay una paciente que reviste especial interés. Su comportamiento taciturno, junto a otras características muy llamativas, no me han permitido clasificarla aún. Sí es una paciente que conserva quietud en momentos de alboroto general y mantiene ciertos rasgos místicos y religiosos en otros momentos.

Ver nota sobre T. U.

Clarisa cerró de golpe la carpeta, pues se dio cuenta de que se había vuelto una fisgona en todo lo referente al doctor. Por otro lado, no había entendido nada de lo que había leído. Tampoco tenía por qué hacerlo, ella estaba allí para asistirlo y hacerle saber si notaba algo extraño, aunque no sabía qué otra cuestión podría asombrar al doctor Heredia. Enfiló hacia donde se encontraba para entregarle lo que le había pedido.

—Clarisa, necesito que busque a Brígida para que prepare la habitación de esta paciente. Voy a estar por acá.

La joven no se hizo esperar y fue a buscar a la empleada. No la vio en las salas por donde siempre se movía, entonces fue hacia a la cocina. Allí estaba junto a dos de las cocineras y tomaban mates con bizcochos. La reacción que tuvieron al verla no fue grata, ya que no deseaban que le contase al doctor que

no cumplían con sus tareas en ese momento. Desde que se había incorporado al hospital, Clarisa se había transformado en los ojos y oídos del doctor Justo Heredia.

Brígida la acompañó de mala gana hasta el otro lado de la construcción, donde se ubicaba el taller de costura. Allí, algunas pacientes pasaban varias horas de la tarde para coser y confeccionar prendas, las cuales no solo servían para que las utilizaran las mismas internas, sino también para la venta cuando el grado de confección era óptimo. Los fondos obtenidos de la comercialización eran destinados para el mismo hospital. De ese modo, se había logrado aunar dos objetivos: el terapéutico y el comercial.

En una de las sillas frente a la mesa de trabajo se encontraba Teresa, que tenía toda la atención puesta sobre el paño que tenía entre las manos. Ella era una de las más antiguas en la institución y lideraba el taller, no solo por su buena conducta, sino por la destreza que tenía para la costura. Sus manos dejaron de dar puntadas para buscar entre los géneros otros hilos que necesitaba. Buscaba y rebuscaba dentro de uno de los cajones de la mesa, pero no estaban. Para ella era importante intercalar hebras de distinto color, así el bordado realizado en la pechera se destacaría sobre el azul de la blusa. Los necesitaba si quería cumplir con la tarea asignada.

Se levantó y de modo sigiloso se desplazó por los fríos pisos de uno de los pasillos hasta alcanzar su habitación. Pensó que quizá los había dejado sobre la pequeña mesa ubicada allí, pero no podía recordarlo bien. Ella era la única que contaba con los más hermosos hilos y telas para trabajar, pero a veces le desaparecían y no sabía dónde encontrarlos. Mientras hurgaba en un pequeño cajón, creyó sentir unos pasos. Se sorprendió porque en el trayecto no se había cruzado con nadie. ¿De verdad los había escuchado? Las pisadas se detuvieron y el ruido de una ampulosa falda al moverse se hizo más notorio. De inmediato dejó de buscar y supo que la dama había regresado otra vez.

—Deberías estar en el taller de costura, ¿o me equivoco? —Teresa escuchó otra vez, como en tantas otras oportunidades, esa voz perteneciente a aquella dama que siempre la visitaba—. ¿Qué hacés aquí? —Teresa quería decirle que solo buscaba los hilos para terminar la tarea. Debía decírselo, ya que con eso bastaba para que se fuera, pero no podía contestarle—. Tenés que comportarte como es debido, ¿verdad? Los ojos de Teresa comenzaron a humedecerse. No podía responderle.

¿Estaría en verdad en su habitación aquella extraña dama o esa imagen se le había escurrido en la mente como en otras oportunidades? —No me mires

de ese modo, como si siempre querrías dar lástima. La pena ha sido siempre tu táctica; y la locura, tu fiel compañera. Por tu culpa sucedió todo aquello, ¿te olvidaste o necesitas que te lo recuerde? —La cabellera color plata de Teresa se movió de un lado a otro hasta que se le desarmó el rodete que su compañera de cuarto le hacía cada mañana—. Para eso vengo, para que jamás olvides qué sucedió y quién fue la culpable de todo aquello. ¡Por una vez contestame! Un fuerte escalofrío le estremeció todo el cuerpo. De inmediato, entrelazó las manos con mucha fuerza, quizá para poder sostenerse y no desfallecer o tal vez en un mero acto de resignación.

—Siempre estaré cerca para comprobar que no salgas de aquí. Este es tu lugar y nunca lo abandonarás.

Teresa no se había movido del lugar ni tampoco había cambiado de postura, solo comenzó a murmurar algo que solo ella entendía. De a poco, el cuerpo comenzó a inclinársele hacia delante y atrás, como si querría acompañar las palabras que le brotaban de la boca.

Clarisa se dirigía hacia otra zona del hospital. A medida que avanzaba, se fijaba que todo estuviera en orden. En el sector que atravesaba en ese momento, no había más de quince habitaciones. Se trataba de una ampliación que se había hecho hacía poco y, por regla general, se mantenían las puertas cerrada de cada cuarto para saber que todas las internas estaban en los sectores comunitarios, pero vio que una de ellas se encontraba abierta de par en par. Se acercó y observó a Teresa, que con un leve bamboleo no dejaba de susurrar palabras que aún no lograba identificar. Clarisa se acercó por detrás para escucharla mejor.

Como si la enferma no advirtiera su presencia, continuó con la oración: —*Pater noster qui es in caelis/ sanctificetur nomen tuum/ Adveniat regnum tuum/ Fiat voluntas tua, sicut in caelo et in terra.* —Hizo una pausa y luego continuó con el mismo tono misericordioso—: *Panem nostrum cotidianum da nobis hodie/ et dimitte nobis debita nostra/ sicut et nos dimittimus debitoribus nostris/ et ne nos inducas in tentationem/ sed libera nos a malo/ amen.* Una y otra vez repetía la oración del Padre Nuestro en latín. El primer impulso que tuvo Clarisa fue abrazarla y acompañarla en el estado en que estaba, pero no podía interferir con las pacientes, para eso estaba el doctor, que sabía qué hacer y cómo actuar. Ella ya se había cruzado con esa interna, como con la gran mayoría que poblaba el hospicio; sin embargo, notó que la había mirado de un modo especial. Salió de allí y continuó con lo que debía hacer.

—Clarisa, creo que por hoy es suficiente, podemos retirarnos —Las palabras del doctor Heredia resonaron detrás de ella.

Sin más, lo siguió hasta entrar al consultorio para dejar algunos papeles y así poder retirarse.

—Entonces nos vemos mañana —dijo mientras tomaba el abrigo para colocárselo.

—No, Clarisa.

—¿No debo venir? —preguntó sorprendida.

Él se quitó los pequeños anteojos y quedó al descubierto el color verde de la mirada, se refregó los ojos con los dedos y luego, sin dejar de mirarla, agregó con una sonrisa: —No dije eso. Solo que me espere así nos vamos juntos.

Clarisa daba gracias de que en el hospital no hubiera ningún espejo para no verse la cara de asombro que suponía tendría en ese momento. De a poco, un rubor intenso comenzó a cubrirle las pecosas mejillas sin poder contenerlo. Lo peor era que todo ocurría frente al doctor Heredia.

—No querría distraerlo. Quizás usted debe ir a la casa de... —No pudo completar la frase. Ella no podía quitarse de la cabeza a su prometida y cada pensamiento que tenía hacia él recaía de manera indefectible en la odiosa Mercedes Podestá.

—Clarisa, deseo acompañarla a su casa o hacia donde vaya, ¿sí? Ella no le contestó, solo observó cómo ordenaba algunas carpetas y las apilaba a un costado del escritorio. Por mucho esfuerzo que hacía, no podía dejar de mirarlo y notar lo atractivo y seductor que era.

Unos minutos después, ambos se dirigieron hacia la puerta y salieron del hospital. Una fresca brisa les acarició el rostro, sin embargo, los cálidos rayos del sol de aquella tarde no daban tregua y calentaban el destemplado clima.

—Está agradable para caminar —comentó él como al pasar.

Clarisa asintió y pensó que habría atravesado la ciudad de punta a punta para estar acompañada de él.

—Hay otro mundo aquí afuera, ¿verdad? —reflexionó el doctor.

Clarisa giró el rostro hacia el él. Las líneas de preocupación que tenía en el hospital poco a poco se le disipaban del atractivo rostro. La tensión que ella notaba en el trabajo había quedado detrás de los muros de la institución.

—Recién empiezo a interiorizarme con la vida del hospital, pero sin dudas todo esto es más real. —Él se detuvo, clavó los ojos en los de ella y recorrió con la mirada ese dulce rostro que tenía enfrente. Como cada vez que lo hacía,

los signos de timidez se asomaban y la hacían sonrojarse. A su parecer, esa actitud la tornaba por completo encantadora—. Es más auténtico —atinó a decir con un hilo de voz.

Clarisa bajó la mirada; intentaba eludir lo evidente.

—Al entrar en el hospital, ingresa al mundo de la locura. Las enfermas crean su propio universo, uno que les permite sobrevivir y refugiarse. Cuando las atiendo, intento entrar en sus mentes perturbadas y descubrir el motivo que las ha llevado a ese lugar, uno que algunas no quieren y otras que no pueden abandonar.

—Hoy noté algo perturbador en una de ellas.

—¿A quién se refiere? —preguntó intrigado.

—A Teresa. Cuando caminaba por el pasillo, la vi en su habitación, no dejaba de rezar: lo hacía una y otra vez. No me refiero a que me resulte raro el hábito de orar, sino que lo que más me llamó la atención fue el modo en que lo hacía.

—Veo que está muy atenta a todo lo que sucede allí dentro —dijo y esbozó una sonrisa—. El rasgo religioso es una de las características, además de otras, que observo en esa paciente. —Hizo una pausa y dijo con seriedad—: Clarisa, hay algo que debo decirle, aunque con usted lo creo innecesario.

—¿A qué se refiere? —Todo lo que sucede dentro del hospital queda allí. Me refiero a la privacidad que cada paciente debe tener sobre su enfermedad. Sé que hasta ahora poco le ha importado a ciertos profesionales que no la han respetado, pero para mí es importante.

—Por supuesto, cuente con mi discreción.

—Igual quiero que sepa que su aporte es muy valioso para el hospital.

—Gracias, doctor —dijo con sinceridad—. Aunque creo que es un tanto desmedido el halago.

—No en lo que a mí se refiere —replicó con una sonrisa—. Usted se ha transformado en alguien importante, se lo puedo asegurar.

Clarisa se detuvo, se había quedado casi sin aliento al escucharlo. Evitó sonrojarse, aunque era tarde, porque las mejillas ya le ardían. Caminaron unos cuantos pasos hasta que el doctor Heredia quebró el silencio.

—Pero esta vez —dijo al clavarle la mirada y rozarle con los dedos el ante brazo para que detuviera la marcha—, le pedí acompañarla no para hablar sobre los asuntos que suceden en el hospital.

—¡Oh! —atinó a decir, sorprendida.

—Hemos pasado muchas horas con confesiones ajenas, pero de usted no

sé mucho y me interesa saberlo todo.

—No sé por dónde comenzar —susurró perpleja.

—La voy a ayudar —intervino con una sonrisa—. ¿Qué la decidió a venir a la ciudad y trabajar en una institución médica? —Eso mismo me preguntaba mi familia en la estancia —respondió con un dejo de nostalgia—. Siempre tuve inclinación hacia el cuidado de los enfermos.

Esa debilidad la mantuve por los animales, porque era lo más cercano que tenía, y siempre andaba detrás de alguna herida e intentaba curar a quien fuera. Pero cuando mi padre se enfermó, fue ahí donde sentí que mi inclinación era atender a los enfermos. No crea que fue solo porque era mi padre, pero atenderlo quizás haya definido mi vocación. Cuando estuve segura, intenté decírselo a mi familia, pero resultó duro porque nadie me apoyaba, creían que había enloquecido.

—¿Cómo lo logró? —Aún me sorprende estar acá —comentó con una risa contagiosa mientras recordaba las discusiones con su hermano—. Supongo que mi insistencia pudo con ellos.

—Veo que la persuasión es un rasgo a tener en cuenta en usted.

—No siempre —susurró.

El doctor Heredia estaba encantado de saber algo más de aquella joven que, desde que había aparecido en el hospital, lo había sorprendido. No solo por su belleza, sino también por la disposición que tenía de pasar largas jornadas allí dentro, con mujeres enfermas, y que tanto temor generaba en los demás. La locura daba miedo.

Para él todo había sido más claro, porque zanjó su vocación a través de la Facultad de Medicina. Hacía pocos años que se había recibido y mantenía inalterable los deseos de aplicar todo lo que sabía, además de intentar cambiar lo que hasta el momento estaba instaurado y que era obsoleto. Él sentía, junto a otros profesionales, que era necesario un cambio para aplicar nuevas técnicas a los pacientes, y lo que más deseaba era ser parte de todo eso. Se había incorporado al hospital hacía poco, convencido de que todo estaba por hacerse.

—Usted podría llevar una vida más social junto a otras jóvenes de su edad —sugirió.

Él se quejaba de que las mujeres que acudían al hospital solo servían para la limpieza. Por lo general, eran parientas de las criadas que trabajaban para las damas de la Sociedad de Beneficencia, que eran las encargadas de cubrir los puestos. Por otro lado, no podía desconocer que el Hospital de Mujeres

Dementes no era un lugar con encanto para entrar a trabajar. Para él, encontrarse con Clarisa había sido un verdadero milagro.

—Y participar de las actividades que siempre organizan, ¿verdad? —replicó ella con un dejo de ironía—. Quizá debería hacerlo, pero no me interesa: yo me he criado en el campo. Cuando iba al pueblo, era por algún acontecimiento social que se celebraba, aunque se trataba de visitas muy espaciadas y solo si mi padre nos ordenaba ir. No sé, nunca tuve la necesidad de verme de otro modo que no sea como de verdad soy: una persona tranquila que vivía en el campo. Le aseguro que al arribar aquí me he sentido un poco diferente, pero con la compañía de Béatrice todo ha sido más fácil, ella me ha hecho sentir que estoy en familia.

Clarisa se dio cuenta de que no podía confesarle qué había sentido cuando comenzó a asistir a reuniones sociales, en especial al conocer a la familia Podestá.

—Comprendo —replicó perplejo—. ¿Piensa quedarse aquí mucho tiempo? —Me encantaría, pero no lo sé. No solo depende de mí.

—¿De quién, entonces? —Solo de mi familia, que está en la estancia.

El doctor Heredia contestó con una inclinación de cabeza y ambos retomaron la caminata en silencio, como si la brisa que los envolvía hubiera arrasado con esas palabras y arremolinado sus pensamientos hasta aquietarse para solo pensar uno en el otro.

—Creo que estamos cerca —dudó Clarisa.

—Aún quedan dos cuadras —dijo y la miró de soslayo—. No se sorprenda, si pensaba acompañarla, debía saber adónde ir.

Al llegar, ambos se detuvieron frente a la puerta de entrada. Ella se aferró al bolso de tela que le colgaba del hombro y esperó; era como si no querría despedirse nunca de él.

—Clarisa, nos vemos mañana.

—Muchas gracias por acompañarme —dijo con una sonrisa tímida.

—No me lo agradezca. —Se inclinó y con los labios le rozó con suavidad una mejilla—. Me gustó hacerlo.

Clarisa entró a la casa en un estado de ensimismamiento tal que no se dio cuenta de que alguien la llamaba desde la cocina.

—¡Clarisa! —Béatrice, ¿qué sucede? —preguntó cuando logró reaccionar.

—Eso me pregunto yo. Vamos a la cocina.

—¿Y Bernarda? —inquirió al entrar y no verla.

De inmediato se sentó en una de las sillas, le dolían los pies por caminar

tanto con esos zapatos nuevos, pero no le importaba, la caminata había valido la pena.

—Ha salido a hacer algunas diligencias, pero quiero que me digas cómo hiciste para que el *docteur* te acompañara hasta aquí.

—¿Me viste? —preguntó sin poder ocultar su alegría.

—Sí. Me estaba preguntando por qué no habías llegado todavía y cuando me asomé por la ventana, los vi en la entrada.

—El “*docteur*”, como le decís, quiso acompañarme hasta aquí. Solo eso — contestó mientras trataba de controlar el temblor de las manos por los nervios que le había dado aquel beso.

—¡Solo eso! ¡Solo eso! —repitió Béatrice sin conformarse con esa escueta explicación.

La escrutó y notó el estado de turbación que tenía su amiga. La entendía tanto. Pero si quería que le contara cómo se habían dado las cosas, primero tenía que tranquilizarla un poco.

—¿Tomamos el té? —Por supuesto, me encantaría.

—Veremos si beber algo caliente te permite contarme todo lo que sucedió desde el hospital hasta aquí.

—Está bien —agregó con una sonrisa—, pero bien calentito.

Béatrice no alcanzó a colocar en la mesa el bizcochuelo hecho por Bernarda que Clarisa ya había empezado a contarle todo lo sucedido con lujo de detalles.

Cuando terminó, la noche ya había caído en la ciudad y la cubrió con un manto sombrío y lúgubre.

Los cascos de los caballos que transitaban por las calles acometían contra el silencio instalado en la noche. Sin embargo, no solo el tránsito irrumpía en plena oscuridad; los gritos de algunos transeúntes borrachos, las peleas entre cristianos con el puñal en mano y las prostitutas que deambulaban por allí en busca de algún hombre que les diera dinero a cambio de sexo alteraban sin más la paz de algunos vecinos. Muchas eran las denuncias por alterar el orden que recaían en el Departamento de Policía. Allí, la actividad no se detenía a pesar de que el resto de los porteños descansaba. El jefe de policía Tolosa mateaba junto a dos cabos que hacían algunas recorridas por la ciudad cuando llegó el cabo López, que traía a dos prostitutas.

—Jefe, con estas dos ya son cinco las mujeres que están en la celda — comentó.

—Tiene razón. ¿Qué vamos a hacer con todas estas putas? —agregó

Suárez.

—Yo sé muy bien qué hacer —lanzó Tolosa con una sonrisa libidinosa—.

Pero por ahora debemos esperar a que nos habiliten un lugar en el Hospital de Mujeres Dementes.

—Pero ¿cuánto debemos esperar? Tampoco nosotros tenemos capacidad para el resto de los reos.

—Ya me tiene cansado tanto trámite para sacarnos de encima a estas mujerzuelas —dijo Tolosa con impaciencia.

—Hasta ahora, ningún familiar ha venido a buscarlas.

—Más vale perderlas que encontrarlas —acotó López.

—El juez deberá determinar qué hacer.

—Espero que podamos alojarlas en el loquero, allá se harán cargo de ellas.

—Muchachos, no es tan fácil —los calmó Tolosa—. Dicen que no quieren recibir más mujeres.

—Jefe, ese no es nuestro problema.

—Los que no estamos locos somos nosotros. Si no, ¿por qué nos apoya la prensa y se hace eco de nuestro pedido? Desde hacía dos años, el Departamento de Policía buscaba una solución para el tema de la ubicación de las prostitutas que detenía, pero no la encontraba y siempre tenía las celdas atiborradas de mujeres. Por eso trataban de hacerlas pasar por locas o perturbadas para mandarlas al hospital y alivianar el espacio.

También la Sociedad de Beneficencia era blanco de críticas, ya que tenía en sus manos la coordinación del alojamiento de las internas en las instituciones hospitalarias que manejaba. El Hospital de Mujeres Dementes era una de ellas, sin embargo, a partir de su nacionalización, los problemas eran mayores y no podían manejarlos con eficiencia, por eso le habían puesto un freno al ingreso de más mujeres.

—Por suerte contamos con eso. Parece que las nuevas autoridades harán algo al respecto —agregó el otro cabo, no muy convencido de sus dichos.

—Ojalá que así sea.

—Cuando nos mudemos al nuevo edificio, quizás todo cambie y tengamos más espacio.

—Todavía falta, es solo un proyecto —intervino Tolosa—. Quieren levantar el edificio en la misma manzana donde está el cuartel de bomberos, pero primero tienen que terminar la enfermería que construyen allí.

—Ojalá que así sea, jefe —comentó López.

—Veré con quién puedo hablar para ver cómo arreglar este entuerto —dijo Tolosa para ponerle punto final a ese tema—. ¿Qué saben de Uriarte? —Yo, nada.

—Yo tampoco; no me lo he cruzado hasta ahora. Todavía no ha regresado.

—Es lo que suponía. Estén atentos, espero que lo haga pronto.

La ronda de mate se interrumpió por ciertos gritos y reclamos que provenían de una celda. Tolosa se quedó sentado frente a la mesa para revisar algunos papeles mientras López y Suárez iban a ver qué pasaba con las prostitutas.

CAPÍTULO 6

Corazón de fuego

Colonia La Promesa, Santa Fe.

Bajo los primeros rayos del amanecer, se extendían las vastas tierras que conformaban la colonia. En las soleadas mañanas, se apreciaban sobre el paisaje agreste las pinceladas color plata reflejadas por los techos de zinc de las precarias casas que habitaban los colonos. Largas eran las jornadas que ellos tenían por delante en las distintas faenas agrarias. El trabajo de la tierra era la actividad principal allí y, sin dudas, había dado sus frutos gracias a la dedicación y al esfuerzo puestos por los colonos, lo que fue determinante para el crecimiento de la colonia, que había dejado de ser una promesa para transformarse en una próspera realidad. En los últimos dos años, habían arribado nuevas familias inmigrantes, lo que contribuía al notorio crecimiento.

Abêl Moccia había llegado hacía tres años con un importante contingente desde Udine, en la región del Friuli. Trabajo y dedicación era lo que llevaba grabado a fuego en el corazón, junto a un sentido de justicia que lo había conducido a enrolarse como el principal delegado de los colonos para defender sus reclamos ante los patrones. Con el correr del tiempo, se había afianzado como un referente importante en La Promesa; sabía que, si deseaba ser alguien en la vida, debía seguir con el trabajo allí. El motivo por el cual se había aventurado a ir junto a sus padres hasta esa nueva tierra, sin aceptar quedarse junto a su hermana y su flamante esposo, fue porque sabía que en su lugar de origen no tenía ningún futuro promisorio. Por eso, cuando se decidió a viajar, supo que ni el desarraigo ni la melancolía que cada tanto lo acechaban serían en vano. Él había jurado forjarse un futuro y, día a día, ponía mucho empeño para lograrlo.

El crecimiento no solo se advertía en el modo de moverse con los demás y en la toma de decisiones, sino también en su aspecto físico. Había dejado atrás la delgadez para transformarse en un joven con un cuerpo fibroso y musculoso y de tez morena, por estar expuesto al sol todos los días, lo que le resaltaba el color avellana de sus ojos rasgados. Nunca le había importado el cabello

ensortijado, aunque desde que trabajaba de sol a sol, se había acostumbrado a utilizar una boina que le permitía dominarlo sin preocupación.

Esa mañana contemplaba las tierras cultivadas con trigo, producto del trabajo de meses desde la preparación de la tierra. Marzo era el mes elegido para comenzar. A medida que el arado roturaba el suelo, dejaba atrás las fajas listas para que fueran cultivadas un mes y medio después. Luego de tanto esfuerzo, gran parte de los colonos disminuía la actividad para disfrutar de estar con sus familias en el tiempo de espera. Sin embargo, Abêl continuaba con el ritmo de trabajo, ya que siempre había algo por hacer. Nunca dejaba de preocuparse por todos los temas relacionados con la cosecha y siempre estaba atento a que nada malo sucediera.

En los terrenos que había adquirido, contaba con algunas vacas lecheras y otros animales, lo que le permitía solventarse la vida allí. Si bien el tiempo que llevaba instalado le había permitido relacionarse con otros colonos y frecuentarse, aún no había logrado afianzarse con una mujer. Varias eran las escapadas que hacía al pueblo para estar con alguna mujerzuela, pero sabía que cuando regresaba a su casa nadie lo esperaba, salvo las ansias de prosperar.

—¡Abêl! —¿Qué sucede, Fontana? La familia Fontana vivía cerca de su casa y, cada tanto, cuando el tiempo y el cansancio se los permitían, se reunían.

—Hace un rato largo que llegó Gómez, el dueño del molino harinero. Te buscó pero no te encontró por aquí. Supongo que ya se debe de haber ido.

—¿Adónde? —No lo dijo, pero seguro que hasta El Antojo. Siempre ha comerciado con ellos.

—Pero si nuestro patrón es también el dueño de ese campo —exclamó Abêl.

Y así era, pero hacía poco tiempo atrás otra persona estaba a cargo de la estancia. Luego de que Felipe Carreras tomara las riendas de todo, se esperaban aires de cambio con todo lo que pensaba implementar.

—Lo es desde que su padre pasó a mejor vida y puede ser que ahora le dé lo mismo que comerciamos con ese molino. Él tiene mucho dinero, pero nosotros no. Eso es lo que hablábamos hace un rato con otros hombres hasta que decidí buscarte.

Luego de algunas cosechas, se dieron cuenta no solo de que la venta de trigo era la mejor entrada que cada uno de ellos tenía, sino que también habían notado, a fuerza de desconfianza, que los compradores de trigo les

escamoteaban el precio del cereal. Como siempre, los rumores de lo que sucedía en otras colonias los ponía en alerta sobre cómo obrar y a qué atenerse en La Promesa.

En efecto, se habían enterado de que el sacrificio que hacían en el trabajo se escurría ante un mal precio. Por eso estaban atentos y, esa vez, esperaban poder acordar un mejor precio para todos. Necesitaban comerciar con esa gente para sacar mayor rédito al fruto de su trabajo.

—Gracias por la información, Fontana. Yo me ocupo —dijo con seriedad—.

Debemos conseguir ese molino para que nos pague mejor y así sacar una buena tajada para cada uno de nosotros.

—Eso lo esperamos todos —convino.

—Deberás actuar con cuidado.

—Lo sé. En la estancia de Carreras no van a querer tener problemas con el dueño del molino. De nosotros lo único que les importa, es que cumplamos con los contratos.

No solo eso les importaba, sino también que trabajasen la tierra y, en el caso de que algunas familias colonas no se adaptasen al lugar y decidieran irse, se aseguraban de que dejasen el suelo preparado para la próxima cosecha. Eso era de gran importancia para los dueños de las colonias, porque, en tal caso, se quedaban con la mitad del trabajo listo para luego continuar con la etapa de cosecha y posterior venta del cereal.

—Ya veremos —dijo Abêl pensativo.

No perdió más tiempo y montó a su caballo para ir rumbo a El Antojo.

El casco de estancia de la familia Carreras se erigía como una construcción sólida, con muros blancos de ladrillos y las ventanas abiertas hasta el piso, protegidas por una celosía de hierro color verde. La puerta de entrada estaba coronada por una parra enredada en un alero que guarecía del sol y de la lluvia al recién llegado. A un costado, en un recodo de la finca, había un alero más extenso que cubría un patio que lindaba con el amplio comedor. Allí afuera había un juego de sillas y bancos que se utilizaba para las mateadas de la mañana y de la tarde. La terraza cubría toda la amplia superficie del techo de la propiedad, tenía una baranda del mismo color verde y grandes maceteros de color tierra desde donde caían plantas colgantes, lo

que le brindaba a la casona un aspecto más acogedor.

A cierta distancia, se ubicaba el galpón con la maquinaria que se requería para trabajar la tierra. Ese sector era dominio de Ramiro Peña, quien hasta hacía poco tiempo había sido el administrador del campo. Un poco más alejado de allí se levantaba el establo, que tenía la cantidad necesaria de caballos para trabajar en el campo. Solo uno no debía tocarse, el que era propiedad de Agustina, una de las hijas del dueño ya fallecido, se llamaba *Pinto*. El nombre del tordillo respondía a que el color se asemejaba a un salpicado de manchas blancas sobre negro. El alboroto que por lo general cundía en la estancia debido a las tres hermanas que vivían allí había menguado desde la partida de Clarisa hacia la ciudad de Buenos Aires; sin embargo, quien contaba con una presencia concluyente allí era Agustina, pero no por el peso de las decisiones que debían tomarse en la estancia, ya que eso era un tema reservado para los hombres, sino por participar en todos los quehaceres camperos que desde chica había practicado. Luego de tomarse unos mates, enfundada en ropa de montar, salió.

El rocío matinal humedecía con una capa brillante no solo el verde y prolijo pasto que circundaba la casona, sino también las botas de cuero negras que calzaba. Agustina se dirigió hacia el galpón junto a *Ron*, su perro. Desde que lo había encontrado en la cercanía de la pulpería del pueblo, con dos heridas en una pata, no se había separado de él. El color del pelaje y el lugar donde lo halló le habían determinado el nombre. Clarisa solo se había encargado de las lastimaduras, porque para todo lo demás siempre estuvo Agustina al lado del animal. Una vez que estuvo curado, no abandonó más a la joven, pues se habían tornado inseparables. Aunque hubiera otros perros allí, *Ron* ocupaba un lugar especial para ella.

Cuando entró al galpón, aguzó el oído para comprobar si Ramiro había salido de recorrida. No parecía que hubiera estado allí, pues su caballo se mantenía dentro del box. Esa mañana, se había levantado más temprano de lo habitual y, sin esperar a que apareciera, se lanzó a cabalgar. Para ella, nada podía igualar la sensación de la brisa matinal que le rozaba el rostro y el habitual perfume en la alborada. Las pinceladas anaranjadas que surcaban el amanecer y brindaban la primera luz del día se esfumaban poco a poco hasta dar con un cielo diáfano y cristalino. Agustina no se imaginaba comenzar el día de otro modo.

A veces pensaba en su hermana y en cómo había decidido abandonar todo aquello para comenzar una nueva vida en una ciudad que ella apenas

recordaba.

El más cercano recuerdo que tenía de Buenos Aires era del día que había ido con Ramiro, quien le obsequió un par de estribos que le había comprado en una tienda llamada De la Amazona. Él nunca antes había tenido un gesto como ese, por eso lo valoraba tanto. Creía conocerlo bastante y sabía que no se le daban bien las conversaciones, por eso se mantenía siempre al margen, pero nunca dejaba de observar lo que ocurría a su alrededor.

En compañía de Ramiro había aprendido todo lo que una mujer de campo necesitaba saber; todo lo que su padre le había negado a enseñarle, lo había aprendido de él. En medio de esos agradables pensamientos, se dejó llevar por la sensación de bienestar y cabalgó hasta fundirse en el paisaje.

Ese día, él había postergado su acostumbrada recorrida, pues tenía una reunión pendiente para resolver algunos temas referidos al campo. La cuestión para él había cambiado, ya que antes las decisiones que tomaba las hacía con la anuencia de don Carreras. Desde que él ya no estaba, todo debía consultarlo con Felipe, el hijo, que había tomado las riendas del campo no hacía mucho. Las diferencias que ambos tenían provocaban innumerables desacuerdos y discusiones sobre qué hacer y cómo resolver los distintos temas.

—Ramiro, necesito dejar todo en orden antes de irme —anunció Felipe.

—No creo que haya ningún problema. Sé lo que hago y hasta no hace tanto era capaz de manejar todo esto.

—Nadie dice lo contrario, pero ya te he dicho que pretendo hacer ciertas modificaciones en el campo para hacerlo más redituable —dijo con autoridad.

Unos golpes a la puerta interrumpieron la conversación.

—Disculpen, pero el señor Gómez desea verlo —le anunció la empleada a Felipe.

—Adelante, pase.

Luego de breves saludos, los hombres se ubicaron para tratar ciertos temas.

—Anduve por la colonia porque creí que estaba allí —dijo Gómez.

—En realidad voy y vengo. La familia de mi esposa vive allá, eso hace que mis estadias sean más prolongadas de lo que me gustaría.

La estrecha distancia entre ambos establecimientos le permitía moverse sin demasiado problema. Felipe había fundado la colonia La Promesa con su socio, Tristán Paz, y allí había encontrado el amor de la mano de Carle, una inmigrante que había llegado en un contingente friulano tres años atrás. Nunca había imaginado que su vida podría dar un vuelco tan grande, pero, desde que

ella apareció, todo fue diferente y pudo cambiar las viejas mañas de hombre soltero.

No había sido fácil, pero al fin pudo reconocer que ambos sentían un amor profundo y sincero.

—Mi visita se debe a que quiero cerrar el trato para la compra del cereal. Con la buena producción que hay en la zona aparecieron nuevos interesados en vendernos, pero con ustedes siempre nos hemos manejado del mejor modo —explicó Gómez.

—Por supuesto —reconoció Felipe.

Gómez trataba de hacer más rentable el molino, ya que los costos que tenía eran muy altos. Ansiaba ampliarse y, para eso, debía mejorar las instalaciones y soportar los gastos, ya que los insumos se hacían cada vez más onerosos.

—Quizás deberíamos establecer el precio —insinuó.

—Gómez, eso dependerá de la producción que haya. Usted tendrá varios interesados, pero sepa que no es el único molino que hay por acá —replicó de mala gana Ramiro.

—No creo que sea el momento para ponernos a discutir por algo que no sucederá, ¿verdad, Gómez? Aquí no hay nada que no pueda arreglarse —replicó Felipe y le lanzó una mirada lapidaria a Ramiro.

Desde que se había hecho cargo del campo, sabía que no solo debía lidiar con las cuestiones de la estancia, sino también con el hombre de confianza de su padre. Ramiro creía que Felipe había ido a usurpar un lugar que solo a él le correspondía, en el convencimiento de que haber permanecido en la estancia y haber estado al mando por tanto tiempo lo habilitaba a mantener la actitud de disputa permanente.

—Bueno, estos son los números que barajo —sentenció Gómez mientras les entregaba una hoja con la información.

El tiempo que duró la reunión les permitió achicar las diferencias que tenían, hasta que la conversación derivó en temas sin demasiada importancia.

Al regresar, Agustina había tomado por la parte de atrás del campo para recorrer algunas zonas que no siempre podía visitar. Al otro lado del camino, observó a un jinete que galopaba como si el mismo demonio lo persiguiera.

Estaba claro que se dirigía hacia la estancia. Sin dudarlo, espoleó a *Pinto* y se echó a la carrera para saber de quién se trataba. A medida que ganaba camino, notaba que no era alguien que perteneciera al establecimiento.

No tardó demasiado en alcanzar la avenida de árboles que se abría hacia el casco de la estancia. Una vez que llegó allí, aguzó la vista para identificar

al visitante. De inmediato se dio cuenta de que pertenecía a la colonia y que lo había visto en alguna oportunidad junto a su cuñada. Creía que los unía una gran amistad, ya que provenían del mismo pueblo del Friuli.

—¿Trae alguna urgencia? —clamó Agustina mientras se acercaba.

—Buenas, soy Abêl. —La saludó con una inclinación de cabeza al tiempo que se quitaba la boina—. No es para que se preocupe, pretendía llegar a tiempo antes de que se fuera la persona que quería ver.

—Lo recuerdo, yo soy... —Agustina Carreras —replicó él y volvió a colocarse la boina.

Él la recordaba desde la primera vez que la había visto en compañía de Carle.

Era imposible no hacerlo, ya que era dueña de una gran belleza y simpleza al hablar con la gente, lo que no dejaba de seducir. La larga y oscura cabellera que llevaba sin atar le daba un cierto aspecto salvaje, aunque en realidad pertenecía a una familia con educación y dinero.

Ella se sorprendió de que la recordara, porque habían sido contadas las veces que se habían cruzado.

—No lo quiero retrasar, vamos entonces.

Ambos espolearon los caballos y a los pocos minutos estuvieron frente a la casona. No pudieron dejar de sonreír al ver el ímpetu que les habían impuesto a los animales para llegar allí.

—No creo que lo pueda retar a una carrera, no me fío de usted —lanzó Agustina risueña.

—Soy de fiar, puede retarme a lo que quiera —lanzó con seriedad mientras le clavaba la mirada.

Las voces de los hombres que acababan de salir de la casa les impidieron continuar con la charla.

—¿Qué sucede? —clamó Felipe mientras se acercaba.

—Vine porque quería hablar con usted y también con su invitado. El señor Gómez se fue de la colonia antes de que pudiera abordarlo.

Felipe se sorprendió al verlo allí. Desconocía el motivo de esa visita. Además, cualquier problema debía resolverlo dentro de la colonia.

—Me lo podrías haber dicho cuando regresara a La Promesa —replicó.— Esta vez no podía esperar —dijo con firmeza.

—Acérquense —llamó Felipe al notar que Ramiro y Gómez estaban un tanto alejados de donde ellos estaban.

Luego de una escueta presentación, iniciaron una charla que no fue en lo

más mínimo amistosa, ya que cada uno entendía que era válida su posición. Agustina merodeaba por allí mientras trataba de escuchar de qué hablaban.

—No se preocupen —dijo Gómez al ver que no se ponían de acuerdo—. En estos días me doy una vuelta por la colonia y terminamos de arreglar este asunto.

Saludó con una inclinación de cabeza y se fue acompañado de Felipe hacia donde había dejado el caballo.

—Moccia, ha sido una gran equivocación venir hasta acá —exclamó Ramiro con evidente enojo.

Él no deseaba que el joven interfiriera en la operación de venta futura del cereal, ya que si ese colono lograba que Gómez le comprara también a ellos, la estancia dejaría de ser el cliente preferencial que siempre había sido.

—No lo creo, mi intención no fue molestarlos.

—Pero lo hiciste.

—No me importa lo que piense —exclamó—. Este tema lo hablaré con Carreras.

—Moccia, otra cosa más —dijo al acercársele—. Agustina está fuera de todo esto, no la utilice por un simple negocio.

—No es así como hago las cosas y con Agustina me moveré como me plazca —dijo desafiante.

—Se lo advertí.

—Yo también.

Abêl se dirigió al caballo, pero antes de subirse se dio vuelta y miró hacia donde estaba Agustina, que observaba la rara situación. Le inclinó la cabeza a modo de saludo y con una sonrisa se fue al galope. Ramiro miró a la joven que permanecía con un gesto risueño.

La estadía en la estancia se le hacía cada vez más complicada a Ramiro. Se había formado allí bajo la tutela de don Carreras y se había transformado en su hombre de confianza, por lo que había tomado ciertas decisiones que en ese momento se ponían en duda. Ese había sido su lugar por muchos años. Había crecido de la mano de la familia Carreras y Agustina era parte de eso. Junto a ella había compartido una serie de acontecimientos que guardaba con celo muy dentro suyo.

Siempre esperó tomar las riendas del establecimiento en algún momento, al menos que así sería se lo había insinuado don Carreras, pero, al final, y por una decisión de última voluntad, todo había cambiado, de modo que el manejo de la estancia había recaído en las manos de Felipe. Ellos no se llevaban bien,

era evidente, pero Ramiro sentía que no podía doblegarse y que tenía que hacer valer lo que pensaba. Ya no era el mismo capataz sumiso de antes y no volvería a pasar por todo aquello una vez más. Pero sin dudas había algo más que lo incitaba a quedarse y luchar para mantener su lugar en la estancia.

Levantó la vista y vio que Agustina estaba a pocos pasos de él junto a *Ron*, que no la dejaba sola.

—Ramiro, ¿qué sucede? —Nada, solo temas de negocios.

—Hum, no lo creo —dijo y le rozó apenas el brazo—. Aún te queda hacer la recorrida, ¿verdad? —Ella vio cómo él asentía, pero con un gesto diferente —.

Supongo que como ya se hizo tarde, será más corta. ¿Te acompaño? Ella había dicho lo que él necesitaba escuchar en ese momento. Estar a su lado, como en tantas otras oportunidades y sentirla cerca lo hacía olvidarse de todos los problemas, aunque ella no supiera el modo en que la deseaba.

—Vamos, entonces —accedió él.

Luego de buscar los caballos, él se desvió del camino habitual que lo llevaba a vigilar la hacienda y enfilaron hacia la zona más baja de la estancia, donde un tajamar cruzaba parte del terreno. Ambos conocían a la perfección el lugar; en varias oportunidades habían ido juntos hasta allí. Ella desmontó con su habitual estilo y se acercó a Ramiro, que se había quedado al borde de las piedras que servían de contención en el caso de que las aguas se desbordaran.

—¿Recordás cuándo fue la primera vez que te traje aquí? —dijo él con un dejo de nostalgia.

—Por supuesto —replicó al fijar la vista en el agua—. El día anterior me había escapado de casa y me caí del caballo. Me encontraste y, después de enojarte bastante, regresamos a la estancia con la promesa de que no me delatarías ante mi padre. Al otro día me trajiste hasta aquí para que conociera algunos de los lugares que vos disfrutabas cuando podías escaparte de tus obligaciones y me pediste que nunca más saliera sola, que, cuando quisiera hacerlo, te lo pidiera.

—Veo que lo recordás —replicó y la miró de soslayo.

—Cómo no hacerlo. Me ayudaste a descubrir y querer esta tierra —dijo con emoción—. Si hubiera sido por mi padre, no habría conocido ni salido más allá de los límites que para él eran los que correspondían. Clarisa no tuvo esa suerte, por eso está en la ciudad, y Camila pasa largas temporadas en el pueblo con la tía Constanza.

Ramiro la miró y, en ese momento, se le pasó por la mente una serie de

imágenes de los distintos momentos que había compartido con ella, pero no siempre había sido de ese modo. Con el paso del tiempo, la proximidad había hecho más intensos los sentimientos por ella y quizás por eso aún seguía allí, porque los recientes cambios que se habían dado en la estancia no le permitían disfrutar de su trabajo. Ya nada era como antes.

—No solo me mostraste los distintos vericuetos de la zona, sino que me ayudaste a montar como lo hago ahora. —Ella lo miró y sonrió—. Era un desastre, ¿verdad? Ramiro la tomó de la mano y la acercó para darle un abrazo, uno de los tantos que le había dado desde que la conocía. Nada en el modo de tratarse era fuera de lo normal, salvo para él, que apoyó el mentón sobre la cabeza de Agustina y fijó los ojos verdes sobre el agua estancada.

—Siempre has sido muy importante para mí —comentó Agustina—. Contar con tu amistad me ha salvado muchas veces.

Él no pudo contestarle enseguida, ya que una vorágine de sensaciones lo invadió de repente. Aún no sabía cómo expresar sus sentimientos, aunque suponía que no debía esperar demasiado tiempo para hacerlo.

—Me imagino —atinó a decir. Quiso prolongar el abrazo, pero sentía como si una brasa ardiente lo quemara por dentro. La besó en la coronilla y luego la soltó —. Vamos.

—¿Tan pronto? —dijo sorprendida.

—Tengo trabajo pendiente —contestó.

—Como siempre. Pero la próxima vez te aseguro que te ato a aquel árbol y seguiremos con la conversación hasta que yo lo diga. —Ramiro lanzó una carcajada que la contagió de inmediato—. Me encanta verte reír, no solés hacerlo.

—Solo vos lo lograrás.

Ambos se mantuvieron la mirada y, de inmediato, él apuró los pasos para buscar los caballos. Le entregó las riendas de *Pinto* y, sin mediar más palabras, ambos se lanzaron a una carrera desenfrenada hasta llegar a la casona. Él necesitaba poner distancia de los sentimientos que lo asfixiaban cada vez que estaba cerca de ella; Agustina lo hacía para demostrarle que siempre lo seguiría, más allá del mal humor y del modo en que se comportaba con el resto de las personas. Para ella, él era especial, por eso lo quería tanto.

No importó quién llegó primero. Al desmontar, ella se hizo cargo de ambos caballos y los llevó al establo mientras Ramiro enfilaba hacia el galpón; debía arreglar algunas maquinarias que estaban allí y aprovecharía para tratar de poner un poco de orden al tremendo embrollo que tenía en la

cabeza.

En la colonia La Promesa, la actividad en el campo había mermado, aunque los colonos no dejaban de concurrir al almacén de ramos generales para adquirir los productos que necesitaban. También aprovechaban para arreglar las humildes casas que habitaban.

Don Antonio era el encargado del almacén, aunque contaba con la ayuda de algunas personas para evitar que la carga del negocio recayera solo en él. No había sido suya la idea, sino de Felipe, a quien siempre había cuidado y querido como si fuera un hijo.

Felipe aún no se había instalado de manera definitiva en la estancia con Carle, su esposa, a quien don Antonio adoraba.

—Parece que te traje con el pensamiento —dijo don Antonio al ver entrar a Felipe.

—Buenas —saludó, asombrado de no ver a Carle allí—. Aunque parece que a quien busco no anda por acá.

—Hasta hace un rato me ayudó aquí, pero vino Abêl y quiso ver cómo va la construcción de la capilla.

En vano siguió don Antonio con las explicaciones, porque Felipe ya había alcanzado la puerta para salir de inmediato. El anciano se quedó allí, a sabiendas de que nada halagüeño estaba por pasar.

No muy lejos del almacén se construía una capilla por pedido de los colonos.

Muchos de ellos eran fervientes devotos que, desde que se habían instalado allí, no habían podido practicar su religión dentro de una iglesia. Viajar al pueblo más cercano para concurrir a un oficio religioso no era algo que todos los colonos estaban en condiciones de hacer, pero sin dudas la fe que sentían les había permitido completar la hazaña de dejar su tierra y sobreponerse a las distintas dificultades que les presentaba ese nuevo destino. Por ese motivo, y luego de varios reclamos, se accedió a la construcción.

En realidad, Felipe había aceptado con más facilidad de la acostumbrada porque Carle se lo había pedido, por eso dispuso un terreno y organizó la construcción. Como siempre le ocurría, nunca podía negarse a sus pedidos.

Carle se encontraba con Abêl frente a la construcción, feliz de saber que dentro de poco tiempo todos los colonos disfrutarían de la capilla. Mientras

ambos hablaban sobre lo que faltaba realizar, se distrajo con la imagen de un jinete que se acercaba a toda velocidad hacia ella. El tiempo transcurrido desde que se había casado no había hecho más que aumentar el amor que sentía por Felipe. Nunca antes creyó que se podía amar tanto a alguien como ella lo amaba a él.

Vio cómo descendía del caballo y se acomodaba el sombrero, que ya formaba parte de él. Por el modo en que caminaba hacia ella, supuso que no estaba de buen humor.

—Mi amor —la saludó, pero ella no pudo hablar, porque la rodeó con sus brazos fuertes y con la boca sedienta la besó como si habrían estado alejados mucho tiempo.

Abêl, incómodo con la situación, se dio vuelta para ver los avances de la obra.

—Creí decirte que cualquier cosa que necesitaras me la pidieras. Si querías ver la capilla, era solo cuestión de decírmelo.

—Lo sé, fue solo que Abêl... —empezó a decir nerviosa.

—Ha sido mi culpa —intervino él—. Estuve ayer aquí y me sorprendí del gran avance de la obra. Sé que Carle hizo mucho para que esto se hiciera realidad, por eso la invité para que la viéramos juntos.

—Abêl, supongo que debés de tener otras obligaciones más importantes que estar detrás de Carle para acompañarla hasta aquí —dijo mientras contenía la furia.

—Mi amor... —exclamó Carle.

—Fue solo esa mi intención —aclaró—. Creía que entre nosotros había quedado todo muy claro. Si no es así, le recuerdo que con su esposa me une la tierra de donde venimos y la gran amistad que existe entre las familias.

Abêl no podía olvidar el gran amor que había sentido por Carle desde que la había conocido, pero, cuando llegaron a la colonia, ella solo tuvo ojos para Felipe. No le había caído en gracia que ella se hubiera enamorado de otro, y menos del patrón. La quería tanto que no deseaba que saliera lastimada, como estaba seguro de que pasaría. Pero el tiempo le había demostrado que estaba equivocado y que el patrón la quería como ella se lo merecía. Entonces ellos mantuvieron unas pocas palabras para aclarar la situación y que no hubiera más inconvenientes. Sin embargo, Felipe no podía controlar los celos e insistía en que él dejara a un lado el cariño que sentía por Carle, aunque solo fuera de amigos. A pesar de todo, Abêl no estaba dispuesto a apartarse por los tontos celos del patrón.

—Moccia, sabés a lo que me refiero y no creo que necesites que te lo recuerde.

El joven le mantuvo la mirada y con una leve inclinación de cabeza caminó hacia donde estaban los hombres que trabajaban en la construcción de la capilla.

—¿Cómo pudiste hablarle de ese modo? —le reclamó Carle cuando se quedaron solos.

—Mi amor, le hablo del mismo modo en que lo hago con el resto de los colonos.

—No es así y no quiero que vuelvas a hacerlo —dijo indignada.

—¿Ahora me vas a decir cómo debo conducirme con él? —Al menos cómo debés hacerlo cuando yo estoy presente. Yo lo aprecio mucho y también a su familia. Sabés que hay una amistad que nos une desde hace mucho tiempo y lo cercana que siempre he sido con su hermana.

Felipe evitó contestarle, estaba harto de las interferencias de Abél Moccia, que ya no solo se referían a la colonia, sino también a la estancia. Había notado cierto acercamiento hacia su hermana, pero estaba seguro de que lo había hecho solo con el fin de lograr un beneficio económico en el negocio. No iba a permitir que intentara utilizar a Agustina.

—Mi amor —continuó Carle con voz dulce—, por favor, dejemos todo como está.

Él la miró y, como siempre le sucedía, encontró en esos ojos un cálido refugio, su lugar. Volvió a besarla, pero esa vez con el temple de saber que él era su único amor.

No lejos de la estancia El Antojito se levantaba el pueblo. Bajo un cielo nuboso, Agustina emprendió el camino hacia allí para visitar a su tía y a su hermana. Cada vez que iba, recordaba que ese era el lugar donde se encontraba en secreto con Felipe cuando le estaba prohibido verlo por orden de su padre.

Las cosas nunca habían sido tranquilas entre los varones de la familia, pero la joven nunca permitió que el conflicto que ambos mantenían afectase la relación que tenía con su hermano. Con alguna excusa, y cuando le era posible, se encontraba con él para saber cómo estaba y contarle cómo iba la estancia. No hacía mucho tiempo se había enterado de que su padre siempre había

sabido de esos encuentros, aunque el orgullo nunca le permitió reconocer que se había equivocado con su hijo.

La avenida circundada por los árboles anunciaba la entrada al pueblo. Poco a poco, las austeras construcciones asomaban hasta desembocar en la plaza. A su alrededor se ubicaba la iglesia, la casa del intendente y la delegación policial y la de justicia. A dos cuadras de allí, se emplazaba la casa de su tía Constanza.

Cuando llegó, y luego de dejar a *Pinto* atado al palenque, batió las palmas para anunciarse. No bien lo hizo, detrás de la puerta de entrada se escuchó una gran algarabía. La recepción fue inmediata y llena de abrazos y saludos.

Su hermana menor adoraba a la tía Constanza, que le brindaba la atención que necesitaba, sobre todo ante la ausencia de Clarisa. Era evidente que Camila aún no había encontrado su lugar.

—¡Qué alegría verte! ¡Te extraño tanto! —dijo Camila emocionada.

—Pero si vos quisiste venir aquí —replicó Agustina con una sonrisa.

Constanza llevó mate y unos pastelitos para amenizar la charla, que sería larga, ya que Camila deseaba escuchar todas las novedades de la estancia. Hacía mucho que Agustina no conversaba tanto. Sin dudas, la partida de sus hermanas había producido un gran cambio en la estancia y se sentía muy sola allí.

Luego de un almuerzo que estuvo plagado de la rica comida que siempre preparaba su tía, ella se fue a descansar y las hermanas salieron a dar un paseo por la plaza. Ambas añoraban estar así, como cuando eran pequeñas y todo iba sobre rieles. Luego de caminar un buen rato, continuaron con la conversación en un banco desvencijado y descolorido que había instalado allí.

—Sé que aquí estás muy bien, pero me gustaría que volvieras pronto —dijo Agustina con un dejo de melancolía.

No quería insistirle, ya que su hermana, aunque no lo dijese, había sufrido bastante con la muerte de su padre y creía que era el momento de dejar todo atrás.

—Lo sé, solo que aquí estoy siempre con la tía, que no me deja... —No te preocupes, sé que en la estancia no ha sido fácil, pero ya todo cambiará. Estoy segura de que, al fin, Felipe y Carle vendrán a instalarse definitivamente allí.

—Ojalá, sabés que la quiero mucho.

Agustina estaba segura de que la presencia de Carle en la estancia sería de gran importancia para Camila, era lo que necesitaba para olvidar el pasado y recomenzar una nueva vida en la casona familiar.

—Yo sé que sí —convino Agustina.

Dejó vagar la vista, perdida en los pensamientos que la rondaban, hasta que lo vio salir de la pulpería. Acababa de colocarse la boina y acomodarse el poncho, que le ocultaba un cuerpo musculoso y bronceado por el sol. Quiso llamarlo, pero le dio vergüenza hacerlo.

—Agustina, ¿me escuchás? —Camila desvió la mirada para ver a la única persona que deambulaba por allí—. ¿Lo conocés? No tuvo tiempo de contestarle, porque de pronto él se dio vuelta y le brindó una gran sonrisa al verla. Era como si lo hubiera llamado con el pensamiento.

Él, sin dudar, cruzó la calle y fue hacia donde estaban las jóvenes.

—Agustina, qué gusto verla —dijo mientras se sacaba la boina a modo de saludo.

Camila se sorprendió al ver el cambio que se produjo en la cara de su hermana cuando lo vio.

—He venido a visitar a mi hermana —dijo e hizo la presentación—. Vino a pasar una temporada con mi tía, que vive aquí en el pueblo.

—Soy Abêl Moccia —dijo con una amplia sonrisa y saludó a Camila.

—Soy Camila. Es un gusto conocerlo.

—Igualmente. —Hizo una pausa y se dirigió a Agustina—: He venido a encargar algunas mercaderías para la colonia y me quedé a almorzar en la pulpería. ¿Hasta cuándo se queda? —No mucho tiempo más, porque en la estancia se van a preocupar.

—Entonces podemos regresar juntos, al menos parte del viaje.

—Me encantaría —replicó exaltada.

Camila observó el entusiasmo de su hermana y supo que la visita había llegado a su fin. Agustina regresó a la casa para despedirse de su tía y hacerle prometer que la próxima serían ellas las que irían de visita. Al salir, vio que Abêl la esperaba.

Él estaba perdido en sus pensamientos. Cuando la vio sentada en la plaza, supo que ese era su día de suerte. Aunque ella no lo había notado, él hacía tiempo que había reparado en Agustina. Sabía que ella pertenecía a una familia adinerada y además era la hermana del patrón, que no lo apreciaba porque creía que aún estaba enamorado de su mujer, pero estaba convencido de ser una buena persona y merecedor del cariño de alguien como Agustina.

Desde que había llegado a La Promesa, Abêl no había bajado los brazos y luchó palmo a palmo por lo que deseaba. Trabajó sin cesar para ganarse una posición en la colonia y ser respetado, por eso, tenía muy claro que no se iba a

dejar avasallar ni que lo convencieran de que no era la persona adecuada para ella, como en algún momento le sucedió con Carle. Agustina lo valía y haría todo lo posible para demostrar que él estaba a su altura, más allá de ser un simple inmigrante.

El cielo se había encapotado y parecía más tarde de lo que en verdad era, por lo que emprendieron el regreso de inmediato antes de que se desatara la lluvia.

Montaron y abandonaron la entrada al pueblo para recorrer el camino que los llevaría de regreso.

—Creo que en cualquier momento se largará a llover —anunció Agustina en medio de la cabalgata, con el rostro fijo en el cielo.

Abêl aminoró un poco la marcha para ver la bella imagen de la joven inclinada hacia atrás. Como si hubiera clamado por la lluvia, un destello sesgó el cielo y lo siguió un trueno estremecedor. Unas finas gotas le rodaron por el rostro mientras mantenía una expresión de felicidad que le costaría olvidar.

—Se largó nomás, vamos —exclamó ella.

Se lanzaron a la carrera en el intento de que la tormenta no los alcanzase.

Verla cabalgar era una imagen que Abêl no podría olvidar con facilidad. La libertad con la que se movía, el cabello oscuro que se agitaba salvaje en medio de la frenética carrera y los gráciles movimientos del cuerpo lograban un espectáculo inigualable a los ojos de quien la viera.

Las gotas comenzaron a caer y les humedeció las prendas, pero a ninguno le importó; ya quedaba poca distancia para llegar al punto donde el camino se bifurcaba. Allí, Abêl debía tomar el camino en sentido contrario al de Agustina.

—La acompaño hasta la estancia —dijo cuando llegaron a la bifurcación.

—No es necesario, no es la primera vez que la lluvia se desata a mitad de mi camino. Disfruto del agua y además estoy con *Pinto*.

Abêl no se dejó convencer y, cuando vio que la lluvia se hacía más intensa, se quitó el poncho que llevaba puesto para colocárselo a ella.

—No quiero que tome más frío —dijo mientras se lo ponía sobre los hombros.

Agustina se quedó quieta por unos instantes y sintió cómo los dedos de él se le deslizaban sobre los hombros y la rozaban.

—Gracias —dijo con la voz entrecortada ante la sorpresa que le provocó ese gesto.

Abêl le pasó el pulgar por la mejilla en un intento por secarle las gotas de

lluvia que le caían sin cesar por el rostro y agregó: —Apurémonos antes de que la huella sea demasiado profunda.

Ambos continuaron camino a la estancia, aunque sabían que Abêl no era bienvenido allí y que a Agustina la reprenderían por haberse ido y regresado en compañía de un hombre. Bajo la lluvia, a ninguno le importó las consecuencias, solo el momento de libertad que ambos vivían.

CAPÍTULO 7

El lado oscuro de los celos

Sobre la calle Del Temple al diez todo parecía tranquilo. A los ojos de Máximo Uriarte, nada había cambiado en El Regocijo en el tiempo que se había ausentado. El sentimiento de lejanía que le había provocado esa ausencia había sido muy profundo, aunque no habían sido tantos los días que había estado fuera.

Había arribado esa misma mañana y no esperó para ir al burdel. El lugar aún conservaba el ambiente burlesco de la noche anterior. La luz exterior no se filtraba por los cristales, ya que todavía estaban cubiertos con las gruesas cortinas de terciopelo bordó que vestían las ventanas. Con una rápida mirada observó las copas vacías distribuidas sobre las mesas del local y sintió el olor a alcohol mezclado con tabaco.

Se encaminó por la escalera hasta alcanzar la oficina. Le resultaba extraño estar tan temprano allí dentro, rodeado de tanto silencio. Descorrió la cortina para alumbrar la estancia y se sentó en el amplio sillón. Esa vez no era una más, sino una última ocasión para solucionar todo los temas que tenía pendientes.

Inspeccionó el escritorio donde se apilaba un sinnúmero de papeles pertenecientes a los distintos rubros con los que comerciaba. La concentración que tenía no le permitió escuchar los pasos que se acercaban, hasta que el chasquido de la puerta al abrirse lo sobresaltó. De inmediato se asomó el encargado.

—¡Patrón, qué alegría verlo! —exclamó y le palmeó la espalda—. Lo esperaba, sabía que vendría de un momento a otro.

—Simón, ¿cómo estás? Sentate. Ya notaba demasiado silencio aquí dentro.

—Después de tanto jolgorio resulta extraño el silencio de las mañanas.

¿Cómo estuvo el viaje? —Permanecer a bordo más de veinte días se torna tedioso, pero por fin estoy de vuelta.

—Claro que sí, patrón —dijo mientras se ubicaba en una de las sillas frente al escritorio—. ¿Qué tal París? —Muy bien, aunque ya deseaba

regresar. ¿Cómo anduvieron las cosas por aquí? —Han estado tranquilas, bah, como siempre.

—¿Hay algo que deba saber? —Nada que salga de lo común. Tuve que calmar a algún que otro exaltado que, como suele suceder, ha querido hacerse el gallito con nuestras mujeres ante los amigos que lo acompañaban, pero nada de qué preocuparse.

—Perfecto. Tampoco vi que hayas hecho modificaciones en el negocio.

—No, patrón. Por muy leves que fueran, iban a complicar el normal funcionamiento del local y, como estaba solo, no quise arriesgarme. Ahora, con usted a cargo, todo será distinto.

—¿Cómo anduvo el ritmo de venta y la concurrencia de clientes? —No han disminuido a pesar de que el otro burdel está en funcionamiento; tenía razón. —Simón chasqueó la lengua y agregó—: Todo se ha mantenido igual.

—Bien, entonces no hay nada de qué preocuparse.

—Así es. Y antes de que me lo pregunte, le cuento que Tolosa no ha aparecido por aquí.

—Me lo imaginaba, pero cuando se corra la voz de que volví, comenzará a rondarme otra vez.

—Como siempre y para molestar.

—Sí, hasta que me canse de todo esto —dijo e hizo una pausa—. A ver, contame algo más.

—Patrón, si quiere le comento un poco sobre esos papeles. Como verá, no están tan prolijos como cuando usted los hace.

—Hasta donde vi, todo está muy bien, pero igual vamos a cotejar algunos números.

Máximo pasó gran parte de la mañana reunido con Simón para ponerse al día del negocio y de algunas otras cuestiones que salieron a la luz en medio de la conversación.

—Simón, ahora me voy a recostar un poco, pero antes buscá a Félix, que tengo un recado que darle.

—Sí, patrón.

Máximo enfiló hacia un sector apartado donde había una amplia habitación.

Ese era su refugio durante toda la semana, salvo cuando podía escaparse hacia la quinta que tenía en las afueras de la ciudad.

Las últimas jornadas en el Hospital de Mujeres Dementes habían sido largas y extenuantes. Por eso, el doctor Heredia le había pedido a Clarisa que ese viernes no concurriese al hospital. Lo único que deseaba era no cansarla y evitar así que abandonara todo. Él conocía como nadie el lugar y sabía que se debía tener mucho temple para permanecer allí dentro.

Dejó a un lado las notas y comenzó la recorrida por la institución. En el taller de costura vio que aún no habían llegado las internas que solían trabajar allí, excepto por Teresa, que estaba sentada frente a la mesa de costura con la aguja entre los dedos mientras con la otra mano sostenía la prenda que cosía.

—¡Teresa, tenés visitas! —exclamó Evangelina al entrar.

La mujer se sobresaltó con el grito que dio su compañera de cuarto y se pinchó la yema de un dedo con la aguja. De inmediato levantó la vista y, poco a poco, los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Mamá, estoy de regreso —exclamó un hombre al entrar al taller.

—¡Máximo! ¿Estuviste de viaje? —Mamá, ¿te acordás de que vine a despedirme? Teresa evitó contestar. Muchas veces tenía la cabeza envuelta en una bruma de recuerdos junto a una maraña de olvidos y sentimientos encontrados. En ese instante hizo lo que tanto añoraba que hicieran con ella: lo abrazó. A su vez, se dejó envolver por los brazos de su hijo.

Máximo le acarició el cabello color plata y luego se separó para volver a verla. Él necesitaba saber que ella estaba bien, que nada le había ocurrido en su ausencia. Nunca se había fiado de ese lugar y menos aún de las autoridades que lo manejaban.

—¿Vio qué lindo peinado tiene? —acotó Evangelina, que no había dejado de observarlo desde que había entrado al taller—. Soy su nueva compañera de cuarto.

Máximo observó a la joven que estaba a su lado y notó que el aspecto que tenía no concordaba para estar encerrada allí dentro, al menos no como paciente.

—Ella me hace este rodete todas las mañanas —contestó Teresa mientras se lo tocaba.

—Se te ve muy lindo —dijo él con una sonrisa.

Máximo no iba a discutir con su madre sobre algunas situaciones que en verdad le molestaban, ya tendría tiempo de hacerlo con quien correspondiera.

—Los dejo para que hablen tranquilos —anunció Evangelina—. Eso sí, luego espero un beso de despedida —le dijo a Máximo y con el dedo índice se señaló la boca. Luego se recogió la falda raída y salió.

—Deberías tenerla en tu negocio —agregó convencida Teresa—. Debe de ser buena en lo que hace.

—¿Cómo? —Se la ve muy dispuesta y además es de confianza —agregó mientras se acercaba a Máximo.

—Mamá, ¿qué sabes de mis negocios? Ella fijó la vista en él y se quedó abstraída, como si en verdad los recuerdos regresasen para darle lucidez en ese preciso instante.

—No sé, solo se me ocurrió —contestó y levantó los hombros.

Máximo lanzó una carcajada que la contagió. Él nunca sabía a qué atenerse con su madre, pero al menos tenía la certeza de que por su estado no había sido un error alojarla en una institución como esa. Pero a veces, cuando parecía que estaba ida y vociferaba comentarios inconexos, de pronto hacía alguna acotación muy lúcida que lo descolocaba. No sabía si era algo dicho al azar o si en verdad recordaba que él era dueño de burdeles. Le era imposible saber cuándo podía hablar en serio con ella. Más allá de los años transcurridos, aún no podía aceptar verla allí dentro y en ese estado.

—Te traje un regalo.

—¿De dónde lo trajiste? —preguntó entusiasmada.

—Estuve en París.

—¡Ah! Máximo dejó el paquete en la mesa, sobre la prenda de Teresa.

—Espero que te guste.

Ella lo abrió despacio, con mucho cuidado de no romperlo, no quería tirar los papeles al piso y que después la castigaran por eso. Cuando la cinta cedió y el papel de seda se deslizó, quedaron al descubierto cinco piezas del más exquisito encaje de color blanco y marfil.

—Es hermoso —susurró con los ojos colmados de lágrimas y el corazón aprisionado por la emoción del momento—. Gracias, muchas gracias.

—Supuse que te gustaría —replicó con satisfacción.

Desde la puerta, el doctor Heredia no dejaba de analizar la escena entre Teresa y su hijo. A pesar de que hacía poco tiempo que trabajaba en el hospital, tenía muy en cuenta cada pequeño avance o retroceso de las pacientes. Ella se había transformado en un enigma para él, no era un caso tan claro como los otros que sí había diagnosticado.

—Hola —saludó Teresa por detrás del hombro de Máximo.

Uriarte se dio vuelta y se encontró con el doctor. Sabía que no hacía mucho que pertenecía al hospital.

—Me alegro de que disfruten este encuentro.

Máximo se acercó y le estrechó las manos.

—Pensaba buscarlo antes de retirarme de aquí.

—Dígame, ¿por qué asunto? —preguntó con curiosidad.

—Acabo de enterarme de que mi madre comparte una habitación con una interna.

Prefirió no decir el nombre de la mujer, no quería que su madre tuviera que dormir junto a una prostituta, aunque para él fuera tan familiar estar cerca de ellas.

—Así es, con Evangelina.

—Dejé instrucciones para que ella permaneciera sola, así cuenta con la privacidad que una mujer de su edad necesita.

—Lo lamento, pero no es posible. La cantidad de internas supera la capacidad de este lugar. Ese es un lujo que hoy nadie puede darse —dijo con autoridad.

—Usted es nuevo, ¿verdad? —Sí.

—Entonces debería saber que mi madre está aquí desde hace mucho tiempo.

—Lo sé, son datos que me sirven para analizar su situación.

—Y que no está aquí porque yo quiera, sino porque no hay otra alternativa dada su condición.

—Me imagino.

—No, no se lo imagina, no tiene idea de lo que es venir aquí y buscar en vano algo que me recuerde a lo que ella fue en realidad —dijo y alzó la voz—. ¡Este lugar apesta! —Uriarte, cálmese —dijo para tranquilizarlo.

—¡No me calmo una mierda! —gritó con furia.

—Usted, como familiar de una interna, debería saber mejor que nadie que aquí no se puede otorgar concesiones a las pacientes. Es más, en este momento se analiza no solo no recibir más pacientes, sino reubicar a los de larga data.

—¿Me quiere decir que quieren echar a mi madre? —tronó y dio un paso hacia adelante.

—No he dicho eso.

—Entonces sea más claro —increpó.

—Es una decisión que quieren implementar quienes manejan la Sociedad de Beneficencia. Si no está de acuerdo, tendrá que buscar otra salida.

El doctor Heredia sabía que lo que le recriminaba Máximo en parte era cierto.

Las dementes estaban junto a las mujerzuelas, que deambulaban por la

calle cuando no encontraban alojamiento o no tenían ningún familiar que pudiera sacarlas de allí. Desde el Departamento de Policía las llevaban allí con la misma excusa que él ponía en ese momento: la falta de espacio. A ese otro grupo de mujeres también se lo consideraba con la razón debilitada y la mente perturbada, por eso, bajo ese pretexto, eran encerradas hasta que alguien se dignase a retirarlas. Por donde se viera, todo era un caos absoluto, pero por lo menos había logrado, luego de batallar en varias reuniones, la remodelación en una parte del hospital y atrás habían quedado las insalubres y hacinadas habitaciones que albergaban a las internas. El haber ampliado ese sector brindaba mayor espacio, comodidad y luz. Entre las causas de las enfermedades que allí se registraban, el estado deplorable de la higiene de la población era una de suma importancia junto a la miseria, por eso, permitir el aireado de los ambientes y que las condiciones de habitabilidad fuesen óptimas conformaban un concepto importante para los médicos higienistas que procuraban prevenir enfermedades.

En una institución de salud mental, todo eso era de vital importancia.

—Doctor Heredia, ¿usted cree que no la he llevado a otros lugares? Lo hice en varias oportunidades porque creo que mi madre se merece estar en otro lugar y no en esta mierda, pero no resultó, no lo ha soportado. No sé qué tiene este hospital para que ella quiera estar dentro.

—Uriarte, sepa que no formo parte de los creen que de este modo se soluciona el estado de la paciente. He instalado otro modo de trabajo aquí dentro y espero obtener buenos resultados —explicó con convicción.

El silencio de la discusión espesó el ambiente y ninguno de los dos supo apreciar que Teresa estaba abrazada a las piezas de encaje mientras no dejaban de rodarle lágrimas por el rostro. Ella no pudo evaluar la tranquilidad que hacía pocos minutos flotaba allí, pues solo gritos y más gritos le retumbaban en la cabeza sin poder aquietarlos.

—Uriarte, espero que la próxima vez que nos veamos sea de otro modo —dijo en tono conciliador—. Cuando lo desee, hablamos en mi consultorio.

El doctor Heredia le ofreció la mano para culminar cualquier tipo de disputa dentro del hospital.

—Está bien —contestó Máximo y le correspondió el saludo.

Una vez que se quedó solo, se dio vuelta y vio a su madre envuelta en los géneros que le había regalado. Caminó hasta ella para despedirse.

—Me alegro de que te hayan gustado —le dijo con dulzura. Ella no le contestó, solo se mantuvo en la misma posición—. Volveré en unos días. —Se

acercó para darle un beso en la mejilla y se detuvo para verla una vez más antes de irse—. Adiós, mamá.

—Hasta pronto, Arturo.

Máximo evitó volver a verla. Le dolía saber que ella acabara de despedirse de su padre y no de él.

El regreso a El Regocijo lo hizo en el más absoluto silencio, necesitaba despejarse la mente. Pero sabía que había una sola cosa que podía sacarlo de esos pensamientos: recordar a Béatrice. Aún no había visto a Félix y esperaba que él tuviera alguna novedad.

Al entrar, fue hacia el bar a tomar una copa, en verdad la necesitaba. En el momento en que se retiraba para irse a la oficina, el cochero lo llamó.

—Patrón, lo buscaba.

—Félix, acabo de llegar —contestó con la copa en la mano.

—Al final pude ver a Bernarda.

—¿Le preguntaste por Béatrice? —preguntó con ansiedad.

—Sí, patrón.

—¿Y entonces? —Parece que hoy no va a poder verla. Quedó en hablar con ella mañana.

—Está bien. —Al ver que Félix no se retiraba, preguntó—: ¿Qué pasa? — Es que me pareció que había algo que Bernarda no me contaba. Bueno, yo con ella... En fin... Hablo con ella cuando puedo y nos vemos seguido, creo conocerla un poco más. Pude averiguar que la señorita esta noche tiene un compromiso familiar.

—¿Ah, sí? ¿Dónde? —Va al teatro, pero también es de la partida ese Lamas, que alguna vez ha estado por acá.

Simón, que pasaba por allí, se acercó al escuchar ese nombre.

—¿Lamas? —preguntó y se metió en la conversación—. Patrón, cuando le dije que tuve que calmar a uno que se quiso hacer el gallito ante sus amigos me refería a ese hombre.

Máximo acabó de un trago la copa que tenía en la mano y la estampó contra la mesa. De inmediato se dirigió a su habitación; debía darse un baño si pretendía refrescarse las ideas y quitarse de encima la ira que lo invadía.

Esa tarde, los preparativos en la casa de Nicanor volvían a alterar el ritmo natural de la familia.

—Hija, ¿has visto a Bernarda? —preguntó a través de la puerta de la habitación de Béatrice.

—No, debe de estar por venir.

En ese momento, Nicanor escuchó el fuerte golpe de la puerta que caracterizaba el ingreso de la empleada en la casa. De inmediato fue a buscarla para saber qué le había sucedido.

—Disculpe, me he retrasado en el mercado.

—Tiene toda la mañana para hacer las compras. En este momento mi hija y Clarisa la necesitan —dijo con seriedad—. Debería tener más en cuenta los compromisos a los que se debe concurrir para evitar nuevos problemas de ahora en más.

—Lo haré, señor Salcedo.

—Vaya a ver qué necesitan las muchachas.

Sin decir más, la empleada fue hacia el cuarto de Béatrice para ver cómo iba con los arreglos para ese día.

—Bernarda —dijo la joven, que estaba a medio vestir cuando la vio entrar—.

Me extrañó no verte antes.

—Me retrasé, no ha sido mi intención —se disculpó.

—No te preocupes.

—Dese vuelta que la ayudo.

Bernarda le abrochó la fina línea de botones forrados de seda azul que estrechaban el corsé del vestido. La vaporosa falda orillaba en la parte de atrás con volantes plisados, trabajados en encaje negro. Las mangas, muy angostas, culminaban en el puño abiertas como pétalos de una flor con detalles del mismo encaje.

La empleada contempló a Béatrice cuando hizo un giro completo; el hermoso vestido no opacaba ni por un segundo la extrema belleza que la joven poseía. El cabello lo mantenía con un medio recogido y algunos mechones le caían sobre los hombros.

—Está hermosa —exclamó Bernarda.

—Gracias. Aunque debés saber que no tengo ganas de ir.

—¿Por qué? —Porque no es con Lamas con quien me gustaría compartir esta gala, aunque mi padre la haya propiciado.

—Debe hacerle caso a su padre.

—Te aseguro que no he dejado de pensar un solo día en Máximo. Ya debería de tener alguna noticia.

Bernarda no pudo evitar abrir los ojos más de la cuenta.

—¿Qué sucede? ¿Por qué esa cara? —Nada, estoy segura de que en cualquier momento volverá.

Bernarda no sabía si contarle todo, no quería provocarle otro disgusto a Nicanor pero tampoco enojar a Félix, que se había transformado en su nueva simpatía.

—Ojalá.

—¡Béatrice, qué linda estás! —exclamó Clarisa al entrar en la habitación.

—¡Vos también! —Dejen de tanta conversación que el señor las espera en la sala para despedirlas.

Ambas cruzaron una mirada cómplice con la empleada, a quien últimamente tenían a maltraer. Nicanor había consentido la salida pues irían acompañadas de Rosario Lamas y de su hijo, además de las familias Montero y Podestá. Cuando llegó el carruaje que las llevaría, se despidieron de Nicanor y partieron.

El teatro Politeama se levantaba sobre la calle Corrientes con su particular estructura de ladrillos. Desde hacía tres años, era un espacio que convocaba a distintas compañías de teatro para difundir sus obras. La gran afluencia de público durante ese tiempo no había menguado, muy por el contrario, concitaba el interés de los porteños para disfrutar de las representaciones teatrales.

Ese día no era la excepción, ya que se reponía *Otelo* de Shakespeare, una obra que había sido estrenada dos años antes en la inauguración oficial de la sala, en aquel momento de la mano de Ernesto Rossi. Las amplias puertas del lugar recibían al público, que pugnaba por ubicarse y disfrutar del espectáculo.

Las jóvenes descendieron del carruaje de la mano de Santiago Lamas, que las había ido a buscar. De a poco lograron entrar a la sala junto a otros invitados que aguardaban el comienzo de la función. Allí dentro se quedaron, en compañía del matrimonio Montero, que había arribado unos minutos antes y los aguardaba.

Béatrice observó cómo Santiago se acercó y no se movía de su lado. Desde que había salido de la casa, mantenía una sensación extraña que se acrecentaba con el correr de los minutos. Quizás la falta de ganas de concurrir fuera uno de los motivos.

—Espero que podamos disfrutar esta velada —le susurró Santiago mientras se le acercaba un poco más.

Ella le regaló una sonrisa fingida, una de las tantas que le brindaría esa noche.

En ese momento, al pequeño círculo se le sumó el matrimonio Podestá.

—¿Cómo les va? —saludó la señora Juana—. Mi hija lamenta no verlas esta noche, pero tenía un compromiso con su prometido.

Clarisa creyó que, una vez más, todo volvía a derrumbarse. Jamás imaginó enamorarse de un hombre que tuviera otra mujer, eso nunca había estado en sus planes, y escuchar que estaba prometido a esa joven engreída la ponía peor.

Debía buscar el modo de borrarle del corazón, aunque se le fuera la vida en ello.

—Béatrice —intervino Santiago—, creo que es conveniente ubicarnos.

El resto de los invitados se les unió e ingresaron a la sala, que era imponente.

Una gran cantidad de lámparas de bronce, adosadas a los muros empapelados de un tono marfil y verde, alumbraban el amplio recinto. Los palcos estaban distribuidos sobre la platea en forma semicircular, lo que procuraba desde esa altura tener una mejor visión del espectáculo. Se sentaron en un conjunto de butacas que estaban ubicadas en dos filas. De modo paulatino, la sala quedó a oscuras, a excepción de una tenue luz que iluminaba el escenario. En el plató, la escenografía representaba con gran similitud una calle de Venecia, donde se desarrollarían las primeras escenas de la obra.

Los actores aparecieron en el proscenio y la acción comenzó. La atención de los espectadores era absoluta, sin embargo, una sensación perturbadora invadió a Béatrice. Se removió en la butaca, como si de ese modo pudiera expulsar la incomodad que sentía.

—¿Algún problema? —le susurró Santiago.

Ella lo observó de soslayo y negó con la cabeza, no quería que la desazón que la corroía se le notara.

A medida que los minutos pasaban, pudo concentrarse en la obra, aunque la angustia por lo que ocurría en escena le acrecentaba el malestar: el padre de Desdémona había descubierto que ella se había escapado con *Otelo*. Por tal motivo, Brabancio buscó al moro para acusarlo de seducir a su hija de un modo engañoso. La tensión que se vivía en escena era palpable en la butaca, al menos en la de Béatrice. Inclino la cabeza y notó que Clarisa era una de las espectadoras que también estaba absorta con la obra. Quizá, si tomaba un poco de aire, se sentiría mejor.

—Si me disculpa... —susurró.

—¿Qué sucede? ¿Se siente mal? —inquirió Santiago.

—No, por favor, no levante la voz, debo ir a refrescarme y no quiero molestar.

—Si quiere, la acompaño.

—De ningún modo, si fuera necesario, se lo pediría a Clarisa —dijo con determinación.

Béatrice se deslizó con sumo cuidado para evitar que la amplia falda del vestido se le enroscase en la butaca y abandonó el palco con sigilo. Caminó hacia el recodo de la escalera cuando sintió que la respiración se le volvía cada vez más agitada, por eso se aferró a la balaustrada de bronce y miró hacia abajo.

En ese mismo instante, sintió una presencia que la obnubiló. No necesitó escuchar su nombre de labios de él, pues supo de inmediato quién se encontraba detrás de ella.

A medida que se daba vuelta, de entre las sombras apareció una silueta arrolladora. Con un levitón negro cruzado con cuello de terciopelo, Máximo se acercaba a ella mientras la desvestía con la mirada. Avanzó hasta quedar a pocos centímetros y colocó las manos sobre la baranda, encerrándola con los brazos.

—Béatrice, creí que deseaba verme —le susurró al oído.

El tono sensual de la voz se le mezclaba con la fragancia cálida del aliento. Él le recorrió con ojos insinuante el rostro sonrojado, con avidez por tenerla cerca y sentirla. La respiración agitada de Béatrice provocaba un movimiento acompasado que le elevaba y descendía el pecho, algo que no le pasó desapercibido a Máximo.

—No he hecho otra cosa que esperarlo y ansiar volver a verlo —susurró.

—No me mienta —clamó al inclinar el cuerpo y acercarse de manera peligrosa. Así, se dejó envolver por el característico perfume de azahares que ella siempre usaba.

—Debe creerme —contestó en un ahogo.

—¿Qué hace en este lugar acompañada de otro? Ella clavó la mirada en él, que la observaba sin pestañear.

—Ha sido solo una invitación que debía cumplir por pedido de mi padre. — Máximo contempló cómo esos ojos grises que él adoraba se colmaban de lágrimas poco a poco—. Le aseguro que no es lo que usted cree —agregó.

—¿Entonces? Supongo que es la primera vez que lo ve —aseveró.

Béatrice asintió antes de que todo se desplomara. Los finos dedos de él

comenzaron a acariciarle el cuello para luego enroscarse en su cabello. Una maravillosa y excitante sensación le recorrió todo el cuerpo.

—¿Me extrañó? Ojalá que la distancia haya podía lograrlo.

—No necesitaba que se fuera para echarlo de menos —dijo mientras bajaba la cabeza, llena de vergüenza.

Él la tomó del mentón, le levantó el rostro y le clavó la mirada llena de deseo.

Con el pulgar le recorrió la mejilla para luego deslizárselo hasta la boca y bordearle los carnosos y sensuales labios.

—Quiero que me mire —le susurró. Ella de a poco levantó el rostro y posó la mirada en la de él—. Está hermosa —dijo y le rodeó la cintura con el brazo para estrecharla aún más—. Quiero llevarla conmigo ahora.

—No puedo, debo regresar. En cualquier momento vendrán a buscarme.

—¿Le preocupa lo que piense su acompañante? —No, me preocupa que se entere mi padre de todo esto.

—Eso va suceder en cualquier momento, a no ser que usted no lo desee.

—Por supuesto que lo desee.

Béatrice escuchó su nombre retumbar dentro del *foyer* y la tensión se incrementó. Volvió a mirarlo para ver si él se ponía nervioso por lo que podría suceder si los veían así, pero Máximo no se inmutó.

—No pienso irme de aquí hasta que... —Antes de que Béatrice reaccionara, le acercó la boca a la de ella y le rozó apenas los labios. Fue un fugaz pero intenso chispazo que la recorrió entera—. Es solo un anticipo. Deseo verla mañana y no acepto ninguna excusa para que no venga.

De inmediato, Máximo se dio vuelta y desapareció tras el cortinado de terciopelo de uno de los palcos.

Béatrice quedó extasiada con lo que acababa de suceder. Todo aconteció de un modo tan apresurado que apenas pudo caminar unos pocos pasos. En ese momento apareció Santiago, que no llegó a ver a Máximo.

—Pero ¿qué ha sucedido que aún está aquí? —preguntó mientras la tomaba del antebrazo. En ese preciso instante, un golpe retumbó en pasillo y los sorprendió. Ella aprovechó para deslizar el brazo y liberarse de la mano de Santiago.

—¿Qué fue eso? —dijo al mirar hacia el lugar de donde había provenido el ruido. Sin obtener respuesta, agregó—: Vamos, que no quiero perderme el final de la obra.

Béatrice atravesó el *foyer* hasta entrar al palco y ubicarse en la butaca, con

el pleno convencimiento de que un par de ojos negros no dejaban de observarla.

Durante el resto de la obra, Béatrice no pudo dejar de pensar en Máximo ni en la embriagadora sensación de esos labios sobre los suyos. Lo único que logró sacarla de ese estado de ensimismamiento fue cuando el moro, enceguecido de celos, mató a su amada Desdémona. El murmullo de los expectantes concurrentes aumentó ante el sorpresivo desenlace: *Otelo* acababa de quitarse la vida en medio de la locura que lo había llevado a descubrir que los celos que sentía hacia su esposa eran infundados.

Ese trágico final hizo que la platea estallara en un ferviente aplauso. Cuando las luces iluminaron por completo la sala, varios eran los rostros conmocionados por lo que acababan de ver. De a poco, el *foyer* se colmó de los concurrentes que, en medio de la despedida, no dejaban de comentar la obra.

—Béatrice, por tu aspecto parece que la obra te ha impactado tanto como al resto de nosotros —comentó Ángela Montero, que acababa de sumarse al selecto grupo de mujeres que estaban allí.

—Eso creo —contestó con la boca seca al ver aparecer a Máximo.

—Fermín, ¿cómo estás? —saludó él.

—¡Pero qué sorpresa! Has regresado de París.

Nada de lo que dijese las damas allí reunidas hacía eco en los oídos de Béatrice, que no dejaba de mirar al hombre que la dejaba sin aliento.

—Así es —contestó mientras miraba de soslayo a Béatrice.

—¿Cómo está París? —Muy bien. Aunque, a decir verdad, extrañaba todo esto.

Béatrice se sonrojó al ver que el comentario en realidad se refería a ella.

—Uriarte, qué raro no haberte visto al ingresar en la sala —acotó Santiago.

Máximo nunca le había caído en gracia. Lo consideraba altanero, detestaba que le hubiera birlado un negocio y, aún más, que fuera exitoso. No necesitaba mucho más que eso para aborrecerlo por completo.

—No me has visto porque estuve con alguien con quien sí me interesaba conversar.

La incomodidad estaba instalada en las frases que cada uno lanzaba, pero nadie llegaba a entender el motivo.

—Bueno, hombre —intervino Fermín y le dio una palmada en el hombro a Máximo—. ¿Qué nos podés contar de tu viaje? Supongo que vendrás con

alguna idea innovadora.

—Por supuesto, y me encantaría tomar unas copas para hablar al respecto.

Rosario Lamas no se había perdido un ápice de aquel intercambio de palabras y tampoco había dejado de observar el radical cambio que se evidenció en el rostro Béatrice desde el mismo instante en el que Máximo apareció. Para ella estaba claro el halo de complicidad e intimidad que había entre ambos. Pensó que esa joven que ella pretendía para su díscolo hijo andaba en algo con Uriarte.

Santiago creyó que lo mejor sería irse de allí en compañía de Béatrice y Clarisa. Todos se saludaron con rapidez sin detenerse demasiado en conversaciones triviales. Como en cada uno de los furtivos encuentros que Béatrice había mantenido con Máximo, ella le dedicó una última mirada antes de salir del recinto; una despedida que él, sin dudas, esperaba.

Béatrice deseaba llegar a su habitación y poner en orden todos esos sentimientos y cada una de las sensaciones que le habían agitado el cuerpo. Su estado de conmoción era absoluto. Creía que esa noche no dormiría, pero no porque la rondara alguna pesadilla, sino porque no dejaría de evocar cada instante compartido con Máximo.

Cuando al fin llegó y se sentó en el butacón frente al secreter, por el espejo vio que la puerta se abría y que Clarisa entraba como una tromba.

—Es él, ¿verdad? —preguntó llena de ansiedad.

Béatrice asintió con una amplia sonrisa que le iluminó el rostro y le entibió el corazón.

—Así es. No te imaginás la sorpresa que fue verlo —dijo mientras se daba vuelta para mirar de frente a su amiga.

—Es notable el cambio que sufriste cuando irrumpió en la sala.

—Pero en realidad ya lo había visto antes, cuando salí porque no me sentía bien—dijo con una amplia sonrisa al recordar ese momento.

—Béatrice —dijo al entrecruzar los dedos con los de ella—, espero que todo esto traiga la mayor felicidad para ambos.

—Ojalá —concluyó con los ojos húmedos—. Aunque no estoy muy segura.

—Pero se nota que él solo tiene ojos para vos —dijo con un dejo de melancolía al recordar su amor imposible.

—Clarisa, te aseguro que todo con el “*docteur*” se va a arreglar. No me preguntes cómo lo sé, pero es así.

—Gracias, no te imaginás lo que deseo que así sea.

Ambas se dieron un abrazo envueltas en lágrimas, aunque cada una por

motivos distintos. Béatrice sentía plena felicidad porque a partir de ese momento comenzaría una nueva vida, mientras que Clarisa poco a poco perdía la ilusión de que el doctor Heredia le correspondiera su amor.

A bordo del carruaje, Rosario Lamas enfrentó a su hijo.

—Te lo dije, ese hombre es de lo peor.

—Lo sé, no necesito que me lo digas. Lo detesto.

—Esa joven es la indicada para vos, no podés dejarla pasar —dijo con decisión.

—Claro que no. Haré lo que sea por conquistarla.

—Así se habla, hijo querido —dijo y le apoyó las manos sobre las rodillas.

—No tenés que dudar de mí.

—Por supuesto.

El traqueteo del vehículo aminoró, y la señora Lamas se alistó para bajarse, sabía que habían llegado a destino. No bien su hijo le abrió la puerta, esperó en vano que entrase con ella.

—Debo hacer algunas cosas aún —dijo mientras se alejaba.

—Está bien.

La mujer no insistió, sabía que tenía cuestiones pendientes que resolver y estaba segura de que no eran negocios ni obligaciones comerciales los que clamaban su presencia, pero sí la diversión y los juegos de cartas. Ella lo vio irse y se retiró a su habitación con el convencimiento de que su hijo al fin lograría quedarse con algo que valía la pena: la joven francesa.

CAPÍTULO 8

Solo un ángel

Ese día, en el Hospital de Mujeres Dementes, la actividad era incesante, lo que le había permitido a Clarisa repuntar el ánimo alicaído con el que había llegado. Sabía que no podía hacerse la distraída sobre lo que sentía, y menos aún sobre la situación afectiva del doctor Heredia, que acaba de entrar a la sala general. Una de las internas había padecido un brote de histeria, que el médico supo manejar con suficiencia con su ayuda y la de otra empleada del lugar.

—Clarisa, vaya para el consultorio, espéreme allí —le ordenó.

Ella lo miró sorprendida, pero no dijo nada. El momento que habían pasado minutos antes no había sido agradable, aunque había puesto todo de sí para actuar de un modo diligente y ayudarlo.

—Lo espero —dijo y se retiró de inmediato.

El doctor se empujó los pequeños anteojos por el puente de la recta nariz sin dejar de mirarla hasta que ella alcanzó la puerta de salida para luego perderse por uno de los pasillos. Clarisa creyó que ambos necesitaban un respiro, por eso, antes de ir al consultorio, pasó por la cocina y preparó dos té. Luego apresuró el paso para llegar a tiempo con las humeantes infusiones. Al entrar, las dejó a un lado del escritorio, junto a la carpeta donde el doctor hacía las anotaciones.

Pensó que debían de ser importantes, pues cada vez que las tomaba, el estado de concentración lo abstraía de todo. Sin proponérselo y con la mano desocupada mientras que con la otra revolvía el té, la acercó y comenzó a hojearla. Eran muchas las notas, aunque en varios casos la letra no era muy fácil de leer. En una de las últimas páginas estaba asentado el nombre Teresa Uriarte y se detuvo en ella, no supo por qué. Esa carpeta era privada y no debía hurgar en ella, pero de inmediato su mente comenzó a elaborar una serie de justificativos para hacerlo, como el hecho de que ya casi estaba familiarizada con las internas y que conocía los síntomas de las afecciones que las aquejaban. Pensó que quizás sería de ayuda conocer más del tema, por eso

no necesitó más excusas para comenzar a leer lo que había escrito el doctor.

Nota sobre Teresa Uriarte

Paciente de edad madura con internación de larga data. Al parecer, la sociabilización con el resto de las pacientes es pacífica. No presenta rasgos histéricos. Sí padece melancolía, lo que le permite abstraerse de la realidad y permanecer en algún rincón de su mente perturbada en varios momentos del día.

No puedo diagnosticar su afección como melancolía simple, tampoco ha tenido tentativas suicidas u otra situación que atenten contra su vida.

Según mis observaciones, lo que la ha llevado al estado primitivo que originó su internación ha sido algún dolor afectivo, que poco a poco le erosionó el estado de salud mental. Resalto como fundamento de mi apreciación al maestro Philippe Pinel, una eminencia dentro de la corriente francesa, quien considera en gran medida a los trastornos mentales como consecuencia de las pasiones del alma y de las emociones del ser humano. Allí radica parte de algunas patologías mentales. No obstante, se observa que son varios los momentos de lucidez de los que goza la paciente, pero no los demuestra.

Una vez más, apoyo la teoría del maestro Pinel cuando manifiesta que existen trazos de razón en el paciente que permiten restablecer una especie de alianza terapéutica e interrumpir el diálogo permanente de la locura. Aunque todavía está bajo evaluación, se puede confirmar esto último y quizá se pueda descubrir qué la ha afectado en su vida.

Por otro lado, hace pocos días he tomado conocimiento de que su familia ha intentado en dos o quizás tres oportunidades sacarla del hospital, pero su estado fuera de este ámbito ha empeorado, lo que ha determinado la reincorporación inmediata en la institución. Hay algo que aún la encadena a este hospital, quizá la costumbre y la seguridad que le brinda permanecer donde ha vivido tanto tiempo o, tal vez, otra situación desconocida. No descarto descubrir, con el paso del tiempo, esos motivos y así poder brindar un diagnóstico certero.

Luego de leer las anotaciones del doctor Heredia, Clarisa quedó en un estado de trance profundo. Todavía aferraba la carpeta, que estaba abierta de par en par.

En ese momento, una voz le resopló en el oído.

—¿Otra vez hurga en mis cosas? —pronunció por detrás de la espalda de la joven.

Fue tal el sobresalto de Clarisa que el doctor Heredia debió sostenerla con sus fuertes manos para evitar que se cayera de la silla y tirara la carpeta, que minutos antes asía con tanta vehemencia junto a la taza de té.

—Quédese tranquila —le susurró al oído mientras le sostenía los delicados hombros—, no pretendí asustarla.

Luego se sentó frente a la mesa y, como era de esperar, el rostro de ella denotaba la vergüenza que sentía por haber sido descubierta.

—Discúlpeme, no era mi intención interferir con el trabajo que lleva adelante y meterme en sus cosas.

—Clarisa —dijo bajo una franca sonrisa—, no me molesta que quiera saber más de las pacientes, solo me gustaría que me lo preguntara a mí. Quizás así pueda entender un poco mejor lo que le pasa a cada una y yo puedo explicarle todo lo que le interese. —Hizo una pausa mientras miraba la carpeta que había visto Clarisa—. Ya veo cuál es la paciente que la sorprende.

—Sí, por eso me distraje. Cuando leí lo que usted había escrito, quedé más sorprendida aún.

—¿Por qué? —¿Puede alguien enloquecer ante los dolores del alma? —preguntó con curiosidad.

El doctor Heredia se reclinó en el sillón y la contempló. Se quitó los pequeños anteojos y demoró la respuesta.

—Nadie enferma de locura porque sí. Hay varios factores que pueden desencadenarla. Todo depende de cada persona y del modo en que resiste los distintos embates que le enfrenta la vida. Ahí es donde los dolores del alma pueden quebrar a un individuo.

—Tanto dolor puede arrastrar alguien, ¿verdad? —comentó con tristeza.

Él se inclinó hacia adelante y le rozó apenas la mano que todavía mantenían sobre la carpeta. Luego la tomó y la revisó hasta encontrar lo que buscaba.

—Mire, Clarisa —dijo mientras le indicaba una hoja de la carpeta. Ella aún se mantenía extasiada por el leve contacto que habían tenido, pero intentó concentrarse en lo que le mostraba—. Aquí está la tesis que hice al recibirme de médico. Lea el título.

—“La pequeña brecha entre la locura y la pasión” —leyó Clarisa, por completo embelesada.

—En verdad, es la primera vez que comparto un trabajo mío con una mujer —dijo con cierto orgullo por el estudio que le había valido el título.

Él se había basado en Pinel y en su discípulo Jean Esquirol, quienes habían revolucionado la clasificación de las enfermedades mentales. Además, habían sido de los primeros en considerar al demente como un enfermo y lucharon por abolir los malos tratos a los que los sometían en las instituciones donde estaban internados. Con todo el impulso que implicaba recibirse y el anhelo por cambiar lo que hasta ese momento estaba establecido, había elaborado la tesis desde ese ángulo.

Ella se había perdido en su mirada sin dejar de escuchar lo que le decía. Saber que había sido ella la primera con quien compartió algo tan importante para él la colmaba de satisfacción.

—Muchas gracias, es un privilegio para mí.

—Quizás esto explique un poco lo que pienso. Sin dudas, la pasión es ese sentimiento ferviente e inmanejable que nubla la razón y domina la voluntad, un componente muy importante para lograr entender ciertos rasgos de la locura. — El rostro de Clarisa se iluminó y los ojos cobraron otro color—. Le decía que la pasión puede llevar a la locura. Claro que, dicho así, parecería que todos nosotros podríamos terminar dementes, pero lo es solo en determinados casos.

—¿Se podría enloquecer por amor? —Por supuesto. Si lo desea, luego puedo mostrarle algunas estadísticas sobre algunos estudios que se han hecho y que comprueban mis afirmaciones.

—¡Oh! En realidad, no era su intención abrumarla con datos estadísticos ni con los estudios médicos que avalaban sus dichos, menos aún sobre los avances que había logrado el doctor Lucio Meléndez en el Hospital de las Mercedes, institución que reunía a una gran cantidad de internos varones; solo deseaba pasar más tiempo con ella. Desde que la había conocido, poco a poco había comenzado a interesarse en ella.

—Pero me interesa su opinión. ¿Cree que la pasión y el amor pueden llevar a la locura? Clarisa se detuvo antes de lanzar una respuesta, pues nunca antes lo había pensado de esa forma.

—No lo sé, para mí todo lo referente al amor tendría que ser maravilloso, pero para eso debería saber más sobre el amor, sus secretos y pasiones.

—Debo suponer entonces que nunca antes se ha enamorado —dijo y le clavó la mirada.

Clarisa nunca imaginó el rumbo que tomaba la conversación, pero

intentaría encontrar algo de luz en torno a la cuestión del doctor Heredia y su prometida.

—Supone bien —replicó y puso las manos sobre la falda para evitar que los nervios le jugasen una mala pasada.

Ella tenía que saber algo más de él. Hasta ese momento, nunca había mencionado a su prometida ni lo que ella significaba para él, entonces respiró profundo y de golpe desembuchó lo que tanto la angustiaba.

—Estar enamorado de su prometida le debe de servir para evaluar lo que me pregunta. Me refiero a esa combinación fatal que significa el amor, la pasión y la locura.

Heredia se inclinó hacia un costado y apoyó el mentón entre los dedos para luego deslizar una sonrisa cómplice.

—Clarisa, evito tomar en cuenta mi situación personal para evaluar a las pacientes. Sería poco profesional si lo hiciera.

—Ah, perdón —contestó afligida.

—No se disculpe. Pero si le interesa saber, creo que hay diferentes formas de amar.

—¿Sí? —Ajá. —Un contundente silencio cubrió el pequeño consultorio. Él no dejaba de observarla, y ella solo atinaba a centrar la vista en sus manos, aunque tenía el pensamiento puesto en él. Luego agregó—: No siempre alguien puede entregarse al amor de un modo tan pasional. Quizás, en algunos casos, el cariño, el afecto o el conocimiento de mucho tiempo con otra persona hacen que esos componentes se afiancen en una relación afectiva.

—Quizás.

—¿Usted cómo cree que sería estar enamorada? Clarisa se descolocó con esa pregunta, no sabía cómo responderle. Sin dudas, el sentimiento que crecía día a día hacia él era tal como se había imaginado el amor. ¿Cómo decirle en palabras lo que su corazón entendía con tanta facilidad? Quizás había llegado el momento de hablar con franqueza de todo lo que le sucedía.

—Yo siempre tuve la ilusión de enamorarme perdidamente de alguien, de una persona tan especial que me quitara la respiración si no estuviera a mi lado.

Quisiera tener la certeza de que, al mirarlo, todo a mi alrededor cobra sentido y que mi felicidad depende solo de él. No tener la necesidad de esperar más que todo lo que pueda ofrecerme, porque con eso para mí sería suficiente. Si alguna vez me sucede, él debería saber que lo amaría por siempre —dijo de un tirón casi sin respirar.

La mirada del doctor Heredia había cambiado de intensidad. Clarisa lo notó cuando levantó la vista y no supo identificar si ese cambio de actitud era positivo o no; nunca antes lo había visto de ese modo.

—Estoy seguro de que ese hombre será muy afortunado de tenerla y amarla —replicó en un tono más grave.

—No tanto como yo por tenerlo a mi lado —replicó de un modo diligente, porque aún desconocía si lo que había dicho lo había perturbado.

—Clarisa, quiero que sepa que no deja de sorprenderme —dijo con voz cómplice.

—Doctor, espero que lo sea para bien —replicó con ojos anhelantes.

—No se imagina cuánto.

En ese momento, Brígida entró en el consultorio y finalizó así aquel diálogo que había tenido un comienzo tan profesional.

—¿Qué sucede? —preguntó él.

—Quería comentarle que la paciente ya está en su mejor sueño luego de tomar la medicación que le indicó.

—Mejor así.

La empleada se acercó a la mesa y retiró de un modo enérgico las tazas que Clarisa había llevado.

—No contamos con tanta vajilla como para desparramarla por toda el hospital —dijo de mala gana.

—Disculpe, Brígida, no creí que fuera un inconveniente —se excusó Clarisa.

—Está bien.

Sin más, y mientras movía las ampulosas caderas, la empleada se retiró de allí.

—Anda un poco celosa —comentó el doctor Heredia mientras se inclinaba hacia adelante en un tono íntimo—. Cuando llegué aquí, ella se encargaba de traer el té, hasta que llegó usted.

—¡Oh, no lo sabía! No volveré a hacerlo.

—Clarisa, no se lo digo para que lo tome a mal, sino para que sepa por qué Brígida hizo ese comentario desafortunado. Espero que la próxima vez que me lo traiga podamos tomarlo juntos.

Ella supo que era el momento de irse y dejar al doctor enfrascado en sus notas mientras ella lo estaba en lo que había dicho él.

—Debo irme —anunció.

—Ya es hora. La próxima vez la acompaño.

Aunque no saliera junto a ella, se levantó y se le acercó. La miró fijo a los ojos y le susurró: —Hasta mañana, entonces.

Clarisa se retiró del consultorio con un absoluto estremecimiento en el cuerpo y con la mente aturdida por el comportamiento del doctor Heredia. Caminó como pudo hasta la salida para que la brisa de ese día le alivianara los pensamientos. Él no pudo volver a concentrarse en el trabajo, sus pensamientos vagaban en Clarisa y en lo que sentía por dentro.

Máximo se encaminó hacia la casa de la familia Montero. Con Fermín se conocían desde hacía tiempo y, como era ingeniero, lo había ayudado en más de una ocasión para realizar algunas reformas en sus locales. Esa tarde, también sería de la partida Octavio Ortiz, amigo y cliente del burdel, a quien Máximo aún no había visto desde su regreso. En la amplia sala del comedor, había otros dos conocidos enfrascados en una acalorada conversación, hasta que él llegó y el dueño de casa se levantó para darle un cálido abrazo.

—Bienvenido, Máximo.

—Uriarte, has aparecido al fin —dijo Octavio.

—Parece que las francesas te dejaron venir antes de lo que se te esperaba —replicó otro.

—Debo pensar que mi antigua fama me condena —replicó entre risas mientras se ubicaba en uno de los sillones de la sala.

—Amigo —retrucó Octavio—, sabés que tu vida entre mujeres, alcohol y diversión se ha transformado en el sueño dorado de más de uno de los que estamos aquí. Al menos para mí lo es —lanzó con una carcajada.

—Yo diría que te esforzás por cumplir tus sueños cuando venís a verme a El Regocijo.

Entre risas, comenzó la primera ronda de whisky; sin embargo, a medida que la conversación fluía, los temas cambiaron hacia la política y la charla tomó otro cariz.

—Los políticos podrán estar llenos de buenas intenciones, pero lo que en verdad los impulsa es el interés personal por el poder. Si no, fíjense lo que ha hecho nuestro querido gobernador de Buenos Aires —dijo Fermín.

—¿Creés que Dardo Rocha se postulará como nuevo presidente una vez que acabe el mandato de Roca? —preguntó otro.

—Hombre, pero si falta todavía muchísimo. Aún no está preparado ni ha

fundado sus bases para poder lanzarse a semejante cargo.

—Te equivocás, hace casi un año que todo lo que hace es en función de obtener un rédito político y para mí esto ha comenzado en el acto fundacional de La Plata. La tarea que ha emprendido ha sido y es titánica, ese lugar no es más que un campo de esteros; sin embargo, ha prometido construir una ciudad modelo —explicó Fermín.

Él sabía muy bien de lo que hablaba porque había sido convocado para integrar parte del equipo de ingenieros que diseñaría la ciudad. Los proyectos que tenía el gobernador eran grandes y pretenciosos, ya que deseaba que la capital de la provincia luciera con el mayor esplendor posible y no tuviera nada que envidiarle a la ciudad de Buenos Aires.

—Recuerdo que te acompañé aquel día del mes de noviembre —acotó Máximo—; el calor que hacía y la falta de organización fue tremenda.

—¿Acaso creen que el calor echó atrás a nuestro presidente para no concurrir? —preguntó Octavio con ironía—. No, amigos. Está claro que hay un tufillo de traición en todo esto.

—¿A qué te referís? —preguntó Fermín.

—El gobernador sabe que los ojos están puestos en lo que hace en aquella ciudad. Los grandes proyectos no solo son para beneficio de la gente que habita allí, sino también por su apetencia política. Él llegó de la mano de Roca, pero enseguida se la soltó y van a ver que pronto le saldrá a nuestro presidente como su gran contrincante. Roca ya lo huele, por eso no ha ido al acto fundacional que, con tanta pompa, se ha publicitado en todos los periódicos.

—No lo veo así —intervino Fermín—. Creo que si logra construir lo que promete, estaremos frente a una ciudad que no tendrá nada que envidiarle a ninguna otra, y menos a Buenos Aires.

—Justamente eso le dará poder. Fijate, si no, lo que debe lidiar Torcuato de Alvear con esta ciudad al intentar modernizarla. La mala y antigua construcción hará que su trabajo no se luzca tanto, más allá de las ideas innovadoras que tiene.

—Puede ser. Alvear busca unir los requerimientos higienistas a la vieja construcción de la ciudad para así renovarla —agregó Fermín.

—Igual ha sido y será una lucha para que al fin la población entienda que al menos en el proyecto de la ciudad de La Plata se ha hecho a conciencia y sin despilfarro —comentó Máximo.

—Entiendo el motivo por el que lo decís. El último artículo de *El*

Nacional pone en duda la honradez de algunas de las obras.

—Disculpame, Fermín, pero creo que el costo que arrastrará la provincia de Buenos Aires en aras de la construcción de la ciudad puede deberse a una mente enferma de poder, como la de Rocha.

—En verdad no lo creo.

Máximo creyó que había llegado el momento de saber más sobre un tema que lo acuciaba desde que le había hecho la última visita a su madre.

—Fermín, ¿sabés algo sobre el Hospital de Mujeres Dementes? —¿A qué te referís? —se interesó con curiosidad.

—Me comentaron que han ampliado uno de sus sectores, pero que igual el espacio no es suficiente y quieren desafectar a algunas de las internas más antiguas y largarlas a la calle. Es inadmisibile, una aberración. —El resto de los invitados se calló al escuchar lo que acababa de decir Máximo, que agregó —: No me miren así, también me interesan otros temas más allá de los burdeles.

—Máximo, te equivocás —dijo Fermín—. Yo formo parte de un equipo que valora las ideas nuevas de estos médicos higienistas y te aseguro que todo lo que hacen es en beneficio de nuestra salud. En el caso de los hospitales, las decisiones las gestan las damas de la Sociedad de Beneficencia, que cuenta con mucho poder, más ahora desde que nacionalizaron esa institución. Mi esposa es una de ellas y me ha comentado algunas de las grandes discusiones que llevan adelante; te aseguro que te sorprenderías de escucharlas.

—¿Cómo te enteraste de eso? —se interesó Octavio.

—Saben que conozco a todo tipo de personas. A través de una de ellas me llegó el comentario.

Máximo debía callar la enfermedad de su madre, pues así se lo había prometido a su padre, que había insistido en que no se supiera para evitarle mayor humillación a Teresa. La poca vida social que ella había mantenido, junto a los esporádicos viajes al campo, habían permitido silenciar su triste existencia.

Nadie se animaba a preguntarle algo tan personal como el estado de salud o el paradero de su madre. Por otro lado, la fama que lo antecedía respecto de la vida que llevaba y el trabajo que ostentaba permitía hacer creer que había dejado de importarle sus reales afectos. Esa situación no lo afectaba porque nunca antes le había hecho mella lo que pensarán de él, menos en ese momento.

—Máximo, estaré al tanto de tu inquietud —le aseguró Fermín.

—¿Necesitan algo más? La aparición de Ángela Montero apaciguó la conversación y distrajo a los hombres de sus pensamientos.

—Querida, todo está bien.

—Nosotros no deseamos importunar —dijeron dos de los presentes, que ya habían tomado una segunda ronda de whisky y aún debían cumplir con parte de sus actividades—, la seguimos otro día —dijeron y se retiraron.

—Yo también me voy —dijo Octavio al levantarse—. Te veo una de estas noches, Máximo.

—¿Me van a dejar solo? —preguntó Fermín.

—Yo me quedo, aunque sea para que bebamos otra copa —dijo Máximo.

—Cualquier cosa que necesiten, me avisan —dijo Ángela. Cuando se dio vuelta para irse, se encontró con su hija, que estaba bajo el resquicio de la puerta—. Hija, ¿qué hacés aquí? Saludá al señor Uriarte.

—Hola, Carmela —saludó él—. Qué linda que estás.

—Gracias —contestó sonrojada.

—Carmela, ¿sabés dónde estuvo Máximo de viaje? —En París —acotó él.

—¿Sí? —preguntó entusiasmada.

—Así es —confirmó y miró a Fermín—. Supongo que en algún momento podés planear ir allí.

—Me encantaría —susurró la niña mientras miraba a la madre con ojos anhelantes.

—Mi hija está entusiasmada con el idioma desde que tiene una maestra nueva —contestó orgulloso Fermín.

El matrimonio Montero había notado un cambio profundo en su hija desde que Béatrice se había convertido en su maestra de francés. De verdad apreciaban el esfuerzo que la joven ponía en ella.

—Se llama Béatrice —dijo la niña con cariño— y es muy buena.

El impacto al escuchar ese nombre lo conmocionó.

—El señor Uriarte conoce a tu maestra —dijo y lo miró—, ¿verdad? Hemos estado juntos en la velada del teatro Politeama la otra noche.

A la señora Montero no se le había escapado el modo en que se habían mirado, en especial él, que parecía devorarla con los ojos. Aún no sabía de dónde se conocían, sobre todo porque pertenecían a mundos tan diferentes, pero intuía que entre ellos se cocía algo distinto, profundo, y estaría atenta, ya que se había encariñado mucho con Béatrice y no permitiría que le pasara nada.

—Así es, conozco a Béatrice y es una mujer excepcional.

Ningún miembro de la familia Montero indagó más. La contundencia de esos dichos no ameritó ninguna otra acotación.

—Los dejamos continuar con sus asuntos. Vamos, hija.

Cuando salieron, los hombres retomaron la conversación.

—Ahora quiero que me cuentes qué negocio te traés entre manos.

Máximo se explayó en el tema y ambos se pusieron al día con el viaje y los proyectos que tenían.

Esa tarde debía ser una más para Béatrice, una más en la que debía concurrir a la casa de la familia Montero para darle la clase de francés a Carmela. Al mismo horario de siempre se vistió, aunque esa vez los nervios le impedían abotonarse el lateral del vestido color lavanda. Volvió a mirarse al espejo, se corrió el cabello oscuro a un costado para colocarse unas gotas de perfume de azahares en el cuello y salió de la habitación. Antes de alcanzar la puerta de calle, se cruzó con la empleada.

—Señorita, apúrese antes de que venga su padre e intente llevarla él.

—Para eso estás vos, Bernarda —le dijo mientras le tomaba las manos y le daba un beso—, para decirle que no es necesario y que yo puedo arreglarme sola, ¿no? —Por favor, cuídese.

—No te preocupes —la tranquilizó y salió apurada para no llegar tarde.

Al abrir la puerta, se dejó envolver con la oleada de viento fresco que le desordenó algunos mechones del cabello. Los pasos que dio hasta culminar la primera y única cuadra que caminaría le resultaron interminables, aunque todavía desconocía que esa tarde no sería una más.

En la esquina la esperaba el carruaje con Félix al mando. Una vez que le abrió la puerta, ingresó al habitáculo sin imaginar que allí la esperaba Máximo, sentado sobre el asiento de cuero. Lo único que sabía era que lo vería, según las instrucciones que le había dado Bernarda esa misma mañana, pero suponía que la llevaría a algún confitería, como la última vez.

—Béatrice —dijo él con un susurro.

Le rodeó el cuello con una de las manos mientras que con el pulgar le acariciaba una mejilla hasta terminar en su boca. Sintió cómo ella, con sus tímidas manos, le rodeaba la cintura y lo envolvían en un abrazo.

—Te extrañé mucho y necesitaba verte —agregó.

A Béatrice, un escalofrío le recorrió todo el cuerpo a la vez que esa mirada cargada de deseo la quemaba por dentro.

—Yo también —susurró mientras bajaba la mirada.

Con una mano le levantó el mentón y con la otra le hundió los dedos en el

cabello para atraerla más aún mientras le besaba el rostro hasta descender hacia su boca. Esa vez no se iba a conformar con un beso casto, necesitaba sentirla, conocer su sabor, recorrer con las manos ese cuerpo que tanto ansiaba poseer.

Con la punta de la lengua le recorrió muy despacio el labio superior para probar su dulzura antes de succionar el otro. El ahogado gemido de ella lo incitó a besarla y esperó a que ella se abriera y se rindiera al deseo. Pensó que quizás le exigía demasiado, pero no podía ni quería detenerse. Para su sorpresa, ella reaccionó y entreabrió los labios para permitirle que hurgara dentro de ella, entonces él pudo saborear su interior hasta que las lenguas se les enredaron mientras se movían al unísono. Cada caricia que él le brindaba le hacía estremecer todo el cuerpo; la necesitaba como nunca antes había necesitado a otra mujer.

Máximo no tenía suficiente, quería beber de ella más y más. Sin embargo, conservó la cordura suficiente para darse cuenta de que no podía abrumarla con la pasión que ella desataba en él, por lo que, de a poco, le deslizó los labios por la mandíbula hasta el lóbulo de la oreja.

—Béatrice, he esperado tanto para tenerte —susurró. Luego la envolvió en un abrazo fuerte, como si intentara que ella no se le escurriese en ese mismo instante. De a poco se separó y adoró verla con los labios turgentes y enrojecidos—. Deseaba estar así con vos, pero, además, quería darte algo.

Ella estaba deslumbrada y embelesada con él. Nada ni nadie podría hacerle cambiar de parecer, por el contrario, cada instante que pasaban juntos no hacía otra cosa que confirmar lo importante que era para ella.

—Esto lo traje pensando en vos.

Los ojos grises que él tanto adoraba se habían humedecido en el momento en que tomó la caja azul con el emblema de Heurgon en letras doradas. Ella, por completo sorprendida, levantó la vista hasta alcanzar la de Máximo, que estaba expectante por saber si le gustaba lo que había elegido. Béatrice conocía esa joyería, una de las mejores de París. Con sus finos dedos abrió la caja y vio sobre una almohadilla de terciopelo blanca un colgante con el diseño de un ángel tallado en oro blanco con las alas desplegadas incrustadas de brillantes. Pendía de una cadena también de oro.

—Es hermoso —balbuceó entre lágrimas—. Yo no puedo... —Béatrice —dijo al rodearle el cuello con las manos—, esto es lo que significás para mí, sos mi ángel. Por mucho tiempo creí que mi vida estaba destinada a ser siempre igual, hasta que te encontré.

Desde hacía mucho tiempo, Máximo estaba sumido en la oscuridad de un pasado que no podía olvidar y de un tenebroso presente. Sabía que, si continuaba así, se hundiría cada vez más. Sin embargo, la presencia de Béatrice había sido providencial, sentía que solo ella podría sacarlo del profundo dolor que por tanto tiempo lo había acompañado. Sin ella, él no se sentía capaz de abandonar todo la pesadumbre que lo rodeaba. Verla era saber que al fin podría tener algo bueno y conservarlo para siempre.

Ella estaba con los ojos nublados de lágrimas; nunca antes había soñado con que alguien le dijese algo semejante.

—Decirte “gracias” no representa todo lo que significa este presente para mí —dijo entre sollozos.

Ella se le aproximó con timidez para darle un beso de agradecimiento.

Máximo dejó que se acercara y que su ángel lo besara. Ese primer gesto que recibía de ella lo había cautivado de un modo que nunca antes había sentido.

—Querría llevarlo conmigo —le susurró sobre los labios.

—De ese modo, estaré a tu lado en todo momento —dijo él.

Ella le sonrió sin decirle que no necesitaba un dije, por muy valioso que fuese, para recordarlo siempre, porque él estaba tallado desde hacía tiempo en su corazón. Se dio vuelta para que le colocara el colgante y se acomodó el cabello a un costado. Los dedos de Máximo le rozaron el cuello al prendérselo y luego su boca se deslizó por el niveo cuello para besarlo mientras la aferraba por delante con las manos.

—Me encanta cuando llevás el cabello de este modo —le dijo al oído.

—Si es así, no volveré a tenerlo como cuando recién llegué a la ciudad.

Ella se lo había dejado crecer desde que se había llegado, en concordancia con el resto de las jóvenes que lo usaban así. Sería para ella otro detalle a tener en cuenta sobre él.

—Me gustás de todas formas.

Béatrice se había olvidado por completo hacia dónde debía ir y desconocía por qué lugar deambulaban. Para cerciorarse, descorrió la cortina de seda blanca para ver a través del cristal de la ventana.

—No es tanto el retraso que llevás como para llamar la atención de tu alumna.

—¿Cómo sabés que doy clases? —No solo sé eso, sino también que Carmela te adora, como no podía ser de otro modo. —Hizo una pausa y sonrió al verle la cara de sorpresa—. No te asombres, estuve reunido con la familia

Montero y, entre otros temas, me hablaron sobre la maestra de Carmela, que era encantadora.

—¿Sí? —Por supuesto. Además quiero que sepas que voy a hablar con tu padre; no voy a soportar ocultarme cada vez que quiera verte.

—Quizá deberíamos esperar un poco más de tiempo. —Ella no podría soportar que su padre intentase alejarla de él, menos en ese momento donde lo que tanto había soñado al fin se hacía realidad—. Por favor —dijo anhelante.

Él clavó los ojos en los de ella y le vio el deseo de evitar que un nuevo conflicto se avecinara. Descontaba que sería así con Nicanor.

—No te preocupes, todo estará bien. En otra época, apreciaba a tu padre y supongo que él a mí. Solo dejaré pasar un poco de tiempo y luego hablaré con él, soy un hombre hecho como para esconderme de la gente. Quiero estar a tu lado y no me importa lo que diga el resto, solo lo que pienses vos.

—Está bien, como digas —comentó resignada.

Él miró a través de la ventanilla y dijo: —Béatrice, estamos cerca. La próxima vez me moveré del mismo modo, luego veremos cómo seguimos.

Él se acercó para despedirse con un beso intenso que le recordara cada instante que estarían separados. Béatrice quedó envuelta en un cúmulo de sensaciones y no advirtió que él se disponía a bajar del vehículo para abrirla la puerta y acompañarla hasta la entrada. Le habría gustado hacerlo frente a la casa de Nicanor, pero suponía que aún no había llegado el momento.

—Debemos empezar a practicar —le dijo al oído ante la cara de sorpresa de ella—. Fermín Montero es un amigo, no te preocupes.

La puerta de entrada se abrió y fue la señora Montero quien los recibió. Si en verdad le produjo sorpresa verlos, lo disimuló bastante.

—El retraso ha sido mi culpa —dijo Máximo—, pero supongo que llega a tiempo para la clase con Carmela.

—Por supuesto. Además, Carmela no se la perdería por nada del mundo.

—Gracias —se despidió Béatrice, sonrojada al darse vuelta y mirar a Máximo.

—Fue un placer —contestó con una inclinación de cabeza.

—Fermín está en el escritorio, por si desea verlo —anunció la señora Montero.

—Debo cumplir con otros compromisos. Dele mis saludos, por favor.

Él abandonó la casa sin volver a mirar atrás, no quería arrepentirse de dejar allí dentro a Béatrice.

Nicanor se encontraba en la sala junto a Santiago Lamas, que había pasado a saludarlo. El joven se había propuesto acercarse a Béatrice y, para lograrlo, debía hacerlo primero con su padre.

Él, como nadie, sabía desplegar cordialidad para decir lo que su interlocutor deseaba escuchar. Esa condición le había permitido mantener una excelente reputación en el encumbrado círculo de los hombres de negocios. Además, contar con el apellido Lamas sin dudas había sido una gran ayuda. Su difunto padre había pertenecido a una familia de significativo raigambre y lo había dejado en una posición social que le permitía moverse como quería. Todo ese mundo de los negocios lo aburría demasiado; interactuaba con ellos para mantener una tradición que necesitaba si pretendía continuar con la vida que en verdad quería. Estar con sus amigos de juerga era algo que no pensaba abandonar por nada del mundo, aunque en el último tiempo le costaba demasiado caro, ya que algunas deudas se le empezaban a acumular y necesitaba de un buen negocio para continuar con esa vida que tanto le gustaba.

—Don Nicanor, es un gusto volver a verlo.

—Para mí también lo es. ¿Querés tomar una copa, muchacho? —No, gracias, prefiero algo caliente. Evito tomar alcohol durante el día.

Nicanor asintió sin decirle lo que valoraba que mantuviese esa actitud, pues creía que los pequeños detalles hablaban un poco de lo que era Santiago Lamas, aunque aún no podía apreciarlo más allá de los buenos comentarios que lo precedían. De no ser así, jamás habría consentido que saliera con su hija.

—Quería comentarle que ha sido de mi absoluto agrado acompañar a su hija al teatro.

—Me alegro —dijo con cautela.

—Quiero que sepa que Béatrice es una joven muy especial.

—Lo sé, es mi hija.

—Me interesa también confesarle que tengo buenas intenciones con ella.

—Mire, Lamas, mi hija es lo más valioso que tengo en la vida —dijo sin preámbulos—. Me alegro de que piense en ella en esos términos, pero aún a usted no lo conozco lo suficiente como para concederle el privilegio de pretenderla.

—Lo entiendo, don Nicanor, y creo que, a medida que me conozca, se dará

cuenta de que soy un gran candidato para ella —comentó con una amplia sonrisa.

Nicanor evitó contestarle para evitar apresurar su juicio sobre él, pero creía que iba por buen camino.

—Hay algo más que me gustaría comentarle, pero no sé si debo.

—¿A qué se refiere? —No lo sé —dudó y esperó para continuar, así daba la pausa suficiente que requería ese momento—. No quiero aventurarme a decir algo sin sentido.

—Vamos, hombre, adelante —lo instó.

—El día en que concurrimos al teatro se nos acercó Máximo Uriarte. Quizá no lo conozca, pero es dueño de burdeles y la fama que lo precede es tan oscura como los negocios que regentea. —Santiago advirtió el gesto que había adquirido el rostro de Nicanor y supo que el relato iba por buen camino—. Noté que intentó acercarse a Béatrice y, en verdad, no me ha gustado. Se lo comento porque ambos cuidamos de ella. No creo que la cercanía de ese hombre sea conveniente.

—Gracias por decirlo, pero despreocúpese; de ese tema me encargaré de modo personal —agregó con la furia contenida.

El modo en que lo dijo no dejó dudas acerca de cómo actuaría si alguien pretendía dañar a su amada Béatrice. Por otro lado, no necesitaba de otras advertencias sobre Máximo: él lo conocía mejor que nadie y sabía el modo en que actuaba, por eso no iba a permitir que volviese a acercarse.

Béatrice había regresado a la casa entre algodones. Antes, durante la clase, había sido ella la distraía en vez de su alumna y esa falta de concentración tenía un solo y exclusivo motivo: Máximo Uriarte. Por suerte, la señora Montero se había mostrado condescendiente, por lo que creía que no sería un problema.

No bien llegó a la casa, la recibió Bernarda con cierto desconcierto.

—Llegó un poco más tarde —dijo preocupada.

—Sí, la clase se retrasó un poquito.

La mirada de Bernarda denotaba desconcierto, por lo que se acercó y en un susurro aclaró: —Debe saber que ha estado hace un momento el señor Santiago Lamas y habló con su padre.

—¡Oh! —exclamó con los ojos abiertos.

—Por eso le digo, tenga cuidado.

—Gracias, Bernarda, no te preocupes.

Luego de escuchar el chasquido de la puerta, Nicanor la llamó desde la

sala: —Hija, al fin has llegado.

—Hola, papá.

—Bernarda, tráiganos dos té.

—Sí, señor —dijo y salió enseguida.

—¿Cómo te ha ido con tu alumna? —Muy bien. Ella es encantadora y le guardo un gran cariño. No sé por qué, pero siento algo especial por ella.

—Quizá porque también está sola, al menos algo de eso me mencionó Fermín Montero. Según me contó, le cuesta estar con sus amigas.

—Así es. Ella me lo contó y de ese modo nuestro acercamiento se hizo sincero.

—Me alegro de que así sea. —En ese momento entró Bernarda y colocó las infusiones sobre una mesa de arrimo cercana a los cómodos sillones—. Hoy recibí la grata visita del joven Lamas.

Béatrice evitó contestarle para no adelantarse sobre un comentario inconveniente.

—¿Sí? —dijo con desgano.

—¿No te alegra su visita? —Es solo una grata compañía.

—Sin embargo, noté que tiene cierto interés en vos.

—Lo he visto en pocas oportunidades y para mí es solo eso.

Nicanor había aprendido a conocer a su hija en ese último tiempo que habían compartido desde que se había instalado con él. Sabía cuando se guardaba algo para sí misma e intuía lo que podía llegar a ser.

—¿Hay algo que desees contarme? —inquirió.

Béatrice le habría contado todo, pero sabía que era un tema que quería y debía resolverlo Máximo. Nunca le había mentido a su padre e intentaría evitarlo si podía.

—No, pero me interesa que sepas lo que significa Santiago Lamas para mí.

—Me comentó que la cita al teatro fue muy auspiciosa, salvo por la presencia de Máximo Uriarte. No me comentaste que lo habías visto.

—No lo hice porque no quería que te pusieras mal. Aún no sé qué les ocurrió en el pasado, pero te puedo asegurar que conmigo se comporta como el caballero que es.

—Béatrice, que su apariencia no te engañe. Lo conozco y es de mala calaña, te lo aseguro. Hace tiempo provocó mucho daño en la familia Paz; esta vez seguro no va a ser la excepción. Te lo dije en su momento y lo repito ahora: te quiero lejos de ese hombre —dijo con autoridad.

—Yo no deseo mentirte, por eso te digo lo que pienso de él. Tampoco

quiero que te enojas por lo que dije.

—No voy a enojarme con vos porque él no va a ser un motivo de conflicto nunca más en esta casa.

Béatrice supo que sería mejor dejar todo en manos de Máximo y decidió no tomar en cuenta lo que había dicho su padre; no echaría a perder cada instante que había vivido esa tarde.

—Parece que no te han contado que la obra estuvo excelente —comentó para tratar de desviar el tema.

Nicanor tomó un sorbo de té y aceptó en silencio el cambio de conversación.

Cómo necesitaba la presencia de Camille, la madre de Béatrice, allí para que le indicase qué hacer. Ella le había dejado como legado a la hija de ambos. Él haría lo que fuera por verla feliz. Por supuesto, estaba convencido de no estar equivocado respecto de Máximo Uriarte.

CAPÍTULO 9

Sin él nada tiene sentido

El intenso aroma de la comida se había filtrado hasta el comedor donde estaban los comensales sentados a la mesa.

—Esto está exquisito. —Saboreó Clarisa luego de hundir el tenedor en el pastel de papas que, según decía la empleada, era una de sus especialidades.

—Si lo decís, Bernarda va a comenzar a regodearse por su aptitud para la cocina y nadie va a poder detenerla —dijo, jocoso, Nicanor.

—Pobre, ella se lo merece —retrucó Béatrice.

Desde que había arribado a la ciudad, Bernarda había ganado su absoluta confianza. Siempre estaba allí cada vez que la necesitaba, más desde que Juliete se había casado con Tristán y se habían ido.

—Clarisa, ¿extrañas la estancia y a los tuyos? —se interesó Nicanor.

—Sí, claro, pero no del modo en que creía.

—Y... No es para menos —agregó risueña Béatrice.

Le lanzó una mirada cómplice a su amiga, pues desde que había llegado a la ciudad y conocido al doctor Heredia, el mundo se le había dado vuelta. Solo él era capaz de borrarle la melancolía que le producía pensar en la estancia familiar.

—¿A qué te referís? —le preguntó Nicanor.

Clarisa había dejado a un costado el tenedor para saber qué le contestaría su amiga.

—Me refiero a que por fin logró lo que tanto deseaba, que es trabajar en un hospital, ¿verdad? —Por supuesto. Eso me hace muy feliz.

—Me alegro de que así sea.

—Yo también lo estoy al darle clases a Carmela —agregó Béatrice.

Nicanor la observó con detenimiento para ver la felicidad que le irradiaba el rostro luego de todo lo que había sufrido en París. Sin embargo, su vista se detuvo en el cuello de la joven y, con particular interés, le preguntó: —Hija, ¿me parece a mí o es la primera vez que te veo ese dije en el cuello? De modo instintivo, ella rodeó con los dedos el regalo de Máximo. Desde que se lo

había regalado, intentaba llevarlo debajo de las prendas para no exponerlo.

Nunca dejaría de usarlo, necesitaba tenerlo con ella para sentir que él siempre estaba en su corazón. En verdad, el comentario de su padre la tomó de sorpresa y titubeó antes de darle una respuesta certera para evitar que dudara.

—Es hermoso —agregó Clarisa para darle tiempo a Béatrice a que respondiera. Ella había quedado extasiada frente al regalo que le había hecho Máximo cuando hacía pocos días se lo había mostrado.

—Quizás no habías reparado en él.

—Estoy seguro de no habértelo visto antes —retrucó Nicanor.

—Disculpen que interceda —dijo Clarisa—, pero cuando llegué aquí, ella me lo mostró junto a algunas de sus alhajas. Si mal no recuerdo, lo tenía guardado en un cofre, no así el rosario que aún pende del espejo, ¿verdad? Nicanor tenía muy presente el rosario de cuentas de cristal de roca que le había regalado a Camille y que su hija llevaba consigo cuando llegó a Buenos Aires. Recordó el momento en que Béatrice lo sacó de la bolsa de terciopelo para entregárselo. Él le había pedido que se lo quedara, ya que creía que era un modo simbólico de protegerla.

—Sí, claro que lo tenía. Lo mantengo guardado con gran afecto porque ha sido un regalo.

—Imagino que de tu madre —agregó Nicanor.

—No de ella, sino de la tía Antoinette.

Por mucho que deseara ocultarlo, no podía mentir respecto de su madre y de las joyas que le había dado antes de partir de París por si necesitaba venderlas ante cualquier eventualidad. Nicanor lo sabía, ya que Camille se lo había mencionado en la carta de despedida que le había escrito antes de morir.

Antes de llevarse el último bocado a la boca, Clarisa le levantó la ceja a su amiga para transmitirle que todo estaba bien y que no se preocupara.

—Es hermoso —agregó ella.

Nicanor se sumió en una profunda nostalgia, como cada vez que evocaba a Camille.

—Lo es —concluyó Béatrice y se lo guardó debajo de la pechera del vestido.

La cena continuó sin más comentarios sobre el colgante. Luego, se despidieron y cada uno se retiró a su habitación.

Antes de desvestirse, Béatrice se sentó frente al secreter para completar su diario. Tenía una serie de sensaciones y sentimientos que necesitaba volcar allí, por lo que tomó la pluma entre los dedos y comenzó a escribir cada uno

de los pensamientos que en ese preciso momento la embargaban.

Cuando llegué aquí, lo hice quebrada por dentro, con el corazón partido por el dolor de la pérdida de mi madre y la incertidumbre de no saber cómo sería conocer a mi verdadero padre. Cuando lo conocí, creí que debía esperar hasta descubrir algo que me desilusionara, al menos de ese modo había vivido con mi familia en París. Si no hubiera sido por mi madre, no sé qué habría sido de mí.

Pero estaba equivocada, porque mi padre es alguien a quien nunca imaginé tener.

Su entrega al conocerme fue absoluta y supe que nunca lo traicionaría. Sin embargo, estaba otra vez equivocada, porque desde que me crucé con Máximo, todo cambió.

Pensé que él era un capricho, porque jamás creí que podría albergar un sentimiento tan profundo por alguien como el que siento por él y que me permita mentirle a mi padre sin sentir que obro mal.

El tiempo de espera ha alimentado mi amor por Máximo de un modo insuperable. Cada vez que lo tengo frente a mí, sé que es él y solo él quien puede brindarme la felicidad que por tanto tiempo busqué ya casi sin esperanza de encontrarlo, porque me habían hecho creer que no me lo merecía. Hoy, nada es como me lo había imaginado, porque estoy segura de que junto a él me sentiré amada y protegida como nunca antes lo he estado. Sin él nada tiene sentido.

Como si cada palabra que había escrito fuera una bendición, besó el crucifijo de plata del rosario de cuentas de cristal de roca que colgaba de uno de los laterales del espejo que tenía frente a ella. Luego observó su imagen reflejada allí, con los ojos colmados de lágrimas, pero esa vez de alegría, porque presentía que, al fin, alcanzaría la felicidad que hasta el momento le había sido negada.

Sobre la calle Del Temple al diez, había comenzado el desfile de hombres que pugnaban por entrar a El Regocijo para disfrutar de una noche de placer.

Adentro, se encontraba Máximo, que controlaba que todo estuviese en orden.

En medio del frenesí que se vivía en la barra, donde iban y venían rebosantes copas de alcohol, Santiago Lamas y tres amigos no paraban de

molestar mientras pedían más bebidas y mujeres. Violeta estaba en el centro del lugar en compañía de un viejo cliente, pero no dejaba de observar la escena. Reconocía a Santiago, porque las últimas veces que había ido la había buscado. Ella evitó volver a mirar, se hizo la distraída y continuó al lado del cliente hasta que se fue con otra mujer, que se había transformado en la compañía de turno.

No fue necesario que ella se acercara a la barra, porque lo hizo Santiago para reclamarla. Máximo estaba con una copa en la mano mientras observaba con detenimiento el raro comportamiento de Violeta frente al cliente. La expresión de ella no reflejaba ni lujuria ni ningún gesto seductor, por eso se acercó para saber qué era lo que sucedía.

—¡Pero miren quién está también acá! —exclamó Santiago mientras tomaba a Violeta por la cintura y le colocaba la mano en un muslo.

—No debería sorprenderte, soy el dueño de este lugar —replicó Máximo con sequedad.

—Por supuesto, porque no podés aspirar a nada más que estar rodeado de putas y alcohol.

—No seas imbécil, yo estoy acá por trabajo; vos, en cambio, por placer. Evitá meterte en mi vida si no querés sufrir las consecuencias.

—Vamos —dijo Santiago y volvió a tocar a Violeta.

—Un momento —intervino Máximo mientras la miraba.

Violeta lo conocía demasiado y sabía que pretendía detenerla para que no fuera con ese cliente. Nunca antes había hecho algo igual, lo que le hizo revivir la ilusión de estar con él. Ese era un anhelo que ella había albergado mucho tiempo: estaba enamorada de Máximo, aunque sabía que nunca podría ser su mujer. Él no la había elegido antes y no lo haría tampoco en ese momento; sin embargo, notó algo distinto que no lograba entender del todo. Al menos, estaba segura de que tenía que ver con Santiago.

—Uriarte, no te pondrás en el medio también con ella —dijo incrédulo.

—No es necesario —intervino Violeta y simuló una gran sonrisa—. Es un cliente, vamos —concluyó y se dio vuelta para llevárselo entre toqueteos y palabras soeces.

Máximo contempló cómo desaparecían en medio del olor sofocante a tabaco y alcohol. Por fortuna, el resto de la noche se mantuvo tranquila y pudo recluirse en la oficina luego de darle algunas instrucciones a Simón.

Aunque tuviese la intención de trabajar, su mente no podía apartarse de Santiago y de lo sucedido. Se desconoció cuando se acercó a Violeta para

tratar de impedirle que fuera con él si sabía a la perfección cuál era el oficio de ella.

Había actuado como si ignorase su propio negocio. Odiaba que Santiago estuviera cerca de sus cosas, que frecuentara el burdel y, lo más detestable, que cortejara a Béatrice. Lo desquiciaba la idea de saber que ese sujeto le había rozado siquiera alguna parte del cuerpo, aunque fuese solo con el pensamiento.

En verdad no debía buscarle más explicaciones a lo que le sucedía, porque le hervía la sangre saber que ese hombre la rondaba. Vio cómo se había comportado con ella, cómo esa mirada destilaba deseo.

Su mente divagó a través del tiempo mientras se mantuvo sentado allí dentro.

Cuando dirigió la mirada hacia la ventana, observó algunos reflejos que avizoraban el amanecer. Se dio cuenta de que no había podido centrarse en otra cosa que no fuera ella. El chasquido de la puerta que se abría lo apartó de esos pensamientos que no dejaban de rondarle en la cabeza.

—Patrón, Violeta ya quedó libre —le informó Simón.

—Bien. Decile que venga a verme.

—Lo hice, pero dice que prefiere quedarse en su cuarto para descansar.

Máximo se extrañó aún más por esa actitud, ya que Violeta nunca dejaba pasar la oportunidad de verlo en la oficina.

—Está bien, voy yo.

Ella lo hizo esperar unos minutos hasta que se cubrió con una bata de seda y abrió la puerta.

—Querido Máximo, ni mi cansancio te detiene esta noche —comentó con la mano aún en el picaporte—. Adelante. —Él se ubicó en un butacón mientras ella se sentaba en la silla frente al espejo para quitarse los restos del maquillaje que aún tenía en el rostro—. ¿A qué se debe tanto apuro? —A que hoy no te noté como siempre y quería saber si te sucede algo.

—Ya te dije que estoy un poco cansada —contestó mientras lo observaba a través del espejo—. De verdad.

El silencio y la intensidad de la mirada de Máximo la sobrecogieron.

—Me gustaría que pienses en la posibilidad de actuar como madama del lugar.

—¿En serio? —replicó con una sonrisa sarcástica—. Máximo, siempre tuviste estilo, aunque creo que esta vez te faltó. No creo que sea una forma elegante de decirme que me ves vieja y que, por eso, me sacás de circulación.

Él se estiró en el pequeño respaldo del asiento sin dejar de observarla. Violeta tenía una gran belleza que utilizaba a las mil maravillas junto a su poder de seducción. Sin embargo, y más allá de sus dotes femeninas, él cuidaba de las mujeres que trabajaban allí y por ella tenía un afecto especial. Hacía tiempo que pensaba en proponérselo y creía que había llegado el momento ideal para hacerlo.

—Si en verdad necesitás saber cuál es el motivo de este ofrecimiento, te lo voy a confesar —dijo con tono intrigante.

Sus palabras fueron lo suficientemente auspiciosas como para que ella girara en la silla y le prestara atención.

—Soy toda oídos.

—Te aprecio lo suficiente como para saber cuándo es el momento indicado para hacerte a un costado y ofrecerte una vida más tranquila.

—¡Pero mirá qué bien! ¿Creés qué llegó el momento de echarme a un lado como a un trapo viejo? —Te equivocás —dijo con una mueca en los labios—. Creo que te merecés algo mejor.

Los ojos se le nublaron de lágrimas al ver que él acababa de quitarle lo último por lo cual luchar. Desde que había ingresado allí, se había sentido subyugada por Máximo y la breve relación que habían mantenido no hizo otra cosa que enamorarla perdidamente de él. Pero Máximo había alejado esa posibilidad porque nunca prosperaría un vínculo con alguna de las mujeres del burdel.

Violeta no había sido la primera y tampoco sería la definitiva. Por ese motivo, ella se había propuesto ser la mejor de El Regocijo, para que de algún modo él la necesitase siempre. Sin embargo, en ese mismo instante, había pasado a ser prescindible.

—Te conozco y no pretendo hacerte a un lado del negocio, por el contrario, quiero que en algún momento puedas seguir tu camino. Si seguís como hasta ahora, dudo de que puedas lograrlo.

—¿Por qué ahora? —preguntó incrédula.

—Porque creo que llegó el momento, al menos para mí, de proponértelo. Vos decidís.

—Está bien —replicó resignada.

—Entonces te dejo para que descanses —dijo y se levantó para dirigirse a la puerta.

—Máximo —lo llamó antes de cerrarla—. Es por otra mujer, ¿verdad? —¿Cómo? —preguntó sorprendido.

—¿Entre el cliente que tuve esta noche y vos hay alguien más? —Esta propuesta es algo que tengo pensado desde hace mucho tiempo.

—No me contestaste. —El silencio de Máximo le dio la respuesta que buscaba—. Está bien, lo voy a pensar.

—Descansá —dijo él y cerró la puerta al salir.

Cuando escuchó el chasquido del picaporte, Violeta se lanzó en la cama y se largó a llorar por la decepción que sentía. Todo le daba vueltas en la cabeza y el hastío la fatigaba aún más. Sabía que Máximo no le había dicho toda la verdad, pero tampoco tenía por qué contarle que estaba junto a otra mujer. Entre los dos había un afecto profundo; él había obrado en nombre de ese cariño, por lo que ella se lo retribuiría al atender a ese cliente que él tanto despreciaba y averiguar qué se traía entre manos. Al menos era algo que le debía.

La residencia de Rosario Lamas estaba lista para recibir a sus amigas y compañeras de la Sociedad de Beneficencia con las que trataría los distintos temas referidos a las instituciones médicas que controlaban. La mesa resplandecía con un mantel de hilo color crema bordado en los extremos con punto cruz. El juego de té inglés se encontraba desplegado junto a las bandejas de plata con exquisiteces elaboradas por la cocinera. Mientras repasaba que todo estuviese perfecto, escuchó que llamaban a la puerta y a la empleada que recibía a las invitadas.

—Adelante, por favor, ubíquense donde lo deseen —indicó la dueña de casa con una sonrisa.

—Parece que tendremos la boca ocupada en comer y no podremos conversar —agregó Azucena Bosh al sentarse frente Ángela Montero.

—Esta vez, la empleada se ha esmerado más de la cuenta.

—Eso parece —replicó Juana Podestá.

Con un leve roce de la porcelana inglesa, se sirvió el té mientras degustaban los dulces.

—¿Qué les parece si comenzamos, así luego podremos continuar con las habladurías? —Ángela, vos siempre das el toque de sensatez a la mesa. Tenés razón, adelante —dijo la señora Lamas.

—Aún no hemos solucionado el problema del dinero asignado para los alimentos del salón comedor del Asilo de Huérfanos y del Hospital de

Mujeres Dementes.

—No puede faltar el dinero para comprar la mercadería.

—Debería haberse solucionado la cuestión con la Contaduría Nacional. Estos últimos dos meses nos han dificultado el trabajo para la compra de alimentos —dijo indignada Juana—. Son muchas bocas que alimentar.

—El abogado, el doctor Sobrado, estuvo en mi casa y me aconsejó que nos mantengamos calmas en cuanto a nuestras opiniones y decisiones, porque, por desgracia, dependemos del gobierno nacional y son sus autoridades quienes nos brindan los fondos necesarios —comentó Azucena.

—Puede ser, pero nosotras también tenemos nuestros contactos para presionar si es necesario.

—Todo sea por nuestra acción hacia el necesitado —agregó la dueña de casa con tono afectado.

—Hace un tiempo era diferente porque debíamos enfrentarnos con menos personas; eran pocos los organismos que controlaban —acotó Ángela.

—Incluso teníamos amplia decisión sobre los profesionales que ingresaban a las distintas instituciones médicas.

—Aquellos buenos tiempos, ¿verdad? —rememoró Juana con melancolía.

—No sé si es para tanto.

—Claro que lo es, Ángela. Si no, fijate qué sucede con las reformas edilicias que queremos imponer. Debemos esperar a que los ingenieros las aprueben y luego que el presupuesto pase por las distintas dependencias hasta que al fin se acepte y se ponga en marcha la obra.

—¡Cuánto tiempo perdemos nosotras, ellos y ni qué hablar las enfermas! —Bueno, no sé si es así, supongo que las dementes ni cuenta se dan.

—Tenés razón —acotó Juana al festejar los dichos de la dueña de casa.

—En fin, como sea, es el lugar que ocupamos y debemos regirnos del modo en que lo hacemos. Será un poco más de trabajo y de paciencia, pero no queda otra manera de hacerlo.

—Una vez más, Ángela tiene razón —agregó Azucena.

—No obstante, tenemos al prometido de tu hija en el Hospital de Mujeres Dementes, por si necesitamos algo —le dijo Rosario a Juana.

—Eso pensé yo también cuando ingresó, pero te aseguro que lo noto un tanto retraído.

—Querida Juana, tu hija lo debe de tener a maltraer —comentó Ángela.

—Puede ser, ojalá que así sea.

—Pero ¿por qué lo ponés en duda? —No lo hago, solo me sorprende verlo

tan abstraído de todas las cuestiones familiares. Participa muy poco de las cenas con nosotros y, cuando lo hace, no habla ni opina de los temas que tratamos.

—Juana, no te preocupes, los jóvenes suelen actuar así, ¿verdad, Rosario?
—Así es. Por momentos mi hijo se comporta del mismo modo, pero ahora parece que ha encontrado a una joven que le interesa de verdad.

—¿En serio? ¿De quién se trata? —se interesó Azucena.

—La conocen todas, es Béatrice Salcedo.

—¿Béatrice? —exclamó sorprendida Ángela.

—Pero querida, ¿qué tiene de malo la joven? —inquirió Rosario.

—Nada, por supuesto, estoy encantada con ella como maestra de Carmela. Mi hija la adora.

—¿Entonces? —No sabía que era una cuestión formal lo de tu hijo con Béatrice.

—No, Ángela, aún no lo es. Quizá me he precipitado al decirlo, pero no descarto que será así. Santiago está muy entusiasmado, y ya es momento de que siente cabeza. Mi marido, si todavía viviera, estaría feliz con esa elección.

—No me caben dudas —confirmó Juana.

—Ante esta linda noticia, ¿me servirías otro té? —pidió Azucena.

—Por supuesto.

Mientras sus amigas todavía conversaban y comían las masas que acaba de depositar la empleada en la mesa, Ángela no dejaba de repasar lo que había dicho Rosario. Le costaba creer que Béatrice estuviera entusiasmada con Santiago; los había visto juntos en el teatro y lo único que pudo sacar en limpio fue que la actitud que tenía la joven frente a él no era la misma que con Máximo Uriarte. También con él la había observado cuando llegaron juntos a su casa para la clase de francés de su hija. Había algo que no le cerraba, aunque pensó que entre jóvenes nunca se sabía a qué atenerse. Tenía que esperar y ver qué sucedía.

El leve murmullo de las invitadas mientras se retiraban de la casa llegaba a la sala donde estaba Santiago. Los saludos se prolongaron unos minutos más entre algunas reflexiones sobre el accionar de la sociedad que las unía y otras cuestiones personales. La dueña de casa cerró la puerta y se encontró con Santiago: —Hijo, no te había visto entrar.

—Evité pasar por allí porque no quería interrumpirlas.

—Querido, siempre tan cumplido con mis amistades —dijo orgullosa. Él

sonrió como solía hacerlo: sin demostrar qué era lo que en verdad pensaba al respecto—. Quería decirte que tu padre estaría orgulloso de la elección que hiciste con Béatrice. Eso mismo le comentaba a mis amistades.

—¿Te parece? —Claro que sí —contestó con una expresión de plena felicidad—. Y no te imaginás cuánto.

—No creo que, de ser así, lo habría demostrado.

—Porque no sabés cómo era en realidad.

Él la observó asombrado, ya que nunca se había sentido unido a su padre, como lo manifestaba ella.

—Hablé con Nicanor Salcedo sobre mis verdaderas intenciones.

—Me alegro, porque sos el mejor candidato que su hija podría tener.

—Por supuesto.

—A Máximo Uriarte hay que sacarlo del juego. La actitud que tuvo en el teatro la otra vez demuestra a las claras que va tras Béatrice.

—Lo sé, pero él para mí no es un escollo.

—Me alegro de que así sea —dijo aliviada.

—Podrá tener mucho dinero, pero es sucio, está vinculado a las mujercuelas y a la noche, no tiene la alcurnia ni el estilo que yo poseo. Jamás podrá salir del fango donde está metido —arremetió con desprecio.

Rosario contemplaba a su hijo y en lo que se había convertido. Ella se jactaba de la crianza que le había brindado gracias a la posición social que desde pequeña había tenido y se sentía orgullosa de eso. Quería verlo brillar de la mano de esa joven francesa y lejos, muy lejos, de Máximo.

—Debés tener más cuidado al actuar.

—¿Cómo? —preguntó sorprendido.

—Me refiero a tus negocios.

—Madre, los manejo muy bien.

Él sabía que no podía confesarle los pormenores de esos negocios, que no siempre salían como lo esperaba ni con las personas que deseaba.

—Querido, no lo digo por el tema económico, sino por las otras cuestiones con las que te gusta lidiar. Aunque quieras ocultármelo, sé de algunas debilidades que tenés.

—No creo que sea un tema que debemos tratar nosotros, pero una noche de juerga la tiene cualquier hombre que se jacte de serlo.

—Solo quería advertírtelo —dijo y le lanzó una mirada significativa.

—No es necesario que vuelvas a hacerlo.

—Está bien.

Rosario no dijo nada más y se retiró a la cocina para controlar la cena que preparaba la empleada. Él la vio irse y se levantó para servirse un fuerte coñac; lo necesitaba.

Esa tarde, Béatrice había retomado los ansiados paseos con su padre. Ambos disfrutaban recorrer la ciudad; sin embargo, no lo hacían solo para ver cómo crecía Buenos Aires, sino como un recordatorio de aquella primera vez que lo hicieron tres años atrás. Ese fue el inicio de una relación que creció y se afianzó con el tiempo.

Nicanor se acercó al cochero para indicarle que tomara hacia la zona sur de la ciudad, no para continuar con el paseo, sino porque debía entregar una documentación que le había quedado pendiente.

—Hija, debo pasar por un lugar antes de regresar a la casa.

—Te espero, entonces.

—Eso sí, no sé cuánto tardaré.

El carruaje avanzaba con un traqueteo sobre el empedrado de las calles de la ciudad. Luego de recorrer varias cuadras, Nicanor inclinó la cabeza para mostrarle algo.

—Lo que ves en aquella esquina es el Hospital de Mujeres Dementes, donde está Clarisa.

—¿Aquel? —preguntó al señalar con el dedo.

—Exacto.

—¿Podría pasar a verla? —No creo que sea conveniente: no dejan ingresar a la gente así como así. La vez que la acompañé, la empleada que me atendió no fue muy cordial.

—Podría intentarlo mientras hacés lo que tenés pendiente.

—Bueno, te acompaño —dijo y le dio la indicación al cochero para que se detuviera.

—No es necesario, veremos si yo tengo mejor suerte.

—Béatrice, no es un lugar agradable de visitar —le advirtió.

—Pero allí está Clarisa, no tiene nada de malo que quiera saber cómo está. Al fin y al cabo, es como de la familia. Vivimos juntas, ¿o no? —Tenés razón —contestó con una sonrisa—. Te espero aquí por si no te dejan entrar. Si lo lográs, las paso a buscar más tarde.

Ella no le contestó, porque con su buen ánimo habitual descendió del

carruaje para dirigirse hasta la puerta de entrada del hospital. Como le había dicho su padre, quien la atendió no tenía muy buen talante.

—¿Qué busca aquí? —preguntó Brígida con brusquedad.

—A la señorita Clarisa Carreras.

—¡Ahora ella recibe visitas! —exclamó furiosa.

—¡Brígida, te necesito! —le gritaron desde dentro.

—Debo darle algo y es importante —informó Béatrice decidida.

—Mire, no tengo tiempo. Pase rápido, haga lo que vino a hacer y váyase lo antes posible. Eso sí, no se mezcle con las enfermas —le advirtió.

Béatrice no pudo ocultar la alegría que sentía por haber entrado con tanta facilidad al hospital.

—¿Dónde puedo encontrarla? —La última vez que la vi andaba por aquel sector —le indicó son el dedo—.

Si no está allí, debe de estar en el consultorio con el doctorcito.

Béatrice evitó distraerla más tiempo y enfiló hacia el lugar que le había indicado: un amplio salón donde había varias internas; Clarisa estaba a un costado y ayudaba a una de ellas a tomar un medicamento. Ella se quedó al lado de la puerta y esperó a que la viese, no tenía la intención de entrar y entorpecer su trabajo. No bien Clarisa la vio, casi tira el vaso que tenía en la mano de la sorpresa. Luego volvió a hablarle a la enferma y salió para saber qué sucedía.

—Béatrice, ¿qué hacés aquí? —preguntó preocupada.

—Andaba por acá con mi padre y creí que sería una buena idea verte.

Después él pasa a buscarnos para ir a casa.

—Me encanta que hayas venido, no sé cómo te las ingeniaste para entrar.

—No fue tan difícil. Brígida andaba con mucho trabajo —comentó con una sonrisa.

—Esa mujer no me quiere.

—Me nombró a tu *docteur*.

—No digas eso, no es mío —susurró—. Acá las paredes escuchan.

Ambos se rieron ante esa humorada y caminaron por el pasillo.

—Es mejor que vayamos hasta el consultorio.

—Te noto muy familiarizada con el lugar.

—Así es. Creo que si no aprendés a encariñarte con todo esto, no podés estar aquí y atender a las pacientes. Es al final de este pasillo —indicó.

—Allá de donde sale esa enferma, ¿es otra sala como en la que estuviste recién? —preguntó Béatrice con curiosidad.

—No, en aquella sala por lo general no hay muchas internas, solo las que se dedican a la costura. Fijate.

Béatrice se asomó y observó a algunas mujeres que cosían prendas en una aparente armonía y bajo un silencio y una concentración que la sorprendieron.

—No parecen enfermas —susurró.

—No todas están acá dentro a los gritos histéricos ni padecen la misma enfermedad.

Mientras la escuchaba, Béatrice se distrajo con una paciente que no dejaba de observarla.

—¿Creés que molesto al estar aquí? Quizás se sienten observadas —dijo sin dejar de mirar a una de las pacientes.

—No lo creo, muchas ni se dan cuenta de tu presencia.

—Pero ella... —Sí, ella parece especial, ¿verdad? Ambas se referían a Teresa, que había dejado a un lado la costura y le dirigió una mirada distinta. Luego le sonrió, en lo que parecía una sonrisa sincera.

—Si te dijera que lo es, ¿me creerías? —Claro que sí. —Hizo una pausa mientras miraba con detenimiento a Teresa —. Me sorprende el modo en que te mira —comentó Clarisa.

—¿Por qué? —No lo sé, es diferente a la manera en que lo hace conmigo.

—Vamos, entonces, no quiero perturbar a nadie.

—Quedate tranquila, no creo que lo hagas, pero debemos ir al consultorio, no quiero que el doctor se moleste si nos ve de recorrida.

—Vamos a buscar a tu doctorcito —dijo con voz socarrona que imitaba a Brígida.

Clarisa lanzó una carcajada al escucharla pronunciar esa palabra, porque había algo en la dicción de Béatrice que no le permitía decirlo con corrección.

—Prefiero que lo digas en tu idioma.

Ambas se retiraron de allí para ir hacia el consultorio mientras Teresa la siguió con la mirada hasta que desaparecieron por el pasillo. Cuando llegaron, el doctor Heredia levantó la vista de sus notas para saludarlas.

—No pude avisarle antes que Béatrice andaba por acá —se disculpó Clarisa.

—No se preocupe, ya lo hizo Brígida —dijo con una sonrisa cómplice.

—Ah... —Béatrice —dijo al levantarse para saludarla—, es un placer que esté por aquí. Siéntense. Esto no es muy grande, pero es lo único que tenemos.

—Muchas gracias.

—Eso sí, no creo que sea el mejor lugar para venir de visita, salvo que

ande interesada en colaborar.

—Mejor se lo dejo a Clarisa, que lo hace con una gran vocación —dijo admirada por el trabajo que realizaba su amiga.

—Eso no lo puedo discutir —convino él.

Béatrice observó la mirada que le lanzó a Clarisa y notó que allí había una mezcla de admiración, orgullo y algo más profundo y significativo que, al parecer, ninguno de los dos aún podía ver. Ambos se habían sumido en un silencio abrumador.

—Debe de haber mucho trabajo aquí con tantas internas, ¿verdad? —preguntó para retomar la conversación.

—Yo diría que demasiado —contestó el doctor una vez que salió del estado de abstracción que mantenía frente a los ojos de Clarisa.

—No quiero distraerlos de su trabajo.

—No hay problema.

—Aún no me dijiste cómo convenciste a tu padre de venir acá —intervino Clarisa.

—Papá me trajo porque debía cumplir con unos compromisos aquí cerca.

—No se preocupen. Si quieren, yo después las llevo.

—Gracias, pero él quedó en pasar a buscarnos en un rato.

El doctor Heredia evitó traslucir la desilusión que sintió al escuchar que esa vez no podría acompañar a Clarisa hasta la casa. El poco tiempo que compartían en el hospital ya no le resultaba suficiente y poco a poco aumentaban sus deseos de estar cerca de ella.

—Clarisa, quizás ella desee tomar un té —dijo él.

—No, gracias, no quiero que se molesten. Ustedes tienen mucho trabajo y yo estoy de más —agregó en el sentido más amplio de la expresión. Entre el doctor y su amiga, los terceros sobraban.

—Igual podemos hacer un descanso, ¿verdad? —propuso.

—Como desee.

Mucho más no pudieron conversar, ya que un rato más tarde Nicanor pasó a buscarlas.

El trayecto hasta la casa lo hicieron en silencio, cada uno ensimismado en sus pensamientos, pero Béatrice ya se preparaba para tener una larga charla con su amiga, donde el tema del *docteur* sería excluyente.

CAPÍTULO 10

Todo desaparece cuando me mira

La lluvia desatada el día anterior había dejado su huella en innumerables charcos de agua que salpicaban a los transeúntes a medida que las ruedas de los carruajes avanzaban por las calles de la ciudad. A bordo de uno de ellos viajaba Santiago Lamas, no para iniciar el día, sino porque recién terminaba el festejo de la noche anterior. La partida de póquer se había extendido hasta la medianoche; y el intento por recuperar todo lo que había perdido, hasta el amanecer.

La húmeda brisa que le entraba por el cristal de la ventana le refrescaba la mente embotada, aunque en medio de lo mal que le había ido pudo obtener cierta información que lo regodeaba. Lo que necesitaba era un poco de café para estar más espabilado. Antes de ir a su casa, prefirió pasar por una confitería para tomarse uno. Le pidió al cochero que se detuviera en la esquina del Departamento de Policía, donde había una frente al edificio municipal. Pensó que tal vez tendría suerte y se encontraría con Tolosa.

El carruaje se detuvo y se quedó a unos pasos de donde él se dirigía. Santiago se arregló la ropa para no delatar que no había dormido y se ubicó en una mesa al lado de una gran ventana que daba al exterior. Mientras la gente recién levantada deambulaba por las calles y trataba de evitar los charcos de agua, el tranvía atravesaba las calles al tiempo que sonaba la corneta para anunciar la próxima parada.

Con la segunda taza de café, logró reanimarse y modificar un poco su desaliñada imagen. Cuando levantó la vista, vio que Tolosa ingresaba a la confitería. Definitivamente, ese era el lugar para encontrarse con alguien perteneciente a la policía.

—¡Tolosa! —clamó mientras levantaba la mano para saludarlo.

—Santiago Lamas, qué sorpresa verlo por aquí.

—Me imagino que me va acompañar. ¿Ya desayunó? —Unos mates antes de salir de mi casa.

—Siéntese, hombre —dijo mientras le señalaba la silla frente a él.

—Está bien. —Cuando terminó de acomodarse, preguntó—: ¿Y usted cómo anda? —Cómo verá, no tengo buena cara. Ayer he salido con algunos amigos y me he levantado temprano para cumplir con varios compromisos comerciales que tengo. No he descansado bien.

—Se lo nota fatigado.

—Nada que un buen café no pueda quitar.

—Tiene razón —dijo y llamó al mozo, al que conocía desde hacía tanto, para hacerle el pedido.

—Dígame, ¿anda con mucho trabajo? —Para variar, nada ha cambiado. Los borrachos no dejan de pelearse entre sí y, en algunas oportunidades, hasta llegan a matarse. Además, las prostitutas que deambulan por las calles junto a algunas locas no hacen otra cosa que provocar desmanes que la fuerza debe calmar. —Hizo una pausa y le agradeció al mozo cuando ubicó el pocillo de café en la mesa. Luego continuó—: Le decía que varias de ellas terminan en el calabozo y ocupan los espacios destinados a los otros reos que no dejan de entrar al Departamento de Policía por distintos delitos.

—Me imagino, nada más desagradable que una mujerzuela loca y perdida.

—Ni quiero contarle —comentó entre risas.

—Tolosa, ya que habla de putas, habrá visto el nuevo burdel El Sosiego, que abrió en la zona sur.

—Sí —dijo con fastidio—. Aún no estuve allí, pero parece que está hecho a todo lujo.

—Así es, estuve allí la otra noche. Supongo que ustedes deben de controlar que cumpla con todas las reglamentaciones.

—Por supuesto, ¿por qué me lo dice? —Para que ande con cuidado, porque creo que allí dentro se cocina algo raro.

Si no, ¿cuál sería el motivo para esconder que Máximo Uriarte es el dueño? —¿Cómo dice? —preguntó sorprendido.

—Lo que escuchó. Parece que quiere mantenerlo en secreto, pero unas cuantas copas de alcohol hacen hablar hasta al más fiel trabajador.

—¿Cómo no se me ocurrió pensarlo antes! —se quejó.

—No se culpe por eso. Lo importante es saber por qué Uriarte quiere ocultarlo.

—Es un hijo de puta; lo tengo entre ceja y ceja. Aún no he podido acorralarlo, pero es solo una cuestión de tiempo para que lo haga.

—Tolosa, usted sabe que, si puedo colaborar con usted, lo haré.

—Claro que sí, como su madre, que intercede muchas veces para ubicar a

las mujercuelas que tenemos presas.

—Ella, junto al resto de las colaboradoras, hacen una tarea encomiable con las instituciones que administran.

—Ni más ni menos —completó mientras levantaba la mano para que se acercara el cabo López, que acababa de entrar al lugar—. ¿Qué pasa? —Lo necesitamos, hay algo que debe solucionarse.

—Cómo verá, mi amigo Lamas, no tengo paz.

—Yo también debo irme, no se preocupe —dijo al apoyar la mano sobre la del policía—. Esta vez invito yo.

—Muchas gracias. Y ya sabe que cualquier cosa que necesite, aquí nos tiene para servirlo.

—Gracias, Tolosa.

Santiago se quedó allí mientras veía cómo el jefe de policía cruzaba la calle junto al cabo. Luego salió de la confitería con la tranquilidad y la certeza de la tarea cumplida.

El lodazal que había dejado la tormenta menguaba a medida que transcurrían las horas. En medio de esa tarde gris, Béatrice había acudido a la casa de la familia Montero para darle la clase a Carmela.

—Béatrice, qué alegría verte.

—Gracias, señora Montero. ¿Cómo anda mi alumna? —Precisamente de eso quería hablarte. Una compañerita del colegio la invitó hoy a su casa y la clase deberá terminar antes.

—Por supuesto, no debe desaprovechar esa oportunidad.

—Por eso acepté llevarla; sabés que no es muy común que la inviten.

—Lo sé. Estoy segura, sin embargo, de que poco a poco logrará la seguridad que le falta y perderá el miedo a lo que digan los demás. A veces, la crueldad se empecina con los más pequeños.

—Quiero agradecerte una vez más lo que hacés por Carmela. Ella te adora.

—Muchas gracias, es mutuo.

La señora Montero la tomó del brazo y la detuvo antes de que entrara a la sala.

—Béatrice —dijo en tono confidente—, porque te aprecio quería saber lo de tu compromiso con el joven Lamas.

—¿Cómo? ¿De qué habla? —dijo por completo sorprendida.

—Disculpá, quizás entendí mal cuando mi amiga manifestó las intenciones de su hijo para con vos.

El color pálido de la tez de Béatrice se intensificó más hasta quedar casi translúcida.

—Él estuvo de visita y habló con mi padre; tal vez se refiere a esa conversación.

—No busco entrometerme, solo quería asegurarme de que estabas al tanto de lo que sucede.

—Muchas gracias, señora Montero —dijo al entrelazarle las manos.

—Estoy muy agradecida con vos y quiero que sepas que podés hablar conmigo cuando lo desees.

—¡Béatrice, pensé que no vendrías! —exclamó Carmela al asomarse por la puerta.

—Yo la retrasé; adelante. —Le señaló el camino a Béatrice para que al fin comenzara la clase.

— *Comment vas-tu aujourd'hui?* — *Je suis très heureux.* Béatrice le brindó una grata sonrisa al verla tan contenta. Creía que al fin había llegado el momento en que comenzaría a disfrutar de estar y jugar con otras amiguitas, como debería haberlo hecho desde hacía tiempo.

La clase se esfumó con rapidez, no solo porque había sido más breve, sino porque el rendimiento de Carmela había sido increíble. Era sorprendente cómo con buen ánimo todo era diferente.

—Espero que disfrutes mucho esta tarde —le deseó antes de que se fuera.

—Gracias, Béatrice —murmuró mientras se inclinaba hacia adelante para hablar sin que otros la escuchasen—. Estuvo de visita el señor Uriarte, amigo de mi papá, y dijo que eras excepcional.

—¿En serio? —preguntó sorprendida.

—Me parece que le gustás —comentó con sonrisa pícara.

Béatrice le dio un beso en la nariz y se rio con ella, aunque en verdad el corazón le rebosaba de felicidad ante ese simple comentario.

—Gracias. Nos vemos la próxima.

Luego de despedirse también de la señora Montero, Béatrice salió a la calle para emprender el camino hacia su casa. Cuando estaba por llegar, observó un carruaje detenido frente a la puerta y vio que descendía Santiago Lamas. No deseaba cruzarse con él, sobre todo después de lo que le había dicho la señora Montero. Como aún tenía suficiente tiempo antes de la hora de

regreso, decidió que por primera vez seguiría su impulso y enfiló hacia la calle Del Temple.

Cuando llegó al lugar, vio el cartel con letras doradas que anunciaba El Regocijo. Llamó a la puerta y esperó allí hasta que le abrieran. El empleado que la hizo entrar no pudo disimular la cara de sorpresa cuando vio el aspecto que llevaba, pero ella aún no entendía qué tenía de especial. Pidió por Máximo mientras ingresaba al salón, donde pudo ver la decoración recargada de color dorado y bordó, lo que le hizo acordar a ciertos espectáculos que sabía se ofrecían en París. Sin embargo, lo que le llamó la atención fue ver aparecer a dos mujeres ligeras de ropa. Al verla, ambas se detuvieron y solo una se adelantó para saludarla.

—Es la primera vez que venís, ¿verdad? —Sí. Vengo a buscar a Máximo Uriarte.

—Como todas —agregó la otra, que se había quedado rezagada a pocos pasos de Béatrice.

—Bienvenida, me llamo Violeta. ¿Buscás trabajo? La cara de asombro de la joven le produjo una sonrisa. De pronto, escuchó unos pasos que descendían por la escalera.

—¡Béatrice! ¿Qué hacés acá? Con solo ver los ojos de Máximo mientras se acercaba a la recién llegada, Violeta al fin pudo comprobar quién era la joven que lo tenía a maltraer. Nunca antes lo había visto tan fascinado como cuando la vio. Ella, al verlo, se sonrojó.

—Gracias —le dijo Máximo a sus empleadas y tomó a Béatrice de la mano.

Luego la sujetó por la cintura y la llevó hacia la oficina.

—Parece que el patrón va a estar ocupado —comentó la otra mujer con ironía.

—Puede ser, aunque me cuesta imaginármelo con alguien como ella —acotó Violeta—. No pertenece a este mundo y en algún momento alguno de los dos se cansará.

—Si yo estuviera en el lugar de ella, te aseguro que haría un pequeño sacrificio.

—¡Quién no! —replicó y largó una carcajada—. Vamos a prepararnos.

Cuando Máximo y Béatrice entraron a la oficina, él cerró la puerta, se dio vuelta y la arrinconó contra la pared.

—¿Cómo viniste hasta aquí? —susurró con un gesto que ella no pudo descifrar.

El rostro de Béatrice se llenó de vergüenza, pues era la primera vez que hacía alguna demostración por él y, por la cara que tenía, parecía que no le había gustado.

—Perdón, quizá me equivoqué —se excusó e intentó zafar de sus brazos—.

Me voy.

—No te vas a ningún lado —digo y la sujetó de la cintura para estrechar aún más la distancia entre ambos—. No dije que no me gustara que vinieras, quise decir que este no es un lugar adecuado para vos.

—Pero es donde trabajás. Y por lo que pude ver, es entre mujeres con poca ropa.

Él esbozó una sonrisa que le nacía solo cuando estaba con ella. Para Béatrice, era imposible no sentirse por completo cautivada y atrapada en su encanto.

—Sí, así se muestran para atraer clientes, pero para mí hay una sola mujer que me hace sentir que nada existe a mi alrededor y con la cual deseo estar siempre.

Los ojos grises de Béatrice se le nublaron de lágrimas ante semejante declaración. Mientras, él le deslizaba el pulgar por el contorno de la boca.

—Este no es un lugar en el que quiero que estés. Tenés que alejarte de aquí, vos no pertenecés a todo esto, deseo cuidarte. Pero ahora que te tengo cerca, me gustaría saludarte como corresponde.

Él vio cómo inclinaba el rostro, entreabría los sensuales labios y entornaba los ojos para dejarlo que la besarla. El mero roce de sus labios lo colmó de deseo por tenerla, sentirla y hacerla suya, ese anhelo irrefrenable que lo poseyó desde la primera vez que la había visto. Sin dudas, la espera había alimentado esa pasión.

En medio de esa ansia compartida por fundirse uno en el otro, las lenguas se les enredaron en un combate por sentirse, saborearse y demostrarse que se rendían ante el deseo del otro. La entrega e inocencia de Béatrice en aquel beso lo enloqueció aún más. Sus finas manos le rodearon la cintura mientras él le acariciaba la espalda y le deslizaba los dedos a través de la interminable hilera de botones que cerraba el vestido. Continuó hacia delante mientras la estrechaba más por la cintura y le acarició los pechos a través de la tela, se los pellizó y pudo sentir lo encendida que estaba. Él se dejó llevar e introdujo un dedo por el recatado escote coronado por una fina puntilla y, de a poco, le desprendió los primeros botones hasta que le quedaron al descubierto

los pechos, rozados y turgentes. Los ahogados gemidos de Béatrice lo arrollaron en una bruma de delirio, entonces descendió por el níveo cuello mientras dejaba una serie de besos que le robaba más y más suspiros hasta que llegó a los pechos; se los saboreó mientras ella aferraba los dedos en el cabello de Máximo y lo empujaba hacia ella. El dulce sabor de la muchacha lo enloquecía de manera insoportable.

—Béatrice, te deseo tanto —dijo en un ahogo ante la tumultuosa reacción que ella le provocaba. Nunca antes había sentido eso por alguien; ella lo descolocaba, lo embriagaba de una pasión que nunca antes había logrado otra mujer.

Máximo no podía creer que estuviera dentro de la oficina del burdel, un lugar que jamás habría imaginado para ella, pues merecía algo mejor. Entonces decidió no continuar. Volvió a besarle el cuello y la boca y la ayudó a acomodarse la pechera del vestido; en el trayecto, rozó con los dedos el ángel que le había regalado, exultante de que lo llevara puesto.

Las mejillas sonrojadas, los labios enrojecidos y el alterado compás de la respiración del pecho indicaban que Béatrice había vibrado con cada caricia y con cada beso que le había dado. La estrechó en un vehemente abrazo bajo la certeza de que no se le escaparía nunca. Ella lo era todo para él; sentía que al fin había encontrado la luz en medio de la oscuridad que lo había envuelto por tanto tiempo. Quería y necesitaba dejar atrás no solo un atribulado pasado, sino también un aciago presente. Ella era su futuro y se aferraría como nunca antes lo había hecho con alguien. Le apoyó el mentón sobre la coronilla mientras con las manos le acariciaba el cabello.

—Béatrice, qué voy a hacer con vos —resopló y la estrujó un poco más. Pudo sentir sobre el pecho cómo ella dibujaba una sonrisa con la boca—. No te rías, es serio.

Por un momento se quedaron así, abrazados con fuerza, mientras sus miradas hablaban sobre todo lo que sentían y todavía ninguno se animaba a decir.

Susurraban en silencio los sentimientos que, cada vez con más certeza, se les anclaban en el corazón de ambos. Él le hundió la mano en el cabello y la tomó de la nuca, la atrajo hacia su boca y le dio un largo beso lleno de promesas y deseo.

—Quiero que sepas que me cambiaste el día.

—Gracias —contestó ella y bajó la cabeza con timidez.

Máximo se maravillaba de la inocencia que ella demostraba en algunos

momentos. Esa candidez que la rodeaba, junto a la pasión que sabía llevaba dentro, la hacían una mujer inigualable.

—Quiero que me mires —dijo y la tomó del mentón para que levantara la vista—. Esto es lo que me provocás.

Él la tomó de la mano y la condujo hasta uno de los sillones que había allí.

—¿Querés tomar algo? ¿Un té, un café? —Ella estalló en una carcajada que él adoró—. ¿Puedo saber qué te ha causado tanta gracia? —Que me hayas ofrecido té o café. No creo que sea un lugar donde haya ese tipo de bebidas.

—No creas que tomo alcohol todo el tiempo; quizás, a veces, lo intercalo con alguna otra infusión. Vos sos testigo del té que hemos compartido —dijo entre risas.

—Así es, y con unas ricas masas. Pero no puedo, no me queda tiempo para quedarme aquí.

—No te preocupes, voy a llevarte a tu casa.

—¡No! —exclamó.

Él se inclinó hacia adelante y le tomó las manos. Luego se las llevó hasta los labios para besárselas.

—¿Qué sucede? —preguntó intrigado.

—No creo que sea el momento apropiado, hay invitados en mi casa, o al menos es lo que vi cuando alcancé la esquina antes de decidirme a venir aquí.

—Me encanta que hayas venido hasta acá, pero ¿quién estaba en tu casa? —Vi un carruaje detenido en la acera y a Santiago Lamas que bajaba.

Con solo nombrarlo, ella percibió la tensión que le provocaba a él ese nombre. Le estrechó las manos con ahínco y ternura.

—Debo hablar con tu padre. No quiero que ese sujeto te ronde. No lo soporto.

—Hay algo más —dijo ella, un poco indecisa.

Ella vio cómo Máximo hacía lo imposible por disimular todo lo que le ocurría dentro cada vez que le mencionaba a ese hombre.

—¿Qué sucede? —Mi padre me comentó algo respecto de Lamas y de sus buenas intenciones.

Hablaron de eso días atrás.

—No te preocupes, yo me voy a encargar —dijo con la furia contenida.

—La señora Montero también me habló de eso hoy cuando fui a darle la clase a Carmela, por eso me preocupé. Ella insistió con eso; lo hizo porque me aprecia, no porque se haga eco de ese rumor.

—No tenés que preocuparte por nada, yo voy a solucionarlo.

—A veces tengo miedo.

—¿En serio? —Se acercó y le tomó el rostro con ambas manos—. Nada va a suceder, te lo prometo.

Al escuchar esas palabras cargadas de seguridad y confianza, Béatrice sintió que la tensión y la angustia que la habían rodeado se disipaban. Tenía que confiar, ya que solo él podría arreglar todo ese entuerto. Él selló la promesa con su un beso tierno, dulce y delicado.

—Entonces dejaremos que pase esta noche y mañana iré a hablar con él. Lo único que quiero es que me mantengas informado a través de tu empleada de todo lo que pase. Ella anda en buen trato con mi cochero, así que no será un problema. A cualquier hora que me necesites, ahí estaré. ¿Me lo prometés? — Te lo prometo.

Fue ella quien le dio un beso para rubricar la promesa.

—Voy a llevarte, pero cuidaré que no nos vean, no deseo que tu padre te dé un problema.

—Algo más —dijo ella al detenerse frente a la puerta—. Sabe que nos hemos visto en el teatro, Lamas se lo contó.

—No me sorprende, es un cobarde. Vamos —expresó con decisión y la condujo hacia la puerta.

Mientras descendían por la escalera, él la sostuvo de la mano para evitar que alguien siquiera posara una mirada en ella, en su ángel.

Durante el corto viaje en el carruaje, los dos se acariciaron en silencio para prolongar una despedida que ninguno de los deseaba, ya que no sabían cuándo se verían de nuevo, aunque sí tenían la certeza de que estarían juntos más allá de lo que sucediera.

Cuando llegaron a la esquina de la casa, el carruaje se detuvo y se dieron un beso breve pero intenso. Él se quedó a la espera de que ella entrara en la casa, con la tranquilidad de que Santiago Lamas se había ido, pues el carruaje ya no estaba.

Béatrice entró sumida en un torbellino de pensamientos. Le pareció que había pasado una eternidad desde que había estado en el burdel; los minutos en compañía de Máximo la habían sumido en una maraña embriagadora de sensaciones que aún le persistían en todo el cuerpo. Todavía sentía esos dedos que se le deslizaban por el cuerpo, que la acariciaban y que le decían que la deseaba.

—Al fin, ¿dónde ha estado? —preguntó preocupada Bernarda mientras la tomaba del brazo para que entrase de inmediato.

—Estuve en la casa de la familia Montero.

Los ojos de la empleada la escrutaron y, de un modo casi irrefutable, supo que no venía de ese lugar. Solo la presencia de un hombre que cautivara a una mujer podía producir ese brillo especial en los ojos y esa felicidad que aplastaba cualquier otro sentimiento.

—Estuvo el señor Lamas. Tiene suerte de que su padre no esté, porque su aspecto dice que ha estado con alguien que él odia. No me lo niegue, yo no voy a hablar, pero por favor cuídese.

—Gracias, Bernarda, porque voy a recurrir a vos para volver a vernos.

—¡Ay, Diosito! —exclamó mientras se persignaba—. ¡Por favor, protegenos! Ahora vaya a su cuarto, su padre debe de estar por llegar en cualquier momento.

Yo estaré en la cocina.

—Gracias.

Béatrice se fue eufórica a la habitación, se tiró en la cama y se sumió en el recuerdo de los momentos vividos con Máximo.

Clarisa acababa de llegar al Hospital de Mujeres Dementes. Esperaba que fuese una jornada tranquila, aunque, cuando traspasó la entrada, supo que Brígida no estaba de humor, al menos con ella.

—¿Hoy piensa recibir visitas? —dijo con sorna.

—Brígida, no se confunda. Aquí vengo a trabajar y a colaborar también con usted.

La mujer no le contestó, pero la expresión que tenía en el rostro mostraba a las claras su disconformidad y mal talante. Clarisa entendía que allí dentro se debía lidiar con la locura ajena y muchas veces con los propios demonios, por lo que comprendía que no era fácil para Brígida estar allí, rodeada de las pacientes durante tantos años. Eso podía modificarle el comportamiento a cualquiera.

La dejó allí con cara de pocos amigos y se dirigió hacia el consultorio.

Cuando llegó, se quitó el abrigo y, al no ver al doctor Heredia, supuso que había comenzado la recorrida. Se dispuso a hacer lo mismo para ver si necesitaba algo con alguna paciente, por lo que fue hacia el salón. Allí todo parecía estar en orden, pero él no estaba. Luego atravesó el pasillo hasta alcanzar el taller de costura. Desde la puerta, observó a un hombre sentado en

una de las destartaladas sillas, tenía hombros anchos y musculosos, estaba vestido con un saco negro y le tomaba las manos a Teresa. Le hablaba con tanta ternura que era imposible no abstraerse con esa imagen. Ella parecía entender quién era él y lo que le decía, pero el gran impacto que sufrió Clarisa no fue ver esa escena de cariño en medio de tanta locura, sino darse cuenta, cuando él se colocó de perfil, de que ese hombre era Máximo Uriarte.

Su mente no dejaba de preguntarse qué hacía allí dentro, cuál era el vínculo que lo unía a Teresa. A todas luces se notaba que era un sentimiento profundo el que se profesaban, por lo que comenzó a atar los cabos sueltos y a recordar las notas del doctor. Esa paciente estaba catalogada con dos iniciales: T y U, Teresa Uriarte. Se conmocionó al pensar qué diría Béatrice cuando se lo contara, pero, en ese momento, recordó las palabras del doctor respecto a la medida y discreción que había que tener para con las pacientes y de lo que sucedía dentro.

Clarisa no tuvo tiempo de continuar con todas las elucubraciones porque unas manos le rozaron la cintura y el cálido aliento de una voz le dijo en el oído: —Es mejor que los dejemos para que madre e hijo tengan un tiempo de intimidad.

Ella no podía salir de la sorpresa por lo que había descubierto, aunque, en ese instante, en lo único que podía pensar era en la cautivadora sensación de tener tan cerca al doctor Heredia.

—Vamos al consultorio, allí podremos hablar tranquilos.

Ella se dio vuelta y se topó con su rostro, que estaba a pocos centímetros. Aún le mantenía las manos sobre la cintura y una hipnótica sensación los envolvió.

Ninguno recordó que estaban en un hospital ni que las enfermas deambulaban por allí ni que algunas de ellas podrían necesitar asistencia. Ese instante, en medio de todo aquello, le pertenecía a los dos. Él no pudo resistirse, la envolvió con los brazos y le acercó la boca al oído para susurrarle: —Aunque no sea el lugar adecuado, hace mucho tiempo que deseo esto.

Clarisa no salía del asombro luego de escuchar esas palabras. Una gran emoción le invadió el cuerpo, y las piernas le habrían tambaleado si no hubiera sido por esos brazos que aún la sostenían.

Él se apartó sin dejar de mirarla, se colocó los pequeños anteojos que le colgaban de la solapa de uno de los bolsillos y le brindó una sonrisa que logró cautivarla aún más, si eso era posible.

Así, empezaron a caminar hacia el consultorio, pero, en el camino, una interna comenzó a gritar y ambos fueron a auxiliarla. Debió acudir otra empleada para poder administrarle el calmante. El resto de las internas miraban sin alterarse demasiado; para ellas, esa era la vida que llevaban todos los días.

Con ese incidente había comenzado el día de trabajo en el hospital. Clarisa debió dejar a un lado cualquier otro sentimiento que podía rondarle, aunque tenía la mente como un torbellino de emociones; y su corazón, como una sinfonía de sentimientos que clamaban lo enamorada que estaba del doctor Justo Heredia.

Dentro del taller de costura, Máximo continuaba con su madre al tiempo que trataba de mantener la cercanía que supo tener cuando todo en su casa parecía normal.

—Veo que has aprovechado el regalo que te he hecho —dijo con satisfacción al observar el despliegue de telas que tenía en la mesa de trabajo junto a los carretes de hilos de distintos colores. Varias agujas estaban pinchadas sobre los géneros.

—Sí, siempre me has traído telas hermosas para que yo pueda trabajar.

—Así es, pero estas son especiales porque las traje de otro lugar.

—De París, ¿no? Máximo, al ver que ella recordaba algo de lo que en algún momento le había dicho, se sintió embargado de una gran emoción. Poder hablar y creer que ambos llevaban una conversación coherente lo llenaba de alegría.

—Así es. Dicen que los franceses tienen los mejores encajes.

—Comencé hace poco a trabajar con uno de los que me trajiste. Ese — dijo al señalar con el dedo índice uno de los cortes que estaban sobre la mesa —, el de color marfil.

—Me alegro.

—Hago algo hermoso para un ángel.

Máximo se quedó impactado por las palabras de su madre, pero supo que ella desvariaba y que las pocas líneas coherentes que creía haber tenido en la conversación se esfumaban con ese último comentario.

—Estoy seguro de que se pondrá contenta de que le hagas esto.

—Eso espero —contestó con una sonrisa sincera que Máximo no pudo interpretar.

—Mamá, regresaré otro día.

—Me gusta que me visites.

—Y a mí hacerlo.

Él se levantó de la silla, le dio un beso en la frente y la miró por última vez antes de alcanzar la puerta de salida.

—Hasta pronto, Máximo —lo saludó con una mirada cargada de ternura.

Se detuvo bajo el dintel de la puerta con una lánguida sonrisa en el rostro.

Saber que lo había reconocido al menos por unos breves minutos y que recordaba que era su hijo lo colmó de satisfacción, más allá de entender que mucho de lo que le había dicho se debía a esa enfermedad que él nunca lograría asimilar.

El resto del día en el hospital fue agitado. Clarisa no se había detenido ni por un segundo, iba de un lado a otro para colaborar en todo lo que fuera necesario.

Además, el doctor Heredia había mantenido dos reuniones fuera del establecimiento que lo habían abstraído del trato directo con las pacientes, aunque ella tenía las instrucciones médicas precisas para actuar en cada caso.

Ese día en particular estaba agotada por todo lo que había hecho y parecía que otras personas lo habían notado, porque una de las empleadas le dijo que descansara un poco y que apenas pudiera le llevaría algo caliente. Clarisa se negó, pero, ante la insistencia y al ver que todo estaba en orden, fue hacia el consultorio. Se recostó en la silla, inclinó la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados y sintió cómo los músculos se le relajaban. De inmediato, se retrotrajo al momento vivido con el doctor Heredia y una mueca de satisfacción le asomó en el rostro.

Inspiró profundamente y trató de relajarse mientras extendía las piernas debajo de la amplia falda hasta rozar con los zapatos el pie del escritorio. En medio de esa sensación de tranquilidad, una sombra sobre el rostro la alertó de que no estaba sola. Se encogió de inmediato, se sentó y abrió los ojos. Allí estaba él, que la observaba con detenimiento.

—Perdón, no debería haberme sentado así.

—Para mí ha sido un placer verla —dijo mientras mantenía los brazos cruzados sobre el pecho.

Ahí estaba otra vez, con las miradas furtivas y las frases lanzadas como al azar y que no dejaban de alentar los sentimientos que tenía por él.

—Doctor —anunció una empleada al entrar al consultorio—, no sabía que había regresado. Le traje esto a Clarisa, la noté muy cansada.

—Déjelo aquí —dijo al señalar la mesa—. Por mí no se preocupe, ya he tomado algo afuera.

—Gracias, doctor. Me retiro.

Él se sentó detrás del escritorio y miró cómo ella revolvía la infusión con la cucharita y daba el primer sorbo con ansias.

—Por lo que veo, desde que me fui, han estado con mucho trabajo.

—Sí, pero nada que no pudiera solucionarse —dijo al sorber una vez más y observar que él apoyaba el mentón sobre las manos entrelazadas.

—Porque tengo gente competente a mi lado —replicó y le clavó la mirada.

Clarisa bajó la cabeza y volvió a sorber de la taza. El calor que se le expandía por todo el cuerpo no se debía a la temperatura de la bebida, sino a la presencia del doctor Heredia.

—Clarisa, aún no hemos terminado la jornada.

—No se preocupe, luego de este descanso seguiré con el resto de las obligaciones que haya.

—No lo digo por eso.

—¿Entonces? —Podemos dar por terminada la jornada e irnos.

—¿Nosotros? —dijo sorprendida.

—Exacto, creo que nos lo merecemos. Quiero acompañarla a su casa. La última vez que quise hacerlo, el padre de Béatrice se me adelantó.

Clarisa se quedó inmóvil ante aquella propuesta; no salía de su asombro. Al menos él conservaba el temple y, sin dejar de mirarla, se levantó y le dio la mano para ayudarla a levantarse. El breve roce de los dedos con los de él le produjo un escalofrío que le recorrió todo el brazo. Le mantuvo la mano tomada hasta que alcanzó del perchero el abrigo de Clarisa y se lo colocó, en medio de un silencio que hablaba de un profundo deseo por decirse lo que no debían. Luego la soltó y caminaron a través del pasillo sin mirar a los costados para evitar así que alguien los llamara. No bien alcanzaron la puerta de salida, Brígida se les abalanzó para preguntar: —Doctor, ¿ya se retira? —Así es, y me voy con la señorita Clarisa. Ya dejé todo arreglado, así que no creo que me necesite. Nos vemos mañana —sentenció sin dejar lugar a nuevas preguntas.

Brígida se quedó allí y observó a la reciente incorporación del hospital, que se iba con el doctor. Entonces entendió cuál era el motivo por el cual esa joven que no pertenecía a ese mundo estaba ahí.

Él, ajeno a las elucubraciones de Brígida, sintió la necesidad de salir del hospital para dejar atrás la locura con la que lidiaba a diario, para al fin poder disfrutar de la única persona que le pudo transformar los días allí dentro.

CAPÍTULO 11

Ojalá bastara con palabras

La noche caía sin tregua sobre la ciudad mientras la luna comenzaba a reflejar destellos plateados. A esa hora, gran parte de los habitantes regresaba a sus hogares luego de una extensa jornada de trabajo. No era el caso de Santiago, que acababa de salir de su casa en busca de dos amigos para comenzar la diversión.

A bordo del carruaje, entre risas y el denso humo de un cigarro que enrarecía el pequeño habitáculo, llegaron a destino. Luego de traspasar la puerta de El Regocijo, fueron hacia el bar para beber algunas copas de alcohol. Mientras Santiago se divertía con sus compañeros de juerga escudriñaba a Violeta, que se encontraba entre las mujerzuelas que aguardaban a los clientes. Cuando la vio, le indicó con un movimiento de cabeza que se acercara, sin embargo, en el instante en que ella se aproximaba, una mano en el hombro lo distrajo.

—¿Qué hacés, imbécil? —clamó Santiago mientras se sacaba con violencia la mano del encargado del lugar, que intentaba retenerlo de algún modo.

—Lo de “imbécil” lo dejo para otro momento. El patrón quiere verlo.

—¿Y a mí que me importa? Decile que deje de molestarme.

—Le recomienda que suba a verlo si pretende seguir acá con su gente.

A un costado se había quedado Violeta para observar el intercambio de palabras. La expresión en el rostro de Santiago dejaba a la vista el enojo que sentía en ese preciso momento. Sin mediar mayores explicaciones, dejó a sus compañeros y enfiló escalones arriba hasta llegar a la oficina de Máximo. Abrió la puerta y entró de mal modo, sin necesidad de cerrar la puerta porque Simón acababa de hacerlo.

—Parece que últimamente tenés algo personal conmigo. ¿Qué querés? —lo increpó.

—Ahora quiero que te sientes un momento y te aclaro que lo hagas con tu vida me importa una mierda. Eso sí, hay algo que debemos tratar.

Santiago se habría ido de allí en ese preciso instante si no fuera por el modo en que le habló. Máximo parecía calmado y hablaba pausado, pero la dureza en el rostro y el tono de voz que empleó presagiaban que era mejor quedarse allí y solucionar el tema. Por eso se ubicó en una silla frente al escritorio para escuchar lo que tenía que decirle.

—Solo hay un tema que me interesa hablar y es acerca de Béatrice.

—De Béatrice yo... —No la nombres —lo interrumpió—, porque de ella voy a hablar yo. No quiero que vuelvas a acercártele ni intentes invitarla a salir otra vez.

—¿Qué? Estás demente —exclamó sorprendido.

—Te aseguro que estoy muy lúcido. Si querés, te lo repito.

—No es necesario y te aclaro que no pienso hacerlo, ya hablé con su padre sobre mis intenciones.

—Me importan una mierda tus intenciones y lo que hayas hablado con su padre —dijo con furia.

—Debería importarte, porque él está conforme conmigo y me ha dado la venia para estar con ella.

—Sé que hablaste con él y también que sos un cobarde. Fuiste a contarle que estuve en el teatro la otra noche.

—¿Vos creés que sos distinto? Quizás te considerás más hombre porque regenteás este lugar de putas —lanzó con una sonrisa sarcástica.

—¡Callate si no querés terminar mal! —Parece que Béatrice te vino con el cuento.

—¡Te dije que no la nombraras! —gritó furioso.

—Vos a mí no me vas a prohibir nada y menos algo que esté relacionado con Béatrice.

El sordo sonido del sillón que se deslizó por el piso de madera antecedió a los pocos pasos que dio Máximo para ponerse frente a Santiago. Fue solo una fracción de segundo que se necesitó para que se fueran a los golpes. Santiago tenía una fuerte contextura física, pero no igualaba a la de Máximo, que sentía fluir en la sangre una lava incandescente que lo quemaba por dentro. No podía siquiera pensar que otro hombre se fijara en Béatrice.

Durante mucho tiempo creyó que nada bueno podría pasarle; sin embargo, se había dado cuenta de que estaba equivocado y que de la mano de Béatrice alcanzaría la felicidad. Nadie iba a arrebatársela, menos un alguien como Santiago Lamas.

En medio de esos pensamientos, Máximo le lanzó otro golpe que lo hizo

trastabillar y enseguida unos hilos de sangre le cayeron de los labios. Santiago, enfurecido, comenzó a tirar trompadas por doquier y alcanzó a Máximo hasta que ambos terminaron en el suelo. Rodaron entre golpes hacia un lado y otro de la habitación y chocaron contra el zócalo del muro. El impacto de las trompadas resonaba una y otra vez sin que ninguno diera tregua en la pelea. El fuerte golpe en la puerta tampoco disminuyó la furia de la contienda.

—¡Patrón! —exclamó Simón horrorizado.

Máximo le lanzó una última trompada y murmuró: —No te atrevas siquiera a rozarla porque no te pertenece.

Se levantó a los tumbos mientras miraba cómo Santiago se incorporaba de a poco con una ceja partida. Las fuertes respiraciones de ambos eran lo único que se escuchaba luego de los golpes que se habían propinado. El lugar había quedado hecho un desastre: varias sillas estaban tiradas; y los adornos del escritorio, desperdigados en el piso.

—Espero haber sido claro —lanzó con una mirada que traslucía la inquina y la rabia que le bullía en el interior—. Andate.

Santiago alcanzó la puerta, la abrió y antes de salir agregó: —Ella tampoco te pertenece.

—¡Hijo de puta! —clamó Máximo y corrió hasta la puerta. Simón le impidió el paso—. ¡Correte! —Patrón, déjelo, ya le estropeó bastante la cara.

Máximo se calmó un poco y entró para servirse una medida de whisky. El primer sorbo fue apresurado y profundo; necesitaba algo fuerte en ese momento.

—Simón, no lo quiero un segundo más a él ni a ninguno de sus amigos en el burdel.

—No se preocupe. Con la cara como la tiene no creo que quiera quedarse aquí.

—Otra cosa. Quiero que me averigües todo lo que puedas de él. Quiero saber qué negocio maneja, cuáles son sus debilidades, qué hace cada noche de su puta vida. Cuando tengas un panorama más o menos claro, quiero que me lo digas.

—Sí, quédese tranquilo.

—Eso sí, que sea pronto.

Máximo empujó el vaso para terminar la bebida de un sorbo mientras veía cómo Simón se retiraba de allí.

El patio del hospital se encontraba vacío, salvo por la presencia de Teresa, que hacía unos pocos minutos había salido allí. Con la mirada recorrió las pocas plantas que lo habitaban y notó cómo se marchitaban, igual que ella.

Ese era el lugar que por tanto tiempo la había acogido. Día tras día, en silencio se repetía lo que aquella extraña dama le decía cada vez que la veía: “Nunca saldrás de aquí”, “este es tu lugar”, “no merecés algo mejor”. Esa mujer no tenía la intención de abandonar sus pensamientos y la voz le repiqueteaba en la cabeza sin parar, por eso estaba convencida de que nadie podría sacarla de allí, porque ese era su reducto. Sin embargo, los minutos pasaban y él aún no había regresado. Por ese motivo, estaba convencida de que él iría a verla para saber cómo estaba. Ella estaba por completo segura de que él nunca la dejaría sola, al menos así se lo había prometido. ¿Cuándo había sido aquella promesa?, ¿por qué no lo recordaba?, se preguntó. En el rostro se le asomó una tenue sonrisa al pensar desde cuándo le importaba lo que no recordaba. Por eso repasó lo que debía hacer cada tarde, al mismo horario, en aquella cuenta interminable de días desde que estaba alojada allí: esperarlo.

—Teresita, tenemos que hablar.

Sintió una mano en el brazo y un templado estremecimiento le corrió por todo el cuerpo. La ilusión de verlo se desvaneció al darse cuenta de que era Evangelina quien estaba a su lado y no él.

—Vamos, quiero que me escuches. —Teresa giró poco a poco para quedar frente a su compañera de cuarto—. Tengo novedades. Al final localizaron a mi tía, que está de paso por la ciudad. Se presentó esta mañana y me permiten irme de aquí.

Evangelina la contemplaba para ver su reacción; sin embargo, Teresa la miraba sin demostrar emoción alguna. En el poco tiempo que habían pasado juntas, se había encariñado con ella. La veía muy frágil y creía que había que tener mucha entereza para estar encerrada allí dentro, aunque quizás ella ni cuenta se daba de eso.

—Ahora vas a tener el cuarto para vos sola y supongo que el guapo de tu hijo estará contento —dijo con una sonrisa—. Teresita, quiero que sepas que volveré para verte, aunque tengo miedo de salir de aquí y al poco tiempo terminar igual que unos meses atrás.

Aún recordaba las noches en las que había deambulado por las calles de la

ciudad sin tener nada para comer; a duras penas conseguía a algún hombre que le tirara alguna moneda a cambio de entregar su cuerpo. Pero la policía dio con ella y luego de algunos días en la cárcel la trasladaron allí. La comida y algún baño en la semana la mantenían de buen ánimo, lo que era mejor que dar vueltas por la calle arropada con el frío de las noches. Nunca creyó que un loquero podría ser el albergue más reconfortante en el que podía estar.

Decidió que no le diría a Teresita que su tía había ido a buscarla por la férrea acción de las autoridades policiales, que intentaron comunicarse por medio de cartas hasta dar con ella, por eso no le había quedado opción y la obligaron a ir a buscarla. Además, sabía que llevarla a vivir con ella sería una deshonra para la familia, por eso intuía que se quedaría unos pocos días y que luego no tendría trabajo ni lugar donde alojarse y sin otra alternativa que regresar a su taciturna vida.

—Cuando mañana te despiertes, yo no voy a estar aquí.

Evangelina no quiso hablar más porque no quería abrumar a Teresa, ya había hecho bastante al interrumpir el rito que repetía cada tarde en el patio del hospital. Le dio un beso en la frente y la dejó allí.

En el instante en que Teresa la vio atravesar la desvencijada puerta, las palabras comenzaron a brotarle en un susurro.

—No te vayas —gimió con varias lágrimas que le corrían por la mejilla —, no lo hagas —continuaba con un leve murmullo.

Nadie escuchó esos pedidos, por lo que se enjugó las lágrimas del rostro con el chal de lana que tenía sobre los hombros y, como cada tarde, se quedó allí con la vista nublada por la emoción a la espera de que él fuera a buscarla.

Clarisa estaba feliz luego de la última jornada que había pasado con el doctor Heredia. Mientras viajaba rumbo al hospital, recordaba cada momento vivido cuando la había acompañado a su casa. Un escalofrío le surcó el cuerpo al evocar la sensación del roce de esa mano sobre la suya en cada comentario que hacía o el contacto cálido de los dedos engarzados con los suyos cada vez que debían cruzar la calle. Aún le reverberaban en los oídos los comentarios graciosos que le susurraba. Sin embargo, ella no podía olvidarse de la situación en la que estaba y parecía que él también hacía un esfuerzo por no recordarlo, porque jamás mencionaba a su prometida ni a su familia.

Luego de ingresar al Hospital de Mujeres Dementes y saludar a la avinagrada Brígida, fue hacia al consultorio para verlo. No bien llegó a la puerta de la consulta, se detuvo de golpe al observarlo sentado detrás del escritorio con un gesto inescrutable; en la silla que siempre ocupaba ella, estaba sentada otra joven, su prometida.

—Disculpe, no quería interrumpir —dijo Clarisa a punto de abandonar el lugar.

—Clarisa, adelante, por favor —dijo el doctor Heredia—. Mercedes se quedará unos minutos nada más.

Vio cómo la señorita Podestá se levantaba, enfundada en finas prendas y con una elegancia innata, y se detuvo para contemplarla con la actitud altiva que siempre había tenido. En ese instante, ella sintió que no valía nada al lado de él y que cada ilusión que había construido se desvanecía minuto a minuto. Acababa de convencerse de que no tenía cabida en la vida de Justo Heredia.

—De ningún modo, mi prometido me ha dicho que está ocupado y lo que menos quiero es molestarlo, ¿no es así, mi amor? Él se levantó en silencio para acompañarla.

—Doctor, ¿puede venir por favor? —irrumpió una asistente—. Es por la medicación de una paciente, para saber si podemos adelantársela.

—Ya vengo, es solo un momento —le dijo a Mercedes.

—¿Lo acompaño? —preguntó Clarisa.

—No es necesario; ya regreso.

Cuando el doctor abandonó el consultorio, el aire se enrareció de un modo asfixiante.

—Al fin nos quedamos solas, porque quiero dejar algunas cosas claras —dijo Mercedes con tono prepotente—. No voy a soportar que intentes interferir con Justo, porque no tenés idea de lo que soy capaz de hacer.

Clarisa se quedó estupefacta ante ese sorpresivo comentario.

—Pero... —No he terminado —la interrumpió—. El otro día pasé a buscarlo junto con mi madre, que debía venir hasta aquí, y supe que te retiraste con él en un horario inusual, al menos para él. Si en algún momento se te pasó por esa cabeza de campesina la idea de ilusionarte con él, sacátela, porque de la única persona que está enamorado es de mí —advirtió con altanería—. Él es demasiado caballero para decirte algo que pueda herirte si en verdad busca alejarte. Lo conozco desde hace mucho tiempo; nuestras familias se han mantenido unidas desde que nuestros padres eran jóvenes. Se te ve en los ojos cuando lo mirás que buscás algo más, pero jamás lo encontrarás —dijo al

acercarse y quedar a pocos centímetros del rostro de la joven asistente del médico—. ¿Lo entendiste? — Clarisa sintió cómo un temblor se le expandía por todo el cuerpo, aunque intentaba no demostrarlo—. Como no me contestás, supongo que comprendiste lo que dije. —Hizo una pausa y continuó—: Ahora, si te quedó alguna duda, mirate al espejo y recordá mi rostro, quizás ahí puedas entender la respuesta.

En ese mismo instante, entró el doctor Heredia y observó que ambas estaban paradas en una postura como por saludarse.

—Como te decía, cuando lo desees, nos vemos en mi casa —se acercó e hizo el gesto de saludarla en la mejilla—. Hasta pronto.

—Hasta pronto.

Cuando los vio alejarse de allí, Clarisa se sostuvo con ambas manos sobre el escritorio porque las piernas no le respondían, creía que se caería redonda ahí mismo. La respiración se le hizo más agitada y lo que menos deseaba era tener en ese momento un traspíe frente al doctor Heredia.

Una vez más, como ya era costumbre, unos manos fuertes le rodearon la cintura para ayudarla a sentarse.

—No es necesario, suélteme —dijo con rabia.

—Sí que lo es, no voy a soltarla y, además, vamos a hablar, pero antes voy a buscar un vaso de agua.

Clarisa quería huir de allí, pero no estaba con fuerzas para hacerlo y menos para enfrentar al doctor Heredia. La crudeza de las palabras de Mercedes la había enfrentado a la realidad.

El hilo de esos pensamientos se cortó cuando el doctor ingresó en el consultorio. Ella se dio vuelta de inmediato para ver cómo cerraba la puerta y se quedaban a solas, una vez más.

—Esta vez no quiero interferencias. Avisé que no nos molestasen, salvo en caso de urgencia.

Clarisa no sabía cuánto iba a durar en ese estado, sin desvanecerse, ya no por lo que había dicho Mercedes, sino por la actitud de él, que se sentó en una de las sillas que estaba al lado de la suya y quedó muy cerca de ella. Cuando vio que se quitaba los anteojos y los dejaba sobre la mesa, supo que estaba perdida, porque iba a tener encima la franca mirada de esos ojos verdes.

—Supongo que debí haber hablado antes, pero no lo hice porque tenía varios temas que evaluar.

Él se encontraba con el cuerpo inclinado, los antebrazos descansaban sobre las rodillas y tenía las manos apoyadas en el mentón. Esa postura

achicaba aún más la distancia entre ellos y otorgaba una intimidad que Clarisa intentaba evitar.

Tenía la mirada centrada solo en ella y ningún gesto que hacía quedaba fuera del alcance de él.

—Primero, me gustaría pedirle disculpas por lo que Mercedes pudo haberle dicho. La conozco y sé cuál es su manera de hablar cuando algo se le pone en la cabeza y no quiere entender lo que uno intenta explicarle.

—Doctor, si es así, quédese tranquilo, porque lo que menos deseo es molestarlo con su prometida. Quizá me he comportado de un modo equivocado con usted. Todo lo que ella me dijo es verdad.

—Tome un poco de agua. —No dejó que ella agarrase el vaso, sino que se lo inclinó sobre la boca para que ella bebiera de él—. ¿Mejor? A esa altura, ella ya no sabía qué contestarle. La sensación de mareo se le había ido porque estaba con él, pero no creía que fuese el mejor modo de entablar una conversación con la estrecha distancia que los separaba y encerrados en el consultorio.

—Quiero que me cuente qué le dijo Mercedes.

—Ella tiene razón.

—¿Sobre qué? Clarisa suponía que el modo en que le hablaba y la concentración que ponía permitían que los pacientes se animaran a decir hasta lo que no deseaban. Estaba claro que ella estaba en inferioridad de condiciones, porque además no podía ni por un segundo borrar el profundo sentimiento que la unía a él.

—Me pidió que no me acercara a usted y que no me confundiera, porque está muy enamorado de ella, y cree que yo... El peso de la vergüenza por confesarle lo que en verdad sentía la acalló de inmediato.

—Que usted puede sentir algo especial por mí —completó él la frase. A esa altura de la conversación, Clarisa solo asintió con la cabeza, aunque su rostro ardía por el sofoco que le daba lo que él sugería, que no era más que la verdad —. ¿Algo más le dijo? Es importante que lo diga, luego sabrá el motivo.

Ella se preguntó por qué pretendía hurgar en lo que le había dicho Mercedes.

Le resultaba una dolorosa tortura recordar cada palabra.

—Que lo conocía como nadie, que sus padres eran amigos y que el vínculo que los unía era desde siempre. Que usted era muy caballero como para herir a una mujer y confesarle algo que la lastimaría. Creo que nada más.

Basta, pensó, no podía continuar con esa humillación frente al hombre que amaba con locura.

—Clarisa, gran parte de lo dijo es verdad.

Al escucharlo, no pudo frenar las lágrimas que de manera inmediata le inundaron los ojos. Él, de un modo instintivo, con el pulgar se las secó. Ella evitó que él sintiese el estremecimiento que le produjo ese tenue roce.

—Quiero que me escuche —dijo al clavar los ojos en los húmedos de ella—.

Nuestras familias se conocen desde hace mucho tiempo, y mi relación con Mercedes ha sido natural, porque siempre nos hemos frecuentado.

—Está bien, no tiene por qué contármelo.

—Claro que sí. Esperé para hacerlo y ahora le pido que me tenga paciencia.

—Ella ahogó el llanto que pugnaba por salir y lo contuvo en el pecho para poder escucharlo.

—Nuestras familias nunca dudaron de que nosotros nos comprometeríamos y nos casaríamos, porque esa era la idea que siempre tuvieron. Por otro lado, nos queremos. Hemos compartido muchas situaciones familiares y nos hemos apoyado en muchas ocasiones. —Hizo una breve pausa y continuó—: Si tuviera que ser más preciso, podría decirle que ambos nos hemos acompañado todo este tiempo, inclusive nuestros amigos y conocidos no conciben que ninguno de los dos pueda estar con otra pareja. La conozco y sé de sus arrebatos, pero la acepté de ese modo porque no es así con el resto de las personas.

Clarisa bajó la vista para eludir la desilusión y el dolor que le trasmutaba el rostro. Además, no deseaba escuchar que él ponderara el modo de actuar de la insoportable Mercedes Podestá.

—Clarisa —dijo al tomarle mentón y levantárselo—, quiero que me mire. — Ella hizo un esfuerzo sobrehumano para, al menos, complacerlo por última vez —. Todo fue de maravillas hasta que alguien, no hace tanto, apareció por la puerta de este consultorio para pedir colaborar en el hospital y transformarse en mi asistente —confesó con una breve sonrisa en el rostro—. A partir de ese instante, supe que ella daría vuelta mi vida y no me equivoqué. En un comienzo quise negar lo que me sucedía y pensar que era algo pasajero, que una vez que me habituara a trabajar a su lado todo cambiaría, pero no fue así. Cada mañana, llegaba aquí ya no solo con el ánimo de ejercer mi profesión del mejor modo, sino por lo deseos de tenerla cerca; sentirla a mi

lado era lo que buscaba día a día desde que comenzó a trabajar conmigo. Ese sentimiento comenzó a tallarse muy profundamente dentro mío y a erosionar lo que en algún momento sentí por otra persona.

Él le rozó el cuello con la mano para acariciarla mientras observaba la expresión de sorpresa, felicidad y asombro que se sucedía en el rostro de Clarisa.

—Hasta ahora intenté mantener distancia del mejor modo que encontré, pero ya no puedo. Me es imposible hablarle como siempre lo hago, quedarme lejos sin poder acariciarla como me gustaría o hacerle creer al resto de las personas que me rodean que todo sigue igual y que nada en mí ha cambiado. He intentado convencerme por todos los medios de que esto no es real para poder continuar con mi vida, porque reconocer que me suceden cosas importantes con usted sería lastimar a alguien a quien en verdad quiero, pero de la cual no estoy enamorado.

Ella tenía razón cuando le dijo que me costaría herir a alguien y es así; en lo que se equivocaba era en que no sería a usted a quien heriría con mis palabras, sino a ella al confesarle que quiero romper el compromiso porque estoy enamorado de otra mujer.

Él estrechó la distancia que había entre ambos y apoyó la boca en la de ella para darle un beso suave, breve y cándido, pero ese efímero roce le provocó un deseo irrefrenable de hurgar en esa boca y sentirla como lo había soñado. Ella, de modo instintivo, la abrió para que él se apoderara de sus labios, que le invadiera la boca y le tomara la lengua para jugar con ella; entonces se le alborotaron todos los sentidos y le afloraron los profundos deseos de estar con él.

Nada de lo que había imaginado podía compararse con lo que vivía en ese momento. La confesión que acababa de escuchar le había brindado una felicidad que nunca antes creyó vivir junto con una serie de sensaciones que la atravesaban de punta a punta. Él se separó apenas para darle un beso tierno y fijó la mirada en ella.

—Quizás ahora puedas entender todo lo que me sucede con vos —dijo sin dejar de mirarla para saber cómo se sentía, cómo estaba y qué pensaba.

—Me cuesta decir lo que siento, porque es tan importante que no sé cómo expresarlo —dijo Clarisa y vio cómo él le sonreía—. Nunca olvidaré este día, es el más feliz que he tenido —culminó ilusionada.

Él le tomó el rostro entre las manos, se acercó y le besó las mejillas salpicadas de las pecas que él tanto adoraba. Luego volvió a besarla en la

boca y se dejó llevar por todo lo que sentía y por todo lo que la deseaba.

—Solo esto faltaba para decirte que para mí también hoy es un día muy especial.

Si no hubiera sido por unos golpes que interrumpieron ese momento, habrían continuado con los besos, como si el hospital, las enfermas y la locura no habitasen allí dentro.

—Yo me encargo, aún hay mucho de qué hablar —le susurró al levantarse de la silla.

Ella se enderezó, pero sentía que flotaba en una marea de ilusiones y sensaciones que solo Justo Heredia podía brindarle.

De modo instintivo, se alisó la amplia pollera, no tanto para acicalarla sino para aferrarse al género y aquietar el temblor que tenía en las manos, esa vez por miedo a que en el próximo instante todo se desvaneciera y darse cuenta de que lo vivido había sido un sueño.

—Disculpe, doctor —dijo Brígida al asomarse por el hueco de la puerta.

—Ha llegado en el momento preciso, porque deseaba hablar con usted para darle algunas indicaciones sobre Olivia Castro. Adelante.

Ocupó el lugar de médico y bajo ninguna circunstancia dejó entrever que lo único que deseaba era estar con Clarisa, besarla y aclararle una serie de cuestiones que todavía no había resuelto.

—Gracias, doctor —dijo Brígida, que no dejaba de mirar de soslayo a Clarisa —. ¿Le cierro la puerta? —No, ahora debo continuar con la recorrida de todas las mañanas. Clarisa, ¿me acompaña? En el mismo instante en que ella notó que el trato volvía a ser el de antes, él le hizo un gesto cómplice mientras Brígida salía por la puerta.

Para la muchacha, ese día en el hospital había sido mágico, aunque las enfermas se habían comportado como cada día allí dentro. No había tenido tiempo para hablar con él de algo más porque siempre estaban rodeados del personal o de las internas. Sin embargo, cada tanto, él le lanzaba una mirada cómplice que le recordaba que ya nada volvería a ser igual. Ella le respondía con una media sonrisa y con el característico sonrojo de mejillas.

La jornada estaba por terminar, y ella desconocía cómo seguirían las cosas entre ambos. No sabía cómo actuar porque nunca antes le había sucedido algo así, menos en el lugar de trabajo. Brígida le tenía recelo y lo que menos deseaba era que la dejaran a un costado de la actividad que realizaba. De inmediato, la imagen de Juana Podestá le iluminó la mente y no supo cómo manejaría todo eso, porque gracias a ella trabajaba en el hospital y terminó

por enamorarse del novio de su hija.

—¿Me parece a mí o hay algo que te preocupa? Ella se dio vuelta y vio que él la observaba con detenimiento, como lo había hecho desde el primer momento en que había pisado el hospital.

—Quizás algunas cuestiones, pero supongo que ya se arreglarán.

Él esbozó una tenue sonrisa para darle ánimo, aunque parecía saber a qué se refería.

—Clarisa, buscá el abrigo mientras yo termino algunas cuestiones así nos vamos juntos.

Ambos enfilaron por el pasillo hacia la salida y vieron a Brígida a un costado de la puerta de la cocina; simulaba a un centinela que observaba todo lo que hacían. Mientras se dirigía a la puerta, notó que él se desviaba hacia la severa empleada. Ambos intercambiaron unas pocas palabras y, luego de un afable saludo, se le acercó para salir juntos.

—Al fin —clamó Justo al tomarla de la cintura y atraerla hacia él—. Es la primera vez que la jornada en el hospital se me torna interminable.

Ella se dejó abrazar y caminaron así unos pocos pasos hasta cruzar la calle. A pocas cuadras de allí, había una plaza que se había inaugurado hacía poco.

Algunos bancos de hierro pintados de color verde y una fuente decoraban el lugar. Hacía allí fueron y, tomados de la mano, se sentaron en uno de ellos.

—Clarisa, en este momento los deseos que tengo se interponen con la situación que aún me une a Mercedes.

La expresión de ella no lo tomó por sorpresa, porque imaginaba que, cuando le contara que aún debía resolver algunas cuestiones familiares, ella no estaría feliz, aunque esperaba que lo tomara bien.

—Quiero que sepas que he intentado hablar primero con ella para decirle que mis sentimientos no son los mismos. No es necesario que sepa que nunca estuve enamorado y que lo descubrí cuando te conocí. Tiene dudas, porque mi actitud con ella ha cambiado, estoy distinto. —Hizo una pausa y contempló la tenue sonrisa que se le dibujó en el rostro—. Sé que no va a reaccionar del mejor modo. También debo hablar con sus padres para romper nuestro compromiso y cancelar los proyectos de matrimonio. Por eso nosotros debemos cuidarnos, algo que me es difícil si te tengo a mi lado —dijo y le recorrió con los dedos el brazo hasta llegar al cuello—. ¿Ves? Me resulta imposible. —En ese instante, selló con un fugaz beso todo lo que sentía.

Él era un hombre y no podía manifestar esos gestos de cariño en un lugar

público con una joven que debía cuidar su reputación, no podía conducirse como un muchachito sin experiencia. Además, su compromiso con Mercedes era conocido, por eso debía conservar las formas más allá de los deseos.

—Clarisa, todo esto te lo cuento porque lo que vendrá no va a resultar fácil; espero que puedas entenderme y esperarme hasta que al fin toda esta situación se aclare y ella pueda comenzar a hacer su vida sin mí.

—Te esperaré todo el tiempo que sea necesario. Ahora que te encontré no pienso dejarte.

—Estoy seguro de que todo ese tiempo valdrá la pena si vos me esperás al final del camino.

—No hace tanto te confesé que el día en que me enamorara lo haría sin esperar más de lo que él podría ofrecerme porque con eso para mí sería suficiente. Esto es lo que vos me ofrecés y lo tomo hasta que lo nuestro pueda ser diferente.

—Clarisa... —ahogó en un susurró.

—Estoy feliz y debo confesar que con un poco de temor por lo que vendrá, pero confío en vos. Sé que no harías nada para dañarme, ¿verdad? —Por supuesto, mi amor.

Para ambos, el tiempo que permanecieron allí no les bastó para estar como en verdad lo deseaban. Aún restaban varias cuestiones que resolver, todo recién comenzaba y se requería mucha paciencia y confianza para lograrlo.

Más tarde, emprendieron el regreso y él insistió en acompañarla hasta la casa.

Cuando llegaron, y luego de una breve despedida, Clarisa entró en un estado de felicidad absoluta hasta que se encontró con Nicanor.

—¡Clarisa, estaba preocupado! —dijo desde el sillón mientras dejaba a un lado el periódico que leía—. Ya hace tiempo que deberías haber llegado —exclamó al confirmar la hora con el reloj de bolsillo.

—Le pido disculpas, pero a veces el trabajo es bastante y todo se complica.

—Pero ¿has venido sola? —No se preocupe, me ha acompañado el doctor Heredia por el retraso que tenía.

Nicanor la miró con detenimiento y notó que, más allá de las diferencias físicas con su hija, ambas tenían los mismos gestos en situaciones similares.

Clarisa no era más que una joven inexperta que disfrazaba la situación, por eso también debía estar atento con ella.

—La próxima vez desearía que lo invites así converso con él.

—Se lo diré. ¿Béatrice dónde está? —preguntó impaciente.

—Acaba de llegar hace un rato; está en su cuarto.

—Gracias.

Nicanor la vio alejarse con demasiado buen ánimo como para haber tenido un día de tanto trabajo. En la casa, las cosas poco a poco se complicaban. Primero con Béatrice y se avizoraba que sucedería lo mismo con Clarisa.

Esa noche, cuando acabaron de cenar bajo un clima festivo porque ambas estaban de muy buen humor, los pensamientos de Nicanor acerca de que todo se entorpecería se confirmaron cuando se escuchó que llamaban a la puerta y una voz familiar le anunció a la empleada que llegaba para hablar con él.

Solo bastaron unos pocos segundos para que la imagen de Máximo se asomara por la puerta y saludara a los presentes.

—Uriarte, ¿qué hace acá? —preguntó Nicanor sorprendido.

—He venido a hablar y espero que me reciba. No me iré hasta que hablemos —dijo con firmeza.

Béatrice se había quedado paralizada y la palidez del rostro se le había hecho más notoria. Observó que Máximo tenía un pequeño golpe en la mejilla, disimulado con el cabello que le cubría el costado. De inmediato, Nicanor se levantó para evitar una discusión frente a las jóvenes.

—Bernarda, la próxima vez, antes de dejar pasar a alguien, debe consultarme.

—No es un problema de la empleada sino mío, porque le dije que pasaría igual.

—Por supuesto que siempre el problema es suyo, Uriarte. Hablaremos en la sala.

Antes de ir hacia la habitación, ubicada al otro lado del pasillo, Máximo giró la cabeza y le guiñó el ojo a Béatrice. La mirada entre ambos fue breve pero intensa: lo que ella necesitaba para aquietar la incertidumbre que tenía por la conversación que tendrían las dos personas más importantes de su vida. No quería pensar si tuviera que elegir entre ambos, aunque en el fondo del corazón la elección ya estaba decidida.

CAPÍTULO 12

El difícil arte de acordar

La tensión en la sala era palpable, aunque ninguno de los dos hombres reunidos allí dentro lo manifestara.

—Uriarte, sepa que esta vez lo he atendido para evitar un escándalo delante de mi hija y de la joven Carreras.

Máximo se había sentado en uno de los sillones frente a Nicanor. Sabía que sería una dura conversación, pero, aunque lo conocía mucho, no estaba seguro de si eso le jugaría a su favor porque, por desgracia, Salcedo también sabía casi todo de él.

—No tengo mucho tiempo, así que adelante con lo que tenga para decir.

—Nicanor, vengo a hablar de Béatrice.

—Si es así, el tiempo es menor aún.

—Tendremos que tener tiempo porque es muy importante lo que debo decir y quiero tomarme el suficiente para hablar sobre algo muy valioso para mí.

Fue notorio el bufido que lanzó Nicanor al escuchar esas palabras y la presión que puso al clavar los dedos en el apoyabrazos del sillón. No obstante, volvió mirar el reloj de bolsillo para controlar los pocos minutos que le brindaría a Uriarte.

—Si no fuera así, no estará aquí. Desde que conocí a Béatrice, sentí algo muy especial por ella y el correr de los meses me confirmó que ese sentimiento crecía de un modo que nunca creí posible. Pero esta vez supe esperar.

—Si es así, aléjese de mi hija.

—La alejaría de cualquier otro que la pretendiera o intentara molestarla, pero nunca de mí.

—Jamás voy a consentir que ella esté con usted.

—Nicanor, esta vez me he propuesto hacer las cosas bien, de otro modo.

—No es suficiente, nunca lo será.

—No se puede vivir atado a los errores del pasado.

Nicanor había estado toda la vida aferrado al pasado a causa del amor que

aún sentía por Camille. Revivía fragmentos de su vida a través de las cartas que se habían enviado en el transcurso de los años en que estuvieron alejados y, de esa manera, retornaba a la única época feliz que había vivido. Cada línea escrita demostraba el amor que se habían profesado y que él aún conservaba. Camille le había dejado el mejor legado que podría existir: una hija, pero a él no le había resultaba dañino estar atrapado en el ayer.

—Yo estuve al lado de Tristán durante todos los años en que se lamentó no haber tenido una despedida digna con su hermana y todo fue por su culpa.

—Era más joven cuando creí haberme enamorado de ella. El error de no haberle confesado a Tristán mis sentimientos habría evitado que ella lo hiciera en mi ausencia y que se precipitase una pelea que no provocó más que dolor por las ofensas hacia Catalina y el alejamiento entre ambos hermanos. Tampoco hubo tiempo de arrepentimientos, porque la muerte la alcanzó antes de que yo pudiera recomponer todo. Fue tarde para mí cuando regresé: todo se había acabado y padecí durante mucho tiempo el grave error que cometí. No solo la perdí a ella, sino también a Tristán, a quien lo consideraba el hermano que nunca tuve.

—Todo aquello no hace más que reafirmar lo que pienso de usted.

—Ya hablé con Tristán lo que había quedado pendiente, entendió y nos perdonamos. No puedo creer que usted siga con la misma postura conmigo.

—El sufrimiento que causó en la familia fue muy grande. No voy a exponer a mi hija a estar cerca de un hombre que lo único que le puede traer es dolor.

—No soy el mismo, el tiempo no pasó en vano para mí. Por eso esta vez he venido a hablar y a decirle que estoy enamorado de Béatrice, que ella es lo más importante para mí, que tengo las mejores intenciones y que deseo su bendición para estar con ella —dijo convencido.

—Eso nunca lo tendrá. Ella es lo máspreciado que tengo y voy a cuidarla aunque sea lo último que haga en esta vida. Además, por si no lo sabe, otro hombre la pretende y creo que es el indicado.

Máximo esbozó una mueca sarcástica e intentó mantener la calma, aunque la furia que le bullía en el interior se le esparcía por todo el cuerpo. No solo debía lidiar con la testarudez de Nicanor, si no con la injerencia de Santiago en esa conversación.

—Supongo que no se refiere al imbécil de Lamas.

—Así es y no esperaba otro calificativo de su parte. Con usted todo es siempre igual.

—Para mí, ningún otro hombre es más indicado para Béatrice que yo. No

tiene idea de lo que es Lamas.

—Basta de mentiras —replicó enfurecido—. Lo único que quiere es ensuciar a un caballero.

—Déjese de tonterías y abra los ojos. Si no lo hace usted, yo me voy a encargar de demostrarle que Lamas es la peor elección que podría haber hecho.

—Espero que esté equivocado. De todas maneras, usted nunca será lo mejor para ella.

—Si fuera usted, lo pondría en duda.

Nicanor deslizó entre los dedos temblorosos el reloj de bolsillo y confirmó que el tiempo se había acabado. No quería tener cerca a Uriarte, porque sabía de lo que era capaz para conseguir algo y todo se complicaba si estaba Béatrice de por medio.

—Ya le he dado un tiempo más que suficiente.

—De mi parte, he dicho todo lo que quería. Eso sí, estaré atento y no voy a permitir que esa mierda de Lamas ronde a Béatrice, porque, si usted no lo hace, me encargaré yo de que no la lastime.

—¡Váyase! —ordenó a los gritos.

—Nicanor —dijo al levantarse y acercársele—, esta vez está advertido.

Sin más, abrió la puerta y vio a Béatrice con los ojos colmados de lágrimas.

Solo pudo acercarse para susurrarle: —No te angusties; esperame, mi amor.

Ella, de modo instintivo, tomó entre los dedos el dije que le colgaba del pecho.

—¿Aún no se ha ido? —clamó Nicanor.

Él no contestó, sino que deslizó la mano y le rozó la mejilla; luego le guiñó un ojo y caminó para al fin salir.

Nicanor se quedó parado y vio el estado de conmoción de su hija, entonces supo que todo lo que se había imaginado era poco en comparación con lo que en verdad pasaría. Una vez más, la culpa recaería sobre Máximo Uriarte.

El atardecer caía sobre la ciudad, y en El Regocijo aún no habían comenzado los preparativos para iniciar la actividad. Máximo había mandado a llamar al encargado, a quien hacía más de media hora que esperaba en la

oficina. Estaba ansioso por saber qué había averiguado. En medio de esa espera, se había dedicado a completar el trabajo pendiente, aunque tenía la cabeza en otro lado.

Un leve golpe en la puerta anticipó la entrada del empleado.

—¿Qué pasó? —preguntó con ansiedad—. Estoy aquí desde hace bastante.

—Patrón, me entretuve con una mujer que dice que quiere verlo.

—¿Quién es? —Para variar, es una hermosa mujer, aunque su aspecto no es el mejor.

—¿Qué busca? —Supongo que trabajo, aunque... —Si es así, encargate de hablar con ella y de explicarle las condiciones.

—Pero... —Simón, ¿qué sucede? —¿Entonces quiere que me encargue de ella? —No es la primera vez que lo harías y, de ese modo, evitarás que yo pierda más tiempo.

—Está bien —asintió resignado.

—¿Qué novedades tenés sobre lo que te pedí? —preguntó y cambió de conversación.

—Lamas es un hombre al que le gusta divertirse, en especial con el póquer.

Parece que últimamente la suerte no lo ha acompañado por lo que acumuló una deuda importante.

—¿Con quién? —Acá tiene el nombre y la dirección.

—Parece que no anda con pequeñeces —contestó Máximo al reconocer el nombre escrito en el papel.

—¿Qué más? —Está en tratativas por un negocio con Mariano Podestá, pero, según me contaron, el hombre no anda muy convencido de cerrar el trato con él porque estuvo a punto de perder dinero la última vez que le ofreció un negocio.

—¿Alguna otra cosa? —El resto de su vida la conocemos porque se desarrolla aquí dentro.

Máximo pensó en lo que le había dicho Simón sin mencionar lo que más le importaba, que era el persistente interés de Santiago por Béatrice.

—Está bien, gracias, podés irte y continuar con lo que hacías.

—Gracias.

—Simón, algo más. ¿Pudiste cumplir con el pago a...? —Por supuesto, patrón, como siempre —contestó sin dejarlo terminar la pregunta. Él sabía a la perfección a quién se refería.

Ya era hora de abrir el burdel y esa noche Máximo iba a dejar todo en

manos del encargado, ya que debía ausentarse y no sabía cuánto tiempo le demandaría lo que tenía que hacer. Luego de darse un baño y cambiarse, bajó la escalera para dar un vistazo general y comprobar que todo estuviera bien para poder marcharse. Notó la presencia de alguien que no esperaba ver allí y menos con la función que cumplía. Le observó con detenimiento. Ella, al sentir esa mirada, se acercó para saludarlo.

—¿Evangelina? —inquirió él sorprendido.

Se preguntó qué hacía esa mujer allí y cómo había logrado irse del hospital.

Ese sería un tema que debería hablar en otra oportunidad, aunque estaba claro que el motivo de la internación no se debía a la enfermedad que padecía la mayoría de las enfermas.

—Por fin puedo verlo y agradecerle el trabajo que me dio. Simón me explicó que necesitaban a alguien en la cocina y parece que no estoy a la altura para cumplir otra actividad —dijo al mirar de soslayo a las mujerzuelas que comenzaban a acercarse a los clientes—. Aunque, si me lo pidiese, estaría dispuesta.

Máximo la observó con detenimiento y comprobó la belleza de la que hablaba Simón. Lo que no entendía era qué hacía detrás de las hornallas de la cocina cuando el personal era suficiente.

—Patrón, ¿qué me dice de la nueva incorporación? —dijo Simón mientras se acercaba con rapidez.

A Máximo le bastaron unos pocos segundos para darse cuenta del motivo por el cual estaba en la cocina: Simón no podía quitarle la mirada de encima. Más tarde hablaría con él, aunque, desde que lo conocía, era la primera vez que lo veía actuar de ese modo. Los dejó con el burdel en pleno funcionamiento y se fue a arreglar otro asunto de vital importancia.

Rosario Lamas regresaba de cumplir con las obligaciones de la Sociedad de Beneficencia cuando creyó oportuno pasar por la casa de Nicanor, así podría confirmar los lazos que en breve los unirían. Si bien no había anunciado su presencia, creía que no se tomaría a mal la visita, sino todo lo contrario.

Le indicó al cochero que se desviara del trayecto hasta llegar a la casa de la familia Salcedo, donde fue recibida por Nicanor.

—Señora Lamas, qué alegría verla, adelante —indicó con un gesto cortés.

Estaba asombrado por la sorpresiva llegada de la madre del joven Lamas, aunque creía que había sido providencial. Era lo que necesitaba para aunar los esfuerzos en pos de la unión de sus hijos.

—Disculpe que me haya presentado de este modo, debería haberle avisado con anticipación.

—Si le dijese que me ha ganado de mano, ¿me creería? Siéntese, por favor.

De inmediato, se presentó Bernarda para ofrecerles algo para beber.

—Ahora debemos acostumbrarnos a vernos más seguido, ¿verdad? —dijo ella con una amable sonrisa.

—Por supuesto, y no sabe la alegría que me da que Santiago sea quien pretenda a mi hija.

—Lo mismo digo. Creo que al fin le ha llegado el momento de afianzarse en el compromiso, claro que, si es de la mano de Béatrice, me da más felicidad.

—Pienso lo mismo.

—Por supuesto, y le aseguro que su padre estaría feliz de que así fuera.

La empleada apareció con una bandeja con dos tés y un plato con budín de naranjas y pastelitos que acababa de hacer.

—Oh, no es necesario —dijo en un tono muy afable hacia Salcedo por lo que acaba de dejar la empleada.

—Sírvase como en su casa —acotó Nicanor.

—Gracias.

—Me imagino que no debe de ser fácil para usted conducirse sola con su hijo.

—No lo es, pero ya me he acostumbrado. Supongo que la actividad que desarrollo en la Sociedad de Beneficencia me ha permitido salir adelante.

—No lo pongo en duda. Ha contado con mucha fortaleza.

—No se imagina cuánta. Pero eso ya ha pasado y ahora estoy enfocada en afianzar los lazos de nuestros hijos.

—Por supuesto, no podría estar más de acuerdo.

Aunque para Nicanor no era muy fácil relacionarse con las personas, notaba y esperaba no equivocarse con la señora Lamas. Ella era alguien con quien se sentía cómodo y eso permitió que la conversación se extendiera más de lo que creía posible.

—En breve haré una cena en mi casa para formalizar la relación —dijo

entusiasmada.

—Será un placer concurrir.

El resto de la conversación siguió sobre el futuro compromiso de sus hijos y de los proyectos que ambos tenían al respecto.

Mariano Podestá se encontraba en su escritorio para poner al día algunas cuestiones de negocios que lo tenían a maltraer cuando la empleada irrumpió y lo sacó de esa concentración.

—Disculpe, señor, pero tiene una visita —anunció.

—No esperaba visitas a esta hora. ¿De quién se trata? —Es el señor Máximo Uriarte.

—Dígale que pase.

Mariano estaba sorprendido por la llegada de Uriarte, aunque se conocían desde hacía tiempo. Para cualquier hombre que viviese en la ciudad era imposible no saber de él, ya que era dueño del burdel más famoso de allí. Las mujeres que trabajaban en el lugar eran tan hermosas como conocedoras del arte de satisfacer a un hombre; cada una de ellas era la fantasía de cualquiera y la selecta concurrencia masculina las disfrutaba hasta altas horas de la madrugada.

En medio de una copa de alcohol y el humo de los cigarros, se tejían negocios con el acuerdo tácito de que cada palabra que se pronunciaba o cualquier situación que sucedía allí dentro pertenecían solo a ese ámbito. Máximo había hecho un culto de la discreción, por eso se había ganado el respeto de los clientes.

Un quejido de la puerta interrumpió esos pensamientos. Máximo entró en la sala.

—Uriarte, qué sorpresa verlo por aquí.

—Debería haberme anunciado antes —dijo a modo de disculpas.

—No era necesario, póngase cómodo. ¿Desea algo para beber? —No, gracias, acabo de tomar un café hace poco.

—¿Cómo andan sus cosas? —Muy bien, con mucho trabajo.

—Lo bien que hace —replicó con una sonrisa—. Muchos como yo estaremos agradecidos de que lo haga.

—Gracias.

—Usted dirá.

—Precisamente, estoy con un negocio y por eso pensé en hablar usted.

—¿Sí? —preguntó sorprendido.

—Estoy interesado en el local que tiene en la zona sur.

Mariano se movió en el sillón; la propuesta lo había tomado por sorpresa.

—Mire, aquí tengo la documentación por si quiere ver más detalles e interiorizarse un poco más.

El día anterior se había dedicado al tema del local y aún conservaba la documentación desplegada en el escritorio.

—Gracias —dijo al hacer un repaso rápido de las dos hojas de la escritura, donde constaban los detalles y las características de la propiedad.

—Aunque debo decirle que tengo ya una oferta casi en firme.

—¿Casi en firme? —comentó con una sonrisa—. Conmigo tiene una oferta firme. Además, le sumo un veinte por ciento adicional por encima de la oferta que tiene.

—¿Tanto le gusta la propiedad? —Podestá, tengo mis motivos para desear ese local. Por un lado, tengo un proyecto en marcha con un socio francés que, calculo, vendrá dentro de poco tiempo a la ciudad. Además, no hay demasiados locales como el suyo dentro del área que busco. La otra razón es de índole personal.

Mariano esperó unos pocos minutos para contestarle, ya que no quería pecar de demostrar el extremo interés que le había dado la propuesta. Por supuesto que no iba a rechazar el precio ofrecido.

—Uriarte, creo que no necesito escuchar más razones para cerrar el trato con usted —exclamó con satisfacción—. Debo confesarle que si hubiera ofertado al precio de venta, me habría hecho dudar del compromiso que tenía con el otro interesado. Sé que con usted tendré la certeza del pago.

—Por supuesto; para hacerlo efectivo, solo será cuestión de que nuestros abogados ultimen los detalles.

—Así es.

—Entonces damos por cerrado este negocio —dijo y le extendió la mano.

—Por supuesto —convino y le estrechó la suya para sellar el acuerdo—. Y ahora me toca a mí la parte más desagradable, que es hablar con el otro oferente y decirle que se le ha caído la compra.

Máximo atisbó una sonrisa de satisfacción ante el trato cerrado.

—Podestá, digamos que para usted es conveniente hacerlo.

—Sí, ahora tengo una ganancia extra y la certeza de que contaré con el dinero de forma inmediata.

—Así es. Eso sí, me gustaría contar con la confidencialidad con la que siempre me manejo; usted sabe de lo que hablo.

—Claro que sí. De mi parte la tiene y quedará en usted hacerlo público en unos días cuando ya sea el nuevo propietario.

—Gracias.

—Es un placer hacer tratos con usted. Para celebrarlo, me daré una vuelta por su negocio esta noche.

—Las puertas estarán abiertas, como siempre.

—Allí podremos brindar como es debido.

—Lo espero, Podestá.

Máximo se levantó del sillón, convencido de que había sido más fácil de lo que había creído. Acababa de matar dos pájaros de un tiro, aunque una de las razones esgrimidas para la compra pesaba más que la otra. Desde que se había involucrado en el mundo de los negocios, siempre cumplía con una premisa que lo había llevado al lugar donde se encontraba: nunca se había dejado llevar por el arrebató, siempre había mantenido la mente fría. En ese momento, había intentado mantener parte de esa frialdad, aunque le había costado hacerlo.

Con aquel pensamiento en la cabeza, saludó al dueño de casa, fue hacia la salida y se subió al carruaje para emprender el viaje de regreso.

Béatrice disfrutaba de una tarde espléndida en compañía de Carmela. Ambas habían ido hasta la Plaza General San Martín luego de la clase de francés. Era un espacio verde que poco a poco había tomado esplendor. Uno de los primeros cambios había sido abandonar el nombre De Marte para convertirse en un lugar en el que se destacaba la figura del general. La estatua que se había instalado hacía un tiempo, y que estaba a poco metros del banco que ellas ocupaban, confirmaba eso. El buen clima había permitido ese paseo y, como la señora Montero debía cumplir con algunas diligencias, les había propuesto encontrarlas allí y terminar el paseo con la recorrida por algunas tiendas de la ciudad.

Sin embargo, más allá de la hermosa tarde, Béatrice no podía quitarse la angustia que conservaba desde que había ido Máximo hasta la casa para hablar con su padre. Una vez más, Nicanor le había advertido sobre lo perjudicial que sería para ella y para el resto de la familia tenerlo cerca,

además de reiterarle, como en otras ocasiones, que no era un hombre de fiar y que no iba a permitir que se uniera a él. Mientras su padre hablaba, ella no dejaba de pensar en los intensos momentos que había pasado con Máximo, en las caricias que le había brindado, en los besos que se habían dado y en los deseos y las ansias por estar a su lado. Cada palabra de Nicanor no hacía otra cosa que reafirmar todo lo que sentía por Máximo. Por mucho que insistiera con el tema, nada la haría renunciar a él.

La regordeta mano de Carmela, tomada de la suya, la abstraigo de los pensamientos que la invadían.

—¿Sucede algo? —No, mi amor, solo pensaba en que tu madre ha tenido una gran idea en organizar este paseo —respondió con una sonrisa fingida.

Béatrice, al ver el rostro de felicidad de la niña, supo que debía disfrutar de esa tarde y dejar a un lado los problemas.

—Yo creo que te vas a alegrar más cuando hables con mamá.

—¿Sí?, ¿por qué? —No puedo hablar todavía —dijo con un aire misterioso.

Béatrice se largó a reír al verle revolear los chispeantes ojos oscuros.

—Entonces habrá que esperar.

—Así es —concluyó convencida.

—Mientras espero a que se revele la sorpresa, quiero que me cuentes cómo anduvo tu día en el colegio.

Carmela dio rienda suelta a lo sucedido, ya que al fin había logrado encontrar a la persona ideal a quien confiarle los secretos y la angustia que vivía muchas veces en el colegio. Nunca había sido querida entre las compañeras y día a día se lo hacían notar; sin embargo, de la mano de Béatrice se sentía más segura.

Ambas desviaron la conversación cuando vieron a la señora Montero agitar el brazo mientras cruzaba la calle. De inmediato, se levantaron y fueron a su encuentro.

—Béatrice, ¿cómo han pasado la tarde? —Muy bien —dijo al mirar a Carmela y agregó—: Con mucha charla.

—Me alegro. Entonces vamos.

A pocas cuadras de allí, sobre la calle Piedras, se erigía la tienda San Juan. En ella se exponían hermosas prendas que adquirirían los clientes más selectos de la ciudad. Ni siquiera la exposición de los maniqués con los fastuosos vestidos confeccionados en costosos géneros pudo abstraer a Carmela, que tironeaba de la mano de su madre para saber cuándo iba a

decirle sobre el nuevo paseo.

—Béatrice, si no lo hago ahora, creo que mi hija no nos permitirá admirar todo esto —completó al hacer un paneo general del local.

—¿Qué sucede, señora Montero? —Quería decirte que mañana iremos a un día de campo. La idea surgió porque mi esposo quiere ver algunos caballos y desde que Carmela se ha enterado, no ha dejado de insistir en que nos acompañes.

—Me encantaría ir, pero debo consultarlo antes con mi padre.

—No será necesario. Antes de venir hacia aquí, pasé por tu casa y hablé con él.

—¿Y permitió que fuera? —preguntó con ansiedad.

—Por supuesto. Eso sí, me dijo que nos acompañará la empleada.

—Como siempre —dijo con una sonrisa—. Admiro y disfruto mucho de los animales y de los caballos en especial. He acompañado a mi padre a algunas carreras al hipódromo.

—Algo de eso me ha contado Carmela. Debés saber que lo que le contás, le queda en la cabecita de un modo contundente.

—Me lo imagino —concluyó entre risas mientras acariciaba la castaña y crespa cabellera de la niña.

—Esa era la sorpresa —comentó Carmela entusiasmada.

—Y te aseguro que me hará muy feliz ir.

—Gracias.

—Mamá, ya vengo —dijo la niña al acercarse a un maniquí vestido con un ampuloso vestido de color azul con pollera y mangas bombé y la pechera bordada con arabescos lilas y celestes.

—Béatrice, sé que mi hija te adora.

—Es mutuo.

—Lo sé, y lo que más me importa es eso. Verla con una sonrisa cuando está con vos me alegra el corazón; por ese motivo es que la consiento en todo.

—Me parece muy bien.

—Con respecto al paseo de mañana, hay algo que aún no sabés.

—¿A qué se refiere? —Máximo Uriarte fue quien estaba reunido con mi esposo cuando surgió la posibilidad de ver unos caballos. Fue él quien propició la visita al ver a Carmela tan entusiasmada y ella sugirió la posibilidad de avisarte para que nos acompañases. —Béatrice esperaba que no se le trasluciera el calor que comenzó a sentir no bien había escuchado ese comentario—. No sé qué le ocurre a él contigo, pero, desde que lo mencionó,

mi hija no ha parado de insistir en ir. Para mí, lo importante es darle el gusto a mi hija y, para asegurarme de eso, evité mencionarle a tu padre el nombre del dueño de la quinta.

—Ah —atinó a decir, sorprendida.

—Espero no haber complicado las cosas, porque no sé qué hay entre Santiago Lamas y vos.

—Él insiste y habló con mi padre sobre sus intenciones, pero a mí no me interesa.

—Bien, eso deberás hablarlo con tu padre. Santiago no le cae en gracia a mi esposo, pero sí el señor Uriarte, al que conocemos desde hace tiempo. Todo esto me coloca en una situación muy especial, porque, además, Rosario Lamas es mi amiga.

—Muchas gracias, señora Montero. La entiendo y yo también pienso que Máximo es un buen hombre.

Béatrice evitó nombrar a Santiago, no quería que la posibilidad de verse con Máximo se diluyera por cualquier motivo.

—Eso sí, lo único que te pido es que te cuides. Uriarte es un hombre grande que sabe lo que quiere y no permitiré que te lastime.

—No se preocupe, eso no va a suceder.

—Sin embargo, he visto cómo te mira cuando están juntos.

—No es algo de lo que debemos preocuparnos, de verdad.

—Ahora me quedo tranquila —dijo mientras escuchaba que Carmela la llamaba a los gritos.

—Será mejor que nos acerquemos antes de que alguna vendedora le llame la atención.

—Por supuesto.

Béatrice estuvo sonriente todo el tiempo que permanecieron dentro, como si se hubiera comprado todos los vestidos de la tienda. Con las manos vacías, caminaron hasta el carruaje que las aguardaba para llevarlas hasta la casa.

Cuando llegaron a la de la joven profesora, ella descendió y se despidió de ambas.

—Nos vemos mañana.

—Estate lista temprano —le advirtió la señora Montero.

—Lo estaré —dijo Béatrice al despedirse.

No bien entró a la casa, fue a saludar a su padre, que se encontraba en la sala con el periódico en las manos.

—Hija, ¿cómo estuvo el paseo? —Hermoso. Fuimos de visita a la tienda

que tiempo atrás me dijiste que iríamos.

—Pero qué bien, parece que la familia Montero se ha encariñado contigo.

—Y yo con ellos. Le tengo un cariño muy grande a Carmela; y la señora Ángela ha sido muy afectuosa conmigo.

—Te debe de haber dicho que estuvo más temprano para pedirme permiso para que los acompañaras a una quinta mañana.

—Así es, acaba de decírmelo.

—Como siempre, puse como condición que te acompañara Bernarda.

—Es mejor así.

—Yo mañana tendré un día complicado, por eso no creo que extrañes mi ausencia —comentó sonriente.

—No lo creo.

—Clarisa ha llegado hace un rato. Te espera en su cuarto.

—Gracias, voy ahora a buscarla.

—Béatrice, no te vayas, me he olvidado de preguntarle a qué familia pertenece la quinta.

—No lo sé, a mí tampoco me lo han dicho —dijo mientras trataba de no ponerse nerviosa.

—Está bien, lo importante es que vayas con ellos.

—Así es —replicó aliviada.

Béatrice evitó continuar con el interrogatorio de su padre y, de ese modo, no revelar los nervios que tenía por mentirle una vez más. Parecía que se le había hecho costumbre.

Máximo acababa de salir del burdel y, antes de poder alcanzar el carruaje, fue abordado por el jefe de policía.

—Tolosa, si lo que busca es divertirse en mi local, aún no ha abierto.

—No sea irónico, estoy trabajando.

—Yo también y debo irme.

Máximo se acercó al vehículo e ignoró la presencia del policía.

—Pues lo hará una vez que hable con usted.

—No tengo tiempo.

—Deberá hacérselo. Gran parte de mi tiempo lo dedico a saber qué ha sucedido aquella noche.

—Yo creo que no es así, lo único que le interesa es estar detrás de mis

pasos y no buscar la verdad.

—Sé lo que hago y tengo mis motivos —dijo nervioso.

—Espero que no sean personales.

Tolosa ya no sabía cómo controlar la rabia que tenía acumulada desde hacía tanto tiempo contra Máximo, y todo porque una mujer a la que en verdad había querido terminó en sus brazos. Esa aventura a Uriarte, le había durado poco tiempo, el necesario hasta que encontró la compañía de otra mujer. Sin embargo, para Tolosa, ella había sido importante, aunque estaba claro que para el otro no lo había sido. También estaba seguro de que, si no hubiera sucedido lo de la mujer, la situación entre ambos habría sido distinta.

—He descubierto los pagos que le hace a la familia de la pobre diabla, que fue encontrada a escasos metros de aquí, golpeada y atacada por un miserable de su calaña.

—Cuidado, no se cebe, porque hasta ahora no ha probado nada ni tampoco lo hará.

Máximo estaba harto de soportar los constantes aprietes de Tolosa.

—Sí es así, ¿por qué le paga cada mes desde lo sucedido? —Tolosa, con mi dinero hago lo que se me da la gana y, además, a quien debe preguntarle es a ella o a su familia, no a mí.

—Claro que lo hice, pero parece que la suma es lo bastante abultada como para comprar el silencio de la joven. No ha querido hablar.

—Deje de decir estupideces y de hacerme perder tiempo. Cuando tenga algo más importante que decirme, venga a verme, pero ahora no pienso perder un minuto más con usted.

Máximo lo dejó con toda la furia contenida por no poder probar que él había estado involucrado esa noche. También sabía que Tolosa pondría todo el empeño posible en encontrarle algún vínculo con el hecho. En su cabeza tenía claro cómo había sucedido todo, aunque aún no había podido demostrarlo.

Tolosa se quedó allí, parado en la vereda mientras observaba cómo Máximo se alejaba en el carruaje sin poder detenerlo, pero con el convencimiento de que estaba en el camino correcto para probar todo.

Uriarte trató de no pensar más en el jefe de policía y se dirigió a la casa de Álvaro Costa. Cuando llegó y se anunció, debió esperar unos pocos minutos hasta que lo vio aparecer.

—¡Pero qué sorpresa, Máximo, cuánto tiempo sin verte! —exclamó Costa —.

Adelante.

Ambos pasaron a una amplia sala decorada de manera recargada y descaradamente ostentosa. En el ambiente flotaba el humo gris del cigarro aún encendido y en una mesa a un costado del sillón había desperdigadas varias copas de cristal vacías.

—Hay cosas que no se preguntan —dijo en alusión al desorden mientras servía dos vasos de whisky.

—Por supuesto —convino Uriarte con una sonrisa.

—¡Por este reencuentro! —brindó y alzó el vaso.

Máximo evitó contestarle y hacerse eco del brindis, ya que nada estaba más lejos de él que volver a tener negocios con Costa. Solo tenía un motivo claro y concreto para haber ido allí, pero, de todas maneras, tomó un sorbo para amenizar el encuentro.

—Supongo que no podrás quejarte por cómo te va.

—Por supuesto y, por lo que veo, vos tampoco —comentó al echarle un vistazo a la sala.

—Soy el mejor en lo que hago —replicó con soberbia.

Máximo atisbó una sonrisa frente al comentario. Él lo había conocido a través de su tío. Desde aquella época, se dedicaba al juego y a regentear algún burdel.

Con el tiempo, se alejó de la actividad que él e Ismael desarrollaban y se dedicó más al juego. Cada uno siguió su camino sin interferir con el otro, ambos se respetaban. Con el correr del tiempo, hablar de Costa era mencionar al hombre más poderoso en el juego, ya que, si no se cumplían los términos que disponía, la cuestión podía complicarse más de la cuenta. A nadie le convenía enredarse con él.

—Vos dirás, aunque supongo que no vendrás a jugar una partida de cartas, ¿verdad? En ese instante, tomó unas barajas y las deslizó con una mano, donde resaltaba un anillo de oro con una piedra de rubí en el dedo meñique. Máximo esbozó una sonrisa al verlo presumir.

—Esta vez no he venido a jugar, aunque espero que no te olvides de con quién he mejorado mi técnica.

La carcajada que lanzó Costa hizo eco fuera de los muros de la sala. Todo en él era exagerado y pretencioso.

—Tenés razón, aunque me gustaría tener la revancha de la última partida.

—¿Aún la recordás? —Nunca me olvido de quien me gana, sobre todo cuando es alguien a quien le di varios trucos para ser infalible.

—En otro momento nos juntamos, con la promesa al menos de mi parte de

volver a ganarte —le dijo para provocarlo.

Otra vez, Costa estalló en una carcajada, no era común que alguien se le animara y lo desafiara. Hacía tiempo que no se divertía tanto.

—¿Qué sabés de Ismael? —Lo vi hace poco en París.

—Sé que se ha ido hace bastante tiempo de aquí.

—Es otro hombre allá y está muy bien.

—La próxima vez que lo veas, mandale saludos de un viejo amigo.

—Se los daré.

—Supongo que no viniste a mantener una conversación familiar.

—Suponés bien.

—Vos dirás... Costa escuchó con atención lo que le decía Máximo sin emitir expresión o gesto alguno que pudiera transmitir lo que pensaba. Como buen jugador, nadie podía decir qué le pasaba por la mente.

Apuró de un sorbo el resto del contenido de la copa y prendió otro cigarro.

Mientras hablaba, observaba a Máximo y notaba que se había transformado en un hombre duro que parecía tener las ideas bastante claras sobre lo que quería.

Cuando terminaron la conversación, al fin Máximo sintió alivio por haber resuelto otro tema que lo tenía expectante. Luego de despedirse de Costa, regresó al burdel para descansar un poco, ya que, al día siguiente, tendría que madrugar para disfrutar de una jornada que había esperado mucho. Estar junto a Béatrice, era lo que esa noche lo desvelaría.

Una vez más, la habitación de Béatrice se había transformado en un confesionario. El murmullo en el que hablaban hacía imposible que alguien pudiera escuchar lo que se decía allí dentro.

—Me imagino cómo te habrás sentido al escuchar lo que dijo la señora Montero.

—No sabía si reírme de felicidad, llenar de besos a Carmela por la idea o volver a agradecerle.

—¿Te das cuenta de que él está en todo? —Eso parece —lanzó con un suspiro.

—Debés disfrutar de todo esto.

—Ojalá que esto sea siempre así —exclamó llena de deseo.

—¿Por qué no va a serlo? —No lo sé, por momentos tengo la sensación de

que es como vos decís y en otros siento que todo va a ser muy complicado si hay tantas personas en nuestra contra.

—Eso no debe angustiarte, seguro que todo se va a arreglar.

—¿Hoy estuviste con el *docteur*? —preguntó para cambiar de tema.

—Por supuesto —replicó con una amplia sonrisa—. En mi caso, también me parece que por momentos todo se va a desmoronar, pero luego recuerdo cada palabra que me dijo, la confesión sobre lo que siente por mí, y ese es el bálsamo que necesito para aquietar mi espíritu.

—Claro que sí, yo haré lo mismo.

—Ambas debemos tener mucha paciencia... —Y mantener la esperanza de que todo se solucionará poco a poco — completó Béatrice.

—Esperemos que no sea tan de a poco —dijo con una sonrisa.

Unos golpes en la puerta interrumpieron el momento de las confidencias.

—Vengan al comedor, ya está la cena lista —clamó Bernarda desde el otro lado de la puerta.

—Vamos, no quiero enojarla —comentó Béatrice.

—No sea cuestión de que complique la salida de mañana.

—¡No, por favor! —exclamó sonriente.

Ambas alcanzaron la puerta envueltas en risas y con la ilusión de que todo se acomodaría con el tiempo.

CAPÍTULO 13

Más allá de aquellos insondables ojos grises

A unos pocos kilómetros del centro de la ciudad, se ubicaba la quinta de Máximo. Aún recordaba el momento en el que había decidido adquirirla. No le había llevado demasiado tiempo decidirse luego de dar unas vueltas alrededor de la propiedad y admirar el entorno. La casona estaba ubicada al pie de una barranca, rodeada de violetas y geranios que le brindaban color a la blanca fachada. Varios cuartos se extendían a lo largo de la única planta de la propiedad, protegida por rejas negras y postigos de madera que acababan de abrirse para darle más luminosidad al interior. Una frondosa higuera plantada a un costado de la construcción, junto a algunos naranjos, le otorgaban frutos con los que se elaboraban deliciosos dulces. Detrás se ubicaba el establo, cuyas comodidades no eran las que Máximo pretendía. No hacía mucho había comenzado con el proyecto de armar una buena caballada y para eso necesitaba una construcción más amplia, por eso había comenzado a hacer algunas reformas de las que Basualdo, el capataz, estaba a cargo.

Desde allí se veían las turbulentas y veladas aguas del Río de la Plata. Una vez que se descendía por el escarpado barranco, se abría un amplio camino escoltado por varios sauces que brindaban sombra y fresco a la vera del río.

En algún momento creyó que ese lugar podría ser el cobijo perfecto para su madre. Aún mantenía el convencimiento de que era un lugar que brindaba la tranquilidad que ella necesitaba y un hermoso paisaje que le posibilitaría despejarle la mente. Por otro lado, la cercanía al centro de la ciudad le permitiría llegar con rapidez al hospital ante cualquier eventualidad que pudiera surgir.

Pero nada de lo que pensó había sido posible, ya que Teresa estaba en aquel lúgubre lugar del que parecía no querer salir.

Máximo evitó continuar con el hilo de esos pensamientos y se centró en lo único que lo desvelaba: Béatrice. Su imagen anidaba dentro de él desde el mismo momento en que la había conocido. Por un tiempo intentó apartarla, pero se dio cuenta de que ya era demasiado tarde. Luego intentó saber qué era

lo que ella tenía que se le filtraba debajo de la piel y le corroía cada partícula del cuerpo con su presencia, con su mirada. Él creía ver más allá de aquellos insondables ojos grises que tanto adoraba; sabía que tras ellos había un gran dolor junto a una triste pérdida, pero sosegados con la tímida esperanza de tener algo mejor. Podía notarlo en el brillo que por momentos destellaban cuando lo miraba.

Cada uno de esos sentimientos lo perseguían desde siempre, aunque ella se había transformado en la esperanza de alcanzar algo mejor. Solo ella lo sacaría de la oscuridad en la que había estado sumergido desde hacía tanto tiempo.

Béatrice apareció cuando él no tenía ningún otro aliciente más que continuar con su lamentable existencia, plagada de problemas, dolores y pérdidas. Nunca antes alguien le había importado tanto como para transformarse en la razón de su existencia. Él deseaba y esperaba estar cerca de ella para escabullirse en sus sentimientos y fundirse en ellos.

Comenzó a dar una segunda vuelta alrededor de la casona sin dejar de mirar hacia la avenida de árboles que daba la bienvenida al lugar. Suponía que de un momento a otro llegarían los invitados.

En el tiempo que Béatrice estuvo a bordo del carruaje no había dejado de pensar en él. Comenzaba a creer en lo que Máximo le había dicho: que se despreocupara, porque él se ocuparía de todo.

Antes de que la pasaran a buscar, estuvo todo el tiempo expectante de que nada desbaratara el encuentro. Solo sintió que lo alcanzaría cuando se alejó de la casa envuelta en la cálida brisa matinal y alcanzó el carruaje que la aguardaba para llevarla a destino.

De manera disimulada, deslizó las manos por la pollera, ya que aún las tenía húmedas por los nervios que la embargaban desde la noche anterior. Intentaba mantener una conversación con la señora Montero, pero tenía la mente dispersa y solo pensaba en él. Carmela se había sentado a su lado, aunque Béatrice no dejaba de mirar por el cristal de la ventana. Los rayos del sol se reflejaban en el interior del vehículo mientras brindaba calidez y presagiaba un excelente día. De a poco, el frío abandonaba la ciudad y le daba lugar a jornadas más agradables.

Disminuyeron la marcha a poco de llegar, y Béatrice observó que, frente a

sus ojos, se abría una amplia arboleda por la que se ingresaba a la quinta de Máximo. El bamboleo del vehículo menguó aún más junto al ritmo de los caballos hasta detenerse.

—¡Bienvenidos! Máximo se acercó al carruaje para recibirlos y no dejó de buscar a Béatrice con la mirada. Por mucho que fingía alegría por recibir a los invitados, solo ella le robaba la atención.

Cuando descendió, posó los ojos sobre los de la joven. El cabello oscuro le caía en cascada sobre la espalda, detalle que la hacía más deseable. Béatrice sintió cómo la acariciaba con la mirada y supo que no haberse atado el cabello con un broche había sido un acierto.

Máximo se estrechó en un abrazo con Fermín Montero y también saludó a su esposa.

—Carmela —dijo al inclinarse y tocarle la cabeza en un gesto de cariño.

Luego se acercó a Béatrice y le rozó la mejilla con los labios. No quiso darle un beso, aunque fuese casto, porque no se habría podido contener. Apenas fue un roce de labios mientras le deslizaba los dedos por la cintura.

—Bienvenida —susurró.

—Gracias —contestó al fijar los ojos en él.

Una vez más, entablaron ese diálogo especial a través de las miradas. Ella no supo cuánto duró, si unos pocos segundos o mucho más, pero, luego de salir de ese estado abstracción en el que Máximo la sumergía, desvió la vista hacia la señora Montero, que observaba su comportamiento con atención.

—Aún no sé cómo lo has logrado —le dijo por lo bajo.

—Haría cualquier cosa por tenerte cerca —susurró.

Máximo sabía que los observarían, así que de momento se comportó del mejor modo que pudo, por lo que se alejó de ella y miró al resto.

—Supongo que querrán ponerse cómodas —dijo al ver la bandeja que Bernarda llevaba en las manos—. ¡Félix! —De inmediato apareció el cochero ante ellos—. Acompañalas adentro para que dejen todo.

El alterado gesto que había mantenido Bernarda al enterarse hacia dónde se dirigían se apaciguó al saber que allí estaría Félix para compartir ese día. Aún no entendía cómo se había concretado la visita luego de la discusión que habían tenido Máximo y Nicanor y de la que ella había sido testigo junto a Béatrice; no sabía cómo la joven se las había arreglado para estar ahí.

—¡Hombre, qué bien cuidada tenés la propiedad! —comentó Fermín al observar todo a su alrededor.

—Eso intento, aunque me gustaría disfrutar más de este lugar.

—Yo diría que el burdel no está tan mal —lanzó con picardía mientras le daba una palmada en la espalda.

—Para mí se trata solo de trabajo.

—Me imagino, aunque doy por seguro que es más divertido que diseñar y construir muros y tabiques, como lo hago a diario —comentó con una carcajada.

—Si lo ves en esos términos, diría que tenés razón —replicó también entre risas.

—Yo acabo de adquirir una finca en la zona oeste de la ciudad y estoy interesado en comenzar con el tema de los caballos, como lo hiciste vos.

—Supongo que se disfruta más de un lugar así con una familia.

—Amigo, espero que no tardes en conformarla. Te aseguro que por mucha vuelta que le des al asunto, terminarás enredado con una —comentó al desviar la mirada y ver que se acercaban las mujeres.

—Papá, ¿aún no has visto los caballos? —preguntó Carmela.

—Vamos —propuso Máximo.

—Quiero agradecerle las molestias que se tomó —dijo la señora Montero, que había estado en la casa y vio los arreglos y al capataz con el fuego prendido para poner la carne en la cruz para asarla.

—Él siempre se luce en cada asado.

—Mientras ustedes recorren el lugar, yo me quedo con Bernarda para arreglar todo.

Los cuatro enfilaron hacia el establo. Al entrar, les mostró el lugar y los pocos boxes que tenía; dentro de cada uno se lucían los caballos que tiempo atrás había adquirido. Mientras Máximo se entretenía en responderle algunas preguntas de Fermín, Béatrice se había distanciado hacia el box más alejado sin dejar de observar al caballo que lo ocupaba. Una vez que Máximo pudo desembarazarse de su invitado, caminó hacia ella sin dejar de contemplarla. Le llamaba la atención que precisamente estuviera allí y no en otro box.

—¿Te gusta? —le susurró cerca del oído.

Béatrice no se sobresaltó, ya que sentía su presencia cada vez que estaba cerca.

—Sí —respondió al inclinar la cabeza hacia atrás y contemplarlo mejor —.

Disfruté mucho de ver a *Gala* en la carrera.

—¿Sí? —dijo mientras se le acercaba y con la mano le rozaba los dedos —.

No sabía que te gustaban las carreras y que la fueras a reconocer.

—Claro que sí. Mi padre me llevó cuando supo que a mí también me gustaban. En París se disputan algunos premios importantes.

—¿Y has ido? —preguntó sorprendido.

—No invitada, si no que me escapé y, con la complicidad de mi madre, logré ver parte de aquel espectáculo que me maravilló por completo.

Él sonrió al imaginarla en aquella situación. Siempre supo que en ella coexistían una joven que cuidaba las formas y otra con un corazón intrépido.

Nadie que no contara con esos rasgos podría haber emprendido un viaje a través del océano hacia un continente desconocido con la sola ilusión de conocer a su verdadero padre tras la muerte de su madre. Para eso se necesitaban agallas y, sin dudas, ella las tenía.

—Pero cuando supe que *Gala* era la potranca que me había robado la atención en la carrera y te pertenecía, me sorprendí y me alegré más aún.

—Me gusta que compartamos esto también —susurró—, aunque recuerdo que no pude concentrarme en la carrera porque una mujer me robó la atención.

Ella se dio vuelta para tenerlo frente a sí y le lanzó una sonrisa cómplice. En ese mismo instante, fueron interrumpidos por Carmela.

—¡Béatrice! Quiero subir a un caballo —pidió con impaciencia.

—Eso lo tienen que decidir tu padre y Máximo.

—Carmela, tenés que ir con tu madre —clamó Fermín al acercarse a ellos.

—Papá, por favor —insistió.

—Puedo disponer algunos caballos, pero no sé cómo nos arreglaremos.

—Yo me ocupo de Carmela —dijo Béatrice al ver a la niña tomada de su mano.

—¿Podrás hacerlo? —preguntó ella entusiasmada.

—Claro que sí, siempre que tu padre me permita llevarte.

—Está bien, pero haremos un paseo corto, no quiero preocupar a tu madre —contestó Fermín.

Mientras Basualdo preparaba los caballos, ellos salieron del establo para continuar la conversación. Una vez montados, la cabalgata fue tranquila a través de un sendero rodeado de árboles, pastos y flores silvestres que recorría parte de la propiedad. Lo más lindo de todo aquello era la vista al río que tenían desde el camino que bordeaba la pendiente y que alcanzaba las aguas que bañaban la orilla. En todo momento, Máximo no había dejado de estar atento a Béatrice y cabalgaba a su lado. Sabía que debía contentarse con tenerla cerca, porque no podía hacer mucho más que disfrutar cada instante

junto a ella. Además, tenía que atender a su invitado, que buscaba interiorizarse sobre la compra y cría de caballos. Luego se detuvieron para admirar la vista que tenían desde allí.

—Abajo, Carmela —le ordenó el padre.

—No he podido conducirlo, dejame aquí arriba, por favor.

—Está bien.

Máximo ayudó a Béatrice a bajarse del animal sin que se moviera y asustara a la niña. La aferró de la cintura y la mantuvo entre sus brazos hasta que ella tocó el suelo, pero al alcanzarlo tampoco la soltó. Con los dedos le acarició la espalda y sintió cómo se estremecía con cada caricia que le daba.

Sin mucho convencimiento, se acercaron hacia unos árboles para dejar que los caballos descansaran.

—Quería comentarte algo —dijo Fermín— respecto a un tema que te preocupaba la vez que estuviste en casa.

—Por supuesto, caminemos un poco.

Máximo supo de inmediato que su amigo había buscado alguna respuesta a su preocupación por las internas del hospital y la posibilidad de que fueran expulsadas de allí. Fermín sabía que, si no fuera algo preocupante para Máximo, jamás se lo habría planteado. Sin embargo, evitó preguntarle el motivo de ese interés.

Mientras los hombres se alejaban, Béatrice buscó reparo bajo la sombra de unos árboles. Sin embargo, ante la insistencia de Carmela, no tuvo más remedio que tomar las riendas del caballo y llevarlo en un corto recorrido para que la niña disfrutara de esa nueva experiencia. A cierta distancia de allí, Máximo no dejaba de contemplarla mientras intentaba concentrarse en la conversación. Para él, verla actuar con la niña de ese modo, le dejaba ver el candor e inocencia que poseía junto a una gran sensualidad, demostrada quizás en movimientos o actos de los que no era consciente. Durante gran parte de su vida había estado rodeado de mujeres que buscaban manipular, seducir o conquistar a un hombre con algún interés oculto, pero estaba cansado de todo eso, de ver cómo las mujeres se vendían al mejor postor. En cambio, Béatrice representaba todo lo contrario a lo que estaba acostumbrado y, sin dudas, eso lo fascinaba más.

Vio cómo se daba vuelta para mirarlo para luego poner atención en la niña.

—Te agradezco que te hayas preocupado por este tema —le dijo Máximo a Fermín.

—Lo que necesites, no tenés más que decírmelo.

—Gracias. No sé si ha sido la cabalgata o el aroma que viene del asado, pero tengo ganas de probar la carne.

—Vamos, entonces.

La mesa se había dispuesto debajo de la sombra de unos árboles que circundaban la finca, donde la señora Montero ultimaba los detalles junto a Bernarda. De pronto, escuchó que su hija la llamaba.

—¡Mamá, mamá! —gritó Carmela al tiempo que se soltaba de la mano de Béatrice para ir a su encuentro.

—¡Cuidado! —gritó Béatrice.

Enseguida salió tras ella al ver que una parte de un tronco, que estaba disimulado por la hierba, sobresalía y amenazaba con hacerla tropezar. Ya le había advertido que tuviera cuidado, pero la emoción de la niña por estar allí y haber andado por primera vez a caballo la distraeron. Estuvo a punto de alcanzarla, pero no lo logró y Carmela cayó de bruces. El golpe no habría pasado a mayores si no fuera porque cayó sobre uno de los tobillos y se lo dobló. Trató de ahogar el llanto, porque no quería echar a perder aquel día que, para ella, era soñado.

—Hija, ya te he dicho que no podés ser tan imprudente y distraída —clamaba su padre, que la llevaba en brazos mientras Béatrice le sostenía la mano.

La señora Montero había ido a buscar un paño con agua fresca para colocarle en el pie.

—No me di cuenta —sollozó.

—No es más que un golpe, no te preocupes, el dolor pasará —dijo Béatrice para tratar de calmarle la angustia.

La conocía y sabía que lo único que buscaba era congraciarse con todos para que de ese modo la quisieran. No quería defraudar a su familia, ya bastante tenía que lidiar con su torpeza y con la falta de cariño de las compañeras de colegio.

Ella aún no se daba cuenta de que ese esfuerzo era inútil, porque sus padres la amaban y se preocupaban por ella.

En algún momento de su vida en París, Béatrice intentó actuar de ese modo con el que creía su padre, pero al poco tiempo supo que el rechazo era absoluto y que no se contentaba con ignorarla, sino que además se lo demostraba de todos los modos posibles. Movi6 la cabeza como si, con ese gesto, pudiera arrancar esos pensamientos de allí para lanzarlos al olvido.

—Siéntenla aquí —dijo Máximo, que no había dejado de observar lo

sucedido ni el modo de actuar de Béatrice.

Con la pollera levantada hasta las rodillas y sin la botineta que calzaba, Carmela puso el pie sobre la pollera de Béatrice mientras su madre le hacía compresas de agua fresca.

—Fermín, no creo que podamos quedarnos mucho aquí —dijo la mujer.

—Mamá, no quiero irme —sollozó la niña.

—Lo sé, además ya está todo dispuesto —comentó ella al ver todas las molestias que Máximo se había tomado para agasajarlos.

—Se le ve a deshinchar a medida que el agua fresca cumpla su efecto —informó Máximo.

—Señora Montero, habría que preparar agua con unas cucharadas de sal, dejar reposar y luego sumergir el pie.

—Gracias, querida Béatrice —dijo con dulzura.

Para doña Ángela estaba claro que la joven se había transformado en alguien importante para su hija y para ella también. Ya poco quedaba de la maestra de francés que había buscado para perfeccionar el idioma de Carmela, notaba cómo poco a poco la niña tomaba confianza en la escuela y con sus amiguitas, y eso se lo debía a Béatrice, que hacía un trabajo excelente. Ver la felicidad que Carmela tenía cada vez que arreglaban algún paseo con la joven la colmaba de alegría, y observar en ese instante la sincera preocupación que se le traslucía en el rostro a la muchacha ante la lesión no hacía más que confirmar el vínculo que las unía.

—Me imagino que no dejaremos a nuestro amigo con todo esto preparado —contestó de mala gana Fermín.

—Ustedes comiencen mientras yo atiendo a Carmela —dijo su esposa.

Si bien la voluntad estuvo, nadie comió tranquilo, ya que el rostro de dolor de la niña no menguaba.

—Fermín, creo que será mejor que la llevemos para que la vea el médico —lanzó Ángela.

—¿Te parece? —Creo que será lo mejor —insistió.

—Si lo desean, yo los llevo —se ofreció Máximo.

—De ningún modo, ya tiene bastante con que dejemos todo este recibimiento por la mitad.

Béatrice se levantó para ir con ellos y Máximo vio cómo la señora Montero se le acercaba para hablar.

—No es necesario que nos acompañes —dijo al tomarle las manos entre en las suyas—. Sé que vas a disfrutar si te quedás.

—Pero... —Primero llevaremos a Carmela al hospital —la interrumpió— y luego, si está mejor, vendremos, te lo aseguro. Eso sí, tenés que prometerme que te cuidarás.

—Por supuesto. Además estaré en compañía de Bernarda.

—Si no fuera así, no te dejaría aquí. Mi querida, no sé cuánto tiempo nos llevará estar con el doctor y no puedo obligarte a que pierdas un hermoso día dentro de un hospital.

—Pero Carmela querrá que vaya —insistió.

—No te preocupes más por ella y no hagas que me preocupe por vos.

—Quédese tranquila.

Béatrice estuvo allí de pie en compañía de Máximo mientras veían alejarse el carruaje y la regordeta manito de la niña que los saludaba a través del cristal de la ventanilla.

—No has comido nada.

—Se me ha ido el apetito.

—Entonces haremos algo de ejercicio para que lo recuperes —comentó al verle la sorpresa en el rostro—. Yo tampoco he comido.

La tomó de la cintura, la abrazó y la llevó hacia donde caía el terreno hacia el río.

—Noté cuando llegaste que reparaste en este lugar.

—Así es, tiene una vista magnífica.

Él la rodeó por detrás y admiraron el paisaje que se abría ante ellos. Desde allí se veían algunas embarcaciones fondeadas en la lejana rada y cómo el agua lamía la orilla y dejaba a su paso varias hojas y ramas caídas de los árboles. El sonido del agua se había transformado en una agradable melodía junto al graznido de algunas aves que revoloteaban por allí.

Ella enredó los dedos con los de él e inclinó la cabeza para apoyársela en el pecho mientras él la mantenía envuelta en los brazos.

—Algunas noches que pasé en vela estuve aquí hasta el amanecer —le susurró al oído y le apoyó el mentón en el hombro.

Ella intentó imaginar la imponente figura que él portaba debajo de esas prendas oscuras que vestía mientras observaba el barranco bajo una mirada inabarcable. La brisa le movía el cabello negro con suavidad mientras ella se fundía en ese cálido y protector abrazo.

—¿Solo? —No del todo —agregó al sentir cierta rigidez en el cuerpo de Béatrice.

Aunque ella sabía que siempre estaba rodeado de bellas mujeres, él nunca

le había hablado de ninguna. Desde que había visitado el burdel, trataba que los celos no la consumieran por dentro.

Como si él supiese lo que pensaba, la estrechó aún más entre sus brazos.

—Porque me acompañaba tu imagen, Béatrice. Desde el preciso instante en que te vi, te apoderaste de mis pensamientos, de mi corazón, te robaste mi atención, porque siempre has sido mi única esperanza.

Él le acarició una mejilla con los dedos para secarle algunas lágrimas que le caían incontrolables de los ojos.

—No lo digo para que te pongas mal, sino para que sepas lo que has significado para mí desde el momento en que te conocí.

Ella le tomó una mano entre las suyas y se la besó. El cálido aliento de él le acarició el cuello y con la boca descendió mientras dejaba un reguero de besos hasta alcanzarle el hombro. Luego, con la lengua, jugueteó con el lóbulo al tiempo que ella lanzaba gemidos incontrolables.

—Sos mi vida —le murmuró él al oído. Ella se dio vuelta y observó esos ojos negros que la desnudaban cada vez que la veían—. Quiero besarte como me habría gustado hacerlo cuando llegaste.

No le dio tiempo a que le contestara; verla con los ojos cerrados y la boca entreabierta le brindó la bienvenida que buscaba. Entonces le recorrió con la lengua el labio inferior para saborear su dulzura y penetró en el interior. De inmediato, ambas lenguas se entrelazaron en una danza erótica y sensual mientras ella ahogaba gemidos de placer. Hurgó y buceó en su interior mientras las firmes manos le recorrían la espalda y la estrechaban con más fuerza. Él sentía cómo Béatrice le hundía los dedos en el pelo y le agarraba un mechón para atraerlo y fundirse en la estrechez de esa cercanía. Cuando creyó que la dejaría sin aliento, comenzó a besarle el rostro. Luego la contempló y le vio los labios enrojecidos y el arrebató en las mejillas, que la hacían más adorable.

—Te amo —susurró Béatrice.

Esas dos únicas palabras era todo lo que él necesitaba y que había esperado tanto tiempo. Siempre supo qué era lo que Béatrice le provocaba, pero necesitaba saber que ese sentimiento tan profundo también estaba enraizado en ella. En ese momento, tuvo la certeza de que nada los separaría.

—Te amo desde hace mucho tiempo. Mientras aguardaba a que llegara este momento, ese sentimiento no ha dejado de crecer —confesó ella—. Nunca creí sentir por alguien un amor tan hondo e intenso como este.

—Lo sé, mi amor, y estoy seguro de que la espera ha valido la pena. —Le

tomó el rostro con las manos y se entregó a un beso profundo y voraz para intentar saciar los deseos que sentía por ella—. No sé cómo lo lográs, pero me volvés loco.

—Me gusta hacerlo —lanzó. Le rodeó la cintura con los brazos y apoyó la cabeza en el macizo pecho de Máximo.

Ambos se quedaron abrazados, en silencio, sin decirse nada más que lo que demostraban las caricias que se prodigaban.

—Mi amor, te prometí que te daría algo de comer.

—Si fuera por mí, me quedaría así para siempre.

—Yo también, aunque tengo pensado algo mejor.

Ella se incorporó para mirarlo y lanzarle una sonrisa, pero en ese momento algo le distrajo la atención.

—¿Qué es aquello? Béatrice le indicó con el dedo un entarimado de madera empotrado en medio del barranco, bordeado por varias maderas pequeñas y descoloridas que formaban una suerte de baranda.

—Es lo que quedó del lugar donde se guardaban las herramientas —explicó él—. Luego de algunas crecidas del río, quedó inutilizado. Cuando compré la propiedad, intenté quitarlo, pero la estructura estaba muy arraigada al suelo, como si formara parte de él. Lo dejé así, aunque cada vez que me asomo, veo cómo distorsiona la vista del paisaje.

—No lo creo, es como un descanso en mitad de la bajada.

—Nunca lo había pensado de ese modo. Acerquémonos.

Máximo buscó un lugar donde el descenso no fuera tan escabroso y la ayudó a bajar para evitar que se cayera.

—¿Vas bien? —Claro que sí —contestó y le lanzó una sonrisa. Era imposible no estarlo si él no dejaba de sujetarla y tenerla bien agarrada para evitar que se lastimara.

La imagen de ella, feliz a su lado con el cabello que le flotaba al viento, lo seducía como ninguna otra mujer lo había hecho. La atrajo hacia sí, la rodeó entre los brazos y le estampó un beso hambriento, lleno de necesidad, promesas y entrega.

Descendieron entre el verde del pasto salpicado con flores silvestres que nacían por doquier hasta alcanzar la destartada construcción.

—Como verás, no es gran cosa —opinó él.

Ella observó hacia arriba y le pareció como si estuviera incrustada a mitad del barranco.

—Me encanta —replicó ella.

Él amó verla de ese modo, libre, sin ataduras, sin necesidad de esconderse ni tener que rendir explicaciones a alguien. Sin dudas, sentía que esa tarde y ese momento les pertenecía.

En ese mismo instante, no pudo controlar el ferviente deseo de hacerla suya.

Ya no importaba si no era el lugar apropiado ni el momento indicado, entonces la tomó entre los brazos y la besó de un modo voraz.

—Te deseo con locura —exclamó en un ahogo—. Solo tenés que decirme que no es el momento y me detendré.

Ella lo miró durante unos interminables segundos. Sus ojos hablaban de todo lo que sentía, de que lo comprendía, de que veía más allá que cualquier otra persona. Solo ella creía conocer qué había en su interior. Entonces le tomó el rostro entre las manos y se lo acercó al suyo para así demostrarle que lo deseaba del mismo modo.

—Te amo y te pido que no te detengas.

—Hace mucho tiempo que deseaba tenerte así, solo para mí —le susurró al oído—. Cada instante que paso y no estás a mi lado es difícil de soportar.

Las palabras que pronunciaba le provocaban a Béatrice un estremecimiento en todo el cuerpo. Él entonces comenzó a jugar con el lóbulo de la oreja, se lo lamía y mordía para arrancarle ahogados gemidos y luego descendió por el cuello mientras se lo humedecía con besos y desplazaba los dedos hasta tomarle los pechos. Comenzó a trazarle círculos sobre los pezones hasta que quedaron erectos.

—Necesito verte, mi amor —imploró lleno de deseo.

Buscó los botones de la blusa y poco a poco comenzó a desprenderlos para dejarle al descubierto la ropa interior, que con habilidad descorrió hasta sentirle erizada la piel. Le masajé los pechos sin dejar de besarla con avidez mientras notaba cómo se retorció del placer, lo que aumentaba el deseo de estar dentro de ella.

Sin dejar de besarla, se quitó el saco y lo estiró sobre el piso de madera.

—Quiero que estés más cómoda —le susurró entre caricias mientras la tomaba de la cintura para acostarla con suavidad en el piso.

El cuerpo de Béatrice era un concierto de emociones y sensaciones que nunca antes había soñado sentir. Las manos de Máximo le recorrían todo el cuerpo mientras que su boca le adoraba cada parte del torso y descendía hasta el vientre para que ella gozara cada instante. Luego bajó las manos por las piernas para levantarle la pollera y al fin dar con su centro. Con dedos

expertos, la rozó y acarició con sensualidad hasta penetrarla, y con suaves pero firmes movimientos hizo que se estremeciera de placer hasta notar que estaba lista para recibirlo. Con un rápido movimiento, se liberó del pantalón y le colocó los brazos por encima de la cabeza mientras enredaba los dedos con los suyos; los movimientos de deseo le decían cuánto lo anhelaba; le imploraban que no se detuviera. Entonces fijó los ojos en los grises de Béatrice y supo que la amaría hasta desfallecer, que le sellaría cada parte del cuerpo con absoluta devoción y que le brindaría un momento único donde solo existiera su nombre, su piel. Se fundiría en ella y la haría suya, en mente y alma.

Comenzó a penetrarla con suavidad para que se abriera a él y con cada embestida ella vibraba de un modo inexplicable. Él no dejaba de mirarla con la frente perlada de sudor mientras continuaba con controladas acometidas para evitar lastimarla. Al notarle cómo el cuerpo se le acoplaba a esos movimientos, aceleró el ritmo y le arrancó jadeos desesperados a medida que incrementaba la intensidad de las embestidas. En el mágico instante en que ella explotó de placer, él se dejó llevar en medio de una bruma de deseo, pasión y goce.

Luego, la agitada respiración de ambos comenzó a desvanecerse junto al cristalino y relajante sonido del agua que abandonaba la costa.

—Mi amor, ¿cómo estás? —Feliz. Te amo tanto —susurró con los ojos colmados de lágrimas.

—Yo también y sos solo mía —ahogó con un beso—. Esta también ha sido para mí la primera vez que hice el amor.

Máximo se la acomodó sobre el pecho y continuó con las caricias mientras le enrollaba los dedos en el cabello. No encontraba las palabras justas para decirle lo que había significado ese momento para él, porque ningún otro que hubiera vivido podía compararse a ese.

—No me mires así, es la verdad. Lo ha sido, porque es la primera vez que amo a alguien y esto que hay entre nosotros será así siempre. Vos serás mía para siempre. —Con el pulgar barrió una a una las lágrimas que Béatrice derramaba de la emoción ante esa confesión—. ¿Qué sucede? —No sé. A veces pienso que estás rodeado de tantas mujeres que... —Nunca vuelvas a decirlo —la interrumpió mientras le tapaba los labios—.

No podés siquiera compararte con otra mujer que haya pasado por mi vida. Las hubo, pero ninguna importante.

—Sin embargo, hubo alguien que provocó las desavenencias con mi padre.

—Fue hace mucho tiempo, yo era más joven y creí estar enamorado de la hermana de mi mejor amigo. Ella era especial, pero la muerte la alcanzó y eso provocó que llevara el peso de la culpa por mucho tiempo. No me perdonaba haber actuado del modo en que lo hice. —Hizo una pausa y continuó—: Pero no hace mucho al fin pude dejar aclaradas las cuestiones pendientes con su hermano. Siempre creí que luego de aquello no volvería a enamorarme, porque sería un modo de pagar lo que había hecho, pero, cuando te conocí, volví a encontrar algo tan o más profundo que lo que había sentido con Catalina. No me equivoqué, porque nunca nadie provocó en mí los sentimientos que vos generás.

Te aseguro que nada me importa si no estás a mi lado. Por eso esta vez intenté calmarme, no apresurarme y esperar a que fuese tu momento. El amor que siento por vos me da fuerzas para luchar contra todo, porque mi vida no tiene sentido si no te tengo.

—Yo siento una gran opresión en el pecho cuando no estás conmigo. Es como si no existiera ni me importara nada más que vos. Te amo —exclamó con dulzura.

Él le acarició el rostro y le dio un suave beso que selló todo lo que se habían dicho. Luego se quedaron abrazados, envueltos en caricias mientras se susurraban palabras de amor.

—Supongo que ahora sí estarás con apetito —le ronroneó al oído.

—Sí, estoy con mucha hambre.

—Yo al menos sé cómo saciar el apetito que siento por vos. —Sonrió con picardía y le dio un beso en la punta de la nariz.

Él se acomodó la ropa y antes que ella intentara incorporarse, sacó un pañuelo de su pantalón. En la más absoluta intimidad, se lo pasó entre sus muslos, limpiándola sin dejar de mirarla. Luego la ayudó a que se acomodara la vestimenta para que no quedaran evidencias a los ojos de los demás de lo que había pasado; lo único que Béatrice no podía ocultar era la cara de satisfacción por haber sido amada. La tomó de la mano para ascender y atravesaron unas grandes piedras ubicadas a un metro y medio del camino que surcaba el río, que habían sido colocadas no hacía mucho con la finalidad de servir como muro de contención por si las aguas crecían.

—¿Estás bien? —Me siento tan bien que podría hacerlo tantas veces como quisieras.

—Supongo que no te referís solo a la subida —comentó divertido. Verle el gesto de inocencia y confusión en el rostro por lo que acababa de decirle la

tornaba más adorable—. Vamos —dijo al darle otro beso y continuar el ascenso.

Al llegar al llano, se dirigieron a la casona y entraron por la puerta lateral que accedía directo a la cocina. Sobre la amplia mesa de madera había una fuente con la carne que había quedado; y en otras dos, los postres.

—¿Dulce o salado? —Lo dulce lo preparé yo.

—¿En serio? —dijo al quitar el paño que cubría varias compoteras.

—Parece que algunos ya comieron.

Béatrice había preparado unas cuantas más de las que había allí.

—¿*Crème brûlée*? —clamó con una cuchara en la mano—. Sin dudarlo, me inclino por lo dulce.

—¿Te gusta? —Es mi postre preferido. Las veces que he estado en París lo pedí, aunque supongo que no es tan rico como este.

—Habrà que probarlo para ver cómo me salió —dijo al tomar otra compotera.

Antes de que lograra hacerlo, introdujo la cuchara en la tentadora mezcla aromatizada con canela para dársela en la boca. Verla saborear ese postre le provocaba deseos de echar a un lado la compotera y hacerla suya otra vez. Con el dedo le quitó un pequeño resto del postre que le había quedado en el labio y se lo llevó a la boca para saborearlo. Ante la atenta mirada de ella, le dio otra cucharada, que comió con ganas para luego disfrutar él de otro bocado.

—Excelente —dijo admirado.

—Lo decís porque lo hice yo.

—Además de eso, está muy rico.

En medio de risas y comentarios acerca de los gustos por la comida, apareció Bernarda.

—La busqué por todas partes pero no pude encontrarla.

—Ha estado conmigo en todo momento —aclaró.

La empleada miró hacia abajo, pues la presencia de Máximo la intimidaba, y luego volvió a mirar a Béatrice.

—¿Se siente bien? —Por supuesto, solo con un poco de hambre.

—Bernarda, yo me ocupo de ella.

—Pero... —dudó. Ella no quería ser descortés con el patrón de Félix, con quien estaba cada vez más cerca—. No sé si esto le gustará a su padre.

Béatrice dejó el postre a un costado. Hasta ese momento había intentado abstraerse e ignorar la negativa de su padre de que viese a Máximo, la

discusión con él y la insistencia de Santiago para cortejarla. Por mucho que querría ocultarlo, el tema estaba ahí, latente.

—Bernarda, sé que se preocupa por Béatrice, pero de ella me haré cargo yo —insistió—. Aprovecho para decirle que cualquier cosa que vea, me la haga saber por medio de Félix. No quiero comprometerla con su patrón.

—Haré lo que pueda.

—Gracias —dijo él mientras Béatrice le lanzaba un beso por el gesto de comprensión que había tenido. Sabía que todo lo que hacía era para protegerla y cuidarla, aunque nadie lo haría como Máximo.

Bernarda se retiró a preparar las cosas para partir. Máximo y Béatrice salieron a la galería. Él se apoyó sobre el borde de la baranda y la tomó por detrás para envolverla con los brazos mientras los rayos del sol caían y anunciaban el atardecer con estelas rojizas sobre el horizonte. Ambos sabían que había llegado la hora de separarse.

—No deseo que te vayas —le él susurró al oído.

—Yo tampoco quiero hacerlo. —Él la estrujó aún más entre los brazos, como si de algún modo ella pudiera escurrírsele en cualquier momento—. No sé cómo va seguir lo nuestro —confesó angustiada.

—Mi vida, no necesito nada más que tu amor, el resto me importa muy poco.

Sos mía y eso no lo cambiará ni la oposición de tu padre ni la insistencia de algún imbécil que te pretenda. Yo me voy a encargar de que cada cosa esté en su lugar y te aseguro que ya comencé a hacerlo.

—No quiero que nada estropee todo esto.

—Nada ni nadie lo hará, te lo prometo.

Ella se dio vuelta para besarlo. Ambos lo hicieron con la misma entrega, ya que sabían que lo único que importaba era estar así, juntos, unidos ante el profundo amor que se profesaban.

—¿Cuándo volveremos a vernos? —preguntó ella anhelante.

—Eso dejalo por mi cuenta, aunque te aclaro que desde el momento en que te deje en tu casa, comenzará mi suplicio.

Máximo habría preferido que el regreso en el carruaje fuese más lento y prolongar la compañía de ella, pero cumplió con su pedido y la dejó en la casa de la familia Montero. Sabía que era lo más conveniente para que no tuviese problemas con su padre al momento de regresar.

Al llegar, y luego de saber que la niña estaba bien y hacía reposo, Máximo se despidió de todos y de ella con la promesa de que volvería a verla pronto,

muy pronto.

CAPÍTULO 14

A la vera de ambos caminos

Agustina acababa de abandonar la estancia y montaba a *Pinto* rumbo a la colonia La Promesa. Solo la había despedido su perro *Ron*, que la escoltó hasta la tranquera del campo. El pobre animal no la dejaba ni a sol ni a sombra.

En plena cabalgata, no cesaba de retumbarle en los oídos la discusión que habían protagonizado Abêl y Ramiro por la intempestiva vuelta a casa aquella tarde en plena tormenta. Ella nunca creyó que podía generarse tamaña discusión, más cuando su hermano Felipe no era parte de ella, sino que quien había tomado la voz cantante había sido Ramiro. Esa vez hablaba en nombre de Felipe y le recriminaba por qué se había ido ese día al pueblo sin avisar, aunque sin dudas lo peor había sido regresar en compañía de Abêl. La invitación que ella le había hecho al colono para que se quedara en la estancia al menos hasta que pasara el aguacero quedó desestimada ante la negativa de Ramiro, Agustina todavía no entendía el motivo de que su decisión no hubiera sido tenida en cuenta si ella era una de las hermanas del dueño de la estancia.

Le molestaba que su opinión no contase en absoluto, y lo peor de aquel momento no solo fue la discusión que se desató, sino la imagen de Abêl, que abandonó la estancia en plena tormenta. Desde ese momento, no le había dirigido la palabra a Ramiro y ambos habían cumplido sus quehaceres sin siquiera hablarse.

Ella no entendía ese modo de actuar y esperó en vano volver a ver al joven colono para disculparse por la actitud de Ramiro. Tampoco había visto a Felipe como para que pudiera hablar con él, por eso, luego de unos pocos días, decidió ir a verlo a la colonia.

La mañana había amanecido cálida y los rayos del sol bañaban de luz las tierras sembradas, que se reflejaban en los espejos de agua formados en el camino de tierra. Al salir no se había cruzado con Ramiro, que desde muy temprano estaba de recorrida por el campo. A medida que avanzaba, notaba cuánto amaba esa tierra que la vio nacer y que la acompañó en los peores

momentos de su vida. Nunca se había sentido tan viva en medio de semejante inmensidad.

Luego de unos minutos, vislumbró la entrada del emprendimiento que habían fundado su hermano y Tristán Paz. Bajo el auspicioso nombre La Promesa, se erigía la colonia, que ocupaba una gran extensión de tierras. Por la hora en que llegó, supuso que los colonos estarían en el campo, por eso decidió pasar por el almacén de ramos generales, donde don Antonio sabría informarle qué hacer.

La construcción estaba enclavada en una amplia llanura; era austera, con el techo de chapa salpicado de las ramas de los árboles que lo circundaban. Nada había cambiado desde la última vez que había visitado ese lugar.

Dejó a *Pinto* al amparo de la sombra de los árboles para que descansara y luego subió los escalones de madera para entrar al almacén.

—Pero qué grata sorpresa tengo esta mañana —clamó don Antonio, que ya había notado su presencia al verla acercarse en el caballo—. No es lo mismo tenerte a vos que a Felipe de malhumor —comentó con una sonrisa.

—Tiene razón, don Antonio. Creí que actuaba así solo conmigo.

—Te equivocás, su bálsamo es Carle.

—Así es, ella es única.

—¿Qué buscás por aquí? —preguntó sorprendido.

—Vine de visita.

Agustina se quedó allí parada y le dio una mirada general al lugar mientras era escrutada por don Antonio.

—¿Para visitar a alguien en particular? —¿Me creería si le digo que he venido a visitarlo? —preguntó divertida.

—No —dijo al lanzar una carcajada—, aunque me gustaría pensar que es así.

Tu hermano anda por el campo, no creo que esté por aquí hasta el mediodía.

—A Felipe me gustaría verlo con Carle, pero en verdad a quien busco es a Abêl.

Don Antonio evitó demostrarle la sorpresa que le causaba la noticia e intentó ayudar a la muchacha.

—Él también cumple con su trabajo en las tierras. Aunque si querés, puedo mostrarte dónde está.

—Gracias, don Antonio —dijo entusiasmada.

Ambos se encaminaron hacia la galería de madera y allí él le indicó cómo

debía hacer para buscarlo. Sabía que a la muchacha no iba costarle encontrarlo, pues estaba acostumbrada a los vericuetos del campo.

—Eso sí, no dejes de visitar a tu hermano, porque no le gustará saber que andás por acá y no lo has visto.

—Lo sé, además quiero hablar con Carle.

Sin más precisiones, Agustina buscó a *Pinto*, lo espoleó y salió disparada campo traviesa en busca de Abêl. Al otro lado del camino, los cuadros sembrados centelleaban con sus espigas doradas que se movían al compás de la brisa. A medida que avanzaba, se internaba en unos pocos cuadros que aún no estaban aprovechados; calculaba que por alguna razón se mantendrían en ese estado virgen.

Se detuvo un momento para observar con mayor detenimiento el lugar y observó a cierta distancia una frondosa arboleda. El fuerte, brusco y constante movimiento del verde follaje le indicaba que talaban algunos árboles. Al acercarse, comprobó que era correcta esa apreciación: a un costado, había dos carros de madera; uno de ellos completo con troncos apilados y atados con una cincha de cuero de lado a lado para evitar que en el primer movimiento se desplazaran y se cayeran unos sobre otros.

—¡Vamos, que falta poco! —arengaba Abêl en medio de la faena.

La concentración que tenían les había impedido darse cuenta que Agustina se acercaba al lugar por la parte de atrás. Entre gritos y hachazos, continuaban la ardua tarea.

Ella desmontó, dejó el caballo atado al carro y se acercó hacia donde unos hombres controlaban en la caída de un tronco que aún no habían podido doblegar.

—¡Córranse! —gritó Abêl al lanzar tres hachazos más en el mismo lugar mientras intentar dirigir la caída del tronco para que no lastimara a nadie.

Luego elevó la vista para ver cómo poco a poco el tronco oscilaba hacia ambos lados y se quitó la boina para limpiarse el sudor de la frente. Se dio vuelta para correrse de ahí y, en ese instante, vio a Agustina en un lugar nada recomendable si llegaba a fallar la dirección de la caída. De inmediato, corrió hasta ella, la tomó del brazo y la sacó de allí para alejarla no solo del peligro, sino de los cuatro compañeros que desde temprano juntaban madera para completar la construcción de la capilla.

—Abêl, no es necesario, en el campo también he visto esto y sé cómo moverme.

—Agustina, debería saber entonces dónde debe ubicarse para no

lastimarse.

Ella no dejaba de observarlo; el color avellana de los ojos se le había intensificado y se dio cuenta de que nada quedaba de la última imagen que conservaba de él. La camisa la tenía atada a la cintura y le quedaba al descubierto el torso desnudo y brillante por el sudor, que mostraba una fuerte musculatura producto del trabajo que hacía día a día en la colonia. Los cabellos ensortijados le caían sobre los amplios hombros y el tacto de sus dedos sobre la piel le mostraba unas manos ásperas y fuertes, naturales en un hombre trabajador.

El sordo sonido del tronco al caer sobre el terreno antecedió a una gran polvareda, pero no logró que él distrajera la atención que mantenía centrada en ella.

—Abêl, ¿terminamos ya o seguimos? —gritó uno de los hombres.

En ese instante, él se dio cuenta de que había caído bajo el encanto de Agustina, como cada vez que la veía. No importaba tenerla cerca o verla de lejos, el influjo que le provocaba saltaba a la vista en su actitud.

—Disculpe, espere aquí que ya vengo.

A ella le causó gracia el cuidado que él había puesto para evitar que se acercase al resto de los trabajadores. Ella no lidiaba con los peones de la estancia, pero en más de una ocasión compartió algunas situaciones.

Observó cómo daba las indicaciones y luego acomodaba algunos troncos pequeños que aún debían apilarse en uno de los carros mientras otros dos hombres cortaban el tronco caído para luego acarrearlo. Mientras lo esperaba, un escozor le corrió por el cuerpo, ya que debía explicarle el motivo por el cual se encontraba allí, aunque fuera una excusa para volver a verlo.

Bajo las órdenes de Abêl, los hombres se arreglaron bastante bien y en poco tiempo terminaron la tarea. Luego observó cómo él tomó la camisa y se la deslizó por el torso para limpiarse. Luego se aseó las manos e intentó arreglarse sin saber que de ese modo estaba más atractivo que en cualquier otra vez que lo hubiese cruzado.

—Abêl, nos vemos en la capilla —gritó uno.

—En un rato me doy una vuelta por allí.

—Buenos días, señorita —dijeron a coro los otros dos hombres, que estaban ubicados en el otro carro.

Ella los saludó y los vio arrancar bajo el tranco lento de los caballos que tiraban de los dos carros.

—No quiero interrumpirlo en su trabajo —dijo ella nerviosa.

—Agustina, esta es una adorable distracción. —A ella la sorprendió esa declaración, sin embargo, evitó demostrarlo, aunque no sabía si lo había logrado —. Acompáñeme —le indicó.

La guio hasta donde estaba atado su caballo y tomó un saco de cuero que estaba atado a un lado de la montura. Caminaron en silencio hacia la sombra de unos árboles ubicados en el límite de un claro del monte. El frondoso follaje permitía filtrar algunos rayos del sol de manera salpicada que, con luces y sombras, iluminaban hacia distintas direcciones. Allí se ubicaron en medio de un colchón de hojas y ramas que orillaban las raíces de los árboles. Abêl sacó un recipiente con bebida.

—¿Bebe? —No, gracias —dijo mientras lo veía tragar con vehemencia parte del contenido—. Parece que estaba sediento.

—No se imagina cuánto. —Ella prefirió callar hasta tanto estuviera saciado y pudiera disculparse por lo sucedido en la estancia—. Parece que me ganó de mano, porque pensaba ir a la estancia a visitarla.

—¿Aún le quedan ganas de ir allí? —Si cree que el malhumor de otro hombre puede ganarle a mis deseos de verla, no me conoce. —A Agustina no dejaba de sorprenderle el modo directo en que le hablaba Abêl, ya que siempre había pensado que era más cauteloso en la manera de actuar—. Él debe de tener sus motivos para obrar de ese modo, como yo tengo los míos.

—Por eso he venido a disculparme por la falta de hospitalidad de Ramiro, no es común que actúe así y tampoco entendió cuando le recriminé su forma de actuar.

—No debe disculparse, fue una mala idea pretender quedarme allí.

—Pero era mi invitado.

—Aunque no de su clase. —Hizo una pausa y vio cómo ella lo observaba con reproche—. No me mire así ni intente justificarme, soy un simple colono que intenta hacerse un lugar aquí.

—Pero... —Los primeros tiempos aquí fueron duros —la interrumpió—. La actitud beligerante de algunos paisanos me hizo sentir como si estuviera en falta porque era ajeno y extraño a esta tierra, a la gente y a sus costumbres. Me recriminaban algunas veces en silencio y otras veces a los gritos, me decían que venía a buscar algo que les pertenecía a ustedes. Quizás en todo eso tenían razón, pero le aseguro que pongo empeño en el trabajo e intento ganarme con sacrificio cada peso y cada metro de tierra que adquiero. —Hizo una pausa para controlar el entusiasmo—. Cualquiera podría pensar que eso me ha transformado en alguien resentido; sin embargo, no es así. Hoy me siento más

aferrado a esta tierra que las raíces de este árbol. —Indicó las férreas y sobresalientes raíces del árbol sobre las que estaban sentados—. Se imaginará entonces que no voy a dejar amedrentarme por alguien que cree que no valgo nada.

Agustina estaba por completo conmovida con esa declaración descarnada sobre los sentimientos que había tenido durante los últimos tres años.

—Por supuesto —atinó a decir.

—Sé que algunos pueden juzgarme como un pobre inmigrante —dijo con una sonrisa—, pero eso de a poco lo dejo de lado porque mi situación no es la misma de cuando llegué aquí.

—Abêl, sé que tiene un sabor especial ganarse las cosas por mérito propio, yo lo he intentado, pero no para adquirir una posición social o satisfacer alguna cuestión material, sino para ganarme un lugar dentro del corazón de mi padre.

—Pero era su hija mujer —dijo sorprendido, ya que estaba acostumbrado a cuidar de las mujeres. Tanto él como su padre le habían prodigado a su hermana, casada desde hacía un tiempo largo en Udine, un amor incondicional.

—Así es, aunque no la única. Ninguna de mis tres hermanas logramos eso, sin embargo, y por el carácter de cada una, hemos actuado de distintas maneras.

En mi caso, lo intenté hasta su último aliento, pero no puedo estar segura de haberlo logrado.

Él escuchaba con suma atención lo que le relataba Agustina y vio que el significado de esas palabras hablaba de algo más que solo de la relación con su padre. Estaba claro que la presencia de Ramiro era importante para ella, por eso necesitaba saber qué lugar ocupaba en su corazón.

—¿Hace cuánto que Peña trabaja para ustedes? —Desde que yo tenía ocho años. Él entró a trabajar primero como un simple peón y luego se ganó la confianza de mi padre hasta ocupar el cargo de capataz de El Antojo. Pero hoy la cosa está complicada con mi hermano; ellos no logran ponerse de acuerdo en el manejo de la estancia.

—Ahí no le echaría la culpa a Peña, convengamos que su hermano Felipe es un hombre complicado.

—En eso estoy de acuerdo —dijo con una sonrisa—. Carle es quien lo maneja del mejor modo.

—Así es —completó, aunque tenía una duda que lo carcomía por dentro —: ¿Qué amistad la une a Ramiro Peña? Agustina, una vez más, quedó

perpleja ante la locuacidad de Abêl y ante ese modo tan franco y llano de hablarle.

—¿Puedo preguntarle por qué le interesa saberlo? Él no dejó de mirarla por un segundo, sabía que una palabra de más podía alejarla o asustarla, pero había aprendido a sacar provecho de las pocas oportunidades que se le presentaban. Esa era una que había esperado desde hacía tiempo, aunque estaba claro que Agustina nunca se había dado cuenta de lo que le sucedía a él ni de lo que pensaba de ella.

—Me gusta saber a quién debo enfrentar si es necesario.

—Abêl, yo... Él le apoyó apenas el dedo índice sobre los carnosos labios para callarla. Ya había lidiado en ese terreno cuando intentó conquistar a Carle, con quien la unía una amistad desde su tierra natal. Luego entendió que quizás había confundido esos sentimientos, pero mientras duraron, había sufrido bastante. Decidió que no iba a tolerar que otra vez le ocurriese lo mismo; Agustina era especial para él desde el mismo momento en que se la había cruzado en una reunión familiar a la que lo había invitado Carle.

Sí, todo sería distinto, dejaría claro sus sentimientos y no esperaría a que otro le arrebatara lo que quería.

—No se adelante a decirme nada, aún no me conoce, pero voy a poner todo mi empeño para que lo haga y así no tendrá que dudar de nada ni de nadie.

Quiero que solo tenga a una persona en la cabeza y que sus pensamientos estén dirigidos solo a esa persona. Que los deseos de estar juntos no se mezclen con ningún otro sentimiento por alguien más. Agustina —dijo al deslizarle un dedo por la mejilla hasta tomarle el mentón y acercarla más a él—, yo quiero ser esa persona que la haga sentirse especial, porque para mí usted lo es.

Luego, se acercó con lentitud y apenas le rozó los labios con los suyos. Esa sensación fue tan efímera como vibrante, en la que pudo sentir el estremecimiento que le había provocado a ella ese acercamiento. Eso lo impulsó a continuar un poco más y, sin poder contenerse, le saboreó los labios con la lengua para luego volver a posarlos y brindarle un beso casto. Necesitaba darle algo que ella pudiera guardar, atesorar y anhelar cuando estuviera lejos de la colonia rodeada de ese alguien más.

Él no dejaba de acariciarle la sonrojada mejilla y observarle la mirada cuando abrió los ojos tras el beso. Si bien cada vez que la había visto ella siempre estaba predispuesta y desenvuelta, en ese momento se encontraba en

un estado de aturdimiento importante. Quería que volviese a ser la de antes y que en soledad pensara lo que sentía y pensaba de él.

—Acá traje algo que seguro le va a gustar.

Del saco de cuero sacó dos porciones de frico envueltas en dos servilletas.

—No me las puede rechazar porque es una comida que nos caracteriza a los friulanos.

—¿Frico? Lo he comido en la casa de mi hermano.

—La madre de Carle y la mía lo hacen igual, así que descuento que le va a gustar.

Verla comer con tantas ansias la porción que le había entregado aumentaba los deseos por ella minuto a minuto.

—Está muy rico —comentó Agustina al saborear un mordisco de esa preparación hecha con papa, queso y cebolla.

—Es más sabroso recién hecho, cuando está tibio, pero no siempre se puede comer de ese modo.

—Así está perfecto.

—Aunque me haya encariñado con todo esto —reflexionó y le clavó la mirada—, hay ciertas cosas de las que no pienso prescindir.

Ambos sonrieron y continuaron con la conversación sobre el trabajo en la colonia. También le habló de su familia y del modo en que se llevaban.

—Me gustaría quedarme aquí más tiempo —sugirió él.

—Yo no quería distraerlo de sus ocupaciones.

—Eso no me importa, pero supongo que Carle querrá verla.

—Así es, seguro que estará en la casa.

—Vamos entonces.

Él guardó la botella de vidrio vacía dentro del saco de cuero y fueron hacia los caballos.

—Abêl —dijo al tomar las riendas de *Pinto*—, uno de los motivos para verlo era devolverle el poncho que me dio el otro día en medio de la tormenta.

Él le contuvo las manos, que intentaban sacar el abrigo que estaba ubicado debajo de la montura.

—Quédese.

—Pero yo tengo otros.

—Seguro, pero quiero que tenga uno mío.

—Gracias, es el que usaré en adelante.

Él observó cómo ella se aprestaba a montar, aunque antes de que lo hiciera

quería quitarse una duda.

—Agustina, ¿cuál era el otro motivo por el que vino? Ella se quedó muda porque no iba a contestarle la verdadera causa de la razón que la había llevado hasta allí. Aún no lo conocía lo suficiente para hablar con tanta franqueza como él lo hacía.

—No importa que no me lo diga; ojalá sea el motivo que yo deseo.

Él no volvió a mirarla, no quería molestarla. Se acomodó la camisa e intentó alisarla para estar más presentable mientras ella no dejaba de observarlo. Notó lo adorable que lo hacían esos pequeños gestos luego de haber pasado gran parte de la mañana con el torso desnudo.

Una vez que estuvo listo, montaron para emprender el camino rumbo a la casa de Felipe. Ni el monte que acababan de abandonar ni los campos sembrados a la vera del camino los distrajerón de la conversación que mantenían.

La cabalgata llegó a su fin cuando vislumbraron la casona a lo lejos.

—Parece que nos esperan —comentó con alegría Agustina.

Abêl evitó decirle lo que pensaba mientras ambos se detenían frente al palenque, que se ubicaba a pocos metros de la finca.

—¡Qué alegría verte, Agustina! —clamó Carle con los brazos abiertos para recibir a su cuñada.

En medio de los saludos, apareció Felipe y observó la situación.

—Por lo que veo, has tenido tiempo de recorrer la colonia —ironizó al mirar a su hermana.

Agustina no había pensado qué excusa le daría a su hermano.

—Pensé que sería una buena idea que viese parte de las tierras —comentó Abêl.

—Parece que últimamente no hacés otra cosa que ofrecerte a mostrar las bondades de la colonia.

—Mi amor —dijo Carle al acercársele—, es un día hermoso para que Agustina haya disfrutado de La Promesa, ¿no es así? —Por eso vine —acotó ella—. Luego de la fuerte tormenta, me interesaba saber cómo estaba todo.

Felipe escuchaba la conversación de las mujeres pero tenía la vista clavada en Abêl, que ya lo hartaba porque siempre estaba entre sus mujeres. No entendía qué atractivo tenía para despertar ese sentimiento de amistad con Carle y esa nueva simpatía con su hermana.

—¿No vas a saludarme? —Agustina se plantó frente a su adorado hermano.

No tardó un segundo en abalanzarse para abrazarlo. Entre los dos, siempre hubo una corriente de afecto especial que se diferenciaba con el resto de sus hermanas. Nunca se habían mantenido alejados uno del otro a pesar de la imposición de su padre de no permitirle la entrada a Felipe a la estancia y la prohibición de que se vieran.

—Imagino que estarán con hambre como para almorzar algo que preparé.

—Gracias, Carle, pero debo seguir con mis labores —dijo Abêl.

—Supongo que no te habrás distraído mucho tiempo de tu trabajo, ¿verdad? —inquirió Felipe.

Él evitó contestarle, porque, aunque no le gustaba la actitud del patrón, sabía que cuidaba de Agustina y, según lo que había dicho Carle, a su hermana lo unía un estrecho vínculo.

—Los dejo para que puedan hablar en familia —contestó, no sin antes saludar a todos—. Agustina, nos veremos pronto —dijo al acercarse y rozarle con los labios una de las mejillas.

Luego se dio vuelta y saludó a Carle y a Felipe con una simple inclinación de cabeza. Se fue a buscar al caballo, se colocó la boina y espoleó al animal para perderse antes de que el deseo de quedarse allí y acompañar a Agustina se pusiera más de manifiesto.

En la amplia cocina, Carle había distribuido los platos para el almuerzo, incluso había reservado un lugar para Abêl. Ellos se habían enterado por don Antonio que ambos se habían encontrados, pero sin especificar demasiado cómo había sido la cuestión. Mientras Carle terminaba de colocar unos panes recién horneados sobre la mesa, recordó cómo había tratado de detener a Felipe cuando quiso salir en busca de su hermana. Por fortuna había llegado en el preciso momento en que él iba a buscarlos, porque el tiempo que le había dado Carle para que esperara se había acabado cuando los dos caballos aparecieron en el horizonte.

—Agustina, me gustaría que nos viéramos más seguido —le dijo Felipe.

—Hay que insistirle a tu esposo para que se defina y se vengán a vivir a la estancia —le dijo a Carle.

—¿En verdad te gustaría? —se interesó Felipe, apoyado en el borde de la mesa mientras mordisqueaba un trozo de pan que le había dado Carle.

Agustina observó cómo ese gesto tierno de su esposa le había robado la atención para luego contestarle con un guiño de ojo.

—Me encantaría tener más cerca a Carle. Aunque también a vos, por supuesto —replicó divertida.

Los tres estallaron de risa y comenzaron a almorzar.

—Estuve con Camila, que está con la tía en el pueblo, y a ella también le gustaría. Más ahora que tenemos a Clari en el la ciudad.

—¿Cómo está Camila? —Ella adora a la tía y está muy bien, aunque supongo que pronto volverá a la estancia. Ansía formar una familia.

—Entonces que no se hable más. Mi amor —le dijo a Carle—, creo que debemos apurarnos con el traslado.

Él le tomó la mano y le dio un beso en la palma sin quitarle la mirada. Ella le regaló una sonrisa y desvió la vista hacia Agustina, que mantenía sin tocar el plato de comida.

—¿Qué sucede que no estás con apetito? Una buena cabalgata no hace más que abrir el hambre.

—Así es. Sucede que ya comí algo.

—¿Dónde? —Abêl tuvo la generosidad de compartirme su almuerzo, que era frico y estaba estupendo.

—Su madre lo hace del mismo modo que la mía —se apresuró a decir Carle para evitar los cuestionamientos de Felipe. Con solo mirarlo de soslayo, intuyó lo que pensaba y no quería que Agustina pasara un mal momento.

El resto de la conversación se suavizó con lo que hablaban las mujeres, que no dejaron ningún tema sin tratar.

—Agustina, debo continuar con algunos asuntos, pero me gustaría acompañarte —dijo Felipe—. En un rato regreso y nos vamos.

—¿A la estancia? —Sí.

—Pero vine sola, no es necesario, no voy a perderme. Para ir al pueblo lo he hecho también sola.

—Es un gusto que quiere darse tu hermano —intervino Carle.

—Está bien —aceptó sin remedio.

—Te acompaño hasta la bifurcación nomás. Hoy no me puedo quedar en El Antojo, pero voy a tener que ir uno de estos días porque quiero solucionar unos temas con Peña.

—Como quieras, hermanito.

—Mi amor —le dijo Carle a Felipe—, no tardes.

Él le tomó el rostro entre las manos y la adoró con la mirada, luego le devoró la boca con un beso sin que le importara que su hermanita estuviera allí. Después tomó el sombrero de fieltro y se perdió por el pasillo hasta alcanzar la puerta e irse a caballo.

—Ojalá que cuando me enamore sea de este modo —dijo Agustina

esperanzada.

—Yo también lo soñaba y no creía que fuera posible, ni siquiera cuando lo conocí.

—No sé cómo lo hiciste.

—Yo no hice nada, me causa gracia que lo pienses, solo nos enamoramos.

Estoy convencida de que será igual en tu caso, solo deberás escuchar tu corazón, que nunca engaña.

Carle sacó un postre que había preparado, aunque sabía que Agustina no lo comería. Ella estaba con deseos de probarlo desde hacía unos días, por eso no dudó en cortar una amplia y sabrosa porción para comenzar a saborearlo.

Los últimos rayos del sol se perdían en el horizonte. Todo era calma en el instante en que el cielo se fundía con el anochecer. Ramiro adoraba ese momento, más cuando podía compartirlo con Agustina. Entre ellos siempre había una breve ceremonia de encuentro luego de cada jornada de trabajo. Los fuertes troncos que circundaban el corral más cercano a la casona eran el punto de encuentro cuando ambos querían hablar sobre lo que habían hecho durante el día. No importaba si era mucho o poco, solo que ambos estuvieran allí juntos para disfrutar de esa majestuosa inmensidad que les brindaba vivir en el campo.

Desde hacía unos días, se ausentaba de los lugares donde sabía que vería a Agustina, pero aunque intentara evitarla, no podía sacársela de la mente. Ella se le había filtrado dentro desde hacía mucho tiempo y estaba tranquilo porque sabía que el sentimiento que guardaba por ella no corría peligro ante nadie. Pero se había equivocado, porque, desde la aparición de ese colono, ya nada era lo mismo. Todo eso había apresurado las cosas y los últimos días había analizado el mejor modo de actuar. Cuando lo supo, se dispuso a esperarla. Él sabía que se había ausentado para ir a la colonia, ya que sin que ella lo viera, la observó cuando tomó el camino que conducía a La Promesa. Eso había sido lo que lo había alentado a apresurar todo; ya no quedaba tiempo para actuar.

De a poco desvió la mirada y vio la silueta del caballo que ella montaba. A medida que avanzaba, su imagen se hacía más clara y precisa y pudo observarle el oscuro cabello que se le movía al compás de la brisa que se había levantado minutos antes. Adoraba verla cabalgar del modo en que lo hacía, y no solo disfrutaba contemplarla, sino también recordar cada golpe y

tropiezo que padeció cuando se subió a un caballo por primera vez. Él le había enseñado con destreza cada movimiento que ejecutaba sobre el animal y nadie podía negar que había sido importante para ella, al menos hasta ese momento. Por eso no estaba dispuesto a perder ni un centímetro del territorio ganado. Una vez que le confesara todo, solo restaría saber cuál era su decisión.

Sin dejar de observarla mientras atravesaba la avenida de árboles que guiaban la entrada a la estancia, se mantuvo allí a la esperar de que ella girara la cabeza y lo viera. Pasaron unos pocos minutos hasta que ella fijó la vista en él y espoleó el caballo para acercársele lo antes posible. De un salto, abandonó a *Pinto* para lanzarse en los brazos de él.

—Cuánto necesitaba esto —dijo él mientras la rodeaba con los brazos.

—Yo también. No quiero que volvamos a pelearnos, no lo soporto.

—¿En serio? —contestó al separarse apenas de ella para mirarla.

—Claro que sí, lo sabés desde siempre.

Él volvió a abrazarla e intentó dejar atrás el pasado que a ambos los ataba para demostrarle que podía transformarse en su presente y soñar un futuro juntos.

CAPÍTULO 15

Bajo el sueño de tenerte

Los dos días siguientes al encuentro con Máximo, Béatrice se sentía perdida, vacía y sin rumbo. La convalecencia de Carmela por la caída sufrida en la quinta hizo que concurriese a la casa con mayor asiduidad a pedido de la señora Montero, lo que le sirvió para distraerse y evitar pensar todo el tiempo en cuánto lo extrañaba y en la incertidumbre que la envolvía por saber cuándo lo vería.

Esa tarde, volvió a su casa con la necesidad de darse un baño y descansar.

Lamentó no poder contar con Clarisa para hablarle y que la tranquilizara como en otras oportunidades, ya que esa semana regresaba del hospital más tarde que de costumbre, lo que implicó cambiar la rutina de la casa y que algunas veces su padre fuera a recogerla.

En el mismo instante en que fue recibida por Bernarda, supo que algo sucedía. Los ojos oscuros de la empleada estaban abiertos por demás y la mueca que le hizo no bien abrió la puerta confirmó sus sospechas.

—Qué suerte que ha regresado —clamó para que se oyera—. Tiene visitas.

Béatrice caminó por el pasillo hasta llegar a la sala, donde encontró a Lamas ubicado en una de los amplios sillones de la habitación.

—Santiago, ¡qué sorpresa! —dijo con fingida alegría.

—Me alegro de que sea agradable —dijo al levantarse e ir a saludarla.

—Por supuesto, solo que me sorprende, no sabía que vendría.

—Deberás acostumbrarte a verme y permitir que nos conozcamos un poco mejor.

Para Béatrice, sentir que sus labios le rozaban la mejilla le provocó una ola de desagrado que le fue difícil ocultar. Tampoco deseaba ser descortés con él, ya que sabía que tenía buenas intenciones con ella, más allá de que Máximo creyera que todo lo que lo rodeaba era malintencionado e inconveniente.

Pensó que debía dejarle claro que ella no tenía el mismo interés que él y rogaba que así lo entendiera.

—¿Desea beber algo? —No quise tomar algo hasta verte, te esperaba.

—Gracias.

La aparición de Bernarda en ese momento fue providencial. Se ocupó de tomar el pedido de lo que el visitante quería tomar: un coñac.

—Para mí un té, por favor —pidió Béatrice—. Tengo un poco de dolor de cabeza —le dijo a la empleada, que la miró y no supo si en verdad era así o si lo único que buscaba era desembarazarse del invitado. Luego se dirigió a Santiago —: Creía que no le gustaba el alcohol.

—Así es, pero, de vez en cuando, si la compañía lo vale, me gusta tomar un poco, solo eso.

—No sé si esperaba a mi padre, pero él ha salido y calculo que regresará más tarde.

—Vine porque deseaba verte —completó al clavarle una contundente mirada —. No sé si te ha avisado tu padre, pero mi madre desea invitarlos a cenar para aunar a las familias y de ese modo acercarnos más.

—No me lo ha dicho aún —contestó entrecortada.

—Supongo que comenzará a ser una grata costumbre que nuestras familias estrechen vínculos, como nosotros —dijo al inclinar el cuerpo hacia adelante para rozarle los dedos.

—Acá tienen —irrumpió la empleada de un modo nada feliz.

De inmediato, apoyó la bandeja sobre la mesa para impedir que el invitado se le acercara a Béatrice, que aferró la taza para evitar el contacto.

—Santiago, le agradezco la invitación. Lo hablaré con mi padre y gracias por tenerme al tanto.

—Mi querida Béatrice, es lo que se acostumbra que haga un pretendiente —dijo y lanzó una sonrisa petulante.

Ella dudó si manifestarle o no algún indicio de lo que sentía, pero de inmediato pensó en Máximo y supo qué debía decirle.

—Precisamente, no creo que sea eso lo que deseo.

—No te entiendo —dijo sorprendido.

Él sabía lo que ella intentaba decirle y entendía que el motivo de ese entuerto era por Máximo. Más allá de las advertencias que le había lanzado días atrás y de las amenazas, él también pensaba jugar a fondo, porque no solo se trataba de ella, sino de los deseos de aplastarlo.

—Quiero decir que su compañía es agradable, pero no tengo el mismo interés que usted. Siento que no podría ser más que una amiga. Mantener una linda amistad es lo que puedo ofrecerle.

—No creo que tu padre esté de acuerdo con eso.

—No deseo ofenderlo, sino hablarle con absoluta sinceridad —insistió.

—Béatrice, por mucho menos las personas contraen matrimonio. Lo importante es contar con la anuencia de tu padre, el resto te aseguro que vendrá solo.

Ella no pudo dejar de traslucir en el rostro la angustia que la embargaba. Cada minuto que pasaba en compañía de Santiago, la sumía en un estado de desesperación y no podía siquiera pensar en la posibilidad de no estar junto a Máximo.

—No te preocupes, sé cómo conquistar a una mujer, es solo cuestión de tiempo —confesó con seguridad y soberbia. Ella tomó de un sorbo el resto del té, que continuaba aún humeante en la taza, y ahogó allí todas las palabras indebidamente que querían brotarle de la garganta—. Veo que tu padre tardará en regresar.

—Ha tenido que hacer algunas diligencias.

—Entonces no voy a importunar más —dijo al levantarse luego de tomar de un golpe la copa de coñac—. Quiero que sepas que podrás contar conmigo para lo que necesites. —Alargó la mano para acariciarle la mejilla—. Así como me ves, soy. No estoy rodeado de otra vida ni de mujeres, alcohol o negocios oscuros, y con el tiempo te darás cuenta de que soy lo mejor que puede pasarte en la vida.

La mirada de Béatrice se ensombreció porque notó que se refería a Máximo; si era así, estaba frente a alguien que sabía o sospechaba lo de ellos. Pero decidió que no iba a angustiarse más, porque confiaba ciegamente en su amor y le creía cuanto le había dicho. Lo dejaría todo en sus manos.

—Santiago, le agradezco su sinceridad, pero no creo que esto cambie lo que siento.

—Vuelvo a decirte: “tiempo”. Luego te acordarás de lo que dije en este instante y vas a reconocer que tenía razón.

Ella calló, no quería tener una discusión en la casa y creía haber sido clara con él. Él se le acercó para besarla en la mejilla y retirarse seguro de que, pese a lo que decía la muchacha, en breve formalizarían la unión.

Esa noche, Béatrice se excusó de cenar a pesar de la preocupación de su padre. Clarisa también se encontraba cansada y, aunque le había dicho que tenía algo para contarle, lo dejarían para el otro día; el cansancio le había ganado a los deseos de conversar.

Tras encerrarse en la habitación, se despojó de la ropa y, cuando estuvo

lista, entró en la bañera y permaneció adentro hasta que los dedos le quedaron arrugados. El baño le permitió relajarse y dejar de pensar en lo que se aproximaba. Cuando salió, se secó y se deslizó por el cuerpo el sedoso camisón para luego ir directo a la cama, aunque dejó la lámpara encendida a media luz. El tiempo transcurría, pero aún no se acostumbraba a permanecer en absoluta penumbra, no desde lo vivido en París. No quería regresar a todo aquello, necesitaba alejarse del pasado.

Poco a poco, los ojos se le cerraron y cayó en un sueño profundo.

Mis ojos no estaban vendados, pero no podía ver más allá de unos débiles hilos de luz que penetraban por el resquicio de una pequeña ventana y atravesaban apenas una parte del altillo sin alcanzar iluminarlo. Mi cuerpo temblaba y la angustia crecía a medida que el tiempo pasaba y yo continuaba allí sin poder salir. No debí entrar al escritorio de mi padre. Lo hice al escuchar unas risas provenientes de allí y creer que podía estar con mi madre; pensé que quizás era la sorpresa que ella me tenía preparada por el día de mi décimo cumpleaños.

Saber que podríamos estar los tres juntos sin peleas ni desprecios ni humillaciones me habría colmado de felicidad, pero me encontré con una mujer más joven que mi madre, con el cabello de otra tonalidad al de ella y envuelta en los brazos de mi padre. Una y otra vez él comenzó a reprenderme: —¡Siempre hacés lo que no debés! ¡Nunca aprendés! ¡Vos y tu madre siempre me traen problemas! Los gritos me ensordecían y no podía moverme de allí. Le tenía miedo, no quería hacer algo que lo volviese a enojar más de lo que estaba, pero no importó el motivo de su ira para descargarme una cachetada en el rostro que me hizo volver unos pasos hacia atrás. El dolor y el ardor me escocían el rostro, aunque evité derramar alguna lágrima para evitar enojarlo más.

— *Mon chér*, calmate, yo me haré cargo —le dijo la mujer mientras le entregaba un vaso—. Bebé una copa, te aliviará.

—Vos me calmás —contestó con la voz pastosa.

—Tomá, yo la llevo.

No quería que me llevasen castigada allí, me daba miedo estar en la oscuridad. “¡Mamá!”, deseaba gritar para que viniese a rescatarme, “¿mamá, dónde estás?”, no dejaba de clamar en mi interior mientras pensaba “¿por qué ella me lleva?, ¿quién es?”. La única respuesta que hubo fue algún coscorrón que me dio en el trayecto hacia el lugar que tanto temía mientras me dejaba claro que era ella quien mandaba.

—Si no dejás de moverte y temblar como una consentida, le diré a tu padre que te deje todo el día allí dentro —profirió al zarandearme.

Yo negaba con la cabeza, no quería estar allí y tampoco que se enfadara. Me llevó a rastras hasta el lugar que yo tanto detestaba y nadie la detuvo, caminaba como si fuera la dueña de la casa.

—Si le vas con el cuento a tu madre, prepárate para lo peor —dijo con tono amenazante—. No más muñecas ni regalos.

Con el chasquido metálico de la traba al cerrarse la puerta, comencé a llorar sin consuelo. Tanteé con la mano hasta alcanzar la muñeca que había dejado tiempo atrás a un costado de la puerta del altillo, la tomé entre las manos y comencé a hamacarme. Oscuridad, silencio, miedo, congoja, llanto y todo volvía a comenzar como cada vez que él me castigaba.

Béatrice sintió cómo el cuerpo se le convulsionaba junto al sordo sollozo que le provenía desde lo más profundo de las entrañas. De ese modo, se despertó de la pesadilla que, una vez más, había regresado. Con el rostro bañado en lágrimas se sentó en la cama, dobló las rodillas para abrazárselas e inclinó la cabeza sobre ellas para dejarse llevar por un llanto desgarrador. No podía poner en dudas ni echarle la culpa a su madre, porque recordaba que ya en aquel momento su débil salud había comenzado a hacerle estragos. Pasaba gran parte del tiempo en la habitación y el resto del tiempo que estaba mejor se preocupaba por ella.

En medio de ese trance, unos brazos la envolvieron con desesperación.

¿Todavía persistía su estado de ensoñación?, se preguntó. Aún parecía deambular en medio de los suntuosos pasillos y atravesar la espaciosa escalera de la casona parisina. De inmediato, salió del estado de conmoción en el que se encontraba para entender lo que sucedía. Quizás el deseo acuciante de estar con él y de tenerlo a su lado la hacía sentir lo inimaginable.

—Mi vida, aquí estoy —le susurraba mientras se fundía con ella en un abrazo desesperante—. Te prometí que vendría para verte. Por favor, no llores.

Ella se aferró y, con los brazos, le rodeó la cintura con desesperación, porque solo él podía sacarla de aquel pasado que aún la hostigaba para arrojarlo a las sombras del olvido. Máximo le tomó el rostro entre las manos y comenzó a darle besos en la cara mientras le aspiraba las lágrimas que le rodaban por las mejillas.

—Mi amor, por favor, necesito saber qué sucedió.

—Ha sido un mal sueño —replicó angustiada.

—Quiero saberlo.

Él se separó apenas para verla y notarle los ojos enrojecidos y colmados de lágrimas. Con el pulgar le secó la humedad de las mejillas y se la recostó sobre el pecho. De ese modo, y sin dejar de acariciarla, Béatrice comenzó el relato sobre lo que sucedía tras los muros de la distinguida finca familiar. Cada confesión que le hacía era un latigazo para él que le escocía la piel. No podía creer que ella hubiera sufrido tanto cuando era pequeña. Intentó transmitirle la tranquilidad que necesitaba para serenarse, sin embargo, a medida que le relataba todo aquello, el cuerpo se le tensaba más y más mientras ella comenzaba a notar que una leve mejoría le invadía el cuerpo y le alivianaba el alma. Solo él podía lograrlo.

—Ahora no estás sola, me tenés a mí para cuidarte —le susurró al oído.

—Lo sé.

—Además, tu padrastro ya no puede lastimarte, murió. Tampoco lo hará en sueños, ya no —repetía mientras le daba pequeños besos en el rostro—. Mi vida, no permitiré que nadie lo haga, ni siquiera él desde la tumba con su recuerdo.

Nadie más va a lastimarte.

Poco a poco, las palabras hicieron mella muy dentro de Béatrice y lograron aquietarle el espíritu.

—Por eso mi madre vislumbró que el único camino que yo tenía era huir de allí mientras ella aún agonizaba y mi padrastro y su amante continuaban de viaje.

No sé qué habría ocurrido de haberme encontrado allí sola a su regreso. Ambos fueron muy crueles conmigo, ni siquiera tuvieron el recato de evitar humillar a mi madre en su propia casa mientras permanecía en la cama, porque ya en aquel momento comenzaba a estar débil por la enfermedad.

—Me imagino. ¿Has mantenido el contacto con el resto de tu familia? — Solo por intermedio de algunas misivas que me envió la tía Antoinette. Ella fue quien había mediado para que las cartas de mi padre le llegasen a mi madre y siempre supo del auténtico sentimiento que los unía. —Hizo una pausa y continuó—: Desde que he llegado aquí, él se ha ocupado de mantenerme lo más alejada posible de todo aquello.

Máximo no ponía en duda que Nicanor había intentado protegerla; ahora le tocaba a él demostrarle que era lo mejor para su hija.

—Cuando me enteré de que mi padrastro había muerto, sentí un gran alivio y eso me produjo una mayor culpa. Quizá debería haber sentido el dolor por su

pérdida.

—Mi amor, no podés sentir dolor por alguien que lo único que hizo fue lastimarte.

—Luego, cuando supe mi verdad, entendí el motivo de ese desprecio y del rechazo que sentía hacia mí; en especial en cada cumpleaños. Esa fecha era un permanente recordatorio del amor de mi madre hacia mi verdadero padre, ese amor que estuvo por encima de él y de todo lo que la rodeaba, porque hasta en su último aliento ella lo amó. Cuando llegué aquí, Nicanor también me habló de las cartas, del modo en que permanecieron comunicados durante todo el tiempo que estuvieron separados y me demostró que se puede amar a alguien más allá de las barreras se interpongan. Mi padre lo había sido todo para ella y el hombre que me crió nunca le perdonó que yo fuera el fruto de ese amor.

—Pero eso nunca ha sido tu culpa, eras solo una niña.

—Lo sé, pero por encima de todo estaba el orgullo herido de un hombre que fue repudiado e ignorado por su esposa, a la que obligaron a casarse con él.

Él todavía la acariciaba y trataba de que todo ese dolor menguara.

—¿Por ese motivo es que me dijiste que no regresarías a París? —Así es, aunque en algún momento me gustaría ver a mis hermanos, sé que ellos están bien porque nunca padecieron ningún dolor ni sufrimiento. Él se preocupó que nada les faltase porque, de ese modo, marcaba bien la diferencia conmigo. Aunque no logré que yo los odiara, muy por el contrario, los quiero, son mis hermanos.

—Estoy seguro de que algún día regresarás —le dijo para darle esperanza.

—Solo de tu mano —replicó al levantar los ojos y fijarlos en los negros de él.

—No imagino que pueda ser de otro modo. Te prometo que regresaremos juntos y así podrás cerrar aquella etapa tan dolorosa.

Él nunca dudó del sentimiento que la ligaba a ella, pero no imaginó que el desamparo que ambos habían vivido tiempo atrás los uniría de ese modo acuciante.

—Gracias.

—¿Mejor? —le susurró al oído.

—Sí, mi amor. Pero aún no me dijiste cómo hiciste para entrar en el exacto momento en que tanto te necesitaba.

—Las ventanas abiertas en las noches cálidas son una gran opción —dijo al recorrerle con el dedo el contorno de la boca—. Cuando supe por Félix que

habías tenido la visita de ese imbécil, no dudé en venir.

En ese instante, ella entendió que Bernarda se había tomado muy en serio las palabras que le había dicho él en la quinta sobre mantenerlo al tanto si sucedía algo inconveniente.

—Quiero que sepas que él... —Ahora no quiero que lo nombres —la interrumpió—. Necesito que este momento sea nuestro, único y especial, como lo es nuestro amor.

Él le hundió el rostro en el cuello y le deslizó los labios por la piel para llenárselos de besos y colmarse con su aroma a azahares. Las manos viajaron por los pechos para acariciarlos con los dedos mientras le dibujaba círculos en los pezones hasta sentirlos erectos a través de la delgada tela del camisón. Los ahogados gemidos de Béatrice lo enloquecieron más, aunque esa vez pretendía ir despacio, ya que con esas caricias deseaba borrarle cada instante de dolor, esfumarle la angustia que aún quedaba y venerarle cada parte del cuerpo para que se sintiera en verdad amada. Con un ágil movimiento, le deslizó el camisón y la desnudó. Luego se incorporó de costado para contemplarla.

—Deseaba verte así —dijo al verle la piel blanca en medio de las sombras y deslizó un dedo a través del contorno de su cuerpo mientras notaba cómo se le erizaba la piel a medida que avanzaba—. Te amo.

En ese instante, se dedicó a besarle los pechos, los mordisqueó con su boca ávida y presurosa. Escucharla jadear lo impulsó a continuar, lo único que deseaba era amarla para borrarle todo el dolor y la angustia que se habían apoderado de su cuerpo, necesitaba que sintiera el amor que sentía por ella y lo que en verdad significaba para él. Al mismo tiempo, los dedos de ella se le deslizaban por debajo de la camisa para acariciarlo. Luego, con un rápido movimiento, se la quitó.

Él le recorrió el vientre con los labios, lo que le provocó espasmos de placer que lo incitaban a continuar. Le besó con devoción cada partícula de piel y buscó el lugar de mayor placer para absorber su humedad, explorar con la lengua más y más y sentir cómo ella se contorneaba extasiada mientras él mantenía la boca entre sus pliegues. Antes de que ella explotara en un sinfín de sensaciones, se incorporó y la penetró sin poder controlar la pasión ni el ferviente deseo de hacerla suya.

Los ojos grises de Béatrice estaban llenos de arrebatos y delirio. Él le ahogó los gemidos en un beso y continuó en un permanente embate hasta que ella sintió que el cuerpo le explotaría en mil pedazos.

—Mirame —le ordenó.

Ella fijó los ojos en su rostro perlado por el sudor y surcado por la tensión mientras esos ojos negros la devoraban y le imploraba que se perdiera en ellos.

—Soy tuya.

—¡Solo mía! Esas palabras brotaron desesperantes con el último resquicio de cordura antes de que explotaran en un orgasmo cargado de placer y éxtasis. Ya nada existía a su alrededor, solo ella y él.

Máximo jamás imaginó que podía sentir algo de tal magnitud. Él le pertenecía, acababa de abandonarse a ella y ya no importaba nada más. Con los dedos le acarició el cabello y se lo enroscó, le recorrió con los labios aquella boca que le había robado los momentos de mayor placer y culminó con un beso profundo que sellaba todo aquello que habían vivido. Con presteza, cambió de postura para evitar aprisionarla con su peso sin dejar de estar dentro de ella.

—Te amo.

Ella le deslizó las manos por el pecho y sintió los fuertes latidos de su corazón mientras él todavía la acariciaba como si nunca tuviera suficiente de ella.

—Entre nosotros siempre será así, te lo aseguro.

—No me imagino la vida de otro modo.

Máximo la besó de un modo exigente, apasionado y desesperante para demostrarle cuánto la amaba y la necesitaba.

—Querría quedarme y amarte toda la noche. No quiero dejarte.

—Yo tampoco deseo que te vayas.

—No soporto verte a escondidas, no soy ningún joven inexperto para hacer todo esto: entrar agazapado por la ventana para que no me vean.

—Aunque se te da bien mezclarte en la oscuridad —dijo al esbozar una sonrisa—. No me mires así, lo digo porque te fundís con el negro de tus prendas.

—¿Te gusta? —dijo y le dio otro beso.

—Todo lo tuyo me gusta, pero me preocupa cómo seguiremos.

—Amor, no te angusties, si el único modo de verte es este, seguiré hasta que tu padre cambie de opinión.

—No creo que haya mucho tiempo para hacerlo.

—¿Por qué lo decís? Ella vio cómo los músculos se le tensaban y las venas del cuello se le engrosaban de solo pensar en eso.

—Me pediste que no te contara el motivo de la visita de Lamas.

Él aspiró profundo porque no deseaba que en ese momento de intimidad, en el que ambos estaban desnudos en la cama luego de haberse amado, se colara el nombre de ese imbécil.

—Decime qué pasó.

—Él pretende iniciar una relación más estrecha... —¿Qué hizo? ¿Te molestó? ¿Te tocó? —la interrumpió.

—No, mi amor, no se lo habría permitido.

Máximo la observó y ahogó en su mirada los deseos de romper lo más cercano que tenía ante la mínima posibilidad de que otro la pretendiera. No soportaba la idea de que ese otro la deseara y menos que se le acercara y buscara algo que nunca tendría. Ella se había transformado en el bien máspreciado que tenía, la necesitaba para vivir, porque sin ella él se sentía perdido. Había esperado el tiempo suficiente para hacerla suya, pero estaba claro que Santiago no había entendido lo que le dijo la otra vez que estuvieron juntos. De inmediato comprendió que debía refrescárselo.

—Entonces, ¿qué buscaba? —Decirme lo que sentía por mí y recordarme que había concertado con mi padre una cena para acercar lazos.

—No vas a ir a esa cena.

—Pero iré mi padre.

—Me encargaré de que él no tenga ganas de recibir a nadie. Vos debés estar tranquila y saber que voy a estar detrás de todo.

Ella se acercó para besar los labios del hombre al que amaba con locura, por el que se había entregado sin reservas y por el que lucharía ante quien fuera, inclusive contra los deseos de su propio padre.

Él detestó tener que irse en medio de la noche sin poder quedarse y amarla hasta el hartazgo.

—Me quedaría, pero no creo que sea conveniente que lo haga. Si no logro irme ahora, no podré hacerlo más tarde.

—Yo tampoco deseo que te vayas. Todavía no puedo creer que hayas venido en el preciso momento en que te necesitaba con locura.

—Eso será siempre así —dijo al besarle los labios con desenfreno y desesperación—. Te amo.

Con pocos deseos de hacerlo, se colocó la camisa sin dejar de mirarle el cuerpo a medio cubrir mientras la luz de la lámpara le reflejaba el brillo especial de los ojos. Béatrice no pudo apartarle la vista hasta que se perdió en la oscuridad. Todavía no podía creer todo lo que había sucedido minutos antes

y no dejó de rememorar las caricias y los besos hasta que sucumbió al cansancio y se durmió con la mente puesta solo en él.

La mañana siguiente amaneció bajo un gris ceniciento y una agradable brisa que refrescaba el ambiente de la humedad que caracterizaba esa época del año.

Bernarda se mantenía en silencio mientras preparaba el desayuno, aunque cada tanto observaba a Béatrice.

—Parece que te has levantado con apetito —dijo Clarisa mientras se llevaba un trozo de pan recién horneado a la boca.

—Es que todo lo que prepara Bernarda es exquisito.

La empleada se dio vuelta para mirarla y le notó un brillo especial en la mirada, pero prefirió no pensar en qué le había provocado ese cambio en el rostro. Nunca supo qué había sucedido con la información que le había dado a Félix. Cuando vio salir temprano al patrón, se sintió una traidora, porque a él le debía fidelidad, pero estaba Félix en el medio, a quien tampoco quería defraudar.

—Ayer caí rendida en la cama, trabajé mucho —dijo Clarisa.

—De eso debemos hablar, ¿verdad? —le preguntó Béatrice con picardía.

—Hoy intentaré venir más temprano.

—Yo iré en un rato a visitar a Carmela.

—¿Cómo sigue? —Un poco dolorida y muy aburrida. La señora Montero no deja decirme que me quede el tiempo que quiera y que ella me lo compensará.

—¿Tuviste visitas ayer? —El silencio y sonrojo de las mejillas le provocaron gracia a Clarisa—. ¿Te da vergüenza hablarme de Lamas? —Ah, no —contestó aliviada al saber que solo se refería a eso—. Él no me provoca nada.

—Me parece —dijo al acercársele más mientras dejaba la taza a un lado — por tu expresión que me ocultás algo.

—Sería incapaz —dijo al estallar en una carcajada.

La empleada ya no tenía dudas al respecto, por ese motivo prefirió irse de allí y continuar con los quehaceres de la casa.

—Espero esta noche que podamos hablar tranquilas.

—Yo también lo espero.

Ambas apresuraron el desayuno para salir y cumplir con los compromisos que tenían por delante.

El Hospital de Mujeres Dementes había vuelto a la normalidad, si en verdad se podía asegurar eso del lugar que albergaba a ese tipo de pacientes. Los últimos días, algunas internas habían sufrido cierta alteración que las puso en una situación de riesgo mayor a la que usualmente estaban. A Clarisa nada de eso le importaba porque sabía que estaba junto al doctor Heredia.

En ese momento, mientras ella colaboraba con Brígida para darle la medicación a una paciente, él se encontraba en el consultorio, absorto en sus notas. Siempre cumplía con la rutina de completar las anotaciones bajo una precisa periodicidad para evitar que nada se le pasase por alto. Pero esos últimos días habían sido movidos, por eso le había llevado bastante tiempo escribir las observaciones sobre cada una de los pacientes que trataba. Solo le quedaba una última paciente:

Nota sobre Teresa Criarte

Desde la última evaluación, no ha mostrado cambios en su taciturno comportamiento. Me he mantenido atento por si surgía alguna alteración en su conducta, ya que su compañera de habitación ha abandonado la institución. Se las notaba muy apegadas y habían generado un vínculo estrecho; sin embargo, hasta el momento no ha expresado nada fuera de lo usual. Esto, junto a otras características de su personalidad, marca y determina la imposibilidad que posee de expresar sus emociones.

Uno de los momentos en que demuestra vehemencia es en el aspecto religioso. No siempre ocurre, pero en algunas oportunidades se la ha encontrado rezando de un modo ferviente. Quizás eso se deba a algún resabio que le quedó de cuando el lugar estaba bajo la tutela de las Hermanas de la Caridad. Esa congregación ha estado por un tiempo en la institución bajo el estricto cumplimiento de sus normas y eran bien conocidas las prácticas de oración, no solo como un modo de alimentar el espíritu, sino también como una manera de castigo ante algún comportamiento indebido de las internas. La dura rutina a la que eran sometidas en el rezo de rosarios y plegarias formó parte de su gestión.

Tampoco puedo escindir el carácter místico y religioso que se ha vinculado una y otra vez a la locura.

En algunos pacientes, las fervientes manifestaciones religiosas han

alertado sobre el alterado funcionamiento de su mente y fue el carácter religioso lo que los ha llevado a internarlos.

Hasta ahora, no he encontrado en esta paciente un correlato aparente para las manifestaciones místicas. No descarto descubrir con el tiempo por qué actúa de ese modo y poder determinar si su comportamiento coincide con los antecedentes religiosos de la institución para desechar cualquier otra vinculación personal.

Antes de dejar a un costado la pluma con la que había hecho las anotaciones, recordó haber leído un artículo firmado por Lucio Meléndez en la *Revista Médica Quirúrgica* sobre la obsesión religiosa de algunos pacientes e intentó hacer algún paralelo con aquello, pero no pudo. En muchos casos, se ignoraba la causa que pudo haber predispuesto el padecimiento mental como en ese caso y, sin dudas, eso lo obligaba a tener mucha paciencia para poder determinarla, aunque en la mayoría de los casos no se llegaba a saberlo. No obstante, él creía que la inclinación de la paciente por los rezos se relacionaban más a un desahogo de las penas del alma que a cualquier otro fanatismo religioso. Solo restaba esperar y ver cómo evolucionaba.

De inmediato, unos pasos lo alertaron de que no estaba solo en el consultorio.

Cuando levantó la cabeza de las anotaciones, una sonrisa se le dibujó en el rostro. Clarisa había entrado para quitarle la concentración.

—Disculpe, doctor, no pretendía interrumpirlo.

Ella había llegado con el cabello revuelto, aunque tenía un broche que intentaba dominarlo.

—Me gusta que lo hayas hecho —dijo al levantarse de la silla y acercársele—. Aún no nos hemos saludado.

Él entornó la puerta con una mano y con la otra la tomó del cuello para darle un tierno beso de bienvenida. Pero los deseos por sentirla hicieron que su lengua se enredase con la de ella y terminara por empujarla contra la puerta de la sala para besarla con pasión. En un momento se dio cuenta del lugar en el que estaban y lo que arriesgaba con ese comportamiento, ya que no solo jugaba con la reputación de Clarisa sino con la suya en el hospital. Hasta el momento había tenido una conducta intachable, pero, cuando la conoció, la actitud moderada que siempre había mantenido se había ido al demonio. Con Mercedes nunca se había conducido de ese modo; el cariño que le tenía lo llevaba a mantener una relación apacible, sosegada y sin sobresaltos. En esos

términos nunca surgían demasiadas tensiones, salvo en algunas oportunidades cuando ella lanzaba algún cometario desacertado. Por lo demás, Mercedes siempre estaba dispuesta para todos los compromisos sociales adonde acudían y se mantenía en el lugar que le correspondía sin provocarle ningún otro sentimiento que lo alterase.

Pero desde que se cruzó con Clarisa, todo cambió. Él siempre estuvo acostumbrado a manejar emociones ajenas y templar las propias; sin embargo, todo se le iba de las manos cuando más templanza debía tener para que nadie saliera lastimado de todo aquello. La decisión de finalizar el compromiso alteraría a más de una persona a quien él le guardaba cariño, por eso pretendía evitar por todos los medios posibles herirlas.

—Te extrañé —le dijo ella en un susurro. Para él, escuchar de sus labios aquellas dos palabras lo encendieron más aún y volvió a arremeter con un beso apasionado—. Doctor, parece que usted también.

Él se distanció apenas, esbozó una sonrisa y la abrazó mientras le acariciaba la espalda con los dedos para intentar apaciguarse el espíritu y calmar los deseos de no dejarla ir de aquellas cuatro paredes del consultorio.

—Sentémonos —sugirió y la llevó de la mano hasta una de las sillas que había frente al escritorio.

—¿Interrumpí tus notas? —Ya había terminado —contestó al cerrar la carpeta y hacerla a un lado—.

Clarisa, sé que no corresponde pedirte esto hasta tanto haya aclarado toda mi situación personal con los Podestá, pero verte fuera de aquí es lo que deseo.

A Clarisa el corazón se le desbocó ante ese pedido. Deseaba estar con él, compartir más tiempo y poder estar cerca, muy cerca de él.

—Me encantaría —contestó al sentir los dedos de él que le acariciaban los suyos.

—Doctor —irrumpió Brígida—, quiero saber si necesita algo más.

—No, gracias. Pero en tal caso no se preocupe que se lo haré saber.

La empleada había notado el acercamiento entre ambos y cómo él deslizaba la mano para retirarla de la de ella.

—Entonces no lo molesto más —dijo con mala cara y salió por la puerta.

Transcurrieron unos pocos minutos para que Clarisa volviese a hablar.

—No cabe dudas de que no me quiere.

—Ella es celosa de su trabajo, nada más, y no te conoce. Además interrumpió lo que te decía.

—Parece que eso se ha tornado costumbre —replicó con un gesto resignado.

—No me importa las veces que vuelva a hacerlo, eso no va a quitarme de la mente lo que iba a decirte. Quiero que nos veamos fuera de aquí, sin presiones o temores de que alguien pueda entrar.

—¿Hoy? —Sí. Podríamos salir antes, hemos trabajado bajo mucha exigencia estos últimos días y nos merecemos dejar a un lado el hospital, las internas y los problemas para ocuparnos un poco de nosotros.

—¿Nosotros? —acotó con una sonrisa que le iluminaba el bello rostro.

—Así es, nosotros.

Entre ambos, no sobrevoló una palabra más, solo los fuertes deseos de huir de allí e intentar obviar que nada los complicaba y que todo se arreglaría muy pronto.

La costa de Buenos Aires se perfilaba desde el barco entre luces y sombras.

Después de aquella tensa espera por emprender el viaje, la travesía había acabado luego de más de una veintena de días a bordo. Varios pasajeros estaban alborotados ante el desembarco en unos botes que al fin los dejarían en el muelle de pasajeros, según había indicado el capitán de la embarcación. Los marineros no dejaban de dar instrucciones al pasaje para efectuar del mejor modo posible el transbordo en los botes que atravesarían ese río revuelto hasta dejarlos en tierra firme.

Si bien no era el primer viaje que hacía, nunca imaginó que debería atravesar aquella agua sucia y enlodada para llegar al lugar deseado. Esperaba que todo valiera la pena. Luego de pensar unos breves minutos, descontó que así sería.

Del mismo modo que el resto de las personas, descendió por la escala hasta alcanzar la precaria y pequeña embarcación. A bordo, se sentó como pudo y aguantó hasta recalar en el muelle. Sin lugar a dudas, el devenir de los trabajadores portuarios era una postal para cualquier visitante que arribase allí.

Mientras contemplaba a su alrededor, supo que al fin estaba donde había deseado ese último tiempo. Solo restaba cumplir con lo que se había propuesto desde el preciso instante en que había abandonado París.

CAPÍTULO 16

La sombra del pasado

En medio de una cálida madrugada, Máximo transitaba las calles de la ciudad a bordo del carruaje mientras hacía un gran esfuerzo para no regresar junto a Béatrice. Dentro del vehículo se sentía solo y vacío. Luego de un tiempo de espera que le pareció interminable, había logrado al fin estar con ella, aunque no del modo en que lo deseaba. Maldecía en silencio que todo se complicara cada vez más.

El Regocijo se encontraba en pleno auge cuando Máximo llegó allí. No quiso quedarse para controlar lo que sucedía adentro ni para tomar una copa en compañía de algún cliente, apenas si saludó a Simón y se encaminó por las escaleras hasta alcanzar la habitación. No era el cansancio lo que lo agobiaba, sino todo lo que debía resolver para al fin alcanzar lo que tanto anhelaba, que era estar junto a Béatrice.

Desde la ventana vislumbró los primeros trazos de la alborada, prendió un nuevo cigarro y se recostó en el amplio sillón ubicado a un costado del cuarto para intentar aquietar su zozobra.

En los pocos días que llevaba allí, Evangelina se había adaptado a las exigencias del nuevo trabajo. Claro que le habría gustado estar dentro del salón, arreglada y perfumada como el resto de las muchachas, pero tenía precisas instrucciones de Simón de no hacerlo. Quizá no la veía lo tan atractiva como para cumplir la misma función que las otras; sin embargo, notaba que no dejaba un solo día de pasar a ver cómo estaba, preguntar si necesitaba algo y había insistido en conseguirle una habitación en una pensión cercana al burdel. Desde que estaba alojada allí, creía que al fin su vida había dado un cambio, ya que contar con comida cada día y disfrutar de un baño en el momento que lo deseara era como estar en el paraíso. Gran parte de eso se lo debía a él, que, además, la alegraba con su compañía, aunque no quería aventurarse a pensar más allá porque no quería que nada rompiera lo que al fin había obtenido. Sin más, continuó con el pelado de las papas que tenía en un amplio cazo y esperó a que llegase el horario en que él pasaba para ver cómo

iba todo.

Máximo acababa bañarse y cambiarse para bajar al salón a controlar cómo seguía todo. Unos golpes en la puerta lo apresuraron.

—Jefe, alguien lo busca.

—Simón —dijo al abrir de mal modo—, nada puede ser tan importante como para que no me dejes cambiar tranquilo.

—Disculpe, pero es una visita que viene desde París.

Máximo esperaba que esa persona llegara uno de esos días, aunque no sabía que ya estaba allí.

—Ya bajo. Mientras, agasaja a la visita como corresponde.

—Sí, patrón.

Cuando Máximo descendía por la escalera, el humo gris de los cigarros se mezclaba con el jolgorio que había en el recinto. El sonoro ruido de las copas de cristal al brindar se mezclaba con los murmullos circundantes. En medio de ese espectáculo se encontraba monsieur Beltran, que observaba cada detalle del lugar.

—Philippe, qué placer que hayas llegado y tenerte ahora en mi tierra.

—No fue tan difícil decidirme. Tenía muchos deseos de venir y ver con mis propios ojos todo lo que me has relatado en París.

—¿Qué deseás beber? —Por ahora es suficiente con mi segunda copa de la mejor champaña — comentó al levantar la copa y beber de un buen trago el resto de la burbujeante bebida.

Máximo le hizo un gesto al mozo para que le sirviera lo mismo.

—Me gusta lo bueno. Como verás, el lugar también está decorado del mejor modo.

—Lo veo, es incluso más elegante que algunos burdeles de París —dijo admirado.

—Con este estilo es que me gustaría decorar el nuevo local.

—No perdés tiempo; recién llego y ya querés que hablemos de negocios.

—Tenés razón, nada mejor que distenderse luego de un largo viaje y este lugar es el indicado para hacerlo.

—Tenés razón, es la mejor manera de divertirse.

—¿Dónde te alojás? —En el Grand Hotel.

—Entonces, si te parece, podemos encontrarnos allí mañana al mediodía para almorzar y hablar tranquilos. Lo único que quiero adelantarte es que ya tengo el local indicado y mañana me gustaría mostrártelo.

Los trámites por el local ubicado en la zona sur de la ciudad, que le había

adquirido a Mariano Podestá, ya estaban listos.

—Por supuesto, me encantaría.

En ese momento, Máximo hizo un leve movimiento con la cabeza para llamar a Violeta; quería que su nuevo socio estuviera satisfecho con la compañía y suponía que con ella así sería. Máximo se extrañó de que la mujer mantuviese una actitud dubitativa frente a un nuevo cliente, que además era su invitado. De a poco se acercó, pero notó que los ojos se le desviaban hacia la puerta de ingreso.

Las fuertes voces provenientes de la entrada distrajeron la atención de más de un invitado allí dentro, por lo que Máximo se disculpó de inmediato para saber qué ocurría. En ese instante vio aparecer a Santiago.

—Si me disculpan —dijo y dejó a Beltran en compañía de Violeta.

Con unos pocos pasos, estuvo junto a él y al encargado del negocio.

—Quiero a esta mierda en mi oficina ¡ahora! —bramó. No quería provocar espectáculos frente a los clientes.

Mientras Santiago vociferaba, fue llevado hasta la oficina de Máximo, no sin antes clavarle la mirada a Violeta, que no dejaba de observar lo que ocurría.

Sabía que el jefe la había llamado para que distrajera a un invitado especial, pero le daba escozor sentir cómo Santiago la miraba y le transmitía lo que la deseaba con esa estricta mirada.

Uriarte sabía que debía controlarse más allá de la ira que le bullía en el interior y que lo cegaba ante la furia que le provocaba ese sujeto. Unos pasos lo alertaron de la presencia de Santiago.

—Parece que no has entendido nada de lo que te he dicho. ¿Necesitás que te lo repita? —exclamó al acercársele.

—Vine para confirmar si una vez más me has burlado el negocio que tenía con Podestá.

—Te advertí que no te metieras con Béatrice y parece que no has hecho otra cosa que hacerlo.

—Eso no te habilita a meterte en mis negocios.

—Claro que sí, voy a meterme en cada puto negocio que emprendas y no voy a dejarte vivir hasta que te alejes de ella.

—No me amenes, porque yo también puedo lastimarte donde más te duele —dijo con tono amenazante.

—Te sabía imbécil, pero no tanto —espetó—. Ni se te ocurra continuar con la fantochada de ese ridículo compromiso.

—Es el deseo de su padre que me comprometa con ella. Supongo que en breve serán los deseos de ella también.

En una fracción de segundo, Máximo lo había alcanzado y lo sostenía con una mano por la solapa del saco, con la otra le lanzó un golpe en el estómago.

—Dejá de comportarte como un necio hijo de puta.

—¡Soltame! —clamó con la voz ahogada por el dolor.

—Solo cuando entiendas que quiero que te alejes de ella.

En ese instante, la mano de Santiago intentó librarse para darle un golpe a Máximo, que lo mantenía inmovilizado.

—¿Qué hacés? —gritó al tiempo que volvía a estamparlo contra la pared —.

No te vas a librar tan fácil de mí —sentenció.

Máximo volvió a empujarlo contra la pared y de inmediato lo dejó ir mientras se alejaba unos pocos pasos para evitar destrozarle el rostro.

—Parece que no te has dado cuenta, pero hace unos pocos días te salvé el pellejo.

—¿Qué decís? —preguntó incrédulo.

—Sé que tenías una deuda de juego con Álvaro Costa.

—¿Qué carajo te importa lo que hago con mi plata? —le increpó.

Con solo escuchar nombrar a Costa, un sudor frío le recorrió el cuerpo, aunque evitó traslucir el temblor que comenzaba a expandirse por sus extremidades.

—Ahora me va a importar más de lo que creés.

—Dejá de meterte en mi vida.

—Tu vida me importa una mierda. Lo que sí creo importante es que sepas que a partir de ahora ese dinero me lo debés a mí.

El gesto de desconcierto de Santiago ante lo que escuchó bien valía lo que Máximo había pergeñado.

—No me mires así; compré la deuda que tenías con él. Le pagué lo que le debías y ahora cada peso de esa puta deuda me la pagarás a mí.

—No puede ser —gimió.

—Así es, y vas a cumplir paso a paso lo que te diga, porque, si no, te vas a quedar en la calle. Lo único que debés hacer es alejarte de Béatrice y espero que esta vez lo entiendas.

—Estás loco.

—¡Quién lo dice! —Lamas se quedó callado, derrotado frente a semejante confesión—. Ahora quiero que te vayas y recapacites cada palabra que

hablamos para que te des cuenta de qué es lo mejor para vos.

Lamas llegó a la puerta y, antes de salir, se dio vuelta.

—Nunca te fíes de un hombre que está perdido, porque ya no le queda nada que perder.

Tras el portazo, Santiago huyó del burdel, devastado, envuelto en rabia y desesperación. Había desestimado el accionar de Máximo, necesitaba un trago y pensar cuál sería el próximo paso a dar.

Esa noche no le faltó la compañía de algunos de sus amigos de juergas, que no habían dejado de alentarlos para que cambiara el mal talante que tenía, para lo cual, el mejor remedio era la diversión. Al menos habían logrado calmarle el mal genio con algunas mujercitas con las que pasó la noche.

El amanecer lo encontró camino a su casa; necesitaba descansar un poco, aunque en la cabeza no dejaban de repiquetearle las palabras de Máximo.

Aunque su cuerpo atiborrado de alcohol desfalleció al caer sobre la cama, durmió pocas horas.

Con la cabeza que aún le daba vueltas debido al exceso de alcohol de la noche anterior, y sin haberse cambiado de ropa, fue hacia la sala en busca de algo que le sacara la resaca que tenía.

—Hijo, al fin te has levantado.

Lo que menos deseaba Santiago era toparse con su madre en medio del lamentable estado en el que se encontraba.

—Madre, estoy con un poco de dolor de cabeza.

—Si dejaras esa vida de juerga, seguro no estarías en ese estado.

—¡Basta de darme sermones! —exclamó.

—Lo lamento, pero esta vez tenés que escucharme.

—Ha elegido un pésimo día.

—No me importa. Debés saber que estoy con los preparativos para que los Salcedo vengan a casa. Esto tiene que ver con tu futuro y con el modo en que deberás conducirte de ahora en más.

Las puntadas en la cabeza de Santiago se acentuaban cada vez más a medida que la penetrante voz de su madre hablaba.

—Creo que podríamos tomarnos unos días para decidirlo.

—De ningún modo.

—Pero ¿cuál es la urgencia? —preguntó impaciente.

—No podés ser tan descuidado en tu comportamiento.

—Siempre fui así.

—Pero sos el hombre de la casa y debés actuar en consecuencia. Todo ha

cambiado desde hace algún tiempo, aceptalo.

—¡Basta, madre, que no estoy de humor! —No me importa, ahora vas a escuchar todo lo que tengo para decirte — clamó la mujer.

A medida que los oídos se le amoldaban a las palabras maternas, una ira incontenible comenzó a fluirle por las venas. En ese instante, el odio y el resentimiento que desde hacía mucho tiempo guardaba en su interior empezaba a liberarse. Ya no necesitaba más explicaciones; poco a poco, cada palabra se convertía en un aguijón de veneno que se perdía en una nebulosa de odio que no lo dejaba pensar ni razonar más.

Se quedó hasta que su madre terminó de hablar y fue ahí que supo que no podía permanecer un minuto más allí. Abandonó la sala, fue hacia la habitación y en pocos minutos destrozó todo lo que tenía a su alcance. Ni el fuerte ruido de la loza de la lámpara al estamparse en el suelo ni los adornos que alegraban la mesa de luz, hechos añicos sobre el piso de madera, desalentaron a la dueña de casa a entrar.

—Hijo —comentó apoyada en el marco de la puerta—, así no lograrás nada.

Él se dio vuelta y la miró con los ojos inyectados de sangre. El alcohol, la ira, la desesperación y el resentimiento confluían en aquella mirada.

—Quiero estar solo.

Ella lo entendía, no había sido el mejor día para hablar, pero sí el necesario para que él debía entendiera cómo eran las cosas y actuar en consecuencia.

—La violencia no la apliques en esta casa ni con tus cosas, te aseguro que no es una buena idea. Debés manejarte con inteligencia como yo lo he hecho.

Pensalo bien y te darás cuenta de que tu madre siempre tiene razón.

Él levantó la vista y se enfrentó a ella, que había sido durante toda la vida el sostén de esa familia. Quizá tenía razón y debía actuar con cautela e inteligencia.

La señora Lamas volvió a cerrar la puerta y lo dejó tendido en la cama, convencida de que a partir de ese momento todo cambiaría al fin.

Béatrice acababa de salir de su casa rumbo a la de Carmela en una mañana soleada que invitaba recorrer las calles de la ciudad. Quizás el desvelo que había sufrido la noche anterior, en la que pensó solo en Máximo, la hiciera

sentirse de un modo diferente. Era una sensación extraña que la perseguía desde el mismo momento en que se había levantado.

Se distrajo al contemplar el inicio de nuevas construcciones, la plantación de más árboles a lo largo de las calles y el lejano silbato del tranvía que anunciaba su llegada. Intentó quitarse esa rara percepción y continuó el camino. Al llegar, la recibió la empleada y, de inmediato, fue hacia la habitación de la niña. Según lo que le había indicado el doctor, restaban pocos días para que comenzara a hacer su vida normal y abandonara al fin el reposo. Al abrir la puerta, notó que Carmela no estaba con el mejor humor. No la culpaba, permanecer en cama producía un gran aburrimiento, además estaba sin ir a la escuela, cuando no hacía tanto había comenzado a disfrutar de las clases con sus compañeritas de aula.

—Carmela, ¿sucede algo? —le preguntó intrigada. El silencio le respondió a Béatrice que, en efecto, algo le había ocurrido, ya que una manera en que lo manifestaba era encerrarse en sí misma y no hablar—. Sabés que podés confiar en mí.

—¿Sí? —contestó con los ojos colmados de lágrimas—. Eso era lo que yo también creía.

—Por favor, decime qué te sucede. ¿Es algo conmigo? —Deberías decírmelo vos —dijo y el rostro se le palideció. Con la mano se inclinó para sacar una caja de debajo de la almohada—. Quiero que sepas que no me gusta esto. Creía que solo mis compañeras lo hacían, que solo ellas se burlaban de mí, pero nunca imaginé que vendría de tu lado. —Con las manos temblorosas le dio la caja—. Podés llevártela.

Béatrice tomó la caja, la destapó y la conmoción que sintió la paralizó. No podía creer que otra vez volviese a ver aquella muñeca destartada, con los cabellos negros ensortijados que parecían chamuscados y mal cortados. El aspecto de esa muñeca daba miedo. No podía creer que fuese la misma. No, claro que no lo era, no podía serlo.

—¿De dónde ha salido esto? —dijo con cara de pánico.

—¿Aún me lo preguntás? —Por favor tenés que decirme cómo llegó esto a tus manos.

—Lo dejaron esta mañana y lo recibió la empleada —dijo confundida.

—No puede ser.

—Entonces no fuiste vos quien la trajo.

—Nunca te haría un regalo tan feo ni cruel como este.

El miedo y la angustia le anidaron en la garganta y, de inmediato, rompió

en un sórdido sollozo mientras abrazaba a Carmela. Aunque fuera una niña y estuviese convaleciente, necesitaba que la contuviese.

Un montón de imágenes, que no dejaban de darle vueltas, se le agolparon en la cabeza.

—Béatrice, no te pongas así —le decía mientras le acariciaba el oscuro cabello—. No le dije a mi mamá todavía para que no se enojara con vos.

—Gracias, mi amor. Debo decirte que no fui yo quien te envió esto. No te preocupes, no quiero que esta cosa esté a tu lado ni un minuto más.

Se incorporó con rapidez, tomó esa caja con la horripilante muñeca dentro, a sabiendas de que alguna vez había sido parte de sus juguetes, y se la puso sobre la pollera.

—Debo irme.

—Pero ¿qué le diré a mi madre? —preguntó desconcertada.

—Que no me sentía bien. Se lo digo yo a la empleada, pero, por favor, no le cuentes de esto.

—¿No me dirás qué sucede? —No hasta que no sepa en verdad qué es lo que ocurre.

Béatrice besó a Carmela y la abrazó con todo su amor para que entendiera que no tenía nada que ver con lo ocurrido.

—Quiero que sepas que jamás te lastimaría —le dijo antes de salir.

—En el fondo de mi corazón lo sabía —replicó con una sonrisa.

—Te prometo que mañana regresaré y me quedaré más tiempo.

—Estaré aquí para esperarte.

Todavía con un temblor que le recorría el cuerpo, se retiró de la casa de la familia Montero como si fuese un fantasma. El pasado había regresado otra vez.

El salón comedor del Grand Hotel se encontraba rebosante de huéspedes, quienes disfrutaban de un opíparo almuerzo. Ese restaurante se había transformado en el gran referente del lujo y del buen gusto. Algunos políticos y hombres de negocios lo habían adoptado como un lugar de encuentro, ya que allí reinaba la privacidad. En el medio de salón se ubicaba Máximo junto a Philippe Beltran. Los proyectos que se habían gestado en tierra gala ya veían la luz en aquel lujoso lugar. La alegría de Beltran por todas las cosas nuevas que estaban por llegar contagiaba de gran modo a Máximo.

—Te aseguro que tendrá una excelente acogida este negocio con tus nuevas ideas.

—Aún no he podido apreciar bien la ciudad, pero, por lo que me decís, y lo poco que he visto, hay un cierto parecido con la fisonomía parisina.

—Por supuesto. Acá, como en cualquier otro lugar del mundo, tratan de copiar lo más selecto, y París es la cuna de todo lo excelso.

—Entonces no podríamos estar en mejor camino que este.

—El concepto de *café concert* que traés de allá no es el mismo que se conoce aquí. Hay unos pocos lugares que convocan a algunas orquestas y ofrecen al público música mientras se bebe algo. Cerca de aquí hay uno llamado El Jardín de Florida, pero lo que he visto en París supera con creces a los lugares que hay aquí. Por eso me interesa trasladar ese estilo parisino a nuestro nuevo emprendimiento —dijo Máximo con entusiasmo.

—Ese no será ningún problema; tengo claro qué es lo que deseo.

—Quiero que conozcas el nuevo local, está ubicado en la zona sur. Desde ya te aclaro que está plagado de negocios del estilo, pero de una calidad menor.

Imponer allá algo selecto atraerá a más gente. Yo también lo he hecho con otro burdel que inauguré antes de emprender el viaje a París, y te aseguro que funciona muy bien.

—Me alegro entonces —dijo al levantar la copa con vino blanco—. Por nuestro nuevo negocio —celebró.

—¡Por esta nueva sociedad! Máximo no había querido agobiarlo con los detalles de las reformas y con lo que tenía pensado hacer en el nuevo local. Beltran le había dicho que se quedaría por un largo tiempo, así que descontaba que tendría tiempo para indicarle todo lo que quería plasmar en ese proyecto. Al despedirse, le dijo que lo esperaba en el burdel cada noche que quisiera para divertirse o tomar una copa.

Cuando llegó a El Regocijo, fue hacia la oficina para completar algunos asuntos pendientes, pero, antes de que pudiera llevarlos a cabo, la puerta se abrió de golpe y tras ella apareció Béatrice con el rostro desencajado.

—Patrón, la dejé pasar —dijo Simón al dejar una pequeña caja sobre el escritorio—. Ella quería verlo.

—Por supuesto. Dejame solo y no estoy para nadie que me busque —agregó al ir al encuentro de la joven y envolverla en sus brazos—. Mi amor, ¿qué sucede? No me asustes.

—Solo necesito que me abracés así, muy fuerte.

Aunque él estaba desesperado por saber el motivo que la tenía a mal traer, no dudó en estrecharla entre los brazos con toda su fuerza hasta que poco a poco se le fuera la angustia. Le deslizó las manos por la espalda para acariciarla y calmarle el temblor que se le extendía por el cuerpo. Luego, se separó apenas para colmarle el rostro con pequeños besos.

—¿Alguien te ha hecho algo? —le susurró al oído—. Te aseguro que si es así, oírás de mí.

—Perdoname por haber venido de este modo, pero necesitaba tenerte cerca, sentirte. Sé que no es el lugar adecuado, pero... —Es perfecto lo que has hecho —la interrumpió—. Lo que te dije en algún momento es que este no es el lugar indicado para que estés, pero me alegro de que hayas venido. —La miró con preocupación y le dijo—: Ahora necesito que me cuentes qué sucedió.

Mientras le daba tiempo a que lo hiciera, la condujo hasta el sillón y se la sentó sobre las piernas. Con las manos le rodeó el rostro y le observó los húmedos ojos grises que no dejaban de mirarlo, entonces le apoyó los labios sobre los suyos y se los besó para intentar borrarle la angustia que le había provocado el llanto.

—Quiero contarte lo que me sucedió, aunque pienses que estoy loca.

Máximo sonrió en medio de la congoja de Béatrice. Nadie más que él había luchado contra la locura, con la de su madre, enfermedad que se convirtió en parte de su vida. Por eso jamás le endilgaría a alguien tamaña cosa y tampoco podía contarle acerca de lo que padecía Teresa, no era el momento ideal para hacerlo en medio de su sufrimiento.

—Mi amor, nunca lo pensaría —dijo y le besó la punta de la nariz.

—Como todos los días, fui a visitar a Carmela. Ella estaba mal porque creía que yo... —Se quedó muda y las lágrimas le cubrieron las mejillas.

—Que vos... —Pensó que había sido yo quien le había hecho un regalo escalofriante. —Se incorporó y le entregó la caja—. No bien entré, se lo di a tu encargado, me quemaba tenerla entre las manos.

Máximo descubrió la tapa y vio el contenido. Claro que era desagradable esa imagen, pero seguía sin entender. Al verle esa expresión, ella aclaró horrorizada: —Es la misma muñeca que tuve en mi infancia y que me acompañaba en el altillo cuando me encerraban.

—Quizás es parecida y verla te trae ese espantoso recuerdo —dijo para calmarla.

—También lo pensé, aunque las pesadillas dejaron de perseguirme desde

la última vez que estuvimos juntos.

—Mejor así.

—No sé quién se la envió a Carmela ni por qué. No creo que haya sido alguna amiguita del colegio, pero no pude hacerle más preguntas porque me invadió un miedo que me paralizó.

—Te creo. Los recuerdos muchas veces se apoderan de nuestra mente y nos confunden. No debe de ser más que un malentendido. No quiero verte así, no después de todo lo que me has contado que pasaste en París. Te repito que nada va a sucederte si estás conmigo.

—No sé qué haría si no te tuviera —dijo acongojada.

—Eso ni lo pienses, de tu ausencia es algo de lo que jamás me recuperaría.

No estar a tu lado no entra siquiera en mi pensamiento. Esperé demasiado para que al fin estemos juntos.

Máximo no se resistió y la besó en un intento de borrar cada instante de angustia, necesitaba sentirla y demostrarle que todo estaba bien y que nada podía lastimarla. Le acarició con la lengua los húmedos y palpitantes labios, entonces, lo que pretendía ser una cálida caricia se transformó de inmediato en el ferviente deseo de entrelazarle la lengua con la suya para perderse en su boca. Las manos comenzaron a acariciarle el cuerpo bajo los incipientes gemidos de Béatrice, que comenzaban a enloquecerlo.

—Te amo —ahogó él en su boca.

Nada de lo que en algún momento había experimentado con cualquier otra mujer podía asimilarse a lo que vivía junto a Béatrice. Ella lo era todo. Sus dulces caricias, los tímidos besos y el modo en que le susurraba cuánto lo amaba lo enloquecían como nunca antes lo había imaginado. Desde que la había visto por primera vez, había encontrado algo en ella que lo intrigaba, que lo incitaba a conocerla más. Por mucho tiempo creyó que no volvería a estar rodeado de tanta pureza e inocencia y que quedaría atado a un mundo plagado de vicios, perdición y oscuridad. Pero la conoció y todo cambió.

Le acarició el cuello con la punta de la lengua con suma suavidad hasta alcanzar el hombro y sintió cómo los finos dedos de ella se le aferraban al cabello para acercarlo más. Su boca reclamó los pechos, por lo que le desabotonó la blusa y se los acarició y lamió con pasión. Él veía cómo se contoneaba ante esas caricias y cómo gemía y se excitaba ante su lengua experta.

Con premura, le levantó la pollera y le corrió la ropa interior para al fin

estar dentro de ella. Siempre había deseado tenerla allí, era una fantasía que había tenido desde el mismo momento en que la vio. Con las manos en la cintura la guiaba en los movimientos mientras la embestía sin dejar de mirarla. La elevaba y la dejaba caer sobre él con lentitud para disfrutar la arrolladora sensación que le provocaba la fricción de sus cuerpos. La profundidad de las miradas se acentuaba con cada embestida hasta desnudarse el alma en el preciso momento en el que estallaban en un poderoso e intenso orgasmo.

Ambos quedaron varios minutos abrazados, jadeantes y aún en el disfrute de lo que acababan de vivir. Cuando se recuperaron, ella se incorporó y se acomodó la ropa mientras él hacía lo mismo. Máximo pudo observar que, al menos, por un rato, le había borrado la expresión de angustia que tenía cuando llegó.

—Béatrice, no es bueno que permanezcas acá más tiempo. Te llevo a tu casa.

—De acuerdo —dijo con una sonrisa en la cara.

El viaje hacia la casa lo hicieron en absoluto silencio, pero sin dejar de abrazarse y acariciarse. Cuando llegaron a la esquina, Béatrice descendió para que su padre no la viera bajar del carruaje de Máximo. Se despidieron con un suave beso y él volvió a El Regocijo mientras deseaba que esa noche no la alcanzara ninguna pesadilla.

Ya de regreso en la oficina, Máximo volvió a mirar el lugar que había sido testigo del amor que se profesaban y una sonrisa se le asomó en el rostro. Nunca habría creído posible que allí dentro la haría suya.

Decidió bajar en busca de una bebida y para echarle una mano a Simón en el burdel. Antes de salir, se topó con la caja que había lanzado desde el escritorio y que contenía la muñeca que había aterrado a Béatrice. Se agachó y la tomó entre las manos para inspeccionarla, como si pudiera encontrar algo en particular.

Estaba claro que no era más que un juguete viejo, pero, antes de arrojarla al piso, la dio vuelta y vio que podía leerse la leyenda: “*Fabriqué en France*”.

Clarisa había pasado de un estado de máxima exaltación ante la inesperada invitación del doctor Heredia a sentir una gran decepción, ya que ese día se había deshecho en excusas para cancelar la cita. Si bien no estaba con el

mejor talante, salió de allí para al fin encontrarse con Béatrice y poder hablar.

Al llegar a la casa, la encontró en la cocina mientras probaba uno de los bizcochuelos que había preparado Bernarda.

—¡Al fin llegaste más temprano! —clamó y fue a abrazarla—. Pero ¿por qué esa cara? —Ahora que estás con tiempo podremos hablar —dijo acongojada.

Esas palabras fueron solo una ilusión al ver que entraba Nicanor.

—Parece que hemos retornado a la rutina, ¡cuánto hacía que no estaban temprano en casa! —Tiene razón, Nicanor. Estos últimos días han sido complicados, aunque hoy me he desocupado temprano —comentó Clarisa con el rostro decaído.

—Debo cumplir con unos compromisos, pero, si les parece, podríamos dar un paseo —propuso entusiasmado.

—Claro. Sería lindo salir y tomar el té, ¿verdad? —le preguntó Béatrice a Clarisa.

—Entonces les doy unos minutos para que se arreglen. Si quieren, puedo dejarlas en la confitería a la que solíamos ir con Béatrice y luego me sumo a ustedes.

—Nos encantaría —exclamó ella en nombre de las dos.

Era una buena oportunidad para poder hablar tranquilas sin interrupciones. Se debían una gran charla, como las que habían compartido antes de que ambas estuviesen tan ocupadas.

A bordo del carruaje, fueron rumbo a la calle Potosí y Chacabuco. Siempre que podía, Nicanor iba a la pastelería de los hermanos Gontaretti, por lo que pensó que las muchachas disfrutarían de algunas de sus exquisiteces. El trayecto no fue muy extenso y, no bien se detuvo el vehículo, Nicanor descendió para ayudar a las jóvenes a bajar y las acompañó hasta la puerta para ver dónde se ubicaban.

—Béatrice —susurró Clarisa al acercarse a la entrada—, ¿no son raras esa dos esfinges chinas que hay en la puerta? —Yo le comenté lo mismo a mi padre la primera vez que me trajo aquí. Creo que son originales y le dan un toque diferente al lugar, por eso dejaron de llamarlo por el nombre de los dueños para nombrarlo “Los Dos Chinos”. Vamos, que tenemos bastante por conversar.

Nicanor, desde la puerta, las vio ubicarse en una de las mesas en medio del salón. Algunas otras estaban ocupadas por otras señoras que, con sus mejores prendas, disfrutaban de un té con masas. Volvió a saludarlas y se fue

tranquilo para cumplir con algunas de sus obligaciones para luego regresar allí.

Ambas no tardaron en encargarle al mozo lo que deseaban y la charla comenzó a salir a borbotones.

—No sé por dónde empezar —lanzó Clarisa.

—Por donde quieras, pero pronto —comentó con una sonrisa.

—Estoy con este malhumor porque Justo me había invitado a salir, pero luego me dijo que se le había complicado con otros compromisos que no podía posponer.

—Clari, no será la primera vez que le suceda.

—Pero qué comprensiva estás —dijo de mala gana.

—Lo importante es si te dijo lo que siente por vos.

Clarisa inhaló profundo y recordó los distintos momentos que vivió con él. Una mueca graciosa se le dibujó en el rostro.

—Todavía espero a que comiences a contarme todo en este momento.

—No solo nos hemos besado —comentó y sintió que las mejillas se le ruborizaban al evocar lo vivido—, sino que me ha confesado que me quiere como nunca antes quiso a nadie.

—Pero entonces debés estar feliz con esa confesión —exclamó con alegría.

—Si es así, ¿por qué me dejó plantada hoy? —La respuesta ya la sabés: es un hombre ocupado con muchas obligaciones.

Lo supiste desde que lo conociste.

—En eso tenés razón —dijo resignada.

—¿Qué te dijo de su prometida? —Béatrice le observó la mirada triste que puso ante esa pregunta—. Clari, no me mires así. Ambas pensamos lo mismo, decime bien qué te ha dicho al respecto.

—Me dijo que necesitaba algo de tiempo para ordenar todo eso. No quería lastimar a los Podestá, a quienes conoce desde hace mucho tiempo, y tampoco a ella.

—Es comprensible que piense de ese modo. Creo que habla bien de él.

—¿Eso creés? —Por supuesto. Supongo que hasta que no esté todo solucionado, deberás contar con mucho temple.

—Puede ser, pero ¿cómo se hace? —Hay una palabra mágica: paciencia. Sin ella, estarás en problemas. Te lo digo porque yo he tenido que repetirla una y otra vez. Y aún lo hago. Eso sí, nunca abandono la esperanza de que todo se arregle con el tiempo.

—Gracias, Béatrice, cuánto necesitaba hablar con vos. Me sentía sola, sin saber qué pensar. Por muchas ocupaciones que tengamos, no debemos dejar nuestras charlas en las habitaciones, como lo hacíamos antes.

En el rostro de Béatrice se le dibujó una sonrisa que no podía borrar por mucho que lo intentase. La imagen de Máximo en su cuarto no dejaba de conmoverla.

—¿Qué sucede? Te pusiste colorada.

—¿Sí? —preguntó avergonzada.

—A mí no vas a engañarme. Quiero todos detalles de lo que aún no me has contado.

Béatrice tomó la taza de té que el mozo había dejado junto a una bandeja con masas y se dispuso a ordenar los pensamientos para comenzar con el relato; sin embargo, antes de empezar, observó cómo el gesto de curiosidad de Clarisa por lo que iba a escuchar cambiaba a decepción y desconcierto. Poco a poco, el rostro se le cubrió de una palidez abrumadora.

—Clari, ¿sucede algo? —preguntó preocupada.

Supo que no le contestaría, por lo que giró la cabeza para continuar con la línea de visión de su amiga. En una mesa cercana a la entrada del local, acababan de ubicarse el doctor Heredia junto a su prometida, Mercedes Podestá.

Ellos no podían verlas porque había una columna que les obstruía la visión desde el lugar en que se encontraban. Él no dejaba de acariciarle las manos y de mirarla a los ojos. Los gestos de cariño saltaban a la vista, porque las caricias que ella le daba y el modo en que parecía hablarle daban muestras de que allí había un sentimiento profundo, o al menos era lo que se vislumbraba a la distancia. Clarisa no podía pensar en otra cosa que no fuese esa imagen que tenía frente a sus ojos y las implicancias que tenía. Necesitaba irse de allí, no podía soportar estar un minuto más dentro de esa confitería.

—Clarisa —dijo al entrelazarle los dedos con los suyos—, debés calmarte.

Quizá nada sea lo que parece. —Los ojos se le humedecieron sin poder responder la benévola sugerencia de Béatrice—. Si querés, nos vamos.

—Es lo que deseo, pero no quiero que nos vea.

—Si salimos, claro que nos verá.

Mientras Béatrice pensaba qué hacer con su amiga, cuya palidez era más notoria y se acentuaba con el transcurso de los minutos, Nicanor entró al lugar y empeoró la situación.

—No me digas que lo va a saludar —dijo Clarisa mientras se encogía cada vez más en la silla.

—Da por seguro que lo hará. Pero por favor, cambiá la cara.

En ese mismo instante, Clarisa sintió la mirada de Justo clavada en el rostro.

Ella no soportó sostenérsela y, de inmediato, la bajó, porque odiaba que él estuviera allí y le destrozara el corazón, que borrara de un plumazo cada palabra que le había dicho, cada gesto íntimo que habían compartido.

Ninguna quiso demorarse más, por eso, cuando se acercó Nicanor, Béatrice dijo que no se sentía bien, por lo que él abonó la cuenta y caminaron hacia la salida. Clarisa necesitaba huir de allí, no verlo ni cruzarlo, pero nada de eso ocurrió. Apenas se acercaron, lo vio levantarse y caminar unos pasos hacia la puerta para bloquearle la salida y así tenerla frente a él.

—Clarisa —dijo mientras le clavaba la mirada a la espera de alguna señal que le indicase que lo entendía.

—Doctor, qué sorpresa, no lo habíamos visto —dijo con fingida alegría.

—Hemos llegado hace poco.

—Espero que disfrute de esta tarde con su prometida —exclamó con ironía para luego esquivarlo y salir de la confitería.

—Clarisa... —la llamó sin que ella se voltease para volver a mirarlo.

Apuró los pasos hasta alcanzar el carruaje, necesitaba irse de allí lo antes posible porque la desgarraba por dentro no solo haberlo visto, sino el modo en que le había hablado, como si nada ocurriera y todo estuviera bien.

Desde el local, Mercedes observaba la escena mientras trataba de contenerse para no ir a arrancarle los cabellos alborotados y cobrizos que le destellaban en la cabeza. Había escuchado los consejos de su madre y trataba de obrar en consecuencia; ser paciente y mostrarse frente a él como una dama le daba resultado, aunque los chismes sobre su prometido y la joven Carreras se le agolpaban en la cabeza sin darle ni un minuto de tranquilidad.

CAPÍTULO 17

Allí es donde deseaba estar

Poco a poco, la noche comenzaba a cobrar vida y los faroles de las esquinas iluminaban las largas sombras que intentaban ocultarse en una profusa oscuridad. En la calle Del Temple, todo renacía bajo el jolgorio que se vivía puertas adentro del burdel El Regocijo.

Máximo se encontraba dentro de la oficina para terminar unos asuntos pendientes y así poder ir a visitar a Béatrice. Eso le había hecho saber a ella mediante una escueta nota que le había entregado a Félix esa misma tarde. Saber que en breves minutos la vería no dejaba de alimentarle los deseos de sentirla y tenerla cerca, aunque fuesen solo momentos robados en mitad de la noche. Ya luego vería el modo de compensar semejante entuerto, pero, al menos, había empezado a poner en orden el tema con Santiago.

Unos golpes que no pedían permiso lo distrajeron y, sin esperar a que él invitase a entrar, la puerta se abrió de golpe. Máximo evitó demostrar la real conmoción que le generó ver a la persona que tenía a pocos metros del escritorio.

—¡Gina! ¿Qué hacés aquí? —preguntó atónito.

Ella estaba ataviada con una de las tantas prendas lujosas con las que solía vestirse. El color lavanda del vestido ceñido en la cintura le resaltaba la figura y el insinuante escote que dejaba ver todo lo que ella pretendía mostrar.

— *Mon chér*, esperaba otro recibimiento. Aún estás a tiempo de hacerlo — comentó con una sonrisa ladina.

Máximo no la hizo esperar y se levantó para ir a saludarla. Su caballerosidad no menguaría por ningún motivo, más allá de las implicancias que podría tener la presencia de Gina en ese momento. El beso que él le dio en la mejilla no impidió que ella lo estrechase en un fuerte abrazo y con las delgadas y arregladas manos le recorrió la espalda para acortar todavía más la poca distancia que los separaba.

—Cuánto te he extrañado —le susurró sobre el pecho.

Máximo se separó para mirarla y sonrió.

—¿Dijiste extrañarme? —preguntó con ironía.

Los ojos de ella hablaban de los deseos que tenía, aunque pretendía desplegar todas sus armas de seducción sin demostrar cuánto ansiaba estar con él. Creía conocerlo lo suficiente como para lograr el objetivo que se había puesto: volver a estar a con él costara lo que costara.

—Han sido poco más de veinte días a bordo en los que no dejé de pensar en el momento en que te vería —comentó al colocarse en puntas de pies para alcanzarlo y rozarle los labios con los suyos en una caricia inocente, casi casta, aunque sus intenciones fuesen otras—. ¿No pensás invitarme con una copa de bienvenida? Él sonrió y la invitó con la mano para que se sentara mientras se servía una medida de whisky; creía que le vendría de maravillas un trago fuerte de alcohol.

A ella le sirvió una copa de un licor que él nunca bebía, pero que era el apropiado para una mujer.

—¿Cuándo decidiste venir aquí? No me avisaste que estarías en la ciudad.

—Decidí venir luego de haberte encontrado en París —contestó y le rozó los dedos cuando le entregó la copa.

—Gina... — *Mon chér* —lo interrumpió—, voy a ahorrarte el sermón de que me he apresurado al venir hasta aquí. Deberías saber que siempre he hecho lo que quise, y mis deseos por volver a verte eran demasiado intensos, por eso no lo pensé: saqué el boleto de barco y aquí estoy. Creo que por eso deberías sentirte halagado, no preocupado, como lo dice el gesto que tenés desde que me viste aparecer.

—Para mí no sos una preocupación, salvo cuando crea que puedo confundirte por no haber sido claro en ciertas cuestiones.

Gina sonrió, dejó la copa sobre el escritorio y apoyó los codos para lucir el pronunciado escote que ostentaba.

—No deberías preocuparte por nada que hayas dicho, menos aún por algo que no has mencionado. Creo conocerte, *mon chéri*, nadie torcerá tus deseos —comentó más por suspicacia que por otra cosa, porque estaba convencida de que, con el tiempo, lograría conquistarlo—. En eso nos parecemos bastante.

Gina volvió a tomar la copa de licor e hizo el gesto de brindar para luego tomar un pequeño sorbo de la colorada y suave bebida con sabor a grosellas.

—Además, adoro viajar y, ahora que puedo, no dudé en hacerlo.

—Me parece muy bien, aunque este no es el lugar ideal para visitarme.

—¿Por qué no? Desde que me lo mencionaste, supe que algún día vendría a conocerlo. Eso sí, no pude verlo bien porque enseguida me mostraron el

camino hacía aquí.

—Aún no sé cómo has logrado que te dejen llegar aquí sin avisarme antes.

—Debo decirte que el encargado ha sido muy gentil conmigo —deslizó al enarcar una ceja.

Máximo no necesitó más información para saber cómo había logrado escabullirse hasta la oficina. No era difícil notar el atractivo que ella irradiaba frente a los hombres que estaban cerca, todo el tiempo intentaba seducirlos y, de ese modo, siempre lograba lo que deseaba.

—No debí preguntarte cómo te las ingeniaste —comentó al esbozar una sonrisa mientras apuraba el resto del contenido de la copa.

—Me gustaría conocer un poco más el lugar. Creo que estoy en condiciones de darte una buena opinión de este burdel, ¿verdad? —Por supuesto.

—Aunque intente borrar toda una etapa de mi vida, no lo haré frente a ti. Fue en aquella época en la que te conocí y nunca lo negaría, al menos con vos presente.

Gina no se iba a permitir deslizar un solo comentario que pudiera traslucir lo que sentía por él. Estaba segura de que sería una cuestión de tiempo erosionar esa resistencia y estar con él.

Máximo se levantó y le dio la mano para guiarla por el burdel. Descendieron por la escalera y el humo grisáceo de los cigarrillos, que disfrutaban los hombres ubicados en algunas de las distintas mesas que estaban distribuidas en el salón principal, se fundía bajo la tenue luz que alumbraba de modo estratégico el recinto. La presencia de Gina en medio de ese ambiente no hizo más que atraer las miradas de los clientes. Era la primera vez que una mujer de cabello platinado, con esa estampa y porte tan llamativos, se pavoneaba como invitada mientras lucía todos sus atributos de la mano del dueño.

—Me gusta la decoración, la luz es la adecuada —comentó mientras hacía una acabada inspección del lugar—. El tono bordó y el dorado forman una inmejorable combinación.

—Lo sé.

Ella lo miró e hizo una mueca para demostrarle el refinado gusto que tenía.

En medio de aquellas miradas, alguien le arrebató el momento íntimo que creía protagonizar con Máximo.

—Disculpen. Máximo, no sabía que había una nueva incorporación —dijo Violeta, que no había dejado de observar con absoluto detenimiento la

aparición de Gina desde que había ingresado al local para robarse todas las miradas.

A Violeta le pareció que tenía una actitud prepotente y arrogante. No entendía aún por qué Máximo le dedicaba tanto tiempo. Por lo poco que había escuchado, había llegado desde París, por eso no descartaba que fuera con intenciones tan fuertes y decididas como para emprender semejante viaje.

— *Mon chéri* —le comentó a Máximo al apoyarse sobre su pecho—, creo que deberías explicarle a esta *prostituée* quién soy.

—Violeta, ella es una vieja amiga que ha venido desde París.

—El apelativo de vieja no será por cómo estoy, ¿verdad? —dijo con una sonrisa petulante.

Máximo evitó contestarle y empezar una conversación banal entre mujeres.

Violeta hizo un gesto de duda en el rostro, lo suficientemente claro para que Gina lo notara. Ninguna de las dos necesitó decir lo mal que se caían, aunque la recién llegada supo de inmediato que, con esa mujerzuela, no debía siquiera entrar en combate, porque significaría darle alas a alguien que nunca tendría vuelo.

—Como no me gusta engañar a nadie, esta prostituta se va a trabajar para cumplir con su trabajo —comentó Violeta en clara referencia a la actitud de Gina.

Ella conocía ese ambiente desde muy joven y sabía a la perfección cuándo una mujer había sido una de su clase, por mucho maquillaje, alhajas y ropa lujosa con la que intentase ocultarlo.

—Dejame decirte que esa mujerzuela es una impertinente.

—No lo es, aún no la conocés.

Lo menos que deseaba Gina era discutir con Máximo por una prostituta que nunca saldría de allí, aunque se había dado cuenta del interés que guardaba por él, porque, de lo contrario, no lo habría celado de ese modo. De inmediato pensó “cuánta ilusión echada a perder”, “pobre infeliz”, y se centró en Máximo y en brindarle toda la atención.

—Deberías contratar alguna orquesta de música.

—Eso lo reservo para mi próximo proyecto —dijo mientras ambos se dirigían a una de las mesas del salón—. Igual debo decirte que hasta ahora mal no me ha ido. Pero llegó el momento de ofrecer algo distinto, y en eso estoy.

—Parece que nadie te detiene, ¿verdad? —No permito que lo hagan —concluyó.

La mesa reservada para el patrón se encontraba ubicada en un estratégico

lugar para ver hacia todos lados y estar al tanto de los movimientos del personal y de los clientes. Hacia allí se dirigieron e hizo un leve gesto a uno de los camareros para que le llevara un champaña. Esa era la única recepción que podía brindarle a Gina.

Antes de prender un cigarro, tomó el reloj de bolsillo y notó que el transcurso del tiempo conspiraba contra los deseos de estar junto a Béatrice. Ella le vio el ceño fruncido en medio de ese rostro tan atractivo y masculino, con largas pestañas negras que le acentuaban la intensidad de la mirada. Esa seguridad al hablar y moverse lo volvía el hombre más seductor que había conocido, y eso que ella no se había privado de la compañía de ninguno. No cabían dudas de que algo lo preocupaba y, por la expresión, estaba convencida de que se trataba de una mujer, su mujer.

—¿Tenías algún otro compromiso? —preguntó con candidez.

—Así es.

—Máximo, nos conocemos lo suficiente, deberías habérmelo dicho. Lo que menos deseo es que mi visita complique tus asuntos —dijo y le acarició las manos—. Lo digo en serio.

Gina le lanzó una caída de ojos para demostrarle la veracidad de esa declaración. También sabía que varios de los hombres allí se morirían por estar con ella; las miradas de soslayo que le lanzaban daban cuenta de eso.

—No te preocupes, ya me arreglaré. —Lo que menos deseaba Máximo era dejarla allí por si sucedía algún imprevisto. Necesitaba irse tranquilo y no lo haría si dejaba todo tal como estaba en ese momento—. Igual pensaba pedirte si podías llevarme hasta el hotel, hoy no he parado de pasear y visitar esta agradable ciudad.

—¿En cuál te hospedás? —En el Grand Hotel.

Máximo de inmediato recordó que era el mismo donde se alojaba su nuevo socio. En verdad no debía llamarle la atención, porque ese lugar era uno de los mejores de la ciudad, si no el mejor.

—Debí imaginarlo.

—¿Por qué? —Porque desde hace un tiempo ha sido tu costumbre ir detrás de lo más selecto.

—Al fin te has dado cuenta de eso —agregó y se acercó para acariciarle el cuello con las yemas de los dedos. Necesitaba saber que otra vez le provocaba algún estremecimiento, como él lo hacía con solo mirarla—. Cuando quieras nos vamos.

Máximo le dio una pitada más al cigarro y se levantó para acompañarla.

—Por supuesto.

—Eso sí, esta noche te librarás de mí, pero no de la champaña que has pedido y no hemos bebido.

—Tenés razón —agregó con una sonrisa cómplice—. Te prometo que la próxima vez abriremos una botella para beber y brindar.

—Lo tomo como una promesa —dijo con voz seductora.

—Deberías saber que no me gustan las promesas —dijo sin dejar de mirarla—. Yo lo llamaría un ofrecimiento.

—Si viene de vos, es lo mismo.

Máximo le apoyó la mano en la cintura y la condujo entre de los clientes hasta la salida.

En un carruaje estacionado a corta distancia del burdel se encontraba Santiago, a la espera de que los amigos que habían concurrido allí saliesen y así continuar la juerga. Esa noche no pensaba entrar, no creía que fuera el mejor momento para hacerlo, aunque no dejaría de estar alerta. Máximo no se libraría de él con tanta facilidad. Verlo salir de allí no le sorprendió tanto como la mujer que lo acompañaba, una rubia sensual y atractiva que no le soltaba el brazo. No había que ser demasiado perspicaz para darse cuenta de que entre ellos se escondía algo más íntimo, ese algo que acababa de alegrarle la noche y de brindarle una luz de esperanza. Observó cómo la ayudaba a subir al carruaje y, al compás del lento tranco de los caballos, se perdían por la empedrada calle Del Temple.

Béatrice se encontraba sentada en el sillón de la habitación frente a la ventana a la espera de Máximo. Había cenado apenas algo para evitar levantar sospechas y con la excusa que tenía una simple indisposición se retiró para esperarlo. Había repasado una y otra vez la nota que le había escrito donde le decía que lo esperara.

Había dejado de contar las veces que se había peinado la larga y oscura cabellera, porque sabía que era el modo en que a él gustaba que la luciera, y tampoco recordaba la cantidad de vueltas que había dado alrededor de la habitación en un intento por acelerar la letanía de las horas, que controlaba con permanentes miradas al reloj que descansaba en el secreter del cuarto. Lo último que hizo fue recoger las piernas, rodearlas con los brazos y apoyar el mentón sobre las rodillas.

La angustia por ver que el tiempo pasaba y él no llegaba se mezclaba con la desilusión de no verlo, para luego transformarse en una visible preocupación por si le habría sucedido algo. Estaba segura de que, si no fuera por algo muy importante, Máximo no habría dejado de visitarla; creía en él y en los deseos de estar juntos.

Con ese pensamiento, intentó calmar los nervios que le recorrían todo el cuerpo mientras miraba a través de la ventana abierta. No quería dormirse, porque aún lo esperaba y además tenía temor de hacerlo y verse atrapada en otra pesadilla. Regresar al pasado era doloroso y no deseaba hacerlo más.

De ese modo, se mantuvo en vilo mientras las primeras luces del día atravesaban el cielo y pintaban el amanecer. Saber que comenzaba una nueva jornada le quitaba la desazón de saber que la noche había quedado atrás, aunque hasta que no lo viese no se calmaría por completo.

Durante el desayuno, intentó ocultar los rastros de una mala noche para evitar preocupar a Clarisa. Ella estaba muy triste por la actitud que había tenido el doctor Heredia. Sabía que su amiga había intentado esquivarlo por no tener el valor de enfrentarlo, pero Béatrice estaba segura de que en cualquier momento llegaría ese día.

—El pan está recién horneado, probalo.

—Gracias —contestó Clarisa—. Solo una rebanada.

Béatrice la miró y entendió que ambas harían un sacrificio para comer algo esa mañana. La noche anterior no había hablado con ella, aunque sabía de la tristeza que le atravesaba la mirada.

—Solo una —repitió Béatrice y le dio un mordisco sin demasiadas ganas.

Al ver entrar a Bernarda, se levantó de golpe para averiguar si sabía algo más por intermedio de Félix.

—Le aseguro que no sé nada. Usted sabe que, si tengo algo para decirle, enseguida se lo informo —susurró mientras servía el desayuno de Nicanor.

—Buen día —saludó él mientras entraba al comedor—. ¿Hay algo que deba saber? De inmediato, Béatrice se sobresaltó ante la aparición de su padre.

—Buen día —dijo y se le lanzó a los brazos para evitar dar explicaciones y poner en un lugar incómodo a Bernarda, que lo único que hacía era ayudarla —.

No te vi esta mañana.

—Estaba en el escritorio con una documentación y a la espera de una correspondencia. Hoy debo salir, así que pienso acompañarlas a ambas.

—Vamos, entonces —clamaron al unísono las jóvenes.

—Parece que están con ganas de comenzar la jornada.

Ambas se miraron y, por distintas razones, desearon salir de allí de una vez para saber qué les depararía el día.

En la casa de los Montero todo había vuelto a la rutina habitual, ya que al fin Carmela había superado el estado de convalecencia y podía desplazarse por todos lados como solía hacerlo antes del golpe. Lo único que tenía que hacer era tener cuidado de no golpearse en el mismo lugar para no resentir el músculo.

La señora Montero merodeaba por la sala a la espera de Béatrice, porque aún no había entendido el motivo por el cual se había ausentado la otra mañana dejando en un estado de gran tristeza a su hija. La explicación de Carmela no terminaba de convencerla.

En ese instante escuchó unos pasos que se dirigían hacia la sala; sin embargo, Béatrice no logró llegar porque Carmela apareció para arrojársele a los brazos.

La joven, conmovida por verla otra vez recuperada, no dejaba de darle besos en el rostro a pesar de las lágrimas que le rodaban por las mejillas.

— *Ne pleures pas, je vais bien* —susurró para pedirle que no llorase, que ella estaba bien.

— *Cela me rend heureuse* —le respondió Béatrice para demostrarle lo feliz que la hacía.

Los pocos minutos que habían pasado sirvieron para mantenerse en un afectuoso abrazo.

—Por lo que veo, esta clase empezará más tarde.

La señora Montero no necesitó mayor explicación que ver con sus propios ojos el cariño profundo y sincero que ellas se profesaban. Solo eso era lo importante y no había necesidad de saber qué era lo que en verdad había ocurrido aquella mañana.

—No se preocupe, señora Ángela, voy a compensar la clase que no le di el otro día.

—De ninguna manera, el mejor modo de hacerlo es ver feliz a mi hija.

—Ya debemos empezar la lección, ¿verdad? —le dijo a la niña.

Carmela no se hizo esperar y luego de darle un beso en la mejilla, se

incorporó para dirigirse a la sala y sentarse en la silla de siempre para empezar sus añoradas clases de francés con Béatrice.

La empleada interrumpió, como siempre lo hacía, para dejar una bandeja con algo para beber y algunas rebanadas de budín que Carmela disfrutaba en las pausas que hacían.

— *Sais-tu qui a envoyé la poupée?* —susurró para evitar que alguien escuchara la pregunta sobre si sabía quién había enviado la muñeca.

—Je ne le sais pas encore. —Béatrice le contestó en el mismo juego de susurros que tampoco sabía qué había sucedido y dio por terminado aquel tema.

Ese era un problema de ella y solo ella debía resolverlo.

Al terminar la clase, y luego de despedirse de su alumna y de la señora Montero, Béatrice salió rumbo a su casa. En los pocos pasos que caminó no dejó de pensar que, si bien había pasado la noche en vela, haber estado con Carmela le había quitado la angustia y la preocupación por Máximo durante el tiempo que había durado la clase. Al llegar a la esquina, dobló para continuar el trayecto y de golpe se detuvo al ver a Máximo que la esperaba apoyado sobre la parte trasera del carruaje. El impacto que le provocaba su presencia era el mismo que la primera vez que lo había visto. Junto a ese característico atuendo oscuro, los ojos negros le brillaban bajo esa mirada y la devoraban. Aún no se había acostumbrado a cada una de las sensaciones que le generaba tenerlo cerca.

También observó cómo, sin quitarle los ojos de encima, desplegaba los brazos en una invitación a abrazarla. Ese gesto hablaba por sí solo sobre el profundo deseo que tenía de estrecharla, tenerla y sentirla, que la conmovió de un modo tal que la mente se le nubló y dejó a un costado las recriminaciones, dudas e interrogantes que hasta el momento la habían atormentado; ya habría tiempo de saber lo que había sucedido.

Ella no esperó un minuto más y se le lanzó a los brazos. Allí era donde deseaba estar. Necesitaba sentirlo, saber que estaba bien y que todo era como antes, que nada había sucedido entre ambos. Máximo la rodeó con los brazos con infinita vehemencia, como si creyera que se le podía escurrir en algún momento. Nunca antes había experimentado esa sensación apremiante de estar con una mujer, de saber que de ella dependía para sentirse vivo.

Máximo inclinó la cabeza hacia el cuello y aspiró el aroma a azahares que siempre usaba y que lo embriagó por completo. Luego se separó para tomarle el rostro entre las manos, la miró con detenimiento y le acarició con el pulgar

la mejilla hasta bordearle el contorno de los labios. La abstracción que les provocaba estar juntos los alejaba de todo lo que los rodeaba; sin embargo, el golpeteo de los casquillos de unos caballos los hizo darse cuenta dónde estaban y regresaron a la realidad. De inmediato, él le tomó la mano y la guio hasta subir al vehículo, no sin antes indicarle a Félix hacia dónde se dirigían.

—Ahora voy a hacer lo que tanto deseé desde que te vi.

Enseguida la atrajo hacia él y la besó con hambre y desesperación. Sus lenguas se entrelazaron y se exploraron de manera irrefrenable. Era un beso profundo y exigente que ella respondió sin dudar. Cuando creyó que podía quitarle el aliento, él se separó y le lamió los labios en una cálida y suave caricia, aunque pensaba que nunca lograría saciarse de Béatrice. Ella hizo una mueca con los labios enrojecidos que él adoró aún más.

—Mi vida, no quise ausentarme ayer —se excusó mientras le sostenía el rostro entre las manos.

—Te esperé toda la noche —replicó con un dejo de desilusión.

—¿Has estado en vela por mí? —Deseaba verte, ¿por qué no viniste? — Se me complicó por la presencia de una persona y luego creí que ya estarías dormida.

—¿Un tema de trabajo? —Podría decirse, pero la cuestión es que, cuando lo resolví, ya era tarde.

—Deberías saber que te esperaba.

—Lo sé, te pido que me perdones.

—Eso no tenés que pedirlo.

Fue ella quien en ese momento se acercó para brindarle un beso que él supo apreciar con creces.

—Esta noche no faltaré.

—Siempre voy a esperarte, mi amor.

Él la estrechó entre los brazos y la acarició para intentar borrarle toda la angustia que le había provocado. El estremecimiento que sus dedos percibían mientras se desplazaban por ese armonioso cuerpo lo incitaban a continuar. Sin embargo, el trayecto hacia la casa de Béatrice había culminado y debían separarse, al menos hasta la noche.

Con las manos le tomó el rostro y le devoró la boca con un beso insaciable. Él siempre necesitaba más de ella, nunca era suficiente. Luego le depositó pequeños besos en las mejillas, la ayudó a descender y se quedó en la vereda mientras la contemplaba regresar a su casa. El largo cabello que él adoraba se le bamboleaba con cada paso que daba, imagen que siempre lo

hechizaba como el primer día.

Los minutos pasaban, pero él seguía allí parado sin poder dejar de pensar en el motivo por el cual ambos debían esconderse una y otra vez. Solo la voz de Nicanor lo abstraía de esos pensamientos.

—¿Qué hace en la esquina de mi casa? Máximo evitó demostrar la sorpresa de verlo allí parado frente a él, aunque quizás fuera lo que buscaba.

—Nicanor, podría decirle que he venido a ver a un amigo o que me gusta pasear por esta cuadra, pero no es así. Me he detenido con la intención de estar cerca de Béatrice y volver a hablar.

—Uriarte, no hay nada de qué hablar —dijo tajante.

—Si no quiere hablar, al menos tenga la decencia de escuchar que está equivocado sobre Lamas. Es un hombre que no merece siquiera fijar la atención en Béatrice.

—Entonces debo suponer que usted sí —replicó con sorna—. No me haga reír.

—Nicanor, es la segunda vez que se lo advierto, no habrá una tercera.

Máximo tenía la posibilidad de lanzarle en la cara que era un jugador, un mujeriego que nunca sería capaz de amar y cuidar a Béatrice como él, pero sería en vano: sabía que Salcedo no le daría crédito a sus palabras, que hacía mucho tiempo había dejado de creer en él.

—No necesito sus advertencias: aléjese de mi hija.

—Eso no voy a hacerlo, aunque me lo implore. Amo a Béatrice y nadie me detendrá.

—¡Váyase! —Lo voy a hacer cuando me plazca, no estoy dentro de su casa.

Nicanor estaba a punto de estallar. La ira le corroía todo el cuerpo y la impotencia que sentía por saber que en verdad nada lo detendría ante el sentimiento que tenía por su hija lo obnubilaba más.

—No lo detiene ni siquiera recordar el cobijo que esta casa y la familia Paz en algún tiempo le brindaron; tampoco la amistad que supo tener con Tristán y menos aún el digno recuerdo de Catalina.

Máximo se contuvo. Lo enfurecía que le refregase el pasado y le marcara los errores que los demás habían visto en él. Todo aquello había sucedido en otro momento y bajo otra circunstancia.

—Ha sido un golpe bajo cada cosa que dijo —replicó dolido—. De lo único que me hago responsable es del dolor que padecí por la pérdida de Catalina, pero ella no puede dar crédito de eso porque está muerta. Del resto,

creo haber pagado con creces los errores que me han endilgado. La única persona que aún se mantiene en esa postura de hostigarme con lo ocurrido es usted y la única razón es porque se le acabaron los argumentos para desestimar me como candidato para su hija. Está empeinado en mi contra, pero, ¿sabe qué?, aunque al principio me importaba, ahora ya no.

—El tiempo lo ha vuelto más despiadado.

—Puede ser, con el tiempo uno aprende a no dejar que lo lastimen más. Eso sí, jamás actuaría para perjudicar o herir a Béatrice, ella es la única persona que me importa en la vida.

Sin más, se dio vuelta para subir al carruaje y dejar a Nicanor con la rabia que le corría por las venas.

En el Hospital de Mujeres Dementes, la rutina había comenzado desde temprano. A Clarisa lo único que le importaba era cumplir con cuanta actividad se le presentase para evitar de ese modo al doctor Heredia.

Pasaron unos días desde que se habían cruzado en la confitería y aún no habían hablado, solo compartieron unos pocos momentos en el trabajo sin quedarse nunca solos. Ella sabía que, esa mañana, él permanecería en el consultorio con sus notas luego de haber hecho la primera recorrida del día, por eso Clarisa aprovechó para ir a la enfermería a buscar una medicación que debía suministrarle a una paciente.

A medida que se alejaba del salón principal, no dejaba de pensar en cómo le había cambiado la vida, no solo desde que había abandonado la estancia familiar, sino también desde que había conocido a Justo Heredia.

Esos pensamientos la tuvieron abstraída de todo lo que la rodeaba hasta que escuchó una vez más los rezos atormentados que solo podían pertenecer a Teresa Uriarte. La buscó con la mirada y la vio apoyada sobre la pared de uno de los pasillos mientras repetía una y otra vez: —*Mea culpa, mea culpa, mea maxima culpa. Ideo precor beatam Mariam semper virginem, beatum Michaellem Archangelum, beatum Ioannem Baptistam, sanctos apostolos Petrum et Paulum, omnes sanctos, et vos, frater, orare pro me ad dominum Deum nostrum.* Oraba en el mismo tono misericordioso que la había escuchado en otra oportunidad; sin embargo, esa vez era otro el rezo. Si bien había alcanzado a escuchar una parte de la plegaria, pudo identificar que se refería al Confiteor, aquel acto penitencial del devoto frente a Dios que

confiesa su culpa y solicita la conciliación y la salvación del alma.

En el instante en que se acercó a ella, se escuchó el repiqueteo de unos pasos que se alejaban por el piso de losa. Clarisa no dudó en tomarla por los hombros e intentó brindarle el consuelo que creía necesitar sin importarle si cumplía con lo debido. En definitiva, la sentía afín porque era la madre de Máximo Uriarte, el enamorado de Béatrice. Cuando se calmó, la guio con la mano para conducirla hacia el salón principal.

—Teresa, ¿está mejor? —preguntó y se mantuvo en silencio con la mirada posada en los pasos que acaban de perderse en el lánguido y oscuro corredor —.

Acompáñeme, vamos a ir con el resto de las internas.

Ella se dejó llevar como si ya nada le importara, salvo la presencia de esa persona que Clarisa no pudo ver porque priorizó asistirle. Una vez que la dejó con el resto de las mujeres bajo el cuidado del personal del hospital, se dirigió hacia el consultorio porque no podía dejar pasar lo ocurrido.

Antes de entrar, dio unos golpes en la puerta y luego se presentó frente al doctor Heredia, que estaba sentado, enfrascado en las notas desplegadas sobre el escritorio y con la pluma entre los dedos. Cuando la vio entrar, se quitó los anteojos y se masajeó con los dedos el puente de la nariz para luego apoyarse en el respaldo del sillón.

—No pretendía molestarlo. Solo he venido para hablarle de una paciente — dijo con una seriedad glacial.

Los ojos verdes del doctor Heredia no dejaban de observarle cada movimiento tenso e inquieto. Le hizo un gesto con la mano para que se sentara en la silla que hasta unos días atrás era el lugar habitual donde compartían charlas y comentarios acerca de las internas y donde disfrutaban de la complicidad que los unía.

—Adelante.

Antes de comenzar a explicarle lo sucedido, Clarisa sintió que había vuelto a la primera vez que se sentó allí. Él la miraba sin que ella pudiera saber qué pensaba ni por qué se mostraba distante si solo a ella le dolía lo que había sucedido días atrás. Ella sentía que él nunca había alterado su vida, ya que el trabajo en el hospital y el compromiso con Mercedes Podestá parecían continuar en pie. A la luz de los hechos, no estaba convencida de nada de lo que en algún momento él le había confesado.

Evitó pensar lo que sentía en ese instante y se abocó a relatarle de modo escueto el estado en que había encontrado a Teresa.

—Clarisa, esta ha sido una conducta que hemos notado desde hace tiempo ya.

¿Es todo? La rabia que ella sentía iba en aumento porque la había hecho parecer una tonta, cuando en verdad estaba preocupada por Teresa.

—En medio de su estado no pude ver a la persona que estaba con ella, porque, sin lugar a dudas, alguien había estado allí. En ese momento me preocupé más por la paciente que por saber quién había ido a visitarla para alterarla de ese modo. —Al notar que él no decía ni una palabra ni asentía con algún gesto, supo que estaba de más—. Doctor, espero haber sido de utilidad —dijo al levantarse de la silla—. Lo que menos deseo es continuar con esta interrupción.

Clarisa alcanzó a dar unos pocos pasos hasta que la voz del doctor la hizo detenerse. Ella se dio vuelta y lo vio frente a ella. Su mirada la quemaba por dentro, necesitaba huir de allí aunque el cuerpo no le respondiera y tuviera las piernas inmóviles. Su presencia la atraía de manera inexorable.

—¿Ahora soy el “doctor”, así, a secas? ¿Te dirigís a mí como solías hacerlo cuando recién llegaste al hospital? —Con cada pregunta se le acercaba más mientras ella retrocedía—. ¿Ahora no hay más un té para mí? Recuerdo que me lo traías cuando me veías cansado y preocupado mientras escribía mis notas.

A él no le importaba ahondar más sobre Teresa Uriarte ni intentar entender qué le había sucedido, lo único que en verdad le interesaba era Clarisa.

Ella se quedó inmóvil, no solo por los cuestionamientos que le hacía, sino porque su espalda había chocado contra uno de los muros del consultorio.

—¿No pensás contestarme? Ella necesitaba salir del atolladero en el que él la había metido, por eso supo que si no contestaba, no saldría de allí.

—Si he cambiado, se ha debido a tu comportamiento. La última vez que nos vimos fuera de aquí entendí que lo nuestro... —Bajó la vista y se retractó de lo dicho—: Lo que me mencionabas como “lo nuestro” no era más que palabras dichas en un momento tuyo de confusión.

Él no soportó más escuchar lo que le decía y la sujetó por los hombros mientras se acercaba peligrosamente.

—No sos sincera con lo que decís y menos con lo que sentís. Creo conocerte y sé que es así.

—Dejame ir, por favor —suplicó al borde de las lágrimas.

—No hasta que me escuches —dijo a centímetro de su boca—, y espero que cada palabra que te diga se te grave a fuego. Lo que creíste ver aquella

tarde está solo en tu imaginación. Yo estuve con Mercedes allí para explicarle lo que me pasaba; no es fácil dejar a alguien luego de tanto tiempo.

—No lo hagas entonces —replicó con los ojos húmedos.

—Le tengo cariño, la aprecio, compartimos una serie de momentos que ella no puede ni quiere olvidar y se aferra a todo aquello. Pero no la amo, porque a la única mujer que amo, en la única mujer que pienso todo el tiempo y con quien quiero estar el resto de mis días está frente a mí. Quizá deba hacer algo para que me creas.

De inmediato, y sin dejarla reaccionar, le hundió los dedos en el ondeado cabello y la besó con pasión. Hurgó, saboreó y exploró dentro de ella sin piedad y se dio cuenta de que nunca antes había sentido el desenfreno que ella le provocaba.

Le deslizó una mano por el cuello y se lo acarició. Poco a poco le cubrió con pequeños besos todo el pecoso y sonrojado rostro. Con cada beso podía sentir el estremecimiento y los pequeños gemidos que le provenían del interior.

—Nunca pongas en duda lo que siento por vos —confesó entre susurros y volvió a besarla.

El momento tan íntimo y especial al que estaban entregados no les permitió notar cómo la puerta se abría de par en par.

—Así necesitaba verlos. Clarisa Carreras, sos una desvergonzada —exclamó la señora Podestá al ver al prometido de su hija a los besos y abrazos con esa joven.

—Señora Podestá, ella no tiene la culpa de todo esto —dijo él al adelantarse y dejar unos pasos atrás a Clarisa para evitar exponerla ante el vendaval que se desataría en pocos minutos. Conocía a la madre de su prometida y sabía que sería así.

—Dejá de cubrirla. Ella es la culpable del sufrimiento de mi hija. Te dejaste llevar por una mujerzuela que lo único que busca es destrozarse la felicidad de mi querida Mercedes. —Hizo una pausa y se dirigió a Clarisa—: ¡No puedo creer lo desagradecida que sos! —gritó mientras intentaba acercarse, pero los brazos del doctor la protegían—. Si no fuera por mí, no estarías aquí. ¡Sos una buscona! —¡Basta! —intervino él—. Ella no es nada de lo que usted ha insinuado y, si lo desea, hablaremos de esto fuera de aquí.

—A mí nadie me echa de ningún lado, pero tené por seguro que esto no va a quedar así. Clarisa Carreras va a tener su merecido y ya poco me importa si continuás con el compromiso. Eso sí, me voy a ocupar de que ella pague cada

instante de dolor al que sometió a mi hija. Cuento con el poder necesario para hacerlo y no voy a parar hasta destruirla.

Cuando terminó, se fue furiosa y empujó a Brígida, que estaba bajo el quicio de la puerta y no se había perdido ni una palabra de la discusión.

—Brígida, acompaña a la señora Podestá hasta la salida.

—Pero doctor... —¡Le di una orden! —tronó él.

A la empleada no le quedó otra alternativa que cumplir con lo que le habían dicho. Nunca antes lo había visto de ese modo; siempre mantenía el temple necesario en todas las situaciones, aunque parecía que esa vez se había desbordado.

—Clarisa —dijo sin dejar de abrazarla—, es una mujer dolida, no debés hacerle caso a lo que dijo; aquí el único responsable soy yo. Volveré a hablar con la familia Podestá para que de una vez por todas entiendan mi situación y mis sentimientos.

Clarisa no dejaba de convulsionarse ante el llanto que le brotaba incontrolable desde lo más profundo de las entrañas. Intentaba calmarse, pero le era imposible.

Él le acarició la espalda y le susurró palabras cariñosas para que se tranquilizara.

Poco a poco, el modo en que él la trataba apagó el sollozo y le calmó la angustia y la decepción.

—No hemos hecho nada malo —insistió—. Volvería a besarte las veces que fueran necesarias si con eso bastase para que me creas y te des cuenta de lo que siento por vos.

Él le tomo el mentón y le miró los ojos anegados de lágrimas, el rostro bañado en tristeza y vergüenza por lo sucedido.

—Debés prometerme que nada de lo que dijo va a cambiar lo nuestro.

—No puedo contestártelo ahora porque ella tiene razón.

—Por favor, Clarisa, no es así.

—Ella permitió que yo ingresara aquí. Si no fuera por ese gesto, yo no te habría conocido.

—Puede ser que no nos hubiéramos conocido acá dentro, pero estoy seguro de que en algún lugar yo te habría estado esperando.

Ante las dudas de Clarisa, él selló la conversación con un beso cálido y tierno lleno de promesas.

CAPÍTULO 18

A través de sus ojos grises

El atardecer se apoderaba del cielo y lo pintaba de estelas rojizas mientras una leve brisa le daba la bienvenida a los días cálidos. En la casa de los Salcedo, los preparativos para la cena se habían puesto en marcha ante la repentina invitación que Nicanor le había cursado a la familia Lamas para que concurriesen esa misma noche. El último encuentro que había mantenido con Máximo lo había llevado a apresurar los planes y no le importó que fuese la familia de Santiago quien se hubiera comprometido a efectuar la mentada cena. De todas maneras, habían dado la aceptación inmediata y todo marchaba bien.

Lejos del lugar donde se gestaban los arreglos para la comida, se encontraba Béatrice, que no podía entender cómo en un mismo día todo podía cambiar de repente. Haber estado junto a Máximo le había borrado el sabor amargo de la noche anterior e intentaba que las horas siguientes no esfumasen la felicidad que conservaba desde el mismo instante en que cruzó la mirada con la de él esa mañana.

Los leves golpes en la puerta la distrajeron de esos pensamientos y vio entrar a Clarisa a la habitación. Sin esperar un minuto, ambas se estrecharon en un fuerte abrazo.

—Béatrice, supongo que sabrás de los preparativos de esta noche. Me lo ha comentado Bernarda —dijo al sentarse en el borde de la cama.

—Sí, es algo que organizó mi padre a último momento.

—Pero debés arreglarte, no falta tanto para que lleguen los invitados.

—No pienso hacerlo. Espero que mi padre se dé cuenta de lo que en verdad siento por Máximo y que no quiero provocar expectativas diferentes en Santiago.

Cuando tuve la oportunidad de hacerlo, se lo hice saber. —Hizo una pausa y continuó—: Aún no entiendo la obstinación de mi padre por seguir con esa postura combativa contra Máximo. Todos esos argumentos quedaron en el pasado, no puede empeñarse en condenarlo para siempre.

—Supongo que los deseos de verte feliz lo hacen cometer ese grave error

con él. Si en verdad lo conociera, no podría dudar de sus sentimientos.

Béatrice se alegraba de la defensa apasionada que hacía Clarisa de Máximo, aunque intuía que sabía algo más para haber dicho aquello.

—¿A qué te referís? —preguntó intrigada.

—No me mires así —dijo para evitar hablar de más—. Hay cosas que no puedo contarte, pero que apoyan cada palabra en defensa de él.

—Clarisa Carreras, vas a contarme todo lo que sabes de él y que yo ignoro —dijo con decisión.

La joven se detuvo unos minutos para recordar que le había prometido al doctor no mencionar nada de lo que ocurría dentro de los muros del Hospital de Mujeres Dementes, pero ese caso era especial y creyó que no habría consecuencias si le contaba solo una parte de lo que sabía.

—Quiero que sepas que me encantaría decirte todo lo que sé, pero no puedo porque hay reglas que debo cumplir para poder trabajar en el hospital.

—¿Qué tiene que ver Máximo con ese lugar? —preguntó con curiosidad.

—Lo he visto ir para visitar a una pariente. No me pidas que te cuente más, solo quiero que veas que yo también he notado la nobleza que posee cuando se trata de un sentimiento. Va seguido allí y mantiene una relación con... —De inmediato se calló porque creyó conveniente que fuera él quien le contase cómo se habían dado las circunstancias y el motivo por el cual su madre estaba encerrada allí—. No importa con quién —se corrigió—. Eso deberá contártelo él cuando lo crea conveniente.

—Gracias por adelantarme esto —dijo al estrecharle las manos y con los ojos húmedos agregó—: Es muy importante para mí lo que me has dicho.

—Es lo menos que puedo hacer por alguien que no deja de preocuparse por mí.

—Ahí quería llegar. ¿Cómo estuvo el día de hoy? No quiero que te ofendas, pero no tenés buen semblante.

—No puedo tenerlo porque el día estuvo fatal. En verdad solo una parte, porque luego entendí que Justo tenía razón y evité mortificarme más por lo que había sucedido dentro del consultorio.

Clarisa le comentó paso a paso cómo se habían dado los hechos pero dejó a un lado la vergüenza que la había acompañado gran parte del día.

—Clari, él tiene razón. Ese tema debe resolverlo solo el *docteur* y no debe importarte lo que piense la familia Podestá. Tu agradecimiento no debe confundirse con el profundo sentimiento que te une a él.

—Supongo que es así.

—No lo dudes —dijo convencida.

Clarisa le había dado vueltas al asunto todo el día y creía haberse convencido de que Justo tenía razón. Además, no dejaba de evocar las palabras que le había dicho antes de que se desatara el vendaval provocado por la señora Podestá.

—Gracias.

—Cada vez que necesito que se alisten —clamó Bernarda al irrumpir en la habitación— están en medio de cuchicheos, como si no tuvieran nada que hacer.

Vamos, a arreglarse —dijo sin que ninguna de las dos se moviera del lugar donde estaban—. Señorita Béatrice, no está presentable para la cena.

—No pienso cambiarme.

—Hágalo por mí. No me ponga en una situación difícil frente a su padre —rogó.

—Está bien, lo haré —accedió de mala gana—, pero me pondré el vestido más feo que tengo.

—Póngase el vestido que quiera, pero que se note que se ha arreglado. Nadie va a molestarse por su mal gusto. —Caminó hasta la puerta de la habitación y antes de salir se dirigió a Clarisa—: Y usted debería hacer lo mismo no solo con la vestimenta, sino también en refrescarse ese rostro tan hermoso que tiene.

Al cerrarse la puerta con un golpe, ambas estallaron en una carcajada. No había como una reprimenda cargada de sinceridad; además, la empleada nunca podía contener lo que se le cruzaba por la cabeza.

—Voy a cumplir con Bernarda antes de que me deje sin comer en cualquier momento.

—Es capaz de hacerlo —dijo entre risas Clarisa.

Béatrice no dudó en buscar en el armario un vestido marrón con amplias flores verdes que nunca había usado. Había sido un regalo de la tía Antoinette y lo atesoraba por el cariño que a ella le tenía, pero en verdad no dejaba de parecerle desafortunado e inapropiado para la ocasión si en verdad le habría interesado agradar a Santiago.

El encuentro de Béatrice con la señora Lamas y con su hijo se dio en la sala de la casa, siempre con la compañía de Clarisa, que parecía no querer separarse ni por un segundo de ella para no darle espacio a Santiago de acercársele.

Mientras Bernarda colocaba las dos fuentes de porcelana inglesa sobre la

mesa, las triviales conversaciones no dejaban de sonar.

—Béatrice, estás hermosa. —Ella de inmediato se ruborizó ante el forzado halago de Santiago; no cabía duda de que había intentado sorprenderla. Sin embargo, ella no asintió y tampoco se preocupó por ser cortés.

—Claro que lo es y ese vestido le sienta muy bien —agregó la señora Lamas.

Clarisa y Béatrice cruzaron una mirada cómplice ante el comedido comentario de la mujer.

—Gracias —dijo con sequedad.

Nicanor observó cómo la señora Lamas intentaba congraciarse con su hija sin que ella pusiera mucho entusiasmo.

—Santiago ¿cómo andan esos negocios? —intervino para desviar el tema.

—Muy bien, siempre estoy en la búsqueda de mejorarlos. Sin ir más lejos, estuve casi por comprar un local en la zona sur de la ciudad.

—Aquella zona toma poco a poco otro color desde que el tranvía y el tren le dan mayor comunicación con el centro. No quiero imaginarme lo que será cuando el puerto de La Boca sea digno de recibir a las embarcaciones del mismo calado que el de la ciudad.

—Supongo que usted debe estar tras las reformas del puerto.

—Por supuesto, al menos hasta que regrese Tristán y tome el absoluto manejo del negocio. Le aseguro que está ansioso por volver, según me cuenta en las cartas que envía.

—La ciudad cambia día a día y ser parte de ello me da mucha alegría —acotó Santiago—. En estos días estuve reunido con uno de los arquitectos que trabaja junto a Antonio Buschiazzo.

—El *bras droit* de Torcuato, al menos así lo ha definió *El Mosquito*.

Nicanor era un ávido lector de los distintos periódicos que se publicaban en la ciudad, y de *El Mosquito* disfrutaba el tono satírico que lo caracterizaba.

—Ser la mano derecha del intendente debe de tener beneficios, pero también grandes exigencias, al menos es lo que me dejó traslucir su colaborador. Por lo que me comentó, los proyectos y avances en la ciudad de La Plata, comandados por Dardo Rocha, suponen una carrera contra el tiempo para evitar quedar detrás de una ciudad que recién se crea. Por otro lado, aproveché su visita para averiguar si ya estaba autorizada la construcción de dos pisos más sobre el local que pensaba adquirir, de ese modo, podría tener un mayor beneficio económico.

—Tiene razón, me enfraqué en la conversación e interrumpí el relato

sobre su nueva adquisición.

—En realidad no lo adquiriré. Me habría gustado hacerlo, pero debía esperar la reglamentación que, calculo, saldrá en el transcurso de este año o del próximo.

—Pero entonces es solo una cuestión de tiempo para que lo compre — sugirió Nicanor.

—No es así. Aunque estaba casi cerrada la operación de compra, por desgracia no pude concretarla.

—Pero ¿qué sucedió? —Ocurrió que don Podestá no pudo negarse a la exigencia y al capricho de un hombre sin escrúpulos, alguien que no es la primera vez que me saca un negocio con el solo fin de perjudicarme. Aún desconozco el motivo —dijo al clavarle la vista a Béatrice, que mantenía el rostro pétreo y blanquecino—, pero va tras de mí siempre y en todas las circunstancias.

—¿De quién se trata? —Del ambicioso y advenedizo Máximo Uriarte.

Santiago había llevado la conversación al punto más alto para generar la expectativa que deseaba. Al mencionar al hombre que detestaba hasta la fibra más íntima y ver la cara de asombro de los presentes, su cuerpo se apoderó del más absoluto regocijo. Béatrice acababa de toser ante el ahogo que sufrió cuando intentaba tragar un bocado.

—Por otro lado, no hace más que llenar la ciudad de esos burdeles indecorosos y negocia con unas pobres mujeres que no tienen ni para comer, se aprovecha de ellas del mismo modo que los viles hombres que concurren allí — dijo y observó a las tres damas, que no dejaban de mirarlo—. Les pido disculpas, pero Uriarte no deja de ofrecer alcohol, juego y mujeres en cuanto negocio abre.

—Pero... —Béatrice intentó hacer una defensa de Máximo. Se detuvo cuando no solo sintió la mirada escrutadora de los presentes, sino en especial la de su padre, que la atravesaba como una daga filosa. No tuvo tiempo de continuar porque él se encargó de cubrir con palabras la contestación que ella pensaba dar.

—Estoy en un todo de acuerdo, pero sería mejor mantener esta conversación en privado, cuando estemos solos.

—Tiene razón —replicó con una sonrisa triunfal.

El clima apacible con el que había empezado la cena acababa de esfumarse.

Béatrice palideció y el poco buen humor que intentaba conservar en

presencia de su padre había desaparecido. El resto del tiempo que permaneció allí lo hizo en silencio y con gesto de disconformidad; pretendía que todos se diesen cuenta de que no estaba de acuerdo con todo eso.

Cuando terminó la cena, los invitados evitaron quedarse más tiempo sentados y se levantaron para ir a la sala contigua. Santiago se adelantó y siguió a Béatrice, que acababa de dejar un plato con algunas confituras sobre una mesa de arrimo.

—Béatrice —le susurró al oído mientras le apoyaba la mano en la cintura —, desde que entré deseaba estar cerca tuyo.

—Santiago —contestó al darse vuelta y quedar frente a él—, a medida que paso más tiempo con usted me convengo de los pocos deseos que tengo de permanecer a su lado. No pretendo ser descortés, pero le pido que no insista.

—Tu resistencia a lo inevitable hace que te desee cada vez más —le dijo al acercarle la boca para robarle un beso.

Un ágil movimiento de Béatrice hizo que solo le rozara la mejilla mientras intentaba escabullirse de sus brazos, que la tenían sujeta con firmeza.

—Suélteme —exigió en medio del forcejeo.

El eco de unos pasos que se acercaban hizo que Lamas la dejara para recomponer su imagen y volver a ser el que siempre agradaba a los demás.

—Santiago, supongo que te unirás a una copa de brandy —lanzó Nicanor al interrumpir; creía haber dado cierto tiempo para que estuviesen solos.

—Por supuesto.

Las damas se sentaron en los confortables sillones mientras la empleada dejaba una bandeja con las infusiones que habían pedido.

—Querida, me encantaría que uno de estos días saliéramos de compras para conocer nuestros gustos y ya tener una idea sobre el vestuario que debemos adquirir para la boda.

—Señora Rosario —dijo Nicanor ante el silencio glacial de su hija—, Béatrice estará encantada de acompañarla. Estoy seguro de que de estar mi Camille, sería ella quien estaría tras los preparativos.

—Si ella estuviera viva, me consultaría todo antes de tomar decisiones —lanzó Béatrice sin dejar de mirarlo.

Haber escuchado el nombre de su madre la había alterado bastante. Estaba segura de que ella no se habría comportado como lo hacía su padre, la habría escuchado y tendría en cuenta todos los sentimientos que tenía por Máximo.

—Me gustaría acompañarlas —acotó Clarisa para intentar sacar a su amiga del embrollo en el que se había metido.

La conocía y notaba que estaba por estallar, pero no era allí ni con los invitados donde debía hacerlo. Creía que debía hablar con su padre de otro modo para hacerlo entrar en razón.

—Como gustes —agregó la señora Lamas—. Confío en que le insistas para hacerlo cuanto antes.

La mujer notó la postura impertinente de Béatrice, pero estaba segura de que su hijo sería el indicado para hacerla entrar en razón.

—Cuenta con mi absoluta confianza para salir con mi hija de compras las veces que sea necesario —intervino Nicanor.

En medio de la conversación, ninguno escuchó que habían llamado a la puerta y que la empleada acababa de abrirla. Si el ambiente estaba enrarecido, con la aparición de Juana Podestá se echó a perder cualquier posibilidad de mejorarlo.

—Señora Juana, qué sorpresa verla. Adelante, por favor —saludó Nicanor sin saber a qué se debía su presencia. Sin embargo, al observar el gesto adusto de la mujer, supo que no traía buenas noticias.

—Sepa disculpar mi intromisión, pero hay algo que no puede esperar —dijo con tono alterado.

Nicanor intentó mantener la calma, aunque no se le escapó el cruce de miradas de su hija con Clarisa.

—Juana, querida, que alegría verte —saludó la señora Lamas.

—Lo mismo digo, aunque en este momento no pueda compartir tu alegría.

—¿Qué sucede? —preguntó preocupada.

—Por favor, siéntese —agregó Nicanor.

—No, gracias. Solo he venido porque no soporto que mi hija no deje de llorar por el desconsuelo que siente al haber sido abandonada por su prometido.

—Pero ¿qué decís? —preguntó horrorizada la señora Lamas—. Él sería incapaz de hacerlo.

—Salvo que se cruce con una desvergonzada que lo único que busca es destruir los sueños de mi amada hija.

—Disculpe, pero no entiendo el motivo de su visita —intervino Nicanor—.

Desde ya, lamento mucho lo que le sucede a su hija.

—Quizá pueda entender cuando sepa que es ella quien ha seducido a Justo Heredia —dijo al acercarse con lentitud al sillón donde estaba sentada Clarisa—.

Lo buscó una y otra vez hasta que al fin él sucumbió.

Nicanor observó perplejo la situación. Béatrice, a su vez, se levantó para ir al lado de Clarisa y abrazarla. Sabía que, si la señora Podestá intentaba hacerle algo, primero debía hacérselo a ella.

—Por favor, cálmese —pidió Nicanor.

—Es una atrevida y una descarada —dijo a los gritos.

—Ella está bajo mi tutela y no puedo tolerar semejantes agravios —lanzó Nicanor para defenderla.

—Si no hubiera sido por mí, ella no habría entrado a la institución donde conoció al prometido de Mercedes. Puse todo de mí para brindarle la comodidad necesaria para que ella no extrañase a su familia y ¿cómo me responde?: lanzándose a los brazos de un hombre comprometido.

Clarisa de inmediato se deshizo del brazo de su amiga y huyó de la sala sin poder ser alcanzada por la alterada mujer. Béatrice salió tras ella para intentar consolarla.

—Señora Juana, es mejor que se vaya, yo me voy a encargar de que todo este malentendido se arregle. Estoy seguro de que no es más que eso.

—Eso espero, porque, de no ser así, Clarisa Carreras se arrepentirá de haber venido a la ciudad.

De inmediato, la mujer se dio vuelta y, sin esperar a ser acompañada por el dueño de casa, buscó el camino de salida.

—Lamento el espectáculo, pero creo que es momento de dar por finalizada la velada —anunció Nicanor con evidente aflicción.

—No se preocupe —dijo Santiago—. Lo único que creo es que debe controlar más a las compañías de Béatrice; no creo que sea una buena influencia para ella.

Quizás es Clarisa la que le mete ideas raras en la cabeza. Usted sabe a lo que me refiero —dijo al fijar la vista en él—. Cuento conmigo para lo que necesite.

—Don Nicanor, mi amiga ya se calmará —dijo la señora Lamas para aquietar los ánimos—. Eso sí, no pienso posponer mis planes con su hija.

—Por supuesto que no.

—Vamos, madre —dijo Santiago.

Los invitados se fueron acompañados por Nicanor, pues suponía que Bernarda estaría junto a Clarisa. Él estaba que estallaba, se sentía cansado de batallar por la felicidad de su hija, pues a todas luces se veía que ella ponía toda la resistencia posible para no acercarse a Santiago. Lo único que le

faltaba era también hacerse responsable por los actos de Clarisa. No podía creer que todo se desbarrancara.

Subió las escaleras y dio unos golpes en la puerta de la habitación de la joven Carreras. Debía tomar una decisión drástica, le gustase o no. Bernarda fue quien abrió y él observó a Béatrice, que estaba sentada en la cama para consolar a la joven.

—Hija, ve a tu cuarto.

—No —dijo en tono desafiante.

—No provoques un mayor embrollo.

—No pienso dejarla sola.

—Señorita Béatrice, hágale caso a su padre —intervino Bernarda—. Esta noche me quedaré con la niña, no se preocupe, deje que él solucione todo esto: no complique más las cosas.

—Gracias, Bernarda, era lo que iba a pedirle —agregó Nicanor, que no dejó de observar cómo su hija salía de la habitación. Una vez que la vio traspasar la puerta, agregó—: Ahora quiero saber qué hay de cierto en lo que dijo la señora Podestá.

Mientras Clarisa comenzaba a relatarle de modo sintético los sentimientos que la unían a Justo Heredia, Béatrice entraba a su habitación, ubicada al otro lado del pasillo. Ya nada podía empeorar esa noche. Soportar a Santiago y la irrupción de la señora Podestá habían socavado la esperanza que debía conservar para esperar que todo mejorase para ambas.

No bien entró en la habitación, detestó que estuviera en penumbras. Quiso encender la lámpara que estaba en la mesa de luz, pero no alcanzó a hacerlo porque unos brazos la envolvieron con firmeza y urgencia. Fue tal el susto que tuvo que el grito que emergió de su interior habría alcanzado la casa vecina si no fuera porque el beso de Máximo le ahogó la desesperación.

—Mi vida, soy yo —le susurró en la boca.

A medida que él la cubría con caricias, el cuerpo de ella dejaba de temblar; luego comenzó a templarla con las palabras que le susurraba.

—Siempre estás cada vez que te necesito —dijo ella sobre sus labios, que no dejaban de besarla.

Aún le costaba entender cómo esas demostraciones de cariño se le adueñaban del cuerpo y le nublaban la mente para encenderle los sentidos.

—Quiero saber qué sucedió —inquirió.

Él alcanzó la lámpara que descansaba sobre la mesa de luz y la encendió para luego sentarse en la cama con ella sobre las piernas. Le tomó con las

manos el rostro y la contempló bajo el resplandor de la tenue luz que la iluminaba. Sabía que algo había ocurrido no solo porque lo había alertado Félix de la visita del indeseable de Santiago, sino porque esos ojos grises hablaban. A través de ellos veía una profunda tristeza que intentaría borrar y cierto fulgor en el brillo que alimentaba la rabia que ella quería ocultar y que él apaciguaría a medida que le contara lo sucedido.

—No imaginé que Félix te hubiera contado que esta noche mi padre invitó a la familia Lamas.

—Amor, estoy al tanto de todo lo que te sucede —dijo al deslizarle el pulgar por la mejilla—. Yo tuve un altercado con tu padre esta mañana y supuse que algo haría para molestarme.

—Él está empeinado en celebrar la unión con Lamas. Su madre planea salir de compras para adquirir un vestido para la... —Ni lo digas —dijo y le tapó la boca con suavidad. No podía soportar que dijera esa palabra si no era para aplicarla a ellos dos—. ¿Qué más sucedió? —En mitad de la cena él empezó a denostar tu nombre, habló de un negocio que le quitaste, y yo me puse tan mal que cerré los oídos para no escuchar más lo que decía; tampoco quise oír cómo mi padre lo apoyaba. Mi amor, intenté hablar para defenderte, pero mi padre me calló de inmediato.

—No quiero que vuelvas a hacerlo, no te expongas ante ellos, eso dejámelo a mí.

La observó con más detenimiento y supo que había algo más que esos ojos guardaban para evitar lastimarlo.

—Él intentó algo más —habló con una serenidad apabullante porque creía que era el mejor modo de confesarle todo—. Intentó besarme y yo me resistí.

De inmediato, Máximo la abrazó con toda la pasión y vehemencia que pudo hasta sentir el cuerpo fusionado con el de ella. Le besó la coronilla mientras le enredaba los dedos en el oscuro cabello que él tanto adoraba.

Luego de un rato, él sintió poco a poco cierta humedad en la camisa y supo que ella no podía dejar de sollozar.

—Mi amor, no quiero que te angusties. Nada va a pasarnos —le aseguró para calmarla.

Ella se incorporó y quedó a pocos centímetros del rostro de Máximo. Con los ojos húmedos y los labios ávidos de él le recorrió palmo a palmo las facciones para dejarle pequeños y dulces besos.

—Tengo miedo —confesó todavía angustiada.

—No debés tenerlo, nada va a suceder, tenés que confiar en mí.

—Quiero que esta noche me abracés y no me sueltes.

—Eso no tenés que pedírmelo.

Máximo se fundió en ella y compartieron la intimidad que les daba el silencio, que era interrumpido solo por el sonido de sus respiraciones. En ese instante, supo que esa unión iba más allá de los cuerpos y de los deseos por poseerla; podría permanecer así el tiempo que fuera necesario si lograba calmar la angustia que a ella la embargaba. Era algo que solo ellos dos tendrían para siempre, nadie podría quitarles aquello que los unía más allá de todo.

No supieron cuánto tiempo estuvieron así, pero el eco de unos pasos reverberó en el interior de la habitación y los alertó. Máximo sintió la tensión en el cuerpo de Béatrice.

—Tranquila, mi amor.

—Debe de haber sido mi padre. Por suerte siguió de largo —susurró Béatrice.

—No me importaría verlo. Sabe que te amo y que sos lo más importante para mí.

—Te amo —dijo y lo besó en los labios con adoración—. Si papá pasó por acá, es que ya terminó de hablar con Clarisa. Entonces, en cualquier momento aparecerá ella.

—Las veces que estuve no lo ha hecho.

—Pero ella también pasó un momento espantoso cuando la señora Podestá apareció esta noche y la acusó de ser la culpable de la ruptura del compromiso del *docteur* con su hija. Sucede que Clarisa se enamoró de él.

—¿Del doctor Heredia? —repitió sorprendido.

—Veo que lo conocés.

—Sí, tuve con él una discusión sobre la función que cumple en el hospital.

Aún hay cosas que no conocés de mí y necesito que las sepas. Quizás así puedas comprenderme un poco más. —Hizo una pausa y continuó—: No creo que hoy sea el mejor momento, necesito que tu mente, tu corazón y cada fibra de tu cuerpo estén atentos y sin la sombra de cualquier indeseable que intente irrumpir en tus pensamientos.

—Te amo cada vez más. Gracias por la confianza. Voy a esperar con ansias ese momento.

—Yo también.

A Máximo le costó alejarse de ella, no quería abandonarla allí, la necesitaba más que a nada en el mundo. Sin embargo, lo hizo porque no

deseaba que tuviera problemas si alguien entraba y lo veía. Se levantó con ella, que lo acompañó hasta el extremo de la habitación, y la brisa nocturna lo envolvió mientras desplazaba la cortina blanca que vestía la ventana.

—Quiero que duermas bien, mi amor.

—Lo haré si pienso en vos.

—Estás hermosa, hasta ese vestido que te pusiste luce especial en tu cuerpo.

El comentario de Máximo le robó la primera sonrisa de la noche, más cuando vio que le guiñaba un ojo. A él no necesitaba explicarle algunas cuestiones, ya que todo entre ellos se colmaba de complicidad. Luego él le dio un beso profundo y apasionado y salió por la ventana sin volver a mirar atrás. Estaba seguro de que, si lo hacía, no tendría la fuerza suficiente para dejarla.

Al compás del traqueteo del carruaje, Máximo no dejaba de pensar una y otra vez en lo que había sucedido y en el avance de los acontecimientos. Estaba tan abstraído en esos pensamientos que, al descender del vehículo, no vio que se le había aproximado el jefe de policía.

—No estoy de humor ni con ganas de entablar una conversación con usted —le advirtió con seriedad.

—Qué lástima que así sea, porque va a tener que escucharme —le anunció Tolosa.

Máximo hizo caso omiso a esas palabras y caminó hasta la entrada del burdel.

—He vuelto a entrevistar a la pobre diabla que usted atacó. Está con mucho miedo y se niega a hablar por temor, eso es lo que me dijo. Es cuestión de tiempo para lograr ablandarla y que lo inculpe.

—Tolosa —dijo al darse vuelta y enfrentarlo—, hágalo y pronto. Encuentre el facón con el que fue herida.

—¿Cómo sabe que fue esa arma con la que se la atacó? —preguntó con tono escrutador.

—Porque estuve allí cerca. Yo la salvé; no intenté matarla.

—Me dijo que usted la ayuda con dinero todos los meses.

—Tampoco le mintió.

—Entonces... —Entonces haga su trabajo lo antes posible y deje de molestarme —lo interrumpió.

—¿También piensa hacer lo mismo con Evangelina, la nueva adquisición del burdel? Sé de dónde proviene; primero la tuve encerrada en la comisaría para luego depositarla en el Hospital de Mujeres Dementes. Conozco el motivo por el que intenta ocultarla, no quiere que hable y diga dónde estuvo internada y con quién compartía la habitación. No ha sido difícil averiguarlo —dijo triunfante.

Máximo se adelantó y, sin pensarlo, lo tomó por el cuello del saco y le estampó una trompada que el policía no pudo eludir.

—Si quiere llevarme tras las rejas por lo que acabo de hacer, va a quedar como un inepto que no sabe defenderse en una pelea callejera. Tendrá que hacer mejor su trabajo para encerrarme en ese inmundo calabozo.

Lo empujó para liberarlo y, sin importarle dejar al jefe de policía con la palabra en la boca y la rabia que le destellaba la cara, entró en El Regocijo. Una vez allí, fue directo a la barra y pidió una medida de whisky, que tomó de dos sorbos. Necesitaba que algo le quemase la garganta y apaciguara el fuego que sentía por dentro. La ira le corría por las venas y no se calmaría hasta que una vez más pusiera todo en su lugar.

A la mañana siguiente, la casa de los Salcedo era un hervidero. Todos estaban adentro sin cumplir con las actividades que tenían pendientes. Nicanor no quiso que Clarisa concurriera al hospital y le pidió a Béatrice que se quedara porque debían hablar.

Para Clarisa, la vergüenza no la dejaba mirar a los ojos al dueño de casa. La conversación que habían mantenido horas antes, en la que le confesó lo que sentía por el doctor Heredia, la había desnudado frente a él.

Intentaba repasar cada palabra que Justo le había dicho, pero la invadía el pudor de que toda la gente que la rodeaba supiera del amor que los unía. Claro que ninguno de ellos pensaba que era algo genuino, salvo Béatrice, que no dejaba de decirle que debía luchar por ese amor.

—No sé cuántas veces debo decírtelo, pero no pienso consentir otra unión que no sea la tuya con el joven Lamas.

Nicanor habló sentado en el escritorio de la casa frente a su hija. Allí, intentaba conversar por última vez para que al fin ella entrara en razón.

—Soy yo la que no sabe cuántas veces debe decirte cuáles son mis sentimientos.

—Querida Béatrice, esto lo hago porque te amo y porque deseo lo mejor para vos. Uriarte te llevaría a la infelicidad en menos de lo que canta un gallo. Lo sé, lo conozco y no me equivoco.

—No pongas en duda que me ama y yo a él.

—¡Basta! No quiero volver a escuchar eso —tronó.

—Podré callarlo el resto de mi vida, pero en mí siempre latirá ese amor.

—No continúes —le advirtió.

—Todo esto me tiene muy angustiada, más cuando creía que de tu mano todo sería distinto.

—¿A qué te referís? —A que se repite la historia de mi madre. —Nicanor nunca imaginó que podía dolerle hasta sentirse en carne viva lo que su hija acababa de decirle—.

Mis abuelos la obligaron a casarse con alguien a quien no amaba. Con el que creí mi padre mucho tiempo, con el hombre que siempre la humilló, con el que también me humilló a mí cuando supo que no era su hija sino fruto del verdadero amor que mi madre había tenido. Ahora vos te comportás como aquello a lo que deberías odiar, como se comportó quien te robó al amor de tu vida.

Aunque Nicanor intentaba mantener la calma y evitar evocar a Camille, los recuerdos comenzaron a invadirlo, aquellos que nunca habían sido olvidados sino atesorados donde solo él podía hurgar bajo la devoción y el eterno amor que sentía por ella.

—Ella era muy joven. Tenía una vida por delante, un futuro para construir de la mano de su prometido. El pretendiente que habían elegido era a todas luces el mejor para ella; sin embargo, mi madre siempre supo que su verdadero amor había quedado aquí, en la ciudad de Buenos Aires. —Béatrice hablaba sin dejar de clavarle la mirada gris a su verdadero padre—. Ni el tiempo ni la distancia socavaron su recuerdo ni amilanaron el amor que sentía. Ella nunca olvidó nada de lo vivido. —Hizo una pausa para secarse las lágrimas, que comenzaron a rodarle por la mejilla. Luego continuó—: Vos fuiste la única persona que estuvo siempre en su corazón; por favor, te pido que no me condenes a vivir lo mismo que ella.

Un silencio glacial se apoderó de la sala y ninguno de los dos pudo decir nada más por varios minutos. Al fin Nicanor pudo esbozar con todo ahogado: —Podés irte.

Él inclinó la cabeza hacia adelante y se la sostuvo entre las manos luego de escuchar el chasquido de la puerta al cerrarse.

Cuánta falta le hacía Camille. Qué parecida era Béatrice a ella. Por eso debía protegerla y no toleraría que la lastimasen. No solo lo haría por ella, sino también por Camille y por la promesa que le había hecho.

De inmediato, se levantó y salió de allí para buscar refugio en su habitación, donde nadie lo molestaría. Con manos trémulas buscó el tesoro que tenía guardado bajo llave en el cajón de su escritorio: las cartas que se habían mandado luego de que ella volviera a París.

Hacía tiempo que no las releía; cuando Béatrice llegó a la ciudad para conocerlo se juró que no volvería a hacerlo porque no deseaba vivir en el pasado; su hija era el presente y el futuro. Sin embargo, necesitaba verla y sentirla, aunque más no fuera a través de la tinta plasmada en una ajada hoja de papel.

Luego de quitarle el cordón que las mantenía atadas, tomó una que leía muy de vez en cuando, aunque no bien comenzó a leer la primera línea, lo embargó el recuerdo de todo lo vivido.

París, 15 de noviembre de 1877.

A mi amado Nicanor:

Aquí estoy, sentada frente a la ventana de mi habitación con la pluma entre mis dedos en el ocaso de un día en el que me inundan tus recuerdos. Esta fecha es muy especial porque es la de tu cumpleaños.

Desde que me levanté, no he dejado de pensar en ti. Recuerdo como si estuviera allí las promesas que nos hicimos de estar siempre juntos. Por eso, hoy me excusé con el resto de mi familia para estar contigo, aunque más no sea en la memoria.

Esta tarde fui a la Tercera Exposición Impresionista, que está abierta desde hace unos días. La elección del paseo no fue al azar, ya que sabía que Claude Monet expondría su nueva obra, La estación Saint-Lazare. En varias oportunidades fui a aquella estación de tren y, cada vez que lo hacía, era con el convencimiento de que viajaba de tu mano. La majestuosidad del recinto, el sonido de la sirena de la locomotora antes de partir y el humo gris que se esfumaba en medio de la brisa me llevaban a aquella tarde en que me buscaste por el hotel donde me alojaba con mis padres y nos escapamos hacia la terminal del Tren del Oeste. Teníamos toda la ilusión de saber que estaríamos juntos al menos esa tarde, sin mencionar la desesperación que nos embargaba por el poco tiempo que nos quedaba. Mi

partida se aproximaba mientras que la negativa de mis padres para que me quedase era absoluta; la posibilidad de permanecer a tu lado se había vuelto inalcanzable.

La quemazón que se esparcía por todo mi cuerpo y me asfixiaba por dentro era agobiante al saber que mis padres no me entendían. Aquellos momentos en que estuve a tu lado fueron los únicos en los que me sentí feliz y aún me arrepiento de no haber tenido el coraje suficiente para abandonar el compromiso al que estaba atada para así poder quedarme a tu lado.

Mi amor, nuestra vida habría estado colmada de felicidad de haberlo hecho, y porque no me resigno a todo esto es que estuve frente al lienzo de Monet mientras imaginaba que, en medio de la vertiginosa actividad de la estación trazada con las pinceladas grises, estabas allí esperándome. El gentío que apurado abordaba el tren no te detenía y venías en mi búsqueda, sin importar los apretujones ni la premura de los pasajeros por emprender el viaje. Al fin alcanzabas mi mano y, antes de que la máquina abandonase la estación y el silbido anunciara la partida, huíamos de todo sin que nos importara nada más que nuestro amor. A medida que nos alejábamos y todo a nuestro alrededor se empequeñecía, lo único que se agrandaba era el sentimiento que nos uniría para siempre.

Cuando giré mi cabeza hacia la pintura, mi visión estaba nublada de lágrimas que no dejaban de caer. Los años han pasado, pero el amor y la desolación que siento por no estar a tu lado es la misma que me embargó aquella vez que sentimos que podíamos ser libres y huir a bordo de un tren.

El anochecer le ganó a mi emoción y el cielo se cubrió de oscuridad, soledad y desamparo. Vuelvo a mirar a través del cristal de la ventana y sé que mañana deberé aferrarme a otro recuerdo para sobrevivir día a día sin tu presencia. Mi corazón siempre latirá por el amor que siento por ti hasta que deje de hacerlo.

Con todo mi amor,

tu Camille

Nicanor terminó de leer la carta con los ojos húmedos y las manos temblorosas. No solo lo envolvía el desconsuelo de saber que la había perdido para siempre, sino por pensar que su hija podría vivir algo similar. La presión en el pecho que lo había acompañado durante todos esos años y la

angustia y el sufrimiento que había padecido no se los deseaba ni a su peor enemigo. No deseaba que Béatrice pasara por semejante tormento, pero creía que Máximo nunca podría brindarle lo que él sí le dio a Camille.

Sin ánimo de reunirse con el resto de la familia, se resguardó en el silencio de la habitación con la sola compañía de los recuerdos, que esa noche estaban más vivos que nunca.

CAPÍTULO 19

Cualquier excusa es suficiente

El trabajo en el Hospital de Mujeres Dementes se había incrementado de un modo inusual. La ausencia de Clarisa los últimos dos días había alterado más de la cuenta al doctor Heredia. Era la primera vez que sentía que todo se le iba de las manos sin que la causa fueran las enfermas ni las cuestiones internas del hospital. Nada de lo que sucedía dentro de esos muros podía cambiarle el malhumor.

A medida que las horas transcurrían, su desasosiego crecía junto a los distintos problemas que se presentaban. Lo alteraba sobremanera no poder manejar sus propios problemas cuando a diario sabía lidiar con los conflictos ajenos.

No le resultó fácil la conversación que mantuvo con la familia Podestá, y menos aún con la suya, que no entendía el cambio de planes. Sus padres estaban en absoluto desacuerdo con la decisión de romper el compromiso con Mercedes, a quien consideraban como a una hija.

Se quitó los anteojos con un fuerte movimiento y los arrojó sobre el escritorio. La cabeza le estaba por estallar en cualquier momento y no podía concentrarse en el trabajo porque tenía la mente ocupada con las imágenes de Clarisa. Necesitaba su compañía, quería tenerla frente a él como siempre y verla reírse cuando festejaba algún comentario que hacía, además de besarla en la boca con desesperación, porque ella le provocaba algo único y especial que ninguna otra mujer había logrado.

Volvió a mirar a su alrededor y supo que no podría estar ni un minuto más allí dentro por la incertidumbre que lo carcomía por dentro. Entonces, se colocó los anteojos, tomó el saco que estaba colgado en el perchero al lado de la puerta y salió sin siquiera ordenar el escritorio ni que le importara nada más que huir de allí.

—¡Doctor Heredia! ¡Doctor Heredia! Brígida gritaba para que se detuviera porque debía consultarle algo. Ella esperaba que ante la ausencia de la joven asistente, todo volviera a ser lo que había sido antes de que ella

apareciera; sin embargo, se había transformado en un verdadero caos. Él se detuvo de golpe y se dio vuelta.

—¿Qué sucede, Brígida? —Necesito que venga al salón principal.

—Arréglese con el resto de personal. Si no, puede esperar a que venga otro colega y así solucionar el tema. Nada puede ser tan urgente.

—Pero, doctor, ¿qué le sucede? —Nada, solo que no creo que me necesite para todo. Me voy porque debo ir a una reunión y, cuando regrese, espero que estén solucionados todos los problemas; si no, veremos qué hacer —dijo con absoluta seriedad.

Luego se dio vuelta con prisa y salió del hospital ante la mirada atónita de Brígida, que no se había movido del lugar. Se subió al carruaje y se dirigió a la casa de los Salcedo, donde al llegar llamó a la puerta.

La empleada no esperó para abrirla y el gesto de sorpresa que puso al ver quién estaba frente a ella fue mayúsculo.

—Buenos días, busco a la señorita Clarisa.

—¿Quién la busca? —El doctor Justo Heredia.

A Bernarda se le borraron los deseos de preguntar el motivo de la visita; no podía creer que el doctor estuviese allí para buscar a la señorita y creyó que debía irse de inmediato para evitar un grave problema. Ella había estado aquella noche con Clarisa para consolarla y sabía que Nicanor se había mantenido firme en cuanto al modo en el que debía conducirse la joven, al menos hasta que su familia tomara cartas en el asunto.

—Debe irse de aquí —le advirtió.

—No lo haré hasta que la vea —dijo con firmeza.

Bernarda escuchó unos pasos y se dio vuelta para ver a Nicanor, que se acercaba para salir. Se había levantado temprano y se había quedado trabajando en el escritorio.

—¿Qué sucede, Bernarda? ¿Quién vino? —preguntó preocupado.

Ella no contestó y abrió por completo la puerta para dejar entrar al doctor.

—Buenos días, don Salcedo.

Nicanor no podía creer que el médico estuviera allí. Debía cumplir con sus obligaciones y no podía preocuparse por los problemas la joven Carreras, a pesar de que Felipe era alguien muy cercano.

—Doctor, debo salir en este momento y no creo que sea oportuno que esté en mi casa.

—¿Por qué no? —preguntó desafiante.

—Usted lo sabe mejor que yo. Luego de la acusación que ha hecho la

señora Podestá en contra de Clarisa, no creo que este sea el lugar indicado para que permanezca un minuto más —replicó tajante.

El doctor Heredia sintió que su visita había valido la pena cuando vio aparecer a Clarisa por detrás de Nicanor. Bernarda se corrió y se puso cerca de la joven, porque no sabía qué podía suceder.

—Si Juana Podestá le comentó que rompí el compromiso con su hija, no creo que sea un tema de interés en esta casa. Los motivos son personales y las explicaciones debo dárselas solo a quien me unía en compromiso.

—Pero parece ser que Clarisa Carreras, que está bajo mi cuidado, es la culpable de semejante ruptura.

—Eso lo dijo por despecho y dolor porque no quiere asumir la realidad. Pero en verdad no he venido a discutir mis temas personales con usted, don Salcedo.

—Entonces ¿a qué ha venido? —A buscar a Clarisa.

—De ningún modo puedo permitirle que se vaya con usted.

—Supongo que por eso se ausentó del hospital estos dos últimos dos días, ¿verdad? —Así es, ha sido una decisión solo mía.

Clarisa quería participar de la conversación, pero no le daban lugar, y el doctor Heredia, luego de mirarla no bien apareció, prosiguió: —Ella cumple una función en el hospital y hoy se necesita su presencia allí.

Es importante para una paciente que ella vaya.

—¿Qué sucedió? —preguntó con angustia Clarisa.

—Es una de las internas que solicita su presencia —siguió hablando para permanecer entero—. Con su compañía, logra sosegarse cuando le sobrevienen los ataques a los que nos tiene acostumbrados. Sepa que ella ha cumplido muy bien con el trabajo y es de eso de lo que he venido hablar. No sé cuál será la decisión que tomará la Sociedad de Beneficencia respecto al trabajo en el hospital, pero no puede ausentarse de un momento a otro, ya que tiene una responsabilidad con los pacientes, con la institución y también conmigo. Al menos eso me lo debe hasta que se consiga a otra persona para que ocupe el puesto.

A Clarisa se le llenaron los ojos de lágrimas, porque estaba claro que el doctor quería reemplazarla y solo pensaba en el trabajo. En verdad no sabía por qué se sorprendía, ya que para él lo más importante era su profesión, por la que daría la vida.

—Lo único que puedo consentir es que hoy vaya, luego no puedo prometerle nada porque no seré yo quien lo decida, sino su familia.

Nicanor no había perdido tiempo y se había puesto en comunicación con Felipe mediante un telegrama, por lo que esperaba que pronto le diese una solución a todo eso.

—Está bien, yo me haré cargo de hablar con quien sea, pero ahora debo llevarla al hospital.

—La buscaré cuando termine mis ocupaciones —aclaró Nicanor.

—Como guste; si no, puedo traerla de regreso, supongo que será antes de que usted se desocupe. Por como están las cosas, evitaré retrasarla más de la cuenta.

—Está bien. Espero que sepa lo que hace —le advirtió.

—Le aseguro que sé que hago lo correcto.

Nicanor se dio vuelta para llamar a Clarisa y la vio a unos pocos pasos de él, en compañía de la empleada y con el rostro compungido. Notó una gran desolación en ella y supo que quizás asistir al hospital sería lo más conveniente.

—Podés ir; supongo que serás responsable. Sabés a lo que me refiero.

—Sí, señor —dijo con voz apenas audible.

Ella se alisó la pollera estampada que se había puesto esa mañana con una blusa blanca. La sencillez del atuendo le acentuaba la belleza.

Bernarda no se hizo esperar y trató de peinarle el cabello y ponerle un broche para acomodárselo. Clarisa se dio vuelta y la besó, ya que entendía cómo se sentía.

—Lleve este abrigo —dijo la empleada al darle un saco de lana azul que armonizaba con la vestimenta—, por si refresca cuando regresa.

—Gracias.

—Doctor, espero que la paciente mejore —dijo Nicanor.

—No pongo en duda que así será —replicó con seriedad.

Ambos traspasaron la puerta hasta alcanzar el carruaje. El doctor la ayudó a subir y, antes de hacer lo mismo, le indicó al cochero el destino y luego se ubicó adentro para dar inicio al trayecto.

El traqueteo sobre el empedrado era lo único que se escuchaba dentro del habitáculo. Clarisa lo miraba de soslayo y le notaba la tensión en el rostro, pero aún no había vuelto a cruzar la mirada con esos ojos verdes. La incomodidad que ella sentía aumentaba a medida que avanzaba en el camino mientras esperaba al menos algún comentario sobre lo que había dicho Nicanor. Pero él había sido implacable, la seguridad y la contundencia con la que había hablado le restaban la mínima posibilidad de tocar el tema de su

compromiso. El único aliciente que tenía era saber que, en efecto, había roto con Mercedes Podestá.

El carruaje no tardó demasiado tiempo en detenerse. De inmediato, ella se aprestó a descender con la ayuda de él, igual que lo había hecho antes. Mientras le indicaba al cochero que se apostara en otro lugar, Clarisa se quedó sorprendida al verse parada frente a una vivienda que desconocía. Él se acercó y la condujo hacia la entrada mientras le apoyaba los dedos en la espalda. Cuando entraron, atravesaron un oscuro zaguán hasta alcanzar una sala que también se encontraba en penumbras; parecía que nadie vivía allí. Él no abrió la ventana de la sala, pero prendió una lámpara de gas ubicada en una de las pequeñas mesas que decoraban el lugar e iluminó todo. Observó que allí había algunas sillas y un sillón de cuero verde más amplio; a un costado, sobre una pequeña mesa, descansaban algunos periódicos que había visto leer a Nicanor.

—¿Por qué no me llevaste al hospital? —preguntó al quebrar el silencio que se había instalado entre ellos desde que habían salido de la casa.

Él se dio vuelta y la miró de un modo especial; sin embargo, podía descubrir cierto enojo en esa mirada.

—Te he traído a mi consultorio. Aquí atiendo algunos casos cuando el hospital me lo permite.

Él no dejaba de observar cómo ella, confundida, analizaba el lugar.

—¿Y la paciente que me necesitaba? Él se quitó los anteojos, los colocó sobre la mesa más cercana que tenía y se acercó de a poco mientras la devoraba con los ojos.

—¿En verdad creíste que iba a buscarte porque una paciente te necesitaba? —preguntó con rabia—. Deberías saber que eso es algo que hasta ahora yo siempre he podido solucionar.

—Perdón, no quise ofenderte —dijo no sin cierta ironía.

—No lo has hecho, pero no podés dejarme así como así sin ningún tipo de explicación.

—Pero no ha sido así.

—Claro que sí. La única persona que está mal y que te necesita soy yo. No he podido hacer nada porque no estabas a mi lado. He tomado la decisión de dejar todo porque te amo. ¿Y qué recibo a cambio?: tu ausencia e indiferencia. Estos dos últimos días fueron un infierno sin saber qué pasaba ni dónde estabas.

Permanecía más tiempo del necesario dentro del hospital para esperarte,

pero las horas pasaban sin que aparecieras —dijo con visible angustia—. Minutos antes de presentarme en tu casa, creía que estallaría por dentro. No podía pensar en otra cosa que no fuera en vos y nada me importaba, ni el hospital, ni mis pacientes ni mi familia.

En ese mismo instante, él le tomó el rostro entre las manos mientras ella no dejaba de derramar lágrimas.

—Por favor, Clarisa, no llores —le rogó—. No quiero lastimarte, solo decirte cómo me siento. Creo que debería haber puesto cualquier otra excusa para verte y saber qué te sucedía.

—Es lo más hermoso que pudiste decirme —dijo entre sollozos—. Creí que estabas enojado y que no querías volver a verme, por lo que supuse que te harías a un costado y te centrarías en lo que más amas, que es el trabajo.

—Mi amor, parece que no tomás en serio cada palabra que te digo. Creo haber sido claro la vez que tuvimos la discusión con doña Juana. Tanto ella como su familia y la mía necesitan tiempo, algo de lo que yo en este mismo momento carezco.

Ella sintió cómo su mirada la quemaba por dentro. Con los ojos verdes le recorrió el rostro como si quisiera memorizar cada pequeño rasgo y retener ese momento tan especial. Con los labios rozó los de ella en una suave caricia y luego la besó con intensidad mientras esperaba que, de a poco, se entregara a él.

Ella no lo hizo esperar y abrió la boca para entrelazar su lengua con la de Justo, que, con las manos, le recorría la espalda hasta deslizarlas por debajo de la blusa para entrar en contacto con su piel. El leve roce de los cuerpos los estremecía con una sensación de éxtasis total.

—Te deseo —le susurró en los labios—. Sé que debo esperar a que la situación sea otra, que debo ser prudente en el modo de actuar, como siempre lo he sido, pero toda la sensatez que supe tener se me escapa cuando estoy a tu lado.

Apenas si pudo contenerse para separarse unos pocos centímetros y volver a mirarla mientras le deslizaba el dedo por la mejilla para ver su reacción. El rostro de Clarisa decía todo lo que él necesitaba saber y los labios entreabiertos esperaban ser besados otra vez. El sonrojo de las mejillas era notorio y los ojos se le acababan de abrir para reflejar el deseo, la pasión y el amor que también le profesaba.

—Quiero hacerte mía.

—Yo... —Se detuvo porque no sabía si confesarle lo que en verdad sentía

—.

Te amo —dijo al fin.

—Clarisa, no temas, nada va a sucederte, ¿me creés? Él esperó alguna señal que le indicara que confiaba por completo en él para poder amarla como lo había deseado desde la primera vez que se había presentado en el consultorio del hospital. Ese gesto llegó cuando ella se acercó y le acarició el cuello mientras lo besaba como él esperaba. Justo no quería confesarle que estaba nervioso como la primera vez que había estado con una mujer, porque solo pretendía complacerla por encima de todo.

Con los dedos comenzó a explorarle el cuerpo y descubrió lo bella que era a medida que un sinfín de gemidos y un constante estremecimiento le indicaban que Clarisa se dejaba llevar por esas caricias. Su boca le recorría cada centímetro de la nívea piel, que se erizaba con el caliente contacto, y los besos le dejaban la huella de la pasión que ella desataba en él. Poco a poco, sintió cómo Clarisa tomaba confianza con las caricias que le brindaba mientras percibía el goce que su cuerpo revelaba cuando la besaba. Ambos vibraban al son de un torbellino de emociones y sensaciones que se incrementaba a medida que los minutos pasaban y el deseo por fundirse uno en el otro los quemaba por dentro. La necesidad de hacerla suya y estar dentro de ella no le permitió siquiera entender cómo habían alcanzado el único sillón de la sala despojados de toda la ropa, que, en ese momento, estaba amontonada en el frío piso del consultorio. El temblor que se esparcía en ráfagas por el cuerpo de Clarisa indicaba que el anhelo de estar con él había enterrado el miedo inicial de su primera vez.

Entonces él entrelazó los dedos con los de ella mientras con la rodilla le separaba las piernas. Cuando la vio lista para recibirlo, la penetró con cuidado pero también con firmeza mientras la miraba para decirle lo que en palabras no podía. Su cuerpo hablaba del profundo sentimiento que lo unía a ella y que nunca imaginó sentir con esa intensidad. Ella se acopló al ritmo que él proponía en una danza de pasión y deseo por el hombre del que estaba perdidamente enamorada. El instante culminante los abrazó en un torrente de placer y goce que los dejó extasiados y que les confirmaba que, a partir de ese momento, ya nada sería igual y que ella le pertenecía en cuerpo y alma.

Cuando lograron recuperar el aliento, él rompió el silencio con un susurro: —Clarisa, ¿cómo te sentís? —Abrumada por tanto amor.

Él no dejaba de mirarla mientras con el pulgar le limpiaba unas lágrimas que le caían por las pecosas mejillas.

—Te amo, lo sabés, ¿verdad? —Si tenía alguna duda, acabo de desterrarla.

En ese momento la besó y se tomó todo el tiempo del mudo para hacerlo; intentaba demostrarle todo el amor que solo ella podía provocarle. Los labios se le fundieron en los de ella como minutos antes lo habían hecho sus cuerpos y la hizo suya una vez más. Para Justo, el tiempo se había detenido en el momento en que ella había entrado en el consultorio.

Nunca había ansiado tanto a una mujer como a ella. Sabía que el futuro no se les presentaba fácil, pero estaba dispuesto a hacer lo que fuera. No quería confesarle lo que pensaba para no angustiarse con esos pensamientos.

—Nunca imaginé que dentro de este consultorio podría ser tan feliz —susurró mientras le daba más besos en el rostro.

—Yo estaba segura de que nada de esto me estaba destinado. Suponía que el error era mío al haberme enamorado de alguien que estaba comprometido.

Él le apoyó los dedos en los labios para que no hablara más.

—Ambos sabemos cómo nos conocimos y bajo qué circunstancias, pero eso ya quedó en el pasado. Lo único importante es que nos amamos y solo tomará un tiempo para que el resto entienda lo que sentimos.

Volvieron a besarse y así sellaron cada una de las palabras que se dijeron y las caricias que se prodigaron.

Justo la ayudó a vestirse y le colocó el saco azul sobre los hombros; luego él hizo lo mismo y salieron de allí, esa vez sí rumbo al hospital.

—Esta es la primera vez que abandono el trabajo en medio de un gran desorden —dijo a bordo del carruaje mientras la abrazaba y le acariciaba el brazo.

—Entonces sí ocurrió algo allí dentro.

—Nada que no pueda esperar —dijo convencido—. Siempre estuve para todos y antepuse el trabajo a mis necesidades y a mis ganas; la responsabilidad siempre estuvo ante todo. Hoy decidí que era el momento de cambiar eso. En verdad no tuve opción porque mi desesperación por verte superaba todo lo que debía hacer.

—Mi amado doctor —le susurró en los labios antes de volver a besarlo.

Cuando llegaron y atravesaron la puerta del hospital, ninguno de los que trabajaba allí dentro, en especial Brígida, dudaba de que entre ellos existía algo que no podían ni querían ocultar.

Una vez más, como tantas otras, algunas de las damas de la Sociedad de Beneficencia estaban citadas para mantener una reunión en la casa de Juana Podestá. Dentro del suntuoso salón de la casona, la mesa estaba desplegada con un mantel de hilo blanco y sobre ella se lucía la vajilla inglesa junto a algunas masas, budines y confituras de las que hacía alarde la dueña de casa.

Azucena Bosh, Ángela Montero y Rosario Lamas acababan de sentarse y contemplaban en silencio a Juana, que estaba sentada en la cabecera.

—No dejás de sorprendernos con la variedad de dulces que siempre servís —acotó Azucena para romper el silencio.

—Yo diría que el motivo principal ha sido ese, sorprendernos —comentó una jocosa Ángela.

—Esta vez no puedo compartir el ánimo festivo que traen —dijo con una seriedad alarmante—. Quizás algunas de ustedes no saben lo que vive mi amada hija estos días.

El comentario lanzado por Juana alertó a las invitadas, que escucharon con suma atención la explicación que les dio sobre la ruptura del compromiso de su hija con el doctor Heredia.

—Querida, qué terrible —clamó Azucena.

—Supongo que debe de ser muy doloroso ver a una hija sufrir así —agregó Ángela al evocar lo que padecía cuando veía a su pequeña hija angustiarse por algunas bromas que le hacía las compañeritas en el colegio. Sabía que una madre haría cualquier cosa para ver feliz a sus hijos.

—Esa Clarisa Carreras es una desconsiderada y una desfachatada —dijo Rosario con rabia.

—Claro que lo es —afirmó Juana—; por eso, uno de los motivos de la reunión es contar con el apoyo de ustedes para echarla del hospital.

—Por supuesto que contás con mi total apoyo —acotó Rosario.

El resto se hizo eco de la moción y aprobaron de manera unánime la decisión de separar a la asistente del doctor del Hospital de Mujeres Dementes.

—¿Y con el doctor Heredia qué va suceder? —Lo que siempre sucede con los hombres, mi querida —dijo Juana con suficiencia—. Cuando se dé cuanta del grave error que ha cometido, regresará.

De todas maneras, mi esposo y don Heredia se pusieron de acuerdo para ponerle obstáculos a todo lo que emprenda. No será difícil que recapacite.

—Es así como se actúa —reflexionó Rosario—. No dejes que él se confunda con una mujer que no vale la pena.

—Eso mismo es lo que yo pienso —concordó Juana.

Poco a poco, los murmullos de la conversación se acallaron al ver asomarse a Mercedes, que saludó al resto de las invitadas, pero no se quedó en la reunión, ya que tenía algo más que hacer.

—La próxima vez será. Ahora debo irme y volveré pronto —dijo con una sonrisa fingida.

—Hija, tené cuidado.

Ella volvió a mirar a su madre y se dio vuelta para salir. Dentro de la casa de los Podestá, los comentarios sobre la joven seguían.

—Pobrecita, qué triste se la ve —afirmó Azucena.

—Así es, no tiene consuelo —se lamentó Juana.

—Igual podríamos hablar con alguien del Departamento Nacional de Higiene.

—¿Con ellos? ¿Con qué motivo? Sabemos que no es un organismo con el que nos llevamos bien, no siempre oyen nuestros reclamos.

—Lo sé, pero, quizá, si planteamos alguna queja sobre el doctor Heredia y luego la retiramos o decimos que ha sido un gravísimo error, podríamos molestarlo y hacerle saber que, si no se comporta como es debido, podría perder una de las cosas que más ama en la vida: el trabajo. Lo peor que puede pasarle es contar con alguna mancha en su preciada carrera.

—Bien pensado, Azucena —acotó Rosario.

La conversación continuó sobre el tema personal que aquejaba a Juana y dejaron de lado las cuestiones reales de la institución.

El atardecer caía sobre el inmejorable paisaje que ofrecía la ciudad ante las cálidas temperaturas que se habían instalado. El carruaje estaba estacionado a poca distancia de la casa de la familia Salcedo y su ocupante ya tenía memorizados los movimientos de sus integrantes y en particular de quien le interesaba.

Desde hacía unos cuantos días había averiguado todo lo que necesitaba saber mientras se deleitaba por adelantado con lo que ocurriría. Volvió a mirar por el cristal de la ventanilla para cerciorarse de que no había cambios en la rutina y, para su sorpresa, vio que alguien se acercaba con ímpetu hacia la casa. Hubo un pequeño altercado en la puerta hasta que por fin entró a la propiedad.

—Señorita, espere aquí por favor.

No hubo respuesta a tal sugerencia salvo un gesto de desprecio hacia la empleada de los Salcedo. Clarisa, que había escuchado todo, se acercó a la sala donde esperaba Mercedes Podestá.

—Bernarda, dejanos solas.

—Al fin puedo verte la cara. Sos la mujer más despreciable que conozco —dijo Mercedes mientras se le acercaba—. Supongo que sos muy zorra para que mi prometido esté ciego y no vea cómo sos de verdad. Ya te lo dije en una oportunidad y te lo repito ahora: no podés compararte conmigo.

—Claro que nunca lo haría —replicó Clarisa desafiante.

—Alejate de mi prometido —le ordenó con petulancia.

—Él dejó de ser tal cosa.

—¡Callate! —gritó colérica y le estampó una bofetada en la cara.

Ella debería haberse quedado de manos cruzadas y llamar a Bernarda para que invitara a Mercedes a retirarse de la casa, pero no pudo contener la furia de verse humillada y le devolvió la cachetada. La empleada llegó a tiempo para intentar separarlas, pero le fue muy imposible porque se tiraban de los cabellos y de la ropa con una fuerza descomunal. Al fin los manotazos que se lanzaban se apaciguaron cuando escucharon que se abría la puerta y alguien entraba.

Mercedes miró a Clarisa y una sonrisa se le dibujó en la boca.

—Seguro que es don Nicanor —dijo con malicia y enseguida se arañó y se rasguñó las mejillas con sus propias uñas durante los largos segundos en que pudo soportar el dolor. Luego se dio vuelta y con un llanto fingido dijo—: Don Nicanor, solo he venido para pedirle una explicación sobre lo que sucedió con mi prometido y me atacó. Nunca creí que fuera a golpearme como lo ha hecho, mire si no.

La mirada que le lanzó Nicanor a Clarisa fue lapidaria, por lo que evitó continuar con semejante escándalo y trató de dar por terminado el tema.

—Te pido disculpas —dijo en tono conciliador—. Supongo que no ha querido hacerlo, ¿verdad, Clarisa? Ella lo miró, pero no le contestó: tenía los ojos anegados de lágrimas que pugnaban por salir.

—No te preocupes, te llevaré a tu casa y pediré las disculpas pertinentes.

Mercedes solo tuvo tiempo de darse vuelta para observar a Clarisa, que estaba junto a la empleada, le lanzó una sonrisa sarcástica y se fue junto a Nicanor hasta su casa.

Ella había dejado de deambular por los distintos negocios de la ciudad para al fin recalar en el único lugar donde en verdad deseaba estar. Las puertas de El Regocijo acababan de abrirse para darle la bienvenida a quien ya era conocida dentro del burdel. Ella era la amiga francesa del dueño y, sin hacer alarde de ello, la dejaron entrar. Las mujeres que estaban dentro no dejaban de seducir a los clientes que habían ido por ellas y, salvo algunas escuetas miradas, su presencia no alteró el normal funcionamiento del lugar, excepto por una mujerzuela que no dejaba de observarla y que al fin se le acercó.

—Parece que nada te detiene —comentó Violeta.

—No solo sos una irrespetuosa al dirigirte a mí de ese modo, sino poco inteligente. Él —dijo al hacer una señal con la cabeza hacia la escalera que debía subir para ver a Máximo— sabrá de tus ofensas y no tardará en dejarte en la calle. Ahí te quiero ver, entre el hambre, la necesidad y los hombres que lo único que querrán es saciarse de ti.

—Eso que te ocurrió no me va a suceder a mí, porque Máximo cuida a todas sus mujeres —la enfrentó—. No te confundas, que él te brinde su amistad no quiere decir que puedas acceder a algo más. No tenés ninguna posibilidad.

—Lo decís desde el resentimiento por no poder estar a su lado.

—Una vez más te equivocas, porque, al igual que vos, estuve un tiempo con él. Pero en algo somos parecidas: ninguna de las dos le hemos provocado algo tan especial como para que se quede a nuestro lado. Solo una mujer más joven, bella y encantadora lo ha hecho. Te sugiero que no pierdas tiempo con él.

—Sos más tonta de lo que suponía si abandonaste cualquier intento de conquista y le dejaste el campo libre a otra mujer.

—Si hay alguien tonta, esa no soy yo, te lo aseguro. Por, sobre todo, quiero a Máximo y, si no está a mi lado, deseo que lo haga con alguien que en verdad lo merezca, Vos, claro, no estás en esa lista. Lo único que buscás es complicarlo y, cuando se dé cuenta de eso, te echará a la calle. Entonces, yo te miraré y me reiré por lo estúpida que fuiste.

—Sos una *prostituée*, de aquí nunca saldrás, andate —clamó mientras la agarraba del brazo para sacudirla.

La voz de Simón impidió que lo hiciera.

—Violeta, los clientes te esperan, no es hora de ningún espectáculo.

—Quiero ver a Máximo —dijo Gina con petulancia—. Es intolerable el modo en que me trata esta mujer que, al fin y al cabo, no es más que una simple empleada del burdel.

Simón no le contestó porque él también lo era; sin embargo, evitó enfrentar a la amiga del patrón.

—Suba tranquila.

Máximo fumaba un cigarro frente a la ventana de la oficina. Los pensamientos no dejaban de repiquetearle en la cabeza, donde la tristeza, el dolor, la angustia y la soledad lo habían rodeado por mucho tiempo. Solo de la mano de su ángel lograría dejar atrás el triste pasado. Sin embargo, no dejaba de preocuparle cómo la vida lo ponía a prueba y cómo debía luchar por lo que en verdad le importaba. Béatrice era lo único que tenía en la vida y quien lo sacaría de toda la oscuridad en la que estuvo sumido.

—No quiero saber en quién pensás como para que todo lo que te rodea desaparezca —dijo al tomarlo por detrás y rodearle la cintura con las manos.

—Gina, esta vez me has sorprendido. —Se dio vuelta; luego de mirarla, la besó en la mejilla—. Tengo algunas cuestiones que resolver y pensaba en cómo hacerlo.

—¿Algo en lo que pueda ayudarte? —No, gracias —dijo con una sonrisa mientras le hacía un gesto con la mano para que se sentara.

—¿Querés algo para beber? —No. Cuando lo haga, será con una buena champaña, como me prometiste.

—Así quedamos la última vez, pero estoy con muchos problemas y sin tiempo para dedicarte.

—Lo sé, Máximo, y lo que menos deseo es complicarte. Quizá, cuando tomé la decisión de venir, creí que todo sería distinto —dijo con fingida tristeza.

—Yo nunca te dije algo que pudiera confundirte.

—Por favor, no sigas, sé a lo que te referís; por eso, en estos pocos días que he estado aquí tomé la decisión de regresar a París.

—Gina, nunca quise lastimarte —le dijo con sinceridad.

—Lo sé mejor que nadie. Me conocés y sabés que siempre hice lo que quise y que mis impulsos le han ganado a mi decencia. Pero esta vez me di cuenta de que me apresuré. —Hizo una pausa significativa para culminar—: Yo te quiero mucho y no deseo ser un estorbo en tu vida.

—Nunca lo fuiste.

—Bien, entonces no deseo serlo ahora que estás por resolver tus temas. Solo pasé a saludarte luego de una tarde de compras.

—Si continuás así, vas a dejar las tiendas sin prendas —acotó risueño.

—Por eso he decidido regresar lo antes posible a París, de donde no debería haberme ido.

Él fijó la mirada en Gina, que no dejaba de sorprenderlo. Hacía poco que estaba en la ciudad luego de un largo viaje y ya estaba decidida a volver. Quizás era lo más conveniente, pensó, pero tenía la cabeza ocupada en otra cosa y no podía dedicarle el tiempo que ella requería, menos aún el que ella deseaba.

—Quizá, cuando estés por París, podamos tener más tiempo —dijo con tono seductor.

—Ojalá que así sea.

—Bueno, me voy, no quiero molestarte más.

—Ya que no puedo dedicarte esta noche, te acompaño.

—Gracias.

Ambos bajaron por la escalera mientras los ojos de algunos clientes seguían sus movimientos.

—Simón —dijo al llamar al encargado—, salgo un momento. Veo que por ahora todo está en orden.

—Vaya tranquilo, patrón.

Él saludó a la francesa con una inclinación de cabeza y notó cómo ella le brindaba un gesto de suficiencia la levantarle una ceja de sus preciosos ojos.

Ya a bordo del carruaje, atravesaron las calles de la ciudad mientras mantenían una conversación que los llevaba a la época en la que habían compartido París y más de una locura. Al recordarlas, las carcajadas dentro del habitáculo interrumpían el silencio exterior.

Cuando llegaron al Grand Hotel, él se bajó para abrirle la puerta y acompañarla hasta la majestuosa puerta de entrada.

—Gina, lamento no haber sido una gran compañía en tu estadía aquí.

—Lo importante es que el poco tiempo que hemos estado juntos lo he disfrutado. Gracias, Máximo. Eso sí, en algún momento me cobraré la deuda del champaña —dijo mientras le lanzaba una mirada seductora.

—Te dije que no me gustan las promesas, pero tengo palabra. Cuando quieras, tomamos unas copas y brindamos por tu partida.

—No me quedan muchos días, pero, si no te complico, podríamos reunirnos mañana a la tarde. No quiero entorpecerte por la noche, que es el

horario en el que trabajás. ¿Qué te parece? Máximo la miró y supo que ella le hablaba con absoluta sensatez, por lo que no podía negarse a ese pedido.

—Aquí estaré, aunque no sea el horario más indicado para un brindis.

—Quizás sí lo sea luego de disfrutar de un té.

—Hasta mañana, Gina.

—Que descanses —dijo al acercársele y darle un suave beso en los labios

—.

Perdón, no sé qué me ocurrió —dijo con fingida inocencia.

—No ha sido nada, nos vemos mañana.

—Hasta entonces.

Ella lo vio caminar hasta el carruaje con esa estampa que le quitaba el aliento a cualquier mujer. El casto beso que le había dado lo había sorprendido; lo sabía porque lo conocía como nadie.

Levantó la mano para saludarlo mientras se alejaba del hotel y luego se dirigió a su habitación mientras ansiaba que las horas pasaran lo antes posible para al fin volver a verlo.

CAPÍTULO 20

Algo más

Felipe se había instalado en la estancia con Carle porque creía que era el momento oportuno para tomar no solo las riendas de los negocios, sino también de la familia. Sus hermanas lo necesitaban y, aunque nunca lo habría imaginado, estaba allí para dar batalla entre tantas mujeres.

Esa mañana había retrasado el recorrido que hacía por las tierras porque aún esperaba a que Ramiro se presentara para tratar unos asuntos pendientes.

Mientras tanto, él disfrutaba de unos mates que le cebaba su esposa.

—¿Qué sucede? —preguntó Carle al verlo tan serio.

—Nada, amor, solo que está medio tibio —dijo al sorber de la bombilla.

—¿Otra vez? Creí que lo había hecho mejor que la vez pasada y que el agua estaba a punto.

—No te enojés; te aseguro que el té te sale muy rico —dijo con una sonrisa.

De inmediato, ella se levantó de la silla que estaba frente al escritorio que se había transformado en el lugar de trabajo de Felipe y se acercó para sacarle el mate de un manotazo.

—No lo tomes si no está rico —clamó ofendida.

La rapidez de los movimientos de Felipe hizo que ella terminara sentada sobre sus piernas; y el mate, sobre la mesa.

—Me gusta que estés a mi lado para que me cebes unos ricos mates.

Él no dejaba de sonreírse al verla ofuscada y con esa actitud combativa que nunca había abandonado, lo que lo atraía más de lo que ella imaginaba.

Felipe la tenía sujeta con fuerza y, antes de que ella se retorciera para zafarse, la tomó de la nuca y se entregó a besarla con pasión y desenfreno, el mismo que tuvo la primera vez que la había besado. El tiempo había pasado y, sin embargo, las sensaciones y sentimientos que ella le producía se profundizaban día a día.

Ella era el mundo para él y quería que se sintiera feliz luego de instalarse en la estancia y dejar a un lado la casa en la colonia. Los padres de ella se

habían quedado apenados por la partida sin ser del todo conscientes de la cercanía que tenía el campo con el establecimiento agrícola. Ella nunca se había opuesto al traslado y, menos aún, le demostró con malhumor o feo semblante que le habría gustado quedarse en la colonia. Carle lo acompañaba adonde fuera, y él estaba cada vez más enamorado de ella, si en verdad eso era posible.

—Te amo y juro que nadie me ha cebado los mates como vos.

Lanzó otra carcajada y volvió a besarla con desenfreno mientras ella respondía con la misma avidez.

El chasquido de la puerta y el sonido de alguien que tosía los hizo darse cuenta de que no estaban solos.

—No quise interrumpir —se excusó Ramiro.

—No es nada; te esperaba. —Cuando Carle intentó levantarse, Felipe le tomó el rostro entre las manos y le dio un beso dulce y tierno. Luego le guiñó el ojo y la dejó ir—. Amor, gracias por el mate —dijo mientras se lo alcanzaba.

—No sé si habrá otro —replicó ella y le lanzó otra sonrisa para al fin retirarse.

Ramiro notó que, desde hacía unos pocos días, el ritmo de la estancia había cambiado y no estaba acostumbrado a que el manejo de la casa estuviera a cargo de una mujer. Si bien las hijas de don Carreras habían vivido allí, la falta de una mujer durante tantos años, luego de que él enviudara, había marcado el destino de esa familia. Ellas nunca se habían volcado de lleno al hogar, sino a los quehaceres de la estancia. Se conducían mejor en las tierras salvajes que en el ámbito hogareño. En cambio, Carle, desde que había llegado, no paraba de mejorar y decorar la casa, además de preparar dulces para la mateada de la tarde que compartían bajo el alero del casco que en esa época del año los protegía de los rayos del sol.

—Quise llegar antes pero tuve un problema con unas herramientas y me quedé en el galpón más tiempo.

—No te preocupes. Quería conversar algunas cuestiones que intento cambiar aquí y quería saber tu parecer.

—Supongo que, si ya tiene la decisión tomada, será difícil darle mi opinión a menos que esté de acuerdo con su postura.

—Peña, por una vez hagamos una tregua y veamos qué es lo más conveniente para el campo y para nosotros.

—Adelante —dijo resignado—, lo escucho.

—Durante todos estos años, la estancia se ha manejado de acuerdo a los preceptos que eran correctos, al menos para la gente de la zona, pero todo cambia. Si bien este último tiempo no he viajado como solía hacerlo, no dejo de estar al tanto de las nuevas técnicas que se emplean en los campos. Sabés que soy socio de Tristán Paz en el establecimiento La Promesa.

—Estoy al tanto del negocio, aunque a su socio aún no lo conozco.

—Supongo que cuando regrese de su viaje lo conocerás, pero él no solo cuenta con estas tierras, sino que también está ligado al negocio de la carne congelada. Cuando él se interesó, recién comenzaba a nacer esa actividad y eran unos pocos los que querían participar de algo que recién estaba en una etapa experimental. No obstante, el gobierno supo que debía poner atención allí porque se trataba de algo que podía producir mucho dinero.

—¿Y a nosotros en qué nos afecta eso? —preguntó reacio.

—Ya iba al tema. He analizado la producción de ovinos los últimos años y no ha rendido lo suficiente.

—Esa no es una cuestión de mal manejo nuestro, sino de la realidad comercial. No hemos podido mejorar la producción.

—Peña, hace un año que se le presentó al gobierno un pedido para la exención de todo impuesto sobre la exportación de la carne congelada. Este pedido lo ha apoyado también la Sociedad Rural por lo que, a los gobernantes, no les ha quedado otra alternativa que aprobarlo. —En ese instante, recordó a Mariano Podestá y a otros hacendados que también participaban de la sociedad para brindar el apoyo necesario—. Don Terrazón, en su establecimiento de San Nicolás, ha comenzado con todo esto y creo que no podemos perder esta oportunidad. Yo tengo suficientes contactos para comenzar a exportar, algunos empresarios franceses son una buena opción. Como te decía, mi socio cuenta además con barcos que mantienen refrigerada la carne hasta que llega al puerto de destino.

—Creía que las graserías nos pagaban lo suficiente por la carne ovina.

—No es así. Podemos tener una ganancia de un cincuenta por ciento más si vendemos la misma carne a algún frigorífico o si la exportamos. Para eso debemos mejorar la raza Merino que tenemos o cruzarla para hacerla más atractiva. Te habrás dado cuenta de que la carne no es de la calidad esperada, ¿verdad? —Claro que no, pero es la que podemos comercializar.

—Por eso es que hice las tratativas para adquirir un lote de raza Lincoln. Me gustaría, si estás de acuerdo, que te encargues de esa operación. Seremos una de las primeras estancias que cruzará la raza y así entraremos en un nuevo

período para sacar de a poco a la raza Merino pura de nuestras tierras.

Ninguno aclaró el motivo por el cual se hablaba solo de la carne ovina. Hasta el momento, la ganancia que se obtenía de las ovejas había sido gracias a la comercialización de los vellones de lana, que había permitido estar por encima del ganado vacuno y que no contaba ni con el cuidado adecuado ni con la alimentación acorde. El resultado en la carne marcaba la diferencia entre las vacas y las ovejas.

—Ojalá pudiera contagiarme de su entusiasmo. En el campo, los cambios se hacen de a poco y me cuesta creer que todos hayamos estado equivocados hasta ahora.

—Peña, podemos modernizarnos y entrar en esta nueva corriente o quedarnos con los viejos métodos. Yo ya elegí ingresar en la modernidad.

—Entonces no creo que tenga alguna posibilidad de negarme, aunque en verdad no estoy del todo convencido.

—La compra que tengo estimada no será de tal magnitud como para que altere nuestras ganancias. Iremos de a poco, pero ganaremos terreno con los nuevos métodos.

—Entonces póngame al tanto de la fecha en que debo viajar para ver y comprar la hacienda.

—¡Por fin nos hemos puesto de acuerdo en algo desde que me he hecho cargo de la estancia! —exclamó—. Ahora debemos coordinar todo esto.

Felipe aún no se había relajado porque sabía que Ramiro pondría todos los cuestionamientos que le fueran posibles, aunque creía que la visión de otro iba a enriquecer el manejo de la estancia.

El suave golpe en la puerta y la aparición de su esposa le quitaron la concentración que hasta el momento tenía.

—Disculpen, no quiero interrumpir.

—Pero... —continuó Felipe.

—Agustina irá al pueblo y querría acompañarla; necesito algunas cosas.

—¿Podés esperar y más tarde vamos juntos? —Felipe —acotó Agustina mientras se asomaba por la puerta entreabierta—, podemos ir solas, al menos dejame compartir este paseo con Carle, si no, ¿cuál sería la diferencia si estuviera en la colonia? —Está bien, vayan —accedió con desgano—, más tarde las alcanzo.

Felipe miró a Carle y observó el gesto de felicidad que irradiaba. Creía que estar en compañía de sus hermanas había sido una buena elección.

—Mi amor, te veo en el pueblo. Ah, viene también Camila —dijo Carle al

despedirse y salir del escritorio.

Unos minutos después, la conversación retomó el cauce anterior y se mantuvo con mesura. Felipe había logrado convenir con el capataz de buen modo una cuestión que para él era de suma importancia.

El camino hasta el pueblo se había dado con absoluta empatía y complicidad entre las hermanas Carreras y su cuñada. Una de las cosas que querían hacer allí era visitar a la tía Constanza, con quien Camila acostumbraba a pasar largas temporadas.

—Antes de pasar por el almacén de ramos generales debo hacer una diligencia —dijo Carle.

—Entonces te esperamos aquí para ir juntas a comprar algunas cosas que necesitamos —comentó Agustina.

—Perfecto. Regreso luego.

La casa de la tía de Constanza se llenó de algarabía ante la imprevista visita de sus amadas sobrinas, quienes la ayudaron a preparar algunas ricas comidas para el mediodía.

Cuando Carle regresó, evitó comer y se excusó ante Constanza para al fin salir hacia el almacén y comprar algunos objetos que se necesitaban en la casa.

Quería aprovechar esa oportunidad para completar algunas de las modificaciones que llevaba a cabo en la estancia.

Felipe no las hizo esperar y no bien finalizó la reunión con Ramiro, enfiló rumbo al pueblo. Como cada vez que pasaba por allí, entró a la pulpería para saludar al dueño.

—Carreras, tanto tiempo que no te vemos por aquí —exclamó don Américo con alegría.

—He venido a buscar a Carle, que está con mis hermanas.

—Quién diría que la excusa para venir hasta aquí sea buscar a tu esposa, aunque en verdad lo celebro. ¿Querés una copa de ginebra? —No pienso negarme —dijo al quitarse el sombrero y dejarlo a un costado de la mesa.

Algunos de los parroquianos que entraron se sumaban a la conversación con el dueño de la pulpería. De soslayo notó la presencia de una mujer con la que cada tanto se divertía cuando iba al pueblo, pero, desde que estaba con Carle, había dejado de frecuentar a cualquier otra mujer. Aunque evitase

mirarla, ella se acercó con movimientos provocativos.

—Hace mucho que no nos vemos; me tenés abandonada —dijo con tono sugerente.

—No creo que sea para tanto: no puedo dejar algo que nunca fue mío.

Felipe tomó la copa de ginebra y volvió a mirarla sin darse cuenta de que un silencio total se había producido en medio de la algarabía de los parroquianos.

Nadie le había advertido que su mujer, con los cabellos rubios alborotados y mirada asesina, se le acercaba por detrás.

—No pierdas el tiempo conmigo —le dijo él.

—Parece que te tienen marcado el paso —replicó ella con sorna.

—Pensá lo que quieras.

La mujer se retiró no sin antes observar cómo Carle se le acercaba al oído.

—¿Para mí habrá algo de tiempo? Él se dio vuelta, la miró y negó con la cabeza. Luego tomó de un golpe el resto de ginebra que había en el vaso, le rodeó la cintura con el brazo y la atrajo hacia él.

—Este no es un lugar para vos —susurró.

—Podría decirte lo mismo.

—Nunca dejaré de venir a tomar unas ginebras, aunque ya sin compañía.

—Él no quería recordar la gran pelea que habían tenido allí cuando lo vio con aquella mujer con quien ahogaba sus penas—. ¿Ya terminaste lo que debías hacer? —Sí y tus hermanas se quedaron en la casa de tu tía.

—¿Qué hiciste? —Después lo hablamos.

—¡Felipe! —clamó alguien que acababa de entrar.

—¿Qué pasa? —Date una vuelta por la oficina de correos, parece que tenés novedades.

Él se levantó y tomó de la mano a Carle, se colocó el sombrero y salió junto a ella para saber qué había sucedido.

—Saludos a don Antonio —dijo el dueño de la pulpería.

—Serán dados —contestó sin darse vuelta.

Luego de ir al correo, Felipe buscó al resto de la familia para regresar a la estancia de inmediato. Todo había cambiado.

La estancia El Antojo se había transformado en un verdadero caos. Atrás había quedado la tranquilidad familiar que reinaba desde que el joven

matrimonio se había instalado allí.

—Mi amor, no podés tomarlo de ese modo —le dijo Carle en su habitación.

—Pero ¿cómo querés que lo tome? En este momento, debería quedarme en el campo porque hay un sinnúmero de asuntos que debo resolver; no es un momento ideal para viajar a la ciudad de Buenos Aires.

—Ya ha pasado tiempo suficiente como para volver a ver a Clarisa.

—No me hables de ella. Sabía que no era buena idea que fuera a la ciudad. Debería haberse quedado aquí en la estancia y no haber salido nunca. Pero cuando algo se le pone en la cabeza, no hay con qué darle.

—No podés ponerte así, vas a ver que todo estará bien.

—Mi amor, no me digas eso. Si fuera distinto, no habría recibido este telegrama —dijo Felipe con el trozo de papel en la mano—. Nicanor jamás se atrevería a mandarme a llamar si el tema no fuese grave, y está claro que mi hermana está involucrada en algo.

—Mi amor —dijo al acercársele y tomarlo del cuello—, Nicanor es un hombre un tanto alarmista. Recordá que el pobre no está acostumbrado a lidiar con jóvenes como tu hermana y no hace tanto que tiene a Béatrice a su cargo. — Para Felipe, recibir las caricias de su esposa era el perfecto bálsamo que necesitaba para calmarse y ver las cosas de otro modo—. Él no debe poder resolver todo, por eso te llama. Además, hay algo que no has pensado.

—¿A qué te referís? —Si hubiera ocurrido algo terrible como vos te imaginás, la primera en comunicarse con nosotros habría sido Clarisa. Ella está muy unida a Agustina.

Conmigo también tiene una entrañable relación.

—Y yo soy su hermano.

—Claro que sí.

Por momentos, Carle no podía creer cómo Felipe había podido alejarse de su familia durante tanto tiempo, en especial del trato con sus hermanas; solo con Agustina había estado en contacto. Verlo tan preocupado por ellas la enternecía y le hizo recordar cuando él le había dicho no necesitar a nadie, en especial de su familia. El tiempo había transcurrido y le había demostrado que todo lo que ella le había dicho respecto de la unión de la familia y de los afectos era verdad. En ese momento, él habría dado lo que fuera para que ninguna de sus tres hermanas sufriera, por eso estaba tan alterado al no saber qué sucedía.

Felipe la abrazó, le acarició el cuello y luego le estampó un beso

desenfrenado en la boca. La rabia y el desconcierto que tenía solo desaparecían cuando la tenía a su lado.

—Entonces dejaré todo listo aquí para preparar el viaje e irme lo antes posible.

—No debe de ser tanto lo que tenés que organizar. Aquí está Ramiro, que sabe qué hacer si algo sucediera.

—¿Qué podría suceder en mi ausencia? —Nada —replicó Carle y le dio un beso en la nariz—. Todas vamos a estar muy bien y con ansias de que regreses.

—Pensé que podrías acompañarme, pero no sé si voy a estar con el suficiente tiempo para dedicarte allá.

—Mi amor, no iría. Una vez que resuelvas todo allá, regresarás y podremos estar tranquilos.

—Vos siempre tenés la palabra justa. No te das una idea de lo que significás para mí. —Volvió a abrazarla y le apoyó el mentón sobre el cabello rubio—.

Ahora que recuerdo, en el pueblo me dijiste que deseabas hablar conmigo.

—Sí, pero ahora lo importante es que te vayas.

—Pero ¿era algo importante? —No le demos más vueltas al tema. Andá a arreglar los asuntos con Ramiro mientras yo me quedo aquí y te preparo la ropa para el viaje.

La mañana había amanecido gris y, por lo que se auguraba, parecía que iba a mantenerse de ese modo el resto del día. Felipe había partido a primera hora de la estancia rumbo a la ciudad. Carle había regresado a la habitación para descansar luego de haberse despedido de él.

Agustina se había despertado hacía rato y ya no pudo volver a conciliar el sueño. Ella no le había dado importancia al escueto telegrama y, ante Felipe, había actuado sin inquietud. Sin embargo, un horrible malestar la había rondado toda la noche. Quería y extrañaba a su hermana. Las cartas que se había comprometido a mandarle habían quedado como una simple promesa. Esperaba que Clarisa estuviera bien y que su hermano llegara a la ciudad más calmado.

Sin dudarle, se levantó, se vistió con la ropa de montar y salió de la habitación hacia la cocina. Allí desayunó unas rebanadas de pan recién

horneado con dulce de higos y unos mates mientras mantenía la mirada perdida a través del cristal de la ventana para contemplar los primeros rayos del sol que despuntaban esa mañana. Al salir, lo hizo con *Ron*, que no dejaba de saltar y de embarrarle la ropa mientras la acompañaba hasta el establo para salir con *Pinto*.

El rocío matinal aún se hacía sentir en la humedad de las botas de cuero negro y la brisa le golpeaba el rostro. Necesitaba salir a montar y despejarse, ya que se sentía inútil al lado de la laboriosidad de Carle.

—Parece que no soy el único que se ha despertado temprano —dijo Ramiro al verla entrar.

—Buen día —saludó y le dio un beso en la mejilla—. Creí que estarías de recorrida.

—La dejé para más tarde porque quise esperarte.

—¿En serio? —replicó feliz—. Voy a buscar a *Pinto*.

—Acabo de alistarlo para salir.

—Entonces no perdamos tiempo.

Ella caminó unos pocos pasos hasta tomar las riendas del caballo y ambos salieron de allí para emprender una de las tantas cabalgatas a las que estaban acostumbrados.

—Me gusta compartir estos paseos, en especial a esta hora del día —añadió Agustina al espolear al caballo. El sordo golpeteo de los cascos en el terreno era lo único que interrumpía el silencio entre ambos.

A medida que avanzaban, se abrían camino desde los cuadros cosechados hacia otros poblados más lejanos. Ambos parecían estar absortos en el paisaje que tenían frente a sus ojos y ninguno manifestaba lo que pensaba; estaba claro que no querían compartirlo, al menos mientras durase el recorrido. Agustina estaba sorprendida porque no se dirigían hacia el tajamar, ese lugar tan especial para ambos y al que cada tanto iban. Ella lo miró de soslayo para preguntarle cuándo llegarían.

—Falta poco —le informó al clavarle la mirada.

—Era lo que deseaba oír.

—Agustina, te conozco y con solo mirarte me doy cuenta de lo que querés saber.

Detuvo de a poco el caballo y volvió a mirarla. Para él siempre había sido de ese modo y los años desde que la conocía le permitían adelantarse a los pensamientos que ella podía tener, aunque en lo referido a los sentimientos no era así.

—Ramiro, ¿qué sucede? —Igual no creas que con solo mirarte puedo descubrir todo lo que de verdad quisiera saber.

—Vos podés preguntarme todo lo que quieras; entre nosotros no hay secretos.

—¿Aún es así? —Por supuesto.

Él la miró y sintió cómo el pecho se le hinchaba. Necesitaba saber que aún conservaba el lugar que siempre había tenido y ansiaba que ella atesorara la confianza que se había ganado. Al menos ese sería un gran comienzo.

Le lanzó una sonrisa y volvió a tomar las riendas.

—Vamos, quiero mostrarte algo.

Él espoleó el caballo y ambos se lanzaron hacia un corral donde había algunos ejemplares. Cuando llegaron, desmontaron y se acercaron a la cerca hecha con troncos de madera. Ramiro puso especial atención en uno de ellos.

—Son algunos caballos que adquirí ayer. Aún no se lo comenté a tu hermano porque estábamos con otros temas más importantes, aunque confío más en tu parecer que en el de él.

—¿Sí? —Por supuesto.

Él la contemplaba mientras ella observaba los ejemplares con detenimiento y la melena oscura se le arremolinaba alrededor de la cabeza para despejarle ese rostro desafiante y hermoso que lo tenía subyugado desde hacía tiempo.

—Me gusta aquel bayo con las crines y la cola oscuras —dijo ella.

Ramiro sonrió porque había apuntado al mismo caballo que él, ya que creía que ese era el mejor.

—Se lo ve fuerte y temperamental —continuó Agustina—, pero sabremos de su entrega una vez que se lo trabaje.

—Así es. Solo quería saber qué pensabas y cuál era tu opinión.

—Es magnífico.

Él sonrió otra vez y sacó del bolsillo del pantalón una bolsita para él y otra para ella.

—¡Qué rico! Te acordaste.

—Como siempre —contestó sin dejar de mirarla mientras tomaba unas semillas de girasol tostadas y saladas que siempre llevaba desde que supo que a ella le encantaban.

—Esta vez no noté el aroma cuando las cocinabas —comentó al sentir ese sabor tan especial—. Gracias, Ramiro. Cada vez que estoy con vos, me doy cuenta del motivo por el cual amo este lugar.

—Cuidado con lo que decís, Agustina —dijo y le clavó la mirada.

Él intentó prevenirla porque sabía que ella no era consciente de que cada palabra que decía le iba directo al corazón.

—Pero es verdad, porque me hacés querer más a esta tierra a pesar de los sinsabores que tiene y de las peripecias que he vivido. Siempre pienso en la fortuna que he tenido de estar a tu lado y conservar tu amistad.

Esas palabras resultaron un fuerte golpe para él, que sabía que en algún momento todo ese sentimiento tan profundo y arraigado saldría a la luz.

—Hasta ahora tuviste mi amistad.

—¿A qué te referís? Ramiro supo que era el momento de dejar a un lado las palabras y actuar según el dictado del corazón. Con la mano la tomó de la nuca y la acercó con firmeza para besarla. Desde hacía tiempo había imaginado hacerlo de un modo pausado para darle tiempo a que se adaptara a él, a sus labios y a todos los besos que deseaba darle, pero no fue así y los deseos de sentirla le ganaron a todo aquello. Entonces, en un arrebato, la besó y se estremeció con el roce de esos labios tan deseados para luego sucumbir al calor de su cuerpo mientras que con los brazos la sostenía para evitar que se le escurriera por algún costado.

No supo cuánto tiempo la tuvo entre los brazos, pero fue suficiente para no borrárselo jamás. De a poco se separó de ella y le contempló el gesto de sorpresa. Con el dedo le acarició la mejilla y el resto del rostro.

—¿Por qué? —apenas pudo preguntar ella en un susurro.

—Porque este sentimiento que tengo y que guardo por vos es sincero, porque no me alcanza con tener solo tu amistad y porque hace mucho tiempo que deseo hacerlo. Podría darte muchos motivos, pero el más importante es que te quiero más allá de nuestra amistad.

El gesto de desconcierto de Agustina era notorio; tenía los ojos abiertos de par en par y las mejillas sonrojadas. Ella jamás había querido que sucediera eso y sentía que habían traspasado una tranquera difícil de cerrar.

—Ramiro, has actuado de modo egoísta, deberías haberme dado alguna señal antes de proceder así. ¿Qué va a suceder de ahora en más? Ya nada será igual. Yo te necesito pero no sé si de este modo.

—Puede ser que haya sido egoísta, pero ya no puedo soportar tenerte a mi lado sin sentirte, sin besarte, sin acariciarte.

—No sigas —rogó con voz temblorosa.

—Agustina, no has querido ver cada indicio que te di. Sos lo más importante que tengo y quiero que sepas que, si aún estoy en la estancia, no es

por mis deseos de ser la persona de confianza de tu hermano, sino solo por vos. Cada día que me levanto en lo primero que pienso es en verte, en hablarte y en compartir las tareas de la estancia.

Por el rostro de Agustina no dejaban de rodar lágrimas mientras se preguntaba el porqué de su angustia, si era por el inmenso cariño que sentía hacia él, por la desilusión de perder a su único amigo o solo porque su confusión era tal que no podía determinar cómo seguirían las cosas de ahí en adelante.

—No te confesé todo lo que siento para que me contestes ya lo que te sucede, solo quiero que pienses en lo que sentiste cuando nos besamos y sepas que hay mucho más, que para mí nunca dejarás de ser lo más importante. —Sin más palabras, la abrazó para intentar acallarle todos los interrogantes que tenía—. No le des más vueltas a todo esto —le susurró al oído—, te conozco y te quiero demasiado como para hacerte daño.

Él se separó y la vio adorable ante la confusión reflejada en el rostro.

—Ramiro, me dejaste sin palabras, no puedo decirte nada más.

—No lo hagas, solo tenés que pensar en mí, en nosotros, en lo que sentiste.

Del resto se ocupará el tiempo.

Él había logrado al fin plantar una duda dentro de ella; solo con eso le bastaba para tratar de alejar al colono que la merodeaba. Nunca había buscado confundirla, pero al menos pasaría a ser parte de sus pensamientos, que era el único lugar en el que en verdad deseaba estar.

Ella se mantuvo frente a él sin dejar de mirarlo; no sabía qué hacer ni cómo actuar. Ramiro supo que no podía malograr lo que hasta el momento había tenido con ella y debía garantizarle que nunca lo perdería.

—¿Te las comiste todas? —dijo al señalarle la bolsita de tela arrugada que sostenía entre los dedos.

—Estaban muy ricas —contestó con una sonrisa.

—La próxima vez haré más. ¿Vamos? Ella levantó la vista y sintió que otra vez él volvía a ser el mismo de antes de haber irrumpido con esa inesperada confesión y el beso arrebatado.

—Agustina, aunque te haya confesado lo que siento, no he cambiado en nada.

Seguiremos del mismo modo y voy a demostrártelo día a día. No soportaría que te alejaras; nunca lo hagas.

—No podría.

—Entonces regresemos, tengo un día complicado y tu hermano quiere

hacer algunos cambios, por lo que debo estar detrás de todo eso.

—Doy por seguro que no estás de acuerdo con lo que te ha propuesto.

—No sé cómo se te ocurre semejante idea —lanzó con una sonrisa de costado.

—No quiero pensar en todas las indicaciones que te habrá dejado.

—Exacto, no te imaginás la cantidad de instrucciones que me dio.

—Estoy segura de que de a poco todo tomará su lugar.

Él volvió a mirarla y de verdad esperaba que así fuese. Evitó darle vueltas a sus pensamientos y se centró en regresar.

Luego, ambos se subieron a los caballos y emprendieron el regreso mientras continuaban con la conversación como si nada hubiera ocurrido, aunque para ambos las cosas serían distintas por mucho esfuerzo que pusieran en ignorar lo sucedido.

Felipe también había dejado algunas indicaciones en La Promesa. Abêl había llegado cuando él abandonaba el almacén de ramos generales.

—Parece que está apurado el patrón —le comentó a don Antonio.

—Así es. De improviso le ha surgido un viaje a la ciudad de Buenos Aires y debe dejar todo como está.

—¿Su familia se quedará en la estancia? —Sí, Agustina estará allá.

—Don Antonio, usted me conoce desde que llegué y me ha visto estos últimos tres años, ¿le parece que puedo aspirar a estar junto a Agustina Carreras? —He visto el empeño que has puesto todo este tiempo para mejorar, pero en cuestiones del corazón la cosa se complica un poco. Lo único que puedo aconsejarte es que no te dejes amedrentar por Felipe, solo tenés que hacerle caso a lo que sentís. Si creés que ella es la mujer que en verdad te importa, que nada te detenga. No te hace más hombre tener más tierras o más vacas si no contás con el impulso y las ganas de crecer y el deseo de hacerla feliz.

—Gracias, don Antonio —dijo emocionado por esas palabras.

Abêl de inmediato abandonó el almacén impulsado por aquello que necesitaba escuchar. Si bien durante todas las jornadas estaba rodeado de colonos, le era muy difícil confesar lo que sentía a otro compañero. Además, estaba seguro de que le dirían que perdía el tiempo al intentar conquistar a la hermana del patrón.

De todas maneras, hizo a un lado sus pensamientos y se centró en los deseos de verla, de estar cerca de ella.

Esos días la había extrañado mucho, a pesar de que las actividades y las

responsabilidades en la colonia no le habían permitido acercarse a la estancia para estar a su lado. Pero no dejaría pasar un minuto más sin verla luego de saber que el patrón estaba fuera y había dejado todo al mando de ese Peña.

Decidió que ese día se quedaría el tiempo que fuese necesario en el trabajo con tal de tener libre todo el día siguiente para visitarla y estar con ella.

CAPÍTULO 21

Por una copa de champaña

Béatrice acababa de dejar a un lado el compromiso de ir a la casa de la familia Montero y darle la clase a Carmela para acompañar a Clarisa al Hospital de Mujeres Dementes. Sabía que, si no era de ese modo, ella no podría regresar allí.

—Quiero que entiendas mi posición —dijo Nicanor sentado con el periódico en una mano y la taza de té en la otra—. Al menos hasta que todo esto se calme un poco. Espero que todo se solucione y que la familia Podestá tenga un poco de paz. Lo que ha ocurrido en este lugar días atrás es inadmisibile. Clarisa, creí que estabas educada de otro modo.

—Vuelvo a pedirle disculpas.

—Ahora no entiendo por qué mi hija debe dejar todo de lado para acompañarte.

—Ella solo busca despedirse de los pacientes —intervino Béatrice, que no se había movido ni un centímetro de al lado de su amiga—. Estaré alerta para que no vuelva a enfrentarse con Mercedes.

—Hija, sé de tu buena voluntad, pero no creo que sea conveniente.

—Le aseguro que voy esta última vez y luego haré lo que usted quiera —contestó Clarisa, que estaba a punto de llorar ante la posibilidad de no poder ir al hospital.

—Bueno, esta es la última vez que vas a ese lugar.

—Gracias, Nicanor.

Béatrice no se hizo esperar y fue a darle un beso a su padre. La última conversación que mantuvieron había sido en malos términos y, luego, en el transcurso de los días, se habían tratado con cierta frialdad.

—Supongo que despedirse de las enfermas no te llevará todo el día —comentó él.

—Claro que no.

—No pierdan tiempo y vayan.

Una vez que Nicanor las vio salir a bordo del carruaje, tomó el sombrero y

salió rumbo a la casa de Santiago Lamas.

Como cada mañana, Brígida era quien recibía al personal que ingresaba en el Hospital de Mujeres Dementes. Claro que no pudo ni quiso disimular el desagrado de ver a Clarisa, que entraba por la puerta principal.

—Nos quedaremos solo un momento, así que puede cambiar esa cara —la enfrentó Clarisa.

Luego de bufar, las dejó entrar ante el asombro de Béatrice, que no podía creer el mal talante de la empleada ni cómo le había hablado Clarisa.

—Vamos —le susurró ella—, en todo este tiempo no he logrado que me quiera.

—Eso veo, aunque por lo que sé, a tu *docteur* poco le ha importado.

—Por suerte —contestó y esbozó una sonrisa—. Vamos hasta el consultorio, aunque a esta hora seguro que él está con las pacientes.

—Venías a eso, ¿o no? —Por supuesto —lanzó con el rostro iluminado ante la certeza de que vería a su doctor Heredia.

Lo que no imaginó Clarisa era que lo vería dentro del consultorio, sentado frente al escritorio. No bien la vio aparecer, se levantó y fue abrazarla sin percatarse de que iba acompañada. La envolvió con los brazos sin importarle dónde estaban.

—Al fin llegaste —le susurró en el oído—, no quería empezar la recorrida sin saber si hoy vendrías.

Ella apenas se separó para avisarle que no estaba sola.

—Béatrice, qué sorpresa —la saludó el doctor, sin dejar de abrazar a Clarisa.

—Sin su compañía, no me habría sido posible estar aquí. He dicho que venía para despedirme de las pacientes.

—Entiendo. Lo importante es que hemos ganado un día más —dijo y selló esas palabras con un beso en la coronilla.

—Así es —afirmó ella con una sonrisa.

Béatrice estaba sorprendida y feliz ante el amor que le profesaba a Clarisa.

No imaginaba que podría actuar de ese modo, sin que le importara demasiado lo que pensarán los demás.

—Me encantaría que pudieras atender a tu amiga como es debido, pero

debemos cumplir con la visita a algunas internas.

—Por mí no se preocupen, yo me arreglo. Cualquier cosa que necesite, los busco.

—Gracias, Béatrice.

—Tampoco es necesario que te quedes aquí dentro. Tenés mi autorización para recorrer el hospital. Lo aclaro por si Brígida te hace alguna pregunta.

—No me gustaría tenerla en contra.

—Es mejor persona de lo que en verdad parece. Este lugar es todo para ella, el único donde se siente reconocida.

—No se preocupen, yo voy a buscar el modo de distraerme sin molestar a Brígida.

—¿Qué te sucedió aquí? —le preguntó el doctor a Clarisa al rozarle con los dedos la parte baja de la mejilla.

—Un raspón, no más que eso.

El modo escueto en que se lo había dicho hablaba de lo mucho que ocultaban esas pocas palabras.

—¿Cómo te lo hiciste? Quiero que me digas la verdad.

—Una tal Mercedes Podestá estuvo de visita en mi casa.

—¿Te golpeó? —preguntó azorado.

—No deberías estar sorprendido si en verdad la conocés tanto como decís.

Pero no te preocupes, ella se llevó la peor parte cuando se infringió unos rasguños a sí misma, aunque —aclaró mientras sonreía— a los ojos de Nicanor fui yo la responsable. Solo lo hizo para perjudicarme.

—Mi amor... —susurró mientras la abrazaba con pasión y rabia. No soportaba que ella tuviera que soportar la intransigencia de la familia Podestá.

—No es nada. Lo único que me da un aliciente es que mientras ella lame sus heridas yo estoy aquí con vos.

El beso que se dieron selló lo que en ese momento sentían. Luego, ambos salieron mientras Béatrice se sentaba en una de las sillas y leía la *Revista Médica Quirúrgica*, que descansaba sobre el escritorio. Estaba claro que el tema médico no le interesa ni la distraería, entonces decidió salir de allí para conocer el lugar con mayor minuciosidad ya que la última vez que había estado allí no había podido hacerlo.

Los tenues rayos del sol asomaban por la ventana enrejada, pero no lograba cambiar el sombrío y velado aspecto que mantenía el taller de costura. En una de las sillas estaba ubicada Teresa, ensimismada en la tarea de

bordado sobre uno de los géneros que le habían obsequiado hacía un tiempo atrás. ¿Arturo le había llevado esa pieza de encaje? ¿Cuándo había regresado de ese viaje?, se preguntaba mientras intentaba recordar con mayor claridad, pero le era imposible. Pensó que debía agradecerle cuando volviese a verlo.

Posó la mirada sobre el género una vez más y no tuvo dudas de que era un trabajo prolijo el que hacía y que no tardaría demasiado tiempo en terminarlo. El cabello canoso lo tenía recogido, pero algunos mechones se le escapaban y le caían sobre los hombros, en armonía con el vestido gris que llevaba puesto. Ella no se inmutó cuando él entró al recinto.

—Hola, mamá.

Teresa levantó la mirada hacia la persona que la visitaba. Lo miró como si pudiera leer a través de esos ojos negros y observó cómo buscaba una silla para sentarse frente a ella. Sintió las dos manos que le tomaban las suyas y de inmediato una tibia calidez le invadió el cuerpo. De lo único que no podía abstraerse era de la preocupación que detectó en esa mirada, algo de seguro lo afligía.

—¿Qué sucede? —Supongo que no me preguntarás por qué vine a visitarte. Lo hago a menudo, aunque no sé si lo recordás.

Ella hizo una mueca simpática con la boca pero no le contestó. Él estaba acostumbrado a esos silencios y muchas veces sentía que le hablaba a una extraña.

—Solo decía —contestó y elevó los hombros.

—Tal vez tengas razón; tengo muchas cosas en la cabeza.

—A mí me sucede lo mismo. Muchas voces me hablan a la vez.

Él le acarició la mejilla con el dedo; verla de ese modo le partía el corazón.

En algún tiempo creyó que podría acostumbrarse a verla así y que podría asimilar esa enfermedad, pero estaba seguro de que nunca llegaría ese día.

—Lo sé, mamá. En mi caso, son solo preocupaciones.

—Estoy segura de que todo se arreglará, ¿verdad? —Por supuesto. —Hizo una pausa y luego cambió de tema—. Veo que te han gustado las telas que te traje.

—Creí que había sido Arturo quien me las había traído. —Ella vio el semblante de su hijo y agregó—: Perdón, me confundí.

—Lo importante es que te gusten; quién te las haya traído es lo de menos.

Para Máximo, esas confusiones eran una carga demasiado pesada que hasta ese momento no había podido alivianar. Saber que su madre lo confundía

con su padre cada vez que la visitaba o, lo que era peor, que no lo reconocía, lo afligía sin consuelo.

Por un minuto se distrajo y por instinto miró hacia el exterior. Se preguntó si lo que veía era una alucinación que nunca antes había tenido, porque ese lugar era capaz de enloquecer hasta al más cuerdo. Pero no, era clara la imagen de Béatrice, que estaba sentada sobre un banco en medio de ese patio desnudo de plantas.

Verla lo alejó de todas las preocupaciones, de la enfermedad de su madre y de todo el dolor que sentía.

—Ya vengo —dijo y se levantó de la silla con rapidez.

Sin saber qué motivo la había llevado a estar allí, cruzó la sala hasta alcanzar la desvencijada puerta que daba al patio. Ella se dio vuelta de inmediato, ya que, como cada vez que él estaba cerca, podía sentirlo. No hicieron falta palabras, solos unos pocos pasos hasta alcanzarlo y estrecharse en un abrazo.

—Mi vida —le susurró él en el oído—, deseaba tanto verte.

Apenas si pudo separarse y le dio un beso dulce, conteniendo los deseos de hacerlo de un modo apasionado, como en verdad lo sentía. La mantuvo envuelta en los brazos y luego la condujo hacia el banco.

—¿Qué hacés aquí? No es un lugar grato para estar.

—He venido de casualidad —dijo mientras no dejaba de mirarlo—, para acompañar a Clarisa, que debe despedirse de las internas porque dejará de trabajar aquí.

—¿Hubo algún problema? —Sí, entre la familia Podestá y ella por el doctor Heredia. Es un tema delicado cuando están de por medio los sentimientos, pero estoy segura de que todo se arreglará al fin.

Ella no sabía si preguntarle qué hacía allí, porque entendía que había ido a visitar a un pariente, pero desconocía a quién y necesitaba que se lo contase. Él la envolvió otra vez en los brazos, le acercó el rostro contra su pecho y le apoyó el mentón sobre la coronilla. En esa posición, se lanzó a hablar.

—Yo vengo aquí con cierta frecuencia. Ya ni recuerdo desde hace cuánto, pero sí puedo asegurarte que nunca podré acostumbrarme a hacerlo. Ver a mi madre en el estado en que está me duele muchísimo, pero debo aceptar que su vida es esta, encerrada entre los sombríos muros del hospital. Claro que intenté sacarla de aquí, creía que la quinta a la que fuiste sería una buena opción para que fuese a vivir, pero no lo ha sido. Ella nunca quiso abandonar este lugar, parece que aquí encontró todo lo que yo no puedo darle en otro

lado.

—Mi amor, no creo que sea así —lo consoló.

—Yo estoy convencido de que sí. Seguro que aquí hay algo que le permite sentirse mejor, aunque no he logrado descubrirlo.

—¿Cuál es el motivo por el que está internada? —¿Qué pregunta! —dijo con melancolía—. Yo no había cumplido diez años cuando ella abandonó mi casa para ingresar aquí. En aquel entonces, mi padre se encargó de todo, pero nunca me dio las explicaciones del caso; yo era pequeño y él estaba muy apenado. En aquella época, lo notaba muy apesadumbrado y pasaba gran parte del tiempo fuera de la casa, supongo que para mitigar el dolor.

No quería que yo viniera aquí porque me decía que un hospital no era un buen lugar para mí. Por un tiempo no supe en qué clase de lugar estaba mi madre, nadie lo sabía, porque era, y aún es, una deshonra estar internada en un loquero, por eso cumplí la promesa que le hice a mi padre antes de morir: mantener en el anonimato el paradero de mi madre. Lo hice muy a mi pesar, porque nadie se interesó por ella y menos por mí. La única persona que estuvo a mi lado e intentó sacarme de todo esto fue mi tío Ismael, que por todos los medios posibles quiso que viviera lejos de todo esto. —Hizo una pausa y continuó—: Cuando tuve la edad suficiente para saber qué había sucedido y me aclararon todas las dudas que tenía, mi padre ya no estaba e Ismael me decía que de nada servía escarbar sobre todo lo acontecido, que había que mirar hacia delante, porque, si uno se da vuelta y mira hacia atrás, es posible quedarse enredado en las telarañas del pasado. No tuve mucha opción y él me introdujo en los negocios de los burdeles. Comencé a formar parte en negocios que nunca han sido bien vistos, pero poco me ha importado, porque lo hice junto a la única persona que hizo algo por mí.

En medio del relato, sintió cierta humedad en la camisa. Lo que menos deseaba era angustiarse a Béatrice y arrastrarla a ese dolor.

—Mi vida, no te conté todo esto para apenarte. —Le levanto el mentón con los dedos para observarla con detenimiento—. No llores, por favor —rogó mientras con el pulgar le arrastraba algunas lágrimas que le rodaban por la mejilla.

Máximo vio por detrás de Béatrice la presencia de dos internas que no dejaban de mirarlos de un modo raro. Él estaba acostumbrado a esa mirada descentrada y perdida que lanzaban solo allí adentro, pero lo que menos deseaba era que se desatara algún conflicto con Béatrice delante.

—Debemos irnos de aquí, no quiero que alteremos a otras internas —le

susurró luego de tirarle de la mano para que se incorporara.

Desde el taller de costura, a través de la ventana, Teresa no había dejado de contemplar la imagen de ellos dos. Podía notar el amor que se profesaban y sentir que en algún tiempo ella había estado allí, sentada de la mano del único hombre que había amado con locura: Arturo Uriarte. ¡Cuántos momentos habían compartido!, pero ¿él volvería? ¿Cuándo había sido la última vez que se habían visto?, se preguntó. Su mente era una nebulosa plagada de interrogantes pero sumergida en un profundo amor por él. A veces esas voces le decían que él nunca la había amado y que el único sentimiento que lo había atado a ella era la culpa. ¿Culpa?, se preguntó y una vez más las palabras le brotaban en la mente como un eco misericordioso en el que intentaba barrer cada una de las palabras que le decía aquella extraña dama y volvía a decir: —*Mea culpa, mea culpa, mea máxima culpa. Ideo precor beatam Mariam semper virginem, beatum Michaellem Archangelum, beatum Ioannem Baptistam, sanctos apostolos Petrum et Paulum, omnes sanctos, et vos, frater, orare pro me ad dominum Deum nostrum.* Con las manos se tomó la cabeza y repitió el rezo para acallar todas esas voces que no dejaban de atormentarla. Luego, buscó la imagen que la había mantenido abstraída durante bastante tiempo, pero se había esfumado. Sacudió la cabeza, como si así pudiera quitarse de la mente esos pensamientos.

—Mamá, quiero que conozcas a alguien —le dijo Máximo mientras entraba al taller de costura.

Béatrice se sorprendió de que fuera su madre la paciente que se había fijado en ella de un modo especial cuando había acompañado a Clarisa al hospital tiempo atrás.

—Mamá, ¿no pensás presentarte? En el más absoluto silencio, Teresa la miró y supo que esa era la mujer perfecta para su hijo, la que por tanto tiempo había esperado. No sabía de dónde le llegaba aquel pensamiento, solo era algo que sentía y percibía. Creía haberla visto antes y sentido la misma sensación. Quiso complacer a Máximo y pensó con detenimiento su nombre para evitar equivocarse; de inmediato lo expresó con una sonrisa: —Mi nombre es Teresa.

—Es un placer inmenso conocerla. Mi nombre es Béatrice. —Se agachó para darle un beso en la mejilla—. Si me lo permite, me gustaría visitarla más a menudo.

Una vez más, Teresa se sumió en un silencio glacial y regresó a la tarea de costura que había abandonado cuando Máximo ingresó allí. Tenía una tarea

que cumplir y lo que menos deseaba era retrasarse. Él le acarició la cabeza y la saludó en la mejilla para despedirse una vez más.

—Vamos —le dijo Máximo a Béatrice.

—Debo esperar a Clarisa a que termine su actividad aquí dentro y regresar a mi casa con ella.

—Te acompaño a esperarla.

—Vayamos al consultorio.

El doctor Heredia y Clarisa no habían dejado de atender a las internas, a las que no les dijeron que ella dejaba el hospital. Si bien había sido la excusa perfecta para estar allí, él no quería provocar alguna situación desbordante en alguna paciente por esa noticia.

—No puedo hacerme a la idea de que no vendrás aquí —dijo el doctor Heredia mientras se apoyaba sobre la pared de la sala principal. Con sus largos dedos y de modo disimulado le acariciaba la mano—. No puedo dejar de recordar el primer día que entraste aquí y fuiste atacada por aquella paciente.

—Me abordó a los gritos y luego me apabulló con esos llantos.

—¿Sabés cómo la llama el personal? —Se acercó al tiempo que se controlaba para no besarle el tentador cuello y le susurró—: La llorona.

—Supongo que estabas contento de verme sin saber qué hacer. —Él negó con la cabeza y esbozó una sonrisa—. ¿No? Yo creía que lo único que deseabas era deshacerte de mí. Estaba aterrada, pero evité demostrártelo, no quería que tuvieras una excusa para echarme.

—Deberías saber que desde el mismo momento en que atravesaste la puerta de mi consultorio supe que me traerías problemas, que mi vida ya dejaría de ser lo que era y que me enamoraría perdidamente de vos. Lo que nunca imaginé es que tardaría tanto en reconocerlo. Precisamente yo, que lucho para que cada una de mis pacientes se conozca un poco mejor, no pude verlo en mí mismo.

—Doctor, me sorprende esta confesión; yo siempre lo vi tan mesurado en sus reacciones, controlado en cada respuesta y prudente en los comentarios que hacía.

—Así es, y te aseguro que ni yo me habría definido mejor que como acabás de hacerlo. Eso sí, se te escapó algo: yo actué de ese modo hasta que te conocí, luego todo se fue al demonio.

Ella acalló la risa que le provocó esa expresión, no quería generar ningún alboroto allí. Sin embargo, le dio un vistazo general al lugar y supo que, en

medio de la locura de las internas, que requerían su atención y a quienes no terminaba de comprender cuando actuaban del modo en que lo hacían, ella era feliz. Allí había encontrado al hombre de su vida, por el que lucharía con uñas y dientes.

—No sé cómo seguirá lo nuestro, si seguirás aquí o en otra institución, lo único que tengo muy claro es que jamás nos separaremos, buscaremos el modo de lograrlo —dijo y volvió a rozarle los dedos para entrelazarlos—. Ahora que te encontré, no pienso perderte por nada ni por nadie. —Habló y la vio con los ojos húmedos—. Amor, no llores, no sea cosa que le quites el apodo a la paciente.

Ella le dio un leve codazo en el estómago y lanzó la risa contenida. Deseaba que el tiempo se detuviera y permanecer allí sin necesidad de angustiarse por dejar el hospital. Pero el momento llegó cuando ambos atravesaron el lánguido pasillo y entraron al consultorio. Los dos se sorprendieron al ver a Máximo junto a Béatrice.

—Doctor, buenos días —saludó Máximo al estrecharle mano.

—Máximo, por lo que veo —dijo al mirar a Béatrice y luego volver la vista hacia él—, hoy no ha venido a verme por algún cuestionamiento.

—Esta vez acompaño a Béatrice, pero le aseguro que me informé sobre aquello que discutimos. He tomado mis precauciones para evitar que alguna decisión malintencionada me tome por sorpresa.

—No se preocupe, veo que anda con otras preocupaciones.

—Si hay algo que ella no me trae, son preocupaciones, porque es mi vida.

—Me alegro.

—Ya estuve con mi madre y me gustaría hablar con usted, pero en otro momento, creo que es momento de llevarlas.

—Sí, a mí me gustaría alcanzarlas a su casa.

—Será lo mejor; no creo que mi presencia allí sea lo más conveniente.

—Veo que también anda con ese tipo de problemas.

Máximo evitó contestarle, no era ni el momento ni la ocasión para hacerlo.

Luego, el doctor Heredia y Clarisa salieron del consultorio para darles unos minutos de privacidad y que se despidieran.

—Nunca creí que venir aquí podría darme tanta felicidad —dijo Béatrice con una sonrisa.

—Para mí ha sido un regalo del cielo verte en medio de todo esto.

—Espero verte pronto.

—Yo también. Hoy debo cumplir con algunos compromisos, pero mañana

seguro iré a verte.

—Te esperaré, aunque te aseguro que no sé cómo actuar con mi padre. Las cosas entre nosotros están cada vez peor.

—Mi vida, no confrontes con él. Tu padre ya sabe lo que te sucede, aunque se niegue a reconocerlo. Por ahora seguile la corriente.

—Pero no sé qué hacer con la insistencia de Lamas.

—De ese imbécil me ocupo yo. Por ahora hacé lo que tu padre te pida, ¿de acuerdo? Máximo le dio un beso que selló todo lo que sentía y cuánto la necesitaba.

Sabía que sin ella estaría perdido por completo.

—Te amo —dijo Béatrice en un susurro.

—Yo también.

Luego de despedirse, Máximo volvió al burdel a toda prisa y se vistió con rapidez para cumplir con el compromiso que tenía con Gina; creía que era lo mínimo que podía hacer por ella antes de que partiera. Cuando estuvo listo, bajó la escalera y buscó a Simón para darle algunas indicaciones; luego, partió rumbo al hotel donde ella se hospedaba.

El carruaje lo dejó a unos metros de la majestuosa puerta de entrada e ingresó.

El conserje le indicó que debía aguardar unos minutos hasta que la señorita de la habitación 105 bajara. Esperó sentado en unos de los confortables sillones de cuero negro que decoraban la amplia recepción y, en ese instante, añoró poder viajar como lo había hecho tiempo atrás, pero deseaba hacerlo sin las preocupaciones que hasta el momento lo aquejaban.

En medio de esas cavilaciones, vio a Gina bajar por la escalera con un vestido de color morado que dejó a más de un huésped sin aliento. Cada prenda que lucía le dejaba al descubierto el escote prominente para resaltar lo que ella tanto deseaba mostrar. El cabello rubio lo tenía recogido con un broche y le caían unos cuantos bucles sobre los hombros.

— *Mon chéri* —dijo al detenerse frente a él—, qué alegría verte.

—Lo mismo digo —replicó al acercarse y darle un beso en la mejilla—. Estás hermosa.

—Gracias —contestó con una caída de ojos—. Debo estar a tono con mi acompañante.

—Gina, no cambiás más —lanzó con una sonrisa—. Vamos.

Él la guio al salón con una mano sobre la cintura mientras sentía las miradas indiscretas de los hombres que estaban en el suntuoso salón y que

disfrutaban del bamboleante caminar de Gina. Una vez que alcanzaron la mesa, ubicada en un costado del salón, él le corrió la silla para que se sentase frente a él.

—¿Cómo pasaste tus últimos días en Buenos Aires? —No he parado de comprar obsequios ni de hacer distintos preparativos para el viaje.

—Me imagino. Otra vez que estés por aquí, te presentaré a ciertas personas con quien podrás relacionarte. —Interrumpió lo que decía cuando vio que se acercaba el mozo—. ¿Querés tomar algo en especial? —Ya sabés lo que deseo.

El mozo se quedó a la espera de la respuesta al notar el fuerte cruce de miradas entre ambos.

—Una buena champaña, entonces.

Cuando el mozo se fue, Gina retomó la conversación.

—Nunca te incomodó mi manera de ser —dijo mientras le acariciaba la mano — y no me gustaría que eso suceda ahora.

—No lo hacés, me halaga que quieras estar conmigo aunque solo sea de este modo.

—¿Lamentás no estarlo de otra manera? Él largó una carcajada ante el descarado comentario.

—Nunca nada te intimida, ¿verdad? —Con vos, jamás.

El mozo acababa de llegar con la botella de champaña y dos copas de cristal que dejó en la mesa para evitar interrumpir una vez más. Máximo descorchó la botella y tomó ambas copas por los pies para llenarlas de la exquisita bebida francesa.

—Brindo por el futuro y por lo que algún día podría ser —clamó Gina mientras levantaba la copa.

—Por este presente y por lo que ahora tenemos. —También elevó la copa con una sonrisa y tomó un profundo trago—. Excelente.

—Aunque sé que no te gusta hacer promesas, esta vez has cumplido una.

—¿A qué te referís? —A este brindis con champaña y a este encuentro.

—Gina, ¿cómo no iba a verte ante de que te fueras? El tiempo que hemos pasado sin vernos no borra lo que en algún momento vivimos. Al menos por eso no dejaría que te fueras sin tener este brindis de despedida.

—¿Recordás que una de las noches, luego de actuar en el Bal Mabille, acabamos tirados en los Champs-Élysées? —Claro que sí; nos despertaron con las primeras luces del día y debimos pedirle al cuidador que no llamara a la policía.

Ese recuerdo no lo había llevado a la conversación porque sí; ella pretendía que él recordara el modo salvaje en el que se habían amado, o al menos ella sí lo había amado bajo el resplandor de la luna. Fue en ese instante que ella supo que él se transformaría en alguien importante y que nunca podría sacárselo del corazón.

Gina no le sacaba la vista de encima, sin embargo, no podía descifrar qué era lo que pensaba, si aquel recuerdo lo había conmocionado como ella esperaba.

—Desde aquella vez, empecé a cuidarme con la bebida —comentó ella.

—Lo bien que has hecho, como yo —replicó risueño—. ¿Te sirvo otra copa? —Por supuesto, y tenés que saber que me cuesta negarme a vos. —Gina tomó un sorbo de la copa y luego la dejó a un costado sin dejar de mirarlo—. Aún no sé cuándo volveremos a vernos, pero doy por sentado que será de otra manera.

—No creo que esto vuelva a repetirse —confirmó él.

—Por eso este día es especial, *mon chéri*, porque sos muy importante para mí.

Puedo culpar a las copas de champaña que he bebido, a la emoción que me embarga en cada despedida —dijo y alzó la vista por detrás de él para luego agregar—: O simplemente decirte que he tenido unas ganas irrefrenables de hacer esto desde que te vi.

Sin mediar una palabra más, acercó la boca para besarlo. Conocía esos labios que tantas veces había saboreado y pensó en cuánto deseaba hacerlo para volver a sentirlo. Necesitaba despertar la pasión que alguna vez supo compartir con él, aunque el lugar para desatarla estaba escaleras arriba, más precisamente en la habitación 105. Ella lo besó e intentó franquear la reticencia de él.

—Gina —replicó Máximo sobre sus labios mientras sentía el aliento agitado que le resoplaba en la boca. Luego le tomó el rostro con las manos para frenarle el impulso de volver a besarlo.

Él apenas tuvo tiempo de observar el leve gesto que ella hizo cuando desvió la atención sobre su espalda, Gina no dudó si lanzarse una vez más para besarlo, aunque no duró lo que habría deseado. No solo por la resistencia de él, sino por la presencia de alguien más al lado suyo.

—¿Cómo pudiste hacerme esto con ella? Máximo apenas si logró girar el rostro para ver a Béatrice, que tenía el semblante pálido y un gesto que pocas veces le había observado. A través de su grisácea mirada, podían verse ira,

cólera y desilusión.

—Mi amor, no es lo que creés —clamó al levantarse.

Él intentó rozarla con una caricia, pero de inmediato ella se deshizo de su mano y estampó la suya en la mejilla de Gina. Cuando él intentó tomarla de nuevo, tampoco pudo porque Santiago se acercó para alejarla de allí mientras Nicanor se interponía entre los dos. Solo pudo ver cómo ella se alejaba envuelta en los brazos de Santiago.

—Nunca dudé de la mierda que es y ahora estoy feliz de que lo haya comprobado mi hija —dijo Nicanor con desprecio.

En ese instante, le lanzó una trompada que Máximo esquivó y luego ambos se fueron contra la mesa. En medio de la trifulca, las dos copas de cristal cayeron sobre el lustroso piso de madera y, gracias a la intervención de dos mozos, se detuvieron antes de ahuyentar a los clientes ni provocar mayores daños en el lugar.

—No debo reiterarle que no lo quiero más cerca de mi hija, si no, le juro por el nombre de Camille que lo mato —bramó Nicanor mientras se alejaba de allí en compañía de Béatrice.

Máximo no soportó verla alejarse con el crápula de Santiago y con el brazo arrastró lo que quedaba en la mesa. La botella de champaña se estampó contra el suelo y quedó reducida a miles de cristales en medio de un charco de bebida.

—Máximo, por favor, calmate.

El mozo insistió de modo cordial para que se retirara del salón y evitar la incomodidad del resto de los huéspedes, que no dejaban de asombrarse ante lo sucedido.

Gina lo guio hacia la recepción del hotel mientras trataba de calmarlo.

—Máximo, debemos hablar, no podés irte en este estado. No es el momento indicado para que vayas detrás de ella, no vas a lograr mucho. *Mon chéri*, una mujer necesita tiempo.

—Gina, lamento todo esto, pero necesito irme.

—No lo lamentás más que yo. Te aseguro que, si pudiera volver el tiempo atrás y detener mi impulso, lo haría. Nunca quise perjudicarte.

—Lo sé, pero ahora quiero estar solo. —En un intento desesperado por retenerlo, ella se llevó la mano en la mejilla donde había recibido la cachetada —. Fue un impulso, solo eso.

—La entiendo, aunque eso no hace que deje de escocerme la mejilla.

Máximo le acarició con el dedo el pómulo sonrojado. Gina le tomó la

mano entre las suyas para besársela.

—Debo irme.

Gina, resignada, asintió en silencio y lo acompañó hasta la puerta del hotel.

Mientras él se alejaba a bordo del carruaje, ella lo siguió con la mirada y con el pleno convencimiento de que al fin todo comenzaba a encauzarse.

Santiago no dejaba de consolar a Béatrice mientras el carruaje atravesaba las calles de la ciudad para llegar a destino. Él no había logrado sacarla del mutismo absoluto en el que se encontraba, que solo era interrumpido por un sollozo ahogado.

—Béatrice, yo sabía que él no valía la pena, al fin te diste cuenta. —Le hablaba sin poder ocultar una amplia sonrisa de satisfacción por todo lo ocurrido. Pensaba que de a poco comenzaba a revertir su situación y a ponerle una cuota de justicia a Máximo.

Dentro del vehículo, Nicanor le tomó las manos a su hija para consolarla, pero no lo logró; verla de ese modo lo destrozaba por dentro. Nunca había deseado provocarle un gran dolor, pero entendía que de ese modo lograría quitarse a ese malnacido de encima.

—Hija, querida, no puedo verte así, él no vale ninguna de tus lágrimas ni el dolor que te provoca. Te lo advertí, Deberías haberme hecho caso.

Béatrice no pronunció palabra y, de ese modo, llegó a la casa. Bernarda, no bien los vio llegar, se hizo cargo de la joven para acompañarla a la habitación.

—Señor, quédese tranquilo, yo me ocupo.

—Gracias, Bernarda. Quizá sea conveniente prepararle un té de tilo para que se calme.

—Así es, y también un baño para que pueda descansar. Luego le aviso para que la vea cuando esté más tranquila.

Mientras Béatrice se perdía con la empleada por el pasillo, los hombres entraron al escritorio para servirse un vaso de whisky. Nicanor le dio un sorbo profundo a la bebida ámbar, convencido de que ese momento amargo pronto quedaría en el olvido.

—No debe preocuparse, don Nicanor. Era necesario que ella se diese cuenta de la verdad.

—Lo sé, Santiago, y debo agradecer tu colaboración. Estar allí junto a Béatrice en el momento indicado me permitió contenerla y tener la satisfacción de ver cómo es realmente Máximo Uriarte —dijo al evocar la conversación que había mantenido esa mañana con Santiago cuando había ido hasta su casa. Sin lugar a dudas, esa visita había cosechado sus frutos.

En El Regocijo, todo estaba en marcha para que se abrieran las puertas y Simón daba las últimas indicaciones cuando entró Máximo. No tuvo necesidad de preguntarle si le sucedía algo, porque supo de inmediato que así era, y algo de gravedad. Lo siguió en silencio hasta la oficina.

—Simón, dejame solo —dijo tajante.

—Patrón, puede contar conmigo para lo que sea. Si no desea hablar, me quedo en silencio.

—Necesito saber dónde mierda está Félix.

—Sé que hizo algunas diligencias esta tarde.

—Lo quiero aquí ya.

En el tiempo que tardó en encender un cigarro y servirse una copa de alcohol, el cochero apareció con el rostro alterado por lo que le esperaba.

—Félix, te pedí que me mantengas informado de los pasos del hijo de puta de Lamas, sobre todo si buscaba a Béatrice. ¿Me explicás dónde mierda estuviste esta tarde, cuando más te necesitaba? —Patrón, salí a hacer unas diligencias.

—¿Cuáles? Seguro que has estado detrás de la empleada de los Salcedo.

—Ella se llama Bernarda, y estuve con ella. Creí que la salida de la señorita Béatrice con su padre no era una cuestión tan importante.

Máximo lo miró a través del humo grisáceo del cigarro que se le consumía entre los dedos y supo que el único culpable de la situación que había vivido era él mismo. Nadie lo había obligado a verse con Gina y siempre supo cómo era ella. Debió haber estado más alerta y no haberse dejado llevar por una copa de champaña.

—Félix, estate alerta por si necesito que le envíes un mensaje a Béatrice.

—Sí, estaré acá para cuando me necesite.

Nunca antes se había sentido tan vacío y sin rumbo como en aquel momento.

Sabía qué debía hacer, pero era la primera vez que no quería volver a

equivocarse. Lo único que tenía claro era que haría lo necesario para que ella supiera que todo había sido un malentendido. Le remordía la conciencia saber que sufría por su culpa.

Con la copa en las manos se acodó en el alféizar de la ventana, contempló a través del cristal la inmensa oscuridad de la noche y sintió una vez más cómo lo envolvía y lo cubría sin piedad.

Al otro lado de la ciudad, Béatrice acababa de darse un baño asistida por Bernarda, que no dejaba de brindarle palabras de apoyo sin recibir más que alguna contestación monosilábica. Las dos lámparas del cuarto estaban encendidas; la empleada sabía que de ese modo ella estaría más cómoda y tranquila. Ni siquiera la presencia de Clarisa en la habitación logró cambiarle ese estado sobrecogedor.

—Bernarda, ¿nos traería otro té, por favor? —Pensaba traerles la cena, tienen que comer algo.

—Me parece perfecto —contestó Clarisa ante el silencio de su amiga—. Por mucho dolor que sientas y aunque creas que no podés estar peor, tenés que compartirlo y hablar. Te aseguro que va a aliviarte.

No obtuvo respuesta, solo el sonido de un permanente sollozo. El sordo silencio que Béatrice había impuesto dentro de la habitación era desesperante y nadie podía sacarla del estremecedor estado en el que estaba. Clarisa se apoyó en el respaldo de la cama para estar a su lado y esperaba que en algún momento lograra aquietar la angustia que la consumía por dentro.

En medio de la situación que se vivía, no fue de ayuda la presencia de Nicanor, que estaba desgarrado por dentro al ver a su hija en ese estado.

Tampoco fue posible que ella comiera ningún bocado de la cena que había llevado la empleada. En lo que único que Béatrice estuvo de acuerdo y mostró voluntad fue en mantenerse acompañada de Bernarda y Clarisa; esa noche las necesitaba. No quería estar sola ni regresar a las pesadillas, no quería verse arrasada al pasado, no quería sentirse en carne viva, no quería despertarse y saber que no había sido un sueño y que una vez más se encontraba golpeada y humillada dentro del asfixiante, desolador y escalofriante attillo.

CAPÍTULO 22

Las cartas sobre la mesa

El día había comenzado, aunque para Máximo era solo la extensión de la noche. No había descansado por pensar en lo sucedido y darle vueltas al asunto.

En las horas de vigilia, debió controlar la imperiosa necesidad que tenía de ver a Béatrice, ya que Félix se había enterado del estado en el que ella se encontraba y quién la acompañaba en ese momento. Supo que esa noche no podría verla, aunque no dejó de pensar un solo minuto en su ángel.

Necesitaba refrescarse la mente antes de partir para hacer lo que había postergado por tantas horas. Su prioridad era Béatrice, pero, al comprender que debía aguardar para verla, se fue a la habitación y se dio un baño para sacarse los malos pensamientos que le atiboraban la cabeza. Luego salió de allí en busca de respuestas.

Sin que se lo pidiera, Félix decidió no distraerse y se centró en Máximo, sobre todo cuando supo el rumbo que había elegido para que lo llevase. A bordo del carruaje, arengó a los caballos para enfilarse hacia el lugar que el jefe le había indicado. Nunca antes lo había visto de ese modo y esperaba estar alerta ante cualquier eventualidad que pudiera ocurrirle. Máximo no esperó a que se detuviera el vehículo y se lanzó de él, caminó unos pocos pasos y luego de dar fuertes golpes a la puerta esperó a que le abrieran. Una empleada lo recibió y de inmediato desapareció para buscar a Santiago.

—Para mi gusto tardaste bastante en venir a verme —lanzó al asomarse por el zaguán de la casa—. Creo que esta vez debemos hablar y seré yo quien lo haga —dijo envalentonado. Uriarte lo siguió en silencio sin dejar traslucir el motivo de su presencia allí, pero le permitió que por unos pocos minutos se sintiera que estaba en la gloria.

—Si venís a pedirme que me haga a un lado, llegás muy tarde, porque no pienso hacerlo.

—Siempre supe que eras imbécil, pero nunca creí que tanto. Vine a recordarte que la última vez que te dije que no te acercaras a ella te fuiste del

burdel con contusiones en el rostro. Pero parece que ni a los golpes aprendés —dijo mientras se le acercaba.

—Si mal no recuerdo, no fue la única vez que desataste tu rabia sobre mí.

Pero deberías recordar lo que te dije en aquella última oportunidad que nos vimos, donde te advertí que no te fiaras de alguien que está perdido porque no tiene nada que perder. Pues bien, no estaba equivocado.

—No sigas con esa sarta de estupideces.

—Si te dijera que todo ha cambiado, ¿qué me dirías? —Te diría que todavía sos la misma mierda que siempre fuiste, aunque más imbécil.

Ni siquiera el eco de unos pasos en la sala los abstraigo de la discusión que se había desatado.

—Escuchaba voces, aunque no imaginé que contaríamos con su presencia — dijo la señora Lamas luego de asomarse.

—Madre, es mejor que se vaya.

—En cambio yo creo que he llegado en el momento oportuno.

—Disculpe, señora, pero he venido a ordenar unos asuntos con su hijo.

—Pero esta es mi casa y quiero estar presente en la conversación.

Máximo le clavó la mirada para intentar comprender su comportamiento y el ingreso abrupto en la reunión.

—La escucho, si tiene algo para decirme —completó Máximo.

—Desde el inicio he avalado la unión de mi hijo con la señorita Béatrice... —Ese tema no es algo que vaya a discutir con usted —la interrumpió. Ella no dejó de sonreír con cada palabra que lanzaba Máximo—. Me alegra que le provoque gracia, aunque en su lugar no me reiría tanto. Su hijo no va a conseguir esa unión de la que usted hace alarde.

—No es por eso que sonrío.

—Madre, por favor —intervino Santiago.

—Hay modos que jamás se olvidan. Existen recuerdos que regresan a la mente una y otra vez y, aunque uno intente dejarlos ir, se aferran para no caer en el olvido.

—Disculpe, pero no la entiendo, y sin ánimo de ser descortés con usted, no tengo tiempo que perder. He venido a arreglar algunas cuestiones con él.

—Le va a llevar unos pocos minutos escucharme y luego podrá hacer lo que le plazca. Le decía que su modo de hablar, la expresión en el rostro al hacerlo y la entonación con la que pronuncia las palabras me recuerdan al modo en que lo hacía su padre. —Si había algo que Máximo no se imaginaba esa mañana, era que el tema de su padre saldría allí en la casa de los Lamas

—. No me mire así, yo conocí a Arturo como nadie en verdad lo hizo.

—¿A qué se refiere? —preguntó azorado.

El semblante de Máximo tomaba un tono cada vez más pálido; no quería escuchar aquello que imaginó durante los breves minutos en que la señora Lamas había tomado la palabra.

—A él lo conocí en vida de mi marido. Sin embargo, eso no fue un obstáculo para que nos enamoráramos.

—No es posible, claro que no.

En la mente de Máximo pasaban imágenes de su madre en compañía de su padre y le retumbaban las palabras de amor que ella le profesaba.

—El amor que nos tuvimos superó cualquier otro compromiso matrimonial que ambosuviésemos.

—¡No mienta más, eso no es así! —tronó.

—¡Yo no miento! El amor que nos tuvimos podría haber continuado cuando enviudé, pero la loca de tu madre se interpuso y no pudimos estar juntos como tanto deseábamos.

—No le voy a permitir que tenga el descaro de mencionar a mi madre: ella no está en condiciones de defenderse. Mal que le pese, ella fue y será la esposa de mi padre. Hoy es su viuda y ha sido la mujer con quien él quiso estar hasta último momento. Mi padre fue quien se ocupó de ella en su enfermedad; la cuidaba y eso nadie lo hace si no es por amor. —Hizo una pausa para tratar de controlar la ira y continuó—: Cada día que iba a visitarla le daba la ilusión de vivir. Lo sé, he visto su comportamiento y, aunque no entienda o no recuerde gran parte de su vida, ella aún lo ama, lo espera, se aferra a su presencia. Muchas veces cree ver en mí los ojos de mi padre. Si él no la hubiera amado de verdad, ella no respondería del modo en que lo hace, más allá de su estado.

—Querido, qué iluso sos aún. Creí que los años te habían dado un poco más de sabiduría. El único motivo por el cual Arturo se ocupó de tu madre fue por la culpa que sentía. Él estaba convencido de que ella nunca habría enfermado si no fuera porque descubrió lo nuestro. Pero ella fue más viva que todos nosotros y se enfermó para dar lástima. Del único modo en que tu padre siguió junto a ella fue a través de la compasión. Arturo nunca pudo superar esa situación y la pena y la misericordia lo doblegaron.

—¿Cómo que ella los descubrió? —preguntó incrédulo.

—Fui yo quien se lo dijo para que al fin entendiera cómo era la realidad: que Arturo me amaba solo a mí.

—¡Usted está loca! —La única loca es tu madre y está en el Hospital de Mujeres Dementes — soltó tras una carcajada que le erizó la piel a todos—. Yo nunca estuve más cuerda que en este momento. No solo fui una vez a decírselo, sino que lo hacía cada tanto para recordárselo. Hubo una gran discusión entre tus padres y a Arturo no le quedó más remedio que reconocer la realidad frente a ella. A partir de ese momento, dejó de ser la misma y poco a poco se apagó. En ese momento creí que al fin se había hecho justicia y que podríamos vivir el amor que nos teníamos, pero ella enfermó y nunca lo dejó libre. En cada encuentro le decía que no podía vivir sin él, y eso Arturo no lo soportaba. ¡Ella destrozó mi vida y nunca voy a perdonárselo! —Madre, no siga —rogó Santiago.

—¡Cállese! —clamó Máximo.

—Claro que no, porque esto no quedó así. Nunca dejé de buscar a Arturo para recomponer lo nuestro, pero él se negaba una y otra vez. Jamás dejé de insistirle para convencerlo de que lo nuestro debía continuar. Yo me creía capaz de enfrentar cualquier situación frente al resto de mis conocidos, pero nunca la indiferencia del hombre que amaba. Fue entonces que supe que no volvería a tenerlo a mi lado y aquí hay una sola culpable: Teresa Uriarte.

—¡Basta ya! No vuelva a nombrarla porque no me fio de lo que soy capaz de hacer —exclamó Máximo con los ojos inyectados de rabia por las palabras de esa mujer, que no se apiadó ni por un instante de la enfermedad de su madre ni del recuerdo de su padre.

—Con ella no te metas —gritó Santiago al acercársele.

Máximo no pudo contenerse y le lanzó una trompada a Santiago que lo arrojó contra el sillón de la sala. Él necesitaba descargar la furia que le corría por las venas y que se agigantaba con cada palabra que decía la dueña de casa. Lo tomó del cuello y volvió a lanzarle un puñetazo, como si de ese modo pudiera eliminar por un instante la furia que se le había apoderado del cuerpo. Máximo esquivó una trompada que Santiago le lanzó y se incorporó; necesitaba irse de allí, no podía escuchar una infamia más sobre su madre.

—No le pegues, él ha vivido a la sombra de todo esto. Mi esposo fue cómplice de mi silencio con la certeza de que todo esto se acabaría de una vez y que podría cambiar lo que sentía por Arturo, pero no fue así. Él nunca le perdonó que me despreciara, aunque eso le sirvió para estar a mi lado hasta su último aliento. Frente a los demás me mantuve como la devota esposa y actual viuda de Rodolfo Lamas, pero en la intimidad nunca dejé de ser la mujer de Arturo Uriarte.

—Él era como usted, solo le importaban sus intereses y destruir a quien estaba cerca, nada más.

—Ahora voy a hablar por mí —clamó Santiago al levantarse mientras unos hilos de sangre le brotaban de la nariz—. Siempre viví a la sombra de todos, mi padre me ignoraba y por mucho tiempo desconocí el motivo. Pero no hace mucho ella me confesó el porqué de ese rechazo: yo no era su hijo, sino de tu padre. Por desgracia, soy tu hermano.

Máximo se quedó duro como una piedra sin poder asimilar todas las confesiones que escuchaba. No podía ser; no, se decía una y otra vez mientras negaba con la cabeza lo que afirmaba Santiago.

—Pero vos siempre llevaste las de ganar y recién ahora logré entender muchas cosas —dijo lleno de resentimiento—. Tuviste un padre que te quiso y nunca debiste soportar su rechazo. A mí se me privó la posibilidad de conocerlo; tal vez me habría querido y considerado más a que a vos. Pero nada de eso tuve; en cambio, debí soportar cómo te abrías camino y muchas veces me quitabas mis negocios o te metías con ellos.

—No es así. Ha sido tu propia incompetencia y tu jactancia lo que hizo que te fuera de ese modo —replicó Máximo.

—Siempre tan altivo; creés que podés llevarte el mundo por delante, pero esta vez no será así, porque voy a tener algo que creías tuyo: a Béatrice —dijo lleno de desprecio—. Siempre te detesté, aunque al principio no sabía por qué sentía semejante rechazo. Quizá no quise prestarle atención a algunas discusiones que ocurrían en mi casa, donde el apellido Uriarte se escuchaba todo el tiempo. Pero, desde que supe la verdad, entendí que mi rencor tenía un sentido, así como el interés de mi madre con todo lo que te sucedía. Sin darme cuenta, en mí se gestó el repudio y el rechazo que siento hoy. Por eso vas a pagar con tu propio sufrimiento cada momento de dolor que viví y cada instante que mi madre padeció. Béatrice será mi premio por tanto desamor y mi venganza hacia vos. Al fin lograré despojarte de algo y esta vez no hay dinero que valga para remediarlo.

Máximo no quería estar ni un segundo más allí dentro. La cabeza no dejaba de darle vueltas y la repulsión que sentía se incrementaba con el paso de los minutos.

—Nunca, pero nunca, la tendrás, porque ella es mía, su corazón me pertenece.

Nada de lo que hagas surtirá el efecto que pretendés. Ella es mi vida y no voy a dejar que te le acerques un centímetro más, sino sabrás de lo que soy

capaz y me va a importar una mierda quién seas.

—¿Serías capaz de matar a tu propio hermano? —preguntó incrédulo.

—Por ella haría cualquier cosa, porque es mi vida —lanzó al acercarse y escupirle en el cara lo que pensaba—. El título que ahora ostentás me importa una mierda, porque nunca vas a dejar de ser un hijo de puta.

En medio de la conmoción que sentía, se dirigió hacia la puerta y con un portazo abandonó la casa de la familia Lamas.

El trayecto hasta el burdel lo hizo en medio de una gran confusión por lo que acababa de escuchar mientras trataba de entender y darle veracidad a esa revelación. No podía comprender cómo en un instante todo se había desmoronado a su alrededor en el momento en que creía que al fin su vida había tomado el rumbo deseado después de tanto tiempo. Todo se había transformado en un verdadero infierno.

A Béatrice ya no le quedaban lágrimas por derramar. Por mucho que intentase paliar la aflicción, el dolor se le había apoderado del alma. Sin embargo, los interrogantes no dejaron de rondarle en la cabeza durante toda la noche; necesitaba saber el motivo de tanta inquina. Aunque tratara de entenderlo, no podía, y hasta tanto no obtuviera las respuestas, no lograría calmarse.

Durante el almuerzo había intentado probar bocado, pero fue inútil. Ella había querido buscar refugio en su habitación, pero Nicanor no se lo permitió por lo que estaba en la sala con él, que intentaba consolarla mientras le decía que nada era tan terrible como ella lo sentía.

—Hija, nada de todo esto vale la pena; él no lo vale, ya lo has visto.

—Padre, por favor, no necesito que me lo recuerdes.

—Voy a hacerlo hasta que no cambies esa cara y te des cuenta de que todo esto es en vano. Eso sí, debes saber que nunca más estará cerca tuyo para volver a lastimarte; no lo permitiré.

—Le aseguro que estaré mejor.

—Lo sé, pero no lo lograrás encerrada en tu habitación.

—Quizá tenga razón.

—Así me gusta.

En ese instante, entró en la sala Clarisa, que no había dejado de estar al lado de su amiga para consolarla.

—¿Podría ir a tomar el té con ella? —interrumpió Béatrice y asombró a todos con la propuesta.

—Pensaba que podría interesarte otra distracción —intervino Nicanor—, quizás ir con la señora Lamas a alguna tienda.

—Por favor, no me pida eso ahora, pero, tal vez, salir con alguien de mi confianza me haga mejor —dijo al clavarle la mirada a su amiga, que acababa de sentarse.

—¿Qué deseás hacer? —Me gustaría salir a tomar el té, como dije, así puedo distraerme un poco.

Nicanor observó el rostro de Clarisa, que, si bien estaba en mejor estado que el de su hija, se le notaban los rasgos de cansancio por haber estado en vela con ella durante toda la noche. Más allá del mal comportamiento que había tenido con la familia Podestá, nunca había dejado sola a Béatrice.

—Me encantaría.

—Está bien, pero lo harán en compañía de Bernarda.

Nicanor no quería que ninguna de las jóvenes tuviera inconvenientes y creyó que de la mano de la empleada todo sería distinto.

—Béatrice, ¿no creés qué deberíamos cambiarnos? —Si querés hacerlo, te espero.

—Hija, creo que Clarisa tiene razón.

De inmediato, Nicanor fue en busca de Bernarda para avisarle que saldría con las muchachas y para que la ayudase a Béatrice a mejorar un poco su aspecto; estaba convencido de que eso la animaría un poco más.

Dentro de la habitación, Béatrice permitió que Bernarda le eligiese el vestido que se pondría mientras ella estaba sentada en el butacón frente al espejo y se cepillaba el largo cabello; así lo llevaría, no pensaba colocarse ningún broche, como solía hacer. Su imagen reflejada en el cristal le devolvía la apariencia de una profunda tristeza, decepción y dolor. Los ojos habían perdido el brillo habitual y abandonado el color gris, cubierto ya por el enrojecimiento producto del llanto. Aunque Bernarda le insistía para que le diese un poco de color a esa manifiesta palidez, Béatrice se negaba una y otra vez.

Cuando Clarisa entró a la habitación, se alegró de verla más animada, aunque no quiso darle la razón a Bernarda sobre la necesidad de que se pusiera un poco de maquillaje.

—Si estamos listas, ya podemos salir —propuso Clarisa.

Béatrice asintió y antes de partir se puso varias gotas del perfume de

azahares que solía utilizar.

—Vamos —insistió Bernarda mientras salía de la habitación.

La partida fue controlada por Nicanor, quien, una vez que ellas estuvieron a bordo del carruaje, las despidió con la esperanza de que al fin su hija pudiera dejar atrás el dolor y comenzar una nueva vida.

—Imagino que iremos al lugar donde estuvimos la última vez con tu padre — comentó Clarisa al hacer referencia a Los Dos Chinos, aunque no recordaba el nombre.

—No creo que ese sea un lugar conveniente, supongo que no te traerá buenos recuerdos —acotó Béatrice.

—Todo aquello quedó en el olvido, pero gracias por recordarlo.

Luego de un breve trayecto a bordo del carruaje, Béatrice descorrió la cortina de seda blanca que cubría el cristal de la ventanilla para saber por dónde iban y supo que estaban próximas a llegar.

—Gracias por traernos —le dijo al cochero una vez que se detuvo en la esquina.

—A no ser que sea un lugar oculto, aquí no hay ninguna confitería — comentó Clarisa, un tanto desorientada.

—Está solo a dos cuadras de aquí, pero quería caminar un poco en esta hermosa tarde.

Sin ánimo de contrariarla, caminaron por las angostas calles hasta desembocar en una llamada Del Temple.

—De ningún modo debemos deambular por aquí —lanzó Bernarda al tomarla por el brazo.

—Allí hay una confitería para tomar el té.

—Así es —convino la empleada—. Lo sé muy bien porque mientras usted estaba con el señor Máximo aquella vez, yo me quedé con Félix allí.

—¿Qué tiene que ver Máximo en todo esto? —Allí —señaló con el dedo índice— está el burdel que regentea.

—Béatrice, vayámonos; Bernarda tiene razón.

—No, necesito tener respuestas y solo las voy a tener si aclaro algunas cuestiones con él.

—Esto lo tuvo planeado desde el comienzo, ¿verdad? —Bernarda, deberías conocerme mejor. Si no hubiera sido de este modo, no habría tenido la posibilidad de hablar con él.

—Mientras tanto, ¿nosotras qué hacemos? —Tomar el té como habíamos quedado.

—No podés ir sola a aquel antro —exclamó Clarisa.

—No es la primera vez que lo hago.

—¿Cómo? —preguntó azorada.

—Pero supongo que será la última. Por favor, espérenme allí.

Bernarda no sabía qué hacer, pero, ante la firme actitud de la joven, no le quedó otra alternativa que acceder.

—Le concedo solo un tiempo razonable. Si se demora, voy a buscarla para sacarla de allí.

—Está bien.

—Nosotras roguemos para no encontrarnos con alguien inconveniente —acotó Clarisa.

—Vamos, que el tiempo corre.

Béatrice cruzó la calle con el corazón en un puño. Si bien la decisión de volver a verlo y aclarar la situación la había tomado durante la noche, había encontrado la oportunidad mientras hablaba con su padre. En la puerta no necesitó tocar, porque un empleado la abrió de golpe. Ella se dio vuelta antes de entrar con la seguridad de que Clarisa y Bernarda estarían allí para cuidarla hasta que desapareciera dentro de los muros de El Regocijo.

Cuando Máximo la vio aparecer por la puerta, creyó que era una ilusión producto de las ansias de verla. Necesitaba explicarle lo sucedido y abrazarla para sentirse vivo.

—Mi vida, te esperaba.

Con solo un vistazo, le observó en el rostro las huellas del cansancio, la falta de color en las mejillas y el velado color gris de los ojos que él tanto amaba. Allí se reflejaban los rastros de haber llorado durante toda la noche; sin embargo, el cabello lo lucía como a él tanto le gustaba.

Máximo se aproximó, pero notó que ella retrocedía. Lo que menos deseaba era asustarla, porque necesitaba tenerla cerca para aclarar las cosas.

—Gracias por venir a verme, era lo que deseaba hacer desde el mismo momento en que abandonaste el salón del Grand Hotel.

—Necesito saber por qué querías estar con otra.

—Lo que viste no es lo que parece. —En ese instante, ella giró sobre los talones para tomar el picaporte e irse de allí.

—Mi amor, por favor, quiero que me escuches.

—No vuelvas a decir que nada ha sido como sucedió.

—Está bien —dijo en tono conciliador.

Una vez que vio cómo ella se recostaba sobre la puerta y lo miraba, supo

que era el momento para contarle lo sucedido.

—Ella es una amiga que conocí en París hace mucho tiempo, una de las primeras veces que viajé a Francia.

—¿Dónde la conociste? Máximo sentía que con cada confesión se desgarraba por dentro. Sabía que cada pregunta significaba remover más la sangrante herida que él le había infringido. Escuchar cómo le temblaba la voz cada vez que pronunciaba una palabra lo angustiaba más. Él solo deseaba tenerla al fin entre los brazos y rogar que lo sucedido quedase en el pasado. Era allí donde quería estar.

—Ella bailaba en un reducto llamado Bal Mabille, que en aquella época era muy famoso.

—¿Qué fue lo que sucedió entre ustedes? —Lo que suele suceder entre un hombre joven ávido por conocer el mundo y una muchacha que pretendía divertirse y salir de aquel lugar para ser alguien.

—¿La amabas? —Béatrice, por favor... —No me contestaste —lo interrumpió.

—Claro que no. Ella fue solo una compañía durante el tiempo que permanecí en París.

—Por lo que veo, te mantuviste en contacto con ella. Supongo que habrán intercambiado cartas en todo este tiempo.

—No.

—Pero regresaste a París y volvieron a verse ¿verdad? —Mi viaje lo hice por cuestiones familiares, te conté que allí vive mi tío, y también por asuntos comerciales. Antes de irme nos vimos.

—¿Se vieron? Máximo veía cómo le rodaban las lágrimas por el rostro y sabía que el único modo de ahuyentarlas era responder todo el interrogatorio. No entendía por qué quería saber más de lo acontecido allí.

—Sí, por casualidad, en el Théâtre National de l'Opéra. Fui con mi tío y su esposa. Allí nos cruzamos y nos saludamos.

—Ella ya no sería bailarina —afirmó con ironía.

—No. Pasaron varios años desde aquella vez que nos conocimos, y ella rehízo su vida. Parece que no le fue mal, porque su situación era otra.

—¿Tuvo tiempo de contarte cuál fue el motivo? —En el breve tiempo que hablamos me comentó cuáles habían sido sus últimos pasos. —Hizo una pausa porque no entendía a dónde quería llegar con esas preguntas—. Creo que todo este interrogatorio no nos llevará a aclarar el entuerto.

—Claro que sí.

—No, mi amor, lo que debés saber es que nada me importa más que vos. Lo que viste ayer fue el arrebato de una mujer que buscaba algo que no existe. Ella se va de la ciudad y pretendía despedirse.

—¿Con champaña? —Amor, fue lo que ella quería.

—Y vos lo único que deseabas era complacerla.

—No.

—¡No me mientas! —No lo hago.

—Lo has hecho desde que entré aquí.

—Béatrice, te conté cómo fueron las cosas entre ella y yo.

—¡No, y nunca creí que podrías ser tan cruel! Sin dudas, no has hecho otra cosa que burlarte de mí con cada palabra de amor que me dijiste.

—¡No, nunca te mentí! —¡Basta, por favor! En ese instante ella se dio vuelta para irse, ya era suficiente todo lo que había escuchado. Fue a buscar explicaciones y, sin dudas, las había encontrado.

Una vez más, como la noche anterior, comenzó a sollozar sin tener control de las convulsiones de su cuerpo.

—Mi vida, no vas a irte de mi lado —dijo al intentar abrazarla para consolarla, pero de inmediato ella se zafó de sus brazos.

Él no toleraba ese rechazo, la necesitaba como nunca antes había necesitado a otra persona. Ella lo era todo.

—Debo irme, no quiero que te acerques más a mí.

—Eso nunca lo haré, porque no puedo vivir sin vos.

—Nunca imaginé que podrías hacerme esto.

—Mi amor, por favor.

—No me llames más de ese modo. Hacelo con ella.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que con ella no hay nada? —¡Querrás decir con Jasmine, viuda de Thibau! —¡Es Gina! —Hasta en eso me mentís. —Gritó como si los alaridos pudieran arrastrar tanto dolor contenido—. Ella fue la amante de mi padre, es la persona que más me ha lastimado junto con él. Ambos disfrutaban de encerrarme en el altillo, allí donde mis recuerdos quedaron anclados, el lúgubre lugar donde me encarcelaban y del que me ha costado salir. Más de una noche he regresado a través de pesadillas, que aún padezco. Te confesé lo que había vivido; sin embargo, buscaste consolar a esa mujercuela que destrozó a mi familia, humilló el honor de mi madre y castigó sin límites a una niña que no tenía cómo defenderse. Ella se paseaba muy oronda por la casa como si fuera la dueña y nunca se apiadó de la enfermedad de mi madre, no contó con el recato siquiera de esperar a que muriera. Fue allí

donde encontró lo que tanto había soñado: dinero y posición social. —Se detuvo para tomar aire y continuó, llena de dolor y tristeza—: Supongo que te habrá contado también que su felicidad se hizo realidad cuando al poco tiempo mi padre murió y parte de su fortuna quedó para ella. A eso debés de referirte cuando me decís que no le fue mal porque su situación era otra. Pues bien, claro que su realidad cambió, pero con el costo de haber destrozado a la familia Thibau, la que en aquel momento era mi familia, la única que tenía y en la que pretendía refugiarme para buscar el consuelo que tanto necesitaba.

Mientras hablaba, Béatrice no dejaba de recordar las cartas que le había enviado la tía Antoinette, que en sus últimos años de vida no había dejado de contarle lo que sucedía con sus hermanos.

—Parece que ella es un estigma en la familia, porque no solo se quedó con lo que tanto deseaba, sino que ahora destrozó lo único que yo creía valioso —dijo en un ahogado quejido y fijó en él la vista colmada de lágrimas—. Nunca imaginé que podrías traicionarme de este modo. Decidí confiar en la única persona que amo y una vez más me equivoqué.

—¡Yo te amo! En ese instante, ella se dio vuelta y, sin consuelo, salió de allí, huyó del lugar donde poco tiempo atrás se habían amado sin límites.

Máximo salió con la intención de detenerla, pero supo que alcanzarla solo aumentaría la ira descontrolada que tenía. La vio descender los peldaños de la escalera como una ráfaga y, cuando alcanzó la puerta, observó cómo cruzaba la calle y entraba en la confitería que alguna vez supo ser su lugar de encuentro.

Unos minutos más tarde, la vio salir en compañía de Clarisa y Bernarda. De las tres, Béatrice fue la única que no se dio vuelta hacia donde él aún permanecía. Si lo hubiese hecho, le habría visto los ojos colmados de lágrimas por la impotencia y la desesperación de saber que sin ella estaba vencido. Al llegar a la esquina, las vio subir al carruaje para perderse por la calle Del Temple.

Dentro del vehículo, Clarisa intentaba consolar a su amiga, que no dejaba de llorar. Bernarda se lamentaba una y otra vez por haberle permitido ir hasta allí.

—Béatrice, en este estado no podemos volver a la casa. Tu padre comenzaría con las preguntas, ya sabés cómo es —dijo Clarisa.

—Y lo que es peor, ya estamos retrasadas —agregó Bernarda.

—Está bien —contestó Béatrice, envuelta en lágrimas desconsoladas—.

Hablaremos una vez que esté en mi habitación; es allí donde deseo estar.

Intentó calmarse, aunque tenía el corazón destruido. Aún desconocía cómo había podido mantenerse firme frente a Máximo, sin derrumbarse ni quebrarse.

Él era el mundo para ella y lo había esperado mucho tiempo; por él se había enfrentado a todos, inclusive a su propio padre, y lo había hecho con el convencimiento de que todos aquellos que lo criticaban estaban equivocados. En ese momento, ante todo lo sucedido, acabó por convencerse de lo equivocada que había estado.

En medio de la situación desbordante que vivía, descendió del vehículo junto a Clarisa y Bernarda. Procuró cambiar la expresión del rostro y ocultar los sentimientos que la embargaban, porque no podría soportar hablar con su padre ni someterse a preguntas; todavía no estaba en condiciones de admitir que él tenía razón y que ella una vez más se había equivocado. Sin embargo, al entrar en la casa y alcanzar la puerta de la sala, se detuvo al ver la sorpresa de Clarisa.

—Felipe, ¿qué haces aquí? ¿Sucedió algo? —Eso es lo que me gustaría saber a mí.

—Clarisa, fui yo quien lo mandó a llamar y sabés bien cuál es el motivo —intervino Nicanor.

—Me gustaría escucharlo de tu boca —exigió Felipe al levantarse del sillón donde estaba sentado.

Ella no salía de la sorpresa de ver que su hermano estaba allí para enterarse de lo sucedido con el doctor Heredia en el momento en que creía que todo estaba encaminado en su vínculo con el médico.

—Buenas tardes —saludó Béatrice al hermano de Clarisa—; no creo que haya sido para tanto todo lo ocurrido. Por suerte todo se ha solucionado.

Lo que menos deseaba era que Clarisa volviera a tener problemas con el doctor Heredia.

—Hija, es mejor que no te inmiscuyas en cuestiones familiares ajenas.

—No te preocupes —murmuró Clarisa.

—Si es así, me retiro a mi habitación.

—Hija... —Estoy bien, solo un poco cansada.

—Los dejo —dijo Nicanor—. Felipe, me gustaría que te quedaras aquí.

—Gracias.

Clarisa los vio irse y permaneció en compañía de su hermano.

—¿Cómo está la familia? —preguntó para desviar el tema.

—Aún no me saludaste.

Clarisa apuró los pasos hasta buscar el abrazo de Felipe. Cuánto tiempo

había pasado sin estar con los suyos, pensó, y se preguntó cómo estarían en la estancia, porque, si bien desde que había llegado a la ciudad no lo había manifestado, los extrañaba muchísimo.

Sintió que Felipe le daba un beso en la coronilla para luego preguntarle: —¿Qué ha sucedido? —¿A qué te referís? —En principio quiero saber quién demonios es el doctor Heredia.

—Él es el doctor con el que trabajo en el Hospital de Mujeres Dementes.

—¿Como asistenta? —Así es.

—Explicame cómo llegaste a involucrarte en tan malos términos con la familia Podestá, con la que tengo una excelente relación.

En ese momento, supo que Nicanor lo había puesto al tanto de todo lo sucedido, por lo que intentaría hacerle entender que nada era tan terrible y que solo había exagerado.

—Fue Juana Podestá quien me permitió ingresar al hospital. Ella y sus amigas, que pertenecen a la Sociedad de Beneficencia, hicieron las gestiones para que trabaje allí.

—Clarisa, hasta ahora no me has dicho nada que no sepa: ¿o te olvidás de que te di la carta para que se la entregaras cuando la vieras? —Sí, claro, es que... —Balbuceaba, dudaba si confesarle lo que de verdad sentía por Justo Heredia, pero sabía que de nada servía darle vueltas al asunto—.

Me enamoré de él.

En ese instante, sintió que se sacaba un gran peso de los hombros; al fin la familia sabía lo que sentía y quién era importante en su vida.

Enseguida, notó cómo el semblante de su hermano cambiaba de color.

—¿Te enamoraste así como así de un hombre que está comprometido con la hija de la familia a que le pedí que velara por vos? —bufó. Ella intentó contrarrestar esos dichos, pero, de inmediato, la interrumpió—. Clarisa, no sigas, esto no puede continuar. Cómo pudiste manchar el honor de nuestra familia en aras de un sinvergüenza.

—Pero ¿qué decís? Él es lo mejor que me ha pasado.

—¿Cómo podés decir semejante cosa? —Porque lo conozco y sé la clase de persona que es.

—¿No te das cuenta de que solo busca burlarse de vos? Se aprovecha de tu inocencia porque sabe que estás sola y que venís del campo. ¡Claro que ha sido así! Clarisa no podía continuar con la línea de pensamiento de su hermano, que no dejaba de elucubrar acerca del comportamiento del doctor Heredia.

—Felipe, no es así.

—¡Claro que lo es! —exclamó al levantarse—. Esto recién comienza, porque aún debés explicarme lo sucedido con Juana Podestá y su hija.

Sin decir más, se dirigió con rapidez hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —A buscar a ese doctor Heredia, hay varias cosas que tengo que decirle.

Ella no intentó detenerlo, por lo que Felipe salió sin darle más explicaciones que un portazo que retumbó en toda la casa.

En El Regocijo, Máximo estaba con una copa entre las manos luego de haber roto parte de la cristalería que estaba en bar. Nunca nadie lo había visto en ese estado. Simón no sabía si abrir el lugar o no.

En ese momento apareció Violeta, que, no bien lo vio, supo que algo grave le había sucedido.

—No creo que sea conveniente que te acerques —comentó Simón.

—Lo intentaré.

Ella rodeó la mesa tras la que estaba sentado Máximo mientras los tacones crujían sobre los restos de cristal que aún estaban esparcidos en el suelo.

—Sé lo que se siente cuando creés que todo está perdido.

Violeta observaba el abatimiento que tenía el hombre por el que habría dado todo lo que tenía. Los ojos negros estaban nublados de ira, desolación y pesar.

Tenía la mirada perdida, pero, así y todo, no dejaba de despertarle fascinación el contemplarlo. Ni siquiera las largas pestañas negras que le adornaban los ojos podían ocultar el sufrimiento que padecía.

—Debés despejar tu mente y vas a ver que todo tiene solución —dijo al ver que él levantaba la mirada para clavarla en ella.

—No sin ella.

—Ella te ama —declaró con un profundo dolor—; lo sé con tan solo ver cómo te mira y cómo actúa cuando está a tu lado. El rostro se le ilumina y pareciera que nada existe a su alrededor. —Ella creyó verse reflejada en esa misma situación cuando recién lo había conocido—. Vas a poder recomponer lo que sucedió, aunque deberás tener paciencia. Estoy segura de que Béatrice va a recapacitar y todo volverá a ser como antes.

—¿En verdad lo creés? El tono en que se lo preguntó la hizo dudar, aunque

suponía que todo sería una cuestión de tiempo.

—Por supuesto. Además... —De inmediato se detuvo porque no sabía a ciencia cierta si era el momento de decir lo que tenía atragantado desde hacía tanto tiempo.

—¿Qué? —Sé que, si estás con ella, vas a alejarte de la tal Gina, que lo único que puede traerte son problemas, eso puedo asegurártelo.

Máximo la miró sin aprobar lo que había dicho, aunque no había dejado de pensar en la funesta implicancia que lo había llevado estar junto a Gina, o Jasmine Fleury, viuda de Thibau. De solo pensarlo, estampó contra la pared la copa que tenía entre las manos. El ruido del cristal alertó a Violeta y al encargado, que de inmediato vieron cómo Máximo se levantaba de la silla para cruzar el salón.

—Hacete cargo de todo —le indicó a Simón antes de salir del burdel.

CAPÍTULO 23

Nada ha vuelto a ser lo que era

Una nueva jornada llegaba a su fin en el Hospital de Mujeres Dementes, al menos para el personal que trabajaba adentro. El doctor Heredia ordenaba unos papeles para poder retirarse cuanto antes de allí. Ese día le había resultado agobiante, no solo por los problemas que aquejaban a las internas, sino por la ausencia de Clarisa, que le aliviaba el trabajo y le alegraba la vida. Ansiaba verla y estar con ella.

No tuvo tiempo de tomar el abrigo, porque la puerta se abrió de golpe y vio entrar a un hombre, seguido por Brígida.

—Disculpe, doctor, intenté hablarle y explicarle que debía esperar, pero dice que quiere verlo.

—Está bien —dijo sin entender qué sucedía.

—Heredia, ¿verdad? —No le dio tiempo a contestar y continuó—: Soy Felipe Carreras, el hermano de Clarisa y su responsable.

—Es un gusto conocerlo —saludó mientras le tendía la mano, pero no obtuvo respuesta—. ¿Quiere sentarse? —No es necesario.

—Viene a hablar de Clarisa —aseguró.

—Quiero saber qué le hiciste.

—Un momento, yo no le hice nada.

—¿A no? Sos un desvergonzado. ¿Cómo se llama al hombre que se aprovecha de la inocencia de una mujer como mi hermana? Ella llegó a la ciudad en busca de un trabajo, quería cumplir su sueño, pero ¿cómo terminó todo esto?: en una pelea con la familia Podestá, que es de mi confianza, y ya no puede venir al lugar por el que abandonó la estancia.

—No ha sido de ese modo.

—He venido a buscar una explicación, intentá que sea rápida y eficaz.

—Me enamoré de Clarisa, ella es lo mejor que me pasó en la vida.

—¿Y qué piensa tu prometida de todo esto? —Lo era, ya hemos roto el compromiso.

—Pero lo estabas cuando comenzaste algo con mi hermana. Quiero la

verdad —exigió.

—No quería que se diese de ese modo, pero sucedió.

—Lo que pasó fue que estuviste con mi hermana mientras estabas con otra mujer, sos un hijo de puta —clamó antes de abalanzarse sobre él, que no se amedrentó ante la reacción de Felipe.

—Vamos, si quiere pegarme, hágalo, pero nada cambiará lo que siento por Clarisa.

Felipe no pudo frenar los deseos de estamparle el puño sobre el maxilar y lo golpeó con fuerza, aunque al ver que no le respondía, se detuvo. No era así el modo en que le gustaba pelear.

—Puedo entender cómo se siente —dijo mientras que con una mano se frotaba la mandíbula—, pero así no vamos a llegar a un acuerdo.

El doctor Heredia había hecho un gran esfuerzo para no irse a las manos, no recordaba cuándo había sido la última vez que lo había hecho, pero pudo entender que, si lo hacía, iba a complicar aún más toda la situación.

—Le faltaste el respeto y la expusiste a los comentarios del resto de la ciudad.

Mi hermana es la comidilla de todos por tu culpa —le lanzó—. No la cuidaste, te importó una mierda ella, su apellido y mucho menos su familia. Si en verdad es importante para vos, habrías pensado cómo protegerla y no en descuidarla de esta manera.

—Nunca haría algo para dañarla. Lamento mucho el concepto que tiene de mí, porque, aunque le explique cómo son las cosas, no creo que pueda cambiarlo, ya que lo único que le importa es lo que usted cree. No me dio la oportunidad de hablarle y decirle cuánto la amo.

—Sí así fuera, no te habrías comportado del modo en que lo hiciste.

—No me importa lo que piense; en definitiva no es más que su hermano.

—Un hermano que vela por ella y que no permitirá que un malnacido la dañe.

Sin más, se retiró de allí, convencido de que ese doctor no era lo mejor que podía sucederle a su hermana.

Una vez más, como lo había hecho durante gran parte de su vida, recorría los largos y lúgubres pasillos del hospital. Los pasos retumbaban sobre el piso, que supo tener en otro tiempo cierto esplendor. Creía que al fin había

llegado el momento de terminar con el tormento.

Se mantuvo debajo del quicio de la puerta para volver a verla. Ella no era más que el despojo de una mujer y sabía que sentía su presencia, como cada vez que se presentaba en el hospital. Eso le permitía regodearse, porque significaba que Teresa siempre había estado atada a ella y a su pasado.

—¿Me esperabas? Teresa mantuvo la mirada fija en el piso porque sabía que debía callar para evitar que una vez más los gritos comenzaran a apabullarla, que la llenaran de culpa. No sabía a ciencia cierta por qué, pero era la culpable de todo y solo los rezos, las plegarias y la misericordia podían salvarla.

—¡Contestame! El cuerpo de Teresa comenzó a temblar, como era costumbre cada vez que recibía la visita de esa extraña dama, que no dejaba de hablarle del pasado. La visita sabía todo de ella, porque conocía a Arturo. Siempre le hablaba de él y le repetía que no debía dejar la institución si en verdad quería volver a encontrarse con él. Ese era el lugar donde él la buscaría, por eso Teresa sentía que nunca debía abandonarlo. ¿Era eso lo que le repetía una y otra vez esa dama? —Ahora no solo deberás acarrear la culpa por la infelicidad que le diste a Arturo, sino que lo hiciste también con Máximo. —Teresa se tambaleaba mientras su atiborrada mente no se detenía. ¿Máximo? ¿Qué le había sucedido a su hijo?, se preguntó—. Por tu culpa tuve que confesarle que he tenido un hijo con Arturo, el hijo que él debería haber criado y no mantenido en el más absoluto silencio. Pero eso lo hizo por vos, porque le dabas lástima. Eso es lo único que has hecho de un modo muy convincente.

A medida que esas palabras le impactaban en el corazón, las lágrimas comenzaron a caerle sin poder contenerlas.

—Pero no lo vas a hacer conmigo, porque yo jamás me apiadé de vos ni lo haré ahora. Por tu culpa es que estoy así. He perdido gran parte de mi tiempo para venir a este lugar inmundo solo para que no te olvides de lo infeliz que me hiciste.

A medida que hablaba, se acercaba más a Teresa, que mantenía las manos cruzadas listas para comenzar a orar. En medio de semejante conmoción, no escucharon que alguien se acercaba.

—¡Deje ya a mi madre! —Máximo se abalanzó sobre Rosario Lamas para quitarla de al lado de Teresa. Verla en ese estado de indefensión absoluta lo colmó de una gran impotencia—. Es una desgraciada —tronó mientras abrazaba a una figura ausente, que no dejaba de temblar y rezar envuelta en un

susurro constante—. Nunca más va a hostigarla.

—Ella no merecía la compasión de Arturo; tampoco la tuya.

—¡Váyase, si no quiere que sea yo quien la arrastre hasta la puerta de salida! La señora Lamas se retiró y, en la huida, el eco de los tacos a lo largo del pasillo se hizo cada vez más lejano.

En la habitación, el murmullo de Teresa se aquietaba mientras Máximo la calmaba y la mecía como si fuera una niña. En los brazos de su hijo, los minutos trascurrieron y al fin pudo sentir el bálsamo que tanto tiempo había buscado.

—Gracias, hijo.

—Ella no volverá a dañarte; te doy mi palabra —dijo al mirarla con ternura y notó que su mirada no estaba perdida como en tantas otras oportunidades; lo observaba con la certeza de saber quién era.

—Sé que sufrís, aunque no creo que sea solo por mí —lanzó Teresa de modo pausado—. Debés luchar por ella, no permitas que te dobleguen y te traigan infelicidad. Por favor, hijo, no continúes con la desgracia de nuestra familia: debés ahuyentarla.

—Lo prometo —replicó con los ojos húmedos.

En ese instante, fue Máximo quien buscó refugio en su madre, debía aprovechar ese momento y atesorarlo por siempre.

En la casa de la familia Podestá, Mariano se encontraba en el escritorio para controlar algunos asuntos referidos a la Sociedad Rural, de la cual formaba parte.

En medio de esas preocupaciones, la puerta se abrió y su mujer irrumpió una vez más. Ya no sabía cuándo la familia volvería a tener la paz que supo tener cuando su hija continuaba comprometida con el joven Heredia. Nada había vuelto a ser lo que era desde el momento en que el desconsiderado doctor había decidido romper el compromiso, aunque sabía que sería una cuestión de tiempo para que al fin recapacitara y que, por el bien de la familia, todo volviese a la normalidad.

No obstante, ya había tomado algunas medidas para acortarle aún más las alas de modo que, al sentirse acorralado sin el hospital y sin el apoyo familiar, volviera a su hija y todo retomase el cauce normal, que nunca debería haberse alterado y menos por una joven que no valía la pena.

—Ha llegado Felipe Carreras; quiere verte.

—Bien, hacelo pasar.

—Querido... —Basta, Juana, de darme recomendaciones de cómo debo actuar o qué debo decir —la interrumpió—. Hacelo pasar y dejanos solos.

De inmediato, Felipe se presentó frente a él.

—Carreras, al fin se dignó a venir —lanzó de un modo sarcástico.

—Lo hice apenas supe lo que había ocurrido.

—Parece que no quiere perder el tiempo.

—Supongo que usted tampoco.

—Bien. Lo primero que quiero decirle es que el comportamiento de su hermana ha sido deleznable. Ninguna otra muchacha de bien podría haberse comportado como lo ha hecho ella.

—Clarisa es una persona de bien, criada con valores, y no ha hecho nada que merezca su repudio.

—Yo creo que sí y convengamos que, además, mi pobre hija ha debido soportar los golpes, los insultos y los magullones que su hermana le propinó.

—No es como usted lo cuenta, porque acá el único responsable y culpable es Heredia, que se aprovechó de la inocencia de mi hermana y de la de su hija.

—Lamento decirle que el engañado ha sido él, bajo el influjo de una chiquilina que lo ha enloquecido.

—No le voy a permitir que se dirija así al hablar de mi hermana.

—Lo lamento. ¿Quería hablar con la verdad? Pues aquí la tiene. Usted no ha estado en la ciudad ni concurrido a los acontecimientos sociales a los que hemos ido nosotros. —Repetía lo que en tantas oportunidades le había recordado su esposa—. Allí hemos constatado ciertas actitudes de su querida hermana que, a la postre, derivaron en la ruptura del compromiso de mi hija.

—Veo que sigue tozudo al pensar que la culpable es ella. No es así. Si en verdad Heredia estuviera enamorado de su hija, no la habría dejado por otra, sea o no mi hermana.

—Carreras, no se equivoque al intentar defender lo indefendible.

Un ahogado silencio se cernió sobre la habitación, ya que ninguno se resignaba a aceptar las palabras del otro. El ambiente, sin dudas, estaba enrarecido.

Sin saber cómo resolver la situación, Mariano cambió de tema: —Quería decirle que he evaluado la propuesta que me hizo llegar no hace tanto por la cuestión del nuevo emprendimiento que piensa implementar en su estancia.

—Así es, creo que es algo nuevo que va a beneficiarnos en el largo plazo.

Felipe sabía que, al volver a la estancia, debía ocuparse de la compra de nuevos animales y de la posibilidad de exportar la carne ovina.

—Me parece muy bien que cuente con ello, pero, por desgracia, lo que me pidió no será posible. Hablé con algunos miembros de la Sociedad y no están conformes con brindarle el apoyo para agilizarle algunos trámites.

—Podestá —dijo al levantarse y apoyar las manos sobre el escritorio—, qué oportuno es que en este momento las puertas se cierren. ¿Cree que no me doy cuenta de que lo hace en represalia por lo sucedido con mi hermana? —Usted se agarra de cualquier cosa —dijo sin convencimiento.

—No me trate de imbécil porque no tengo un pelo. Ni usted ni nadie va a ensuciar a Clarisa y —¿sabe qué?— me cago en usted, en su familia y en los miembros de la Sociedad Rural que dicen que lo apoyan. No los necesito, tengo mis propios contactos y está claro que ha sido un error buscar apoyo en personas como usted. En estos días llega mi socio y con él haré los arreglos que necesite.

Usted formará parte de lo más granado de la ciudad, pero, si la abandonara y visitara mis tierras, vería quién es quién.

Sin más, y tras dejar a Mariano con las palabras en la boca, se retiró mientras maldecía a los Podestá, a Heredia y a todos los que se habían metido con su hermana.

La noche se cernía sobre la ciudad mientras dejaba a un lado la cálida humedad que la había azotado los últimos días. En el Departamento de Policía, todo era movimiento debido a los arrestos que se habían hecho ese día.

Borrachos, reos y prostitutas plagaban las calles, y, aunque en el último tiempo se había llevado a cabo un mayor control para evitarlos, el desborde de apresados contrarrestaba las buenas intenciones de las autoridades y del nuevo gobierno.

—Jefe —irrumpió el oficial López con un mate en las manos—, tiene visitas.

Detrás de él, se asomó Santiago con cara sonriente.

—¡Lamas, qué alegría verlo amigo! —exclamó Tolosa—. Ya pensaba que era hora de reunirnos, dejamos pasar bastante tiempo.

—Así es —dijo al sentarse en un sillón de cuero marrón medio

destartalado.

—¿Toma algo? El alcohol me va a distraer un poco; el día ha sido bastante tedioso.

—Me imagino, y los días tan calurosos y húmedos no ayudan. Le acepto una copa.

De inmediato, Tolosa sirvió dos vasos con ginebra y le entregó uno.

—Veo que puso a alguien en su lugar —dijo en referencia a los golpes que tenía en el rostro.

—Así es, este magullón no es nada en comparación con los que le di a Máximo Uriarte.

—No tiene más que decirme qué sucedió. No sabe las ganas que tengo de tenerlo tras las rejas. No hace más que alardear de su poder y, en cada oportunidad que tiene, no hace otra cosa que buscarme. Se la tengo jurada.

—Somos dos. A mí no me deja vivir tranquilo, menos ahora que sabe que voy a casarme con Béatrice Salcedo.

—¡Ah, con la francesa! Solo la he cruzado una vez, es muy bonita.

—Lo es, pero él no soporta que ella esté conmigo.

—Bien le vale probar de su propia medicina.

—¿A qué se refiere? —A cuestiones del pasado que no vienen a cuento, sino para recordar que Uriarte es un canalla, un malparido.

—Estoy en todo de acuerdo; es un poco loco también —comentó con una sonrisa sarcástica.

—Parece que está enterado de lo de su madre —dijo Tolosa con satisfacción.

—Ese es otro secreto que intentó mantener a resguardo, pero no ha podido. Va terminar tan loco como la vieja esa.

—Antes de que lo haga, quiero tenerlo acá un tiempo —dijo al lanzar una carcajada.

—Mire, no me quiero meter en sus asuntos, pero busqué información y parece que no siempre puede guardar secretos.

—¿A qué se refiere? —Un amigo mío habló con alguien que podría interesarle. Es referido a la fatídica noche en la que aquella muerta de hambre terminó malherida y acuchillada.

—Pero hombre, no se demore y dígame a su amigo que venga a verme.

—Se llama Manuel Hurtado. Tal vez pueda ayudarlo a agarrar a ese malnacido.

—Por supuesto, nada me importa más que acabar con Uriarte aquí dentro.

Santiago se levantó con la satisfacción de haber logrado lo que se había propuesto.

—Tolosa, fue un gusto verlo otra vez.

—El gusto ha sido mío.

Máximo acababa de salir bajo un gris plomizo que presagiaba lluvias. No había podido dormir en toda la noche. Fue a buscar a Gina, pero no la había encontrado. Creyó que estaría por partir y quería dejarle claras algunas cuestiones.

Primero quiso cerciorarse de que ella estuviese en el hotel.

—La señorita Jasmine Fleury continúa en la misma habitación y, por lo que nos ha comentado, será por una estadía prolongada.

—¿Cómo dice? —preguntó sorprendido.

—No me gusta cometer infidencias sobre los clientes, pero le aseguro que ha sido así desde el mismo día en que arribó a nuestro hotel.

Máximo subió sin escuchar las explicaciones que aún le daba el conserje.

— *Mon chéri*, al fin viniste; te esperaba —saludó, vestida con una bata de seda que se le ajustaba a las curvas.

Gina se arrojó y lo envolvió con los brazos, pero, de inmediato, él se los quitó.

—¿Qué has hecho? —Lo único que hice fue esperarte.

—¿Cómo pudiste haber actuado así con una niña? ¿No te bastaba con ser la amante de su padre que, además, necesitabas torturarla? —Parece que ya te fue con el cuento.

—¿Creías que no iba a enterarme? — *Mon chéri*, ella es una joven inexperta y caprichosa. Deberías haberte dado cuenta; además, siempre ha sido una fabuladora, ¿cómo creés que ha llegado a semejantes conclusiones? —Ella es la mujer que amo, le pese a quien le pese. Tus elucubraciones son solo eso y no te creo, Gina. ¿Hago bien en llamarte así o debería llamarte viuda de Thibau? —Estás herido porque nunca nadie te ha tratado como ella. Doy por sentado que no ha querido escuchar razones, porque es una consentida, siempre lo ha sido. Pero estoy convencida de que en un tiempo me darás la razón.

—¿Aún insistís con lo nuestro? Nunca sucederá nada más entre nosotros.

—Los años que tengo —dijo con una sonrisa de costado—, que por otro

lado no son tantos pero sí más que los de ella, me han dado experiencia. Sabés que estuve con varios hombres y a través del tiempo he logrado conocerlos. También te conozco, Máximo, más que a los demás. Siempre hubo alguien especial en mi interior: vos. Siempre te he tenido en el recuerdo y mantenido las ansias de volver a verte y continuar con lo que dejamos en París. Te escuché vociferar que no me querés ni necesitás estar conmigo, pero —¿sabés qué?— te vas a cansar porque nadie la ha soportado. Su padre no la toleraba y su madre enfermó; quién te dice que ella no tuvo que ver con eso, porque era una gran molestia para esa familia. —Hizo una pausa al ver que él la miraba con desprecio. Luego continuó —: No me mires de ese modo, cuando estés dolido y con falta de compañía, acá estaré, sin recriminaciones ni celos ni espectáculos desagradables, solo para recordarte una y otra vez lo que podemos tener juntos.

—¡Basta! —gritó lleno de furia—. Solo vine avisarte que, si en algún momento creí que eras alguien de fiar y a quien le guardaba una estima sincera, eso acaba de derrumbarse.

Máximo enfiló hacia la puerta, pero ella fue más ágil y lo abrazó por detrás.

—No me trates como si fuera algo que no soy —le susurró en el oído.

—No hagas que tenga un mal gesto con vos —replicó tajante. Ella le deslizó los dedos a través de la cintura y vio cómo él se daba vuelta—. Por cierto, no veo tu equipaje listo para partir.

—Porque tomé la decisión de no hacerlo. Creí que era mejor estar a tu lado para cuando me necesitaras.

—No me mientas más; nunca pensaste en irte, ¿verdad? Ella lo contempló y se perdió en la oscuridad de sus ojos.

—Fue una idea que tuve en un primer momento, pero que luego desistí: no quiero perderte, aunque ahora no veas ninguna posibilidad de que estemos juntos. Como ves, he sido sincera, aún te amo como el primer día y continuaré acá para esperarte.

Él se dio vuelta y salió de la habitación, descendió la amplia y lujosa escalera hasta desembocar en el amplio salón.

—¡Máximo! Te busqué por todas partes, pero parece que has estado muy ocupado —dijo una voz detrás de él.

—¡Philippe! ¿Qué hacés aquí? —Me gustaría hacerte esa pregunta, porque yo sigo alojado aquí.

—Tenés razón. Vine por un motivo personal. Y sí, estuve bastante

complicado.

—Si te parece, me gustaría hablar un poco de nuestro tema.

—Por supuesto, como quieras.

Máximo creyó que hablar del negocio que tenían en puerta podría llevarle cierta tranquilidad, pero no fue así.

Béatrice había dejado de lado las clases de Carmela, pero sabía que no podía abandonarla, no solo porque no quería romper el compromiso asumido, sino porque extrañaba verla. La niña era una bocanada de aire fresco en medio del vendaval en que se habían transformado sus sentimientos. Se propuso, entonces, ir al día siguiente.

Dentro de la casa, no habían dejado de ocurrir situaciones nada halagüeñas para ninguno de los que la habitaban, pero, al menos, todo aquello le permitía tener cierto respiro porque su padre ya no estaba tan encima de ella. Sabía que se había presentado Santiago para hablar con él. Ella no necesitaba husmear el tema de la conversación porque sabía que se trataría de los preparativos del casamiento.

En medio de ese clima de tensión, la ansiada tormenta se desató en la ciudad en el mismo instante en que un golpe en la puerta la hizo sobresaltarse.

—La cena está lista y debe venir —informó Bernarda.

—No tengo apetito, que cenem sin mí.

—Don Nicanor me pidió especialmente que se acerque a los demás.

Béatrice supo que no tenía alternativa y que en algún momento debía enfrentar a su padre. Sin hacerse esperar, fue hasta la sala. Aún Clarisa no se había ubicado porque continuaba con su hermano en el escritorio de la casa.

—Sé que no estás del mejor talante, pero día a día mejorarás.

Ella prefirió callar porque era tan profundo el dolor que la atravesaba por dentro que no creía que en algún momento fuera a desaparecer. De nada servía confesárselo a su padre, lo único que haría sería ejecutar alguna otra represalia contra Máximo. Sin embargo, nada de eso solucionaría todo ese pesar.

—Hija, estuve con Santiago, está preocupado por vos. Sabe que hay varias cosas pendientes y, mientras estés aquí encerrada, todo se atrasará.

—Espero mañana cumplir con Carmela y retomar las clases.

—Me parece muy bien, retomar tu actividad te sacará de todo este

malestar.

Pensar en tu nueva vida de la mano de la familia Lamas también, aunque ahora no puedas verlo.

—¿A qué te referís? —A adelantar la boda. La señora Lamas está dispuesta a hacer todo lo que hasta ahora no se hizo, será una gran colaboradora en todo esto. Hija, es lo que necesitas, cuando veas que un hombre puede hacerte feliz, al fin dejarás de pensar en alguien que no te merece.

Béatrice sintió un vahído que le estremeció todo el cuerpo. Sabía que todo eso tarde o temprano se haría, pero no que se adelantaría más de la cuenta. Su mente no podía razonar y no quería escuchar a su corazón, porque la llevaría a una realidad que no podía ni quería ver.

—Al menos decí algo.

—Aún no estoy lista para encargarme de los preparativos, por eso me alegro de que sea la señora Rosario quien se ocupe.

Nicanor asintió sin cuestionar el atribulado semblante de su hija, porque estaba convencido de que todo eso era lo mejor para ella.

Bernarda colocó sobre la mesa una fuente con aves asadas acompañadas de algunas verduras. En ese momento, Clarisa y Felipe se sentaron en las dos sillas que aguardaban por ellos.

—Disculpen la tardanza, pero debíamos aclarar algunas cuestiones.

Béatrice no había dejado de observar los rastros de llanto en el rostro de su amiga y cierto temblor en las manos cuando intentó tomar los cubiertos.

—Nicanor, quería agradecerle todo lo que ha hecho por Clarisa en su estadía en la ciudad. Lo mismo a Béatrice; han sido una verdadera familia para ella.

—Pero ella va a quedarse un tiempo más, ¿verdad? —preguntó con un ahogo Béatrice, que lo último que le faltaba era que Clarisa se fuera en ese momento.

—Hablamos de eso y acordamos que regresará conmigo a la estancia. La familia la espera, la extraña y estoy convencido de que no debería haberla abandonado.

—No los abandoné; es injusto que lo digas —se defendió ella.

—Clarisa, ya te dije que allá todos te esperan y creo que fui muy claro sobre el motivo por el que decidí esto. Aquí no hay ninguna razón para que prolongues tu estadía.

—¿Y yo? —intervino Béatrice—. Hemos estado muy unidas durante todo

este tiempo, no puede marcharse de un momento a otro.

Clarisa no dejaba de sollozar mientras todos a su alrededor hablaban sobre ella.

—Hija, por favor, no hagas más difícil las cosas —dijo Nicanor—. Ya bastante tenés con lo tuyo.

—Béatrice, te esperamos ansiosos en la estancia, lo mismo que a Nicanor.

Será un placer inmenso que nos visiten. Ustedes saben lo que ocurrió aquí y les aseguro que lo mejor es que esté alejada de toda esa gente. Quizá ella no lo vea así, pero es por su bien. Allá están nuestras hermanas y mi esposa, que la entenderán y la ayudarán a superar este momento.

Clarisa ya se había resignado luego de haberle implorado quedarse. Ya no le quedaban más argumentos para defender a Justo Heredia; ni su valía ni el amor que los unía habían servido para convencer a Felipe.

—¿Cuándo se marchan? —preguntó Béatrice y miró con los ojos húmedos a Clarisa.

—Si fuera por mí, mañana mismo, aunque lo más posible es que lo hagamos en dos días.

Béatrice nunca imaginó que los plazos para todo se acortasen de ese modo tan vertiginoso.

Las jóvenes se mantuvieron calladas y el resto de la conversación versó sobre cuestiones políticas, de las cuales Nicanor puso al día a Felipe.

—Supongo que necesitás volver rápido a la estancia por los negocios que tenés pendientes allí.

—Así es, aunque me llevará un tiempo implementar la exportación que pretendo llevar a cabo, no así la compra de otra raza de ovinos, que le ordené a mi encargado.

—Ojalá que, cuando lo hagas, puedas destinar parte de la mercadería a Estados Unidos.

—No lo creo. Hasta donde sé, el gran destinatario será Inglaterra.

—Por ahora, pero el gobierno pretende revertir esta situación y ampliar el mercado hacia el Norte. No ha dejado de dar ciertas exenciones a las líneas de vapores de origen estadounidense para que sus derroteros incluyan también nuestro puerto. Hay un interés legítimo en estrechar los vínculos comerciales con los Estados Unidos sin desatender al mercado inglés, con quien tenemos una historia de larga data.

—Ojalá que así sea; de ese modo, seremos varios los que nos veremos beneficiados.

—Por supuesto. En el puerto no se deja nada librado al azar y se llevan a cabo grandes reformas en este momento; además, todas las modificaciones que habían quedado pendientes ya están en la carpeta de los políticos para darle la sanción correspondiente. Ampliar el puerto como Dios manda y brindar las mismas condiciones que otros del mundo nos permitirá estar a la altura de los grandes y comerciar mayores volúmenes de mercadería. Ojalá pueda ser testigo de ese avance.

Los únicos que disfrutaron de la sabrosa comida preparada por la empleada fueron los hombres. Clarisa y Béatrice no habían dejado de susurrarse el estado en que ambas se encontraban. No bien terminó la cena, ambas se refugiaron en las habitaciones.

Clarisa sentía que la cabeza le explotaba en mil pedazos; el llanto, la angustia y la falta de alimento no le permitirían pasar una buena noche. Bernarda le había llevado un té para que se calmara, aunque estaba convencida de que todas las dolencias de la joven se le pasarían de la mano del doctor Heredia, y no precisamente por sus medicinas.

Un fuerte relámpago iluminó el cuarto de Béatrice seguido de un ruidoso trueno; enseguida, un fuerte aguacero se desató sin piedad. Caminó hasta la ventana para cerrarla y evitar que el agua mojara el interior. No bien alcanzó la abertura, otro relámpago volvió a cruzar el cielo y la imagen de Máximo apareció frente a ella. No supo si era producto de su imaginación o si en verdad estaba allí, pero no tuvo tiempo para comprobarlo, porque él empujó la hoja que se cerraba y entró de un salto. Tenía el cuerpo empapado y las gotas de lluvia no dejaban de salpicar todo a su alrededor. De inmediato, con la mano le cubrió la boca a Béatrice para que no pudiera gritar por su presencia. Ella intentó liberarse para decirle que se fuera, pero él la sostenía con todo el cuerpo y terminó por mojarla también a ella.

—Mi vida, no quiero que grites —le susurró en el oído—. He venido porque necesito hablarte.

Máximo veía cómo esos ojos grises cobraban vida e intentaban decir lo que la boca no podía. Ella agitaba la cabeza en ambos sentidos para liberarse de él, de las manos, de su presencia y de la maldición de haberse enamorado del hombre equivocado.

—Está bien, prométeme que no vas a gritar; me costó mucho llegar hasta aquí.

Poco a poco, él deslizó la mano y le dejó la boca al descubierto para cubrísela de inmediato con los labios. Los gemidos que ella emitía de ese

beso robado no se condecían con la resistencia que ponía para intentar zafarse.

Máximo entendía su enojo, pero no estaba dispuesto a dejar pasar más tiempo.

Tampoco soportaba su rechazo, sabía que en algún momento ella cedería y haría lo que estuviese a su alcance para lograrlo.

Con las manos húmedas le sostenía el rostro mientras le daba pequeños besos.

—Déjame, si no querés que grite en este mismo instante —dijo agitada, pero con ansias de revivir las caricias y los besos una vez más.

Máximo no la soltó, pero se distanció lo suficiente como para darle cierta libertad en el movimiento sin dejar de mantener el contacto.

—¿Cómo pudiste venir? ¿Aún creés que todo entre nosotros está igual? ¿Te olvidás de lo que te dije? No quiero volver a verte.

Ella lo tenía de frente y lo miraba fijo. Sentir esos ojos negros sobre los suyos y el calor que ese cuerpo despedía hasta envolverla la hacía vibrar como si estuviera acariciándola. Sentía que él la observaba hasta en el último detalle y no quería que descubriera los pensamientos contradictorios que la acechaban.

Nunca había dudado del amor que sentía por él, pero era muy grande el dolor, la decepción y la humillación que había vivido. Todos esos sentimientos encontrados le hacían imposible que pudiera reconocer que aún lo amaba.

—Recuerdo cada palabra que me dijiste, pero yo te amo como el primer día y no puedo ni quiero estar lejos de vos.

—Y yo no quiero estar cerca —dijo al intentar retroceder.

Ella necesitaba mayor distancia para poder expresarle todo lo que aún le había quedado sin decir. No quería escuchar cuánto la amaba porque hacía más grande la herida que él le había provocado.

—No es así, mi amor. Estás dolida por lo sucedido, pero nuestro amor es para siempre.

—Máximo, no solo ha sido la traición de verte con otra mujer, sino con quién precisamente has estado. De seguro estabas al tanto de todo y te burlaste de mí y de mis sentimientos.

—¿En verdad pensás que puedo ser así? Ese pensamiento lo puede tener tu padre y todos aquellos que me odian; vos no. Sos la única persona que me conoce y que sabe que hay una parte pura, limpia y cristalina en mí que está reservada solo para vos. Puedo entender que estés enojada con el malentendido, porque para mí no es más que eso, pero nunca dudes del amor

que te tengo.

—¿Nunca supiste su nombre ni con quién había estado casada? —No, siempre la llamé por el nombre que tenía cuando nos conocimos.

Además tampoco creí que fuera capaz de hacerle algo semejante a una niña.

—Eso ya no importa.

—Claro que sí; no quiero que te preocupes más por ella —dijo mientras le acariciaba la mejilla con el pulgar.

—No pienso preocuparme por ustedes —replicó al moverse para no sentir el roce y las caricias que le daba.

Podía negar con la cabeza y decir que lo quería lejos de ella, pero su cuerpo reaccionaba de otro modo.

—Mi vida, basta con todo esto.

—Vos deberías acabar con todo esto, porque mi padre acaba de decirme que voy a casarme muy pronto con Santiago Lamas. Adelantó la boda y será solo una cuestión de días para que... Béatrice no pudo anticipar el movimiento de Máximo cuando la tomó por la cintura y la envolvió con los brazos para devorarle la boca. La sola imagen de ella con otro hombre lo devastaba, más todavía si ese hombre era Lamas.

—No vas a casarte con él ni con otro hombre que no sea yo.

—No insistas con eso.

—Además, tu prometido es una mierda de persona; no ha hecho otra cosa que esperar para dar el zarpazo con vos y de ese modo lastimarme.

—Quizás él me ame de verdad.

—Por favor, no seas necia y no te hagas eco de sus estupideces. Él solo busca perjudicarme y eso es lo único que le importa, porque es incapaz de amarte.

—Claro, porque ningún otro puede fijarse en mí y querer hacerme su mujer.

—Él no podrá hacerte suya porque ya sos mía.

Máximo volvió a besarla con desesperación, con hambre por sentirla, por acariciarle con la lengua la profundidad de la boca; volver a saborearla era algo a lo que no estaba dispuesto a prescindir. Esa vez, ella abandonó de a poco la resistencia y le permitió que se acercara un poco más. Estar cerca de Béatrice le permitía saber que todo tenía sentido y que podía cambiar.

—Hay algo que debés saber —dijo al separarse un poco—. Lo descubrí estos últimos días: con Lamas no solo nos une el odio que nos tenemos, sino

también la sangre. Según me dijo, es hijo de mi padre y de su madre.

—¿De Rosario y de tu padre? —preguntó sorprendida.

—Así es, por eso está lleno de resentimiento, rabia y odio, por haberse criado a la sombra de lo que él pretendió ser.

—Creés que eso lo hace peor —afirmó Béatrice.

—Por supuesto, está lleno de ira y no ve más allá de eso.

Ella recibió con gran impacto la noticia, no solo por lo que significaba para él, sino porque había algo más que lo separaba de Máximo. El rechazo que él mostraba hacia Santiago era el mismo que ella había sentido en carne propia al ser hija de otro hombre. Una vez más, la humillación, el dolor y la falta de cariño regresaba a ella. Gina o Jasmine o como se llamase era parte de todo aquello.

Todo volvía a repetirse frente al hombre que aún amaba, pero con el que no podía estar ni un segundo más.

—Quiero que te vayas.

—Béatrice, no debés ponerte así, ¿qué sucede ahora? —Quiero que te vayas —susurró ahogada en lágrimas.

—Solo si me prometés que vas a pensar solo en mí, en nosotros y en nuestro amor.

Ella no contestó. Él volvió a tenerla entre los brazos para besarla por última vez esa noche. No podía cometer la locura de quedarse; aunque se muriese de deseos por hacerlo; debía darle tiempo e ir despacio hasta que ella deseara estar con él como antes.

Máximo volvió hacia ella, la acarició con la mirada y entre los dedos tomó el colgante en forma de ángel que le había regalado. La miró de un modo especial, cómplice, porque sabía lo que significaba que ella aún lo llevara sobre el pecho.

Luego, sin más, desapareció en medio de la oscuridad.

CAPÍTULO 24

Cuando el amor no es suficiente

En los últimos días, Máximo no había dejado de recibir malas noticias que lo complicaban cada vez más. Parecía que el mundo conspiraba contra él. Acababa de recibir un mensaje escrito en unas pocas líneas que le avisaba que Fermín Montero lo esperaba en su casa. Sabía que sería algo de importancia por el modo en que lo citaba, por lo que no tardó demasiado en cambiarse y dirigirse allí.

Dentro de la finca de la familia Montero, Fermín lo esperaba en el escritorio de la casa.

—Máximo, ¿cómo estás? Se levantó de inmediato para estrecharle la mano en un afectuoso saludo.

—Hola, Fermín.

—Sentate, por favor.

—Gracias, aunque debo decir que me preocupa toda la preparación que hacés para hablarme.

—Tendría muchas cosas para conversar, pero prefiero ir directo al grano y decirte el motivo por el cual te cité.

—Adelante, por favor.

—Prefiero ser yo el portavoz de la noticia que te darán en unos días. Sabés que mi esposa forma parte de la Sociedad de Beneficencia y se reúne de manera periódica con otras mujeres para tratar distintos temas referidos a las instituciones que administran. Te aseguro que por más que los años pasen y se creen nuevos organismos para controlarlas, en algunos aspectos esa entidad no ha perdido el poder que ostenta desde hace tanto tiempo.

—¿Qué decisión han tomado que pueda perjudicarme? —preguntó sorprendido.

—No han sido todas las mujeres, pero sí algunas con el suficiente peso para solicitar la expulsión de algunas internas que están allí desde hace mucho tiempo, todo gracias a un dictamen firmado por algunos médicos que están de acuerdo con esa postura; creen que ocupan un lugar innecesario y deberían

quedar al cuidado de sus familiares. Según dicen, no permiten que se cumpla con la finalidad del hospital, ya que hay otras tantas enfermas que deambulan por la ciudad sin tener la atención necesaria que ellas han recibido durante tanto tiempo.

—Fermín, estarás al tanto de a quién tengo internada en ese hospital, ¿verdad? Él asintió, ya que se había ocupado en saber el motivo que lo tenía tan preocupado a Máximo. Su esposa le había contado algunos de los dañinos comentarios que se hacían en algunas de esas reuniones.

Máximo se levantó de golpe y se paseó por la sala mientras se pasaba los dedos por el cabello, lo que le delataba los nervios que lo asaltaban.

—Estoy seguro de que la propulsora de todo esto es Rosario Lamas — lanzó con furia—. Ella y su familia son la misma mierda. No te imaginás lo que ha debido lidiar mi madre por el hostigamiento de esa mujer, que bajo la apariencia de inspectora del lugar, no ha dejado de ir vaya a saber desde hace cuántos años solo para hacerle daño. Esa sí que está loca y te aseguro que debería quedar encerrada allí adentro.

—A ella la conozco desde hace mucho tiempo; supo tener una amistad con mi esposa y con el resto de las integrantes de la institución.

—Yo me encargo, no te preocupes. En este momento estoy con muchos problemas, pero te agradezco que me lo hagas saber antes de que sea tarde.

—Por lo que creo, la decisión la darán a conocer a último momento, así no se tiene demasiado posibilidad de patelear. Imaginate que muchas de las internas que están allí no deben de tener una familia que se ocupe de ellas.

—Gracias, Fermín; ahora dispondré de todo para ser yo quien la saque de ese hospital nauseabundo.

Máximo se aproximó a su amigo para saludarlo y salir de allí.

—Te acompaño.

Ambos traspasaron un pasillo que daba a la sala, donde estaba sentada Carmela frente a la mesa con algunos cuadernos apilados y unos lápices con los que no dejaba de jugar.

—Carmela, ¿dónde está tu madre? —Tuvo que hacer un recado y estoy preocupada porque Béatrice aún no ha llegado.

—¿A qué hora debía venir? —Hace un rato ya.

—Fermín, mejor me voy, veré qué puedo hacer.

Se despidieron con un fuerte apretón de manos y Máximo salió a toda velocidad.

Béatrice había apurado el paso porque no quería llegar tarde a lo de Carmela, por pedido de la señora Montero y porque ella deseaba verla y retomar las clases, al menos mientras pudiera. Habían sido tantos los cambios que sufrió en el último tiempo que tampoco podía aventurar hasta cuándo seguirían. Sin embargo, cuando ya faltaban unos metros para llegar, detuvo la marcha cuando de golpe apareció Jasmine, que descendió de un carruaje que estaba estacionado en la esquina por donde ella iba a cruzar.

—Alejate de mí —exclamó Béatrice al ver que se le acercaba.

Ella no entendía cómo luego de haber huido de París, después de dejar atrás tanto dolor, ahora todo regresara de la mano de esa mujer infame.

—Hace tiempo que lo estoy y pretendo estar más lejos aún. Solo quiero cerciorarme de que tomarás la decisión correcta: no molestar a Máximo.

—Lo que suceda entre él y yo no es de tu incumbencia. Bastante te inmiscuiste ya en mi familia al humillar a mi madre y al usurpar un lugar que nunca te correspondió, aunque ahora que te veo bien —dijo luego de mirarla de arriba abajo—, el dinero que obtuviste luego de convertirte en la viuda de Thibau no cambió tu aspecto vulgar.

—Pero ¡quién lo dice! —tronó mientras se aproximaba para resoplarle en el rostro—. Esa es tu opinión, pero deberías preguntar por qué mi vulgaridad atrae tanto a los hombres, en especial a tu padrastro, que dejó todo por mí.

Béatrice podía sentir cómo todo el dolor y la humillación de la que fue víctima se revelaba dentro de ella para dejar fluir la inquina que esa mujer le generaba.

—Él, en ese sentido, era igual a vos —lanzó con toda la rabia que se le esparcía por las venas. Estar a pocos centímetros de ella la devolvía a aquel pasado al que no deseaba regresar.

—Entonces, ¿qué me decís de Máximo? Siempre le he gustado y se ha sentido atraído por mí.

—Eso no es lo que él me dijo. —Ella intentaba por todos los medios que el temblor que se le había apoderado del cuerpo no fuera notorio.

Aferró las manos con fuerzas a unos cuadernos que llevaba, como si de ese modo pudiera aplacar los nervios que tenía. No quería demostrarle que aún ella tenía el poder de dañarla, ya había dejado de ser la niña que se atemorizaba cuando la encerraba con la anuencia de su padre. No toleraba saber que los labios de él la habían besado ni que sus manos habían

acariciado ese voluptuoso cuerpo.

—Quiero que sepas que nada de lo que me digas va a dañarme; dejé de ser una pobre niña atemorizada.

Béatrice retomó la caminata solo unos pocos pasos, porque Jasmine le gritó algo que la dejó paralizada: —¿Tampoco te atemorizaste cuando tu linda alumna recibió la muñeca que tanto querías? Una vez más, Béatrice confirmaba lo deleznable que era la mujer que tenía enfrente.

—Al principio dudé de que fueras vos quien la había enviado, pero es claro que no hay nadie tan cruel como vos. Ni se te ocurra siquiera volver a molestar a mi alumna.

Jasmine sonrió y se le iluminó el rostro.

—Quien no ha querido dañarte ha sido Máximo, porque te tiene cariño, y en nombre de ese cariño de seguro que no debe de haberte contado lo que tuvimos hace mucho tiempo atrás.

—Ahora la que da lástima no soy yo. Tenés que aferrarte a algo que ambos compartieron en uno de los primeros viajes que él hizo a París, cuando yo apenas era una niña. Como ves, él me lo contó.

La viuda de Thibau la tomó del brazo para que escuchara lo que aún tenía para decirle.

—Pero estoy convencida de que no te contó cómo nos amamos en su último viaje a París. Él no pudo resistirse al sentimiento que siempre nos ha unido. Si querés más datos, te informo que estuvimos en la habitación del hotel donde se hospedaba. El arrebato y la pasión que nos consumía no permitieron que alcanzáramos la cama y me hizo suya antes de revolcarnos sobre ella. —Hablabamos mientras se regocijaba de ver cómo el semblante de Béatrice palidecía—. Por cierto, supongo que te habrá gustado la alhaja de la joyería Heurgon, donde te la compró. —Observó cómo de modo instintivo Béatrice se llevaba los dedos al pecho para rozar el ángel que atesoraba con tanto amor. Luego continuó—: No quiso desarmar el paquete para mostrármelo, pero sé de su buen gusto. —La miró con detenimiento y soberbia—. No pongas esa cara; si mirás a esta vulgar mujer, te darás cuenta de que no solo mi aspecto lo hace enloquecer. Claro que hay algo más y estoy convencida de que una niña inexperta y sin encanto lo desconoce. *Ma chérie*, el modo en que lo trato en la intimidad hace que me suplique más y más.

El sonoro cachetazo que le estampó Béatrice en la mejilla acalló cualquier otro comentario que pudiera decir.

—No me sigas —lanzó mientras la mano le escocía. Ella le provocaba

todos y cada uno de los sentimientos más bajos que alguien podría poseer—. No quiero volver a verte cerca. Si deseás estar junto a Máximo, podés trabajar en su burdel, estoy segura de que serías una excelente *prostituée*.

Máximo salió de la casa de los Montero, preocupado por Béatrice y en saber dónde estaría. Sin embargo, la vio parada a unos pocos metros de allí. Apresuró de inmediato el paso al darse cuenta en compañía de quién estaba.

—¡Béatrice! —clamó mientras corría junto a ella.

Verla cerca de Gina no hizo sino confirmar lo que suponía. El gesto que tenía en el rostro nunca antes se lo había visto.

— *Mon chéri* —clamó Gina y se abalanzó hacia él.

Máximo hizo caso omiso de ella y buscó a Béatrice, que huía de allí como si hubiera visto al mismo diablo.

—Mi amor —dijo él al tomarla del brazo y notarle los ojos grises anegados de lágrimas y el cuerpo convulsionado.

Máximo se hartó de los escarceos de Gina, tomó a Béatrice, sin considerar que ella luchaba para desembarazarse de sus brazos, y la arrastró hasta el carruaje. No le importó que la gente que deambulaba por allí lo viese, menos aún que Gina se quedase plantada; tampoco que Béatrice debiera cumplir con sus obligaciones, pues en ese estado, lo que menos podía hacer era dar una clase. La mantuvo abrazada mientras intentaba que se calmara; sin embargo, parecía que con cada instante que transcurría ella empeoraba.

—¿Qué sucedió? Mi amor, por favor, hablame.

—Dejame ir —contestó entre hipos.

—No hasta que me digas qué pasó.

—Máximo, si en algún momento me quisiste, tenés que dejarme ir. No me lastimes más. No puedo tolerar tanto dolor, tanto engaño y tantas mentiras.

—No sé qué te habrá dicho, pero nada de lo que decís es real. Te amo por encima de todo.

—Por favor, no me mientas; solo por un instante sé sincero conmigo.

Ella lo miró para hurgar en la oscuridad de su mirada, esa que la había seducido desde el primer momento en que lo vio.

—Te doy la última oportunidad para que lo hagas, ¿has estado con ella en tu último viaje a París? —Ya te dije que me encontré con ella.

—Me refiero a si ella te visitó en la habitación de tu hotel.

—Vino a verme el día antes de mi partida.

—Dejame ir —imploró entre sollozos.

—No, quiero que me escuches.

—Ya es tarde, no quiero escuchar más mentiras.

—No son mentiras las que tengo para decirte. Es verdad que estuvimos en mi habitación. Ella fue solo una equivocación, porque nunca significó nada importante para mí.

—No puedo creer cómo podés estar aquí y decirme todo esto. Recuerdo que cuando te despediste, me dijiste que no sabías cómo harías para estar alejado de mí y que te esperara. Sin embargo, cuando tuviste la oportunidad, te lanzaste sobre la primera mujer que se te cruzó. Esta vez no me queda más alternativa que creerle a ella; sin dudas, estaba en lo cierto cuando me dijo que lo de ustedes fue y es importante.

—No sigas, no te podés hacer eco de las mentiras de Gina; es una mujer despechada, solo eso. Tampoco podés dudar del amor que siento por vos. Me deshace pensar que no veas cuánto te amo.

—¡Déjame ir, no sigas! —Ni la rabia que ahora sentís ni la negativa de tu padre y menos aún la insistencia de algún imbécil van a poder hacerme a un lado. Nunca voy a dejarte ir, porque sos mi vida.

—Si fuera así, habrías actuado de otro modo. Quizás “ese otro” me ame de verdad.

—No vuelvas a repetir eso —dijo mientras le sostenía el rostro con ambas manos.

—No quiero volver a verte.

—Mi vida, actuás de un modo precipitado. Sé que me amás.

En ese instante, se detuvo para contemplarla; lo desgarraba por dentro saber que ella dudaba de sus sentimientos. Él más que nadie sabía de la espera, de la entrega y de lo que ambos habían luchado para estar juntos.

—No te amo —confesó en un susurro y la cabeza baja.

Máximo no se hizo eco de lo que había escuchado y con los dedos le levantó el mentón para tenerla a pocos centímetros. Podía acariciarle el aliento y sentirle la alterada respiración.

—Quiero que me lo digas mientras me mirás a los ojos —le resopló sobre los labios.

Ella no podía estar mucho más allí dentro. Su presencia la obnubilaba, la turbaba de un modo tal que le costaba respirar, pero debía decirle algo para que al fin se diese cuenta de que así no podían continuar. Había demasiada gente que conspiraba contra ellos y demasiadas mentiras. Hizo el último esfuerzo por mantener la poca dignidad que le quedaba, lo miró a los ojos y repitió: —No te amo. Ahora sí podés dejarme ir.

Máximo la devoró con la mirada, la contempló como si quisiera grabarse para siempre cada parte de ese rostro que tanto amaba. No tardó ni un instante en besarla con desenfreno, hambre y desesperación. Se entregó a un beso exigente y demandante que ella no pudo eludir. Sus lenguas se trenzaron en una lucha que de antemano estaba perdida, porque, aunque ella lo negase, ambos estaban rendidos al amor que se profesaban. Él le hundió los dedos en la larga cabellera para acercarla más, si eso era posible. De golpe se separó y le observó la boca entreabierta y enrojecida por haber sido besada con voracidad.

—Ahora no seas vos la que mienta —le gimió sobre los labios—. Nadie va amarte ni a cuidarte como lo hago yo. Él no es el indicado, solo yo lo soy; y, aunque repitas hasta el hartazgo que no querés estar a mi lado y que no me amás, lo único que hacés es huir de lo que en verdad sentís. Tu felicidad y mi felicidad van de la mano; no nos arrastres a una vida desgraciada.

Ella al fin tuvo la fuerza necesaria para salir del carruaje, ya no podía tolerar escuchar otra palabra más, no podía sucumbir otra vez ante él. El único modo de eludirlo era huir de allí. Lo logró porque él le permitió que lo hiciera, pero bajó detrás de ella y antes de que le diese tiempo para volver a abrazarla, ella se dio vuelta, se arrancó el ángel que le pendía del cuello y lo tiró al piso, para luego correr hacia la casa de la familia Montero.

Máximo no la siguió porque sabía que allí encontraría la tranquilidad que necesitaba de la mano de la señora Ángela, que la apreciaba mucho. Luego se inclinó para tomar el colgante y se lo guardó en el bolsillo del pantalón con la promesa de volver a colocárselo. Era allí, sobre su pecho, el único lugar donde el ángel debía estar.

En el Hospital de Mujeres Dementes se vivía la tensa calma que antecedió a la tormenta. Ya nada era igual, al menos para el doctor Heredia. Los últimos dos días habían sido un calvario por la negativa y la necedad del hermano de Clarisa, que lo habían complicado todo.

Aún recordaba cuando llegó a la casa de Salcedo y observó atónito que el cochero colocaba baúles y demás bártulos en el carruaje. Era inminente la partida. La desesperación que sintió nunca antes la había vivido; ella no podía irse, no de ese modo, no antes de que le diese la oportunidad de hacer algo para retenerla.

Luego de volver a discutir con Felipe, ella apareció envuelta en lágrimas y se aferró a él sin importarle nada más. Aún podía sentir el cálido cuerpo que le sollozaba sin consuelo sobre el pecho.

—Ahora debés irte, pero prométeme que me esperarás —le había dicho.

Ella había asentido sin demasiada convicción. Sabía que el campo no era un lugar para todas las personas, menos para alguien que estaba asentado en la ciudad y que había hecho de su profesión un culto. Ella lo amaba demasiado como para esperar semejante sacrificio, porque entendía que, el día menos pensado, las recriminaciones saldrían a la luz. Estaba segura de que luego de un tiempo, él reacomodaría su vida y quizás volvería a la comodidad que le ofrecía la familia Podestá.

Luego de mirarlo, se dirigió hacia donde lo esperaba Felipe. Quizás él no estaba tan equivocado en todo lo que le había dicho respecto de Justo, que no soportó verla partir a bordo del carruaje mientras se bamboleaba al atravesar las calles de la ciudad. Esa imagen lo había acompañado durante las últimas horas y no podía quitársela de la cabeza.

En medio de los papeles que tenía esparcidos en el escritorio, el doctor se centró en completar una de las últimas notas. Tomó la pluma, humedeció la punta en el tintero y comenzó a escribir.

Nota sobre Teresa Uriarte

Desde que me hice cargo del tratamiento de la paciente Teresa Uriarte, no he dejado de cuestionarme si en verdad las teorías que avalaban mi conocimiento eran ciertas y aplicables a este caso. He buscado y analizado todas las aristas para, al fin, poder hacer un diagnóstico. No es verdad que ella no podía comunicarse para expresar su dolor, solo que lo hacía a su modo mediante largos silencios y profundas miradas que buscaban dar un poco de paz al hostigamiento al que estuvo sometida por una dama que actuaba como inspectora en el hospital y que había sido amante de su esposo en el pasado.

La paciente atesoró dentro de su mente perturbada durante largos años solo los momentos más felices de la vida. Saber que todos los días al mismo horario en el patio de la institución esperaba a su único amor, le daba fuerza y ánimo para levantarse y comenzar un nuevo día. La mente le ha oscilado en un permanente devenir del pasado al presente sin poder ubicarse en el tiempo ni en el espacio. Cabe aclarar que varios son los

momentos en que ella ha conservado la lucidez que la mantenía en la realidad, y es allí cuando ha podido expresar lo que siente y percibe. A veces lo ha hecho respecto de algo que aconteció en el pasado; otras, en relación a situaciones que vive en ese mismo instante.

Durante este tiempo, el vínculo con su hijo la ha mantenido alerta. Es en ese vínculo y en el tiempo vivido con su esposo donde se refugia para revivir aquella etapa familiar. Aún lo espera, y lo esperará siempre, mientras viva y permanezca dentro de los muros de la institución. Mientras ella considere que hay una luz de esperanza de poder reencontrarse con su esposo, el corazón le latirá.

El resto del tiempo se ha mantenido en pie a pesar de su alma resquebrajada, porque es así como ha estado desde que fue encerrada, no solo dentro de los muros de este hospital, sino también en la celda del desamor y de la traición.

En el largo período en que ha estado internada, fue sometida al cumplimiento de las normas que la institución estableció. Durante la administración de las religiosas, se ha acogido a los rezos al que eran obligadas las internas; sin embargo, no fue el componente religioso impuesto por las hermanas lo que la llevó a aferrarse a la religión. La aparición de aquella extraña dama que solía mencionar no solo en algunos de mis encuentros, sino también cuando su hijo la visitaba, hacía velada referencia a la señora Rosario Lamas, que se ha aprovechado de la mente débil y perturbada de la paciente para reforzarle la idea de que ha sido solo culpa de ella que su esposo se hubiera ido, lo que confirma así que ese es el motivo por el cual cumple con la penitencia de rezar sin que alguna vez le llegue la redención.

Ningún tratamiento habría prosperado ante semejante hostigamiento. El haberse aferrado a esa ignota dama no solo se debió al debilitamiento de su mente, sino a saber que el único lazo que tenía con su esposo era a través de quien había deshecho su matrimonio. Ese fuerte vínculo la ataba a la institución porque sabía que solo dentro del hospital vería a esa mujer, que no dejaba de hablarle una y otra vez de su esposo, aunque fuese solo en un tono de recriminación. Por eso creo que el cuadro que presenta no se refiere solo a un fanatismo religioso, como podría diagnosticarse en primera instancia, sino que es una conjunción de varias patologías que confluyen en una enferma crónica sin rasgos violentos, sumergida en una gran melancolía.

A esta altura de su enfermedad, considero que no podrá salir de ese estado en el que se ha mantenido por años y que, de algún modo, no ha hecho otra cosa que protegerse y desconocer que fue una víctima del desamor, de la soledad, de la traición y de la maldad ajena.

Dejó la pluma con la que había escrito la última nota y se quitó los anteojos para frotarse los ojos, que tenía irritados por el cansancio y el hartazgo que le provocaban ciertas cuestiones que no le daban respiro. En medio de esa situación, alguien irrumpió en el escritorio, aunque esa vez no se alteró; ya nada podía perturbarlo.

Vio que se asomaba Máximo Uriarte y, por su aspecto, parecía que no estaba de buen talante, pero, a decir verdad, poco le importaba.

—Hoy es un día en el que estoy muy complicado, no creo que pueda atenderlo como corresponde —dijo para fingir una excusa.

—Tampoco es un buen día para mí, pero lo que vengo a decirle es una decisión ya tomada.

—Tome asiento.

—Debe de estar al tanto de los rumores que corren sobre lo que alguna vez nosotros hemos discutido.

—Se refiere a la expulsión de algunas internas crónicas.

—Así es.

—Veo que tiene buenos informantes, porque acabo de tomar conocimiento de todo eso. De momento solo se refieren a unas pocas pacientes; su madre es una de ellas.

—Ya no me interesa cuestionar todo esto; solo quiero informarle que mi madre no estará más aquí, así lo he resuelto.

—Imagino cómo debe sentirse, pero no creo que sea lo mejor para ella. Soy consciente de todo lo que ha sucedido y creo que sacarla de su ámbito cotidiano será perjudicial. Mal que le pese, aquí es donde vivió gran parte de su vida.

Comprendo la decisión, pero no sé qué sucederá con ella.

—De un modo u otro, van a sacarla de aquí, entonces prefiero adelantarme y evitarle el bochorno de que la echen a la calle por la arbitraria decisión de algunas mujeres que, bajo el amparo de la caridad, no han hecho más que daño, en especial a mi madre.

—Entiendo de lo que habla y estoy en todo de acuerdo con usted. La caridad pública significa poder para algunas de estas damas. Quizás, si

hubiera estado más tiempo aquí, habría descubierto lo que sucedía con las inspectoras que venían, que lo que menos hacían era cumplir su función. — Quiso detenerse, pero sintió que ante Máximo podía expresar todo lo que pensaba de ese lugar—.

Sepa que siempre intenté hacer bien mi trabajo con todas las internas y en particular con Teresa. Las medidas de higiene implementadas, aunque no en la cantidad a la que yo aspiraba, permitieron instrumentar la medicalización en la institución y me enorgullece ser parte de eso. No obstante, y respecto a su madre, creo que se comete un grave error al sacarla de aquí; la cura para ella nunca llegará y lo importante es que continúe su vida de un modo apacible.

—Ella nunca va a curarse, de eso he tomado conciencia hace un tiempo; no puedo engañarme y creer que vivir aquí, en medio de tanta locura, es lo ideal.

Creo que el lugar en el que ella desea estar, junto a la persona que tanto añora, nunca lo tendrá.

—Lo sé.

—Entonces buscaré la forma de que sufra lo menos posible.

—No puedo darle ninguna solución porque tampoco sé cuál es mi futuro.

—¿Se va? —No del modo en que me gustaría. Han dejado correr los rumores de que mi desempeño aquí dentro no es el mejor. Por supuesto que sé dónde han surgido estos comentarios malintencionados. Esto que sucede conmigo es personal. He tomado ciertas decisiones que afectan a demasiada gente. En represalia, me han atacado en un lugar muy sensible para mí, como lo es mi profesión, a la que me he dedicado con real empeño. No obstante, tengo posibilidades de irme a otro hospital. El Hospicio de las Mercedes está a cargo del doctor Lucio Meléndez desde hace cuatro años. Las reformas que se realizan allá son un ejemplo para el resto de las instituciones médicas, y él sí ha podido llevarlas a cabo. Nos conocemos desde hace un tiempo, él ha sido mi mentor y me insistió para que lo acompañara. Pero eso no es lo que me preocupa en este momento.

—Creo suponer a lo que se refiere. —Máximo estaba al tanto de los vaivenes de Clarisa gracias a lo que le había contado Béatrice—. Bien, al menos parece que en esto ambos coincidimos.

—En tal caso, es una triste coincidencia.

Máximo se levantó de la silla para al fin salir de ese lugar, que siempre le había causado escozor. Por lo pronto, se alegraba de no tener que pisar de nuevo el Hospital de Mujeres Dementes.

—Espero verlo en otro momento y que todo esto haya pasado.

—Ojalá, aunque debo confesarle que no sé por dónde empezar —dijo el doctor Heredia desesperanzado.

—No creo ser un buen consejero —dijo al esbozar una cálida sonrisa—. Si me necesita, sabe dónde encontrarme.

Rosario Lamas no había dejado de recorrer las distintas tiendas de la ciudad en busca de los mejores vestidos para el casamiento. Había renunciado a una gran boda en pos de adelantarla, ya que creía que sería beneficioso para ambas familias. Por otro lado, Nicanor le había facilitado todo para que ella se moviese sin preocupaciones y, más allá de que no necesitaba ningún aporte económico, él se lo había brindado. Eso demostraba la voluntad de todos para que la unión se concretase lo antes posible.

Por otro lado, ella no desconocía las andanzas de su hijo y no quería que algún mal movimiento pusiera en peligro todo. Ya había logrado lanzar a Teresa Uriarte del loquero en el que estaba sin que nadie sospechara cuál era el real motivo; se habían corrido algunas habladurías, pero eran solo eso.

Por segunda vez en la semana, había concurrido a la tienda A la Ciudad de Londres para hacer más compras.

—Qué placer tenerla por aquí otra vez —le dijo la dependienta con una sonrisa.

—Ya te dije, querida, estoy detrás de todos los preparativos.

—Señora Lamas, felicitaciones por la buena nueva.

La mujer observó la refinada vestimenta de una mujer que se le acercaba, tan elegante como solía estar siempre en cada acontecimiento social del que participaba.

—Finita Iburguren, ¿cómo estás?, ¿cómo andan tus padres? —saludó con tono afectado.

—Muy bien, por cierto, y yo aquí me regodeo con las novedades que trae la tienda.

—¿Quieres tomar algo fresco? —¿Lo podemos dejar para otro día? Acabo de llegar y te aseguro que tengo para mucho más.

—Ha sido un placer encontrarte y envíale mis respetuosos saludos a tus padres.

—Serán dados.

Luego de despedirse, la señora Lamas volvió a centrar la vista en la

dependienta mientras le daba algunas indicaciones para que parte de las compras fueran enviadas a su domicilio.

Algunas farolas ubicadas en las esquinas iluminaban las profusas sombras que intentaban oscurecer la ciudad; sin embargo, sobre la calle Del Temple, todo era regocijo. Allí dentro, las mujeres deambulaban con descarada sensualidad mientras contorneaban los voluptuosos cuerpos.

Violeta estaba allí desde hacía un buen rato, pero su atención no estaba centrada en los clientes que no dejaban de mirarla, sino en el dueño del burdel.

Máximo no se veía bien, aunque intentara demostrar que nada le sucedía. Estaba claro que pretendía mostrarse de un modo que no era el real. Supo en ese instante que algo debía hacer, pero tenía que esperar; por eso buscó con la mirada a un cliente que no dejaba de observarla y fue hacia donde estaba.

Máximo observaba aquel lugar que era un refugio para él, el que tantos momentos de alegría le había brindado. Con la copa entre los dedos no dejaba de pensar en cómo todo había cambiado. Solo él sabía cómo se sentía por dentro; sin embargo, se aferraría a lo último que le quedaba para no perder a su único amor, a su vida.

La noche transcurrió como siempre hasta que los tenues rayos del sol comenzaron a filtrarse a través de la pesada cortina que pendía de la ventana.

Las huellas del trabajo realizado aún estaban visibles en el cuarto, pero Violeta, sentada frente al espejo, solo se centraba en quitarse los restos de maquillaje con un paño. Luego se colocó una loción para darle lozanía al cutis y buscó en el ropero una prenda acorde a la visita que planeaba hacer.

Hacía mucho que no se vestía de ese modo y no era común encontrar en su ropero un vestido como ese, con colores apagados y sin que destacase sus formas. Por suerte, no había cambiado demasiado la silueta y le calzaba a la perfección; sin dudas, ese era el indicado. Se recogió el cabello y buscó un bolsito con los mismos tonos del vestido que había usado unas pocas veces.

Cuando estuvo lista, volvió a dar otra vuelta y constató que la imagen que le devolvía el espejo era la apropiada. Luego, cerró la puerta y bajó la escalera.

—Buen día, Máximo.

—¿Violeta? —preguntó sorprendido al verla vestida de ese modo—. Por

tu atuendo, parece que vas a visitar al doctor.

—Exacto.

—¿Sucede algo que deba saber? —Nada importante; deberías saber que me hago todos los controles necesarios. ¿Necesitás algo o pensás retenerme mucho más tiempo? —Andá tranquila.

Ella no se hizo esperar y, al pasar y ver a Félix cerca de la puerta, le guiñó un ojo y salió del burdel.

El trayecto que recorrió no fue muy largo. Al llegar a la casa, llamó a la puerta y esperó a ser atendida.

—Buenos días, ¿a quién busca? —preguntó la empleada.

—A Béatrice, soy una antigua amiga —mintió.

Bernarda la inspeccionó de arriba abajo porque sabía que, por mucho esfuerzo que hiciera esa mujer, no era amiga de la señorita Béatrice. La recordaría si la hubiese visto antes.

—¿Por qué asunto es? —Usted debe de ser Bernarda, ¿verdad? Pues quien me ha proporcionado la dirección ha sido Félix.

La empleada se mantuvo inmutable, suponía de dónde venía esa visita, pero estaba segura de que, si Félix le había dado el dato, confiaría en ella.

—Adelante, ya la llamo.

Violeta aguardó en la sala. A los pocos minutos, apareció Béatrice por la puerta sin esconder la sorpresa que significaba que aquella mujer estuviera allí.

La invitada se acercó a saludarla y pudo observar la belleza de ese rostro lozano e inocente de la joven dueña de casa. Entendió por qué Máximo se había enamorado de ella, a pesar de tener a su alcance a tantas otras mujeres, incluida ella misma.

—Buen día, no sé si me recordás, nos hemos visto antes —comentó Violeta.

—Claro que sí; sé quién sos.

—¿Desean tomar algo? —interrumpió Bernarda.

—No, gracias.

—Yo tampoco, gracias —dijo Béatrice. Luego se dirigió a Violeta—: Sentémonos.

—Pensé bastante antes de venir a verte; no suelo inmiscuirme en temas ajenos, aunque esto también me compete.

—¿A qué te referís? —A Máximo.

—Violeta, disculpame, pero no es un tema que quiera tratar ahora.

—Pero yo sí y te pido que me escuches. —Observó cómo había captado la atención de la joven para proseguir—: Con Máximo nos conocemos desde hace mucho tiempo. Recuerdo que la primera vez que lo vi me impactó, porque es un hombre atractivo como pocos. Él no pasa desapercibido en ningún lugar en el que esté, muy por lo contrario. Yo había abandonado mi tierra y llegué en un barco hasta el puerto de La Boca. De inmediato me ofreció unirme al burdel para trabajar para él.

Béatrice de inmediato recordó cómo su amiga Juliete le había advertido que se mantuviera lejos de él porque seguro se aprovecharía de su inocencia y la tentaría para que fuera a trabajar con él. Pero nunca había sucedido, al menos con ella.

—Debo confesarte que, como le debe suceder a todas las mujeres que lo conocen, caí rendida a sus pies. No creas que soy una irrespetuosa al decirte todo esto, solo creo que es importante para que entiendas el motivo de mi visita.

—Adelante.

—Cometí el error de enamorarme sin que él me diera ninguna ilusión de que lo nuestro podría tener alguna posibilidad de prosperar. Eso lo entendí luego; sin embargo, nunca quise estar lejos de él, porque descubrí a un hombre que valía la pena, a un hombre que siempre se preocupó por nosotras y que velaba para que nada nos pasara; nos protegió como si formáramos una familia. —Hizo una pausa y continuó—: Cómo verás, a él me une un sentimiento muy profundo y, en verdad, nunca perdí las esperanzas de que en algún momento se fijara en mí del mismo modo en que yo a él. Eso sucedió hasta que apareciste en escena, porque, a partir de ese momento, supe que ni yo ni nadie más tendríamos la posibilidad de conquistarlo, ya que vos te robaste su corazón. Antes de conocerte te detesté, porque no soportaba que una intrusa lo cambiara tanto. Jamás se había comportado como lo hacía cuando estaba con vos. El modo en que te miraba y la desesperación que demostraba cuando creía que algo te había pasado eran únicos. Él revivió a tu lado y sintió que tenía a alguien por quien luchar. —Llena de dolor, pero sin demostrarlo, agregó—: Eso significás para él: su presente y su esperanza. A esta altura te preguntarás porqué te digo todo esto. Sucede que, como nunca dejé de quererlo, no soporto verlo sufrir. Sé que ustedes no están bien, lo noto cada noche en el burdel, aunque él intente demostrar que todo anda sobre ruedas. Te pido que recapacites y le des una nueva oportunidad, porque temo por él. No querría ser testigo de cómo se derrumba si decidís estar con otro hombre; en

especial, si se llama Santiago Lamas.

Béatrice no había podido detener las lágrimas que, una a una, le rodaban por el rostro.

—Yo no... —Sé que no me corresponde hablar sobre él —la interrumpió—, pero Lamas no es lo que parece, puedo asegurártelo. Él ha ido al burdel como el resto de los hombres de la ciudad. Te puedo confirmarte que detrás de ese hombre de buen talante y afable se esconde un hombre siniestro.

Violeta no creyó conveniente confesarle que lo había tenido como cliente en varias oportunidades y que nunca le contó ni a Máximo ni a nadie cómo se había comportado dentro de las cuatro paredes de la habitación. Verlo le provocaba escozor y, si nunca había dicho nada sobre lo sucedido, fue porque no quería empeorar las cosas y porque la había amenazado si lo hacía. Nunca quiso complicar a Máximo más de lo que estaba.

—Lo único que busco es alertarte. Por otra parte, está ella.

Violeta supo que no necesitaba nombrarla, porque estaba segura de que la tal Gina era el motivo del problema.

—Parece que Gina también estuvo en el burdel —ironizó Béatrice mientras Violeta asentía con la cabeza—; es algo que desconocía. De a poco me entero de más cosas. ¡Parece que fueron varias las situaciones que ellos han compartido! —No debería sorprenderte. Ella va a buscarlo adonde él esté, pero no debe preocuparte lo que haga, sino el modo en que él se comporta con ella.

—A ella la conozco más de lo que imaginás, viví su crueldad en París. Pero mi dolor es por cómo él se ha comportado con ella; estuvieron juntos y eso es algo que no puedo superar aunque lo ame con locura.

—Béatrice, estoy convencida de que estás en el camino equivocado si pensás unirte en matrimonio con cualquier otro hombre, sobre todo con Lamas.

—Violeta, te agradezco que hayas venido —dijo para finalizar la conversación—. Al principio dudé de recibirte, pero, a medida que hablabas, entendí tu motivo.

Violeta se levantó porque creía que ya había cumplido su misión, aunque se daba cuenta de que sería difícil hacer cambiar de opinión a Béatrice. Era joven, bastante más que ella, que tenía la edad de Máximo; sin embargo, se la notaba con las agallas que quizás a ella le habían faltado. Eso marcaba la diferencia y confirmaba el hecho de que él estuviera por completo enamorado de la joven.

—Algo especial debe de tener Máximo para que dos mujeres tan

diferentes como nosotras hablemos de él.

Béatrice no pudo más que sonreír ante el comentario, aunque tenía el pecho estrujado luego de la conversación. No había dejado de mantenerse en un estado de angustia permanente, porque, al hablar de Máximo, evocaba la imagen de Gina de manera inexorable.

—Espero verte pronto por allá.

—Quizá nos veamos en algún otro lugar.

La empleada, que merodeaba la sala desde que había llegado Violeta, se acercó para acompañarla hasta la puerta de salida y despedirla.

Luego, Béatrice fue a la habitación, se tiró sobre la cama y lloró hasta quedarse sin lágrimas. Saber que no estaría más con él la desgarraba por dentro, pero peor era recordarlo junto a Jasmine. Por mucho esfuerzo que hiciera, no podía verlo de otro modo. Todo se mezclaba dentro de ella: el profundo amor que sentía por él y el odio visceral que le tenía a la antigua amante de su padrastro.

Se preguntó si habría actuado del mismo modo si la mujer hubiera sido otra, pero no lo sabía; lo único que tenía claro era que un sentimiento se fundía con el otro: amor, odio, traición, decepción y desilusión, Máximo aparecía en cada uno de ellos. Cuánto extrañaba a Clarisa, que hacía unos pocos días había partido; sentía que esa ausencia se había prolongado por mucho más tiempo del que en realidad había pasado.

Escuchó unos golpes en la puerta, que no lograron sacarla del estado en el que estaba.

—Hija, querida —dijo Nicanor al entrar y sentarse en el borde la cama—, me destroza verte así. Nadie, y menos él, se merece que estés en este estado. Quiero que me mires.

Béatrice se incorporó y, con los ojos enrojecidos por el llanto, miró al hombre que la había rescatado del momento de mayor dolor que había vivido, cuando había perdido a su madre y ya nada le quedaba alrededor. Estuvo a la deriva; sin embargo, él la había salvado y sacado de todo aquello, le había brindado una nueva oportunidad, un hogar y una felicidad que creía no merecer.

—Jamás haría o diría algo para dañarte. Sos el legado de tu madre, la mujer que amé y amaré por siempre. Tanto ella como yo hemos buscado tu felicidad, y estoy convencido de que nunca la encontrarás de la mano de Uriarte. No soportaría verte infeliz el resto de tu vida. Tenés todo por delante, por eso sé que Santiago es una buena opción. No necesito que me digas que no

lo amás, aunque creo que, de su mano, podrás ser feliz y eso es lo único que me desvela.

—Has hablado con él, ¿verdad? —Así es, y su madre se ocupó de todo. Cuanto antes te cases, mejor estarás, porque al fin podrás olvidar este amor que te tiene a mal traer.

En medio de la conversación, se produjo un significativo silencio y ambos se observaron para saber qué se dirían.

—Sí es así, quiero casarme lo antes posible. No quiero esperar más, por favor.

—Así será.

Nicanor le dio un beso en la frente y salió para cumplir con una serie de recados de acuerdo a lo que había hablado con ella, lo que le hizo olvidar el día en que estaba y la visita que debía recibir. Claro que los gritos de Bernarda no hicieron más que alertarlo de ese imperdonable olvido.

—Parece que haberme ausentado por tanto tiempo los ha hecho olvidarse de la familia —tronó Tristán al asomarse en la sala junto a Juliete y a su pequeño hijo.

—Tristán —exclamó Nicanor—, qué alegría verte.

Ambos se fundieron en un sentido abrazo. Nicanor al fin se sentía completo con la llegada de su hijo o, al menos, así lo consideraba. Él siempre se había sentido unido a la familia Paz, en especial a Tristán, y, a pesar de la aparición de Béatrice, del casamiento de él con Juliete y de los viajes que Tristán había emprendido con su familia, no había menguado el profundo sentimiento que los unía.

—Juliete, veo que el viaje te ha sentado muy bien. ¿Cómo anda el benjamín? —Vamos, Fausto, andá a saludar a tu abuelo —le dijo al pequeño.

El niño, con apenas tres años, se había transformado en la perfecta combinación de sus padres. Tenía los ojos azules de Juliete y la presencia y el carácter de Tristán. Tal vez eso le daría bastantes dolores de cabeza cuando creciera, pero para eso faltaba mucho y estaba convencido de que él no lo vería.

—¿Dónde está Béatrice? —preguntó Juliete.

En ese instante, la joven apareció en la sala y, sin decirse nada, ambas se estrecharon en un significativo abrazo que duró el tiempo que Béatrice necesitó para recomponerse de la emoción que le provocaba contar en ese momento con ella. Juliete fue la primera a quien le había confesado el sentimiento que la unía a Máximo y, por lo menos, en esa última instancia

antes del casamiento, podría contar con su apoyo ante la tristeza por la ausencia de Clarisa. A los sentidos saludos le sucedió la entrega de los regalos, que cada uno recibió de manos de Fausto, que estaba encantado en medio de tantos papeles que se rompían. Las jóvenes se fueron con el niño mientras los hombres se sentaron en el escritorio para hablar de sus temas.

—Supongo que querrás que te ponga al tanto de lo acontecido en la ciudad y en tus negocios.

Tristán había llenado dos copas con whisky y le entregó una a Nicanor, luego se sentó en el sillón del escritorio.

—Estoy convencido de que los negocios no pudieron estar en mejores manos que en las tuyas —dijo al tomar un trago del líquido ambarino—. Primero quiero saber más acerca del casamiento de Béatrice; me sorprendí cuando leí tu carta.

—Supongo que lo decís por el joven Lamas. Te aseguro que es el indicado para ella.

—¿Y Máximo? —Por suerte es tiempo pasado.

—¿Sí? —¿Por qué dudas de lo que te digo? —Nicanor, no dudo de vos, sino de que Máximo deje correr todo esto de un modo tan tranquilo.

—Lo conocés más que nadie y sabés que una vez que logra lo que desea, lo deshecha. Con Béatrice es lo que hizo, se empeñó con ella, pero estoy convencido de que se ha cansado y ahora va a ir detrás de otra.

—Tal vez porque lo conozco más que nadie me resulta raro lo que me decís, pero debo reconocer que, al estar lejos de aquí, no me mantuve al tanto de todo lo que ocurrió.

—Si querés, comienzo a contarte.

—Adelante.

El tiempo transcurrió junto a una nueva ronda de alcohol, mientras Tristán se ponía al día de todo lo sucedido en su ausencia.

CAPÍTULO 25

Sin escapatoria

Durante la jornada anterior, Abêl había cumplido con todo lo que debía hacer porque quería pasar gran parte del día en la estancia El Antojo en compañía de Agustina. La mañana había amanecido con un cielo diáfano, que auguraba un excelente día.

Luego de desayunar, emprendió el viaje y, a medida que ganaba terreno en la cabalgata, las ansias que tenía de verla aumentaban. Había alcanzado la avenida de árboles que daba la bienvenida a la estancia y la atravesó a la espera de ver a alguien en el patio exterior, que estaba protegido por un amplio alero. Sabía que allí solían reunirse para disfrutar de unos mates; sin embargo, el lugar estaba desolado. Solo una empleada lo vio allí y le pidió que esperara, que en breve saldría la señorita.

Carle apareció luego de unos largos minutos. Parecía que recién se había levantado, ya que los cabellos alborotados y el rostro somnoliento la delataban.

—No quise despertarte —se excusó Abêl.

—No lo has hecho, es una grata sorpresa que estés aquí. Enseguida traerán la pava y el mate —dijo al sentarse.

Ron acababa de echarse en el otro extremo del patio sin dejar de observar cada uno de los movimientos de los presentes.

—Gracias, Carle, pero me he levantado temprano y ya tomé algunos.

—Debo suponer que no es a mí a quien has venido a ver.

—Exacto, vine por Agustina, pero no la he visto.

—Debe de haber salido de recorrida.

—¿Sola? —Sí, a veces lo hace, aunque otras tantas sale con Ramiro. Abêl, ellos se conocen desde hace mucho tiempo.

—¿Sabés dónde pueden estar? Carle giró la cabeza al ver a un peón que andaba por allí con unos trastos.

Suponía que estaría al tanto de dónde estaría su cuñada y no dudó en preguntárselo.

—Quédese tranquila, doña, ella no está sola, anda con don Ramiro. No me dijo hacia dónde iban, pero por el camino que tomaron deben de haberse dirigido hacia el tajamar.

—¿Puede indicarme cómo llegar? —Abêl, no creo que sea lo mejor —intervino Carle.

—No creo que sea complicado ir —dijo e ignoró su comentario.

—Claro que no —replicó el peón y con el dedo le dio las indicaciones de cómo llegar.

—Muchas gracias —le dijo al peón y se dirigió a Carle—: Lo que menos deseo es molestarte, pero quería hablar con ella y prefiero hacerlo de este modo.

—Esté bien, yo me quedaré por aquí.

Abêl espoleó el caballo y salió disparado no solo por las ansias de verla, sino porque estaba cansado de lidiar siempre con la misma situación cuando estaba frente a una mujer que le interesaba.

A medida que esos pensamientos se le entremezclaban en la cabeza, el paisaje que lo circundaba pasaba con gran celeridad sin darse cuenta de la velocidad que le había impuesto al caballo.

A orillas del tajamar, estaban Agustina y Ramiro. Ambos miraban hacia el espejo de agua mientras conversaban y ella había apoyado la cabeza sobre el hombro de él. Abêl se detuvo de golpe al ver esa imagen que no se esperaba encontrar, pero como si hubiera sentido su presencia, ella se dio vuelta.

Él se acercó a ellos sin bajarse del caballo.

—Abêl, qué sorpresa que hayas venido —dijo al acercarse al caballo.

Moccia le clavó los ojos color avellana, pero los deseos que tenía de subirla al caballo y llevarla con él se esfumaron al pensar que quizás se repetiría la misma historia.

—Creí que había sido una buena idea venir.

—Claro que lo ha sido.

Abêl miró por detrás de Agustina y vio que Ramiro estaba allí sin moverse ni dejar de observarlos. Mientras, ella pensaba en cómo explicarle que habían ido allí porque él debía partir a hacer unas compras de ganado, según lo estipulado por su hermano. Serían unos cuantos días los que no se verían y había sido idea de Ramiro compartir ese mañana.

—Nos veremos en otro momento —dijo Abêl con seriedad y emprendió el regreso a toda velocidad.

Agustina fue en busca de *Pinto*, pero las manos de Ramiro la detuvieron.

—Dejalo. —Ella no había dejado de ver cómo la imagen del joven se empequeñecía a medida que se alejaba de allí—. No lo sigas, ya se dará cuenta de que está equivocado.

De inmediato, él la rodeó con los brazos y la retuvo allí, porque en el fondo sabía que era lo único que podía hacer. Al verla con lágrimas en los ojos, le dijo: —¡No es para tanto! No podés ponerte así.

—Perdoname, no es mi intención —contestó aferrada a él mientras se preguntaba qué hacía—. Perdoname.

Ramiro se separó apenas unos centímetros de ella y le rozó los labios con los suyos.

—No me digas nada —dijo al verle la cara de desaprobación y le posó el índice sobre los labios—, ya entendí, solo deseaba hacerlo.

Aunque ella no se diera cuenta, Ramiro entendía a la perfección qué era lo que le sucedía. Ambos estuvieron allí un tiempo más, pero lo que hasta ese momento habían compartido acababa de romperse.

—Creo que será mejor que sigamos.

—Sí —contestó confundida.

Tomaron los caballos y partieron rumbo al casco de la estancia envueltos en el silencio que se había impuesto desde la llegada de Abêl y sin que Agustina pudiera prever que lo que sucedería al día siguiente desbarataría todo lo que ella conocía.

Lo que desconocía era que la partida de Ramiro había sido definitiva, que él cumpliría con el trabajo pendiente y que no regresaría a la estancia. Cuando se enteró, se sumió en una total desolación y enseguida rememoró esa mañana compartida, que, en definitiva, para él había sido una despedida.

Cada vez que miraba hacia el corral no dejaba de evocar los encuentros que ambos habían compartido en el ocaso del día. Con él se había ido parte de su vida en la estancia; gracias a él había aprendido a querer la tierra y a disfrutarla.

Detestaba lo que le había hecho, despedirse con unas escuetas frases que no le calmaban el dolor:

Quizás no lo entiendas, pero es lo mejor para los dos. Siempre serás especial para mí. Es mejor de este modo, así conservaremos lo que fuimos y lo único que vos podías darme.

Te quiero,

Ramiro.

Esa despedida había sido fiel a como era: un hombre de pocas palabras que supo siempre darle el sentido preciso a cada una de ellas.

El paso de los días la había sumido en una gran angustia que se acrecentaba con el devenir del tiempo. En el pecho sentía un gran vacío y nadie podía comprenderlo, porque él había sido especial, aunque había tenido el tino de darse cuenta hasta dónde sus sentimientos podían llegar.

No quería posponer la visita a la colonia, por lo que montó a *Pinto* y se dirigió hacia allí. Debía recurrir a don Antonio una vez más para que le indicase dónde podía encontrar a Abêl. En esa oportunidad, él estaba cerca del almacén de ramos generales. A poca distancia de allí, se erigía la capilla, cuya construcción ya llegaba a su fin. Abêl estaba en el techo de madera de la pequeña edificación, pero no quitó la mirada de la jinete que se acercaba con un galope de estilo inigualable. Hacía varios días que esperaba esa visita, aunque el orgullo no le había permitido bajarse de inmediato para ir a recibirla.

—¡Abêl, te buscan! —le gritó uno de los albañiles.

Se ayudó con la escalera para descender y los últimos escalones los bajó de un gran salto.

—Hola, Abêl —lo saludó Agustina—. Siempre que vengo parece que te interrumpo. —Él mantuvo la distancia y le clavó los ojos, se quitó la boina y se la pasó por la frente—. Quería hablar con vos.

—Vamos por acá —dijo y la guio hasta unos árboles que la protegerían del sol.

Ella lo notaba distante, pero con el mismo aspecto que la había subyugado.

Esa mañana tenía la camisa puesta, pero toda abierta por delante, por lo que podía verle el torso musculoso y bronceado. Se sentaron sobre la hierba bajo el amparo de las frondosas ramas.

—Me habría gustado venir antes, pero no he podido.

—¿Qué sucedió? —Ramiro se fue para siempre de la estancia y eso me ha apenado mucho.

—¿Y yo debo alegrarme? —No, solo te lo digo para que entiendas por qué tardé en venir.

—Si buscás que te acompañe en tu dolor, no lo voy a hacer. Me gusta decir las cosas como las siento, y, quizás, lo que extrañas de él sea otra cosa; yo no estoy dispuesto a esperar o a mantenerme al margen de lo que siento por vos.

No pienso hacerlo, por eso creo que lo mejor es que aclares tus sentimientos y, cuando estés decidida hacia dónde quieres ir, me lo digas.

—A eso he venido.

—Te escucho. —Abêl intentaba mantenerse sereno, pero retorció la boina una y otra vez.

—No quise que te fueras como lo hiciste ese día en el tamar; malinterpretaste lo que era, al menos en lo que a mí concierne. Para mí sos importante y lo fueron las palabras que me dijiste la última vez que estuvimos juntos. Nadie me hizo sentir del modo en que lo hiciste vos. Yo admiro todo lo que has logrado y no querría que te alejaras de mí.

Las palabras de Agustina fueron sepultadas por el beso que él le dio. No necesitaba que le dijera otra cosa más, con eso era suficiente.

—Te quiero —le susurró en los labios.

Él selló esas palabras con un beso más intenso, sin importarle que algunos colonos los miraran. Con el pulgar le acarició la mejilla y se detuvo a contemplarla. Tantas veces había soñado con ella, tantas noches se había dormido con esa imagen en la mente, y al fin ya era suya.

—Nunca creía que pudiera tenerte, te prometo que voy a cuidarte como nadie.

Todo el tiempo que me llevó instalarme acá y las dificultades que pasé valieron la pena si al fin vas a estar a mi lado.

Por el rostro de Agustina comenzaron a rodarle lágrimas; sabía que él era lo que deseaba, pero nunca imaginó que fuera de ese modo.

—Te quiero —le dijo con voz ahogada.

Un nuevo beso atesoró todo los deseos y las ansias que tenían de estar juntos.

Clarisa nunca había imaginado que regresar al campo podía causarle tanto dolor. No podía creer que el tiempo transcurrido en la ciudad le hubiera dejado una huella tan profunda dentro suyo, al punto de que, a medida que los días transcurrían, la sensación de desconuelo y de zozobra por la ausencia de Justo aumentaban. No lograba encontrar su lugar en la estancia, que había sido refugio durante tanto tiempo; ya nada era igual. La única alegría que había tenido era el reencuentro con sus hermanas, aunque no dejaba de extrañar a Béatrice y de preocuparse porque ella tampoco la pasaba bien.

Tampoco sus hermanas estaban igual que al momento en que había abandonado la estancia. Agustina aún no le había confesado lo que le ocurría, quizás ella misma la había ahuyentado ante tanta angustia y tristeza que había llevado a la estancia. La letanía de los días se había vuelto insoportable, nada la conformaba ni le alivianaba el pesar; tampoco la relación con su hermano había mejorado, porque, si bien sabía que velaba por ella, no podía perdonarle el empecinamiento que tenía contra Justo. Pensar diferente sería darle la razón y entonces convencerse de que se había equivocado al enamorarse de él y que todo había sido un grave error. No, eso no podía pensarlo, se negaba a considerarlo, aunque en el transcurso de los días se hiciera más difícil sostenerlo.

Ese día, Felipe había pedido reunirse en un almuerzo familiar. No era común hacerlo, porque la jornada en el campo se extendía hasta las primeras horas de la tarde; sin embargo, a ella le daba lo mismo. Acababa de acercarse al amplio comedor y notó que, poco a poco, cada miembro de la familia hacía lo mismo y ocupaba un lugar alrededor de la mesa.

—Les quiero agradecer que se hayan hecho un momento para acompañarnos —anunció Felipe y miró de reojo a Carle—, porque lo que deseamos anunciarles es que dentro de unos meses llegará un nuevo integrante a esta familia.

El sonrojo y la alegría de Carle hacían visible la plena felicidad que el matrimonio compartía. Las felicitaciones de la familia fueron inmediatas.

—¡Con razón andabas con tanto sueño y malestares matinales! —exclamó Agustina—. Pero esto lo sabés desde antes, ¿verdad? —Así es, sucede que en el momento en que quise decírselo a Felipe, surgió el viaje a Buenos Aires y creí que no era un momento oportuno para contárselo.

Clarisa era su preocupación y no quería que se distrajera con otra cuestión, aunque un hijo fuera lo más importante para ambos.

—Te felicito una vez más, Carle, pero habría sido mejor que se lo dijeras, quizás en este momento estaría en la ciudad —lanzó Clarisa con tristeza.

—Por favor, no insistas —dijo Felipe de manera tajante.

Ella bajó la vista hacia el plato que le habían servido para evitar hacer otro comentario; por mucho esfuerzo que pusiera, no podía abstraerse de lo que le sucedía.

El almuerzo transcurrió en torno a la nueva noticia y solo ella se mantenía ajena al resto. Luego, el chasquido de la puerta al abrirse la sobresaltó, sobre todo cuando se dio cuenta de quién acababa de llegar. El silencio que

sobrevoló la mesa fue elocuente.

—Perdón por la interrupción —dijo el doctor Heredia.

Lo que siguió a esa declaración fue el fuerte golpe de la pesada silla de madera que se estampó contra el suelo en el instante en que Clarisa se levantó para ir a su encuentro. A ellos dos nada les importó, ni que el resto de la familia estuviera atenta a lo que sucedía ni la presencia de Felipe, que había dejado de lado la alegría de la noticia de su hijo.

—Te esperaba desde el mismo momento en que abandoné la ciudad —susurró Clarisa.

—Yo también, mi amor —contestó mientras le rodeaba el rostro con ambas manos—. Te aseguro que me volví loco. ¡Precisamente, yo! —Heredia —exclamó Felipe e interrumpió el cariñoso reencuentro—, qué sorpresa que esté aquí; no lo esperábamos.

—Felipe... —agregó Clarisa, que, de inmediato, se calló al sentir que los dedos de Justo la apretaban de manera elocuente para que no siguiera.

—Entiendo que no me esperaran, pero no me han dejado otra posibilidad. He venido por ella y lo habría hecho a cualquier lugar en donde estuviera. Desde ya, no aguardaba ser bien recibido.

El ambiente estaba cada vez más espeso y la tensión crecía a cada momento.

—Supongo que tendrá deseos de almorzar con nosotros —acotó Carle—, ¿verdad, Felipe? —Le agradezco, pero antes me gustaría hablar con él.

—Por supuesto, vamos al escritorio.

En medio de un silencio glacial, Justo volvió a mirar a Clarisa y le lanzó una sonrisa para darle cierta tranquilidad; luego siguió al dueño de casa. Tras cerrar la puerta, ambos se ubicaron en los sillones que se encontraban a ambos lados del escritorio de madera.

—Te escucho.

—Vine por Clarisa, porque la amo y quiero una vida con ella.

—Me parece que antes de eso deberías resolver unas cuantas cuestiones, ¿verdad? Justo movió la cabeza en ambos sentidos y se tomó con calma lo que iba a decirle.

—Nunca pensé que el pedido de mano a un hermano fuera tan complicado.

Felipe, no habría venido aquí a hacer esta declaración si no fuera porque he dejado todo arreglado.

—¿Cómo lo has hecho? —Siempre creí que, si en algún momento debía renunciar a mi carrera, ese sería el día más terrible de mi vida; sin embargo,

no fue así. La sola posibilidad de perder a Clarisa me dejó devastado. Lo más importante para mí era regresar a ella y ofrecerle todo lo que tengo. Renuncié a mi actividad en el Hospital de Mujeres Dementes, que es un modo de cortar lazos con la familia con la que antes estaba vinculado. No me gusta que me manipulen y es lo que han intentado hacer ellos y mis padres. Tengo la posibilidad de continuar en otra institución de la mano de mi mentor, por lo que deberé empezar de nuevo en otro hospital, con todo lo que eso conlleva, pero no me importa: estoy seguro de que todo será mejor. Venderé mi consultorio y junto al dinero que tengo guardado podré adquirir una casa cerca del Hospital de las Mercedes. Si Clarisa lo desea, puedo gestionar que ella también trabaje en alguna institución médica. Eso es lo que puedo ofrecerle; sé que para ella será suficiente y eso es lo que en verdad debe importarme. —Hizo una pausa para intentar calmarse los nervios y continuó—: Por otro lado, mi familia deberá adecuarse a mi nueva realidad; si no lo hacen, será su problema, porque deberán respetar mi decisión. Me gustaría que, al menos, Clarisa cuente con el apoyo familiar, porque más allá de que ella discuta y te enfrente, todos ustedes son muy valiosos. Sería importante que la apoyaran para que sea totalmente feliz y eso es lo que más me importa.

—Me dijiste todo lo que deseaba escuchar. Clarisa es mi hermana, pero también mi responsabilidad, y supongo que harás todo para hacerla feliz.

—Por supuesto.

—Nosotros no hemos comenzado del mejor modo, pero espero que con el tiempo todo se arregle. —De inmediato se levantó para saludarlo—. Bienvenido a la familia —dijo al estrecharlo en un abrazo.

—Gracias, Felipe.

—Debo reconocer que, desde que llegamos, Clarisa ha estado intolerable.

—¿Sí? —Supongo que tu llegada traerá tranquilidad. Vamos, que ya deben de pensar que te torturo. ¿Cómo hiciste para venir? —Fui al pueblo y pregunté en la pulpería por la familia Carreras; enseguida me indicaron cómo llegar. Mis cosas las dejé en el único hotel que hay allí.

—De ningún modo te quedarás allá. El tiempo que estés acá, serás nuestro invitado.

En el momento en que salieron del escritorio, todos los ojos se posaron en ellos.

—No nos miren así, que por ahora no corrió sangre —dijo Felipe con una sonrisa—. Clarisa, vení.

Ella se acercó sin dejar a mirar a Justo, que estaba al lado de su hermano

con una actitud bastante relajada.

—Te felicito, quiero que seas muy feliz.

Lo que siguió al almuerzo interrumpido fueron los festejos por las buenas noticias del día. El cambio en la cara de Clarisa era elocuente y todo lo que se decía era un motivo de risa para ella.

—Debo regresar al pueblo a buscar mi cosas.

—¿En qué viniste? —Don Américo me prestó su caballo, me dijo que era uno bueno.

Felipe supo de inmediato que dentro de las habilidades del doctor Heredia no estaba la ecuestre e intuía cómo era el animal que le había dado: un matungo manso y viejo.

—Te haré preparar una carreta así traés tus cosas.

—Yo te acompaño, ¿puedo, verdad? —le preguntó Clarisa a su hermano.

—Sí, por supuesto.

Felipe ya estaba cansado de los enredos con sus hermanas, ansiaba desde lo más profundo del corazón que fuera un hijo varón el que llevara Carle en el vientre. De ese modo, se aseguraría unos cuantos años de tranquilidad.

En el camino hacia el pueblo, Justo había tenido la oportunidad de contarle a Clarisa cómo se habían dado las cosas en la ciudad y las últimas decisiones que había tomado. Cada noticia que le contaba a ella le parecía maravillosa.

No bien entraron al pueblo, buscaron el hotel y entraron para buscar los bártulos.

—Trajiste bastante equipaje —comentó Clarisa al entrar a la habitación.

—Suponía que me iba a llevar bastante tiempo convencer a tu hermano de que te amo como nunca antes amé a nadie. —De inmediato, la arrinconó contra la puerta de la habitación—. Me desconozco cada vez que estoy con vos.

Siempre me siento desbordado y todo este tiempo he deseado volver a sentir tus labios sobre los míos, escucharte gemir con cada caricia que te doy, sentir que nadie me hará más feliz que vos. Te amo.

Ella se dejó llevar por ese arrebató y permitió que sus dedos le recorrieran el cuerpo, que la lengua jugara con la suya y que la boca se le cubriese con los más sonoros gemidos que solo él podía provocarle. Sintió cómo la levantó en andas y la ayudó a rodearle la cintura con las piernas. No tuvo tiempo de notar cómo había logrado sacarle la pollera y allí, en la soledad de la habitación y a metros de la cama, la hizo suya.

A la pasión desatada le siguió la agitada respiración de ambos. Ella se refugió sobre su cuello y dejó que la acariciara.

—Me quedaría aquí todo el día.

—Yo también, pero debemos regresar. Recién hoy logré que tu familia me aceptara, no querría desbaratar el buen comienzo.

—Yo tampoco —dijo con una sonrisa llena de felicidad.

Volvieron a besarse como si el tiempo fuera a esfumarse en segundos, luego él tomo el equipaje y lo colocó en la carreta para al fin regresar a la estancia.

Máximo había pasado esa noche en vela, debía resolver unas cuantas cosas, pero, en el orden de prioridades, Béatrice estaba en primer lugar. En solo tres líneas escribió una nota para ella y se le entregó a Félix para que buscara el modo de hacérsela llegar.

—Quiero que le llegue antes del anochecer —le indicó.

—Patrón, quédese tranquilo. También hay algo que quería decirle, como lo veo con tantos problemas, no sé si se ha enterado de la novedad.

—¿A qué te referís? —Tristán Paz regresó a la ciudad.

Máximo levantó la vista y pensó que si faltaba alguien para que todo terminara de complicarse era la presencia de Tristán.

—Parece que estamos todos. Gracias por avisarme.

—De nada, yo me ocupo de entregar esto —dijo y enseguida salió de la oficina.

Mientras Máximo resolvía otros temas que pretendía dejar listos, escuchó el chasquido de la puerta que se abría y a Evangelina que se asomaba.

—Entrá, podés sentarte —le indicó.

—¿Hay algún problema conmigo? —Claro que no. Por lo que sé, Simón está muy contento con vos.

Ella sonrió con el convencimiento de que no se refería a los quehaceres de la cocina; sabía que no era buena en eso y suponía que Simón la quería solo para él, por eso le había destinado un lugar entre las ollas y sartenes de un local donde lo que menos se hacía era comer.

—Gracias.

—Te mandé a llamar porque quería ofrecerte un trabajo distinto. En estos días, mi madre saldrá del hospital, no porque se haya curado, sino por temas internos que no viene al caso comentarte. Entonces, dispuse todo para que se instale en una quinta que es de mi propiedad. Te ofrezco que vos también te

instales allí. Tu trabajo sería solo acompañarla, porque tendrá dos personas más que la asistirán para todo lo demás. Sé que ella se sintió muy cómoda cuando compartían la habitación.

—Así es, aunque no le cayera muy bien a su hijo.

Evangelina recordó la primera vez que lo había visto en el hospital y la actitud que había tenido.

—Nunca se deben confiar en las primeras impresiones.

Ella lo escuchaba y creía que sería muy difícil negarle algo a ese hombre avasallante y con un atractivo y un encanto nunca antes visto.

—Me encantaría verla de nuevo, le había prometido que iría a verla, pero las cosas se me complicaron.

—No sé si cuando te vea vaya a reconocerte ni tampoco cómo tomará el traslado al nuevo lugar.

—Seguro que habrá algún momento en el que me reconozca y otros en que no, pero no me importa. Este nuevo trabajo es más de lo que podría aspirar.

—Si te sirve de algo, esto ya se lo comenté a Simón y está muy contento de que pueda sacarte de aquí.

—Gracias otra vez.

Evangelina se retiró de allí convencida de que al fin las cosas de a poco se encauzaban.

El alboroto en la casa se acrecentaba con el correr de las horas. Nicanor estaba feliz por el bullicio que había otra vez en la familia. Bernarda no daba abasto con todo lo que tenía para hacer, aunque gran parte de los preparativos estaban listos. Al fin el día había llegado.

Béatrice se encontraba sentada en el butacón frente al espejo. La imagen que le devolvía no era la que ella había esperado para transitar ese momento, que debía ser de absoluta felicidad. Tomó por última vez el cepillo con mango de nácar para peinarse el largo cabello que le caía en cascada por la espalda.

Siempre había sido una parte del cuerpo que él adoraba. Detestaba que aún su ausencia le doliera tanto, Necesitaba erradicarlo de lo más profundo de su ser, pero, por mucho esfuerzo que hiciera, no podía. Se contempló los ojos grises y notó cómo habían perdido el brillo, no tenían vida, porque ella se había abandonado a lo que debía ocurrir de manera indefectible ese día.

Abrió el cajón de madera y sacó una gran tijera. Las lágrimas le colmaban

la mirada mientras, con manos temblorosas, tomaba un mechón tras otros y se los cortaba al ras de los hombros. Ella no apartaba la mirada del espejo, quería ver cómo caían a su alrededor, necesitaba quitárselo de la piel, sacárselo del corazón y expulsarlo de su alma. No sabía cómo hacerlo, pero tenía que encontrar la forma.

Había terminado cuando la empleada entró para dejarle el vestido sobre la cama.

—¡Qué ha hecho! —exclamó horrorizada.

Béatrice se dio vuelta para mirar de frente a Bernarda y notó el gesto de disconformidad por lo que acababa de hacer; sin embargo, la mujer advirtió el sollozo constante y silencioso de la joven y de inmediato se acuclilló y la rodeó con los brazos para que continuase con el llanto sobre sus hombros.

—Ya le crecerá; a ese rostro tan bello es difícil que algo le quede mal.

A Bernarda no le preocupaba el cambio, sino el motivo por el cual lo había hecho. Sabía que no era el momento indicado para hablar de Máximo ni del significado que había cobrado él en la vida de Béatrice. Una vida que, en minutos más, cambiaría para siempre.

—Debe calmarse, no puede aparecer con el rostro tan compungido. —Se incorporó para hablarle mientras la miraba—. Mi niña, estoy segura de que lo que hoy ve como algo terrible en un tiempo se habrá transformado en una simple historia.

—Bernarda, sé que la decisión que tomé es la mejor dadas las circunstancias, pero, por favor, no me mientas, nunca lo has hecho: no lo hagas en este momento.

La empleada dudó acerca de la decisión que había tomado de no entregarle la nota que Félix le había dado; había creído que sería mejor así; sin embargo, ahora, al ver a la muchacha en ese estado, no se sentía tan segura de lo que había decidido. Unos golpes en la puerta interrumpieron los pensamientos de la empleada, que se sintió aliviada de no tener que rever lo que había pensado en su momento.

—Béatrice, tu padre pregunta cuándo estarás lista —dijo Juliete.

—Es lo que le decía —intervino Bernarda—. ¿Nos ayuda a ponerla bonita? Juliete observó el aspecto de la joven y no dudó ni por instante la causa de todo aquello.

—Bernarda, vaya a calmar al señor Nicanor, yo me encargo de ella.

—Gracias.

—Béatrice... —comentó al tomarle las manos entre las suyas.

—Por favor, no lo digas. No lo menciones ni me sugieras que podría hacer otra cosa, porque en verdad no puedo. Aunque no debería haberlo hecho, lo esperé cada minuto de esta maldita noche que me mantuve en vela. Ansiaba que se borraran todas las palabras hirientes que le dije en el último encuentro y anhelaba que no le importase la traición que, según él, estoy por cometer en estos momentos. Deseaba que dejara el orgullo de lado para que viniese por mí.

Sé que soy una estúpida, pero no he tenido el valor de confesarle todo esto, porque entonces traicionaría a mi padre.

—No creas que todo está perdido.

—Gracias por tu aliento. Te pido que me ayudes a vestirme, porque te aseguro que no puedo hacerlo sola.

En el momento en que se levantó del butacón, el rosario con cuentas de cristal de roca que pendía de uno de los laterales del espejo se cayó. Con sorpresa, observó las cuentas desperdigadas por el suelo, algunas de ellas se habían roto.

Las juntó con desesperación e intentó volver a armarlo, algo imposible en el estado en que estaba.

—Es el rosario que pensaba llevar en mis manos hoy. —Juliete se agachó para ayudarla a incorporarse—. Era de mi madre, mi padre se lo había regalado como muestra del amor que se tenían.

—Vamos —insistió Juliete y evitó recordarle que lo sabía, que la entendía como nadie y que estaba convencida de que lo sucedido había sido una señal, pero supo que en ese momento lo mejor era callar. Había prometido sellarse los labios y era lo que hacía.

En un silencio cargado de tensión, angustia y desesperación, Béatrice, con la ayuda de Juliete, se vistió. Una vez lista, y sin volver a mirarse al espejo, ambas salieron de la habitación en busca de Nicanor, que se encontraba en la sala.

—Hija, qué emoción verte así —dijo al acercarse a Béatrice—. Tu madre habría estado feliz.

Ella, una vez más, prefirió el silencio a contestarle que, si su madre estuviera allí, no habría permitido ese casamiento, porque no querría que su propia hija viviera la misma historia que en carne propia le había tocado vivir a ella. Sin perder más tiempo, se dirigió de la mano de su padre hasta el carruaje para luego partir.

Nicanor había descorrido la cortina de seda blanca que vestía la ventanilla

del vehículo para observar a través del cristal las dos torres erigidas a ambos lados en la fachada de la Parroquia Nuestra Señora de Balvanera. Cuántos recuerdos le traía aquel lugar, donde le había jurado amor eterno a Camille en el confesionario de madera ubicado a unos pocos metros de la entrada, allí donde en breve su hija sería desposada. Creyó que estaba muy conmovida, porque no había hablado en el trayecto hasta llegar allí, pero ella no quiso explicarle el cambio que le había dado al cabello ni el motivo del silencio en el que se sumió desde que había salido de la casa.

Volvió a posar la mirada en ella y observó cómo, sin dejar la belleza a un lado, había perdido esa aura angelical que siempre la acompañaba.

Cuando la puerta doble de madera maciza se abrió y Béatrice entró envuelta en el vestido que Rosario Lamas había elegido para ella, una corriente intensa y gélida le recorrió el cuerpo hasta alcanzarle todas las extremidades. Supuso que la temperatura del cuerpo estaba en consonancia con la fría superficie de mármol que decoraba gran parte de la construcción.

A medida que avanzaba de la mano de su padre y atravesaba la nave central, los murmullos sobre la nueva apariencia resonaban con eco en la iglesia. Ella no observaba a las personas que estaban allí para brindarle apoyo y ofrecerle felicitaciones; tampoco quería mirar hacia quien la aguardaba para hacerla suya.

En el tiempo que tardó en llegar al altar, mantuvo la mirada perdida, porque para ella nada existía, ni Santiago Lamas, que vestido de gala la esperaba en compañía del sacerdote, ni su padre, que la llevaba agarrada del brazo con determinación para evitar que sus fuerzas la abandonaran y se desplomara en medio del recorrido. Nadie que la conociera lo suficiente podía suponer qué era lo que en verdad deseaba, porque nunca había logrado quitarse del corazón a Máximo. Él era parte de ella. Era tan grande y profundo el amor que sentía por él que ni siquiera en ese momento, en el que se uniría a otro hombre, podía dejar de añorar sus dulces caricias, la humedad de los labios al besarla, la pasión desatada cuando la hacía suya. Con cada paso que daba, deseaba que él hubiera hecho oídos sordos a las palabras que le dijo para que fuera a buscarla. En el afán de esperarlo, había retrasado cuanto pudo los preparativos en la casa, pero él se había tomado muy a pecho cada palabra hiriente que le había lanzado. Ya todo estaba terminado.

A pocos pasos se encontraba Santiago, fijó la mirada en él y observó que la aguardaba con la mano extendida y una amplia sonrisa en el rostro. No dejaba de pensar que nada le quedaba luego de haber perdido al hombre que

en verdad había amado, amaba y amaría con locura más allá de sus equivocaciones. Sin embargo, se resignaba al pensar que lo que estaba por hacer era porque tampoco quería perder ni defraudar a su padre, el hombre que le había dado una familia y todo el amor perdido.

En medio de esas cavilaciones, no sintió los dedos de Santiago que rozaban los de ella ni las palabras que el sacerdote pronunciaba en la homilía, menos aún aquellas dadas al bendecir la unión en matrimonio. Cuando Béatrice se dio vuelta y quedó de espaldas al altar de la mano de su flamante esposo, no pudo ver a los invitados, porque tenía los ojos colmados de lágrimas; no podía dejar de llorar ante el profundo desconsuelo que significaba estar atada desde ese momento y para siempre a Santiago Lamas, abandonada la ilusión de compartir con Máximo el resto de su vida.

A medida que se desplazaba por la extensa nave central, pudo vislumbrar en medio de la congoja a una mujer rubia muy llamativa que no dejaba de sonreír de felicidad. Jasmine se regodeaba de que al fin todo había acabado y que su vida comenzaría a cobrar sentido de la mano de Máximo. Era tanto el dolor que le provocaba a Béatrice en su fuero íntimo ese nombre que ni siquiera podía mencionarlo, pero en ese momento, notó el gesto de complicidad que tuvo Santiago con ella cuando cruzaron las miradas. No dudó, aunque fuese tarde, de que se habían visto antes en algún otro momento ni de que habían pergeñado alguna situación para complicar todo entre ella y Máximo.

Igual ya nada importaba, el tiempo había dado un veredicto y el pasado debía quedarse en el recuerdo de los días vividos. A Béatrice todo le daba lo mismo, ya estaba de la mano de Santiago y nada cambiaría.

Carmela había concurrido junto a su madre; se encontraban ubicadas en uno de los últimos bancos de madera mientras la miraban con los ojos húmedos.

Béatrice supuso que no era de emoción, sino para acompañarla en la tristeza que ella sentía y que de ningún modo podía disimular.

Algunos de los invitados acudieron a ella para saludarla y felicitarla. La alegría de Rosario Lamas era por demás llamativa y, antes de la ceremonia, había armado un equipaje porque aceptó la invitación de una amiga, que en ese momento la acompañaba, para ir al campo unos días y darles cierta intimidad a su hijo y a su flamante esposa en la finca que poseían. Junto a ellas, sus amistades la saludaban y la felicitaban por la auspiciosa unión.

Béatrice solo se emocionó al sentir los cálidos brazos de Juliete al

rodearla y decirle: —No debés preocuparte —le susurró en el oído—, todo estará bien.

Ella forzó una sonrisa que apenas pudo dibujarse en el rostro; no quería decirle que ya no necesitaba falsas palabras para alivianar ese pesar, ya se había transformado en la esposa de Santiago Lamas.

Enseguida se acercó Nicanor y ella evitó mostrarle la angustia que la embargaba, porque estaba convencida de que él solo había actuado para verla feliz y para que se olvidara de Máximo, más allá de quién estuviera a su lado.

—Hija —le dijo mientras la abrazaba—, te deseo toda la felicidad que te merecés.

Béatrice no pudo contener la congoja y la pena que había acumulado los últimos días y, sin poder detenerse, comenzó a llorar sin consuelo.

—Querida —tronó Santiago una vez que se alejó de los amigos que habían ido a la ceremonia para acompañarlo y hacerle prometer que las salidas no se suspenderían aunque estuviera casado. Él tenía muy claro que la unión que acababa de sellar no modificaría ni sus costumbres ni hábitos—, parece que vas al matadero —concluyó risueño.

De inmediato la abrazó y le dio un suave beso en los labios.

—Don Nicanor, debemos irnos.

—Claro, hijo, no quiero retrasarlos.

Mientras ellos alcanzaban el carruaje, los invitados se quedaron allí para verlos partir bajo el constante repiqueteo de los cascos de los caballos, que se perdían por las callejuelas de la ciudad con destino a la casa de Santiago.

Los golpes que había recibido en el cuerpo no le permitían vislumbrar si la noche se había extendido o si ya había amanecido. Para él era de vital importancia saberlo, pero lo comprobaría cuando pudiera moverse un poco en los escasos metros que tenía el calabozo. La celda en la que estaba alojado desde el día anterior apestaba, aunque no tanto como Tolosa, que había ido junto a dos de sus oficiales hasta el burdel. Allí dentro, y luego de dejar patas para arriba la oficina y la habitación, habían encontrado el facón que usaron para provocarle las lacerantes heridas a la mujer que había sido atacada a pocos metros del burdel hacía tiempo atrás. Durante mucho tiempo, Tolosa estuvo convencido de que la verdad era exclusivamente la de él y creía que, si Máximo era el culpable, aliviaría todos los demonios que lo rondaban y la

traición de su mujer cuando terminó en los brazos de Uriarte.

En el momento en que lo vio entrar a El Regocijo, supo que algo malo se traía entre manos, porque era la noche anterior a la boda que se celebraba entre Béatrice y el hijo de puta de Lamas. Ese había sido el único modo de celebrar la boda con tranquilidad, porque, aunque ambos lo odiasen, lo conocían lo suficiente como para imaginar cuál sería su comportamiento en la ceremonia.

Necesitaban tenerlo entre rejas para evitar que sucediera lo inevitable.

Además, Máximo quería saber en qué estado habían quedado dos de los oficiales que, junto al jefe de policía, no habían dejado de darle patadas y trompadas a diestra y siniestra. Él se defendió y luchó como nunca antes lo había hecho, sin importarle la represalia que pudieran tomar ante ese proceder: lo único que le importaba era no quedar encerrado allí dentro, como al fin se encontraba, y con Tolosa enfurecido como nunca. Lo único que había podido hacer fue pedirle a Simón que removiera cielo y tierra para hablar con alguien que pudiera sacarlo de allí antes del mediodía.

En medio del gran esfuerzo que hizo por incorporarse y limpiarse con el antebrazo la sangre que aún le brotaba del labio, se detuvo a observar esa pocilga. Notó que no tenía una mísera abertura al exterior por donde resultaba imposible escapar ni tampoco para poder determinar qué momento del día era.

Se acercó a las rejas y con las manos se aferró a ellas para gritar que alguien se acercara. Nadie lo hizo, ni siquiera para acercarle un vaso de agua.

—¡Hijos de putas! ¡Que alguien venga! —clamó una vez más sin obtener otra respuesta que los murmullos y las risas de algunos oficiales que estaban apostados a unos pocos metros de la celda y que comían, mateaban y hablaban de cómo habían logrado doblegarlo.

Para él, era desesperante estar allí dentro sin poder salir. No soportaba el encierro y estar a la espera de que algún milagro lo sacara. La lentitud con la que transcurría el tiempo lo enloquecía y lo único que logró abstraerlo de semejante aislamiento fueron los gritos que comenzaron a escucharse. Algo había ocurrido a pocas cuerdas de allí y requería la presencia policial.

—Debemos ir urgente para allá —gritó el inservible de Tolosa. Máximo estaba atento frente a las rejas para escuchar el diálogo que se desarrollaba a pocos metros de allí—. ¡Suárez! Te quedás a cargo del Departamento. Si querés un ascenso, entonces esmerate y quedate aquí. Aunque te llame la mierda de Uriarte no vayas, dejalo que se pudra en el calabozo hasta que el juez pida por él.

Unas corridas confirmaron que acababan de irse y, sin perder tiempo, Máximo volvió a llamarlo a los gritos hasta que casi se quedó sin voz. Estaba convencido de que los insultos que le lanzaba provocarían el enojo del oficial.

No era lo mismo soportar los gritos en compañía de otros que hacerlo solo, y estaba seguro de que, al menos para alardear, iría a verlo.

No tardó mucho en verlo aparecer frente a las rejas. El rostro de Suárez tenía importantes contusiones debido a los golpes que le había dado.

—Te vas a pudrir ahí, no van a salirte gratis los golpes que me diste — alardeó con una navaja entre los dedos.

A Máximo hubo algo que lo distrajo, un imperceptible movimiento detrás del oficial. Enseguida vio la imagen de un desconocido que se acercaba y, sin riesgo a equivocarse, supo que no pertenecía al Departamento de Policía; su aspecto lo delataba. Máximo estaba jugado, así que aprovechó que el oficial estaba pegado a la reja y, sin dejar de insultarlo, sacó un puño por entre los barrotes y lo tomó por el cuello. Una vez que lo tuvo agarrado, tiró hasta estamparlo contra los hierros, lo hizo una y otra vez sin darle tiempo a reaccionar al oficial, que acababa de quedar atontado por el golpe.

—Vamos, quitale la llave —le ordenó al hombre con el rostro surcado por una extraña cicatriz.

El hombre hizo lo que le ordenó y, en pocos segundos, estuvo afuera, no sin antes dejar dentro de la celda al oficial Suárez y sacarle la navaja.

—Gracias —dijo y le palmeó la espalda.

—Vamos —ordenó el hombre. Mientras corrían para evitar que alguien los alcanzase, le dijo en voz baja—: Lo que hice fue por expreso pedido de Costa — dijo al alcanzar la salida—. Acá termina mi trabajo; no tenés mucho tiempo, la distracción que provocamos a unas pocas cuadras de aquí no ha sido más que eso. Ah, y me dijo que esto no te libera de una partida pendiente que tienen.

Máximo sonrió ante el comentario, luego lo saludó con una inclinación de cabeza y se lanzó a la calle en medio de la conmoción de haber alcanzado la libertad.

En el trayecto pudo ver que el anochecer caía sobre la ciudad, pero no dejó de correr hasta alcanzar la esquina. Allí oyó un silbido conocido que lo orientó hacia dónde debía dirigirse. A una corta distancia de allí, en sentido contrario a donde estaba Tolosa, había un caballo entre las sombras de unos árboles. No dudó un instante en montarlo, pero antes de salir disparado de allí escuchó: —Patrón, le conseguí *El Ímpetu* para refugiarse hasta que todo pase.

Está fondeado en la boca del Riachuelo. Nadie va a molestarlo, al menos por unos días. Si todo se complica, tiene la posibilidad de zarpar y no volver.

Máximo no necesitó verle el rostro para saber que se trataba del fiel Simón, que le hablaba en medio de la oscuridad.

—Gracias.

—Siempre que me necesite, estaré.

Sin tiempo para perder, Máximo huyó de allí a todo galope y aferrado con fuerza a la montura. Pensó que en poco tiempo se correría la voz de que había escapado y, si lo encontraban, era hombre muerto. Tenía en la mente un solo destino: hacia allí se dirigió.

CAPÍTULO 26

Mi vida

La oscuridad había regresado a su vida. No se encontraba en el altillo de la finca familiar y tampoco era una niña, pero sentía que todo volvía ser tan aterrador como antes. Habían transcurrido unas pocas horas desde la celebración del matrimonio y dentro de la habitación de la nueva residencia matrimonial estaba echada en un costado, con los brazos que le rodeaban las piernas encogidas y la cabeza apoyada sobre las rodillas, sin poder detener las lágrimas que derramaba de un modo constante.

Siempre creyó que iba a tener la fuerza suficiente para luchar por lo que en verdad deseaba y nunca pensó que alguien podría doblegarla. Sin embargo, su esposo acababa de hacerlo. Ya no tenía ganas de luchar por nada ni por nadie ni tampoco quería llevarle mayor pesar a su padre si le contaba lo que había ocurrido en esas pocas horas que llevaba casada.

No sabía qué excusa poner ante su familia para evitar concurrir al almuerzo organizado en su casa para el día siguiente como celebración de la unión. Aún le retumbaban en los oídos los gritos e insultos que le había lanzado Santiago no bien traspasaron la puerta de la gran habitación que estaba preparada para ellos.

Unas flores ubicadas en un florero reposaban sobre una cómoda de madera oscura, hasta que él lo arrojó al piso y ella terminó con los pies lastimados por haber pisado los vidrios. La amplia cama estaba vestida con sábanas de hilo blancas, que fueron testigos del arrebato apabullante que tuvo Santiago con ella.

Su boca buscaba con desesperación la de ella, y las manos le deambulaban sin restricciones y con premura por todo el cuerpo. Recordar el modo en que la había tocado le provocaba escozor.

Ella intentó zafarse de esos brazos, pero él insistía sin delicadeza que era su esposa y que debía entregarse a él. Quizás era lo que debería haber hecho, pero no pudo.

—¿Es a él a quién deseás? —le gritó mientras la zamarreaba como si de

ese modo pudiera quitárselo de la mente.

Ella lo miraba aterrada y la invadía cada una de las advertencias que le había hecho Violeta sobre Lamas.

—Deberías saber que por mi cuerpo también corre sangre Uriarte. ¡Fíjate, no somos tan distintos! Tras el intento fallido de separarse para decirle que se calmara, que sabía quién era y que no le importaba porque un profundo amor la unía a otro hombre, sobrevino de repente un empujón. Solo le quedaba esperar que el trato fuese menos humillante del que recibía en ese momento. Luego él le lanzó una bofetada que la tiró hacia atrás. Como pudo, ella trató de refugiarse al otro lado de la cama, pero la alcanzó de inmediato y cayeron sobre el lecho en medio del forcejeo. El sordo sonido de la tela al romperse cuando él le desgarró el vestido aún le erizaba la piel, así como recordar esas manos que se le deslizaban por todas partes para hacerse un festín con todo su cuerpo.

—¡Por favor, me lastimás! —imploró.

—No soporto que ninguna mujer me rechace —dijo y le dio otro cachetazo que le partió el labio. Ella rompió en llanto mientras de la boca no dejaban de salirle hilos de sangre.

—Mirá lo que me hiciste hacer. Si vieras el aspecto que tenés, te darías cuenta de que te haría un gran favor al hacerte mía.

Al verla en ese estado, ensangrentada y con golpes en el rostro, logró calmarse. Béatrice ya no tenía ninguna esperanza de tener un futuro mejor.

—Me voy a buscar a otra puta que me haga lo que vos deberías hacerme.

Preparate para cuando venga, quiero que estés lista para satisfacerme. Eso sí, cambiá tu aspecto, porque me das náuseas.

El fuerte golpe de la puerta fue el sonido más agradable que Béatrice pudo escuchar cuando él se fue de allí. Una y otra vez había repasado todo lo ocurrido y la cabeza no dejaba de darle vueltas para intentar entender el callejón sin salida en el que se había metido. El miedo, la desolación y el dolor la habían inmovilizado. Lo único que la mantenía alerta eran los ruidos que podrían indicarle que él había vuelto y que el infierno había regresado.

Con la certeza de que eso podría suceder de un momento a otro, de pronto escuchó el eco de unas pisadas que resonaron a lo largo del pasillo. Cuando escuchó el chasquido de la puerta al abrirse, de inmediato se agazapó más para ocultar la cabeza entre las piernas, porque él había regresado y todo volvía a comenzar.

Sintió que unos fuertes brazos la rodeaban y su cuerpo se fundió con otro,

que no podía ser sino el que tanto había deseado. Pensó que quizás soñaba despierta y que nada de lo que sucedía alrededor era real.

—Mi vida —susurró él—, ¿qué te ha hecho? Ella escondió el rostro en el hueco de su cuello, porque la vergüenza era tan grande como el miedo de que lo que ocurría se desvaneciera en cualquier momento y que una vez más apareciera Santiago.

Como si fuera una premonición, escuchó una vez más esa ríspida voz.

—¿Qué hacés en mi casa con mi esposa? —tronó Lamas, que, alertado sobre lo sucedido con Máximo en la celda, había vuelto a la casa—. ¡Hijo de puta, dejala! Máximo llevaba en andas a Béatrice e intentaba que el calor de su abrazo la calmara.

—Por favor, llevame lejos de él, muy lejos —suplicó en un susurro.

Máximo no podía perder tiempo, porque a esa altura estaba seguro de que lo buscaban y corría peligro. De pronto, Santiago se le tiró encima y Máximo protegió a Béatrice, por lo que recibió un fuerte golpe en la espalda. Entonces agarró la navaja que le había sacado a Suárez y se la clavó en el brazo; Santiago de inmediato cayó al piso muerto de dolor.

—¡Hijo de puta! —exclamó Máximo—. Aunque busques un escondite o huyas a cualquier remoto lugar, voy a regresar para matarte. Me va importar una mierda que te consideres mi hermano.

No esperó ni un minuto y, ante el estado desolador de Béatrice, salió de allí.

Buscó el caballo, lo montó con ella aferrada a su cintura y, como si de eso dependiera su propia vida, enfiló hacia la zona sur hasta alcanzar el Riachuelo.

La brisa de la noche no lograba disipar tanto dolor ni alivianar la desesperación de verla en el estado en que la había encontrado. En el rostro que tanto amaba había sangre, contusiones y terror. Nada de lo que él pudiera imaginar podía darle certeza sobre lo ocurrido.

Entre los pajonales que habitaban la ribera y los camalotes que flotaban en medio del agua enlodada, alcanzó la pequeña embarcación, que podía estar fondeada allí por tener poco calado. Béatrice aún no había logrado hablar una palabra, por lo que Máximo desconocía si tenía algún otro golpe de importancia; sí se dio cuenta de que no había dejado de humedecerle la sucia camisa producto del llanto.

Subió a bordo con ella a cuestas y entró en uno de los pocos camarotes que tenía la embarcación. Sin soltarla, se sentó en la litera con ella encima y

comenzó a acunarla.

—Mi vida, ya pasó todo —le susurraba en el oído mientras no dejaba de darle besos en la cabeza, porque ella rehuía a que le viese el rostro.

—No te escondas, dejame verte.

Poco a poco, ella se separó de sus brazos para fijar los ojos grises en los de él, que le tomó el rostro con las manos. Ella nunca antes había visto la intensa negrura que reflejaba esa mirada. No hubo palabras que pudiesen transmitir lo que ambos sentían en ese preciso momento y, una vez más, las lágrimas comenzar a rodarle por el rostro. Ya no era miedo lo que las provocaba, sino el arrepentimiento de haberse dado cuenta del grave error que había cometido y la vergüenza por no haber podido detener todo a tiempo.

—Perdón —susurró mientras los labios de Máximo le sorbían las lágrimas —, ha sido todo mi culpa.

—Mi vida, no vuelvas a decir eso. Yo tuve gran parte de culpa, quizás, si me hubiera comportado de otro modo, esto no habría sucedido, porque estaría conmigo. Yo quise rescatarte antes de que pudieras entrar en la iglesia, pero estuve detenido.

—¿Qué sucedió? Béatrice le acariciaba con los dedos las lastimaduras que él tenía en el rostro, era evidente que había mantenido una férrea pelea, pero desconocía qué la había motivado.

—Me culpan de un delito que no cometí. Al menos esta vez quiero que sepas como son las cosas para saber si deseás estar conmigo. No puedo ofrecerte cambiar mi pasado, los dolores que te causé estarán ahí, y yo también soy parte de todo aquello. Solo un ángel provocó que yo quisiera vivir de otro modo. Sé que sin vos no soy nadie, sé que te necesito para vivir y que me derrumbé poco a poco al saber con quién estabas, pero sé también que me amás. —Hizo una pausa y la miró fijo para decirle—: ¿Estás dispuesta a estar conmigo sin arrastrar todo el dolor del pasado? Máximo esperó unos minutos que le parecieron interminables hasta que al fin le dio una contestación: —No me importa de qué te acusan y tampoco lo que sucedió tiempo atrás.

Nada ni nadie va a separarme otra vez de tu lado. No hubo un solo segundo desde que estuvimos alejados en que no haya dejado de pensar en cuánto te amaba. Pedía una y otra vez que hicieras oídos sordos a cada palabra hiriente que te dije, porque lo único que necesitaba era estar con vos y que me amaras para siempre. Mi amor, si tenés que huir, lo haré yo también. Esta vez no voy a alejarme de vos.

Eso era lo único que Máximo había deseado escuchar. Sabía que ella lo amaba, pero no hasta dónde sería capaz de hacerlo. Con los ojos negros húmedos por la confesión más maravillosa que sus oídos podrían haber escuchado, la besó con la ternura y delicadeza que ella necesitaba.

Aún desconocía qué le había sucedido, pero la ropa desgarrada le daba indicios de algo que él evitaba pensar. Los labios de ella aún sabían a sangre y a dolor. Béatrice quiso demostrarle lo que sentía, pero una sensación que no podía quitarse de encima no le permitió hacerlo. Él la notaba distinta. No dudaba de que el dolor por la situación que acababa de vivir con el tiempo desaparecería; la esperaría el tiempo que ella necesitase.

Béatrice se había abandonado a él y a todo lo que le brindaba: amor, ternura, paz y la seguridad de que nadie más volvería a lastimarla. El perdón que ella le dio por todo lo ocurrido demostraba el profundo amor que le profesaba, pero un resquicio de temor le vibraba en todo el cuerpo. Se preguntó si, con el transcurso de los días, cuando supiera lo que había vivido dentro de aquella habitación, él todavía pensaría igual, porque nunca había tolerado que otro posara la mirada en ella. Cuando todo pasara y los golpes cicatrizaran, ¿no se lo cuestionaría? Ella no tenía la respuesta para todo eso, pero sabía que solo él podía sacarla de la angustia que tenía o agravarla.

Béatrice se apartó de él y le clavó la mirada para ver más allá de sus ojos negros.

—Mi vida, ¿qué te pasa? —Mi amor, no soy la misma y aún no me preguntaste qué sucedió allá dentro.

—Porque quiero que me lo cuentes cuando te sientas lista; todo es muy reciente.

—¿En verdad querés saberlo? —Por supuesto, aunque supongo que revivirlo te traerá mayor tormento.

—Yo también deseo que sepas a qué atenerte conmigo. —Respiró profundo y comenzó—: Creí que te había perdido y no podía defraudar a mi padre, él era lo único que me quedaba, por eso accedí a contraer matrimonio, aunque estuve en vela todo la noche, esperando que vinieras a buscarme. Cuando supe que el tiempo apremiaba, que no vendrías y que no podía volver sobre mis pasos, decidí al menos hacer el último acto de rebeldía por vos. —Quiso tocarse la corta melena, pero él se apresuró y comenzó a besarle los ralos cabellos—.

Como si de esa forma pudiera quitarte de mí y lastimarte como lo habías hecho conmigo, pero en verdad no dejé de pensar en vos en ningún momento.

Pocos entendieron el motivo, y los que sí se dieron cuenta, no me lo preguntaron. Sé que todo esto no es lo que deseás saber.

—Te equivocás, quiero saber qué te sucedió en cada momento en que no estuviste a mi lado.

—Cuando la ceremonia terminó, fuimos hacia su casa, porque mi padre había avalado que la celebración se hiciera un día después. Ese era un tema que lo había organizado la madre de Santiago. Cuando entré en la habitación, empezó mi infierno. Los insultos y los golpes... El llanto comenzó a aflorarle una vez más e interrumpió el relato. Máximo no dejaba de acariciarla y de brindarle todo el amor que sentía por ella para que se sintiera mejor.

—Si estuviera en mi poder borrar ese hecho, te aseguro que lo haría, no soporto verte así.

—Yo tuve parte de culpa —confesó con los ojos colmados de lágrimas—, porque no pude entregarme a él, pero me ha... —No es necesario que me lo cuentes —la interrumpió—, porque nada de lo sucedido allí dentro cambia el amor que te tengo; nada que hubieras hecho para salvarte permitiría que te juzgue. Para negarte frente a un energúmeno como ese, has tenido que armarte de mucho valor.

—Él lo intentó, pero yo no podía hacerlo. Ahora me siento sucia.

Máximo selló con un beso cualquier otra confesión que pudiera brotarle de la boca, porque lo único que hacía era regresar a un momento que ella debía olvidar. Él jamás lo olvidaría, no por el comportamiento de Béatrice, sino por lo que esa mierda de Santiago le había hecho a su amor. No podía dejarse llevar por todo el odio que le corría por las venas ni por los profundos deseos de destrozarle cada parte del cuerpo. Debía abocarse solo a ella para que supiera cuánto la amaba más allá de todo lo ocurrido. No quería imaginar lo que sucedía en ese momento en el Departamento de Policía tras su huida.

Máximo se levantó y buscó la poca ropa que había allí. De a poco la desvistió y arrojó el vestido hecho harapos por el ojo de buey para que se fundiera en el lodo y en la podredumbre del agua. Tomó un paño húmedo y se lo deslizó por todo el cuerpo, como si así pudiera limpiarle también las heridas del corazón.

Luego él también se desvistió.

—Te prometo que voy a curarte cada cicatriz que tenés grabada en la piel y en el alma, ansío borrar con mis caricias cada golpe que sentiste para que solo puedas vibrar ante el amor que nos tenemos. Voy a amarte y a adorarte hasta borrar ese pasado para que solo estemos vos y yo; solo nosotros por

siempre.

Él comenzó a besarla y le recorrió con caricias todo el cuerpo, como si fuese la primera vez que estaban juntos. La amó con lentitud, sin premura, pero con absoluta devoción. Necesitaba demostrarle que ese instante era único, imborrable, y que tenía la suficiente trascendencia para dejar atrás lo sucedido.

—Amor, mirame —pidió Máximo.

Solo necesitaba fundirse en esos ojos grises, que hablaban de todo el amor que aún ella sentía por él.

—Te amo, Máximo.

—Yo también, amor.

La sinfonía de gemidos junto a las caricias que se prodigaban los colmó al fin de goce, porque sabían que habían alcanzado la felicidad sin querer preguntarse hasta cuándo duraría.

El cielo estaba encaprichado en ocultar el sol y en no dejar de llover. De ese modo, había comenzado un nuevo día. La húmeda brisa alivianaba el calor reinante, pero no menguaba los comentarios sobre los últimos acontecimientos que tenían como protagonistas a varios integrantes de algunas familias encumbradas de la ciudad. Ese condimento alimentaba las ansias de saber lo sucedido.

En la casa de Nicanor, todo lo que se vivía era un absoluto caos. La llegada de Santiago, herido en el brazo y la noticia de que su esposa había desaparecido junto a Máximo, lo devastaban minuto a minuto.

—Hijo —le dijo al lastimado Santiago—, no te preocupes; vamos a encontrarla, ¿verdad, Tristán? —Él asintió con la cabeza sin dejar de observarlos—. Deberías irte a tu casa, yo me encargaré de traer de vuelta a ese desgraciado que te hirió y la maltrató.

En el mismo instante en que Santiago se fue de la casa, Nicanor se dirigió al escritorio, necesitaba de un trago fuerte para comenzar a pensar qué hacer.

—Deberías calmarte —aconsejó Tristán.

—¿Cómo podés decirme eso? ¿Tenés idea de lo que significa todo lo que ha ocurrido? Primero está la grave acusación que hizo Tolosa sobre Máximo.

Luego, ¿debemos tolerar que se lleve a mi hija? No sé lo que haré cuando lo encuentre.

—Nicanor, no me convence el relato de Lamas.

—Por favor, Tristán, estar alejado de aquí te ha cambiado. ¿O debo recordarte lo que fue capaz de hacer Máximo en su momento? —lanzó mientras arrojaba el vaso que tenía entre los dedos para estamparlo contra la pared—. No lo habrás olvidado, ¿verdad? —exclamó.

—No me escuchás lo que te digo, solo te importa lo que él fue en el pasado.

Deberías mezclarte con la gente y escuchar qué se dice de Lamas en vez de recordar lo que se decía de Máximo.

—No quiero lidiar con vos ahora; lo único que me importa es encontrarlo, traerlo ante el juez y que se pudra en la celda. ¿Sabés dónde podría estar? Tristán supo que no habría forma de hacerlo entrar en razones.

—Quizás puedas encontrarlo en su quinta; no está lejos de aquí. Si lo deseás, te acompaño.

—Claro que quiero que lo hagas.

Ambos salieron casi a las corridas para dirigirse a la propiedad, pero la búsqueda fue en vano, porque allí solo se encontraba una mujer enferma en compañía de unas enfermeras, quienes desconocían dónde estaba el señor Uriarte.

Nicanor había buscado por todos lados, pero parecía que se lo había tragado la tierra.

—¿Dónde mierda están Máximo Uriarte y mi hija? —exclamaba Nicanor sin encontrar respuesta.

El Regocijo había cerrado las puertas hasta tanto no se aclarase la situación del dueño. En ese momento, era el foco de atención de gran parte de los porteños, por lo que ningún hombre asiduo a ese lugar quería ser visto en las cercanías. Simón se alegraba de que, al menos, su jefe hubiera logrado no ser apresado por Tolosa, que estaba desquiciado por no encontrar a Máximo.

Simón sabía que la única puerta de salida de semejante entuerto era tramitar todo frente al juez Llambías. Por eso estaba en la sala de espera de su despacho, mientras aguardaba que la joven que había sufrido el ataque a escasos metros del burdel confesara la verdad. Él le había pedido que lo hiciera, que pensara en Máximo y en cómo la había ayudado todos los meses a ella y a su familia para evitar que terminara en la calle como otras tantas y

luego encerrada en el Hospital de Mujeres Dementes. Simón había escuchado hacía un tiempo lo que le había contado Máximo sobre su madre y todo lo que sucedía dentro de los muros del hospital; también lo había escuchado de la boca de Evangelina. Él no soportaba ese lugar y menos saber la cantidad de mujeres que ante una situación de abandono o que deambulaban por la calle terminaban allí por orden de Tolosa. La joven herida había sido amenazada por encargo de Santiago para evitar que contara cómo él y dos amigos de juergas la habían atacado, por eso no había declarado antes, pero Simón le había jurado con su propia vida que nada le pasaría a ella ni a ningún miembro de su familia si contaba la verdad. Sin embargo, esa era solo una pieza a acomodar de todo lo sucedido, porque aún debía explicarse cómo el arma utilizada en el ataque estaba en poder de Máximo.

Simón intuía cuál era el día en que había sucedido todo aquello. El burdel era un caos, porque él, junto a otros empleados, había dejado en condiciones la quinta de Máximo para cuando Teresa fuese trasladada allí. Cómo no recordar a la perfección lo sucedido ese día, si tenía un interés personal en todo eso, ya que Evangelina sería una de las nuevas habitantes de la casa. En medio de todo ese ir y venir, habrían dejado el facón para implicar a Máximo, pero todo lo que él pensaba debía probarse. Sabía que Costa había mandado a su gente para mantener una charla con el hombre que lo habría dejado y ver si lograban convencerlo de que confesara que todo había sido planeado por Santiago, por lo que solo le restaba esperar.

Tolosa había aprovechado todo eso para al fin tener entre rejas a Máximo; se la había jurado y había cumplido, pero, si todo comenzaba a desmoronarse, él también caería.

En medio de esas cavilaciones, Simón vio aparecer a Costa, que daba miedo con su ampulosa apariencia. Lo había tenido muy cerca cuando había ido a pedirle ayuda y lo había sorprendido, no sabía qué hacía allí.

Luego de que la joven saliera de la oficina del juez, Costa pidió hablar con él.

—¿Álvaro Costa? —Así es, Su Señoría.

—Dígame a qué ha venido, no he sido yo quien lo citó.

—Mi comparecencia es solo para aportar un dato que quizás pueda servirle.

—Adelante.

—No sé si esto pueda serle de utilidad, pero, tiempo atrás, Santiago Lamas contrajo una deuda conmigo.

—¿A qué se dedica usted? —preguntó mientras lo miraba de arriba abajo.

—Negocios —dijo escueto.

El juez sabía que ese hombre se dedicaba a negocios turbios, pero nunca antes se lo había podido vincular con eso y siempre salía indemne.

—Siga.

—Fue Máximo Uriarte quien se hizo cargo de la deuda. Se lo comento porque él siempre intentó arreglar la díscola vida que tenía Lamas, sobre todo desde que se había enterado de que era su hermano. Lamas no solo me debía a mí, pero eso no me importa, porque la deuda fue saldada.

—¿Algo más? —No, Su Señoría, pero quizás ese dato pueda ayudarle a hacerse una idea de cómo actuaba cada uno.

—Puede irse.

Al retirarse y cerrar la puerta del despacho, Costa esbozó una sonrisa. Había cumplido con plantar una duda acerca de los involucrados. Hacía poco se había enterado del vínculo que unía a los dos hombres y lo había utilizado en beneficio de Máximo, a pesar de que sabía que el pago de la deuda no había sido porque fuese un benefactor, sino para tenerlo agarrado de algún modo. Pero a él eso no le importaba, y nada de lo que hacía era porque sí. Aún recordaba cómo Ismael Uriarte le había salvado el pellejo en sus comienzos y sin conocerlo demasiado.

Por lo que, como sabía que Ismael a Máximo lo consideraba como a un hijo, sintió que, con todo lo que había hecho, le había devuelto el favor.

Parecía que el hombre que había plantado el facón en la oficina de Máximo había entrado en razón, porque unas horas después se había presentado frente al juez Llambías para declarar. Al hacerlo, cargó el peso de la responsabilidad sobre Santiago Lamas, que, en ese momento, se había dado a la fuga.

Nicanor seguía sin saber nada de su hija, pero no daba crédito a todo lo que había ocurrido en las últimas horas. No quería aceptar todo lo que se decía de Santiago, pero no podía dudar porque todo surgía de boca del juez. ¿Qué había hecho con su hija, cómo había podido equivocarse tanto?, se recriminó.

—Necesito encontrar a Béatrice —dijo con desesperación.

—Lo sé —comentó Tristán—. Al menos parece que está a salvo de Lamas.

—Me voy, no puedo estar un minuto más aquí.

—Te acompaño.

—No es necesario, necesito estar solo. Quizá, cuando vuelva, Béatrice ya haya regresado.

Tristán lo vio irse de allí y entendió ese estado de confusión y desesperación.

Pero la mañana había comenzado con noticias que no dejaban de asombrar a los porteños. Nicanor estaba junto a Tristán en el escritorio para ponerse al día de todo lo sucedido. Hacía unas pocas horas habían recibido la visita de las autoridades policiales, que les relataron los últimos acontecimientos. Además, les informaron que Tolosa acababa de ser retirado de su cargo y puesto a disposición de la justicia para que explicara su proceder.

—Parece que cada uno encuentra su final de acuerdo a cómo vivió — comentó Tristán.

—Eso parece —acotó Nicanor.

—En medio de toda esta situación, hubo alguien que quiso cobrarse una deuda de juego de Lamas, o al menos eso es lo que indica el periódico. Parece que esas deudas no se perdonan y murió en su ley.

Tristán había leído en el diario que el cuerpo de Lamas había sido encontrado con un dedo mutilado y una carta sobre el pecho. Se sabía que su vida ya no valía nada y que las autoridades policiales se habían lanzado en su búsqueda, pero llegaron tarde y no pudo cumplir la condena por el delito cometido.

Unos golpes a la puerta del escritorio interrumpieron la conversación y la aparición de Máximo y Béatrice hizo que el tiempo se suspendiera. Nicanor se levantó y, sin quitarle la vista de encima a su hija, fue hacia ella y la envolvió en un abrazo. Saber que estaba allí con él le había devuelto la vida. No había modo de expresar lo que sentía en ese preciso momento, lo único que le importaba era que estuviera viva y con él.

—Estoy bien, no quise que te preocuparas —sollozaba Béatrice.

—Lo sé, hija querida, lo sé —dijo envuelto en lágrimas.

En medio de ese encuentro apareció Juliete, que contempló la escena desgarradora entre padre e hija.

—Creo que Béatrice necesita cambiarse y ponerse cómoda ¿verdad? — intervino.

El estado calamitoso de la ropa con la que se había vestido en el barco no dejaba dudas de que necesitaba cambiarse y hablar con su amiga.

—Juliete —dijo Béatrice mientras se le arrojaba a los brazos y la estrechaba en un cálido abrazo.

—Me la llevo. Supongo que ustedes tendrán asuntos que arreglar. —Luego le susurró a Béatrice con una sonrisa—: Sabía que todo se solucionaría.

El chasquido de la puerta al cerrarse dejó a Nicanor frente a Máximo; y a Tristán, más atrás que no dejaba de observar la situación.

—Nicanor, esta vez no me importa lo que piense ni lo que quiera para Béatrice, la amo y no voy a tolerar que intente separarme ni un minuto de ella.

Quiero casarme, pero sé que hasta dentro de un tiempo aquí no podremos hacerlo. Ella debe esperar el lapso necesario que estos casos requieren y, como se imaginará, no estoy dispuesto a esperar.

No quería ni mencionarlo, pero el hecho de que Santiago estuviera muerto y de que Béatrice hubiera quedado viuda los obligaba a esperar los tiempos que la ley estipulaba para volver a contraer matrimonio.

—¿Qué es lo que me pide? —Quiero llevarla a París y estar un tiempo allá. Es una oportunidad para que ella pueda reencontrarse con sus hermanos. Por otro lado, sacarla de aquí le permitirá no estar en medio de las habladurías, que no dejarán de correr por un largo tiempo. Aún hay personas que pueden dañarla con comentarios malintencionados y no estoy dispuesto a que se someta a eso. En París podremos casarnos sin levantar tanta polvareda, como seguro será acá.

—Doy por sentado que esto ya lo han hablado ustedes dos.

—Así es, y nos gustaría que nos acompañara. Para Béatrice sería importante que venga con nosotros.

—Sé que para ella sería importante que esté a su lado, pero esta vez no seré de la partida. Si lo que me pide es la autorización para casarse e irse con Béatrice, la tiene. Supongo que la cuidará como ella se lo merece.

—Más que a mi vida.

—Está bien, Uriarte. Ella es lo más valioso que tengo, sepa valorarla.

Nicanor creyó que era el momento de irse de allí, suponía que entre ambos muchachos habría algo de qué hablar. Sus años le habían dado sabiduría, y no dudó de que Tristán le había ocultado algo durante esos últimos días.

—Tristán, nos vemos más tarde.

Nicanor, tras cerrar la puerta, supo que en todas las familias se cocían secretos y la suya no era la excepción.

—No sé cómo agradecerte lo que hiciste —dijo Máximo con sinceridad.

—¿A qué te referís? —Sé que *El Ímpetu* es de tu propiedad.

—Así es. Cuando Simón vino a verme, me dijo que te encontrabas en una situación difícil, estaba desesperado.

—Podrías haberte negado a prestarme ayuda.

—Podrías haber pensado que todo esto era una emboscada preparada por mí y que buscaba facilitar tu arresto.

—No, Tristán, te conozco, aunque hayamos estado separados y mantenido nuestras diferencias.

—Yo también te conozco, Máximo.

Ambos se estrecharon en un abrazo que el tiempo y los problemas les habían negado.

—Gracias otra vez. Lo único que me dejó un sabor amargo es no haber sido yo quien le dio muerte a ese hijo de puta; no tenés idea de los deseos que tenía de hacerlo con mis propias manos.

—Si lo hubieras hecho, habrías manchado tu futuro; es mejor así.

Mientras los jóvenes terminaban de ponerse al día con lo sucedido, Nicanor se sentó en el sillón donde solía dedicarse a escribir. Sacó del cartapacio de cuero verde unas hojas, humedeció dentro del tintero la punta de la pluma que tenía entre los dedos y comenzó a escribir.

Buenos Aires, 5 diciembre de 1883.

A mi amada Camille:

Sé que desde el lugar donde te encuentres podrás escucharme. Cada año que he pasado alejado de ti no ha hecho más que alimentar el amor que te tengo; sin embargo, creí que la presencia de nuestra hija cambiaría mis días porque ella traía una parte de ti. Tu dulce inocencia y la extrema belleza las llevaba sobre la piel. Por ella viví cada instante que no estuve a tu lado, pero ahora caigo en la cuenta de que sin ti nada valió la pena y que no he sido merecedor de tu amor, menos aún de tu confianza.

Prometí cumplir tu pedido de velar por nuestra hija y yo estaba convencido de que lo había logrado, pero me di cuenta tarde de mi terrible error. Si hubieras estado a mi lado, nada de esto habría ocurrido, porque permití que nuestra Béatrice se casara con el ser más despreciable que existía en la Tierra. No vi lo que él era capaz de hacer con ella y le destrozó la ilusión que ella siempre supo tener. En mi afán por refugiarme en un pasado de rencor, no vislumbré que tenía enfrente a un ser abominable.

Mi querida Camille, necesito tu redención, no por haber dado muerte sin piedad a ese ser despreciable unas horas atrás, sino que necesito tu perdón por haberle permitido que dañara a nuestra hija. Ningún sufrimiento que pudiera haberle infringido habría bastado para darle su merecido, pero sé al menos que no volverá a molestarla. En nombre de nuestro amor y ante la promesa que nos hicimos, te pido que me disculpes. A partir de ahora, ella será feliz de la mano del único hombre que supo ver lo que yo me negué a considerar; solo por eso Máximo Uriarte me merece respeto. Él la rescató de la muerte y eso será una deuda que tendré por el resto de la vida que me quede por delante.

Desearía que el tiempo me atrapara y me llevara contigo, porque es allí donde deseo estar. Aquí ya no queda nada por qué ni por quién luchar, solo me mantiene vivo el amor que aún conservo por ti y le ruego a Dios que pronto, muy pronto, se apiade de mí y me lleve a tu lado. Solo contigo y de tu mano lograré la paz que necesito.

Tuyo,

Nicanor, tu amor.

EPÍLOGO

Hacía un momento que acababan de arribar a la quinta de Máximo para que pudiera despedirse de su madre. Dejaría en manos de los profesionales y de las enfermeras la salud de Teresa. Él sabía que no podía hacer más que eso.

—Mamá —dijo Máximo al verla sentada en un sillón ubicado bajo la frondosa higuera que estaba a un costado de la finca—, vine acompañado. Ella es Béatrice, no sé si la recordás.

Máximo no se detuvo en explicarle que, en efecto, había estado con ella en algunas oportunidades en el hospital; no podía ponerla en una situación más incómoda por no recordar lo que le decía.

—Hola, Teresa —dijo Béatrice al acucillarse frente a ella—, este es un lindo lugar para tomar fresco, ¿verdad? Una vez más, Teresa se mantuvo en silencio sin dejar de observar a la pareja.

—Discúlpenme, ya regreso —dijo y entró a la casa acompañada por una de las enfermeras.

Máximo miró a Béatrice asombrado, aunque sabía que con su madre no dejaría de sorprenderse nunca. A los pocos minutos, la vio regresar con algo entre las manos.

—Esto me ha llevado mucho tiempo hacerlo —dijo Teresa mientras acariciaba el encaje parisino que le había regalado Máximo—. Desde que lo recibí, no paré de coserlo y bordarlo. Es una mantilla y siempre supe que era para usted —concluyó y se la dio a Béatrice.

—Gracias, es hermosa —contestó emocionada—, la usaré en una ocasión muy especial. Me gustaría llevarla el día que me case con su hijo.

De inmediato, Teresa bajó la cabeza y volvió a abstraerse del mundo.

Mientras, Béatrice y Máximo no dejaban de sentirse conmocionados ante el gesto que había tenido.

—Mamá, vengo a despedirme; por un tiempo estaré con Béatrice, lejos.

Quiero que te quedes tranquila porque acá tendrás todo lo necesario para vivir en paz.

Máximo le besó la frente y se fue junto a la muchacha, ya que el barco no los esperaba si se retrasaban. Ninguno de los dos pudo notar cómo por el rostro de Teresa rodaban lágrimas; solo ella sabía la emoción que le había

provocado esa visita y no le importaba que ellos no se dieran cuenta. Al fin su hijo sería feliz.

Las olas provocadas por el río bravío lamían la costa del puerto de Buenos Aires. Las turbias aguas se agitaban y depositaban espuma en la orilla. Desde la lejana rada y a bordo del vapor, se encontraba Máximo junto a Béatrice, con las manos aferradas a la baranda para ver cómo poco a poco se alejaban de la ciudad testigo de su amor. El viaje que emprendían no solo significaba dejar atrás todo lo sucedido, sino que tenía sabor a una nueva etapa.

—Mi vida —le susurró él en el oído mientras la mantenía agarrada por detrás —, esto es solo el comienzo.

—¿Cómo sabés que era eso exactamente lo que pensaba? —replicó al deslizar las manos del frío metal para enredarlas con los dedos de él.

—Te conozco, sos parte mía.

Él la dio vuelta para devorarle la boca con un beso cargado de pasión, promesas y deseos de volver a amarla una vez más. Luego deslizó los dedos dentro del bolsillo del pantalón y extrajo un colgante.

—Solo falta que este ángel penda de tu pecho. Es en el único lugar donde debe estar.

—No debí arrojarlo; estaba muy dolida.

—Lo sé, pero me lo merecía. Vamos —dijo mientras la llevaba abrazada hacia el camarote, que compartirían en la veintena de días que duraría la travesía, para amarse hasta quedar extasiados.

Durante el viaje, ella tuvo tiempo de recordar los últimos momentos que significaron la despedida de todas las personas que amaba. Su padre se quedó en la ciudad y, aunque sabía que estaba agradecido por lo que había hecho Máximo, su temperamento no le había permitido demostrárselo, o al menos eso era lo que ella creía. Estaba feliz de que al fin la paz les hubiera llegado a los dos.

Cuando regresaran, esperaba volver a verse con Juliete y Tristán, pero sobre todo con Fausto, que se había transformado en un niño encantador. Lo único que había sentido en el alma era no haber podido verse una vez más con Clarisa. De todos modos, por un carta que había llegado a tiempo, supo de las buenas nuevas y estaba feliz de que al final todo se hubiera resuelto para que,

al fin, pudiera vivir junto al doctor Heredia y dejar atrás a la familia Podestá, que tanto daño les había causado. Parecía que Agustina Carreras también estaba muy enamorada y, según le había escrito, inauguraría la capilla de la colonia para casarse con un colono.

Con Carmela hubo llantos, pero también risas, porque la familia le aseguró que quizás irían a París para darle el gusto a la niña.

En algún momento, Béatrice se había prometido regresar, pero solo de la mano de Máximo, y ese deseo estaba por cumplirse. No solo ella estaba ilusionada por el reencuentro con el resto de su familia, sino también Máximo, que volvería a verse con Ismael.

Sin embargo, no todos los recuerdos eran gratos, porque recordar el nombre de Gina, o Jasmine, la regresaba a un lugar al que no le interesaba volver. Si bien no había vuelto a verla, supo que luego de todo lo sucedido se refugió en Philippe Beltran, con el que no solo compartía el hotel donde se hospedaban. Al enterarse de eso, Máximo tomó la decisión de suspender el proyecto en el que habían trabajado juntos para así evitar cualquier otro tipo de contacto con ella.

En medio de una intensa nevisca, arribaron a París, que se tiñó de blanco y había adquirido ese toque mágico que a Béatrice tanto le gustaba en esa época del año. Uno de los recuerdos que había mantenido sin impregnarlo de tristezas ni dolores era el invierno en esa ciudad.

Luego de dos días de descansar en el hotel y de amarse con pasión, decidieron salir. Abordaron un carruaje que se desplazó por la orilla del Sena para ir a almorzar con Ismael Uriarte.

—Mi vida —dijo Máximo al sostenerle el rostro con las manos—, cada lugar que visitemos y cada instante que pasemos aquí será nuestra primera vez. Todo aquello que nos lastimó, quedará en el pasado. Quiero darte una nueva vida y que, a partir de ahora, todo sea felicidad; te lo juro con mi propia vida que será así.

Una vez que llegaron al restaurante La Tour d'Argent, donde Máximo se había encontrado con Ismael la última vez que estuvo en París, entraron y así dejaron afuera el crudo invierno.

—Hijo, al fin has vuelto —dijo Ismael al estrecharlo en un sentido abrazo—. —.

Veo que esta vez me hiciste caso y viniste acompañado.

—Ella es Béatrice, mi mujer.

—Si tu padre estuviese vivo, estaría feliz de conocerla.

—Si él estuviera vivo, muchas cosas terribles no habrían sucedido.

Luego de que Máximo le relatara todo lo que había pasado, Ismael supo que su sobrino tenía razón, pero no se podía volver tiempo atrás.

—Uno no puede cambiar el pasado, pero, quizá, si yo no te hubiera ocultado que sabía de la otra vida de tu padre, te habría ahorrado muchos dolores de cabeza. Pero el tiempo, al fin, coloca cada cosa en su lugar. Lo importante es que hoy estás junto a ella; lo demás deberá quedar atrás. No debemos ser esclavos de todo aquello que no pudimos cambiar.

—Lo sé y, si hablás del pasado, quien te manda saludos es Álvaro Costa.

—Es un buen hombre, aunque pocos lo vean de ese modo.

—Te aprecia mucho; lo sé por el modo en que me ayudó.

—Hace mucho tiempo hice algo por él y siempre me dijo que en algún momento me pagaría esa deuda. Parece que lo ha hecho con vos y me alegro mucho.

Cuando terminó el encuentro familiar, y luego de prometerse volver a verse, Ismael se retiró con la alegría de saber que al fin Máximo, como él, había hallado el amor.

Máximo y Béatrice se alejaron abrazados mientras disfrutaban de una caminata a orillas del Sena. Tenían por delante toda una vida llena de felicidad allí, como una paradoja del destino, donde ella nunca pensó que la encontraría.

BIBLIOGRAFÍA

De Marco, Miguel Ángel, Historia del periodismo argentino, Buenos Aires, Educa, 2006.

Giberti, Horacio C. E., Historia económica de la ganadería argentina, Buenos Aires, Solar, 1981.

Gómez Aquino, Rosa, Iglesias en Buenos Aires, Del Nuevo Extremo, 2012.

Laffont, Robert, Historia de París y los parisienses, Buenos Aires, General Fabril Editora, 1961.

Ortiz, Ricardo M., Historia Económica de la Argentina: 1850-1930, Buenos Aires, Pampa y Cielo, 1964.

Pita, Valeria Silvina, La casa de las locas: una historia social del Hospital de Mujeres Dementes. Buenos Aires, 1852-1890, Rosario, Prohistoria, 2012.

AGRADECIMIENTOS

A mis padres, desde el lugar de luz en el que se encuentran.

A mis tres amores, por estar siempre a mi lado.

A mis queridísimas amigas Gloria V. Casañas y Fabi Acebo, por acompañarme y estar siempre a mi lado; las quiero, gracias.

A Teresa Piasentini y a su hermana Clarisa. Ambas cuentan con bellos nombres que he utilizado para bautizar a dos adorables personajes de esta novela; las quiero, gracias.

A María José Zaldívar, por preocuparse y darme dos libros de historia que suponía que podía utilizar; gracias por el regalo.

A Inés Maidana, que, como todos los años, embellece mi página web y permanece pendiente de sus ahijados literarios; gracias, Ine querida.

A Verónica Priotti. En el transcurso de esta novela, abordé distintos temas; uno de ellos, referido a la salud mental. No dejé de pensar en ella, como en tantos otros profesionales abocados a esa especialidad tan compleja; gracias.

A cada uno de los lectores que, con el apoyo de siempre y el deseo por leerme, apuestan por mí. Sin ellos, nada de lo que escribo tendría sentido; gracias.

ÍNDICE

Portada
Epígrafe
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Epílogo
Bibliografía
Agradecimientos